ROSA ESTRADA DÍAZ
VÍCTOR ESTRADA DÍAZ

# WANIK

PRIMER LIBRO DE LA TRILOGÍA
LOS PROTECTORES DE LA VIDA

nieva
ediciones

*Esta novela está escrita desde el más profundo cariño y respeto hacia el pueblo árabe.*

Los autores

© Autores: Rosa Estrada Díaz y Víctor Estrada Díaz

© Edición:




Nieva Ediciones
Fernando Morán, 4
33401 Avilés, Asturias, España
www.edicionesnieva.com

D. L.: AS 00222-2021

ISBN: 978-84-122985-7-4

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, o por cualquier otro, sin permiso previo por escrito de los autores.

Avilés, Principado de Asturias, 2021

*Dedico este libro al amor,*
*a las personas que me quieren,*
*a mi mujer, a mis hijos,*
*a mis padres, mis hermanas y todos mis amigos.*
*Por que quizá, lo que más valga de mi mismo sea*
*aquello que de mí puedo ver a través de sus ojos.*

Víctor Estrada Díaz

*Imagina la secuencia de letras que forma nuestra novela,*
*ahora si pudieses convertirla en el inmenso número que es,*
*te darías cuenta que la novela ya estaba escrita,*
*antes de que nosotros la pensásemos,*
*bastaba con recorrer todos los números posibles,*
*para llegar hasta ella.*

Víctor Estrada Díaz

# LÍDICE

*Venid, señores de la guerra,*
*los que fabricáis las armas,*
*los que fabricáis los bombarderos,*
*los que fabricáis grandes bombas,*
*los que os escondéis detrás de las paredes,*
*los que os escondéis detrás de vuestros escritorios…*
*Espero que muráis,*
*que la muerte os llegue pronto.*
*Seguiré vuestro cortejo fúnebre*
*en la pálida tarde*
*y vigilaré mientras os bajan*
*a vuestro lecho de muerte,*
*y me quedaré de pie sobre vuestras tumbas*
*hasta estar seguro de que habéis muerto.*

*"Señores de la guerra".* Bob Dylan

El suelo relucía como un espejo. El viento rugía y era como si quisiese con su ímpetu doblegar a toda criatura de la faz de la Tierra. A Pit eso, no parecía importarle. Se deslizaba ignorando los elementos manteniendo a duras penas el equilibro en aquella superficie pulida y deslizante porque, aquel día, tenía una importante y urgente reunión.

Debía verse con Alt cuando el Sol estuviera bajo en el horizonte.

De lejos parecía fornido y más alto que el resto de la media.

Su extraña forma de caminar le distinguía del resto de sus amigos los patinadores. La naturaleza, no se sabe si como don o castigo, le había dotado de unas extremidades superiores excesivamente largas ensañándose en cambio con las inferiores. Concretamente, sus piernas, eran vigorosas y minúsculas tanto, que se hacía impensable que

pudiesen soportar todo el peso de aquel cuerpo. Lo mismo podía decirse de sus brazos a los que él irónicamente llamaba muñones.

Mantenía ahora un extraño monólogo del que era difícil dilucidar algo debido a la fuerza de la ventisca. Pit, tenía la costumbre de pensar en alto por lo que no existía ningún secreto que pudiese mantener oculto. Con la mirada anhelante, buscó algo o alguien en la infinitud de aquella pista ese día especialmente desierta.

Caía una nieve seca que no calaba su traje. Pit se la sacudió preso de una repentina convulsión. Una vez seco, desvió con terror su mirada hacia los colmillos de piedra que emergían entre la nieve algo más allá, en la lejana cordillera "Mandíbula de Fenris[1]".

Cada zancada suponía una tortura para él que debía caminar con paso firme y sin tropiezos. Eso le desesperaba pues el tiempo apremiaba y las caídas cada vez eran más aparatosas. Se preguntaba porqué las pistas habían de ser tan resbaladizas en aquella zona.

Inmerso en sus pensamientos perdió el control de sus pies y cayó nuevamente de bruces tal y como le había pasado hacia escasamente media hora.

Quedó un buen rato allí tendido, aguardando que el dolor aplacase. Al cabo de un rato se confió en que si se incorporaba con la mayor lentitud posible lograría mantener el equilibrio. Pero eso no sucedió y quedó allí, despanzurrado e indefenso a merced del viento.

Esos muñones suyos no representaban ninguna ayuda ahora, se negaban a adherirse al suelo con lo que la fuerza de apoyo resultaba mínima. Era un desastre. ¿Y si probaba a ponerse de costado?

---

[1] Mandíbula de Fenris. Cordillera de la Tierra de la Reina Maud llamada así por que su forma recuerda a la mandíbula del Dios Fenris que tiene forma de lobo.

–Esta me la vas a pagar Alt. –Jadeó por el esfuerzo–. Como siempre que te cito, tú no apareces. Dijiste: ¡Oh sí Pit! Estaré aguardándote en la pista, ansioso de conocer tu secreto. ¡No te preocupes Pit que no te fallaré! Me verás apoyado en un lugar visible para evitar que te lesiones. ¿Y dónde estás ahora? Hoy no han salido el resto de los patinadores y yo estoy sólo. Deberías saber que esto no se me da bien. Ya camino mal entre la nieve con que no digamos sobre este hielo tan resbaladizo.

Tembló aterido de frío y agachó la cabeza en un vano intento de evadirse tanto de la ventisca como de la visión terrorífica de las agujas de roca que veía a lo lejos. Suspiró y se limpió la escarcha del pico para continuar con su letanía.

-¡No estás! ¡Definitivamente no estás! Sin duda, estarás ahora cuidando de los hijos de tu parienta mientras ella se pega un buen chapuzón. Espero que cuando me veas no me preguntes, porque no pienso decirte nada. Aunque eres tan chismoso que acabarás sonsacándome. ¿Pero porqué no puedes ser puntual con mis citas aunque solo sea por una vez en toda tu vida?

Estaba a punto de perder los estribos y romper a llorar cuando, en respuesta a sus plegarias, le vio salir finalmente un bloque más adelante donde acababa la pista, muy cerca del glaciar.

Alt era inconfundible a los ojos de Pit, con ese cuerpo blanco y esas hermosas manchas amarillas y azules que distinguen siempre a los pingüinos emperadores.

El recién llegado, Imitó al acercarse a él, el movimiento de un reloj de péndulo. Le ayudó a levantarse y contuvo a duras penas la risa –¿qué tal ha sido el día, Pit?

Pit le miró y tardó un poco en responderle.

Antes, por su mente, pasaron mil y un improperios. Los hubiese escupido todos, uno a uno, de no ser porque, como siempre, la sonrisa de Alt inocente y bobalicona terminaba ablandándole.

Contestó con la mayor serenidad posible que podía permitirle aquella indecorosa situación:

–Pues un poco peligroso Alt. Cuando venía, la señora Dere casi me coge en la Pereza y pude escapar por unos bigotes de morsa. Por suerte, apareció la morsa Perca y me libró de ser devorado. Pero: ¿Por qué has tardado tanto en venir?

Enmudecieron los dos y se tumbaron al unísono desplazándose por el hielo como tablas de surf. Quedaron finalmente tendidos, al borde del acantilado escuchando el rumor de las olas.

-¡Eh! –Estalló Alt de pronto sacudiéndose violentamente el agua de su cuerpo– ¡Tranquilo, Pit! Tomate unos segundos para respirar no vayas a atragantarte.

De nuevo se produjo el silencio, no se sabe si porque Alt pensaba en la mejor excusa que podía justificar su tardanza o por que realmente disfrutaba sacando de quicio a su mejor amigo.

Cabe decir que los pingüinos tienen la costumbre de poner nombre de sensaciones a los lugares donde viven independientemente de aquellos que los humanos les atribuyen por eso, cuando los pingüinos atribuyen el nombre Pereza a un lugar concreto de la Tierra, es porque ese sitio realmente les suscita eso, pereza.

Así que, cuando Pit aludía a la señora Dere en la Pereza no podía referirse más que a la orca que rondaba la zona en busca de “bocadillos de pingüinos*”.

–¿La orca Dere? –Carcajeó Alt al oír su nombre mientras ponía una cara que parecía decir: “pobrecito Pit”–. Tal vez Dere solo quería jugar contigo aunque sí, tienes razón, conociendo a esa orca es muy probable que quisiese comerte.

---

* Bocadillos de pingüinos. Para las ballenas orcas los pingüinos son un suculento bocado.

–Sí, la orca Dere. –Escupió indignado picoteándole en la barriga–. Y no le veo la gracia ¡Alt!

–Seguro que tan solo te consideraba un juguete, Pit. –Se disculpó tratando de quitarle un poco de hierro al asunto.

Pit asintió. Su amigo Alt tenía razón. Hacía tiempo que veía a las orcas entrenar a sus crías en las técnicas de la caza utilizando a focas y pingüinos. Ese era quizás el detalle más interesante y menos conocido de estos bellos animales pues, cuando terminaban, bien porque habían comido o finalizado la instrucción, empujaban a sus juguetes hacia la orilla, con suma delicadeza, cosa que nunca había visto hacer antes a los humanos con ninguna otra criatura del planeta...

Pese a los juegos de Dere, esta, no era tan inofensiva como el calderón que se acercaba al rompiente de hielo cada primavera en busca de calamares. Muy al contrario, Dere era una orca enorme que alardeaba de sus trofeos. Le gustaba comer focas y parecía que a los pingüinos tampoco les hacía demasiados ascos.

Quedaron en el más absoluto silencio al borde de un impresionante acantilado allí, cerca del glaciar, donde los grandes bloques rompen con estrépito sobre las gélidas aguas.

–La verdad que es dura la vida. –Filosofeó Alt ensimismado ante el abismo que se abría ante ambos y añadió– ¡Cuando no tienes qué comer, claro! ¡A nadie le gusta convertirse en plato de nadie! Pero confía en mí Pit. Nuestra querida Dere no quería comerte. De hecho hoy estaba juguetona y la morsa Perca, resultó ilesa. No quiero decir con esto que debas confiarte. Aunque siempre pensé que tu carne de extraño pingüino no sería de su agrado.

–Ja, ja, ja –Rió con sarcasmo pero también con miedo en los ojos–. Sé que Dere no le hizo daño a Perca. Yo mismo vi como esa morsa era arrastrada por ella hacia la Playa de los tropiezos cuando se cansó de utilizarla como juguete. Aún así no logro superar el pánico que me produce el tamaño

de esa orca. Nunca sabes de qué humor estará, ni si estará juguetona o famélica.

–Me gusta que después de todo seas precavido –se puso en pie y se balanceó de un lado a otro para mostrar su impaciencia–. Tal vez algún día el estómago de Dere no esté lo suficientemente lleno y decida comerse sus "juguetes" para entonces, espero que tú estés muy lejos de aquí en ese lugar tan extraño al que llamas tu casa. Pero aquí amigo Pit, la vida es dura, salvaje e inhóspita y ya sabes o "comes" o "te comen".

Pit suspiró y alzó su pico en busca de los últimos restos del calor del Sol.

–Me gustaría que los humanos fuesen como Dere, aún siendo tan peligrosa y comprendan que cuando el fin no es el alimento, matar por matar no está bien. En eso, sí que estoy de acuerdo con Dere.

Ambos guardaron silencio ante aquella gran verdad y miraron el horizonte con el semblante serio.

Pero el recién llegado Alt que disfrutaba a menudo con las conversaciones filosóficas de su amigo sospechaba que este no le había hecho alejarse del grupo y acercarse al borde de un acantilado en la indómita Tierra de la Reina Maud*, a riesgo de partirse la crisma para sugerir la dureza de la vida. No. Debía haber algo más tras aquellas filosóficas reflexiones. De sobra era bien sabido que Pit, no sabía guardar secretos así que, como al parecer había olvidado su enfado inicial, se aventuró a sonsacarle.

–¿y bien Pit? ¿Por qué me has citado aquí precisamente en esta pista tan alejada? ¡Y no me digas que por nada! Hace días que vengo observándote y sé que algo te bulle en la cabeza. ¿Quieres hacer el favor de soltarlo ya?

–Eres tú quien me citó aquí, no yo, mamarracho. –Dijo en tono de burla y movió enérgicamente sus bracitos como si fuese a aplaudir.

---

* Reina Moud. nombre dado a una tierra por el rey HaaKon VII de Noruega en la Antartida Oriental frente al sur de Africa.

–¡Bueno, que más me da! ¡Venga! ¡Suéltalo ya o esto acabará convirtiéndose en una conversación para pingüinos!

Pit se quedó mirándole sin decir absolutamente nada como si dudase. Le encantaba hacerse de rogar.

Por fin sus ojos se llenaron de emoción al contemplar las luces verdes y grises del crepúsculo que teñían las gélidas aguas.

–Esta mañana cuando el Sol estaba alto, la Tierra me ha hablado querido Alt. Ella quiere que avisemos a todos. Debemos reunirnos cuando la noche nos envuelva para pasar juntos la era de la noche y las estrellas. Veamos lo que veamos u oigamos lo que oigamos no debemos asustarnos porque algo prodigioso ocurrirá.

# LÍDICE

# I

*Cada hombre tiene*
*un tesoro que lo*
*está esperando.*

*"El alquimista" de* Paulo Coelho

Lídice con su diminuto bikini rosa bebía un Martini blanco en la cubierta totalmente abstraída del mundo.

El pelo crespo y rubio enmarcaba su rostro de niña. En aquel rostro destacaba una nariz afilada y una boca diminuta que esbozaba una sonrisa. Ramón la contempló dormida y bañada por la luz dorada del amanecer y se preguntó sobre la naturaleza de sus sueños. Tal vez aquel día fuera el día, su día. El día en que los sueños de Lídice se materializarían al encontrar el tesoro.

Sin quererlo, volvió a tener aquellos sentimientos que le martirizaban tanto y resultaban tan contradictorios. Unas veces la amaba, otras la odiaba pero nunca conseguía dejarle indiferente. A pesar de todo, Ramón, no negaba el mérito de aquella mujer gracias a quien habían conseguido el incondicional apoyo del gobierno cubano que les permitía investigar el fondo marino y mantener apartados a los piratas. La investigación se centraba en el Bella Hispania: un galeón español hundido que se sospechaba, albergaba un tesoro fabuloso.

Lídice, especializada en el medio marino, se había incorporado hacia muy poco al proyecto.

Tan misterioso como ella era el mecenas que patrocinaba la investigación. Ni Ramón, ni el resto de los buceadores de Vancouver sabían nada acerca de su persona, excepto que era un tipo asquerosamente rico que ingresaba religiosamente sus cheques cada mes, hicieran pequeños o grandes progresos.

Olvidó las especulaciones sobre quien podía ser aquel misterioso mecenas que pagaba todo aquello y se maravilló ante las tranquilas facciones de la muchacha, que aún dormida, era capaz de mantener el equilibrio de su copa, sin verter ni una sola gota del precioso líquido.

Le costó apartar su mirada, para finalmente ponerse a inspeccionar como siempre hacía, la lubricación de los compresores y la limpieza de los filtros. Si el día no se torcía, saldrían a bucear, aunque parecía poco probable por la humedad que se respiraba en el ambiente.

En Cuba, la lluvia tropical irrumpe sin previo aviso y es breve aunque intensa…

Las aguas claras del Caribe de un azul turquesa hermosísimo sorprenden a menudo a los europeos y les permiten contemplar la belleza cromática de corales y peces, mucho mejor que en cualesquiera otros mares y océanos del mundo.

También parece que el mar no es demasiado profundo: una sensación a todas luces engañosa.

El día anterior habían estado pescando y Ramón, que además de buceador era un experto cocinero, había deleitado a la tripulación con una langosta pescada durante el trayecto, aderezada con una salsa ligeramente picante y sumamente deliciosa.

La comida había discurrido tranquila y alegre al ritmo de salsas y merengues que hacían moverse involuntariamente los pies de los canadienses.

En sus rostros se reflejaba la felicidad. Ramón que había inmortalizado el momento les miraba sonreír a través de

aquella foto Polaroid. Aún se preguntaba como el resto de sus compañeros habían olvidado tan pronto la tragedia cuando solo había acontecido hacía un mes escaso.

¡Daniel Hamel!

Evocar su nombre le ponía triste. Le conoció antes de llegar Lídice y era como si su muerte hubiese precipitado su llegada.

En aquel abismo azul era fácil sentirse como dos astronautas libres e ingrávidos, poderosos como Orishas[1].

Hacía cosa de un año, Hammel le había salvado de morir ahogado cuando sus pies habían tropezado con un banco de algas, provocándole un ataque de histeria. Con unos reflejos admirables, Hammel había sacado su cuchillo y había compartido con Ramón el aire de su propia botella hasta que ambos lograron alcanzar la superficie.

Ramón hubiera dado todo cuanto era y cuanto poseía por devolverle aquel favor.

Pero no pudo...

Fue un martes, eso lo recordaba bien.

Una hora antes habían utilizado descongestionantes nasales para prevenir la descompensación de oídos.

Era una inmersión fácil, sin aparente peligro como tantas otras que antes habían realizado hasta entonces sino fuera, porque en aquella ocasión, Hamel, no se encontraba al cien por cien de sus posibilidades.

No pudieron hacerle desistir. Daniel era terco y se negaba a que el grupo le mantuviese alejado de los descubrimientos realizados en el pecio. No quería perderse la imagen del tesoro ni que le mostrasen a través de ningún monitor. Quería verlo por sí mismo, ser el protagonista.

No pudieron contradecirle como tantas veces aunque se tranquilizaron un poco al ver que Ramón se ofrecía a servirle de “perro lazarillo”.

---

[1] Orishas. Dioses de origen africano y cubano.

Se dejó ayudar por Ramón a colocarse las botellas de oxígeno y sentado de espaldas a la embarcación se dejó caer.

Cuando nadaban próximos a la barrera de coral, Daniel indicó con un gesto a sus compañeros que estaba fatigado y deseaba regresar, mas cuando todos ellos estuvieron lejos de su campo de visión, mostró una sonrisa ladina a Ramón dibujando ante su cara la O de OK con sus dedos índice y pulgar. Su intención era continuar descendiendo para mostrarle algo.

Aunque algo molesto, sintiéndose muy utilizado, Ramón accedió...

Llegado un punto, los ojos de Hamel le miraron de un modo extraño, con una expresión mezcla de sorpresa y miedo. Su mirada era tan vacua como la de cualquier pez muerto tendido sobre el mármol de una pescadería.

Cuando el médico, pagado por el mecenas y la extraña fundación a la que pertenecía realizó la autopsia, certificó que el paciente había sufrido un barotrauma de oídos que le había producido la muerte casi, de un modo instantáneo.

A pesar de los denodados esfuerzos de Ramón, que oía su propio llanto retumbar a través de la escafandra, no consiguió traerle a la superficie con vida.

Aquel hecho se grabaría a fuego en su memoria pues el fallecido no solo era un hombre, a pesar de su tozudez, apacible y simpático, amado por todos sino que además, era uno de los mejores amigos de Ramón...

Un impertinente mosquito hizo que volviese a la realidad. Le dejó confiarse y acomodarse plácidamente en su mejilla y lo aplastó de un golpe seco con su enorme y morena mano dejando una impronta de sangre sobre su piel curtida.

El Sol quemaba y hería los ojos. Lamentó no llevar puestas sus gafas. Se protegió con la misma mano que había empleado para matar al insecto y vio que en la cubierta,

Lídice continuaba navegando por sus sueños, sin dejar caer su copa.

Desde su llegada las inmersiones ya no eran frecuentes.

Lídice, la mujer del bikini rosa era artífice de aquel milagro pero no era la única. La segunda en discordia ponía en peligro su vida jugueteando alegremente cerca de la quilla.

La sangre se agolpó en las venas de Ramón al ver los vertiginosos saltos del delfín. Echó a correr como alma que lleva el diablo hacia la sala de mandos y agitó enérgicamente la campana. Desde la cocina, el aroma del café recién hecho le llegó camuflado entre olor a sudor y caros perfumes femeninos. Al mismo tiempo, unos pasos tímidos se convirtieron en carreras.

Los golpes de campana anunciaban la llegada de Astarté. Pero: ¿Qué sabía Ramón de ella? En realidad, poca cosa, salvo que Lídice había sido una salvadora para el delfín hembra cubierto de yagas en la reducida piscina de un delfinario cubano. Muy a menudo solían visitar al delfín cientos de turistas: Hombres, mujeres y niños fascinados por sus saltos vertiginosos y su extraño lenguaje. –Todos los delfines poseen su propia personalidad y al igual que las personas, muestran su cara amable, juguetona, tranquila, bondadosa o traviesa. –Pero Astarté no.

Astarté era violenta…

Quien diría que entre todos aquellos visitantes recabaría la atención de una sola persona. Una mujer que enseguida quedaría prendada del único delfín rebelde y esquivo de aquella piscina. Un delfín que no dudaba en enseñar los dientes a los niños y salpicar furiosamente a cuanto incauto turista se atreviera a acercarse.

Amante de los animales en general y en especial de los del fondo marino, Lídice vio en aquel delfín hembra algo que la hacía sumamente interesante y distinta al resto de los delfines cautivos.

Tal vez se trataba de esa fascinación que había sentido desde niña hacia los animales salvajes, los únicos a quienes el ser humano jamás consigue doblegar del todo. Astarté, correspondía a esa idea que ella tenía de un animal salvaje y no acaba de comprender como podía privarse a un animal tan noble de su libertad para condenarle a vivir una vida mísera siendo la atracción de un grupo de turistas estúpidos que pagaban por ver a un animal encerrado.

El detalle de su liberación era algo que a Ramón también también le había fascinado.

Pero, aunque sabía muchas cosas sobre "la salvadora del delfín" otras, continuaban envueltas en una neblina de misterio. Por ejemplo: ¿Quién era ella realmente? ¿Por qué le había puesto a su delfín el nombre de Astarté, una diosa egipcia de la guerra?

Lídice, la mujer que había peleado por conseguir que Astarté volviese a reconquistar su libertad, había acabado con las inmersiones reduciendo a cero el número de muertes. Por esa causa, también se había reducido considerablemente la plantilla: No sabía hasta que cierto punto era bueno todo aquello: ¿Qué escondía aquella misteriosa mujer que no era visible a simple vista? ¿Por qué le atraía de aquella manera tan intensa? Ni siquiera era el tipo de mujer en quien él solía fijarse pero en ella también había algo indómito y salvaje que al igual que aquel delfín, jamás podría ser domesticado.

La visión de Astarté, siguiendo la estela de espuma del barco le sacó de sus cavilaciones. Sonrió al observar como Lídice, alertada por los golpes de la campana, sacaba medio cuerpo fuera del barco y se inclinaba peligrosamente a acariciar el suave lomo del cetáceo.

–¡Bien bonita! ¿Qué me traes hoy? ¡Tranquila! ¡Cálmate!

Por la alegría de Astarté –a quien Lídice había equipado con una sofisticada cámara y complejos sistemas de velocidad y medición– Ramón supuso que había encontrado algo.

La media hora de filmación en la sala de máquinas resultó bastante tediosa. Astarté navegaba en el monitor a través de

bosques de coral y bancos de peces de colores vibrantes que se desplazaban en todas direcciones produciendo una sensación de vértigo.

Ante aquel mare mágnum colorista se pusieron a bostezar, porque esas imágenes habían sido vistas hasta la saciedad y no comprendían porque su capitán, les había arrancado de sus camarotes en medio de una siesta tan placentera.

De pronto, Astarté avivaba su interés descendiendo hacia los restos del galeón hundido cuyo mascarón de proa aún intacto, representaba la hermosísima imagen de un ángel de bronce, semicubierto de musgo y líquenes. El ángel de bronce con las manos tendidas al infinito, miraba al delfín y les miraba también a ellos a través de la pantalla, como si estuviesen cometiendo un sacrilegio muy grande al filmar la escena. Las corroídas maderas del pecio servían ahora de refugio a morenas y crustáceos.

Todo, era perfectamente normal o lo parecía.

Tenían previsto sacar al ángel dentro de dos días. Lo limpiarían cuidadosamente de algas, fósiles y óxido que le daban aquel sucio y herrumbroso aspecto para poder catalogarlo y decidir que harían con él.

Aún quedaban zonas del barco por inspeccionar sin duda, las más importantes... Según los archivos de la época, el galeón español había partido con cajones llenos de oro, plata acuñada, alhajas, cuero y lana de vicuña. El galeón había sido hundido por una galerna que había pillado de improviso a toda la tripulación mientras dormían.

Astarté, se deslizaba ahora por entre sus derruidos camarotes jugándose la vida y mostrando ante ellos horribles restos óseos que sobresalían entre las maderas y la arena removida.

–¡Mirad! –Gritó de pronto una mujer– ¿Qué es eso que brilla ahí en el suelo? ¿Lo veis?

Todos acercaron sus caras a la pantalla mirándola con curiosidad.

Lídice, tecleó algo en el ordenador y acotó la zona ampliando un poco más la imagen.

Una clamorosa exclamación recorrió de pronto a los presentes como una ola. Se trataba de una moneda: Una reluciente moneda de oro.

No se podía ver con claridad la efigie pero estaba claro que si había una muy cerca de allí, en alguna parte tenía que haber muchas más.

El descubrimiento les produjo una gran excitación. Entrechocaron felices, sus manos. Alguien corrió en dirección a la cocina y regresó con una botella y varias copas de champagne. En ese momento, todos se imaginaron inmensamente ricos, con bonitas casas cerca del mar y lujosos coches descapotables en un entorno paradisíaco.

Pero Astarté, ajena a la fiesta que se celebraba cansada de filmar los camarotes, se alejó del barco y continuó su descenso.

De pronto, dejó de emitir sus silbidos y se detuvo nerviosa coleteando como si algo le hubiese asustado.

¿Qué era?

En principio todos contuvieron la respiración al pensar en un tiburón y aunque no cabía el nerviosismo pues todos sabían que Astarté saldría ilesa, alguien derramó el contenido de una copa. El burbujeante líquido no tardó en ser absorbido por el suelo de madera…

En un acto reflejo, Ramón se agachó a recoger los vidrios y se cortó. Miró la reluciente gota de sangre en su dedo y ajeno al dolor, retornó sus ojos al monitor. En el camarote el silencio podía mascarse. Astarté no emitía ningún sonido, era como si se hubiese quedado muda ante aquella pequeña cueva que emitía una misteriosa y parpadeante luz azulada.

–¿Ramón? ¡Ramón! –Exigió la voz– ¿Qué te ocurre, Ramón?

Aquella pregunta insistente hizo que en su mente, se desvaneciese la imagen del delfín y la cueva y atisbase a la

figura que acababa de emerger tras la mosquitera. Cuando su vista se acostumbró a la penumbra, se percató de que había caído rendidamente dormido evocando todas estas cosas y que la dueña de la voz, plantada con los brazos en jarra frente a él requería urgentemente su atención.

Se restregó enérgicamente los ojos e hizo un gran esfuerzo por mantener su mirada.

–¿Sí? ¿Qué pasó?

–Ramón: ¿Por donde viajabas ahora?

–Lo siento. –Se levantó aturdido de su litera y le confesó que en aquellos momentos, soñaba con Astarté y lo que había encontrado aquel día en la cueva. –No le dijo que también había soñado con ella con su bikini rosa, haciendo malabarismos con su copa.

Con las prisas y el aturdimiento dejó caer al suelo una pieza metálica que rodó lentamente hasta encontrar las zapatillas de la mujer como freno.

Antes que él hiciese el menor movimiento, ella se le adelantó y la colocó sin mucho interés sobre la mesa.

Un suave oleaje mecía el barco. A lo lejos se veía el Morro[2] ya habían sonado los últimos cañonazos de las nueve y la blanca ciudad de La Habana iluminada por las luces nocturnas se veía hermosísima a lo lejos. Ramón se preguntó si ese suave vaivén no sería el responsable de su letargo. Sin decir nada, y en un gesto de galantería tomó su delicada mano entre las suyas y la besó.

Ella le miró con un gesto entre preocupado y divertido, sorprendida gratamente por su reacción.

–¿Ramón te encuentras bien? –Le acarició el rostro con ternura para terminar diciendo con un aire pomposo impropio de ella– ¡Esto no es nada usual en ti, mi capitán!

---

[2] El Morro: Fortaleza defensiva de La Habana.

Avergonzado ante su muestra de debilidad, retrocedió un paso y se encaminó hacia la mesa iluminada por el candil. Antes de dormirse, había estado limpiando las piezas con un pincel suave para no dañarlas cuando fuese a introducirlas en las bolsas de plástico. Extenuado se dejó caer sobre su cama sin apartar la vista del techo.

–¿No es muy tarde para que estés trabajando con esta luz tan débil? –Tomó asiento a su lado.

Él no contestó, se retiró el pelo lacio y grasiento de los ojos y tomó una de las piezas que había en la mesita para examinarla.

Los ojos de ella se clavaron entonces en el amuleto que pendía en su pecho desnudo. Era bonito, siempre había querido tenerlo cerca para observarlo con detenimiento pero, a él no le gustaba que ella lo tocase. Incapaz de reprimir el impulso, jugueteó con la joya entre sus dedos hasta que la fuerte mano de él detuvo en seco su intento de arrancárselo.

Avergonzada por haber sido sorprendida in fraganti, se puso en pie de un salto y caminó en dirección hacia la mesa.

–¿He hecho quizás algo incorrecto? –Balbució mirándole con las mejillas arreboladas.

–Te quiero mucho Lídice. Sabes que te quiero pero no vuelvas a repetir eso nunca. ¿Me oyes?

–Lo siento mucho. –Acertó a balbucir –. Te juro que no volveré a hacerlo. Aunque no comprendo la veneración que sientes hacia eso– señaló el colgante.

–Es algo más que “eso” como tú lo llamas. –Acarició la cadena que lo sostenía como temiendo que ella volviese nuevamente a intentar arrebatárselo–. Pero no puedo explicártelo porque no lo entenderías.

–¿Y se puede saber porque no? –Preguntó molesta– ¿Por qué no pruebas a ver?

No esperó la respuesta, ya que sabía que no la obtendría. Finalmente, resignada, se encogió de hombros y se dispuso

a ayudarle en la tarea de clasificar las últimas muestras. El repulsivo olor a amoniaco hizo que se tapase la nariz y la boca en un acto reflejo.

–¿Qué te pasa? –Quiso saber.

–¡Puag! ¡Que asco! Nunca consigo acostumbrarme a este olor.

Ramón sonrió de un modo bondadoso y le tendió una mascarilla.

–Deberías ponerte esto.

Ella la rehusó con un hilo de voz:

–Mañana, cuando el Sol salga iré a ver a ese experto en La Habana amigo mío, del que tanto te hablé. Él, nos dirá que significan esas inscripciones que vemos en las piezas.

–Me parece correcto. –Bostezó y consultó su reloj–. Las tienes ahí sobre la mesa. Yo me voy a dormir otra vez, el día ha sido duro y yo estoy que me caigo de sueño.

Lídice no le contradijo. Le vio desnudarse a la luz del candil y despojarse del amuleto, el reloj y los anillos que depositó cuidadosamente en un amasijo sobre la pequeña mesita.

–¡Buenas noches entonces! –Bostezó volviéndole la espalda.

Lídice sonrió y se acercó a quitarle los zapatos. Él se dejó hacer. Había tenido una pesadilla con Hamel, sobre el día en que murió. Pero deseaba volver a aquella parte del sueño en que Lídice, la muchacha del biquini rosa, la misma que hacía escasos segundos le había enfurecido al intentar arrancarle el amuleto, hacía equilibrios con una copa de Martini mientras Astarté, su delfín se aproximaba lentamente al barco.

Al cabo de unos segundos, ya roncaba con suavidad.

Con mucho sigilo, Lídice pasó al lado de la mesita dispuesta a marcharse cuando una extraña fuerza la obligó a retroceder. No podía creerse lo que estaba haciendo.

Aquello no era propio de ella. Pero aquel amuleto le atraía de un modo irresistible. Lo tomó entre sus dedos y sopesó lo liviano que era.

¡Era tan hermoso!

Se dirigió a la mesa donde aguardaban algunas de las piezas que Ramón había limpiado, entre ellas, las que más le interesaban.

Ramón, dio media vuelta en ese momento y murmuró algo entre sueños lo que aceleró la respiración angustiada de la chica. Para su alivio, volvió a sentirle roncar al cabo de unos segundos…

Un nuevo impulso, la obligó volverse a observar al durmiente cuyo pecho subía y bajaba de un modo regular. Su imagen, despertó en ella una triste sonrisa.

Aquel iba a ser el último día que le vería.

Él jamás lo comprendería y jamás iba a perdonarle lo que iba a hacer. Cuando mirase atrás, hacia el pasado y se acordase de ella: ¿La recordaría con odio o simplemente sería una de esas nube pasajeras cuya lluvia barre el suelo de polvo? Ella no sería un recuerdo bueno ni malo, simplemente no existiría, no sería nada.

Sin dejarse llevar más por la nostalgia, apagó el candil con la yema humedecida de su dedo y cerró sigilosamente la puerta sintiendo que el corazón se le partía en pedazos.

Sería para él Lídice la malvada, Lídice la miserable, aquella que no tenía sentimientos y a la que no movía otro interés que el asqueroso dinero.

Pero Ramón, nunca vería la lágrima que acababa de surgir de sus ojos en el mismo instante en que ella cerraba la puerta.

Ya en la cubierta, con la espléndida luna a su espalda iluminando la negrura del agua, Lídice se puso el amuleto en el cuello y sintió su frialdad al contacto con su piel lechosa enrojecida por el sol. Durante un instante, pareció olvidar las piezas que guardaba en el bolsillo de su chaqueta envueltas

en plástico. Las piezas eran muchísimo más valiosas que el talismán sin embargo ella solo parecía sentir un verdadero arrepentimiento por este. Aunque el arrepentimiento duró poco cuando volvió a tocar con suavidad los fríos contornos de aquella extraña joya con turquesas, oro y plumas.

Era como si desprendiese una luz azul muy tenue parecida a la misma que había visto emerger de la cueva en que Astarté se había detenido cuando encontró el tesoro. Se dejó llevar por aquella sensación de frío placentero y acarició el atrapasueños.

La joya no resultaba ajena al contrario, era como si toda su vida, la hubiese llevado sobre la piel de su cuello.

# II

*"Siempre hay que seguir*
*aunque solo sea por curiosidad".*

Martín Hache

El Sol de La Habana le deslumbró cuando el pequeño bote alcanzó la orilla. Lídice, encaminó sus pasos hacia la plaza de la Catedral.

Se sentó en una mesa apartada y le pidió al camarero un mojito. Le gustaba la combinación del ron añejo, la caña de azúcar y la hierba buena que empleaban en este cóctel típico cubano que hacían como nadie en la Bodeguita de En Medio, aunque esta, le quedaba ahora a desmano.

La noche anterior, se había sentido tremendamente arrepentida al robar el amuleto. Ahora estaba satisfecha y pletórica. No sabía por qué. El amuleto le había conferido fuerza y le hacía sentirse mucho más atractiva y segura. Y al fin y al cabo, Ramón, cuando descubriese su falta, lamentaría mucho más el robo de aquel amuleto que cualquier otra cosa que ella hubiera podido llevarse.

Hacía un calor sofocante. El café de la plaza de la catedral estaba aquella mañana, atestado de turistas de pelo rubio y piel muy clara. Sospechó que debía de tratarse de uno de esos viajes organizados con guía.

Los turistas, contemplaban divertidos el baile de una mujer negra vestida con un traje de volantes. Tenía un pañuelo atado a su rubia cabellera coloreada de un rubio desvaído.

La mujer en pleno trance musical, emulaba los movimientos de una gallina. Lídice sacó de la bolsa de deporte un pañuelo de papel y se secó la frente incapaz de soportar por más tiempo el calor y la visión de aquel baile atroz.

El camarero llegaba en ese preciso instante manteniendo el equilibrio a duras penas entre las mesas. Al mismo tiempo, la mujer y los músicos, habían dejado de bailar y parecía que todas las miradas convergían ahora hacia su mesa.

La mujer del pañuelo en la cabeza hizo amago de acercarse también a ella.

Se oyó a alguien que profería gritos ordenando a los músicos que se fueran. Era el camarero.

La mujer negra con cara de pocos amigos, frunció contrariada el ceño y reculó hacia la mesa más apartada. Poco después, se olvidaba de la reprimenda del camarero y volvía a "animar" con su baile la mesa de otros turistas. El que acababa de hablar, depositó el mojito con un golpe seco pero sin derramar una gota de líquido y quedó como expectante. Al mirarle, Lídice pensó que esperaba una propina por haberle librado de los músicos. Introdujo la mano en su bolsa para sacar un billete aquel gesto, pareció humillarle.

–Ya me ha pagado el mojito y no acepto propinas gracias de todos modos.

Lídice, sacó el billete de cualquier modo y lo depositó en la mano del guitarrista de aquel grupo de músicos del que formaba parte la mujer que bailaba como una gallina. Este se acercó a recoger el billete dirigiéndole una sonrisa amable mientras apartaba a codazos a su extraña acompañante.

–No ha debido hacer eso. –Le recriminó el camarero mirándoles desde la distancia con recelo–. Ahora no podrá sacárselos de encima ¿Quiere consumir algo más?

Lídice le miró. Debía tener unos veintidós años pero por su forma de hablar denotaba un carácter demasiado seco y serio, impropio del carácter impropio del carácter del

que hacen alarde los cubanos, aunque seguramente, debía tener una preciosa sonrisa.

–No gracias. Con el mojito ha sido suficiente.

El camarero correspondió con otra sonrisa y se apresuró a recoger el importe exacto que Lídice había dejado en el plato en pago de su consumición. Se decidía a partir cuando finalmente, la chica apoyó con firmeza su mano en el brazo.

–Perdón. Antes de que desparezca usted entre esta muchedumbre me gustaría preguntarle como se llama.

–¿Mi nombre? –Pareció que la pregunta le pillaba desprevenido pero clavó en ella sus ojos profundos y oscuros y respondió con una cierta timidez que se llamaba Ernesto como el Che Guevara aunque todos le llamaban Che.

El nombre arrancó a Lídice una sonrisa.

–Ernesto. Perdón, Che. Me gustaría saber si usted podría indicarme donde queda el paladar "La perla del Clérigo". He quedado allí con un viejo amigo y no conozco demasiado bien la ciudad.

No mintió del todo, conocía la ciudad pero no exactamente el Paladar en el que había quedado con Wilson.

El rostro del muchacho se iluminó de pronto con una inusitada sonrisa.

–Ah! Con mucho gusto señora. Está muy cerca de aquí.

Se apresuró a sacar del bolsillo de su guayabera un bolígrafo y garabateó con trazos rápidos una dirección en la servilleta junto a un número de teléfono. Le tendió la dirección y señaló un mercadillo no muy lejos donde se vendía coral negro y artesanía típica.

–Si no da con la dirección exacta pregunté por esa zona –señaló unos tenderetes protegidos del Sol donde unos pintores exponían sus obras.

Ahora, pareció dubitativo al decir.

–Aunque si espera que acabe mi turno, gustosamente le conduciré yo mismo hasta allí.

Lídice le dio las gracias pero le dijo que no era necesario.

Contrariado, tardó un poco en recuperar su sonrisa…

–Tal vez ahora no lo desee, pero más tarde, sí. ¡Bueno! Si cambia de opinión, no dude en llamarme, la ciudad es grande y siempre está llena de aprovechados a la caza del turista como esa vieja. –Señaló a la mujer vestida de abigarrados ropajes y apostilló–. Y le advierto que yo soy el mejor guía de toda La Habana y que en mi compañía nadie se atreverá a molestarla. Por cierto: ¿en que hotel es que usted se aloja?*

Lídice tardó un rato en contestar. No sabía si fiarse y decírselo a aquel desconocido. Finalmente, aún temiendo que se arrepentiría contestó:

–En el Hotel Nacional de La Habana.

–Bien. ¡Llámeme por favor! Le he apuntado mi número en esa servilleta. Recuerde mi nombre es Che, como el del Che Guevara.

Ella replicó con voz suave intentando no ser descortés:

–Gracias Che. No se moleste. Guardaré su número por si lo necesito. Pero aún así no creo que lo utilice, como le digo, he quedado con un viejo amigo, y es él quien me enseñará esta ciudad.

–Bien, OK, gracias. No pretendía importunarla. ¡Adiós!

–Y no lo ha hecho Che. Todo lo contrario, en realidad ha sido usted muy amable.

Lídice se recompuso la falda y se levantó echando un vistazo alrededor. Guardó la servilleta que el camarero había utilizado para apuntar la dirección y su teléfono y se dispuso a abandonar la plaza de la catedral en busca

---

* No es error ortográfico , los cubanos emplearon esta expresión con el verbo al final.

de aquel mercadillo donde Che le había dicho que podía adquirir coral negro a un módico precio. Una vez allí, se entretuvo durante mucho tiempo mirando la artesanía y las hermosas tallas de madera.

Era la una de la mañana y tenía un enorme agujero en el estómago.

Un sol deslumbrante bañaba los puestos. Cansada de mirar, terminó comprando una pulsera de la que pendía un diminuto delfín negro porque le recordaba a su pequeña Astarté. Sintió escalofríos al pensar que sería de ella ahora que no estaba a su lado para protegerla. Se consoló pensado que estaría a buen recaudo con Ramón. De pronto, vio bajo unos soportales a un pintor que exponía su obra. Atraída más por la frescura que ofrecía el soportal que por la belleza de sus óleos dirigió hacia allí sus pasos.

Preguntó por uno en concreto: Uno que mostraba la imagen surrealista de un negro al que le faltaba la parte superior de la cabeza y de cuyo interior surgían figuras diminutas más propias de un cuadro del Bosco.

El precio que le dio el artista casi le convenció pero desistió al informarle de los posibles problemas que podría tener si pretendía pasar un cuadro tan grande por la aduana.

Lídice, le dio los buenos días y continuó deambulando por el mercadillo sin el cuadro, consultando cada vez más nerviosa su reloj.

Era la una y media, cuando un hombre de unos sesenta años la abordó y comenzó a relatarle su historia personal. El hombre, un exiliado de la dictadura española, se había aclimatado tan bien a aquel país que había decidido morir allí, tan lejos de dónde nació.

Le pidió a Lídice un mechero, dijo que se arreglaba con cualquier cosa para hacer caminar a su viejo carro. Lídice no acertó a saber en que podía utilizar aquel hombre su viejo mechero pero se lo dio sin hacer preguntas. Agradecido por

el gesto, le preguntó a donde se dirigía y al decirle ella que a la Perla del Clérigo insistió mucho en acompañarla.

Cuando llegaron ante la puerta del paladar se despidió de ella con un gentil beso en la mano.

–Ha sido un placer damisela. –Dijo haciéndole un gesto reverencial con su mano.

En ese instante eran las dos.

Con el alma en vilo, subió las viejas escaleras de madera donde le recibió una muchacha con una hermosa mezcolanza de razas. La mulata de orientales ojos azules le condujo a la zona más soleada del restaurante y pasó a informarle sin dilación de los platos que componían la carta del restaurante.

Como no tenía preferencia por ningún en concreto, aceptó su sugerencia y pidió un poco de congrí (una especie de pasta hecha con arroz y habichuelas conseguida a base de cocer todos los ingredientes juntos). También pidió un poco de carne acompañada de banana frita.

Mientras se lo preparaban, Lídice reparó en un hermoso papagayo de vistosos colores propiedad del paladar que no hacía sino repetir hola una y otra vez.

Divertida correspondió al saludo del pajarraco y volvió a suspirar mirando su reloj.

Aún había de pasar una hora más ante varios cafés y casi una cajetilla de cigarrillos rubios.

Su nerviosismo ya era evidente y difícil de disimular.

Wilson le preocupaba. Le preocupaba mucho.

Hacía casi seis años que se conocían. Fue primero en un trabajo arqueológico próximo a las ruinas de Machu Pichu. Desde entonces, habrían de encontrarse infinidad de veces a través de diferentes lugares del mundo. Ella había cambiado desde entonces la arqueología por la biología y sus estudios de calaveras y ánforas por el de los barcos hundidos, pero de todo ello lo único que verdaderamente importaba respecto a

su campo, era haber estudiado el impresionante lenguaje de los delfines y ballenas. Aunque los resultados aún eran experimentales, había podido establecer una estrecha comunicación con Astarté.

Amaba aquel delfín por encima de todas las cosas. Se preguntaba que sería de ella y si el hombre para el que trabajaba cumpliría su pacto de protegerla cosa que no veía probable. También pensó en Ramón igualmente traicionado por ella. Miró nuevamente el reloj y se puso furiosa con Wilson, el viejo cascarrabias. Presentía que algo grave tenía que haberle ocurrido pues su tardanza no era normal. Jugueteó con su tenedor con los restos del congrí y finalmente sacó de su bolso el teléfono móvil. Marcó un número. Esperó un par de tonos.

Comunicaba sin cesar...

Después de un rato de insistir, desesperada lo volvió a guardar. Pagó a la camarera y regresó al Hotel Nacional donde había alquilado una habitación por horas, el tiempo suficiente para darse una ducha, cambiarse de ropa y desaparecer... Al pasar por el elegante hall del Hotel se dirigió al no menos suntuoso ascensor. Ya en la habitación, preocupada por la ausencia de Wilson, insistió en sus llamadas mientras miraba desde el amplio ventanal la impresionante vista de la blanca ciudad rodeada de palmeras con el mar a lo lejos. Esta vez, la línea parecía libre pero nadie descolgó el auricular y eso terminó por ponerla aún más nerviosa. Se dirigió hacia el baño. Con un movimiento enérgico abrió la cortina de la ducha y paso dentro. El agua templada, casi fría se deslizó por su espalda infundiéndole una placentera sensación. En ese momento, cuanto más disfrutaba de la agradable tibieza del agua sobre su piel resentida por sol, el sonido del teléfono la sobresaltó.

–¡Wilson!

Dijo su nombre en voz alta y cerró el grifo con un giro de muñeca rápido. Se puso su albornoz para no cruzar desnuda y mojada el espacio físico que la separaba del

teléfono. Descolgó el auricular y escuchó al otro lado una respiración jadeante.

–¿Diga?

Se escuchó un silencio incómodo desde el otro lado.

–¿Diga? –Insistió otra vez con voz temblorosa.

–Lídice. –Dijo una voz jadeante y ronca como si su dueño tuviese algo afectadas las cuerdas vocales– Lídice ¡Escucha! ¡Soy yo, Wilson! Coge todas tus cosas y lárgate rápidamente de ese hotel.

Se preguntó a que demonios estaría jugando su amigo.

–¡Wilson! ¿Dónde te has metido? ¿Estás bien? Estuve esperándote durante mucho tiempo en la Perla del Clérigo y me extrañó que no aparecieses porque tú eres siempre tan puntual y tan…

–Sí, sí, sí. –Alzó la voz un poco cansino–. No te preocupes. Yo estoy bien. Disculpa que te hable tan bajo. He sufrido un pequeño percance pero ahora está todo muy controlado. ¡Lárgate de ahí! ¿Me oyes? ¡Ya!

–¿Qué percance? ¿Qué te ha pasado Wilson? ¡Habla!

–Nada. No te preocupes por mí, mujer. Yo estoy bien. ¿Y tú que tal estás?

–Bien. –Contestó ella– ¿Sabes que te he traído eso?

–¡Oye! –Exclamó Wilson tras un breve silencio–. Quiero que te dirijas en menos de media hora al museo de la Revolución si es preciso, mucho antes. Estaré por allí sentado en uno de los bancos. ¡Observa bien! No vaya a ser que no nos encontremos.

Wilson colgó el teléfono sin esperar respuesta.

–¡Hola! –Agitó su blanca mano en señal de saludo y se protegió con ella los ojos azules de la cegadora luz de La Habana. Iba bien vestido y fumaba un Romeo y Julieta. No, como solía hacer cuando vivía en Nueva York. A Lídice,

le costaba entender como un hombre así, tan inteligente, refinado y elegante, podía llevar una vida que rayaba la indigencia cuando estaba fuera de aquel país. Con el tiempo había llegado a la conclusión de que utilizaba el disfraz de mendigo para ocultarse cosa que allí en Cuba, no necesitaba.

Wilson era difícil de entender. Estaba un poco loco. Pero siempre había sido así.

Le miró con aprobación como si fuese su propio padre. Wilson llevaba un pantalón blanco planchado, sin una arruga y una camisa del mismo tono que no hacían sino acentuar la blancura de su tez y sus canos cabellos. La camisa y el pantalón estaban impolutos. El único detalle de color eran sus ojos de un azul desvaído y aquel sombrero de paja coloreada en rojo y verde que descansaba sobre sus piernas.

–¡Hola! –Correspondió a su saludo y se sentó alegremente a su lado pellizcando cariñosamente su mejilla–. Antes que te eche una reprimenda: ¿Cómo estás viejo pedigüeño?

–¡Bien! ¡No te burles de mí Lídice! Y dime de que se trata. ¡Dijiste que traías eso! ¡Debemos darnos prisa! Ellos son muy rápidos.

–Dispara tú primero. –Le siguió el juego divertida.

–¡Bien! –Resopló resignado y oteó la amplia plaza llena de jubilados sentados en los bancos–. Hace unos días que noto que me persiguen. Fue después de la llamada que tú me hiciste desde el barco ayer noche pidiendo vernos aquí, en La Habana.

Hoy por la mañana, ha pasado algo… ¡Mira! –Se quitó el sombrero y dejó al descubierto su cabeza casi calva.

Una exclamación de horror surgió de la boca de su amiga. La herida en el cráneo despoblado de cabello en algunas zonas no tenía muy buen aspecto.

–¡Dios mío, Wilson! –Separó unos ralos mechones para ver mejor. Estaba tumefacta y aún tenía algo de sangre coagulada en los bordes– ¡Debemos ir a un hospital cuanto antes para que te lo vean!

Él aferró su antebrazo con fuerza y le clavó las uñas con una descomunal fuerza impropia de un anciano.

–¡No! ¡No puedo ir a un hospital! Ni siquiera puedo regresar a mi casa en Miramar. Esta isla hasta ayer era el único reducto en que podía vivir tranquilo sin tener que disfrazarme de indigente para mantenerme vivo. Y ahora ellos, también me han quitado esto.

–Pero: ¿Qué ha pasado Wilson? ¿A que te refieres cuando dices Ellos?

Wilson se puso aún más pálido de lo que ya era y tragó saliva como si le costase decir lo que venía a continuación.

–Como te digo, irrumpieron ayer en mi habitación y lo destrozaron todo. Buscaban algo, no sé que será supongo que eso que traes contigo y que has decidido venir a enseñarme. Veo que traes poco equipaje contigo. ¿Adonde irás ahora? –Preguntó con curiosidad.

–¡No lo sé con certeza! ¡Eso es asunto mío! Prosigue con tu historia.

–¡Bien! ¡Prosigo! Iban encapuchados y me hicieron todo tipo de preguntas: Que si te conocía, que si nuestro encuentro había tenido ya lugar y si me habías dado alguna cosa. Como les dije que no a todo, empezaron a golpearme y este es el resultado –se señaló la herida–. Luego, llegó Melsa y se puso a gritar. Se pusieron nerviosos, rompieron el cristal de la ventana con una silla y se fugaron por ahí. De no haber sido por Melsa, mi salvadora, creo que no podría estar hoy contándote esto.

Lídice pensó en Melsa. Era la vieja cocinera que Wilson tenía en su casa en Miramar y a la que nombraba tanto en sus cartas. Miramar es una alejada zona residencial de Cuba donde suelen vivir los diplomáticos. A una determinada hora, todas las luces se apagan y esa parte de la ciudad queda sumida en la oscuridad más absoluta para ahorrar energía.

La pobre Melsa, según Wilson, tenía 65 años y apenas sí podía caminar debido a una artrosis degenerativa. Era una

cocinera excepcional. Lídice trató de imaginarla y pensó, que debió llevarse un buen susto cuando encontró los cristales rotos y a Wilson tendido en el suelo gravemente herido. Se imaginó la escena y sintió escalofríos.

¡Lo siento Wilson! –Fue lo único que acertó a decir echándose a llorar. ¡Dios! ¡Todo esto es por mi culpa! ¡Yo te he metido en todo este lío!

–¡Basta, basta! –Secó sus lágrimas y le tendió un pañuelo de papel– ¡Vamos Lídice, cálmate! ¡Te pones muy fea cuando lloras!

Se enjugó las lágrimas con el pañuelo que él le había tendido y sonrió aferrando su bolsa de deporte contra su pecho. Abrió la cremallera y extrajo de su interior unos pequeños contenedores de plástico sin dejar de mirarlo.

Los expuso ante él mirándole con los ojos muy brillantes.

–¿Es esto, tan pequeño? –Inquirió con incredulidad señalándolos– ¿Es esta la minúscula causa por la que me atacaron esos desgraciados mal nacidos?

–¡No lo sé! –Clamó desconcertada–. Esperaba que tú me lo dijeras.

– ¡Veamos! –Metió la mano y extrajo del contenedor de plástico un pequeño trozo de metal turquesa y lo miró a contraluz.

–Esta es solamente una de las piezas. Tengo algunas más. ¿Y bien? ¿Qué crees que es, Wilson?

–¿Habéis encontrado esto en ese galeón hundido? –Preguntó él desconcertado.

–Sí. Es decir no. No lo sé.

–¿En que quedamos? ¿Sí o no Lídice?

Lídice guardó silencio y volvió los ojos hacia la pieza indicándole a Wilson con su gesto que tampoco ella tenía mucho tiempo que perder si él no la ayudaba.

Wilson volvió a mirar los símbolos esta vez con mucho más interés.

Por un momento, puso los ojos en blanco al decir:

–Yo diría que parecen babilonios o sumerios aunque tendría que examinarlos con más detenimiento. ¿Estás segura de que no es una falsificación? ¿Una burda broma?

Ella movió negativamente la cabeza.

–¿Crees que podrías dejarme estas piezas durante algún tiempo? –Aprisionó con el dedo pulgar e índice una de ellas y la expuso ante sus ojos azules.

Lídice se la arrebató suavemente de las manos y volvió a guardarla en su envase. La pieza brilló muchísimo al incidir sobre ella los rayos del sol.

A cambio, sacó un dispositivo USB y lo puso en las manos de Wilson.

–Eres una chica lista. –Se frotó la oreja sin dejar de mirarla como si tuviese un intenso prurito–. Sabes lo que ellos quieren y por eso no vas a ponérselo fácil. Así que si me atrapan, se apropiarán de la información del USB pero no de las piezas que es lo que buscan. ¿Me equivoco?

–No, no te equivocas.

Lídice sabía que las pruebas contenidas en el USB serían más fáciles de destruir una vez Wilson hubiese averiguado su extraño origen. A unas malas, sus perseguidores tendrían un acceso virtual a las tablillas pero nunca un acceso físico a losobjetos que irían en todo momento con ella.

–Eso está bien –Dijo Wilson tras una breve pausa– Pero: ¿Qué te hace pensar que no vendrán a por ti en lugar de por mí y conseguirán lo que buscan?

–Es un riesgo que debo correr. –Lanzó una sonora carcajada–. Ellos deben sospechar que me he reunido contigo y te he dado eso por lo que están dispuestos a matar. Como no tienes las piezas en tu poder, si te atrapan no te

harán nada o al menos eso espero. Mañana mismo vuelvo a Inglaterra–. Le cogió la mano con cariño–. Quiero que me llames cuando puedas allí ¡Debes prometerme que lo harás Wilson! Dentro hay fotografías de las piezas una a una, vistas por todos sus ángulos, impresiones, resultados de análisis, todo.... Y aún tengo algo más. Introdujo otro objeto en el bolso de la chaqueta del viejo.

–¿Qué es eso Lídice? –¿Por qué me das tu móvil? ¿Es que te has vuelto loca? –Palpo elobjeto a través de la tela.

–He borrado todos los contactos de él. –Le tranquilizó Lídice–. Únicamente hay un video de una holografía y también un pequeño regalo. Te pido que me lo guardes,

–¿De que se trata?

–De una de las piezas, la más diminuta.

–¡Okay!– Admitió. Pero no podré hacerlo desde donde acostumbraba. ¡Ya te he dicho como han dejado mi casa, mis libros y el equipo informático que me había costado toda una fortuna! ¿Crees que han podido seguirte hasta aquí y que incluso han podido sacar fotos de nuestro encuentro?

–Si les ha dado tiempo a destrozar tu casa, es posible que sí– Gimió ella.

–Aunque... –Los ojos de Wilson se iluminaron como si hubiese tenido una idea repentina y no pudiese aguantar sin soltarla– Creo que aún me queda un amigo en esta isla que tiene un ordenador en su barco. Es un poco arcaico pero espero que pueda servirme aunque solo sea para leer vuestros informes.

–Tú ¿Dónde irás? –Masculló ella con el miedo reflejado en sus ojos.

–Al mercado. Despide un insoportable olor a fruta podrida que junto al calor de la muchedumbre confío que les disuada ¿Y tú?

–Como te dije, no lo sé aún. Creo que alquilaré un coche y daré unas cuantas vueltas por la ciudad para despistarlos.

A la vuelta me alojaré en otro hotel distinto. He dejado en la habitación del hotel nacional todas mis cosas y dos días pagados. Creo que pensarán que he sido tan tonta como para quedarme allí a esperarlos. Su siguiente movimiento ya lo veo, será desvalijar mi habitación y mi equipaje en busca de las tablillas. –Señaló discretamente los contenedores de plástico que guardaba bajo su ropa.

–Bien. –Suspiró Wilson–. Eso nos da un poco de ventaja.

Calló un poco al darse cuenta de lo que había oído y repitió con los ojos abiertos como platos:

–¡Lídice! ¡Repíteme eso!

–No sé a que te refieres Wilson, se encogió de hombros.

–¡Lo que acabas de decir! Cuando hablaste de tu móvil dijiste que habías borrado todos tus contactos pero que solo guardabas un video de la holografía.

–¡Sí! ¡Claro! La holografía. Ocurrió casi por accidente cuando cruzamos con una de esas piezas por la mosquitera de uno de los camarotes. Resultó que los colores sufrían una alteración importante. Tú sabes que lo normal en estos casos es que el paso de la luz arroje reflejos azulados o sus complementarios en grises apagados al corresponder a una imagen iluminada. Sin embargo, en la imagen que grabé aquel día mi móvil, se veía con claridad todo el espectro cromático.

–¡Fascinante! –se puso en pie–. Y dime: ¿Qué crees que representa esa holografía para que estén tan dispuestos a perseguirnos como una jauría hambrienta?

–Creo que posiblemente un vehículo. –Quedó dubitativa un instante y puntualizó–. Sí, creo que se trata de un vehículo, pero no de un vehículo cualquiera sino de uno extraterrestre.

# III

*"Cuando me preguntaron sobre algún arma capaz de contrarrestar el poder de la bomba atómica yo sugerí la mejor de todas: La paz".*

Albert Einstein

¡Háblame de las tablillas!

Cuéntame porque un tesoro que pertenecía a mi pueblo ha ido a parar a una gruta submarina, en lo más profundo del océano. ¿Qué sabes de tú de eso, mujer? ¿Por qué te quedas muda?

Dices que esas tablillas pudieron llegar allí en un tiempo remoto cuando la isla y los continentes estaban unidos. También dices que son más antiguas que el primer hombre. Y yo me pregunto: Sino fueron hechas por la raza humana: ¿Qué clase de inteligencia las creó y porqué? ¿Por qué fueron precisamente depositadas ahí? ¿Por qué vuestras máquinas no hallaron junto a ellas ningún resto humano, objeto cotidiano, juguete, o joya de la época? ¡No, no te creo mujer! ¡Todo esto es una absurda farsa!

Lídice no escuchaba. Llevaba mucho tiempo soportando la verborrea de aquel viejo. Wilson no le había advertido que se trataba de un energúmeno. Una semana antes le había enviado un e-mail a Londres y parecía muy excitado con la idea de que aquel hombre en concreto, hubiese aceptado recibirla.

Al parecer, uno de los símbolos aparecidos sobre una de aquellas piezas metálicas era exactamente igual que

el anagrama de organización neoyorquina, un grupo de filántropos dedicados al estudio de una ciudad mitológica.

Antes de aparecer por allí, se había cerciorado del enorme parecido entre aquel símbolo que distinguía a aquella organización y el que figuraba grabado en la pieza metálica. Cabía la posibilidad de que se tratase de una rara coincidencia, pero Lídice sabía que las coincidencias no existen.

Sin querer volvió a recordar a Astarté detenida ante la extraña oquedad que emitía una misteriosa luz azul.

Era muy raro.

Porque esa cueva no había aparecido en ninguna de las grabaciones realizadas hasta entonces. Lídice recordó que aquel día la tormenta había hecho fallar la conexión dejándolos a todos con dos palmos de narices.

–Tiene razón. –Avanzó un paso hacia él y entrelazó sus manos con cierto nerviosismo pues no sabía que hacer realmente con ellas–. No hallamos en ese galeón más que un cofre lleno de unas cuantas monedas de escaso valor. Lo increíble, lo realmente extraordinario fue el descubrimiento de la cueva. Nos ayudamos de un batiscafo robótico para poder sustraer las piezas, la bóveda era muy débil y temíamos que se derrumbase echando a perder todo nuestro trabajo. Eran muy delicadas y estaban incrustadas en una roca sin ninguna característica específica en su composición. Eso sí, la roca tenía unos extraños símbolos que dedujimos formaban parte de una especie de calendario de una civilización desconocida hasta la época. Aunque la roca y sus inscripciones tenían un inmenso valor, nos interesamos más por las piezas que había incrustadas. Eran diminutas y las separamos con exquisito cuidado para realizar las oportunas pruebas y por increíble que a usted pueda parecerle, son anteriores a la aparición de la vida en nuestro planeta.

El hombre calló y apretó los puños visiblemente crispado.

–¡Eso no es posible! –Farfulló– ¡Miente como una bellaca!

Lídice, comenzaba a arrepentirse de haberle hecho caso a Wilson. En el e-mail que le había enviado a su residencia en Londres le comunicaba que la escritura de aquellas extrañas piezas no se parecía a ninguna escritura de las conocidas en la Tierra. El tratamiento informático de las fotos había demostrado que en una de las piezas se distinguía un microscópico dibujo que mostraba un mapa de oriente algo distinto al actual, por lo que el enclave de las ciudades ocuparía un lugar muy distinto al de aquella remota época.

–Y ¡Bendita casualidad! Resultó que las piezas estaban ahí aguardándoos a ti y a todo tu equipo–. Alzó sus manos clamando al cielo que apartase de su vista a aquella mentirosa.

–Pero fue por error. –Prosiguió ella manteniendo la calma a duras penas–. La investigación del galeón nos condujo a la cueva por accidente. ¿Qué o quien llevó las piezas allí y porqué? ¿Fueron colocadas allí de una forma premeditada? ¿Por qué en una de ellas figura un símbolo exactamente igual que el anagrama de su organización? ¡Todo es un misterio! Por eso he venido aquí. Estoy ansiosa de que usted me desvele esta incógnita ya que mis indagaciones me conducen a usted, la persona que hizo ese dibujo. Eso significa que o bien se trata de una casualidad o ha tenido que ver antes dicho símbolo para inspirarse. ¿Qué puede decirme sobre eso?

– ¡Yo no voy a desvelarte nada jovencita! –La traspasó con la mirada– ¿De veras eres tan ilusa que crees en los accidentes? Quien las depositó allí, esperaba que tarde o temprano fueses tú quien diese con ellas. Tú solo has sido su cabeza de turco. Te han utilizado ¿No te das cuenta? De todos modos de poco les vale, porque ellos ignoran que nosotros no aceptamos jugar. Ahora deberías preguntarte si las personas que financian esa investigación tuya no son lo que pretenden ser y si vas a dejar que sigan utilizándote.

Los ojos de Lídice brillaron encendidos de ira.

–Eso quiere decir que realmente las ha visto antes y que no se trata de una mera casualidad. ¡Lo sabía!

Lídice contempló su impasible rostro, su recia mandíbula, nariz aguileña y sintió un inmenso dolor por él sin saber porqué.

–¿Sabe usted que es muy cruel, señor Najn al Dim? Admito que he podido ser una ilusa y que las tablillas han podido ser puestas allí recientemente para que yo las encontrase y las llevase ante usted. Pero sean verdaderas o no, guardan un mensaje, en este caso, dirigido a su pueblo. Usted, debería ser receptivo a ese mensaje. ¿Por qué no empieza por preguntarme cual es?

–Exacto, tú lo has dicho bien. Han dejado allí las tablillas a propósito para ver vuestra reacción, vuestros estímulos, y sin quererlo, os habéis convertido en ratas de sus experimentos. Pienso que quien quiera que allí las dejara, lo hizo porque estaban malditas y vosotros no teníais ningún derecho a rescatarlas del fondo del abismo. Así que: ¿No sería mejor regresarlas al océano?

–¡No! –Replicó ella presa de la furia– ¡No es mejor! ¡Usted es un viejo terco y arrogante y se equivoca!

Lídice no sabía como hacerle entrar en razón. No sabía como decirle que hacía días, había enviado a analizar una esquirla de una de las piezas a un amigo suyo que trabaja en Londres en un laboratorio. Su amigo había sido concluyente, le había dicho que aquella pieza estaba compuesta de una extraña aleación de metales algunos de ellos, no presentes en la Tierra Si Wilson y su amigo analista estaban en lo cierto, se hallaban ante uno de los mayores descubrimientos de la Ciencia con Mayúsculas.

Los ecos de su conversación con el científico aún resonaban en su mente al recodar.

–¿De donde has sacado esto, Lídice? ¿Es una broma? –Había dicho estupefacto.

–¿Por qué, George?

–¿Qué porque, Lídice? Porque de ser ciertos los resultados que he practicado a ese trozo de metal, dataría de 3 o más millones de años. ¡Y eso, es prácticamente imposible!

Lídice le había hecho un guiño malicioso y le había arrebatado la diminuta esquirla para guardarla en una pequeña bolsa de plástico con cierre hermético.

–¡Espera! –Echó a correr en pos de ella– ¡Tienes que decirme que es eso! ¿Dónde lo encontraste? ¿Qué demonios es? ¿Porqué lo tienes tú?

Lídice había bajado corriendo las escaleras sin volverse, había cruzado la carretera y se había puesto a hacer aspavientos para parar un taxi.

Najn al Dim sonrió al ver la ira de la chica. Le gustaba provocar su enfado, sacarla de sus casillas. La miró en silencio durante unos instantes y al cabo de un rato respondió con el semblante sombrío como si por primera vez tuviese hacia ella un atisbo de lástima:

–Mira jovencita, yo ignoro quien y porque mueve los hilos, aunque no me resulta extraña la aparición de las tablillas en estos momentos en que el mundo es un hervidero de odio. Cuando se enteren los grandes gobernantes, movilizarán sus ejércitos. Todos serán capaces de matar con tal de poseer la suprema fuente de ese conocimiento contenido en las tablillas. ¡Hazme caso! ¡Deshazte de esas cosas! ¡Cambia de país, tíñete el pelo, yo que sé cásate! ¡En fin! ¡Haz lo que quieras pero arrójalas nuevamente al mar te lo suplico!

Después de vapulearla con suavidad, la soltó y le dijo a modo de advertencia:

A partir de ahora, tu vida va a convertirse en un infierno y si sigues insistiendo con esto, también nos buscarás la ruina.

Ella no quería darse por vencida. Nunca lo hacía.

–¡Tíñete el pelo, cásate! –Se mofó de la voz del anciano hablando como si fuese ñoña–. Realmente ya no sabe que decir para sacarme de quicio. ¿Es que ni siquiera va a creer, a Wilson, un hombre tan respetable dentro de esta organización suya?

–No. –Dijo sin temblarle la voz ni siquiera un ápice–. Ni siquiera le creeré a él que es uno de mis mejores amigos.

–Entonces –dijo airada–, estoy perdiendo el tiempo. No tengo nada más que hacer aquí. ¡Usted es intratable!

Se dirigió con rapidez a la mesa dónde aguardaban las piezas. Las envolvió con exquisito cuidado y expulsó con fuerza el aire por las fosas nasales algo que solía hacer cuando estaba muy enfadada. Finalmente, se volvió a increparle:

–¿Está seguro? ¿Tiene una ligera idea de a lo que renuncia? ¿Se ha parado usted a pensar en lo que supondrá que un descubrimiento de tal calibre caiga en las manos de cualquier gobernante corrupto? ¡Maldito estúpido! Incluso en el grupo de científicos del que yo formaba parte se había acordado guardar el secreto de esto. En principio, parecía fácil, pero luego, llegué a la conclusión que acabaríamos matándonos los unos a los otros si no me llevaba las piezas muy lejos. En una única cosa tengo que darle la razón: ¡Estas piezas metálicas están malditas y yo no las quiero!

Se secó las manos sudorosas al pantalón vaquero que llevaba, solía ocurrirle muy a menudo cuando estaba nerviosa

–¡Arrójalas al mar entonces! –Insistió el viejo en un tono de súplica mientras añadía–. ¡Es tan fácil hacerlo!

–¿Y cuanto cree que tardarán otros buzos en sacarlas nuevamente a la superficie?

Najn al Dim guardó silencio.

Lídice había recordado el ofrecimiento de aquel camarero en la plaza de la catedral y la enorme herida en el cráneo del viejo Wilson. Sospechaba que sus compañeros de la investigación estaban detrás de todo aquello, aunque era raro que hubiesen actuado de un modo tan rápido. Tan solo Ramón sabía que iba a encontrarse con Wilson en aquella parte de la ciudad. Tal vez pensaron que ella no iba a devolver las piezas o incluso es posible que Ramón el capitán del barco, no fuese tan inocente como ella creía. A aquellas alturas ya no se fiaba ni de su sombra.

El análisis de la Holografía que Wilson había practicado, revelaba un medio de transporte donde no se apreciaba ningún

motor o tubo de escape ni nada que se le pareciera. Un medio de transporte de esas características acabaría con las ganancias de las petroleras si estas no lograban apoderarse de esta tecnología a tiempo. Sin duda, este tesoro sería codiciado por las grandes potencias que impondrían su ocultismo para que nadie pudiese usar esta nueva tecnología sin pagar su peaje.

Pero sin duda, la tercera tablilla era la más desconcertante de todas ya que carecía de símbolos y estaba hecha de un material liso, deformable sin aristas, color cobalto.

La pregunta tal y como la había formulado Najn al Dim era: ¿Qué clase de seres habían creado esa tecnología? Y ¿Podía reproducirse?

La respuesta era sí.

Sin tirar la toalla, Lídice volvió a mirar a Najn al Dim con ojos suplicantes y le mostró sus manos vacías:

–¡Míreme! –Le dijo por última vez desenvolviendo nuevamente las piezas para que les echase una última ojeada– ¡No tengo nada que perder!

Pero él, no se conmovió. Apartó sus ojos de ella y los fijó en los tres extraños objetos que descansaban en la mesa.

Fue una observación más detenida de estos, la que hizo que cambiase de un modo repentino. Había algo en aquellos objetos el símbolo del que la muchacha le había hablado. Los objetos le producían un enorme terror. Su visión quemaba sus ojos.

Realizó una muda plegaria:

“En mi silencio, mi Dios Alá, te pido que la ciudad y sus tesoros no sean revelados a esta humanidad avariciosa y corrupta. Te lo ruego por el silencio de la noche y la hermosura de las estrellas que alegran mi cansada y apagada vida. Te lo ruego por las muchas lágrimas que aún he de derramar sobre las solitarias dunas del desierto”.

Algo en la visión de aquellas piezas metálicas transportaba a Najn al Dim a su infancia.

*Y las imágenes eran de una nitidez tan asombrosa…*

*De pronto, tenía siete años más o menos, estaba con su pueblo y corría al lado de su amigo Alí. Estaban en un lejano campamento olvidado de la mano de Dios. Hasta entonces, él y los suyos habían vagado hacia cualquier sitio donde hubiese un mísero reguero de agua aunque esta fuese putrefacta. El campamento, próximo a las montañas, estaba sitiado por dos ejércitos.* ¿Qué ocurría allí? Nadie lo sabía. Ningún ciudadano de a pie, de uno y otro país conocería jamás el alcance de aquella noticia que se había extendido como la pólvora. Solo eran un grupo de nómadas que no importaban a nadie. *Resultaba extraño que dos países con intereses enfrentados respecto a la posesión del petróleo, estuvieran unidos en una extraña alianza cuyo objetivo no parecía ser otra cosa que acallar sus bocas, las bocas de aquellas pobres gentes nómadas que no entendían ni de países, fronteras ni posesiones y que se verían obligados a participar o sufrir una guerra que no entenderían jamás y que solo generaría odio por ver caer a personas queridas en uno u otro bando. Sus manipuladores, las personas que movían los hilos, eran personas movidas por intereses comerciales, solo endientes de cuanto podían subir sus acciones: accionistas, apoderados, gentes que movían muchos capitales y que veían la guerra siempre desde lejos. Si el petróleo caía en poder de sus empresas ellos ganaban pero si el precio del petróleo se encarecía a consecuencia de la guerra, ganaban también.* No les importaba realmente tener controlado el petróleo, con las reservas que tenían lograrían que los precios se disparasen y esto repercutiría en más ganancia ya que al vender sus reservas con una guerra, conseguían que la propia guerra introdujese la duda de la escasez futura. Una guerra controlada por ellos podía mejorar las expectativas del negocio ¡Qué poco les importaba que ello reportase dolor ajeno, con tal de que los beneficios anuales subiesen un 13 por ciento! Allí había una guerra y una obsesión por acallar a los nómadas que transitaban durante siglos aquella zona. Pero: ¿Qué era lo que querían acallar concretamente?

*Cuando él era niño, solía jugar con su amigo Alí en una zona llena de túmulos. Se decía que en otros tiempos., aquella había sido una zona de enterramientos y que bajo aquellas piedras aún había extraños sarcófagos que guardaban momias e infinidad de tesoros no profanados aún por los ladrones de tumbas.*

*Nadie se atrevía a dejarse caer por aquellos túmulos. Incluso los ladrones evitaban aquella zona.*

*–¡El túmulo! –Sus ojos se velaron de terror al decirlo.*

*Los soldados, apenas se ocupaban de los niños. Les dejaban ir y venir a su antojo. Su interés se centraba en presionar a los mayores para que confesasen si habían visto algún tipo de destello extraño durante la noche, o algo digno de ser mencionado.*

*Aquellos nómadas siempre respondían con evasivas. El dinero hizo que los salvajes agudizaran su empeño. Más tarde, inventarían historias para conseguir que les dejasen tranquilos. Sus historias hablaban siempre de un remanso de paz, una extraña ciudad que dormía como un manso león bajo las ardientes arenas. Pero la suerte duró poco. Al conocerse la mentira los buenos modales desaparecieron y dieron paso a exhaustivos interrogatorios y palizas brutales. No podían entender que a pesar de las mentiras aquellos hombres solo relataban historias que habían oído en sus infancias, historias que tenían sus visos de realidad.*

*Ajenos a la barbarie, la tortura y extorsión e cometida contra su pueblo, los pequeños vivían felices inmersos en sus juegos infantiles.*

*Como en una nebulosa, Najn al Dim se veía a sí mismo en el pasado. Se veía correr tras un desobediente Alí en dirección al túmulo, clamando al borde de la desesperación:*

*–¡Ali! ¡Para! ¡Detente, insensato! ¡Sabes que no podemos ir a jugar a ese lugar! Está maldito y sabes que lo tenemos prohibido! ¡Espérame, Alí! ¡Maldito seas!¡Detente!*

*Su pequeño amigo, dos años mayor que él, demasiado travieso y malcriado. –Su madre decía que pese a su juventud Najm era mucho más maduro que él– hizo caso omiso a su súplica.*

*Najn decidió que tenía que pasar a la acción urgentemente si quería ser respetado.*

*–¡Para! –Le tiró de la manga sin resuello– ¡Te he dicho que pares! ¿Es que no me oyes? El otro se zafó de la presión de su mano y emprendió una carrera aún más alocada entre carcajadas… Najn al Dim no tuvo más remedio que seguirle, a regañadientes con la respiración entrecortada y los ojos cegados por la arena. Le hubiera dado alcance si una piedra no se hubiese cruzado en su camino haciéndole tropezar y caer de bruces. Se levantó dolorido y lanzó un exabrupto. Alí era un idiota y él se había caído por su culpa. Al arrancarse el guijarro de la rodilla sucia y mirar la sangre que brotaba de la herida, fue cuando vio aquella piedra pequeña que refulgía entre la arena. Olvidó el dolor que le producía su rodilla y se agachó a recogerla mirándola con suma curiosidad.*

*Emitía un ruido raro, parecido a un suave tintineo y resplandecía como el oro. Se guardó aquel tesoro en su bolsillo y volvió los ojos a la herida de su rodilla. Presionó durante unos instantes con su dedo índice para cortar la hemorragia y luego, con la manita sucia, se secó las lágrimas que Alí le había arrancado con su precipitada carrera.*

*Entonces le vio sentado sobre el túmulo mirando hipnotizado hacia abajo. Silenciosamente tomó asiento a su lado y dirigió la mirada hacia el mismo sitio. Había un agujero en el centro. No parecía demasiado profundo y era extraño que el viento no hubiese esparcido la arena hasta taparlo. Le dio un codazo a su amigo pero éste no se inmutó. Aquel agujero ejercía una poderosa fascinación sobre él, así como el objeto brillante que sobresalía de su borde y que a Najn le pareció una reluciente moneda. –Alí: ¿Qué hace ahí?– Le dijo– Y eso: ¿Qué es?*

*Alí no pareció escucharle. Se inclinó un poco y sintió un deseo irrefrenable de tocar aquel objeto que despedía una luz tan cegadora como el Sol, pero estaba un poco lejos y no alcanzaba a rozarlo ni aún estirando el brazo. Najn al Dim tuvo un ataque de pánico repentino y se lo impidió.*

*–¡No lo hagas! –Le dio una fuerte bofetada en la mejilla– ¡No sabemos que es y puede ser muy peligroso!*

*Con la respiración contenida, Alí se volvió hacia su amigo y le preguntó embobado:*

*–¿Qué es Najn? ¿Qué es esto? ¿Por qué no me dejas tocarlo, si es tan bonito? ¡Brilla como la lámpara de Aladino! ¡Mira!*

*–¡Nada! –Le tapó los ojos con una mano para impedir que siguiese viéndo aquel objeto reluciente. Con un empujón, le obligó a levantarse, mientras le decía en un tono amenazador.*

*–Y ahora, vamos a tapar esto con todas las piedras que encontremos y no le vamos a decir a nadie lo que hemos visto.*

*–Pero... –Titubeó Alí contrariado.*

*–¡Nada de peros!*

*–¿Podremos seguir viniendo a jugar aquí como siempre?*

*–No lo sé. –Meditó sin apartar la vista de la moneda que sobresalía entre las piedras–. Ya lo veremos. ¡Tal vez otro día volvamos si tú me prometes que guardarás el secreto!*

*Y ese, había sido su secreto desde entonces. El secreto que Najn al Dim y su amigo Alí, habían celosamente guardado.*

El anciano sintió que un escalofrío le recorría la espalda y la nuca. Un repentino dolor de cabeza le hizo llevarse las manos a las sienes doloridas como si así pudiese eliminar esta escena de su cerebro. Los ojos azules de la mujer aún le escrutaban y aguardaban una respuesta por su parte.

–¿Trabajas para ellos, verdad? –La señaló con un dedo incriminatorio–. Te has acercado a nosotros, los adramitas, pensando que podías embaucarnos con esa teoría tuya de que existe en esas piezas un mensaje oculto que nos incumbe. Dices tener miedo a que esas piezas caigan en manos inadecuadas. Pero: ¿Y quien te asegura que esas manos no son las nuestras?

–¡Es usted un paranoico! –Le miró envenenada de ira–. Que no me crea a mí que soy una extraña, lo comprendo pero, que no crea a Wilson, su propio amigo, es inaudito. ¿No le he dicho que uno de los símbolos que figura en una de las tablillas es exactamente igual que el anagrama que usted dibujó para su organización? ¿No le ha dicho Wilson que me conoce desde que era una niña que yo jamás jugaría con una cosa así?

–Puede ser una casualidad o un simple truco. –Especuló él–Wilson también es mi amigo pero, ustedes dos han podido ser engañados por esa gentuza. Conozco sus artimañas. Tienen a los mejores falsificadores trabajando para ellos, a los mejores expertos y científicos…

Lídice sostuvo su mirada y movió la cabeza negativamente. No había nada que hacer con aquel viejo. Era un hueso demasiado duro de roer.

–Mire. –Suspiró resignada– yo no sé si sus manos son inadecuadas o no, pero intuyo que este es el mejor lugar para depositar lo que llevo en esta bolsa. Es cierto, puede ser un truco, no se lo niego, pero el material en que están hechos esos símbolos tira por tierra esa teoría. ¿Verdad que usted fue uno de los pocos que sobrevivieron a aquello? Puede que le refresque la memoria saber que he indagado y he hablado con una persona a usted le conoce muy bien. Ella, era alguien que le quería a usted como a un hijo ¿Se acuerda usted de ella? ¿Se acuerda de Dakia?

Dakia, reflexionó Najn al Dim, claro que la conocía. Había sido durante mucho tiempo su maestra en el campamento.

Eso solo podía significar una cosa, que Alí no había sido capaz de guardar el secreto y había acabado contándoselo todo a Dakia y que esta información había llegado por algún conducto hasta la mujer que ahora tenía ante si y que le recriminaba no hacerse cargo de aquellas tablillas.

Najn al Dim irrumpió con un grito:

–¡Cállese! ¡No permito que su boca mancille el nombre de mi amigo Alí, ni de una mujer tan digna y noble como Dakia! ¡Me está volviendo loco con esa historia suya! ¿Por qué no se larga?

Recordaba perfectamente a Dakia, gracias a ella hoy sabía leer y escribir. Entonces, ella, era una maestra muy joven, casi una niña, ahora debía ser mucho más vieja que él y era muy probable que estuviese muerta.

–¿Dónde vio a Dakia?– La retuvo incapaz de contener su curiosidad.

Lídice, se zafó de su brazo y le miró con ojos comprensivos y tristes:

–La conocí cuando compartía un piso de estudiantes en Londres. Ella, era mi casera. Durante algún tiempo pasé por una serie de dificultades económicas y ella, me ayudó. Cuando estuve en una mejor situación, quise devolverle el dinero pero no quiso aceptarlo y desde entonces nos hicimos muy amigas. La última vez que la vi estaba ciega y al borde de la locura. No hacía más que hablarme de usted y Alí los dos niños que había conocido y de los que guardaba un grato recuerdo.

–¡No sé a donde quiere llegar! ¡No la entiendo!

–Tal vez la solución a todo este enigma del anagrama y el símbolo que figura en las tablillas sea lo que les sucedió a ambos en el túmulo aquel día. Dígame ¿de donde sacó el dibujo que lo inspiró? ¿Dónde lo vio por vez primera? Es la única forma que se me ocurre que pueda explicar la semejanza entre ambas imágenes.

–Pero: ¿Por qué a nosotros? –Golpeó iracundo con el puño en la mesa– ¿Por qué no a los dirigentes de los grandes pueblos árabes con mucho más poder y riqueza? No dudo que esas piezas sean verdaderas ¿pero no ves que quieren implicarnos en algo muy sucio? Aunque se tratase de un regalo del mismísimo cielo yo no lo querría. He visto gente morir por esos símbolos que me muestras. –Señaló las tablillas–. Dime: ¿Cuánto crees que tardarán en echársenos encima los magnates del petróleo y los grandes ejércitos del mundo? ¿Qué no harían? ¡Si es un regalo no lo acepto y si pretendes venderlo yo no tengo suficiente dinero para adquirirlo! Tampoco voy a impedir que saques provecho de ello. ¡Adelante! Eres libre y puedes hacer lo que estimes con esas piezas pero no nos metas a nosotros en esto– le advirtió con un dedo amenazador.

Lídice no estaba dispuesta a claudicar…

–Dice que ha visto morir a gente por estos símbolos. Eso quiere decir que estas piezas y los símbolos que representan no le son del todo desconocidos. No me canso de reiterarlo: ¡Por favor! ¡Hábleme de ello! ¿Por qué tanto misterio? ¿Por qué no puede decirme lo que sucedió realmente en ese túmulo? ¿Por qué me hace tantas preguntas y ni siquiera puede responder a una sola de las que yo le formulo? solo así entenderé su relación con las piezas y porque –tal y como usted dice– se las ingeniaron para que fuese yo, quien las condujese ante usted.

Najn al Dim guardó silencio.

Su postura le indignó tanto que se dirigió a la mesa y acabó de envolver los pequeños trozos de metal. Se preguntaba mientras lo hacía porque aquel estúpido podía permitirse el lujo de despreciar algo tan valioso. Estaba muy enfadada consigo misma. Ahora volvía al punto de partida. Por culpa de lo que llevaba en aquella bolsa, su vida estaba amenazada y una organización fuerte como aquella que podía velar por su seguridad y protegerla, se lavaba las manos como en tiempos de Jesucristo…

Su vida estaba a punto de desmoronarse.

Airada, decidió mostrarse como un ser despreciable ya que aquel viejo no podía concebir que ella actuase de ninguna otra manera.

–Usted sabrá lo que se hace. –Resopló–. Yo estaba dispuesta a entregárselas. Quería que se hiciesen cargo de algo que es suyo y me proporcionasen seguridad para liberarme de esa gentuza que me acecha. Sin embargo, usted solo me ve como una mercenaria dispuesta a vender estas piezas al mejor postor. Lo cierto, es que en cierto modo tiene razón… El hombre para quien trabajaba está lo suficientemente relacionado para buscar compradores no solo entre estadounidenses poderosos sino también entre dirigentes de países árabes. El que Wilson me hablase de usted y su dibujo me hizo cambiar de opinión. Veo que ha sido un fracaso.

Lídice puso todos sus músculos en tensión al recordar a W. Sabía que no le perdonaría de ningún modo pero eso no le preocupaba. De lo que más se culpaba era de Astarté. ¿Qué sería de Astarté ahora? ¿Quién cuidaría de ella? ¿Le devolverían finalmente al mar tal y como habían prometido?

–Alea jacta est– replicó Najn al Dim en latín utilizando la frase que empleaban los romanos para decirles a los gladiadores que debían saltar al ruedo pues la suerte estaba echada.

Ah!– Y añadió ella sintiendo que la furia la invadía– ¡Sigan buscando esa maldita ciudad en sus libros! Y recuerden que han perdido su oportunidad de hallarla y demostrar que era algo más que una leyenda.

Aquella frase hizo que Najn al Dim tuviese un sobresalto.

La ciudad que duerme bajo las arenas. –Murmuró apretando la taza de té caliente sin tener conciencia de su propia fuerza. La soltó e hizo el gesto de haberse quemado. Él, había leído cientos de libros al respecto. Todo cuanto decían era una quimera. ¿O no? Había visto algo en aquel túmulo con su amigo Alí aquel día, pero no podía aventurarse a decir que se trataba de la ciudad perdida.

–Yo conozco la ubicación real de esa ciudad. –Dijo Lídice a regañadientes–. Y usted también, lo que ocurre es que no se dio cuenta o apenas lo recuerda.

–¿Qué ha dicho?– Najn al Dim fingió que no la oía. Cada vez le resultaba más impertinente– Perdone, muchachita pero no le he escuchado. ¡Le digo y le repito que no expondré a mi pueblo a...

–Estoy llegando a la conclusión de que más bien no quiere recordar. –Le cortó horadando aún más en la herida–. Los recuerdos pueden resultar a veces muy dolorosos. Yo en cambio si conozco la historia. Sé que se culpó durante muchos años o culpó a lo que quiera que hubiese en aquel túmulo de la muerte de su amigo. Pero nadie tuvo la culpa Señor Najn al Dim. Su amigo Alí, murió de leucemia. Estaba enfermo mucho antes que ustedes dos se conocieran.

Este último comentario le hizo perder definitivamente los nervios:

–¡Esa vieja loca de Dakia debió advertírselo! –Vociferó– ¡Es una ilusión, un espejismo! Una leyenda creada por dos críos cegados por el hambre y la sed. ¡Que tenga un buen día señorita! ¡No pienso seguir hablando más con usted! ¡Está rematadamente loca!

La dura mirada de la mujer rubia se aplacó, sintió ganas de llorar ya que había abierto una herida que aún no había cicatrizado del todo, a pesar de ello, no renunció a su último cartucho y depositó sobre la mesa de madera una tarjeta de visita. No había alcanzado aún el umbral cuando se volvió y buscó en los ojos del viejo un atisbo de duda. No lo halló. Por un instante Lídice Tavares envidió la voluntad férrea de aquel hombre dispuesto a renunciar a cualquier cosa por valiosa que fuese a cambio de la paz de su pueblo. Pero su corazón, también lloró por Dakia. Lloró porque ella, había muerto hacia un año en un asilo con un secreto guardado durante años por dos niños, uno que había muerto y otro, que no reconocía lo que había visto y

vivido. Y la única valedora de aquel secreto era ella y la fe que Wilson, su amigo, tenía Lídice insignificante mujer a la que Dakia había confiado su secreto, y que por extraños motivos había sido contratada para descubrir precisamente aquellas piezas que no hacían sino corroborar la versión de aquellos dos niños.

Hizo un esfuerzo por no llorar y vio que los ojos astutos de Najn al Dim se clavaban en el amuleto de plata y turquesas anudado con un cordón de cuero negro. En el medallón relucía la figura plateada de un águila.

Advirtió una cierta curiosidad del viejo ante la joya pero su mente estaba más preocupada en otros asuntos...

Salió de la habitación dando un portazo con la cabeza erguida y la bolsa de deporte. Tenía la firme voluntad de que Najn al Dim aunque cambiase de idea, ya no tendría la oportunidad de volver a verla y lo lamentaría toda su vida.

# IV

*Quiero estar junto a ti.*
*He andado hacia los pozos*
*pero eso no quita la sed.*

Q. Portet/García García-Pérez

Caía la noche y el viento gélido del desierto gemía como una jauría de perros colándose a través de los jirones de tela de las tiendas. Una vez terminadas las rondas de los soldados, los niños huían de la protección de sus padres. Buscaban el calor de una hoguera en torno a la cual relatar sus historias.

Los soldados entre tanto, se dedicaban a escuchar por la radio las noticias que llegaban del exterior mucho más interesantes que los chismes de los lugareños además, las tropas estaban mucho más contentas que de costumbre, ya que hacía poco corrían rumores de que pronto regresarían a casa. Los altos cargos que financiaban la operación en aquella zona del desierto se hallaban bastante consternados con los resultados obtenidos en aquella zona y no estaban dispuestos a dejarse ni un solo dólar en seguir hostigando a aquellos salvajes analfabetos.

Tampoco deseaban prolongar su martirio. Los cuerpos de sus reos podían ser muy débiles pero sus voluntades seguían siendo férreas. Nunca podrían acabar con ellos. Hasta los verdugos recordaban a sus familias y ahogaban sus llantos en las almohadas cada noche recordando las tropelías que habían cometido durante el día.

A los adultos siempre era a los que más les costaba olvidar.

El fuego, y las historias en torno al fuego, sin embargo, eran el único bálsamo que tenían los niños. Najn al Dim tembló al recordar el momento en que Alí y él habían burlado la vigilancia de los mayores y habían decidido escaparse. Habían escuchado de boca de los más viejos que en un lugar cercano, durante las noches claras, se veían brotar del suelo unas fosforescencias verdosas que ascendían al cielo y que no podían ser otra cosa que espíritus... Ellos no tenían miedo pero los mayores sí. Ese también era su secreto pues habían visto las fosforescencias a plena luz del día y esa, era la mayor prueba que tenían de que las lucecitas existían.

Pero en realidad, todo había dado comienzo el mismo día en que Najn recogió del suelo aquella piedra mientras perseguía a su alocado amigo por el desierto. Desde entonces, la piedra, les había mostrado su inmenso poder.

A pesar que las visitas diurnas a la zona donde jugaban habían sido restringidas por sus padres, más por el miedo a la soldadesca que por los espíritus que supuestamente la rondaban, Alí y su amigo habían decidido que se escaparían aquella misma noche, guiados por aquella piedra mágica que habían encontrado. Una piedra que refulgía como un minúsculo Sol en la oscuridad pero que en cualquier momento adoptaba el insignificante aspecto de una piedra común. En aquel momento, había desaparecido dejándoles solos.

–¿Dónde está? –Gritó Alí muerto de miedo–. La tenía aquí delante de mí hace tan solo un instante y desapareció.

–Te creo. –Convino Alí–. Yo también la vi volar delante mí, luego dio un giro y desapareció por la izquierda. Creo que fue allí, tras aquellas colinas. ¿Vamos hasta allí?

Iban arropados por una delgada manta de lana. En sus manos portaban unas diminutas lámparas de petróleo que apenas si alumbraba tres pasos por delante de ellos. El cielo estaba claro y las estrellas se veían con diáfana claridad. No se oía ningún otro sonido que el del viento que esculpía las dunas.

La piedra seguía sin dar muestras de aparecer como si estuviese jugando a esconderse de ellos.

Alí giró sobre sus talones, miró las distantes luces del campamento y se echó a temblar. Comenzó a elucubrar que pasaría si se perdiesen o si el viento removía la arena y borraba todas sus huellas. Seguro que eso sucedería y confiaba que Najn olvidase la idea de recuperar la piedra y decidiese regresar sobre sus pasos. ¡Ojala supiera leer en las estrellas porque de lo contrario, no tardarían en perderse! No obstante, Najn seguía en sus trece buscarla.

Como si leyese los pensamientos y el temor de Ali, apoyó el peso de su cuerpo sobre el hombro de su amigo en un vano intento de infundirle un poco de calma aunque dentro de él, odiaba confesar que también estaba muerto de miedo.

–¡Encontraremos la piedra! ¡Seguro! –Le animó y sus palabras sonaron temblorosas cuando dijo para tranquilizarle–. A ella le gusta explorar el terreno antes que nosotros. Le gusta saber siempre lo que hay más allá.

Alí, que habitualmente era valiente, se detuvo en seco asaltado por un miedo atroz. Ya no tenía el menor interés en recuperar la piedra.

–Oye Najn. ¿Y si nos atacan los halcones? ¿O los djinn? Dicen que el túmulo está lleno de ellos.

Alí se llevó una mano a la cara tiznada y llena de mocos secos.

Sin duda se refería a que el túmulo podría estar lleno de dijn. Los dijn son demonios que habitan el desierto y resultan muy temidos por los nómadas. Los halcones, en cambio eran harina de otro costal, efectivamente se trataba de enemigos mucho más reales.

Najn negó con la cabeza y sonrió de forma traviesa.

–No lo creo –al rato volvió a insistir–. Además, nada debes temer Alí, porque la piedra estará con nosotros en breve

y si no, yo solo me basto para defenderte a ti de todos ellos. ¡Mira! –Sacó su espada de madera bajo su túnica y fingió un combate con un enemigo invisible– ¡Toma! ¡Toma y toma! ¡Toma eso, maldito djinn! ¡Muere halcón! Ja, ja, ja.

Se subió a horcajadas sobre Alí y ambos rodaron por el suelo sin parar de reír. De repente Najn, dejó de combatir con Alí y observó impotente como éste, rompía a llorar.

–¡Tengo miedo Najn! –Dijo con el llanto entrecortado– ¿Porque no volvemos a casa y continuamos con la búsqueda de la piedra mañana? ¡Dijiste que este era un lugar peligroso! ¡Dijiste que nunca más volveríamos ahí!

Le tendió una mano para ayudarle a levantarse.

–Yo no dije que nunca volveríamos. –Se revolvió él aunque después de unos segundos reconoció–. Bueno, si que lo dije pero fue solo una vez, la primera vez que vimos la moneda sobresaliendo del túmulo.

Como quiera que fuese Alí tenía razón. Días atrás antes de haber descubierto aquel mágico lugar, él se había enfadado porque su amigo había intentado tocar aquel extraño y brillante objeto que sobresalía del túmulo.

La sola idea de volver al campamento le producía a Alí una gran felicidad. Se preguntaba: ¿Qué hacían ahora en plena noche, tapados con una manta rala mientras descendían la vertiginosa pendiente de aquella duna?

Buscaban las luces azules. La piedra tenía el poder de convocarlas. Eran hermosísimas. No verdes, tal y como los hombres aseguraban, sino azules como un día claro, azules como el océano que Alí y Najn al Dim no habían visto en su vida salvo en los libros de texto. relucientes y pequeños orbes celestes (dijnn, aso llaman los nómadas y los pueblos de oriente a los demonios).

Pero aquella noche, las fosforescencias azules no habían acudido fieles a su cita por eso la piedra había desaparecido con la intención de encontrarlas.

–¡Camina! –Le hostigó Najn con furia tirando de su brazo–. Y deja ya de lamentarte que me pones nervioso. ¡Coge el candil y ve delante de mí! ¡No pidas que siga arropándote y cargando contigo como si fueses un niño pequeño! ¡Recuerda que de los dos tú eres el más mayor y deberías ser tú quien me defendiese a mí y no al contrario! Así que si no me obedeces te dejaré aquí solo para que te enfrentes con tus propios djinn.

Le arrojó la manta a la cabeza y depositó el candil en el suelo. El pequeño Alí se la quitó para poder ver el camino con mayor claridad. Le miró con gesto alelado. Por primera vez, reconoció que Najn tenía razón y que ya no era el mismo amigo protector al que él estaba acostumbrado. Quizás había llegado el momento de hacerse mayor.

Entristecido, tomó la manta, el candil y se puso a caminar delante de él para demostrarle que no tenía miedo. Sintió un poco de tranquilidad al ver que Najn le seguía a pocos pasos detrás de él. Obediente, se cubrió el rostro con la manta y volvió a llamarle para pedirle un poco de agua.

Entonces, descubrió con horror que estaba solo.

Completamente solo.

Nanj había desaparecido.

Sólo con el fuerte viento que esculpía las dunas, solo con la oscuridad y las rutilantes estrellas guiando sus pasos.

¿Dónde estaba Najn? ¿Quería gastarle una broma? ¿Se había ido abandonándole para siempre? ¿Había sido hecho prisionero de los halcones o raptado por alguna oscura raza de los demonios djimn de los que anteriormente se había burlado?

Le llamó a gritos pero no obtuvo otra respuesta que el ruido del viento inmisericorde. Parecía como si la Tierra lo hubiese engullido…

Tal vez había cumplido por fin su amenaza de abandonarle aunque aún se le oía gritar en alguna parte y eso era lo que a Alí más le inquietaba.

–¿Dónde estás Najn? –Se volvió confuso a un lado y a otro intentando descubrir desesperadamente el lugar de donde provenía la voz.

–Alí. –Le llamó desesperado– aquí, a tu izquierda. ¡Cerca de tu sandalia!

Alí se despojó de la manta que le cubría e iluminó con el candil sus pies. Allí vio a Najn, enterrado en el bancal de arena. Únicamente se le veía la cabeza y sus brazos se agitaban de una forma frenética como si fuese un extraño pájaro enterrado.

¡Arenas movedizas! –Comprendió alarmado.

Tenía que actuar con rapidez pero no había nada a mano de lo que pudiera ayudarse. Pensó en la manta, ésta era demasiado fina aunque podría valer. Depositó el candil en el suelo y se arremangó la túnica de algodón a la altura del hombro a la vez que suplicaba a Najn que aferrase su pequeño brazo.

Pero éste pesaba mucho y estaba demasiado hundido, así que decidió ayudarse también con la manta.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas del agotado y angustiado Alí. Se habían portado como dos niños desobedientes y ahora encontraban su merecido castigo. A esas horas, lo normal es que estuviesen dormidos y no perdidos en medio de aquella negrura, lejos de los mayores, luchando por salvar sus vidas. Nadie oiría sus gritos clamando ayuda.

Tiró con fuerza de la manta pero resultó inútil. Najn, cada vez se hundía más y más.

¡Resiste! –Le suplicó con voz entrecortada– ¡No te rindas! ¡Saldremos de aquí juntos! ¡Te lo prometo!

Najn con la arena en la boca miró con resignación a su amigo y comenzó a soltar poco a poco la manta.

–Es inútil Alí. –Aceptó con los ojos anegados de arena y añadió– ¡Deja que me hunda!

–¡No! –Se revolvió Alí– ¡No lo haré! ¡No quiero!

Hizo un último esfuerzo, arrojó la manta a un lado y tumbado en el suelo utilizó sus propios brazos para ayudarle.

La cabeza de Najn sobresalía de la arena un poco más y sostenía entre sus dedos un pequeño jirón de lana de la manta.

Fue entonces cuando las hambrientas arenas del desierto engulleron también a Alí en su torbellino infernal.

# V

*"Los números con los que calculas, son árabes;*
*las letras que escribes son latinas...*
*¿Y aún dices que tu vecino es extranjero?"*

Anónimo

No sabía a ciencia cierta cuanto llevaban allí, en aquella incómoda posición el uno sobre el otro. Debían haberse golpeado con algo duro en la cabeza o al menos, eso fue lo primero en que pensaron aunque no se veía ninguna piedra grande en los alrededores.

Tan solo el mullido lecho de arena fría en que descansaban.

Najn al Dim había despertado con una desagradable sensación mezcla de sangre y arena en su boca. Con los ojos aún cerrados, buscó a tientas el objeto causante de aquel enorme bulto que tenía en la cabeza pero no lo halló en ninguna parte. Miró hacia la bóveda alta y empujó suavemente al pequeño Alí que dormía plácidamente. Estaban sobre un enorme montículo que había amortiguado un golpe que en otras circunstancias podía haber sido mortal, pero:

¿Qué era ese lugar exactamente? Sobre ellos, debía haber kilos y kilos de arena sin embargo, estaba hueco y se podía respirar perfectamente.

Reparó en Alí y por un instante, temió que hubiese muerto ya que no reaccionaba a sus empujones. Le tranquilizó ver que su pecho ascendía y descendía suavemente.

Finalmente, le vio abrir los ojos, poco a poco, le oyó lanzar un agudo chillido que fue inmediatamente silenciado por su rápida mano.

–¡Cállate!– Le reprendió colocando el dedo índice sobre su boca. ¡Por tu insensatez hemos acabado aquí!

–¿Por mi insensatez dices? –Le apartó la mano con rabia muy ofendido–. ¡Esto es el colmo! Pero si has sido tú el que insistió en que buscásemos la piedra y...

Alí calló de repente y miró al Najn con una mirada extraña. ¿Estaban soñando? El último recuerdo que tenía, era el de la arena engulléndoles y ahora, sobre aquel montículo de arena fría contemplaban una bóveda alta construida con piedras. Estaban en una sala enorme sostenida por colosales columnas.

Najn se dejó resbalar por el montículo hasta alcanzar tierra firme y Alí, aunque algo temeroso, le imitó.

Desde allí, se pusieron a mirar el suelo. Era de arena y en él se veían claramente unas estructuras metálicas insertadas. Ninguno de los dos podía saber que eran aquellos ejes azules repletos de símbolos pero era evidente que servían para encajar algo dentro de ellos.

Años más tarde, la visión de aquellos ejes volvería a la memoria del joven Najn que haría mil y un bocetos con los que intentaría representar lo que había visto aquel día. Todos sus bocetos acabarían rotos o descartados. Finalmente, solo quedaría uno, el que había utilizado como anagrama de los Adramitas de los que formaría parte después.

Pero ahora, nada de eso importaba, solo era un niño, perdido con su amigo Alí en la inmensidad de aquella sala azul.

Sin embargo, se fijó en un detalle a cerca de aquellos ejes. Su superficie no era totalmente lisa. Los extraños símbolos grabados, de un tamaño casi microscópico, representaban un sol con tres triángulos superpuestos sobre una espiga de trigo en un fondo celeste.

–¿Dónde estamos? –Se giró Alí para obtener una vista panorámica del lugar.

–No lo sé. –Recorrió la inmensidad de aquella sala con la mirada apartándola de los ejes–. Tal vez sea el paraíso del que tanto nos hablaron. Dicen que en el paraíso hay mujeres muy hermosas y frutas y que puedes tomar vino hasta hartarte.

–Parece un templo. –Especuló Alí que tenía una visión muy distinta de las cosa–. Quizás pronto llegue alguien a ayudarnos.

–Sí. –Admitió Najn–. Creo que alguien tendrá que venir tarde o temprano a ayudarnos.

Se sorprendió del convencimiento que imprimió a estas palabras. Ni siquiera él se creía que alguien vendría en su ayuda pero confió en que sus palabras tranquilizarían al nervioso Alí. Dudaba que existiese un lugar como aquel en el desierto, enterrado bajo la arena, con unas columnas tan gigantescas, similares a las de un templo griego de dimensiones monstruosas. Habían visto algunos de los enterramientos hallados en los túmulos pero ninguno de ellos en su magnificencia podía parecerse ni por asomo a un lugar como aquel.

–Tal vez ambos estemos muertos y realmente esto sea el paraíso. –Le tembló la voz.

Al fondo del pasillo, un viento ardiente irrumpió de pronto abrasándoles las caras. Najn protegió a su amigo con sus brazos ocultándose tras la sombra de una columna.

–¡No llores Alí! –Le acarició el cabello tratando de infundirle calma–. Verás como no pasa nada.

Pero si pasaba.

Dos personas acababan de emerger tras una de las columnas y eran las responsables del viento huracanado que les quemaba las mejillas. O tal vez, era solo una y lo que veían solo era un efecto del calor.

–¿Quiénes sois? O ¿Qué? Gritó el sollozante Alí sin atreverse a separar su cara de la túnica de Najn ¡Os he dicho que quienes sois! –Repitió muy enfadado– ¡Despedís mucho calor, hace daño!

El extraño pareció comprender el mensaje y al instante se alejó tras una de las columnas y caviló si debía o no mostrarse a la luz.

–¡Está enfermo! –Chuchichearon los extraños señalando al niño más pequeño. –¿Puedes ayudarle? ¡Por favor! ¡Por favor! –Insistió con una voz infantil, aunque no humana–. Yo solo quiero jugar con él. ¡Quiero que sea mi amigo!

–Me temo que no. –Respondió la voz más adulta–. Su enfermedad está muy avanzada pero podrás disfrutar de su amistad durante un breve espacio de tiempo. No estés triste.

–¿Y no podemos hacer nada por él? ¿No podemos curarle?

–Podemos, pero no debemos. –Respondió–. Te dije que no debemos intervenir. Si le curamos vendrán a este lugar y nos matarán. Aunque eso no impide que los conozcas y hables con ellos, e inclusote ganes su amistad pero con precaución.

El ser mayor, empujó el otro a la vista de los niños. Quedó temeroso y tímidamente ante ellos como desvalido. Mirándolo bien, debía tener su misma altura. No caminaba, podría decirse que levitaba.

El cabello largo y sedoso le cubría parte de la cabeza, el cuello y los brazos descendían a modo de manto hasta los pies. El resto de su cuerpo y su cara eran de una extraordinaria blancura, cubiertos por un vello muy corto. Sus facciones parecían muy dulces aunque sus ojos y manos eran las de un pequeño reptil.

Movió unos párpados móviles y dejó ver unas hermosas pupilas elípticas color plateado. Cuando abrió la boca, mostró a los niños una lengua bífida.

–¡Hola! –dijo– y su voz sonó animada.

Al percibir el miedo que suscitaba pareció avergonzado de su aspecto y corrió de nuevo a esconderse con el ser más adulto asomando de cuando en cuando la cabeza tras la columna para mirarles.

–¿Quién era? –Preguntó Alí a Najn una vez que los dos extraños hubieron desaparecido. ¿A quien se refería el mayor cuando decía que uno nosotros dos estaba muy enfermo? Oí algunos fragmentos de su conversación.

Najn estaba tan perplejo como él.

–¡No lo sé! ¡Bah! ¡No le des importancia! Serán dos extranjeros, supongo. –Y contempló la columna tras la que habían desaparecido revolviendo el ensortijado cabello de su pequeño amigo.

–Parecía muy solo el más pequeño. Dijo hola y se fue. –Reflexionó Alí con la cabeza aún apoyada sobre el hombro de su protector– ¿Crees que podremos venir más veces a hacerles compañía?

–Si no tienes miedo, sí. Aunque creo que él se ha asustado también de nuestro aspecto.

–Seguramente pensó que le queríamos pegar.

–Es posible. –Suspiró resignado–. Aunque no tenía porque. No somos nada violentos.

–Pero: ¿Podremos seguir viniendo a jugar con él? –Insistió Alí– ¡Dime! ¡Sí! O ¡no!

–Sí, tal vez –Terminó accediendo.

–Siempre dices tal vez –se quejó Alí pegándole una patada al eje metálico–. Verdaderamente, te pareces a mis padres.

A los oídos de Najn al Dim llegaba el incesante sonido de la sirena de una ambulancia.

Eso le hizo volver nuevamente a la realidad. Debía ponerse en contacto con el resto de los adramitas y comunicarles la conversación que había tenido con esa tal

Lídice Tavares. A pesar de haber hablado con Wilson, el amigo de ambos, hacía unas horas, continuaba aferrado a la idea de que aquella mujer era una impostora.

Lentamente, se dirigió al lugar donde todos le esperaban. Abrió la puerta con lentitud y les vio a todos sentados en sus sillas escolares con respaldos de madera, con las manos entrelazadas esperando en la penumbra que alguien rompiese el hielo y se decidiese a hablar.

Najn al Dim ocupó su lugar en el estrado y les miró. Sintió que tenía un nudo en el estómago que le impedía hablar y enfrentarse a ellos. Finalmente, se armó de valor, tomo un trago de agua para aclararse la garganta y cuando iba a empezar a decir algo, Cristóbal le interrumpió.

–Creo, que la decisión de nuestro hermano ha sido la más acertada. ¡Perdona por interrumpirte amigo! –Se volvió al púlpito –¡Bien!– Al recibir la noticia de la existencia de esas tablillas, quise que fuese él y no otro quien hablase personalmente con esa mujer. En primer lugar porque él, Najn al Dim, pertenece al pueblo al que supuestamente la mujer dice que va dirigido el mensaje de esas tablillas y en segundo lugar, porque a pesar de su mal carácter, es sin duda la persona más buena y más fiel que podría representarnos.

Le cedió la palabra con una palmadita en el hombro.

–Gracias. –Dijo algo azorado estrechando con fuerza su mano–. Gracias de verdad. No sabía como empezar esto y tú me has ayudado.

Entre el público, Edward Mc Pherson escuchaba a sus líderes sentado en la segunda fila. Estaba furioso: ¿Estudiosos del pueblo de Ad se llamaban a sí mismos? ¿Y que demonios estudiaban? Ahora, alguien les decía que tenía las claves para hallar a ese mítico pueblo con el que habían lavado tanto el cerebro a todos los adeptos de aquella organización, incluido él mismo y ellos lo ignoraban y se conformaban diciendo que todo era una mera leyenda.

¿Cuál era su razón de ser? A veces, se metían tanto en su papel que acababan creyéndoselo, los muy chalados. En realidad no eran más que un grupo de ecologistas antiglobalización Un grupo de locos que bajo la tapadera de la erudición creían tener poder para cambiar el mundo.

Su voz se alzó la primera, desde el tumulto. Edward Mc Pherson, apodado "El profesor", era un tipo achaparrado, entrado en carnes y con muy poco gusto para elegir su vestuario. Su traje de tweed gris era demasiado ceñido e inapropiado para aquella estación del año aún así, él lo llevaba orgulloso porque al tener una idea distorsionada acerca de cómo los demás lo veían creía que tenía la planta de un galán de moda.

El profesor, formaba parte de una veintena de personas congregadas en la trastienda de un viejo edificio oscuro y frío. Una trastienda sumida en una luz difusa donde las estanterías llenas de libros antiguos alcanzaban el techo y se combaban bajo su peso.

–Disculpen. –Alzó la mano para pedir la palabra– ¡Lo siento! ¡Disculpen! Permítanme que les diga que no estoy en absoluto de acuerdo. ¿En aras de la paz dicen que han rechazado la oferta de esa mujer? Mientras esas extrañas tablillas rueden por ahí siempre habrá gente que las ambicione y ya no habrá paz en el mundo. ¡Quien sabe quien puede apoderarse de ellas ahora! Yo creo que esa joven tenía razón y debíamos habérnoslas quedado. Así que dudo que la decisión que usted haya tomado en nuestro nombre haya sido la más correcta. Al margen de sentimentalismos. ¿No sería aún más maravilloso que encontrar la ciudad, poseer el conocimiento y la explotación de esa nueva fuente de energía? Ahora su dueña será increíblemente rica y nosotros en cambio ¿qué tenemos?

–La dueña de esas tablillas no es nada. –Escupió furioso Najn al Dim con los ojos encendidos de cólera. ¡La han utilizado! ¿Es que no os dais cuenta? Y lo peor de todo es que ni siquiera ella lo sabe. Tiene las tablillas pero desconoce el lugar a donde debe llevarlas para insertarlas. Mientras

las personas que saben de ese lugar guardemos absoluto silencio, no correrá ningún peligro. Por eso el motivo de este misterioso regalo: Dejan las tablillas en un lugar donde puedan ser descubiertas y siguen su recorrido hasta dar con nosotros. Están esperando a que les hagamos casi todo el trabajo. ¡No debemos ser estúpidos!

–Usted sabrá donde está ese lugar y los ejes en que deben ser insertadas esas piezas. Yo lo desconozco. Pero lo que sí está claro es que si hay algo que usted sabe y nosotros no, debería contárnoslo ahora. No tengo ni idea de qué demonios está hablando. A mí solo me interesa encontrar esa legendaria ciudad y apoderarme de ese vehículo. Si tenemos los medios no entiendo a santo de qué debemos renunciar.

Najn al Dim reparó en que había dicho más de la cuenta y rectificó ante Mc Pherson y los demás.

–Esa ciudad no existe. Les juro por mis ancestros que todo es una quimera surgida de la boca de esa mujer y lo mismo puedo decir de ese extraño vehículo.

–¿Entonces? ¿Cuál es el motivo de la existencia de esta organización nuestra? ¿Si esa ciudad no existe, que hacemos recabando información sobre ella en todos esos libros? –Señaló las estanterías–. ¿Por qué nuestra organización tiene como anagrama el mismo dibujo? ¡No!. –Le dirigió una sonrisa sardónica–. No me mire con esa cara. Aquí las noticias corren y ya muchos estamos al corriente.

–Es un mero pasatiempo. –Se encolerizó y la presión hizo que estrujase el papel que tenía entre las manos hasta casi destrozarlo–. El estudio de un mito como los jardines de Babilonia o la Biblioteca de Alejandría. ¡Les juro que...!

–No jure en vano. –Le amonestó Mac Pherson–. Teníamos más que nadie probabilidades de descubrir donde se hallaba esa ciudad y usted, lo ha tirado todo por la borda tratando de esa forma a esa jovencita.

Se oyó un clamor de asentimiento.

Un hombre viejo se retrepó en su silla y pidió un poco de agua. Era Wilson que había abandonado su habitual vestimenta de gentleman y ahora vestía como un auténtico mendigo. Ese era el apodo por el que precisamente se le conocía en su círculo "El Mendigo". Su vestimenta era una tapadera para ocultar su verdadera ocupación, pasar desapercibido y contar con muchos contactos del mundo de la calle.

Si le hubiesen preguntado a Lídice, cuando le vio sentado en un banco pulcramente vestido con su sombrero de paja seguro, que ella podría darles una versión muy diferente sobre aquel hombre tan desaliñado.

A veces este disfraz le reportaba sus frutos aunque, en más de una ocasión había recibido alguna paliza que otra mientras indagaba por las calles o trataba de ocultarse de sus perseguidores.

Aquejado de una tos repentina y algo contrariado, exhibía su calva cabeza aún con la herida y el sombrero de paja coloreada era el único vestigio del hombre aseado que Lídice había visto en Miramar.

Parecía contrariado.

Uno de sus compañeros le acercó un vaso del que comenzó a beber con avidez. Aliviada la sed y calmada la tos irritante, intentó levantarse de la silla. Dos amables damas sentadas a ambos costados, mostraron su caridad ayudándole a levantarse.

–Yo creo. –Empezó Wilson después de carraspear– que Najn al Dim ha hecho lo mejor. Tal vez no este muy de acuerdo con él pero es posible que mi amiga Lídice esté equivocada. ¡Mírenme a mí! Soy viejo y aunque los años dicen que dan sabiduría preferiría ser un ignorante antes que ver todo lo malo que he visto a lo largo y ancho del mundo. Las atrocidades y los atropellos son muchos,

créanme, y sé que si mi amigo Najn al Dim dice que esto no haría más que perjudicarnos, debo creerlo.

Recientemente se ha corrido la noticia de que podría tratarse de una bomba. Yo en ningún momento lo sugiero. Pero: ¿y si de verdad lo fuera? Creo que regresaríamos al tiempo de las cavernas cuando apenas conocíamos el fuego y debíamos dormir con un ojo abierto para protegernos de las fieras. Yo no quiero ser el responsable de eso además. –Esta vez bajó la voz como si estuviese a punto de contar un secreto– Nadie nos asegura que todo esto sea una farsa. Yo confío en Lídice pero: ¿Y si la han engañado? ¿Y si necesitan desprenderse de esas piezas porque en verdad son peligrosas? O peor me lo ponen: ¿Y si solo intentan complicarnos la existencia?

–Bla bla. –Se burló Mc Pherson poniéndose en pie–. Desgraciadamente amigo mío, no hemos tenido tiempo de averiguarlo gracias a su amigo el "árabe". –Se refirió a Najn al Dim con un dedo amenazador. Además: ¡Valiente amigo es usted de esa joven cuando a la primera de cambio la traiciona!

–Yo no he traicionado a mi amiga. –Se retrepó en su silla visiblemente ofendido por el ataque–. Simplemente, he decidido que escuchar distintos puntos de vista puede ser saludable.

Wilson meditó en la alusión el árabe que había dicho Edward Mc Pherson al referirse a su amigo Najn al Dim. Wilson pensó que el apodado "el profesor" no era una buena persona y que decía "el árabe" con desprecio.

Un ama de casa tendió al anciano un pañuelo de papel para que secase sus lágrimas y éste lo aceptó gustoso. Wilson tenía roto el corazón, se había visto en la obligación de no creer a su mejor amiga y Dios sabía que sentía por Lídice Tavares un inmenso cariño pero, de ningún modo estaba dispuesto a poner en peligro por ella a todas aquellas gentes sin cerciorarse antes que lo que Najn al Dim decía era verdad.

Miró con rabia al apodado el profesor, pero no ejerció con él su derecho de réplica.

La mujer que le había tendido el pañuelo, mesó con ternura los cabellos del viejo e intercedió en su defensa.

–Somos un grupo de ecologistas antiglobalización señor Mc Pherson. Sí, no me mire así. ¡Sabe que eso es cierto y eso es lo que usted anda diciendo de nosotros por todos los pasillos! así que no se erija en nuestro defensor cuando a nuestra espalda se comporta como un verdadero Judas. Y también le diré algo más: Estaríamos dispuestos a todo si con ello pudiésemos conseguir el perdón de la deuda externa al tercer mundo, las desigualdades económicas y sociales y el grave deterioro de los ecosistemas. Pero nosotros no somos terroristas señor Mc Pherson. Nosotros no queremos conseguir las cosas por la fuerza. Lo siento mucho por todos aquellos que intenten ver un fin lucrativo en nuestra lucha pero deben saber que si intentan mancharnos las manos de sangre no vamos a permitirlo. Desde que entré en este grupo he aprendido que una vida vale más que todo cuanto puedan ofrecerme y que es posible un mundo en el que todos tengamos cabida. Ese es el mundo que sueño para mis hijos independientemente o no, de que podamos encontrar esa mítica ciudad que todos tenemos en mente.

–¡Bah! –Se volvió con desprecio hacia la mujer– ¡Que tonterías se dicen! ¿Quién te asegura a ti Hanna Mc Douglas que se trata realmente de una bomba? ¿Por qué no pensar en una tecnología inicua que nos conducirá hacia a esa ciudad? ¡Pero que imaginación tenéis todos! ¡Santo Dios!

–¿Y los animales?

Todos se volvieron de pronto hacia el joven que había dejado caer aquella extraña pregunta. Su aspecto era cuidadosamente desaliñado. Se trataba de un estudiante de secundaria que últimamente solía asistir a las reuniones en compañía de dos amigos de su misma clase. Al ver la cara de perplejidad que habían puesto todos continuó diciendo. –No me refiero tan solo a ellos, sino también a su hábitat.

¿No os dais cuenta de cómo estamos destruyéndolo todo? Destruimos los animales, los árboles y ahora, también lo hacemos con las propias personas. En nuestro empeño por protegernos los unos a los otros no quedará nada que pueda destruirse. Los países se arman hasta los dientes, el clima de desconfianza es tan insoportable que no me extrañaría que cualquier día alguien se pusiese nervioso y apretase el botón equivocado Pero: ¿Y si no es una bomba? Diréis. ¡Pensad! ¡Pensad por un momento en la cantidad de dinero que este hallazgo habría generado y como nos beneficiaría a todos! Podríamos pactar con quien quisiera las tablillas. Podríamos conseguir grandes cosas, utilizarlo para buenos fines...

Una joven con vestiduras góticas negras y pendientes en forma de cruces se volvió indignada hacia el estudiante que había dicho esto y subió el volumen de su voz para ser oída entre el bullicio.

–¿Es que solo te importa el dinero Ken Anderson? ¿Y si con la excusa de tentarnos con el hallazgo de una ciudad inexistente pretenden culparnos de la posesión de una bomba tal y como se viene comentando?

–Creo que te equivocas Sussie. –Se dirigió a ella el estudiante–. O tal vez yo no he sabido expresarme. Yo no hablo de pactos para obtener dinero. Hablo de dinero para obtener pactos. Hablo de instaurar el 0, 7, abolir el mercado internacional de drogas, el tráfico de órganos y armas que solo sirven para financiar horrores. Hablo de erradicar la prostitución, la violencia policial, el racismo, la violencia de género... En fin, hablo de repoblar la Selva del Amazonas, financiar empresas que se dediquen al reciclaje. –Se encogió de hombros– se trata de muchas cosas en las que tú y yo siempre hemos estado de acuerdo y que solo podríamos conseguir con la misma arma que ellos utilizan: El Todopoderoso Caballero Don Dinero.

Un muchacho negro de unos catorce años, con gorro de lana y pantalón de rapero, se volvió a mirar al estudiante e hizo con sus dedos el signo de la victoria. Se llamaba

Jonathan. Su hermano había muerto el pasado año con tan solo diecisiete años en un enfrentamiento entre bandas. El hermano de Jonathan soñaba con ser médico algún día. Un disparo se había interpuesto entre él y la consecución de su sueño.

Despertó la simpatía de Sussie, la muchacha de vestiduras góticas.

–De todos modos. –Se volvió airada hacia su amigo Ken–. Creo sinceramente que Hanna y Wilson, el mendigo, tienen razón. A mí esto me suena a fraude. Una nueva forma de energía ha dicho esa mujer, algo por lo que matarían las petroleras y los grandes gobernantes del mundo. ¿Y si se trata de un arma de destrucción masiva? ¿Qué sucedería si un particular o alguna potencia en concreto se adueñasen de ella? La desconfianza ha alcanzado unos límites inaceptables. Estamos vigilados por satélites que podrían ver con todo detalle las noticias deportivas del periódico que lee un hombre en el Central Park, Incluso Internet tiene su propio espionaje: Echelon. Los países se arman hasta los dientes para evitar el ataque de sus vecinos. Bastaría con que un periodista, lanzase una falsa noticia diciendo si tal o cual país o persona, se halla en posesión de un arma de esas características para que inmediatamente saltasen todas las alarmas.

Pienso. –Terminó– que matarían por ello y que en lugar de beneficiarnos y causarían nuestra ruina. Nos verían como enemigos, o como terroristas. No entenderían que solo utilizaríamos el dinero resultante de vender esa tecnología para unos buenos fines a favor de la humanidad. Y además. –Añadió con gesto sombrío–. Tampoco sé si a quienes se las vendiésemos estarían llevados por nuestros buenos motivos. Conseguiríamos dinero para conseguir nuestros fines pero esa tecnología en sus manos, continuaría generando la misma violencia e injusticia en el mundo.

–La pescadilla se muerde la cola. –Estuvo de acuerdo Wilson.

Se hizo un silencio incomodo ante lo que la chica con atuendo gótico acababa de decir y comenzaron a mirarse los unos a los otros con miedo. Debían despojarse de “aquellas cosas” cuanto antes que el asunto acabara salpicándolos.

# VI

*"Cuando estés en Roma,*
*compórtate como los romanos".*

San Agustín

A Edward Mc Pherson le costaba reconocerse en aquel tipo de rostro avejentado que le devolvía el espejo. Alumno aventajado en su especialidad: historia del arte, el número uno en lo que se refería a juergas con sus amigos, lo tenía todo para triunfar: atractivo, inteligencia, popularidad...

Incluso había logrado casarse con Sheila, la chica más bonita del campus universitario.

Con ella, había tenido tres hijos después de su regreso a casa condecorado como un héroe de la guerra.

El matrimonio vivía ahora en Statem Island, Glove St, a veinticinco minutos de Wall St, Manhattan.: La hija mayor había contraído matrimonio con un psiquiatra. Vivía en Sonora y de cuando en cuando, a eso de las doce de la noche, llamaba a sus padres para preocuparse por su salud. Entonces, Edward tenía la oportunidad de hablar con sus nietos. –Los nietos de Edward eran lo más bonito que la vida le había otorgado–. No podía decir lo mismo de sus hijos: El mediano, de un extraordinario parecido físico a él cuando era joven, destacaba por su rebeldía. Afortunadamente, se había independizado. En cuanto a la tercera: ¿Qué podía decir de ella? No la veía desde hacía tres o cuatro años: Viajaba continuamente colaborando con distintas asociaciones

humanitarias a lo largo y ancho del mundo y solo la veía en breves periodos de tiempo, principalmente, durante las navidades. Ahora estaba en Camboya y hablaba en sus cartas de su deseo de adoptar un niño de allí.

Hacía como dos años, el día de acción de gracias cuando todos se hallaban reunidos alrededor de la mesa, Sheila, su Sheila, se desmayó encima del pavo que Edward estaba a punto de trinchar. Llevaba algún tiempo deprimida y sus lapsos de memoria la hacían sentirse cada vez más triste y enojada. Edward le restaba importancia al asunto diciéndole que él padecía de los mismos olvidos pero el día que Sheila se desmayó sobre el pavo ya no tuvo argumentos.

Los médicos diagnosticaron a Sheila un Alzheimer precoz, Edward sintió que todo su mundo se derrumbaba. Ahora, cada vez se mostraba más irascible y los olvidos eran más graves y frecuentes hasta el punto que cuando él iba a traerle el desayuno ya no le reconocía, le llamaba "señor" tratándole como un desconocido.

–Gracias señor. ¿Quién es usted? Es muy agradable. ¡Y que flores más bonitas me ha traído! ¡Gracias!

–Sheila soy yo, Edward, tu Edward. –Decía a punto de llorar– ¿No me reconoces cariño?

–Sí, claro que te reconozco Edward. ¡Como no te voy a reconocer! ¡No llores! ¡Tonto! ¿Pero que te pasa?

Pero Edward con el rostro lleno de lágrimas y la barbilla hundida en su camisón mientras se dejaba acariciar, sufría en su interior por tener que fingir. Para ella, su rostro había llegado a ser tan desconocido como cualquiera de los rostros anónimos que invadían cada día los telediarios.

Lo más triste de todo es que él no era un desconocido, sino su propio marido…

La boca de Sheila mentía, pero su mirada, no podía engañarle. En el fondo, sufría por no poder reconocer al señor encantador que venía día a día a traerle el desayuno a la cama,

ni recordaba lo que había hecho ayer ni anteayer, cuando salía fuera se desorientaba y acababa perdiéndose. Ese era el motivo por el que casi nunca salía de la casa sin compañía.

Edward, aguardó pacientemente que ella terminase de comer y retiró la bandeja para llevarla a la cocina después de limpiarle las comisuras con una servilleta. Una vez allí, la depositó sobre el mármol. Observó la nevera, cada vez más llena de imanes y notas que recordaban el lugar exacto de cubiertos y platos–. Nada de eso valía ya. El deterioro mental de Sheila era mayor cada día que pasaba.

Hacia tiempo que ni siquiera se levantaba de la cama y Edward pensaba en la posibilidad de contratar los servicios de una enfermera particular, al menos mientras estuviese trabajando.

Se echó a sollozar como un niño al pensar en los ojos ausentes de su mujer y encaminó sus pasos al cuarto de baño.

Abrió el grifo de agua caliente y retiró con un poco de papel higiénico el vaho que había impregnado el espejo. Con aire distraído comenzó a rasurarse la cara con una navaja, a la antigua usanza, pues no era muy partidario de las maquinillas. Un movimiento brusco de su mano hizo que resbalase la hoja y le produjo un profundo tajo en la mejilla.

Emitió un agudo grito de dolor y soltó una maldición dejándola sobre el fondo esmaltado del lavabo, a continuación se palpó la mejilla herida con ligera preocupación y contempló como las diminutas gotas de sangre color rojo claro se entremezclaban con el agua y eran engullidas por el sumidero. Abrió el armario en busca de un poco de algodón, agua oxigenada, una tirita, y volvió a limpiar con papel higiénico el espejo abriendo la ventana para evitar que el vaho volviese a cubrirlo.

El reflejo de una persona distinta le devolvió un saludo desde el otro lado.

–¡Que viejo estás Edward Mc Pherson! –Murmuró haciendo muecas– ¡Que viejo y que acabado!

Cuando Sheila estaba bien, ambos habían planeado comprar una casita en Ford Lauderdale cerca de la playa. Le encantaría también poder llevarla a Paris, Sheila siempre había querido ir a conocerlo y llevar allí a sus nietos, de hecho, habían tenido muchas oportunidades a lo largo de su vida pero, siempre ocurrían contratiempos que retrasaban sus planes. En realidad, no necesitaban mucho espacio para vivir, se bastaban con el amor que sentían el uno por el otro. Incluso, habían ahorrado algún dinero. –Eso fue antes de la enfermedad de Sheila, a partir de ahí los matasanos que la atendían le habían exprimido como sanguijuelas y en aquel momento, no es que tuviera dificultades para llegar a fin de mes pero ya no podía permitirse ni el más ligero capricho.

Mc Pherson consultó la hora: Eran las seis de la mañana. Se atusó los escasos cabellos que quedaban en su casi calva cabeza... Había pasado toda la noche en vigilia y no entraba al trabajo hasta las ocho. Aquel día, tenía cita en su despacho con un alumno que había copiado en el examen de historia del arte, la asignatura que impartía en un Instituto público. El "pícaro" era de buena familia y esta, sufría bastante cuando Edward les llamaba para informarles de las travesuras de su chico. No obstante, estimaba que no era conflictivo y que se le podía hacer entrar en vereda antes que lo captasen las bandas.

Pero eran las seis. Y la cita en su despacho no tendría lugar hasta las ocho. Así que realmente, no sabía que hacer.

–¡Mierda! –Se golpeó la cabeza con la mano como si de repente se hubiese acordado de algo importante.

Se trataba de los exámenes corregidos, estaban allí en The Liberty of the Wizard. Mc Pherson rezó para que nadie los hubiese traspapelado.

Volvió corriendo a la habitación para despedirse de Sheila con un beso en la frente, y atravesó el pasillo a carreras hasta alcanzar la puerta.

Hacía un día claro, y Donald su vecino, trabajaba como siempre en el jardín. Aquel tipo solía madrugar para segar el césped. ¡Hay que tener valor! –Pensó cuando pasó a su lado.

En una conversación típica de vecinos, Donald había alardeado de trabajar en el ejército y estar bien relacionado. Mc Pherson sabía que no mentía. Había visto muchos coches caros aparcados frente a su puerta. El general, contaba entre sus amigos con personalidades del mundo de la política y la farándula que a veces venían a verle en horas intempestivas. ¡Donald O´flaherty! ¡Curioso nombre, Donald! Como el pato de Wall Disney. La ocurrencia casi le hizo reír.

Su vecino Donald, sentía una pasión desmesurada por los actores. Edward tenía el firme convencimiento que de hecho se sentía como un actor frustrado tal y como le había pasado a Ronald Reagan. El hall de su casa estaba empapelado de fotografías con autógrafos de gente del famoseo. Su casa era un museo que causaría admiración de cualquier cinéfilo.

Pero quizás, la mayor afición de su vecino consistía en cuidar el césped y sus flores, y eso, lo hacía extraordinariamente bien, mejor que nadie en el mundo. Tal vez, pensaba Edward maliciosamente, se debía a que nunca había tenido hijos a quienes dedicarse. Su jardín, era la envidia de todo el vecindario.

Ajeno a sus pensamientos, “El pato Donald” como irónicamente lo llamaba Edward, le dirigió un saludo marcial y continuó podando sus rosales.

Edward le correspondió con una falsa sonrisa campechana, entró al coche y giró la llave de contacto, luego, agarró férreamente el volante de cuero y con la otra mano, metió la primera marcha.

Introdujo en la disquetera su disco favorito. Al ritmo de la ópera Madame Butterfly, la negra limusina enfiló suavemente por un cruce de calles. Se introdujo en un barrio antiguo, de edificios desconchados y paredes llenas

de grafiti y después viró en dirección a la estación de autobuses perdiéndose en una encrucijada de calles.

Llegado ante la tienda, Edward, se dispuso a aparcar en uno de los callejones laterales, bajó del coche y lo cerró con el mando a distancia. Luego, con paso resuelto se encaminó hacia el local. A esa hora, la calle estaba casi desierta así que no tuvo que ocultarse para introducir la llave en la oxidada cerradura.

Sabía no obstante, que la hora era inadecuada. Si alguien le veía entrar allí en pleno día, pondría en serias dificultades al propietario, hecho que continuamente se le había advertido tanto a él, como al resto de los otros miembros de la organización. Pero debían entender que se trataba de una necesidad excepcional ya que, no podría regresar a su despacho sin los exámenes corregidos de sus alumnos.

Cerró la puerta con suavidad y pasó ante un pulcro mostrador y varias filas de estanterías repletas de libros ordenados y clasificados por autores y géneros hasta que alcanzó una puerta de madera pintada de verde. Edward la empujó y entró en una sala que a diferencia de la que había dejado, limpia y recién pintada, mostraba un aspecto sucio y desastrado. La sala a la que acababa de pasar oscura, debido a la ausencia de ventanas estaba llena de estanterías medio rotas cubiertas de telarañas e iluminadas por una bombilla sostenida por un cable pelado. El único objeto que parecía nuevo en aquel lugar era un mapamundi de bella policromía, Edward no reparó demasiado en él al pasar pues estaba harto de verlo.

Sobre la mesa de reuniones, enorme, de madera de pino, una montaña de libros guardaba bajo su peso objetos de todo tipo: mecheros cuadernos de apuntes, ceniceros, algún que otro pañuelo de cuello femenino... Pero los apuntes de Edward no aparecían por ninguna parte.

De pronto se le ocurrió algo. Pensó que Najn al Dim u otro de los líderes, se habrían llevado sus apuntes distraídamente junto con otra documentación a la pequeña

habitación donde guardaban sus libros más antiguos y donde tenían lugar las reuniones más importantes.

Atravesó el largo y oscuro pasillo que le separaba de su destino. Le costó un poco dar con el interruptor de la luz. El cubículo olía a cerrado y una estantería de maderas apolilladas alcanzaba hasta el techo llena de libros que olían a vitela y cuero viejo. Algunos eran tan antiguos que habían perdido sus cubiertas y aparecían cosidos.

La estantería era lo que menos le importaba ahora, pues sabía que allí no iba a encontrar sus apuntes. Miró la mesa pequeña y los vio finalmente. Respiró aliviado al recogerlos pero entonces, algo cayó de entre ellos y fue a parar encima de su zapato. Se agachó al suelo a recoger aquel objeto mirándolo con curiosidad. Se trataba de un pequeño cartón blanco. Parecía una tarjeta de visita.

La curiosidad le pudo.

–Lídice Tavares. Leyó en voz alta.

Si no recordaba mal era aquella mujer que días atrás había hablado con la organización. Edward recordaba bien el asunto. Se había acalorado mucho con Najn al Dim porque no aprobaba la decisión que éste había tomado con respecto a ella. Estimaba que después de todo aquel chico... ¿Cómo se llamaba? Sí, el estudiante que había dicho que las tablillas permitirían a los adramitas sellar pactos importantes, o algo así, en fin, podía tener mucha razón.

Edward examinó la tarjeta y rozó con sus dedos sus bordes de cartón dentado por un momento, tuvo la tentación de guardársela en el bolsillo pero se dijo que aquello no estaba bien y decidió devolverla en su lugar. Una vez hubo cerrado la puerta, cuando ya estaba a punto de salir, la idea volvió a rondarle la cabeza.

¿Y si la cogía y se ponía en contacto con aquella extraña? ¡Total! ¡Nadie lo sabría! Y él obtendría a cambio grandes beneficios. La caridad empieza por uno mismo se dijo y si ellos no quieren sacar nada a cambio de esto: ¿Qué mal

hay en que yo lo intente? Sonreía inmerso en estos pensamientos cuando regresaba a la misma sala en que había encontrado la tarjeta.

Allí seguía sobre la mesa, como si estuviese aguardándole. Edward, volvió a cogerla y cerró sus ojos para sentir la suavidad del granulado del cartón. Y soñó…

Soñó con la casita blanca en Ford Lauderdale y las divertidas tardes que iba a pasar con sus nietos cuando los invitase a ir a Paris y todo el dinero de que dispondría para pagar no solo una enfermera particular, sino a todo un equipo médico para Sheila.

Con un cierto remordimiento, pero sin volver la vista atrás, salió rápidamente del local con sus apuntes y la tarjeta metida en el bolso de su americana. Cerró la puerta con el mismo sigilo con que la había abierto y se apresuró a alejarse de aquel lugar tan rápido como pudo.

La tarjeta quemaba bajo la tela…

De camino al motel que indicaba la dirección, tuvo una imagen continuamente grabada en el cerebro. Él no tenía dinero. ¿Por qué la mujer había de entregarle las tablillas?

Por un momento, se imaginó a Lídice Tavares como el Golum del Señor de los Anillos diciendo “Mi tesoro” y no pudo evitar que se le escapase una risa histérica.

Luego volvió a ponerse serio pensando que si alguien le viese reírse solo le tomaría por loco.

No, ella no le daría su tesoro a un hombre como él que ni siquiera tenía un mísero lugar donde caerse muerto.

Tenía que pensar con claridad.

La única posibilidad que se le ocurría era que la mujer se las vendiese. Claro que él tampoco tenía dinero aunque ahora que lo pensaba, sí conocía al candidato apropiado para hacerle cambiar de opinión. Podía verlo con claridad en su mente porque vivía en la casa contigua a la suya. ¿Cómo no

se había dado cuenta antes? Un vecino que trabajaba en el ejército con importantísimos contactos que llegaban hasta la mismísima casa blanca, podía reportarle grandes beneficios económicos si se mostraba como un mero intermediario de la venta.

Todo era cuestión de arriesgarse, probar suerte, esperar que el general se sintiese tentado y no le denunciase ante las autoridades. Era un riesgo que estaba en condiciones de correr. Pero si sucedía eso, lo negaría todo.

Edward, divisó el edificio y la calle para ver si se correspondía con el que venía en la tarjeta. Comprobó que así era. Se hallaba en las afueras de la ciudad y era uno de esos moteles de mala muerte iluminado como un árbol de navidad donde los jóvenes novios van a desfogar sus pasiones y las sábanas no son tan limpias como uno quisiera.

Aparcó el coche frente a él y entró en el local donde una señora llena de rulos, semi oculta por una horrenda mascarilla verde le comunicó, que efectivamente había alguien inscrito con ese nombre pero que la inquilina había pedido no ser molestada… Edward, insistió que tenía un aviso urgente que darle referente a un familiar. A regañadientes, la mujer marcó un número de teléfono y le pidió a Edward que esperase fuera.

La jovencita, no tardó en bajar. Lucía una camiseta larga a modo de vestido y unas azuladas zapatillas Nicke. Por su rubio cabello crespo y sus ojos medio cerrados Edward sospechó que acababa de arrancarle de un sueño profundo.

–¿Quién es usted? –Bostezó y le atrajo del brazo con familiaridad alejándole de la puerta como si no quisiese que la mujer de los rulos se enterase de toda la conversación.

–No le conozco de nada. –Dijo soltándose de su brazo cuando se vio fuera del alcance de la chismosa. Habló con toda la firmeza que pudo imprimirle a su voz–. Mandy, mi casera, me ha dicho que tenía que darme un aviso muy urgente referente a mi familia.

Edward notó su nerviosismo.

–Así es. –Señaló la puerta desde donde se veía a la mujer de la mascarilla inmersa en sus crucigramas, sopas de letras o lo que quiera que estuviese haciendo y añadió–. Pero no quiero decírselo aquí, es demasiado delicado y hay altavoces con rulos por todas partes. ¿Entiende lo que digo? ¡Seguro que sí! Busquemos un lugar más apartado. ¿Qué le parece esa hamburguesería de ahí, en la esquina?

–Flamingos. –Dirigió una mirada aprobatoria al local–. Me parece estupendo. Aunque creo que allí dan unos desayunos horrorosos –¡Bueno! Vaya y espéreme. Iré a ponerme algo más decente y estaré lista en apenas diez minutos...

El profesor encaminó sus pasos hacia el establecimiento acristalado, del que pendía un cartel luminoso que mostraba unos flamencos. No le extrañó que hubiese tan poca gente, la mayoría noctámbulos que no mostraron excesiva curiosidad cuando él atravesó el umbral y tomó asiento en una silla próxima a la ventana.

Una camarera obesa, vestida con el uniforme del establecimiento a rayas rosas y blancas, se acercó a su mesa y les sugirió el desayuno del día: Tortitas con chocolate y nata, café solo y donuts rellenos de sirope de fresa.

Mc Pherson puso cara de repugnancia al oír el menú y recalcó que únicamente deseaba una hamburguesa pero no con mayonesa sino con mucha crema de cacahuete aunque no rechazó el café.

Vigilaba continuamente su reloj y la joven no acababa de aparecer. Finalmente la vio venir corriendo. Vestía unos shorts amarillos y una camiseta blanca de tirantes finos con un bolso en bandolera... Su cabello rubio estaba recogido en un moño tenso como el de una bailarina de ballet. Había tenido tiempo de maquillarse con colores muy suaves.

Se sentó con rapidez frente a su interlocutor, apoyó un brazo sobre la mesa y el otro, lo dejó caer sobre sus largas piernas. Cuando la camarera se acercó para sugerir

el desayuno del día, ésta le cortó diciendo con un ligero acento caribeño:

–¡Oiga! ¡Lárguese de aquí encanto! ¿No le he dicho que no quiero nada?

Vio como el rostro de la negra camarera se desencajaba ante sus malos modales antes de partir hacia el interior de la cocina contoneando sus enormes caderas.

Edward Mc Pherson desvió los ojos de la camarera a la que no le había gustado demasiado el trato que Lídice le había dispensado y vio que esta, no le había quitado ojo durante todo el tiempo.

–¿Y bien? –Se puso seria–. Aquí me tiene. Ya puede decírmelo. ¿Qué le pasa a mi familia?

Edward sintió algo duro y frío bajo la mesa que apuntaba directamente su entrepierna.

–Por si no lo sabe esto tan frío es una Mágnum. –Le informó con una sonrisa forzada–. Sonría al pajarito, nos están mirando. Así está muy bien. Dejémonos de rodeos. Soy huérfana, mi madre murió al nacer y a mi padre no llegué a conocerle jamás. El único familiar que tenía era una vieja aya que murió hace años. Tampoco tengo hermanos ni familiares cercanos, ni nada que se le parezca así que vaya al grano ¿Por qué me busca?

Mc Pherson estuvo a punto de atragantarse con la hamburguesa al sentir que le encañonaba aún más en la entrepierna.

Este hecho le produjo una risa nerviosa e hizo que varias miradas se desviaran hacia la mesa.

–¿Qué tiene de gracioso? –Frunció ella el ceño sin entender nada.

–Sospecha bien. –Reconoció él entre risas–. No conozco a nadie de su familia pero era la única cosa que se me ocurrió si quería volver a verla. –Le tendió una mano extremadamente temblorosa para presentarse–. Mi nombre

es Edward Mc Pherson, y soy profesor de historia del arte, sin duda no me recuerda, aunque yo sí la recuerdo muy bien a usted. Sé que tuvo una acalorada conversación con uno de los miembros de mi organización. Sé también, que hablaron sobre unas extrañas piezas metálicas encontradas en el fondo del mar. Y ahora agradecería que retirase eso que usted y yo sabemos lejos de mis partes pudendas. No pretendo causarle ningún daño así que no es necesario que se defienda con un arma.

–¡Nunca se sabe! –Suspiro aliviada y sacó una mano bajo la mesa para estrechar con firmeza su mano, aunque no dejo de apuntarle con el Magnum*–. Recuerdo esa reunión. Me llamo Lídice. –Se presentó–, Lídice Tavares y me gustaría que abreviase, si no le importa. Mi tiempo es oro.

Edward dejó escapar un suspiro de alivio porque esa era precisamente la respuesta que quería escuchar. Notó también, que hacía solo un momento había dejado de sentir el frío acero del revolver y sospechó que ella ya lo había guardado en el bolsito que llevaba cruzado a modo de bandolera.

–Es... Es sobre esa reunión que mantuvo hace dos días allí. –Titubeó nervioso–. Yo conozco a alguien interesado en su oferta.

La sorpresa iluminó el rostro de Lídice Tavares. Le arrebató a Edward su taza de café. Echó un lento sorbo del líquido amargo y continuó mirándole expectante.

–Veo que han recapacitado entonces. –Volvió a introducir la mano en el bolso y sacó de él una pitillera, este gesto, hizo temblar a Edward que pensó que iba a sacar nuevamente el Magnum. Le echó con parsimonia el humo sobre la cara y sonrió divertida.

–Me alegro de ello porque sacar un beneficio económico de esto no figuraba entre mi lista de prioridades.

---

* Un Magnum es una pistola.

–No se equivoque. –La interrumpió Edward–. Mi organización no tiene nada que ver con esto. Soy yo únicamente quien recurre a usted y el único con quien sellará el pacto.

Ella le miró de arriba abajo con una mezcla de ironía y desdén.

–¡No entiendo nada de lo que dice! ¡Bueno! –Suspiró echando un vistazo a los postres que se exhibían en el mostrador bajo la vitrina de cristal–. Supongo que esto, tampoco entraba en mis planes. Nada es como yo preveía. ¿Usted me está ofreciendo algo? ¿Cuál es entonces su oferta? ¿Es apetitosa?

Sin mediar aviso, se levantó de repente como si fuese a dirigirse a mirar los alimentos expuestos. Ya en pie, aferró a Edward por las solapas de la camisa con tanta fuerza que éste creyó que iba a estrangularle allí mismo –¿Usted?– Gritó despertando las curiosas miradas del resto de las mesas– ¿Quién se ha creído que es? Yo no puedo regalarle esas piezas de metal, tampoco puedo vendérselas, necesitaría toda una vida de trabajo para costear todo cuanto valen.

Edward reconoció que la joven tenía razón. Y le hizo un nervioso gesto para que se callase y le soltase ya que todas las miradas estaban puestas en ellos. Lídice retiró sus manos de sus solapas y le recompuso el traje como si estuviese lleno de polvo. En ese momento la camarera, alertada por los gritos se acercaba a preguntarles:

–¿Oigan, les sucede algo? ¡No queremos líos en nuestro restaurante así que ya saben, si tienen algo que arreglar háganlo fuera!

–No. –Intentó sonreír Edward–. Todo está muy bien gracias.

Observó como el enorme trasero de la mujer se perdía nuevamente en algún lugar del enorme local y se volvió hacia Lídice con los ojos llenos de ira.

–Sí, es cierto que soy un muerto de hambre y no me ofendo por sus insultos pero conozco a alguien que no lo es

y podría ayudarnos. Y por ello pido a cambio que seamos socios usted y yo en este negocio. Socios a partes iguales. Usted es inteligente y sabe que debe desembarazarse cuanto antes de "esas cosas". Sé que en un principio la guiaban buenas intenciones pero ahora, hay demasiada gente que la busca y no tardará en aparecer muerta en cualquier callejón. –El hombre continuó diciendo con la voz acelerada y temblor de manos–. Yo tengo contactos, haré que esas piezas lleguen al mismísimo presidente de los Estados Unidos, usted y yo recibiremos nuestro dinero a cambio y conseguiremos salir ilesos de todo esto. ¿Qué le parece?

Lídice recordó la agresión de Wilson y miró a aquel hombre al que solo le faltaba echar espuma por la boca.

–¿Del mismísimo presidente estamos hablando? –Se le escapó una ácida risa–. Y bien. –Se llevó las manos a las costillas para indicar que ya no podía seguir riéndose más–. ¿Quién es su enlace? ¿Usted? ¡Hable claro! No quisiera pensar que está intentando chantajearme.

Edward se inclinó hacia delante en una postura tan amenazante que sus rostros estuvieron a punto de tocarse. Habló muy bajo como si estuviese realizando una confidencia:

–Le hablo de Donald, mi vecino, un alto cargo del ejército relacionado con la mismísima Casa Blanca. En su casa recibe visitas incluso, del presidente. Así que mire, la llamaré para concretar una cita juntos pero antes, debo entrevistarme con él y ponerle al corriente, no vaya a ser que no quiera tener nada que ver con esto y nuestras vidas se compliquen aún más de lo que ya lo están. Si todo sale bien, la paz mundial estará asegurada y ambos estaremos a salvo y seremos inmensamente ricos. ¿Qué perdemos por intentarlo?

–¿Y los adramitas? –Preguntó Lídice.

–¿Y a quien pueden importarles esos estúpidos adramitas? –Escupió Edward con ira.

Creo que la situación va a empeorar para usted una vez sepan que tiene esas cosas. –Le guiñó un ojo–. ¿Qué le parece salvar su vida y llevarse de paso un buen dinerillo?

–Bueno –recapacitó tras unos instantes–. Si usted dice que no solo conseguiré el dinero sino que ese amigo suyo, el general nos prometerá, yo no le prometo nada ¡Déjeme un tiempo para recapacitar!

–¡Apresúrese! –la presionó el profesor–. Sepa que no tenemos demasiado tiempo.

# VII

*"Obtener cien victorias en cien batallas,*
*no es realmente la habilidad más destacada.*
*Vencer al enemigo sin luchar, esa es la más grande habilidad".*

Gichin Funakoshi

Donald O´Flaherty había puesto como cada mañana en funcionamiento los aspersores y estaba apoyado en la valla de madera pintada de un rojo muy brillante con un mono que parecía más propio de un mecánico de automóviles que de un jardinero.

–¿Es broma? –Arqueó sus pobladas cejas después de acabar de oír lo que su vecino tenía que decirle. No le había interrumpido en ningún momento hasta aquel preciso instante. Sacó del bolso de su mono un paquete de cigarrillos rubios. Dio unos golpes a la cajetilla contra la valla y extrajo uno. Jugueteó un poco con él entre los dedos antes de encenderlo.

Edward Mc Pherson que aún no sabía porque hacía lo que hacía –escuchar a aquel tipo tan patético– negó con la cabeza y le dirigió una mirada recelosa.

–¿Y usted sabe que por este motivo podría ir a la cárcel? Toda esta historia que me ha contado es impresionante. Pero no tema que yo no voy a denunciarle más bien, le voy a ayudar. Dos bolsas de deporte llenas de dólares. Ajá, una para usted y otra para la chica y protección para ambos. Si eso es únicamente lo que me pide cuente con ello, pero a cambio quiero que me haga un favor.

–Lo que sea –replicó Mc Pherson.

–Quiero que delate a sus amigos.

Mc Pherson se giró con intención de marcharse por donde había venido pero la mano del general asiendo su brazo se lo impidió.

–¡Es bien poco lo que le pido! ¡Vamos! Creo que la Casa Blanca pagaría lo que fuera por ese vehículo si es que realmente es eso. ¡Es un descubrimiento importante! Vamos a hacer una cosa. –Sacó del bolsillo de su impoluto mono una pequeña libreta y un lapicero y empezó a garabatear. Al cabo de unos instantes, arrancó la hoja y se la dio–. Ustedes vendrán a verme a eso de las ocho a la dirección que les apunto y traerán la mercancía. Para esa hora, yo dispondré de dos bolsas de deporte llenas de billetes gastados con distintos números de serie.

–No sé –dudó Edward a quien los nervios habían dejado la garganta seca–. Tal vez no debí precipitarme al contarle esto…

El general, tomó entre sus manos una enorme rosa obviando sus espinas y cerró su puño en torno a ella. Unas diminutas espinas se clavaron en su carne haciendo surgir unas gotitas de sangre. Ignorando el leve dolor, que las espinas le producían dejó caer al suelo una cascada de pétalos al suelo.

–¿Y se puede saber que le preocupa, señor Mc Pherson? Realmente no entiendo a que vienen sus repentinas dudas ahora que se ha decidido a contarlo todo.

–¿Quién me asegura que no me delatara? –Le espetó Mc Pherson–. No, no es que dude de usted pero si algo sale mal, no quisiera resultar implicado. Yo solo quiero mi dinero y punto. Por supuesto, la protección que pueda dispensarme me vendría bien.

–¡Esta rosa estaba algo mustia! –Se disculpó con una sonrisa mirando el cadáver de la flor ¡Bueno!– Resopló sin apartar de él su mirada, O´Flaherty resoplando cómo un

caballo. ¡En fin! Usted ha acudido a mí en busca de ayuda así que no le queda más remedio que fiarse de mí. Yo haré llegar esas piezas al presidente y usted conseguirá a cambio su dinero y también su anonimato ¿Le parece bien eso?

Mc Pherson continuaba reticente.

–Sí, sí. Todo eso me parece muy bien. Yo consigo mi dinero y usted hace llegar esas tablillas a la mismísima Casa Blanca pero…

–¿Pero que? –Replicó exasperado.

–¿Quién me asegura que va a cumplir lo pactado? ¿Quién me asegura que no va a delatarme y quedarse con la mercancía y con mi dinero.

La mirada del general se volvió más dura, si cabe.

–Vuelvo a decirle que si duda tanto no veo el motivo por el que acude a mí en busca de ayuda. Además puestos a recelar, yo también puedo pensar que lo que me ofrece es falso y que me ha elegido como su víctima para estafarme.

Edward reconoció que el general tenía razón.

O´Flaherty parecía apenado aunque su tristeza se disipó rápido en el mismo instante que pasó el brazo por encima del hombro del profesor y le condujo educadamente hacia la salida de su parcela.

–¡Querido Edward! ¡Querido Edward! –Repitió en un tono paternalista– tengo que confesarle algo: ¿Se acuerda de sus continuas visitas a la salida del instituto donde imparte clases?

–¡No sé de que me habla! –Titubeó.

–¿Le suena tal vez un lugar llamado The liberty of the wizard*? –Continuó el general. Al ver que Edward no parecía reaccionar probó con otro–. ¿La libertad del Mago?

---

* The liberty of the wizard significa la libertad del Mago.

De repente, el rostro de Edward Mc Pherson pareció volverse de cera surcado por un sudor frío.

–¿Qué sabe usted sobre eso?– Acertó a decir mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo para limpiarse el sudor de la cara.

–¡Todo! –Confesó O´Flaherty de modo tajante– ¡Lo sé todo y desde hace mucho tiempo!

Mc Pherson no podía dar crédito a lo que oía. Era imposible que el general conociese la existencia de la tienda donde tenían lugar las reuniones de los adramitas a menos, que le hubiese estado espiando. Eso complicaba las cosas. ¿Pero en que demonios había pensado al confesárselo todo a aquel extraño? ¡Había sido un idiota!

–¡Ah! Amigo Edward. –Continuó diciendo con una sonrisa ladina–. "Los caminos del Señor son inescrutables". Hace tiempo que le sigo. Lo hago por hobbie desde que me instalé en este vecindario, pero no solo con usted, no se equivoque. Digamos que lo hago por defecto profesional, me gusta saber quienes son mis vecinos y sobre usted... –Chasqueó los dedos– tengo suficiente información para hacerle pasar unos cuantos años en un precioso hotelito con vistas al corredor. Y ahora se preguntará: ¿Y por que no lo he hecho antes, amigo Edward? ¿Por qué aún no he enviado a los federales a su casa? –Hizo un lapsus solo roto por el sonido de la máquina corta césped del chalecito de enfrente. Finalmente rompió a carcajadas y le hizo un guiño malicioso al añadir: –Porque resulta que usted me parece un tipo encantador y mi Emma no para de decirme lo desgraciado que debe sentirse al tener a su mujer tan enferma. ¿Lo capta amigo?, solo porque mi esposa siente simpatía por la suya. ¡Debería estarme agradecido!

Mc Pherson sonrió a duras penas, dijo algo y se apartó lentamente del general.

Así que este sabía que se reunía con los adramitas desde hacía dos años en la trastienda de The Liberty of The Wizard ¿Pero como lo había descubierto?

Si era así: ¿Por qué no le había denunciado antes?

Ante la fuerza del apretón de manos que le dio temió que sus dedos se desintegrasen. Ahora sí que estaba realmente asustado.

–No se lo dirá a nadie ¿Verdad? –balbuceó como un niño antes de despedirse.

El general Donald O´Flaherty se había llevado una mano para rascar su bigote como si estuviese pensando lo que iba a decir. Era muy alto, moreno, de complexión robusta. Su aspecto era más propio de Atila Rey de los Hunos que de un general de la época actual. Caminó con paso recio y silencioso alrededor de la cerca y se volvió a mirarle con sus maliciosos ojos verdes:

–Tenga cuidado Edward. ¡No les diré nunca a los suyos que usted es el Judas que les ha traicionado! En lo que a mi respecta les dejaré tranquilos por un tiempo y luego haré que comiencen a denunciarse los unos a los otros. ¡Podría hacerlo yo mismo pero de esta forma es mucho más divertido! Para entonces, usted vivirá lejos, en una bonita casa cerca del mar con una identidad nueva y otro aspecto si así lo decide, en compañía de su encantadora mujer. ¿Qué puede importarle entonces lo que les ocurra a ellos? ¿Y a propósito de su mujer? ¿Cómo se encuentra ella?

–Sheila está bien... En fin... –Tragó saliva–. Usted sabe como es esta enfermedad. Hay días que no se acuerda de nada y otros en que se pone muy violenta. También hay periodos que está tranquila y hasta parece que recobra la memoria. Son esos momentos los que más hecho de menos porque últimamente, escasean. Ella no tiene en el mundo a nadie más que a mí.

–No. –Le detuvo O´Flaherty alzando una mano para impedir que siguiese hablando–. Realmente no lo sé como es esa enfermedad y tampoco me importa. ¡Bueno! –Apoyó el cuerpo contra la cerca pintada–. Señor Mc Pherson, tengo mucha prisa y supongo que usted también. Mi Emma está preparando un delicioso pastel de calabaza, así que le diré que guarde una porción para su esposa. Y a propósito:

¡Antes de que se marche! No debería dejar su llave bajo el tiesto de los geranios. El barrio se está poniendo muy mal últimamente. No sería extraño que uno de esos chicos de las bandas entrase un buen día en su casa y le pegase un susto de muy padre y señor mío. ¡En fin! Les espero a ambos, a eso de las ocho.

–Gracias, muchas gracias. –Tartamudeó Mc Pherson.

No quiso contarle que su mujer odiaba los dulces de calabaza. Solo acertó a decir que realmente no sabía como agradecerle cuanto estaba haciendo por él y por Sheila aunque, dentro de él aborreciese a aquel tipo desde lo más profundo de su alma.

–No se preocupe. –Le cortó el general– ¡Ahórrese su verborrea! Ya tendrá tiempo de agradecérmelo cuando llegue el momento. Ahora ocúpese de que esa jovencita traiga la mercancía y recuerde que su sueño de tener una bonita casa en la playa está próximo a cumplirse. ¡Así que déjese de desconfianzas por el amor de Dios!

El día había transcurrido con normalidad para Edward. Fue al trabajo, habló con el rebelde estudiante y obtuvo de él una tímida excusa junto a la promesa de que nunca más volvería a copiar en cualquier examen y mucho menos en uno de su materia. Edward no sabía si creérselo o no, pero su arrepentimiento parecía sincero. Satisfecho con el resultado de la entrevista, regresó a casa para darle la comida a Sheila a la que vio dormir plácidamente. Le dolía despertarla, aunque pensó que si no lo hacía, se quedaría sin comer, y eso sería mucho peor.

Sheila rezongó al oír sus pasos por el pasillo y se incorporó restregando sus ojos azules al escuchar su nombre.

–¿Edward? cariño ¿Eres tú?

–Sheila mi vida sí soy yo. –Corrió por el pasillo feliz. Era la primera vez que ella le reconocía desde hacía mucho tiempo. Inmediatamente, volvió a ponerse triste, sabía que esos periodos de lucidez eran algo raro y escaso. Entró en la habitación y le sonrió. A continuación volvió a la cocina y regresó de ella con un plato de sopa y una servilleta que

colocó cuidadosamente sobre su pecho para no manchar su bonito camisón.

Con pulso tembloroso dirigió el cubierto lleno de líquido a su boca pero ella, apretó los labios y los fideos se desparramaron sobre los encajes de la sábana blanca.

Tres o cuatro intentos después consiguió hacerle tragar la mitad de la sopa. Viendo que poco más podía hacer, pues ella, llegado este punto apretaba los labios y se negaba a ingerir ni una sola cucharada más, la tumbó suavemente como si de una niña se tratara y le tapó con la sábana hasta la barbilla. Depositó un beso en su frente como solía hacer con sus nietos.

–¿Por qué me obliga a comer sopa señor? –Se levantó como movida por un resorte.

Acarició sus canos cabellos y la contempló con infinita ternura.

–Porque si no comes te pondrás muy enferma y yo que te quiero tanto no quiero que eso suceda.

–Pero si ya me ha dado tarta de calabaza el otro señor. –Se llevó una mano al estómago para decir que estaba a rebosar de comida–. No más tarta de calabaza. –Como si el gesto no fuese suficientemente indicativo suplicó. ¿De acuerdo? ¡No más tarta, la como todos los días!.

De pronto Edward calló en la cuenta de lo que Sheila decía y un sudor frío le invadió. Sheila no era consciente de lo que estaba diciendo. ¿O sí? A menudo decía cosas sin sentido para él, por eso, no solía hacerle demasiado caso. Pero: ¿Y si lo que decía era verdad esta vez? ¿Por qué Edward tenía tanto miedo a escucharla?

–¿Qué has dicho del otro señor? –La vapuleó suavemente para que contestase.

–¡Pues la tarta de calabaza! –Escudriñó su rostro con pánico buscando comprensión–. Todos los días llega y me obliga a comerla hasta que se me sale por los ojos.

–Pero: ¿Cómo? ¿Qué? –preguntó aterrado– ¿Desde cuando cariño? ¿Desde cuando el otro señor, te obligaba a comer esa tarta de calabaza que tanto detestas?

–Pues... –Hizo ella memoria llevándose una mano a la barbilla en actitud pensante–. Vamos a ver. Todos los días viene y me obliga a comer esa tarta. Luego vuelve y quiere que coma la sopa pero para entonces, yo ya tengo el estómago demasiado lleno ¡Ah que más da Edward! ¡Vete a la mierda! ¿Es que no puedes dejarme en paz tú y tu maldita sopa de calabaza?

Con un manotazo vertió el resto del contenido del plato que Edward había puesto sobre la mesita después que ella había terminado de comer. Trozos de cristal y fideos quedaron desparramados por doquier manchando la alfombra y las baldosas, afortunadamente no se cortó. Sheila, se puso a llorar sin consuelo al ver el estropicio. No recordaba cuando había venido el hombre de la tarta ni el de la sopa ni era capaz ya de discernir al uno del otro. ¿De veras importaba? ¿Es que era tan difícil entender que aborrecía la tarta de calabaza? ¿Por qué la obligaban? ¿Por qué no podía recordar nada? ¿Por qué?

El llanto de Sheila le partía el corazón. Edward se agachó a recoger los trozos de loza y se dirigió a la cocina para verterlos en el cubo de la basura. Tardó muy poco en regresar a la habitación con una bayeta. Recogió con ella los restos de líquido y tomó asiento a su lado. Tomó en sus manos las delicadas y frías manos de su mujer y las metió bajo la sabana para que no se enfriasen.

Se puso tembloroso a cantar una canción entremezclada con su llanto. Aún a pesar de lo penosa que resultaba su interpretación había conseguido que Sheila al oírla, cerrase los ojos y esbozase una cálida sonrisa.

En silencio, salió por la puerta trasera de la casa en dirección al pequeño huerto. Una vez allí, móvil en mano marcó un número con rapidez.

–¿Sí? –Surgió una voz al otro lado.

–¡Tamy! –No se atrevía a decirlo en voz alta–. Soy yo Edward. Edward Mc Pherson.

–No te oigo bien Ed. –Fue la respuesta de la mujer. ¿Por qué me hablas tan bajo?

–¡Tamy! ¡Escúchame te lo suplico! No puedo hablar más alto ¿Está Phill ahí, contigo?

–Pues sí. –Respondió confusa–. Lo tengo aquí a mi lado. ¿Quieres que se ponga Ed?

–¡Sí! ¡Gracias! –dijo– rompió a llorar, incapaz de aguantar la tensión. Eres un ángel Tamy. ¡Gracias! ¡Bendita seas! ¡Gracias!

Una voz rota y aguardentosa sonó al otro lado del auricular.

–¿Qué pasa Ed? ¡Aún estoy comiendo! Acabo de llegar del Hospital.

–¡Necesito que me hagas un favor! ¡Por favor! ¡Por favor! Por los viejos tiempos Phill. Por aquella vez que salve tu vida en Vietnam ¿Te acuerdas?

–¿Qué te pasa Edward? –Rompió a reír aunque en realidad no sabía muy bien si debía enfadarse– ¿Ahora quieres pasarme factura? Sospecho que te has metido en un buen lío ¿Verdad, socio?

– Sí Phill. –Reconoció llorando de una forma que hasta a él mismo le resultó penosa–. Ahora no puedo contártelo Phill. Solo quiero que utilices una de tus ambulancias para llevar a Sheila al hospital. ¿De acuerdo Phill? ¡Bien! Confío en que mi móvil no esté pinchado también. A estas alturas podría tener mi casa llena de micrófonos… por eso no te llamo desde el fijo.

–¿Qué te hace pensar eso? ¡Dios santo! ¡Que paranoia! ¡En fin Ed! ¡Tómatelo con calma! ¡Está bien! ¡Seguro que no es tanto como piensas! –Hizo una pausa pensando lo

que iba a decir a continuación–. No voy a preguntarte que te pasa pero tú mismo te darás cuenta con el tiempo que todo esto es una exageración. Ya no vivimos en los tiempos de la guerra fría. ¡No te preocupes! A eso de las seis recogeré a Sheila en una de mis ambulancias y me ocuparé que no le falte nada. Tú, cuídate entretanto, campeón.

La ambulancia llegó puntualmente a eso de las seis. Sheila fue sacada por dos corpulentos camilleros ante una muchedumbre curiosa entre la que se encontraban muchos vecinos entre ellos el general y su esposa.

Edward estrechó la mano de su amigo Phil al llegar y depositó un diminuto trozo de papel blanco cerrando su puño en torno a él.

–Si no fuese porque te conozco desde hace años y sé que eres un hombre cabal. –Dijo Phill–. Pensaría que la ambulancia en lugar de para Sheila es para ti porque te has vuelto rematadamente loco.

Sin esperar la respuesta y captando la señal, Phill en silencio, entró con la disculpa de buscar algo dentro del vehículo y se agachó para leer lo que Edward había escrito en aquella misteriosa nota.

Sus ojos se abrieron como platos al leerla.

Únicamente decía: “El Palacete”.

Phill sabía que el palacete únicamente debía ser la casa de verano de la que él y su mujer eran propietarios en Miami. Edward y él habían ido juntos con sus entonces respectivas novias a pasar allí los veranos, antes de que empezaran a venir los niños. Ahora la casa estaba cerrada a cal y canto y Phill se planteaba si venderla o alquilarla.

Suspiró y rasgó el papel en trozos tan diminutos que impidiesen recomponerlo y salió apresuradamente de la ambulancia.

–Qué ocurre Ed? –Preguntó inquieto. Le miró con gesto sombrío– ¡No me digas que nada, me tienes muy preocupado!

A ver como me las arreglo para hacer desaparecer a la paciente que va en la ambulancia.

–¿Podrás?

–Me las arreglaré. Te lo debo.

–Sheila se ha desmayado–. Bajó la voz y disimuló saludando con tristeza a su mujer tendida en la camilla.

Sheila, correspondió a su saludo aunque no sabía muy bien quien podía ser aquel hombre tan simpático.

–Eso es todo Phill. –Volvió el rostro para mirarle–. Quiero que la lleves al hospital para que los médicos le echen un vistazo. Cuidarás de ella ¿Verdad? ¿Cuidarás que nada le suceda hasta que yo pueda hacerme cargo de todo?

Ante su angustia, Phill asintió.

–No sé que te pasa Ed. –Le dijo una vez estuvieron detrás de la ambulancia, lejos de todas las miradas–. A mi, no me importa pero sea lo que sea, quiero que sepas que aquí tienes un amigo y por eso quiero que me prometas que tendrás mucho, muchísimo cuidado, este asunto no huele bien.

–Lo tendré –Asintió Mc Pherson intentando tranquilizar a su amigo. Aunque algo en su tono parecía indicar que dudaba–. Lo tendré. ¡En serio!

Un general O´Flaherty con el rostro visiblemente preocupado se acercaba en ese momento a donde estaban ellos. Phill entendió la mirada que le dirigía Edward ante la presencia del general alzando su mano y corrió a meterse en la ambulancia.

–¿Qué le sucede a su mujer Mc Pherson, ha empeorado? –Dijo el general acercándose.

–Sí. –Respondió de un modo cortante.

–Bien. –Le dio una palmada de ánimo–. Espero que no sea nada grave y que no le impida acudir a la cita que habíamos concertado.

–¡Estaré allí puntual! ¡No le quepa la menor duda! –miró la mano del general sobre su hombro con un gesto de rechazo y la volvió esperanzada a la ambulancia que se partía.

Al día siguiente Wilson, acababa de entrar al hostal portando una bolsa de lona. Se dirigía a la horrible mujer de la mascarilla verde para preguntarle sobre Lídice Tavares. Esta, que fingía estar entretenida con sus crucigramas, levantó la cabeza y con aire distraído le comunicó que la muchacha acababa de salir hacia escasos minutos acompañada de un hombre bastante corpulento en una limusina negra. Escuchó sus comentarios a cerca de que el hombre parecía el empleado de una funeraria y cuando la conversación tomó tintes de convertirse en un monólogo la cortó con un movimiento de mano para que no siguiera hablando.

–Por favor, yo solo quiero ver a la señorita Lídice Tavares.

Ésta, dejó de hablar. Echó un vistazo a la bolsa de lona que portaba y luego al aspecto raído de sus ropas.

–¡Lo siento, señor, este no es lugar para usted! ¡Le ruego que se vaya! ¡El hogar de beneficencia está tan solo unos metros más abajo! Esto es un hostal, si quiere una habitación puedo proporcionarle una.

Wilson quiso replicar algo pero decidió que no valía la pena. Es cierto que vestía como un mendigo, además su atuendo era premeditado por eso, no tenía por que darle explicaciones a aquella vieja chismosa.

–¡En fin! –su voz intentaba no denotar el enfado que sentía–. Si ella vuelve, quiero que le diga que ha venido el señor Wilson. W, I, L, S, O, N –deletreó para burlarse un poco de ella como si fuera leida–. ¿Necesita que se lo apunte en un papel o cree que lo recordará?

–¿Wilson? –Dejó caer el bolígrafo sobre la mesa y abrió enormemente sus ojos tras la máscara de pepino. Sacó bajo el mostrador un manojo de llaves– ¡Perdone! –Se disculpó nerviosa– ¡Es que jamás habría podido sospechar que fuera usted ¡Con ese aspecto que se gasta!

–No se preocupe. –Bromeó quitándole importancia– ¡Ya estoy acostumbrado a que me tomen por un indigente!

–Ella ha dejado encargo de que le dé esto.

Le tendió una nota en la que había la dirección de una fábrica. Esperó con avidez que Wilson acabara de leerla y después de quitársela de las manos, emprendió una apresurada carrera por un pasillo desconchado del mismo color que la máscara que llevaba en su cara. Finalmente se detuvo jadeante al observar que Wilson le seguía a duras penas. –Pertenecen a la habitación número quince. ¿Cree que podrá dar con ella sin mi ayuda?

Sin responder Wilson le arrebató de la mano el manojo de llaves pero, antes que partiera a escudarse nuevamente tras el mostrador le lanzó la pregunta que llevaba rondándole en la cabeza desde que ésta le había indicado la ubicación del albergue de mendigos.

–A propósito. –Se humedeció los labios– ¿Podría darme una pequeña limosna para que pueda pagar mi noche en ese albergue municipal que me indicó?

–¡Ah! ¡Vaya! –Hizo un gesto de desagrado al mirar la mano sucia del viejo– ¡No sé como una muchacha como Lídice puede ser su amiga!

Se marchó a las carreras dejándole solo.

Con el corazón a punto de salirse del pecho, Wilson, se alisó su barba blanca y miró las escaleras. Con un gesto de valor comenzó a subirlas lentamente ayudado del pasamanos hasta que alcanzó la primera planta.

¿Estaba haciendo lo que debía? No lo sabía. La razón le decía que no pero el corazón le decía que sí. Conocía a Lídice desde hacia años. Decidió que en esta batalla ganaría el corazón. Había decidido que tenía que creerla a ella pese a todo y a todos.

La habitación número quince estaba al final de otro pasillo igualmente desconchado que el anterior pero esta

vez de un rojo chillón. Definitivamente, la mujer de los rulos y la mascarilla verde no había gastado mucho en la decoración, la poca que había era un tanto chabacana. Apenas unos cuadros enmarcaban el pasillo: litografías florales y escenas de caza muy malas que en su día debieron tener colores muy vivos pero que ahora mostraban un color desvaído, y sucio.

Se detuvo ante la puerta indeciso dudando de nuevo.

–¿Que puedo perder si la creo? –Dijo para convencerse a si mismo–. Por fin tras algunos titubeos, introdujo las llaves en la cerradura.

La puerta abrió sin dificultad.

La habitación tenía dos camas, cubiertas por dos colchas de abigarrados colores. Era evidente, que Lídice no la compartía con nadie. Estaba muy ordenada. El Sol entraba a raudales a través de la ventana abierta.

Se fijó que había dejado las tablillas sobre una silla, en los mismos envases herméticos que un día le había enseñado durante su encuentro frente al museo de la revolución allá, en Cuba.

Las metió diligentemente en la bolsa de lona que había traído para tal menester y descendió nuevamente las escaleras del hostal, no sin antes despedirse de la insoportable portera de la mascarilla verde. Salió al cegador sol de la mañana.

Entre tanto, Edward se había puesto ya en camino con la muchacha. Había tenido que ir a buscarla al motel pues debían dirigirse a una fábrica de abonos que distaba 15 kilómetros del puente de Brooklyn. Volvió a sacar la tarjeta en cuyo reverso su vecino había hecho un croquis a lápiz donde figuraba un pequeño mapa con el nombre de algunas calles, un número y un círculo que señalaba el lugar en que debía producirse el encuentro.

La jovencita, no se hizo esperar, cosa que Edward agradeció sumamente. Una vez, en el coche, habían tomado la

dirección indicada. Todo un patriota. –Se lamentó Edward pensando en el general por el camino –¡Menudo cerdo! –Sus manos se crisparon en torno al volante de cuero mientras mantenía la vista perdida en la carretera. Al menos esperaba conseguir su parte en aquel asunto. Ya no confiaba en el general y dudaba mucho que mantuviese su promesa de acoger a Edward al amparo del sistema de protección de testigos o lo que quiera que se le pareciese. Pero él contaba con la ventaja de tener las tablillas. Bueno, él no, pero sí la mujer que le acompañaba y que iba sentada a su lado.

Lo primero que haría sería coger el dinero, y después se las entregaría al general. Una vez lejos, cambiarían de coche. Su amigo Phill podía conseguirle una tarjeta de crédito falsa y un coche de alquiler bajo un nombre también falso. Le llamaría desde una cabina una vez tuviese el dinero del pago en su poder. Odiaba meterle en esto pero ya no tenía otra alternativa.

Edward planeó su futuro. Pasaría unos años en Margarita o las Caimán antes de recoger a Sheila en el palacete. Sabía que Phill cuidaría bien de ella y se las ingeniaría para buscar alguna forma que le permitiese mantenerle al corriente de su enfermedad. Ni siquiera Monique, su hija, sabría el paradero de su madre así el general, no tendría motivos para extorsionarle.

Lídice guardaba silencio sentada a su lado, con la bolsa de deporte sumida, como Edward, en sus propios pensamientos.

–¿Y usted cree que ese hombre es de fiar?– Apretó la bolsa contra el regazo como si fuesen a quitársela.

–Supongo que sí. –Le aclaró él. Desvió la vista de la carretera para fijarse en algo que no había reparado cuando ella se subió al coche. Llevaba el mismo bolso en bandolera con el que la había visto el primer día que se conocieron. Edward sonrió. Sospechaba que la Mágnum seguía guardada en el mismo lugar.

–¿Llevas las tablillas contigo? –Señaló la bolsa.

Ella dijo escuetamente, sí.

–¿Pero le conoce lo suficientemente bien? –Dijo escudriñando sus ojos–. Sí, ya me ha dicho que se trata de su vecino. Pero no a todos los vecinos se les confía un secreto como ese. Tal vez yo sea una estúpida al fiarme también de usted. No lo sé.

Edward dio un fuerte frenazo y le indicó la puerta para que saliera.

–¿Qué quiere decir con esto? –Gritó asustada.

¡Que si no se fía de mi puede marcharse cuando quiera! –Le increpó– ¡Vamos a que espera! ¡Lárguese! ¡Ya me ha jodido la vida bastante!

–¡Usted me necesita a mí y a mi bolsa! ¡No es para que se lo tome así! ¡Conduzca, por favor! –Le señaló la carretera.

Edward volvió a ponerse nuevamente en ruta. Soltó una mano del volante para sacar de la guantera el tabaco. Al hacerlo, el contenido de la cajetilla se vertió sobre la alfombrilla del coche y desvió su atención del volante.

–¿Quiere? –Le ofreció uno.

–No gracias, acabo de apagarlo antes de subir.

Lídice se agachó a recoger los cigarrillos caídos.

–No se preocupe ya los recojo yo. Usted conduzca y no aparte la vista de la carretera.

–Tiene razón. –Admitió después de un rato de silencio–. No conozco mucho a mi vecino pero sé que es militar y un tipo íntegro. Cuando Sheila y yo íbamos de vacaciones, antes que ella enfermase, solíamos dejarle entrar en nuestro jardín para que regase nuestras plantas. Cuidó de ellas muy bien durante aquel verano.

¡Y tanto que cuidó! –Pensó para sí Mc Pherson que empezaba a arrepentirse de toda la confianza que le había

otorgado. El maldito conocía bien donde guardaba Edward sus llaves de repuesto solo le había faltado prepararse él mismo las comidas, ver la tele, incluso organizar una fiesta en su casa, pero, eso no se lo dijo a Lídice. No quería transmitirle sus temores. Aún era posible conseguir el dinero y huir de aquel lugar lejos de la oscura influencia de aquel aborrecible hombre.

–Por lo que sé el general, trabaja para gente importante de nuestro gobierno y conoce a personas muy influyentes. Y: ¿Acaso tiene una proposición mejor que la mía señorita Lídice Tavares?

Lídice tuvo que reconocer que Mc Pherson estaba en lo cierto. No tenía una proposición mejor pero Mc Pherson, se había hecho una impresión bastante errónea sobre su persona. No tardaría en descubrirlo.

Aborrecía el sucio dinero de ese general. Solo quería reírse en su cara. Esa gente apestaba. Pensaba que el dinero podía comprarlo todo.

–¡Maldita sea! –Pegó un repentino volantazo.

–¿Qué ocurre? –Se sobresaltó Lídice abriendo mucho los ojos.

–Mire ese coche. –Le señaló el espejo retrovisor–. Ese Fiat blanco, creo que nos sigue desde hace tiempo.

Frenó bruscamente y forzó al Fiat a realizar la misma maniobra. Luego, pisó el acelerador con tanta fuerza que escupió la gravilla del asfalto y abandonó la carretera para internarse por un camino sin asfaltar que se perdía entre una densa arboleda.

Después de una hora, más o menos el coche que presuntamente les seguía había desaparecido de escena y se movían por una carretera zigzagueante y solitaria en medio de una zona boscosa.

–¡Mire ahí está la fábrica! –Le indicó una estructura metálica cercada de aspecto bastante destartalado– ¿De

veras ha dicho que ese hombre trabaja aquí? ¡Pero si parece una fábrica abandonada!

En efecto, lo parecía. La instalación estaba rodeada por una verja metálica medio rota de la que pendía un cartel de madera carcomida que alertaba a quienes osasen traspasar a aquellas propiedades que el paso estaba prohibido y la finca guardada por perros peligrosos. Aparcaron el coche enfrente. Edward fue el primero en bajar seguido por Lídice.

No resultó difícil abrir la puerta herrumbrosa ya que el candado estaba roto.

Un enorme perro negro de pelaje lustroso se aproximó a recibirlos mostrando una fila de colmillos amenazadores. Era un mastín enorme y por un instante Edward temió perder una mano entre aquellas fauces sino fuera por la oportuna aparición de dos hombres que acababan de irrumpir en escema uno, bajo y achaparrado, el otro, alto, y musculoso. Ya lo conocía pues, era su vecino.

–¡Quieto! –aprisionó las fauces del chucho con sus rudas y fuertes manos–. No se preocupen por Aníbal. –Es un perro viejo y fiel, no les hará ningún daño–. Conminó al hombre que le acompañaba a tomar la correa del perro –Thomas, Le dijo–llévate a Aníbal contigo para que yo pueda hablar tranquilamente con estos señores.

Thomas, el desdentado operario, obedeció con prontitud y se llevó al chucho de la correa. Y al poco ambos: hombre y perro habían desaparecido entre la alta y mullida hierba.

–Síganme. –Les ordenó el general con un chasquido de dedos, una vez el perro y el operario partieron.

Se volvió a mirarles brevemente dedicando más atención a la mujer y a la bolsa.

–¿Realmente usted trabaja aquí General O´Flaherty? –Quiso saber Edward con vivido interés.

–Lo siento. –Respondió sin volverse– ¿Qué ha dicho? No le he oído bien.

–Digo que si trabaja aquí. –Repitió más alto.

–Ah. –Señaló el destartalado edificio sin dejar de caminar–. Parece una fábrica abandonada ¿Verdad? Hace diez años que dejó de funcionar, lo cierto es que yo me ocupo de restaurarla. Pensé que era el mejor lugar para reunirnos alejados de los chismosos. ¿Les gusta mi futuro restaurante?

Lídice y Edward evitaron hacer ningún comentario al respecto y continuaron luchando en su avance contra la maleza.

Acababan de llegar a un descampado, en la parte trasera de la instalación. El general Donald O´Flaherty recogió dos bolsas de deporte abandonadas en una de las paredes y se las tendió a la mujer con una diplomática sonrisa cuadrándose ante ella, con un ridículo saludo militar.

–Compruébelos por favor. Billetes gastados con distintos números de serie para que no tengan ningún problema.

Lídice, le miró con cierto recelo. Luego, cogió las bolsas, puso a su lado la suya y comenzó a contar el dinero.

–¿Será suficiente con esto? –Señaló con un movimiento de cabeza los fajos cuidadosamente ordenados.

Lídice se tomó su tiempo en contarlos.

–Lo que yo le ofrezco vale mucho más que esto –Agitó indignada ante los ojos del general un puñado de billetes.

–¡Claro que sí! –Le dirigió una mirada aprobatoria y cerró la cremallera–. Sé que no es lo que pensaba sacar por sus tablillas pero es todo lo que puedo ofrecerle. Tenga en cuenta que podría ser apresada por un delito contra la seguridad del Estado y además por contrabando de obras de arte. Si es que a eso se le puede llamar arte. Digamos: ¿Extraño? O ¿Extraterrestre? –Se le escapó una risa hilarante después de decir la palabra extraterrestre–. Bueno. Yo le ofrezco una buena suma de dinero y la posibilidad de olvidarme de usted. No me pida más, considérese con suerte.

–Está bien. –Se conformó ella–. Entonces cerramos el pacto. Tome las piezas. –Le hizo entrega de su bolsa deportiva e invitó a Edward a seguirla con un ademán– ¿Nos vamos por fin Señor Mc Pherson?

–¡Un momento! –Les detuvo el general ¡No tan aprisa! Ustedes han comprobado su dinero y yo debo comprobar que lo que me ofrecen es verdadero Y para ello nadie mejor que alguien que conoce como es esto de primera mano. ¡Ramón! ¡Pasa!

Sintió que se le ponía un nudo en la garganta. Lídice, acababa de reconocer el hombre al que el general había llamado. Ahora la asustada era ella. Si Ramón no le ayudaba en su mentira tendría que usar la Mágnum que guardaba en su bolso también contra él. Y era algo que le causaba mucho, muchísimo dolor.

Aún así eso, no le impidió escupir contra él su ira:

–¡Bastardo! ¡Que haces aquí esbirro! ¡Y parecías un tipo íntegro! ¡Casi te tenía simpatía!

–¿Bastardo? ¿Esbirro? –Repitió con sorna– ¿Te atreves aún a llamarme bastardo a mí? ¡Fuiste tú quien te fugaste con el tesoro de la bella Hispania dejándonos a todos con el culo al aire! Fuiste tú quien me engatusó con esa disposición tuya de llevar las tablillas a La Habana donde ese amigo tuyo descifraría el código. ¿Puedes hacerte una idea de cómo me sentí cuando tuve que decirle a mi tripulación que te habías fugado con todo? Además, quiero que me devuelvas algo que no te pertenece. –Señaló el medallón que ella llevaba colgado de su cuello.

El general miraba a uno y a otro sin entender absolutamente nada. ¿Por qué se peleaban aquellos dos? ¿Qué era aquello que no pertenecía a la mujer? ¿Se conocían? El general no cabía en sí de asombro.

–¡Já! –Rió ella dando un fuerte tirón a la cinta de cuero que sostenía el talismán y arrojándolo con rabia a sus pies– ¡Que traidor te has vuelto por una simple baratija! ¡Aquí

tienes tu maldito colgante! ¡No significa nada para mí! ¡Al igual que tú!

–¡Vaya! –Carcajeó él– ¿y que te hace suponer que el colgante es lo único que me interesa de ti?

–¡Basta! –Intervino el general O´Flaherty mirándolos a ambos– ¡Odio las discusiones de pareja! Este hombre trabajó en la investigación del Bella Hispania por eso yo le contraté. Se llama Ramón. Lo necesito para verificar la autenticidad de esas piezas –Se dirigió a él con impaciencia con las manos unidas como si fuese a rezar. ¡Ramón, por el amor de Dios, no hay tiempo para discusiones ni menos por esa cosa que está ahí en el suelo! –Señaló el medallón– ¡Necesito que mires esas piezas y verifiques si son las que viste aquel día! en la Bella Hispania.

El hombre olvidó su amuleto por un momento y abrió la cremallera de la bolsa. Extrajo de ella las tablillas envueltas cuidadosamente en unas telas de lino. Desenvolvió una y la observó con detenimiento poniéndola a contra luz. Era muy ligera. Por un momento, el corazón de Lídice pareció a punto de pararse.

–¿Y bien? –Preguntó expectante el general.

Ramón negó con la cabeza mientras la miraba.

–¡Si no son verdaderas son unas falsificaciones muy buenas! Me atrevería a jurar que esta es la tablilla del mapa. No me cabe la menor duda. Sí, lo creo firmemente son las verdaderas.

–¿Y las otras dos? –Le instigó el General.

Obediente, Ramón desenvolvió las otras dos y las examinó en todas sus facetas. Una vez más dijo meneando la cabeza.

–No son falsas. Es decir, son verdaderas.

–¡Bien! –Sonrió el general satisfecho. Cogió con una mano la bolsa de deporte y utilizó la otra para sellar el pacto–. Me despido aquí de ustedes. Debo revisar las instalaciones y ponerme en contacto con el personal para inspeccionar

algunos planos. Gracias Ramón. –Estrechó con fuerza su mano–. Supongo que contaré con usted en otras ocasiones.

–¡Cuente con ello, general!– Contestó el fornido capitán de brazos cruzados mirando a la chica.

En cuanto a ustedes dos. –Se refirió el general a Lídice y al profesor–. Me es grato decir que ha sido un placer hacer negocios con ambos. A pesar de su odioso genio jovencita–. ¡Cuídeselo! Acarició la barbilla de Lídice al pasar.

Ésta huyó de su contacto repulsivo y escupió.

Ramón, entretanto la miraba con una sonrisa profundamente triste. Cuando ella se dio cuenta, él se agachó a recoger el colgante y se lo tendió pero ella lo rechazó de nuevo.

–¿Te acuerdas de por que no quería en el barco que cogieses mi colgante? –Aquella era una respuesta a una pregunta en la que Lídice había pensado infinidad de veces.

– Yo no quería que lo cogieses porque perteneció a mi madre antes que yo naciese. –Continuó–. El medallón tiene un extraño poder. Es él que elige a quien proteger y a quien quiere como dueño. El día en que yo nací me eligió a mí pero después de todo lo ocurrido, creo que ahora, te ha elegido a ti por una razón que desconozco.

–¡Vete al diablo! –Le espetó ella–. Y llévate también tu ridículo colgante.

–Ahora, ya es tarde. –Le dirigió una mirada de dolor–. Tú, le gustas al águila mucho más de lo que le gusto yo.

Posó el medallón tendido sobre la húmeda hierba, con la reluciente águila plateada mirando al sol, esperando que tarde o temprano, ella, se agacharía a recogerlo. Viendo que no lo hacía, corrió a internarse junto al general en medio de la espesura.

Se habían quedado solos con el dinero.

–¿No vas a cogerlo? –Dijo Edward Mc Pherson.

Ella negó con la cabeza.

Olvidó el medallón y recogió sus bolsas de deporte llenas de billetes y caminó cabizbaja hacia la puerta metálica tras la que aguardaba el coche. Él profesor, se sentía feliz por haber logrado su sueño de ser rico y ella parecía sumida en un confuso mar de sentimientos después de haber visto a aquel fantasma de su pasado.

Edward la miró de reojo pero no le hizo preguntas. Fue el primero en entrar no sin antes guardar su bolsa con el dinero en el maletero. Esperó pacientemente que colocase el suyo en el asiento trasero. Parecía muy confusa, en cambio, ocupó su asiento en silencio aferrando su dinero y cerró la puerta con suavidad.

Edward la miró y se encogió de hombros. Poco importaba lo que fuera de aquella joven a la mañana siguiente, tenía en sus manos todo cuanto quería. Era un hombre feliz. La llevaría al motel y se olvidaría de ella. Seguro que el General se libraría de su incomoda presencia. A él en cambio, en Sonora le esperaba su Sheila y una vida nueva y feliz en cualquier lugar del mundo donde hubiese una playa.

Giró la llave de contacto y observó como su acompañante, lejos de resultar feliz parecía cansada en extremo, al borde del llanto.

La llave no giraba bien. Edward lanzó una maldición. Debía haberlo previsto y echarle un poco de aceite. Lo haría mañana, más descansado.

Notó que algo obstruía la cerradura y giró la llave con más fuerza. En ese momento un enorme estallido les volvió rojo el mundo.

Alguien que acababa de llegar al lugar del siniestro en ese momento, recuperaba el talismán de la hierba.

El extraño se agazapó y acarició los contornos de metal del águila plateada y azul antes de guardarlo en bolsillo.

Una segunda detonación, esta vez más violenta, hizo que el desconocido profiriese un grito y tomase la decisión

de arriesgarse y correr hacia el coche. Sin poder apenas respirar por el esfuerzo de la carrera, llegó hasta la puerta desvencijada del vehículo y sacó de un interior una fuerza sobrehumana que le permitió arrancarla. Los sesos del hombre estaban adheridos al cristal delantero. Ya nada podía hacerse por él pero aún quedaba la chica.

Colocó dos dedos en su cuello para tomarle el pulso. Era muy débil. No viviría demasiado tiempo. Pasó los brazos por debajo de sus axilas y la arrastró todo lo lejos que pudo. Entonces se produjo la tercera y última explosión y el coche quedó totalmente carbonizado. Para protegerla de la deflagración final utilizó su propio cuerpo como escudo y se tapó los oídos.

Miró su cuerpo ensangrentado. Ahora estaba muerta, no cabía duda.

¡Lídice! Su Lídice.

Sin dejar de llorar, sacó el talismán de su bolsillo y lo colocó suavemente en su cuello. –¡Protégela! –dijo.

Aquella águila del medallón que la había acompañado en vida lo haría ahora en su largo viaje a través del reino de los muertos.

Días más tarde la noticia aparecía en la sección de sucesos junto a las necrológicas. Apenas ocupaba cinco o seis líneas. La noticia decía que un terrorista había resultado muerto en aquella fábrica abandonada cuando intentaba manipular una bomba.

# VIII

*"Acepto el caos, pero no estoy seguro*
*De que el caos me acepte a mí".*

Bob Dylan

A William Crawford le gustaba su trabajo principalmente, por el inmenso poder que sus jefes le delegaban y porque entre otras cosas, no tenía que dar explicaciones a nadie sobre lo que hacía o dejaba de hacer.

Estaba convencido de haber prestado un gran servicio a su país en numerosas ocasiones, aunque a veces los métodos no eran digamos, demasiado ortodoxos. Siempre se decía a si mismo que para evitar males mayores el fin, justificaba los medios, aunque a veces, tenía serias dudas de si su proceder era el correcto.

Ciertamente su vida no tenía nubarrones que ensombrecieran su futuro.

Su sueldo era excelente, con primas que llegaban en momentos inesperados y una cuenta sustanciosa en un banco de Suiza.

Sus empresas funcionaban a las mil maravillas, solas, sin su intervención.

Estaba aún casado, tenía una cabaña cerca de un lago a la que le encantaba ir en navidades. Tenía tres hijos a los que visitaba en periodos vacacionales y las vacaciones eran generosas, tanto, que a veces no necesitaba volver durante

meses, todo un invierno, un verano, incluso si cabe, en una ocasión llegó a disponer de hasta siete meses durante todo un año.

Sus hijos estaban en la Universidad excepto la más pequeña que contaba solamente seis años. Era su ojito derecho y se llamaba Ruth.

La vida para él, discurría sin complicaciones eso, lejos de proporcionarle tranquilidad, le exasperaba pues él era un hombre activo y su trabajo, consistía en crear complicaciones a los que él llamaba "los malos" aunque a veces se preguntaba si realmente emplearía el mismo criterio si alguno de aquellos desalmados con los que tenía que bregar fuesen sus hijos...

Él no tenía ese problema, afortunadamente sus hijos eran adorables, estudiosos, buenos chicos, pero y ¿si no fuese así? ¿Cambiaría entonces de opinión?

Si su hijo fuese uno de aquellos terroristas: ¿intentaría llevarlo al psicólogo o entender sus motivos aun que los aborreciese desde lo más profundo de su alma?

Todo era muy confuso y últimamente tenía muchas dudas...

Esas dudas, a veces le oprimían tanto que debía reafirmar su autoestima y convencerse de que su forma de actuar era siempre la correcta...

Aunque después de ese sueño que tuvo, comenzó a dudar.

Era primavera en su sueño y estaba en medio del bosque más hermoso que jamás había visto.

No podía ver a ninguna persona en él pero de cuando en cuando, unas fugaces manchas de colores vivos y unos vientos racheados pasaban a su lado.

Luego, ya no pudo ver las manchas, sino un continuo destello como un efecto de estroboscopio.

Fue entonces cuando empezó a notar el efecto del tiempo.

Las hojas brotaban y caían en una sucesión infinita como si estuviese sentado en su cómodo sofá con el mando del video en la mano haciendo pasar una película a cámara rápida. De pronto, la imagen se detenía y al instante, avanzaba de nuevo con toda normalidad.

Y allí estaba él, en aquella imagen, enterrado con la tierra hasta la cintura, con los brazos tendidos al cielo buscando la luz y la suave caricia del Sol.

Pero no era él. Era un árbol. Todo él era madera y hojas.

–Si un árbol siente, sentirá como yo. –Pensó en voz alta y se miró los brazos que se habían convertido en ramas que se entrelazaban las unas a las otras. Sus piernas, al igual que sus manos, se habían transformado en fuertes raíces que se hundían profundamente en la tierra.

La sensación no era desagradable, mas cuando más cómodo empezaba a sentirse al abrazo de aquellas hojas enroscadas a su tronco, vio que unas llamaradas furiosas, lamían el bosque.

Quiso moverse, pero no pudo. Se sentía impotente viendo llegar el desastre.

Fue entonces cuando comprendió horrorizado que no era un sueño y que el fuego, efectivamente real avanzaba con una fuerza demoledora hacia él que tan solo era un árbol más de aquel bosque. En aquel momento, supo que correr no serviría de nada pues era infinitamente lento en sus movimientos.

Ya no se preguntaba que sentiría un árbol que ve como el fuego lo consume y avanza destruyendo su hábitat.

Las lenguas de fuego rojo y azul lo envolvían todo y él presenciaba su lenta agonía consumido por ellas.

Despertó con alaridos, aterido extrañamente de frío en pleno verano, pues se había visto arder en el sueño y volvió a dormirse pero el sueño que vino, fue todo aún peor.

Ahora estaba oscuro como si un atardecer lluvioso y gris se hubiese adueñado de todo.

El cielo estaba cubierto de semiesferas de electricidad, multitud de ellas por todas partes.

Sin embargo, algo había cambiado en aquel paisaje, no quedaba el más leve vestigio del bosque. Ahora, aparecía rodeado por ruinas y a su alrededor no había nada vivo.

–Yo soy el responsable de todo esto. –Clamó al viento con dolor. Y escuchó sus propias palabras con dolor que doblaba su cuerpo.

Una culpa infinita.

El pecho le dolía tanto que no podía respirar. Si hubiese hecho lo necesario para evitar aquella inminente matanza ahora no presenciaría aquello convertido en árbol que se quema, ni tendría una sensación tan espantosa de impotencia.

Y tal vez su familia estaría ahora viva y su pequeña hija también porque W, tenía la certeza de ser el único ser vivo sobre la Tierra. Un triste árbol quemado en un planeta sin hombres.

El ruido del reloj le despertó y comprobó aliviado que todo había sido una horrible pesadilla encadenada.

Se puso a desayunar como cada mañana y desplegó su periódico mientras aún retumbaba aquella voz que en el sueño le decía:

–Este es solo uno de los futuros que te esperan si no luchas por impedirlo. El destino se forma por las pequeñas cosas, cambia una intención y el mundo será completamente distinto.

Pensándolo bien, todo había empezado cuatro años antes cuando William Crawford, apodado en su círculo como W, sentado ante un humeante café, contemplaba una maravillosa vista de la ciudad. Estaba situado en un alto rascacielos de la gran manzana, sentado en su silla giratoria, con las piernas sobre la mesa y un café aguado. No le importaba en absoluto. Jamás perdonaba su dosis de cafeína por liviana que fuera.

W recordaba que en aquella ocasión había sonado el teléfono. Lo había mirado irritado pues le había advertido a Sondra, su secretaria, que no le pasase más llamadas a menos que estas fuesen de la mismísima Casa Blanca.

Así que lo dejó sonar, aunque el sonido comenzaba a resultar irritante.

Finalmente exasperado, descolgó el auricular dispuesto a lanzar un exabrupto a su tímida secretaria.

–¡Dígame Sondra! Le he dicho que no me pase más llamadas. Creo habérselo dejado muy claro, al menos dos o tres veces a lo largo de toda la mañana. Y bien: ¡Dígame! ¿Qué sucede?

La voz de Sondra sonaba más nerviosa que de costumbre.

–Sí, señor. Ya sé que me dijo que no le molestara pero es que aquí hay una mujer que insiste en verle. Dice que no dudará en destrozar la sala de espera a menos que usted disponga de unos minutos para escucharla.

–¡Váyase al diablo Sondra! –Vociferó a punto de colgar–. Ya sabe lo que tiene que hacer. ¡Llame a seguridad! ¡Ellos se harán cargo de todo!

Sondra alejó el teléfono de su oído pues el griterío de su jefe siempre resultaba dañino a sus tímpanos, pasados unos segundos quiso alegar algo en su defensa pero se dio cuenta que éste ya había colgado.

Agachada y escudada tras la mesa, Sondra con cara de circunstancias miró a aquella energúmena que estaba en pie, ante ella, y señaló el teléfono esperando que se diese por fin por aludida que no iba a ser atendida. La intrusa lejos de amilanarse, cogió una extraña piedra que había de adorno sobre una de las mesas y dirigió una mirada dubitativa hacia el armario que contenía de cristal el extintor.

–¡Suelte eso se lo suplico!

Sondra volvió a marcar nerviosa por enésima vez.

–¿Señor? ¿Me oye, señor? Ya ha roto la hermosa Ikebana que trajo su esposa de Japón el mes pasado y ahora amenaza con romper los cristales del armario del extintor. Creo que va en serio, señor ¿Qué hago?

W con los pies encima de la mesa, esbozó una sonrisa de alivio al pensar en la Ikebana. Su mujer la había traído de Japón como regalo de aniversario para su nuevo despacho. En realidad a él nunca le había atraído demasiado aquel muñón pelado y retorcido lleno de flores artificiales a veces, incluso dudaba que Holly la hubiese traído de su viaje y no de una de las muchas tiendas que suele haber dentro del aeropuerto. Ambos estaban a punto de separarse –pero los cristales del armario del extintor eran otra cosa.

–¡Detenga a esa loca! –Saltó impulsado por un resorte de su silla giratoria– ¡Llame urgentemente a seguridad! ¿Qué hace que no se mueve, Sondra?

En medio de los alaridos de la secretaria, que luchaba esta vez por mantener la posesión del teléfono y proteger a la vez su larga cabellera, sonó una voz distinta a través del auricular.

La voz parecía muy alterada.

–¡Maldito cerdo! ¡Hijo de puta! ¡Atiéndame ahora mismo o el mundo entero sabrá lo que una de sus tantas empresas hace con los animales! Ese delfín tiene una marca del ejército americano. Supongo que como dejó de servirles, le han hecho pasar de un dueño a otro hasta ver como termina sus días en esa inmunda piscina de Castro.

W sacó un pañuelo de papel de un cajón y se limpió el sudor que chorreaba su cuello.

–¿Puede pasarme con mi secretaria por favor? –Pidió con voz temblorosa añadió: – Se lo ruego.

–¿Y que le hace pensar que voy a hacerle caso?

–Por favor. ¡Deje que hable con mi secretaria! Si no le paso a mi despacho dentro de cinco minutos dejaré

que rompa usted todo cuanto quiera. ¡Tiene mi permiso! ¡Concédame al menos ese breve plazo!

–¡Está bien! –¡Gimió. Le pasó el teléfono a la rubia que se recomponía el peinado y la ropa.

–¿Sí señor W? –Respondió Sondra ahogada desde el otro lado.

–¡Haga pasar inmediatamente a esa loca! –Le ordenó– ¡Ahora!

–Por supuesto señor W. –Dijo Sondra a punto de romper a llorar.

Acababa de entrar por la puerta. Sondra, despeinada, dirigió una mirada temerosa al Señor W quien, con un gesto en la mano, le indicó que estuviese tranquila y que cerrase la puerta dejándolos a solas.

W miró a la intrusa que había roto su ikebana y había agredido a su secretaria. Era una mujer muy alta, blanca y musculosa. Tenía el cabello rubio, enmarañado y con aspecto estropajoso. Sin duda, lo que más destacaba en su cara era su larga nariz, su boca pequeña y aquellos enormes ojos de un azul desteñido que parecían desprender chispas cuando estaba furiosa.

No la invitó a sentarse, era una táctica que nunca fallaba para liberarse de las visitas incómodas. Apoyó las piernas nuevamente sobre la mesa y arqueó una ceja:

–Y bien: ¿Qué quiere de mí además de destrozar mis instalaciones?

–Mi nombre es Lídice Tavares. –Acompañó a su presentación con un golpe fuerte de su puño sobre la mesa inclinándose hacia él sin variar el tono de su voz. Arrojó ante él la fotografía de lo que parecía un delfín–. Quiero que le devuelva su dignidad a este pobre animal. ¡Se llama Astarté! ¡Merece que alguien se ocupe de ella!

W no comprendía nada. ¿Tanto escándalo por un delfín?

Ahora parecía un poco más serena:

–Tengo entendido que usted subvenciona investigaciones marinas. –Continuó–. Quiero que Astarté trabaje para usted como cuando aún lo hacía para el ejército americano y quiero que una vez concluida su misión le devuelvan su libertad ¿Me oye perfectamente? ¡Quiero que le devuelvan su libertad!

–¡Usted quiere muchas cosas! y dudo si yo podré ofrecérselas todas... –hizo una pausa y encendió un puro–.

Se replanteó la proposición de la joven. Pensándolo bien, necesitaba a alguien que hallase accidentalmente algo que yacía escondido en una gruta. Aquellos estúpidos buceadores no acababan de enterarse. ¿Qué más había de hacer? ¿Golpearles con ellas en sus propias narices? Miro con consideración a la joven que acababa de estampar su puño sobre sus papeles y pensó que tal vez ella fuese, esa cabeza de turco que andaba buscando...

–¡Diga algo! ¡Hable por favor! Necesito que me de una...

–Sí ya lo sé. ¿Le gustaría trabajar para mí? –La interrumpió W con una encantadora sonrisa.

Como no contestó, W aprovechó para guardar su mechero en un cajón. Por un momento Lídice pensó que W sacaría una pistola.

Pero nada de eso sucedió.

–¿Se refiere a Astarté? –Intentó explicarse– ¿A mi delfín?

Luego, dándose cuenta de la proposición que W acababa de hacerle reaccionó:

–¿De veras ha dicho que quiere que yo trabaje para usted? ¿Y que es de ella?– Señaló la foto taladrándola con el dedo.

–Veo que ya le ha puesto un nombre al delfín. –Miró la imagen de Astarté con gran interés–. De todos modos he de decirle que se equivoca respecto a mí. No tengo conocimiento de ningún delfín del ejército americano viviendo en cautividad en territorio cubano. Eso, no quiere decir que lo que usted dice no sea cierto. –Puntualizó–. Ya

que no puedo poner la mano en el fuego por mis empleados en otros departamentos. De ser cierta tal lamentable situación, tenga por seguro que depuraré responsabilidades y haré todo cuanto esté en mi mano para solucionar el problema de... –dudó por un momento antes de decir:– ¿Astarté ha dicho que se llama él?

–Sí, Astarté. Y no es él, sino ella. –Puntualizó.

Pareció confusa. No esperaba que aquel bastardo despertase su simpatía sin embargo, lo estaba consiguiendo. Se preguntó si no estaba siguiéndole la corriente pensando que era una loca recién escapada del manicomio. Sintió remordimientos por haber roto su hermosa Ikebana y mentalmente contó los segundos que W tardaría en llamar a seguridad una vez que ella le volviese la espalda.

–¿De veras lo hará? ¿Liberará a Astarté y además me dará un trabajo a cambio de nada? Dígame: ¿Cuál es el truco?

–¡Supongo que ninguno! –Exclamó W– ¡Usted me gusta! ¡Tiene carácter! Y además. –Sonrió al decirlo–. Esa Ikebana era horrorosa, estaba deseando que alguien la rompiera...

W movió su silla giratoria y le volvió la espalda para contemplar la ciudad a través de los grandes ventanales.

–Pero además necesito personal cualificado. Hace un mes uno de nuestros buceadores sufrió un desgraciado percance así, que si no sabe bucear no se preocupe, nosotros le daremos un curso intensivo. La posibilidad de utilizar a Astarté evitaría la muerte de mis buceadores y que usted trabaje para mi lo hace aún más apetecible. Sí, creo que habrá trabajo para Astarté y usted. Que me dice: ¿Acepta?

–¡Oiga! –Protestó con un tono de voz muy duro–. Si lo que intenta es flirtear conmigo le advierto que...

La cara de W se iluminó unos segundos y sus ojos intentaron parecer francos cuando dijo:

–No se preocupe, usted no es mi tipo. Además estoy felizmente casado.

–Sé bucear. –Le informó pletórica de alegría y entusiasmo. Su reacción le hizo verse a sí misma como una estúpida. Estaba muy nerviosa. Hacía tan solo unos instantes habría roto completamente el despacho de aquel hombre y ahora lo único que podía decir era: Sí gracias, ¿acepto?

–¡Estupendo! –Se alegró W– eso facilitará bastante las cosas.

Aquella fue la primera vez que W veía la encantadora sonrisa de Lídice Tavares. Ahora, que la daba por muerta, lamentaba haberla utilizado. Debía haberla protegido de la furia del general cuando aún estaba a tiempo.

Él debía haber hecho muchas cosas, pero ahora, ya era demasiado tarde...

# IX

*¿Dónde está el matorral? Destruido.*
*¿Dónde está el águila? Desapareció.*
*Termina la vida y empieza la supervivencia.*

Carta del Jefe Seattle al presidente de EEUU

Yala, era una mujer curtida, enormemente segura de sí misma y muy inteligente.

Solía tener una seguridad envidiable pero, ahora, cuando veía regresar jadeante, a su pequeño Ramón después de corretear por toda la pradera, se sentía muy vulnerable y con unas enormes ganas de llorar.

–¡Tengo sed! Y también hambre. –Añadió el chiquillo.

No se agachó, directamente se tendió a beber del charco, sin que le preocupase ensuciar su ropa.

Yala le reprendió porque el agua estaba demasiado sucia pero al ver su carita triste, se compadeció de él y le extendió un tapi lleno de humeante carne que ella misma había guisado con la ayuda de unas piedras calientes.

–¡Umh que rica! –se relamió el niño utilizando sin pudor sus dedos para tomar la comida.

–¡Usa el tenedor! –le reprendió muy enfadada–. Esos no son los modales caballerito.

Prácticamente Yala le había visto nacer.

Aún recordaba aquel hospital de Canadá. Su madre, una mujer con rostro redondo como la luna, pedía a gritos que

cuidase de su vástago y que nunca, bajo ningún concepto le dejase solo.

En ese momento, la tranquilizó tanto como pudo, mientras la comadrona, colocaba al recién nacido sobre su vientre para que lo primero que recordase, fuese el olor de su piel.

Poco después, el personal sanitario abandonaba la habitación dejando a las dos mujeres a solas.

–¿Quieres cogerlo? –Le había preguntado desfallecida pero con una enorme felicidad reflejada en sus ojos.

Yala miró al recién nacido como dudando:

–¡No sé! ¡Parece tan frágil! ¿Puedo? –¡claro que si!

Yala, había envuelto el cálido cuerpecito del bebe aún manchado de sangre con una de las sábanas limpias que la enfermera había dejado sobre la cama y lo había estrechado con amor. El niño se esforzaba por abrir sus ojos hinchados; le sonrió un poco y abarcó con su mano diminuta uno de los largos dedos de Yala.

–¡Es precioso! –Exclamó emocionada al borde de las lágrimas.

Cuando giró la cabeza notó un extraño silencio.

Preocupada tocó el brazo de la muchacha con rostro de luna pero esta, no reaccionó. Se quedó quieta con la cara muy pálida y los ojos muy abiertos surcados por unas ojeras violáceas contemplando un punto inexistente del techo. Sumamente asustada Yala, pulsó el timbre para avisar a las enfermeras, que alarmadas, llamaron a su vez a los médicos y tras una rápida ojeada a la enferma, la mandaron salir después de haberle arrebatado al niño para ponerlo en la cuna.

Al cabo de media hora, salió un médico con aspecto tristísimo, y por la abertura de la puerta, pudo ver la máquina de reanimación y el cuerpo de su amiga totalmente tapado por la sábana que Yala había utilizado para coger al bebé.

Yala se desplomó en ese instante.

Cuando despertó, el médico estaba ante ella y le preguntaba como se encontraba. Ella accedió a decir que bien a duras penas. Sabía lo que el médico iba a decirle mucho antes de que abriese la boca.

–¿El niño tiene alguna familia? –Preguntó el doctor.

Yala miró la cuna a través de la puerta entreabierta y rompió a llorar.

–Sí, pero viven muy lejos de aquí.

–¿Un padre, tal vez?

Yala movió negativamente la cabeza.

–El padre del niño no ha querido hacerse cargo de él. –Dijo–. Ni siquiera sabe de su existencia y dudo que Yala hubiese querido que él, lo supiera.

–Si no sabe de su existencia: ¿Por qué dice que no ha querido hacerse cargo de él? Yo creo que él debería enterarse de esto.

–Le he dicho que no se lo diré. –Gimió ella–. Ese hombre la abandonó. Ella siempre ha creído poder hacerse cargo de su hijo.

El médico la miró con tristeza: –Sí hasta ahora. Parece que lo que creía su amiga es lo que menos importa en estos momentos. –Continuó–. Le daré un calmante. Dígame: ¿Puede usted hacerse cargo del niño, ya que su madre ha muerto y no va a decirle a su padre lo que ha sucedido?

–¿Cree que no se lo diría si supiese donde está? –Replicó Yala–. Si lo supiese no dude que se lo diría por muy despreciable que me resultase. Solo sé de él que es un marino.

–En ese caso –dijo el médico– el hospital se hará cargo de todos los trámites.

–No será necesario. –Se secó las lágrimas– yo misma lo cuidaré. Su madre me lo pidió.

–Está bien. –Le dio unas palmaditas en el hombro y se puso en pie–. Confió en usted. Confío en que pueda hacerle feliz. Si no su futuro no será muy halagüeño.

Así que tal y como le había dicho al médico, se había hecho cargo del crío hasta donde había podido. Pero había llegado un momento en que no podía más. Él, tenía que crecer con una familia y ella, debía seguir su camino en la vida. Allí en aquella comunidad que le dejaba, había mucha gente que le quería. Yala sabía que cuidarían muy bien de él.

–¿Vendrás a jugar mañana conmigo, Yala? –Dijo cogiéndole de la mano.

Más que una pregunta, parecía una súplica.

Le volvió la espalda para que no la viese llorar. Se sentía despreciable pero esperaba que cuando fuese mayor Ramón la entendiera y buscaría un motivo para perdonarla.

– Es posible –le alborotó el rizoso pelo–. Anda, acaba de comerte esa carne.

–¡Ya terminé! –Se sentó a su lado con las piernitas colgando contemplando junto a ella el rojo atardecer…

En ese momento, Yala se quitó el hermoso colgante. Era de color azul y plateado, en su centro representaba un águila muy hermosa.

–¿Qué es Yala? –Preguntó el niño maravillado sin quitarle ojo.

–Es un regalo de tu madre. –Se lo quitó del cuello para ponerlo en el suyo–. Llévalo contigo Ramón, o dáselo a alguien a quien quieras más que a tu vida. El águila protegerá a su portador.

Se levantó y se puso a recoger todas las cosas de la merienda para encaminarse nuevamente al campamento. Había un crepúsculo muy hermoso. Su idea era marcharse a la mañana siguiente. Su equipaje ya estaba dispuesto en su viejo auto. Había solicitado un cambio de destino que

finalmente había llegado, a pesar de toda la maldita burocracia. Le esperaban nuevas comunidades donde dirigirse, nuevos paisajes por ver, otros niños a los que ayudar y ofrecer su cariño.

Pero éste, que le miraba con la carita manchada de salsa, era un ser especial, un angelito que llevaría durante mucho tiempo en su corazón y que le rompía el corazón no poder llevárselo con ella tal y como su madre le hizo prometer. Era mejor no mirar atrás.

# PEDRO

# X

*Recuerdo mi juventud y aquel sentimiento que nunca más volverá.*
*El sentimiento de que yo podría durar más que todo,*
*más que el mar, más que la tierra, más que todos los hombres.*

J. Conrad

El día que las mejillas de Laurita perdieron su color, Pedro sintió que también había perdido algo de si mismo. Había ido de mañana y subido de dos en dos las escaleras que conducían a la sala de juegos de su hija, empapelada de dibujos infantiles y fotos de pasadas vacaciones y no oyó el ruido de los pasos de la niña, ni su risa alegre impregnando cada hueco de la casa.

Silencio, solo halló silencio, la soledad era tan densa que incluso podría masticarse, los juguetes seguían colocados en la caja tal y como la niña los había dejado antes de caer enferma.

Esto, presagiaba algo malo y a Pedro que a estas alturas se hallaba muy descorazonado, le extrañó que su hija se hubiera tomado las molestias de hacer un dibujo.

Al principio, no le dio demasiada importancia, era uno de tantos que hacen los niños cuando están aburridos, solo que en éste, predominaban los colores fríos. El dibujo, representaba la imagen de un pingüino despanzurrado en el suelo, cubierto por una diminuta mancha de tinta carmesí que parecía aumentar de tamaño...

Por un instante, contempló como el pequeño círculo de tinta se expandía hasta emborronar la hoja. Un impulso le

llevó a estrujar el papel y convertirlo en una diminuta pelota que se guardó en el bolsillo. Lo hizo, como si con este gesto pudiese liberarse de la visión horrorosa que suponía el pingüino ensangrentado.

Con grandes zancadas, fue a la cocina, el salón y el cuarto de baño y no encontró a la niña. Finalmente alargó la mano al picaporte y abrió sigilosamente la puerta. En algún rincón de la casa sonó un aleteo de pájaros.

Allí ante el umbral, con un nudo en la garganta que impedía respirar, observó las paredes azul cielo con nubes pintadas y las cortinas decoradas con motivos infantiles.

En torno a aquella habitación planeaba la enfermedad, era como un fantasma, aquel cuento del fantasma que aguardaba al sueño de los niños para llevarse su aliento y que a su hija le gustaba escuchar antes de dormirse.

Miró los ojos cansados de su hija y sintió que la luz que se colaba a través de las cortinas de aquel claro día que parecía un sueño.

En el exterior, la naturaleza exhibía su insultante belleza y mientras en la casa, su hija se extinguía como una de esas flores que se abren a la noche y languidecen con los primeros rayos del Sol.

La alegría de Laurita, se disipaba como el agua descontrolada de un grifo a través de un enorme y oscuro sumidero.

Este pensamiento provocó en él un intenso escalofrío y cerró la puerta de un golpe dejándola dormir.

Con la espalda pegada a la pared y una sensación de angustia horrorosa volvió a preguntarse porque todo parecía tan caduco y triste en aquella habitación. ¿Qué había ocurrido?

Era, como si algo hostil e inexplicable se hubiese instalado en su casa y atacase a su hija.

Pedro no sabía que podía ser aunque algo le decía que estaba muy próximo a descubrirlo, tal vez la clave estaba en aquel dibujo de Laurita.

Era una especie de mensaje de un Dios –como– se llame que venía a decirle que algunos seres, sin causa aparente languidecen de tristeza hasta que un día mueren, sin más.

Se llevó la mano a la barbilla para rascarse. Hacía al menos tres días que no se afeitaba. Observó la imagen de aquel extraño que le devolvía el espejo: el pelo lacio y sucio, recogido en una coleta. El rostro anguloso y moreno, los ojos almendrados, la tez morena. Se consideraba un hombre atractivo, aunque hacía tiempo, había descuidado su imagen y su mirada era cada vez más lánguida.

Para una persona como él, el aburrimiento no existía. Tenía suerte sin embargo. Era de los pocos que habían encontrado un trabajo medianamente digno en la ciudad.

Y él, que antaño se había caracterizado por ser una persona alegre y jovial, llevaba tiempo disgustado sin conocer el motivo. Suponía que la culpa no la tenía del todo la enfermedad de su hija, sino su frustración porque nunca podía hacer aquello que realmente le gustaba. Eso, también influía en su estado de ánimo.

Sus amigos le veían cada vez menos y su familia no siempre le encontraba cuando más le necesitaba. Aquel trabajo suyo le absorbía de una forma enfermiza.

El problema –según su jefe– es que una empresa no necesita seres humanos sensibilizados con los problemas del prójimo. Una empresa no está para hacer el bien de las personas sino para ganar dinero. “No es ninguna ONG Pedro, que te quede bien claro” “Además, si yo no gano dinero, pues tú no trabajas. Y si yo no gano contigo más que con cualquier otro tendré que pensar en prescindir de ti ¿Comprendes, hijo?”

Eso era lo que le decía su jefe, que a pesar de llamarlo hijo, no le veía así en absoluto. Así que Pedro, se esforzaba cada día en su trabajo porque para desgracia suya, le gustaba y no quería perderlo.

A veces, en un momento de lucidez de esos que solo se tienen en raros momentos del día, pensaba que todo era una pendejada. Porque:

¿De que servía una fábrica de zapatos si éstos eran tan caros que solo estaban al alcance de unos pocos? ¿Tal vez no sería más adecuado hacer unos zapatos a la justa medida del jefe para que solo él pudiese comprarlos? ¡Cuánto recurso desaprovechado!

En fin, Pedro llegaba cansado, derrotado y hundido con el único ánimo de sentarse ante el televisor hasta caer rendido de sueño.

Era especialmente en esos momentos cuando tenía la sensación de volver de una guerra perdida.

Desde la enfermedad de Laurita despertaba raro. Fue en esa época cuando comenzó a sentir "las ráfagas" como él las llamaba. Eran sueños rápidos, ráfagas de luz. Se repetían hasta la saciedad y en ellos, Pedro creía perder un objeto que nunca encontraba al despertar.

Se levantaba irritado consigo mismo y revolvía uno a uno todos los cajones de la casa en busca de aquello que tanto le perturbaba pero nunca daba con ello.

Rebuscaba por todos los sitios habidos y por haber, examinaba uno a uno sus papeles, volcaba sobre la mesa de la cocina el contenido de sus bolsillos y acababa siempre exasperado.

¿Qué buscaba exactamente? ¡No lo sabía! No había perdido nada, al menos no, en el mundo real. Pero ese detalle siempre se le revelaba en el sueño.

Y en el sueño volvía a estar solo de nuevo y aterido de frío. Aquel día el viento soplaba de una forma especial que hacía daño en los oídos e impedía abrir los ojos.

Sólo oía el ulular del viento entre los riscos en un día que expiraba.

Era esa hora del día en que el cielo aún es azul pero las sombras de la noche hacen acto de presencia devorándolo todo.

Las primeras estrellas habían empezado a asomar desde el este y eso hizo que se sintiese como un niño temeroso de la oscuridad igual que aquella primera vez, fuera del hogar, cuando aún no levantaba tres palmos del suelo y pensaba que nadie repararía en su ausencia.

Él no había tenido en la vida más que su abuelo. Su madre había sido una joven de Arizona que no había resistido la dureza del parto y su padre, había sido enviado a combatir en una guerra inútil en la que había perecido como perecen todos los héroes.

Al quedarse huérfano, su abuelo, por parte paterna, se había hecho cargo de él. Estuvo a su lado en la Reserva Navaja al menos diez años hasta que murió. Quedándose totalmente solo en el mundo pasó por distintos hogares de acogida donde no siempre fue bien tratado. Eso hizo que empezase a cometer pequeños hurtos que le llevaron de un reformatorio a otro hasta que finalmente, Juan Rovira, el hombre al que había querido como su segundo padre, apareció dando un giro en su vida.

Pero ahora, Pedro, se remontaba en sus recuerdos a aquella parcela sagrada de su infancia, donde había sido feliz, correteando bajo el cielo azul a través de un bosque de coníferas.

–Pensaba que nadie me quería –lloriqueó el niño Pedro–. Por eso me fui. Porque no me siento indio ni blanco. Soy una mezcla extraña y pienso que todos me ignoran. Yo quería darle una lección a la gente, abuelo. Pero el bosque me daba miedo, los lobos aullaban y al huir me lastimé con unas zarzas.

El abuelo que siempre eludía sus quejas, secó con su gran mano las tibias lágrimas del niño y elevó su barbilla obligándole a mirarle con orgullo.

–Tu padre se hubiera sentido muy orgulloso de ti. Por eso, cuando estés solo y veas caer la tarde, cuando sientas que el miedo te atenaza, piensa en el espíritu de las cosas que lo envuelve todo, Piensa, que eres el águila en el cielo. ¡Y vuela! ¡Vuela muy alto!

El abuelo que tenía gran peso y envergadura había empezado a saltar y mover los brazos de una forma muy cómica emitiendo el graznido de un águila. Pedro al mirarlo se había echado a reír.

¡Vuela! Sacudió su larga cabellera e izó al niño con sus poderosos brazos. ¡Vuela como el águila gris hasta que el aire te haga daño en la garganta y sientas que un nudo te aprieta el estómago! Cuando el Sol se vuelva sangre en el horizonte y ya no puedas más, será ese el momento. Deja entonces que el aire impulse tus alas y permite que sea él quien te arrastre con las últimas horas de la tarde.

Lo posó en el suelo y le dijo tomando su carita entre sus manos:

Y piensa, que es el Gran espíritu quien te acompaña en tu vuelo y que nada debes temer si estás a su lado. Porque todos los seres que amamos, en cierta manera, estamos unidos en nuestro silencio.

Bellas palabras las de su abuelo pero los años en la reserva navaja se habían esfumado y ahora solo eran un vago recuerdo. Aquella hermosa época plena de inocencia había sido aplastada por la vida en el asfalto.

Los rostros pálidos llaman a eso “Aculturización”.

Y consiste en que un día te ves atrapado por la vorágine de una gran ciudad, renuncias a las creencias de tu pueblo, reniegas de tu lengua y tu cultura y comienzas a embrutecerte. Pero no es un proceso rápido. No. Empiezas por renegar de los consejos de los ancianos, expolias y violas la vieja tierra madre hasta convertirla en un árido desierto, cambias las bayas del bosque por alimentos manufacturados y acabas convirtiéndote en un esclavo del sistema como todos.

¿Qué esperas de la ciudad? –Solía decirle el abuelo cuando era un adolescente y se hallaba tentado por todo aquello que no podía conseguir en la reserva.

Ella no puede darte nada –decía el abuelo– porque solo es un monstruo ávido de dinero, sin corazón ni escrúpulos

capaz de corromper incluso un corazón tan puro como el tuyo.

Aún sentía retumbar su hermosa y varonil voz. Era extraño lo mucho que le añoraba.

Por eso noche tras noche deseaba retornar a la montaña de su sueño para encontrarse con los espíritus de su pueblo, para encontrar a su abuelo. Quería hablar con ellos. Quería preguntarles porque Laurita estaba enferma y no podía curarla. Porque todos se habían ido dejándole tan solo.

La montaña del sueño le recibía pero en ella solo reinaba la soledad. No había nadie excepto él y un haz de luz crepuscular que la bañaba y la hacía más hermosa que nunca a sus ojos.

Allí sentado, Pedro, en ese reducto de su sueño, se dejaba abandonar por los recuerdos y el impresionante silencio mientras contemplaba los destellos de sirio y la constelación de Orión.

Con un grito triunfal, extendía los brazos emulando al abuelo aquel día cuando imitaba el vuelo de un águila, para luego olvidar lo soñado y retornar a un nuevo sueño en el que ya no podía recordar la montaña…

Recordar a su abuelo adoptivo le reconfortaba. Se deleitaba rememorando antes de dormirse con los buenos momentos vividos con él y disfrutaba aún mas soñando con aquellos tiempos felices que estaban juntos.

Pedro se despertó muy malhumorado aquella mañana.

Todos los días eran duros pero aquel había de serlo especialmente porque había discutido con casi todo el mundo en el trabajo.

Todo hubiese sido más llevadero, si su osito, como así llamaba a su hija, no continuase enferma sin que los médicos pudiesen averiguar la causa de su dolencia.

Cuando llegó a casa ella estaba algo mejor, le dio un beso y le contó una historia de cuando él era pequeño y su abuelo le enseñaba a cazar ciervos en la reserva.

Como un ovillo quedó dormida a sus pies. Pedro le acarició los hermosos y suaves rizos negros y contempló intranquilo que la fiebre no había remitido.

La tapó con una manta con dibujos de animales y cerró la puerta tras de sí. Cuando se fue a acostar preguntó a su mujer si Laurita, había pasado un mal día a lo que contestó ésta que todo estaba bien, que la fiebre se había estacionado aunque no había que bajar la guardia.

A eso de las dos de la madrugada, Pedro consiguió dormirse. El sueño volvía a ser ligero e intranquilo.

Todo estaba muy oscuro en su paisaje onírico y solo oía ruidos.

A su alrededor algo resbaladizo y cálido le envolvía y se deslizaba en torno suyo infundiéndole una sensación húmeda, extraña, suave...

Y hacía mucho frío. Mucho más frío que en el sueño de la montaña.

El viento ululaba y la sensación de soledad era sobrecogedora.

–¿Qué estoy haciendo aquí, en este lugar? –Intentó atisbar algo en la oscuridad–. Todo está muy negro. ¿Será que estoy muerto?

Recordaba el día anterior que había sido especialmente duro pero no estaba dormido, al menos de eso estaba convencido ya que la sensación de realidad era muy fuerte y...

¡Qué extraña sensación! Tan parecida a una voz antigua como la propia tierra que decía:

"Yo soñé con un valle en la Antártida donde en la larga noche del invierno se reúnen los pingüinos a pasar la época de la oscuridad. Todos se dirigen a ese valle cuando el invierno alcanza su máximo rigor.

Allí, a cobijo del viento, se turnan uno a uno para resistir el duro frío invernal y defenderse de los depredadores. Pero lo que resulta más sorprendente, es que no sea solo esa la única razón que les impulsa a turnarse para formar un

círculo. Los que están afuera de dicho círculo luchan por no dormirse y morir congelados, saben que de eso depende la supervivencia del resto del grupo. Los que conforman el círculo más interno pueden permitirse dormir plácidamente hasta que les llegue el relevo. Ellos sueñan, sueñan que son el alma de la tierra y que han de velar por todos seres que la habitan".

Un escalofrío recorrió su espalda al oír la voz antigua. Tuvo el pleno convencimiento de que aquella voz, no había sido emitida de su garganta. Dudaba incluso que fuese real.

Lo sorprendente de todo es que no se había movido ni un ápice. Seguía allí a luz de las estrellas, pero ahora la luz era un poco más intensa y eso le permitía contemplar una cordillera con forma de herradura y un valle de una belleza increíble. La luz se reflejaba en un suelo de una blancura diamantina circundado por montañas puntiagudas. Aquel repentino estruendo hería sus adaptados oídos a la soledad...

¿Qué era?

Escuchó con más atención. Eran gorgojos. No de uno ni dos, sino de cientos de pájaros.

¡Dios mío! Exclamó al darse cuenta de su situación.

¡No podía ser posible! ¿Era aquello lo que él creía?

En efecto, una apabullante cantidad de pingüinos surgidos de la nada, le habían rodeado y le miraban ahora con gran curiosidad aguzando sus pequeños ojos frente al mar.

Porque eso debían ser aquellos pájaros blancos y negros con manchas amarillas y torpes andares: Pingüinos emperadores, pingüinos alborotadores, encantadores pingüinos...

De pronto se le escapó una carcajada llena de amargura que resonó como un penoso eco en la soledad de aquellas montañas.

Se veía a si mismo, en el centro de la nada, allí, en el extremo del mundo, un indio americano medio mestizo

rodeado de inofensivos pájaros bobos que se procuraban calor los unos a los otros y gritaban como energúmenos.

Una ingente cantidad de ellos allí, bajo la atenta mirada de las estrellas en una noche tan clara como no había visto en toda su vida.

No podía entender que había ocurrido. ¡Tenía que ser una broma! Siempre soñó que si algún día se cansaba de todo, se largaría a vivir como un esquimal pero… Ir a visitar un enjambre de pingüinos donde él sería como la reina de una colmena, sobrepasaba todas sus expectativas.

Y en lo trágico de su situación no pudo menos que reír con ojos de loco. Reír hasta que sintió que el cuerpo entero le estallaba de dolor.

Como si leyesen sus pensamientos, los pingüinos dejaron de emitir gorgojos y al poco fueron cerrando el círculo en torno a él. Pasado un tiempo, solo se oía a algunos pájaros aislados.

Fue entonces cuando escuchó que alguien canturreaba a su lado con una voz casi humana.

–¡Hola Pedro! Mi nombre es Pit y este es Alt. Bienvenido a nuestra Tierra. Verás. No es casualidad que estés aquí en esta pista. Nosotros nos reunimos cerca del glaciar solo una vez al año para darnos calor y ayudar a la Tierra aunque hoy se trata de algo distinto.

–¿Estoy volviéndome loco? –Se palpó el cuerpo para cerciorarse de que estaba íntegro– ¡Dios mío un pingüino que habla! ¿De que circo has salido tú, muchacho?

–¡No, no estás loco! –Canturreó Alt–. Todos los seres de este planeta somos células de un gigantesco sueño y fíjate que ni incluso tú eres un ser único, pues todo en ti no es mas que una sociedad de células. Nuestros destinos están unidos por el hilo del tiempo y cada detalle, incluso el más mínimo, es importante para la vida.

Pedro le dirigió una mirada de incredulidad y se frotó los brazos ateridos de frío.

–¡No, no me mires con esa cara! Realmente estás soñando, porque con esa ropa que traes es difícil que soportases esta temperatura. Pero lo que trato de decirte es que crees que estás en tu sueño, tu propio sueño y por eso entiendes todo lo que decimos. Pero déjame decirte que no estás sólo. El alma es la función del cuerpo y cuando dos almas tienen la misma función y se convierten en una sola, ocurre algo extraordinario. Como éstas. Así que si compartes algo de tus sueños y esperanzas también nos estás dando parte de tu alma.

–¡Vaya con el filósofo! –Carcajeó el otro extraño pingüino dirigiendo a su amigo una mirada de grata sorpresa–. ¡Míralo y luego habla de mí!

–¿Pero que hago yo aquí? ¡Decidme vosotros dos! ¿Qué queréis de mí pingüinos insensatos? ¿Por qué me incluís en esta absurda conversación en la que no entiendo absolutamente nada? ¿Qué es lo que estoy haciendo platicando con vosotros dos?

–Muy sencillo. –Se le adelantó Alt–. Tú piensas que sueñas con nosotros pero somos nosotros los que te soñamos. ¿O no? ¡No lo sé! –Se encogió de hombros de una forma que a Pedro le provocó la risa involuntariamente ya que, en aquellos momentos lo que menos ganas tenía era de reírse.

–Oye: ¿Realmente importa? –Continuó el que decía llamarse Alt– ¡Bueno! ¡Dime! ¿No has tenido durante esta semana la sensación de haber perdido algo importante?

Pedro reflexionó unos instantes.

–Sí. Tengo que reconocerlo, pero no sé que puede ser. Me rompo la cabeza cada mañana intentando descifrar este galimatías y lo único que quiero saber ahora es como he llegado aquí cuando hace unos momentos dormía en mi cama.

–Estás aquí porque has perdido algo y nosotros podemos ayudarte a encontrarlo. –Rezongó Pit y tras una breve pausa añadió–. Y también porque la TIERRA, en cierta manera, te necesita, y yo también te necesito.

–Pero: ¡No lo entiendo! –Dijo con ojos de loco– ¿En que puede ayudar un hombre sencillo como yo a la TIERRA?

–Necesitamos tres tesoros para salvarla –le informó Pit cabizbajo–. La inocencia de un niño, la sabiduría de un anciano y el amor de un amigo. Tú no sabes aún por donde empezar ni que hacer pero muy pronto recibirás pistas. Has de buscar en tu corazón, y para ello, cada noche que duermas debes pensar en un lugar como este en el que todo es noche.

Sí, amigo Pedro. –Intervino el otro pingüino–. Verás una estrella en la lejanía y después un enjambre de ellas. Después verás salir un hermoso rayo laser que te indicara donde estamos. Al final será un mundo hermoso pero no exento de peligros. En ese lugar estamos nosotros. Mira en tu corazón, será como un faro que guíe tus pasos en medio de la oscuridad.

–Ahora tenemos que despedirnos. –Intervino Alt apremiando al otro–. Nos es muy grata tu compañía pero debemos salir al exterior del círculo y calentar a los que se han quedado toda la noche expuestos al frío. Han luchado por vencer al sueño para proteger nuestras vidas, la tuya incluida. Lo comprendes ¿Verdad?

Casi al mismo tiempo en que esta conversación terminaba, Pedro despertó tiritando en su habitación con un poco de escarcha en la boca. –Eso era lo más sorprendente–. Todo había desaparecido como por arte de magia, la blanca luna que iluminaba con su mágica y pálida luz aquellos bloques de hielo, la piel de los pingüinos, resbaladiza y tersa, la sensación de estar sentado sobre el hielo...

Esta hermosa estampa, lejos de resultar gratificante, le hizo sentirse aún más confuso y desolado e infinitamente triste al despertar, pues continuaba sin saber lo qué había perdido como pasaba cada mañana.

De un tiempo a esta parte confundía la realidad y el sueño y a veces no sabía en que estado se encontraba. Se sentía

igual de desvalido que aquella vez siendo niño, perdido en la inmensidad del bosque de coníferas. Era, como si estuviese en un mundo oscuro y cercado y más allá no hubiese nada, una sensación agobiante: Buscar la inocencia de un niño, la sabiduría de un anciano, el amor de un amigo y la indescriptible sensación de haber perdido algo que era infinitamente valioso.

# XI

*"Se puede matar al soñador,*
*pero no al sueño".*

David Abernathy. Líder racial norteamericano

Dicen que en los sueños nuestra mente trabaja mucho más deprisa que cuando estamos despiertos. También dicen que existe una rara conexión entre ese mundo onírico y el mundo real. Lo que sucede, es que somos diminutos corpúsculos del tamaño de una pompa de jabón interactuando en múltiples dimensiones gigantes. Nuestra mente es una máquina de complejos engranajes, a veces estos engranajes funcionan por separado y no sucede nada, otras, ponen en funcionamiento toda la enorme máquina de los sueños.

Nuestro sistema hormonal, nos hace sentir la dimensión temporal y nos conduce a un objetivo a medio o largo plazo.

En el sueño, nuestro cuerpo se relaja y nuestros sentidos cortan los endebles hilos que nos sujetan como marionetas a este absurdo mundo real.

Si fuésemos sabios, deberíamos hacer caso a nuestra intuición y dejarnos conducir por nuestra imaginación. De esa forma, ampliaríamos nuestros horizontes y descubriríamos insospechados mundos que se extienden más allá de nuestros cinco sentidos.

Águila gris despertó envuelta en un baño de sudor, ¿Acababa de tener una terrible pesadilla o por el contrario estaba despierta? Todo era muy confuso, últimamente jugar

con la realidad y los sueños, se estaba tornando en un juego peligroso para ella.

Al principio pensó que estaba muerta. Sintió los estertores en su garganta, vio su cuerpo ensangrentado y sus pupilas extremadamente dilatadas.

Notó que veía y oía con total nitidez cosas que antes le habían pasado desapercibidas desde el fuerte sonido que emitía una teja al caer hasta el sonido inaudible que producían las minúsculas patas de una hormiga.

Era algo sorprendente, alucinante…

Sus brazos se habían convertido en unas fuertes y vigorosas alas. La sensación de volar era lo más maravilloso de todo.

Ahora planeaba majestuosa sobre un barrio de pisos pequeños, de esos que construyen para hacinar los obreros cuando alguna empresa importante necesita urgente mano de obra y recurre a las emigraciones masivas.

Toda la noche la había pasado esperando que algo desconocido derribase la puerta.

En realidad, era una de esas puertas que sirven de poco, con maderas carcomidas por la humedad y el tiempo tras la que parecía aguardar una sombra gigantesca por eso, águila apenas si se atrevía a respirar para no delatar su presencia.

Era una sensación de mal en estado puro, devorador de conciencias.

Así estuvo en silencio, sin moverse ni un ápice, con sus garras aferradas con firmeza a la balaustrada hasta que la sombra cedió al cansancio y se alejó.

Águila gris, aprovechó ese momento para acercarse al edificio de pisos contiguos.

¡Y voló!

Al principio, temió precipitarse en el abismo cuando sus alas chocaron contra un tendal. Sin embargo, volvió a remontar el vuelo como si nada. La sensación no podía describirse.

Recordó que hacía tiempo leyó en un libro que soñar con volar era un sueño bastante común. Ahora el significado, era lo que menos le importaba.

Estaba volando y eso sí que era una sensación real...

Podía hacer cuanto le viniese en gana: bajar en picado, ascender, descender, planear, posarse... Al mirar abajo, veía el resto de pisos del barrio envueltos en una neblina gris oscura que la recién llegada mañana no acababa de disipar.

Mas al fondo, en uno de aquellos pisos, se veía una luz que salía de una ventana entreabierta.

Los ojos de águila se abrieron desmesuradamente al percibirla. Emitió un agudo graznido. Plegó sus enormes alas, subiendo, bajando, manteniéndose, dueña y señora del tiempo y el espacio, hasta descender como el peso más liviano, con la suavidad de una hoja al caer sobre un estanque.

La niña dormía intranquila. Su respiración agitada y la fiebre le hacía proferir frases sin sentido.

Se posó en su pecho y en aquel sube y baja sintió como se calmaba.

Viéndola más sosegada, decidió olvidarla y remontó su silencioso vuelo hacia la habitación contigua donde vio a los que supuso, serían sus padres que dormían abrazados.

Observó el rostro del hombre. Unas pequeñas arrugas de reciente aparición habían aparecido en sus ojos... No era de extrañar.

Había algo malo en aquella casa y Águila gris lo percibía. A veces, tenía la sensación de que el tiempo se agotaba y que si no se daba prisa no volvería a ver la luz del mediodía.

Era como si irremediablemente su vida y la vida de aquellos extraños, la misma vida de la Tierra estuviese amenazada y ellos, marionetas a su antojo, estuviesen unidos por un hilo demasiado quebradizo.

Águila abandonó la habitación de aquella casa de atmósfera asfixiante y se elevó por encima de los bloques de pisos para buscar refugio en un cable de alta tensión próximo a unas montañas cercanas.

En mitad de la noche Pedro, despertó muy agitado profiriendo frases sin sentido. Tal vez seguía dormido, o tenía fiebre ya ni siquiera lo sabía, pero había visto a un ave rapaz como las que solía ver en la reserva solo que en esta ocasión, se hallaba posada sobre su almohada, y parecía estudiarle. También había soñado que regresaba a la montaña de su infancia, ese, sí que había sido un sueño placentero pues su padre, aquel desconocido al que la mala suerte le había impedido conocer, le había hablado desde la distancia envuelto en una bruma espesa:

"*–Eres como el águila gris –retumbaba su hermosa voz de guerrero– tú no serás nunca un salvaje. En ti está la capacidad de destruir o proteger y también el respeto a todos los seres pues incluso el más pequeño de todos tiene su función y no hay seres infames. Fíjate que cuando los rostros pálidos destruyen a los mosquitos para salvar las cosechas, acaban también con los pájaros que ya no tienen que comer. Para cuando vuelve la plaga ya no queda nada que proteger. Así pues, si cazas o pescas que sea solo para tu sustento. Evita el dolor en lo posible de los seres que serán tu alimento y no los destruyas por mero placer. Haz siempre lo que puedas porque la vida florezca pues se trata de un don delicado. Y en recuerdo mío guarda este bosque en tu corazón, incluso cuando las hojas del otoño oculten las marchitas flores de la primavera porque esto que ves tan bonito lo será por muy poco tiempo".*

Hizo una pausa y luego le miró con una tristeza indescriptible:

"*Mi pequeño hijo, me obligan a ir a un sitio donde yo no quiero ir. Ellos dicen que debo defender a mi patria, pero yo no conozco más arma que el arco de tu abuelo, no paro de pensar en que empuja a los blancos a matarse los*

*unos a los otros. Cuida de tu abuelo y de los nuestros. Es posible que no volvamos a vernos pero no temas por mí pues aunque veas lágrimas en mis ojos yo estoy alegre. Sé que estarás demasiado ocupado en salvar la memoria de la TIERRA, que al fin y al cabo, también es la memoria de nuestro pueblo. Tu eres mi pequeño héroe".*

# XII

*"Lo que sabemos es una gota de agua;*
*lo que ignoramos es el océano".*

Isaac Newton

NUEVO MÉXICO. 2 AÑOS MÁS TARDE

Aquella mañana, Pedro despertó más contento que de costumbre con las palabras del sueño grabadas en su mente. Tenía la sensación de que era un mensaje, piezas desordenadas de un puzle que algún día encajarían.

Se había propuesto poner un poco de orden en su vida así que daría al Cesar lo que es del Cesar y reservaría para sí lo que era suyo.

De alguna forma había encontrado lo que había perdido y no era más que su ilusión por la vida. El simple hecho de respirar y la conciencia de sus pies aferrados a la tierra, comenzaban a parecerle un hecho milagroso en el que nunca antes había reparado.

Creía haber descifrado el mensaje del sueño: Tenía que luchar con ilusión en el futuro y dejar que lo no programado entrase en su vida.

Y entonces, sucedió algo que rompió la rutina de un modo infame.

Al medio día el teléfono sonó con insistencia pero él aún no había llegado a casa. Se encontraba en una tediosa

reunión en que debía estudiar la posibilidad de fabricar un nuevo modelo de zapatillas deportivas para una conocida marca.

Cuando finalmente abandonó la sala de reuniones para alcanzar el dichoso teléfono, se produjo un silencio incómodo y al poco se repitieron intermitentes avisos. Descolgó el auricular con nerviosismo y el llanto de Myriam, al otro lado, le dejó petrificado en su sillón.

–¿Qué pasa Myriam? ¿Por qué lloras? ¿Es Laurita? ¡Dime que no!

–¡No amor mío! Estoy en la unidad de cuidados intensivos. ¡Es Cristóbal! ¡Tu amigo! ¡Está muy grave! ¡Tienes que venir a verle pronto! ¡Muy pronto!

Pedro pidió permiso en el trabajo para ausentarse. Cristóbal, había sido su único amigo en la gran ciudad, el único que sabía comprender sus continuos cambios de humor y respetar sus silencios.

Vivía solo en una casita de alquiler en las afueras a la que regresaba cuando se cansaba de viajar. Marinero de profesión, se ausentaba la mayor parte del año y siempre que podía regresaba cargado regalos.

Pedro no le veía desde hacía algún tiempo. Tuvo que enterarse por la asistente social del hospital, que su moribundo amigo había abandonado su vivienda para marcharse a otra, que parecía estar en pésimas condiciones. Cristóbal se hallaba tan mal que se había pensado en la posibilidad de internarlo en una residencia ante su negativa de aceptar las ayudas sociales.

Sorprendía saber que poseyendo tanto dinero hubiese llevado una vida tan humilde rayando casi la indigencia. “Debe haber malgastado su fortuna o tenerla ingresada en algún banco de Suiza” pensaba Pedro, con toda la ironía que podía producirle un terrible suceso como aquel. Siempre había tenido de Cristóbal el concepto de un hombre manirroto pero eso no explicaba que hubiese cambiado su hermosa casa por

aquel chamizo en el que la asistente social le había dicho que vivía y que no hubiese dejado apenas nada para si mismo.

También se culpaba por dar por hecho que Cristóbal se encontraba bien de salud y no pasaba penurias económicas. Debía haber ido a visitarlo más a menudo aunque él no le llamase, en fin, interesarse más por sus cosas.

De camino a la Unidad de Cuidados Intensivos se preguntó en que habría dilapidado Cristóbal todos sus ahorros y abrumado por los recuerdos sus ojos se empañaron de lágrimas.

Aún podía oler el tabaco de su pipa y escuchar su ronca voz aguardentosa cuando sentado en el porche de la casa de Pedro, les relataba a él y a Myriam los innumerables puertos en que había arribado.

Al acabar de contar sus andanzas siempre con un vaso de tequila de más, ambos repetían al unísono una frase que habían adoptado como suya:

"Cuando quieres algo, todo el universo conspira para que realices tu deseo".

Pedro y él se habían quedado con aquella cita después de leer el "Alquimista" de Coelho.

Era una especie de clave para ellos como un guiño del destino.

"Cuando quieres algo, todo el Universo conspira". Repitió Pedro mentalmente. Y ahora, daría lo que fuese por conjurar a todas las fuerzas del universo para salvar a su amigo pero el Universo, como Dios, guardaba silencio...

Se sentía impotente. Había llegado para sostener entre sus manos las de un moribundo. Ironía del destino que hubiese sido por culpa de un conductor borracho que no respetó el paso de peatones.

Aquel día no paró de llover. Era como si la Tierra entera fuese una enorme bestia triste y malherida clamando a gritos la muerte de Cristóbal.

Llovía… Llovía sin parar y la lluvia embarraba el camino días atrás polvoriento, convertido ahora, en un barrizal que ensuciaba los zapatos y entorpecía su triste ascenso por la cuesta.

En aquella húmeda mañana, nadie estaba allí para despedir al pobre viejo, excepto un hombre joven de rostro demacrado y barba de dos días, que iba acompañado por una mujer de aspecto delicado. La mujer enlutada, sostenía en sus brazos a una niña pequeña que se aferraba a su cuello escondiendo temerosa su cabecita entre su pecho, con el pelo mojado por la lluvia.

Unas lágrimas se deslizaron por el curtido y moreno rostro de Pedro. Luego, tras un silencio sepulcral, los tres se abrazaron y subieron al coche para hacerse cargo de las pertenencias del difunto.

Tardaron casi una hora de viaje para llegar a aquel chamizo perdido en un paisaje que a Pedro se le antojó en medio de la selva. Era realmente pequeño: un diminuto cubículo compuesto por una cocina– salón, adosado, un pequeño dormitorio sin ventanas y un pozo negro en los aledaños cercano a la cuadra.

En aquel desordenado hogar, había pasado los últimos años su amigo. Pedro le reconocía en cada foto, en cada objeto personal que veía, incluso la casa olía a él. Era como si su fantasma se pasease por cada habitación impregnándola con el olor de su pipa.

Separó lo servible de lo inservible, colocó en el coche aquello que tenía algún valor y en un gran montón lo que carecía de toda utilidad.

Una pila de ropa vieja, un televisor antiguo de válvulas que hacía décadas que no funcionaba, un reloj de pared que marcaba la una y cuarto, juguetes de plástico antiguos, la bonita réplica de un Mercedes Benz, calderos de playa, pelotas de tenis. –Al mirarlos, supuso Pedro que éstos eran los juguetes de Cristóbal cuando era un niño y que

debieron tener para él un gran valor sentimental en vida–. El resto del elenco; un traje azul casi sin usar, un aparato de radio que aún funcionaba, todo tipo de jerséis y unas camisas nuevas. Todo listo para ser enviado al párroco y repartido entre las personas más necesitadas de aquella pequeña comunidad.

Casi habían terminado y tan solo quedaba una vieja librería donde Cristóbal guardaba sus recuerdos más íntimos: fotos de viajes, papeles de seguros, recibos de alquiler y un sin fin de documentos sin valor.

Al coger un álbum de fotos desconchado, reparó en algo que había caído al suelo. Se agachó a ver que era. Se trataba de un sobre grande con un membrete en letras rojas. Decía:

PARA PEDRO, MI AMIGO

Viendo su nombre en la misiva no dudó ni un segundo en rasgar el papel. Sus manos temblaban ligeramente cuando empezó a leer.

"*Querido amigo Pedro:*

¡Eres incorregible! Sabía que no podías aguardar más tiempo sin abrir esta carta. ¡Es igual! Cuando eso suceda yo no estaré aquí para amonestarte. No me tomes demasiado en serio, sabes que es broma. ¡Ojala encuentres esta carta!

*Hace tiempo que intuyo que mis días están contados, no sé como ni de qué manera, ni a que hora concreta del día o de la noche. Siempre quise, que cuando llegase ese momento fuese en uno de esos inolvidables viajes que yo hago a lo largo y ancho del mundo. Tú no puedes ni imaginar la cantidad de amaneceres y puestas de Sol que he visto. Bueno: ¡y que diablos te estoy diciendo, os aburría a ti y a Myriam contándooslo!*

*Pero en todos aquellos viajes había algo que siempre me dejaba siempre sin habla. ¿Puedes creértelo? Un*

*marinero curtido como yo nunca deja de sorprenderse ante una puesta de sol o un bonito amanecer en África.*

¡África!, ¡los amaneceres de África son increíbles!

*He estado en muchos lugares del mundo y nada puede compararse a África. En fin, no quiero aburrirte. Vamos a lo que de verdad importa.*

*Como te decía mi mayor deseo sería que ese momento tuviese lugar mientras estoy enrolado en alguna de mis aventuras o en el peor de los casos cuando duerma pero presiento que la muerte tiene su propio criterio. Mi corazón está viejo y tal vez algún día de estos me dé una desagradable sorpresa. Y si no es el corazón pues serán los huesos que ya empiezan a resentirse pues, aunque alardeo de tener la salud de un viejo roble, mis últimos días transcurrían en esta silla ante una taza de caldo caliente y los cuidados de María, la vieja vecina que vive unas cuadra más abajo y que sin duda te ha dado las llaves para entrar aquí…*

*Tú hace tiempo que no me ves. ¡No te culpes por ello! Creías que yo vagaba por esos mundos de Dios y era la imagen que yo quería que tuvieses de mí…*

*Si ya no puedo viajar: ¿Qué importa eso? ¡Que mentiroso soy! Realmente si que me importa. Odio acabar mis días en una residencia, rodeado de viejos achacosos como yo y aceptar que ya no puedo valerme por mí mismo. ¡En fin! ¡Que la muerte me encuentre en cualquier recodo del camino bajando una escalera o cruzando una carretera! ¡Eso es indistinto!*

Pedro detuvo su lectura y pensó en la ironía. Cristóbal había muerto atropellado, parecía como si hubiese presentido el modo en que había de morir. Con un escalofrío volvió la vista al papel para seguir leyendo.

*Porque morirse es esta desidia, mi viejo amigo.*

*Te preguntarás en que he dilapidado toda mi fortuna y en esta carta hallarás la respuesta. Dentro de este*

*sobre hay otro más pequeño. Te pido sin embargo, que no lo abras hasta pasados tres días pues dentro hay instrucciones precisas de lo que debes hacer con él y quiero que reflexiones bien sobre el paso que has de dar de aquí en adelante porque no hay marcha atrás…*

*Resulta que hace algún tiempo conocí a una mujer en uno de mis viajes al Canadá, en un pueblecito cercano a los grandes lagos. Estuve allí. Déjame pensar…*

*Sí, creo que fueron como seis meses y pasé con ella unos momentos inolvidables. En aquel momento, teníamos que esperar para embarcar con destino a Japón y unas reparaciones en el barco nos obligaron a permanecer atracados.*

*Yo siempre quise conocer los grandes lagos, así que puedes imaginarte que la ocasión me fue muy propicia.*

*Fue en ese momento cuando le juré volver, juramento que ya no pude cumplir.*

*Cuando navegaba cerca de Ceilán, recibí un aviso por radio informándome que debía recoger un correo urgente en el siguiente puesto de arribada. Era un sobre aéreo con el siguiente mensaje:*

*–"Lamentamos devolverle su correspondencia porque la persona destinataria ha fallecido y no tiene familiares cercanos".*

Pero mira Pedro, esa noche, a solas en mi camarote, ella vino a mí en mis sueños y me habló. Me dijo que me amaba, que siempre lo haría y que ambos teníamos un hijo al que me suplicó encarecidamente que buscara.

*Obsesionado por el sueño, llamé a los registros y la mala suerte que últimamente me persigue hizo que me topara con un politicucho corrupto que para ocultar sus manejos había incendiado los registros perdiéndose la mayor parte de la información de todas esas adopciones ilegales y niños robados. Después me enteré que habían*

*descubierto su delito y le habían encarcelado pero de poco me consolaba ya eso con los archivos quemados.*

*Intenté averiguar por mi cuenta algo más. Tú sabes lo que es la burocracia y ya habían pasado algunos años…*

*El vacío de aquel hijo al que no conocí, nunca pudo ser llenado por nada ni nadie hasta que tú y tu familia llegasteis a mi vida.*

*Sin embargo, hace días que ando preocupado…*

*De un tiempo a esta parte el sueño se me repite pero con un nuevo elemento. En él hay anciano que me dice que cuando piense que todo se ha perdido busque un amigo de verdad, alguien que es importante en mi vida, porque el espíritu de la TIERRA es clemente y bondadoso. Él, cuida de todas sus criaturas y les muestra que nada es más real que aquello que se vislumbra a través del corazón y los sentidos.*

*Me muestra una montaña bañada por un haz de luz crepuscular–. He estado en muchos lugares así pero juro que ese sitio me desconcierta. El espíritu me dice, que soy una enorme roca que él llama Coraje pues resiste todos los envites del viento y me cuenta que unos extraños pingüinos que dicen ser nuestros amigos del Polo, nos aguardan…*

Pedro detuvo la lectura para mirar la foto de Cristóbal. En ella se le veía con su barba blanca y una gorra de marinero, ataviado con una camisa sin botones anudada únicamente por unos cordones. ¿Cómo podía saber él de sus sueños de la montaña y los pingüinos parlantes? Retornó los ojos al papel cada vez más intrigado.

*Sí amigo mío. Parece que los pingüinos deben tener una gran importancia en todo este asunto aunque te parezca algo ridículo y curioso. Y también veo a esa hermosa águila que sobrevuela el cielo y a veces lloro pues pienso que es el hijo al que nunca veré, el que te guiará cuando yo abandone este valle de lágrimas.*

¡Cuando veas a mi hijo háblale de mí! Dile lo mucho que siempre le quise y que mi mayor deseo era que fuese fuerte y encontrase su sitio en la vida.

*No he desperdiciado abrazos ni besos pues me parecían siempre un derroche. He omitido muchas frases de afecto: No supe decirle a su madre lo mucho que la amaba y a veces pienso que de haber conocido a mi hijo, tampoco sé si habría estado a la altura.*

*Nunca he dejado de mentarle en mis sueños y eso es verdaderamente lo único bueno que quiero que recuerde de mí.*

*Siempre he sido tu amigo. Tú lo sabes y también sabes que continuare siéndolo allí donde vaya.*

¡Busca a mi hijo, Pedro! ¡Te lo suplico! ¡Búscalo!

*Y si vive: ¡Ojala tenga una mínima parte de tu corazón! Te quise como si fueses él.*

Siempre Tú amigo:

*Cristóbal*

¡Así que ese viejo gañán quería que buscase a su hijo! Y luego estaba aquella coincidencia con sus sueños. Pero: ¿Por donde empezar? ¿Cómo encontrar a ese niño? ¿Cuántos años tendría? ¿Viviría? ¿Estaría muerto?

Todo aquello se le presentaba como una locura.

Pedro contempló el montón de cajas prácticamente llenas de basura y murmuró en los oídos de su joven esposa:

–¡Que poco queda de su persona! ¿Verdad, Myriam?

–Sí que es cierto. –Convino ella–. Es muy triste en lo que queda toda una vida de trabajo y sacrificio. Yo, me doy cuenta que todo aquello en que creemos carece de valor, no es más que un montón de basura como esta que debemos quemar ahora.

–Así es. –Corroboró Pedro jugueteando con sus dedos–. Lo único valioso es la huella de su amistad sincera. La amistad es un don preciado y yo era muy afortunado al tenerle como amigo.

Pedro y Myriam se besaron y quedaron sentados ante la puerta de la casa viendo como los tesoros de Cristóbal se iban consumiendo por el fuego mientras, Laurita, dormía acurrucada en el asiento de atrás de la ranchera arropada con varias mantas.

La tristeza impedía respirar. Había luna llena. El día anterior había dejado de llover y el pueblo había vuelto a cubrirse de polvo. El fuerte viento del otoño había barrido por completo las nubes. A lo lejos, titilaban las luces de la ciudad como un hermoso y gigantesco árbol de navidad.

–¡Myriam! –Reclamó su atención con dulzura tomando su cara redonda entre sus manos–. La lluvia ha limpiado el cielo y esta noche se cubrirá de estrellas. Creo que esperaré tres días antes de abrir el sobre de Cristóbal. Si no te molesta, nos quedamos un poquito más en su casa. ¿Te parece bien?

Ella asintió en silencio, olía a flores silvestres y cerró los ojos para apresar aquel momento. Acarició con suavidad la mejilla de su marido sin apartar los ojos del fuego. Luego, se levantó lentamente abrió la ranchera y tomando en brazos a su pequeña hija, invitó a Pedro a seguirla al interior de la casa.

Aquella misma noche Pedro volvió a soñar con una llanura enorme. No se veía ninguna montaña en la lejanía y todo el suelo era del color del cielo nocturno, de un azul oscuro, casi negro en el que no se veían estrellas.

Los puntos blancos y oscuros se acercaban apresuradamente empujándose los unos a los otros, se desplazaban a un lado y a otro con un movimiento pendular todos, excepto uno que avanzaba de un modo distinto al de todos los demás.

Cuando más se esforzaba en ver, a su lado sonó una voz ronca y familiar que decía:

–¡Hola Pedro! ¿Qué tal?

–Hola pequeño amigo. –Sonrió al percibir de quien se trataba.

Pero de pronto, sintió un atisbo de miedo al pensar que un pingüino parlante no era un conversador muy normal.

– ¿Y tú que tal estás? –Continuó diciendo a pesar de su miedo–. Hoy no me encuentro muy bien. ¿Lo sabes?

–Lo sé.

Pedro vio su oscuro cuerpo ponerse tras él frotar su resbaladiza espalda con algo que pretendía ser una caricia.

Sé que ha muerto un amigo tuyo y que tu hija está enferma de tristeza, aunque no es nada de gravedad. ¡Tranquilo! Tu hija se curará, sin embargo mira a tu alrededor, la Tierra se marchitará como un bosque tras el incendio y será cuando el Sol haya dado algunas vueltas en torno a nosotros.

–No sé que hacer. No sé que deciros amigos pingüinos. Todo esto es muy complejo. A veces creo que me estoy volviendo loco.

–No. La locura es otra cosa querido– Le tranquilizó Alt– ¿Te ha hablado Cristóbal de su hijo?

Pedro asintió en silencio.

–Bueno, lo que Cristóbal nunca supo es... En fin, ya lo irás descubriendo a medida que avances–. Y al decirlo, golpeó con su pata al otro pingüino que le acompañaba y que a Pedro le resultaba siempre bastante extraño– ¡Anda! ¡Di algo tú Pit que te has callado de repente!

–¡Déjame Alt! –Se hizo paso a trompicones sin mostrar su rostro, como siempre hacía– ¡Que voy a saber yo si soy un pingüino! ¡Bueno, Pedro! Lo que mi amigo trata de decirte es que todas las cosas de este mundo, todas las personas y todos los seres estamos íntimamente ligados y

nada ocurre al azar. Tú debes hallar tres tesoros pero no será fácil y tendrás que renunciar a muchas cosas durante tu viaje.

–Sí, ¡ya sé! ¡Ya sé! –exclamó hastiado– La inocencia de un niño, la sabiduría de un anciano, el amor de un amigo. Lo he oído hasta la saciedad en todos mis sueños.

–¿Has visto Pit con que rapidez lo asimiló? Te dije que no me había equivocado sobre él. ¡Te lo dije! ¿Verdad, Pit?

–Sí Alt. –Asintió–. Lo veo. Gracias por ayudarme en esta difícil empresa y traerle a mis sueños. Se necesita una simple gota de agua para crear el arco iris de la vida o liberar la furia contenida de un río. Él es como esa preciosa gota de lluvia. Cree que no tiene la suficiente fuerza para desbordar el cauce de un río pero en su humilde corazón de hombre, se equivoca.

# XIII

*"¡Hay tantas cosas en la vida*
*más importantes que el dinero!*
*¡Pero cuestan tanto!*

Groucho Marx

Pasaron tres días tras la muerte de Cristóbal y cumpliendo lo pactado, Pedro rasgó el segundo sobre.

Dentro, su amigo había dejado su viejo pasaporte, una póliza de seguro y una cuenta en una sucursal bancaria de Nueva York en la que figuraba Pedro como segundo beneficiario. También había un billete de avión y una nota impresa a lápiz que decía:

–"Un día le regalé a su madre una joya. Representa un águila plateada enmarcada en un círculo azul, con un cordón de cuero. Presiento, que si mi hijo vive, tal vez lleve ese colgante. Te dejo todo cuanto tengo. ¡Úsalo para encontrar a mi hijo!".

Pedro observó que en la cuenta bancaria había suficiente dinero para abrir un pequeño negocio aún así, dudaba si sería suficiente para emprender una búsqueda tan compleja como aquella. ¿Por donde empezaría?

Myriam bebía tequila y miraba extasiada como el fuego consumía la última pila de libros viejos. Las llamas eran hermosas pero el olor a papel quemado comenzaba a resultar desagradable. Se volvió hacia su marido con los ojos enrojecidos por el llanto:

–¿Cuántos años tiene?

–¿Quién? –Alejó los ojos de los rescoldos para mirar su bonita cara enrojecida por el calor del fuego.

–Él o ella. No sé. La descendencia de Cristóbal.

–¿Por qué dices él o ella Myriam?

–Porque realmente, Cristóbal no presenció el parto, por lo tanto no podía saber el sexo de su hijo. Ni siquiera, podía saber si ese hijo existe. ¡Es una locura! ¡Todo se basa en sueños!

–No tengo la menor idea –se encogió Pedro de hombros–. Tampoco es que me haya dejado muchas pistas. Debió escribir la carta hace dos años cuando comenzó a enfermar pero supongo que conoció a esa mujer muchos años atrás, en la carta no especifica cuantos. Por tanto nos enfrentamos a un tercer dilema: Tampoco sabemos la edad del niño o de la niña…

–¿Y si la conoció hace poco? –Se le ocurrió a Myriam– ¿Y si su hijo aún es pequeño y por eso quiere que le busques? ¿Y si tiene la edad de nuestra Laurita? ¿O la tuya?

–No lo creo. Debe ser una persona adulta. No me digas como lo sé. Es solo una intuición.

–Creía que solo las mujeres teníamos eso. –Bromeó ella–. Ya sabes, eso de la intuición femenina.

Pedro guardó silencio. Su mujer solo bebía tequila cuando estaba muy nerviosa. Fingía estar tranquila pero en su rostro se reflejaba una gran preocupación y él callaba porque se veía ante una difícil disyuntiva.

La alternativa que tenía le llenaba de dolor aunque Myriam sabía de los extraños sueños que había tenido él sobre el Polo y era una mujer afectuosa tremendamente fuerte. Ella también se sorprendió muchísimo cuando comprobó la relación que existía entre los sueños de él y la petición de su amigo aunque sabía también que Pedro no haría nada que ella no le pidiese.

–Pedro amor mío –le pasó la botella de tequila– si crees que debes ir a Nueva York y seguir la primera pista proporcionada por Cristóbal por mi adelante. Es más, yo diría que tienes que hacerlo.

–¿Pero como encontrar a su hijo, Myriam? –Le miró lleno de confusión–. No tengo más que ese billete de avión y ese dinero que puede ser suficiente en caso que todo vaya bien pero ¿Y si no es así? Por otro lado… Yo no sé a quien dirigirme ni adonde. No sé por donde debo empezar a buscar… Estoy solo en esto. ¿Adónde voy? ¡Todo esto me parece una locura! ¿Y si volvemos a casa y nos olvidamos de todo?

–¿Y que tal. –Sugirió Myriam consciente de que Pedro tenía un ataque de pánico– si empiezas por ir a ese banco de Nueva York y sacas todo el dinero de esa cuenta?

Pedro asintió tristemente y estrechó a Myriam con fuerza entre sus brazos como si temiese perderla.

Ella, se dejó abrazar y tras unos minutos dijo:

–Quiero que te largues. No te preocupes por mí y por la niña. Estaremos bien las dos. Se fueron juntos a la cama.

Aquella noche el sueño se repitió.

Águila gris tuvo la visión de un campo de estrellas esa misma noche. Pero era como verlas en el espacio de una habitación reducida. Águila podía rotar y ver el conjunto desde distintos ángulos. Y el conjunto le resultaba familiar.

De pronto, comenzaron a aparecer extraños símbolos y cuadrículas color anaranjado acotando distintas zonas.

El aspecto era en cierta forma similar a un conjunto de burbujas de jabón justo en el momento en que comienzan a estallar y solo aparecen puntos brillantes en el punto de unión.

Uno de aquellos segmentos se amplió considerablemente y se transformó en lo que parecía ser un cúmulo de estrellas de aspecto lechoso.

Al hacerse más perceptible la ampliación surgió una galaxia de modo que vista desde un determinado ángulo ofrecía un aspecto ovalado.

La vista cada vez más impresionante permitía ver como uno de sus largos brazos se introducía en un cúmulo henchido de estrellas.

Pero al adaptar sus ojos todo se volvió muy oscuro…

# XIV

*La aurora de Nueva York*
*gime por las inmensas escaleras*
*buscando entre las aristas*
*nardos de angustia dibujada.*

*La Aurora, Poeta en Nueva York*. Federico García Lorca

## Nueva York. Una semana más tarde

El viaje en avión había sido extenuante. En el JFK, los pasajeros se agolpaban formando dos colas: una para los americanos, otra para los extranjeros. A todos ellos se les hacía pasar por la taquilla para revisar sus documentos. Pedro mostró los suyos a una empleada de rasgos asiáticos que se lo devolvió con una amplia sonrisa y le dio la bienvenida a su ciudad.

Allí estaba con sus maletas respirando el aire cálido de la Gran Manzana, admirando los enormes rascacielos y el rápido deambular de sus gentes.

Iría a la dirección del Hotel proporcionado por el Consulado Mexicano y luego pensaría que hacer por la tarde. Tenía muchos planes en mente entre otros coger un auto de alquiler. Se moría de ganas por ver de cerca la estatua de la libertad en isla Liberty: una estructura cimentada en hormigón armado formada por nada menos que 192 escalones y coronada por siete rayos cada uno de los cuales, representaba los siete mares y océanos del mundo. ¡Bendito regalo de los franceses a la revolución americana!

A continuación comería en alguna hamburguesería dentro de la ruta turística que había previsto. Había tantos sitios que quería conocer: Times Square, Central Park, la Quinta Avenida...

¡Dios! ¡Que sensación de libertad más hermosa!

Sin embargo, algo ensombrecía su presente felicidad, el pensar que al día siguiente, debía acudir al banco. Se visualizó a si mismo llegando a la ventanilla donde el funcionario de turno, algo escamado, comprobaría al dedillo toda su documentación y se dirigiría con mucho disimulo al despacho del gerente para preguntarle si sería acertado o no denegar a aquel mexicano la cantidad solicitada. Diariamente se cometían muchos atracos y timos. La desconfianza era el pan de cada día en el país de las oportunidades.

Pedro sabía que pasaría un mal trago cuando llegase ese momento pero ahora, lo más importante era disfrutar de todos los encantos que aquella ciudad le mostraba y que no había visto salvo en fotografías.

Tarde en la noche, dejó caer el maletín lleno de billetes al lado de su equipaje. Se tumbó desnudo sobre la cama sin deshacerla, perplejo ante lo fácil que había resultado. Era como si su amigo Cristóbal presintiendo su muerte hubiera dejado todos los cabos bien atados. Al parecer los empleados y el director de la Sucursal ya estaban al corriente de su visita y parecían deseosos de librarse cuanto antes de aquella importante suma de dinero.

Nada había sido como él esperaba. Pensando en los acontecimientos del día le invadió un sueño pesado.

Formas sin definir venían a su mente como un halo rosa con un agujero en el centro.

Poco a poco las formas empezaron a definirse en objetos cotidianos.

Habían pasado algunas horas cuando de repente un gran estruendo hizo que abriese los ojos. Se asomó a la

ventana y observó una enorme nube de polvo y gente que huía en todas direcciones. Fue entonces cuando sonaron los altavoces de la habitación anunciando una situación de emergencia y el aviso de desalojo ordenado del edificio.

Preso del nerviosismo, se puso el pantalón como pudo, los zapatos a medio atar y la primera camiseta que encontró más a mano. Cogió también su maletín. Eso era tan importante, que antes preferiría ir desnudo que olvidárselo y se dirigió velozmente desde la habitación 557 ubicada al fondo de un largo pasillo hasta la zona central donde estaban los ascensores.

Los altavoces del hotel anunciaban la necesidad de evitar los ascensores por temor a posibles cortes eléctricos y aconsejaban el uso ordenado por las escaleras.

La gente arremolinada, presa del pánico se refugiaba en los pasillos y escuchaba mensajes apelando a la calma.

Alcanzó la calle.

Percibía un olor rancio y fuerte similar al del plástico quemado. Aquí, la gente ya huía sin orden ni concierto.

Las sirenas de los coches de la policía y las ambulancias sonaban enloquecidas. Se notaba en el ambiente la extraña sensación de haber recibido un fuerte impacto por sorpresa y mucho, mucho nerviosismo.

Oyó comentar a una mujer que corría a su lado, que el World Trade Center había caído mientras, un hombre con una brecha en la cabeza añadía que también la otra torre, al parecer, porque un avión se había estrellado. Ninguno de ellos había visto la caída de ambas torres sino que se habían enterado por los comentarios de la multitud despavorida y la gran afluencia de coches patrulla y bomberos en la zona.

Por los andenes del metro la gente huía en desbandada.

Fue en ese preciso momento cuando la vio.

El bellísimo animal se encontraba detenido sobre un poste a tan solo 100 metros de distancia solo que en esta

ocasión no se trataba de un sueño sino algo real. Los ojos hermosísimos del ave rapaz parecieron escrutarle desde lo alto.

De pronto, alzó su majestuoso vuelo y le conminó a seguirle volando en picado hacia la boca del metro. De alguna extraña forma, sabía que tenía que seguirla así que corrió en una dirección opuesta a la que tomaba la gente en su huida desesperada.

Cuando alcanzó finalmente las taquillas, las escaleras mecánicas se detuvieron y a continuación se escuchó un zumbido similar al que producen las polillas al chocar contra una bombilla, solo que muchísimo más intenso.

Señal inequívoca de que el sistema eléctrico había fallado y se había activado el de emergencia que dejó sumido el metro en la penumbra.

Ya casi no se veía a nadie, los últimos rezagados se agrupaban en las escaleras paradas del pasillo de subida.

Abajo, en una de las paredes podía verse un enorme grafiti que decía en letras en rojo muy vivo sobre un fondo celeste:

PAZ EN LA TIERRA, JUSTICIA PARA LOS POBRES

Apoyado contra ella, un anciano apenas arropado por un abrigo de roída lana negra que por su aspecto debía tener tantos años como su dueño, le invitó a acercarse.

En el suelo, a su lado, un viejo pañuelo rosa guardaba celosamente unos mendrugos de pan. Los mendrugos se habían volcado y el águila comía mansamente de ellos.

–Hola abuelo. –Se dirigió a él en su idioma arrodillándose a su lado–. Están evacuando el metro. Ha ocurrido algo terrible y usted debe salir de aquí conmigo cuanto antes.

El anciano, sentado con la espalda apoyada en la pared y los brazos y piernas muy abiertos, como si estuviese muy cansado, abrió desmesuradamente los ojos, pero no dijo nada y dejó caer la cabeza dormitando.

–Algo me ha conducido a este lugar. –Explicó confuso Pedro–. No comprendo el motivo. Tal vez sea el águila. Ella me ha traído a usted. ¿Se encuentra bien, anciano?

–Sí. –Alzó de pronto hacia él sus desvaídos ojos azules–. Le he estado esperando desde hace mucho tiempo, ahora sé que es usted, mexicano.

Pedro le dirigió una amplia sonrisa burlona. No sabía porque le había llamado mexicano. Debía haberlo dicho al azar o tal vez fuera algo en su aspecto que le delataba.

–¿Bonita águila, no –continuó diciendo–? Pero es un extraño sitio para un animal tan bello. ¿Es suyo? ¡Bueno! ¿Va a levantarse solo o permite que yo le ayude? ¡No pienso dejarle aquí en estas condiciones así que será por las buenas o por las malas!

Viendo que el viejo no respondía, Pedro acabó perdiendo la calma. Recordaba que aquel tipo le había seguido esa misma mañana cuando visitaba la catedral de San Patricio aunque no era un buen momento para hacerle reproches. La vida de ambos corría un serio peligro.

–¡Vayámonos! –Le tendió una mano suplicante– ¡Antes que se haga tarde para ambos.

El viejo agarró la mano que le tendía y opuso resistencia con todo el peso de su cuerpo haciendo que Pedro se viese imposibilitado para levantarle.

–¡Oiga! –Dijo sin poder aguantar más–. ¡No sé porque lo hace! Hace días que me pisa los talones. La primera vez fue en Central Park al lado de aquel saxofonista borracho y también hoy por la mañana en San Patricio. ¿Era usted quien daba de comer a las palomas, no es cierto? Aún así es tarde para pelearnos. El metro está casi vacío y si yo no le ayudo a salir de aquí, pronto será historia.

–No sé que dices muchacho. –Le ignoró dedicando una mirada cariñosa al águila–. Probablemente me conozcas pero yo nunca te he visto en toda mi vida así que lárgate, pesado y déjame en paz. ¿Quién ha dicho que necesito ayuda?

–Usted verá lo que hace –admitió Pedro dándose por vencido–. Ya no puedo más. ¡Es usted insoportable! ¡Me largo! ¡Ahí se queda!

Ya iba a marcharse cuando la voz lastimosa del viejo sonó a su espalda.

–¡Espera mexicano! –alzó una mano arrugada llena de anillos–¡Espera! ¡Por favor! ¡No te vayas! ¡No pretendía exasperarte! Tienes razón. Esta mañana en la Catedral de San Patricio era yo quien daba de comer a esas malditas palomas y también te seguí por Central Park el otro día. Seguí tus pasos también hacia ese banco del que saliste con un maletín en dirección a tu hotel. Sí, lo hice, fue porque no sabía como acercarme a ti para darte esto.

Apartó un sombrero de paja coloreada que tenía al lado, extrañamente nuevo en comparación con el resto de su indumentaria y buscó dentro del bolso interior de su abrigo verde de lana, una llave y un papel doblado de aspecto muy sucio. Le tendió a Pedro con urgencia ambos objetos como si estos, le abrasasen las manos.

Pedro miró primero al viejo y luego al papel y la reluciente llave. Cogió el papel con un cierto reparo y se guardó la llave en el bolsillo. Desplegó la nota para ver que contenía. Había un extraño poema:

*"La razón de la vida está en el corazón del hombre.*
*Donde nada es tangible el amor crece.*
*El suelo sobre el que han de construirse*
*los cimientos de la razón son el amor*
*porque el amor hace que la vida valga la pena.*
*El amor hace que seas respetuoso con la vida*
*es por él que todo cobra sentido".*

906 580 5th # 407, New York. NY.

Luego, seguían unos extraños dibujos parecidos a jeroglíficos similares a los trazos que su abuelo hacía sobre

la arena cuando Pedro era muy niño para mostrarle como eran los animales: Un águila, un delfín, un cordero, un escorpión, un búho, una yegua blanca, una mariposa y un pingüino muy extraño. No sabía porqué, la presencia de ese último dibujo no le sorprendió, por alguna extraña razón aquel extraño animal parecía perseguirle.

Pedro miró la llave plateada y los números al pie del poema y cayó en la cuenta que únicamente podía tratarse de un apartado postal aunque no entendía porque aquella llave llegaba a él de manos de aquel extraño. El contenido de aquel buzón le causaba mucha más inquietud. Como si leyese sus pensamientos el anciano había alzado los ojos y le decía ahora con voz más amable:

–Son tiempos difíciles mexicano. Intenta comprenderme. Busca entre todos ellos al último ser de la lista y tendrás la clave para salvarnos a todos, incluido el ser humano. En cuanto el hombre al que buscas vive en la soledad del desierto y su corazón aún no ha sido corrompido.

Tal vez nos veamos en otro momento. –Resolló y se llevó una mano al pecho como si un terrible dolor lo oprimiera– ¡Vete! ¡El fin está cerca, pero la sabiduría de un viejo te acompaña. Y ¡Recuerda! ¡Recuérdalo siempre mexicano!

¡El universo conspira!

No dijo más. Quedó allí silencioso con los ojos muy abiertos y de pronto dejó de respirar. Pedro le cogió la muñeca y le tomó el pulso. Aquel anciano, parecía haber fallecido y él, no podía continuar a su lado para ver si aún le quedaba un soplo de vida. Ya había perdido demasiado tiempo.

Guardó el papel en su bolso junto a la llave, aunque en un primer momento, pensó en arrojar ambos objetos a una papelera. No supo porqué lo hacía. Era como un vago presentimiento de que si se liberaba de ambos objetos, la vida de aquel indigente, no habría servido para nada.

No supo cuanto tiempo había transcurrido observándole. Le cerró los ojos misericordiosamente con una mano y rezó

por él una muda plegaria cristiana que su padre adoptivo le había enseñado siendo adolescente mientras observaba fascinado el quejido del águila que emprendía el vuelo llevándolo lejos del viejo y de aquel lugar.

Tenía que salir de allí de inmediato, eso lo sabía, pero no acababa de encajar lo que ocurría. ¿Por qué la gente huía en todas direcciones? ¿En que consistía la emergencia? ¿Por qué el viejo había citado aquella frase tan típica de su finado amigo?

¿"Todo el universo conspira"?

Salió a la calle e intentó llamar por teléfono desde una cabina pero los teléfonos en esa parte de la ciudad no funcionaban y las calles estaban casi desiertas. El águila había desaparecido en algún lugar que él no acertaba a divisar.

Pensando en lo extraño de la situación, encaminó sus pasos hacia el hotel que no andaba lejos. Cuando llegó un nutrido grupo de personas se agolpaban en el hall.

El recepcionista les puso al tanto de lo que había ocurrido. Les contó que se había sabido hacia muy poco. (No se trataba de un terremoto ni de un accidente aéreo como se dijo en un principio sino de un terrible atentado en el que seguramente habrían perecido muchísimas personas). El daño era incalculable de momento, ya que aún no sabía cuanta gente podía haber perecido bajo los escombros. Algunos lloraban de impotencia y la gran mayoría, sobrecogidos, miraban las imágenes en la tele como si no fuesen reales y se tratase de una película.

Sucede que cuando la vida te golpea con tanta dureza solo el que sufre el golpe es el que carece de rencor. Nos quedamos conmocionados como si nuestro mundo perdiese sus cimientos y estamos tan asustados y doloridos que por un momento, olvidamos nuestro propio dolor para contemplar el ajeno. Es en ese único momento cuando logramos sobrevivir a nuestro propio caos y horror.

Después de un tiempo, el dolor se suaviza como el viento del desierto modela las dunas...

Dicen que este mundo es la cuna de la humanidad pero se equivocan, porque eso que llaman "Humano" no es el destino del mundo. Los seres que pueblan este hermoso planeta azul son igualmente dueños que "ellos". Incluso la inteligencia no es patrimonio de una sola especie.

Existen civilizaciones no humanas, organizaciones de seres que responden con inteligencia e incluso mejor integración al medio que todos nosotros. Si entendiésemos como inteligencia la integración con la naturaleza y la comprensión humilde del mundo, empezaríamos a ver con otros ojos a animales como las ovejas o las hormigas y les dotaríamos de eso, que los humanos llamamos inteligencia.

Entonces: ¿Por qué hemos de sentirnos dueños de nuestro destino y del de esos animales?

¿Por qué ese afán en destruir y esa avaricia por adelantarnos a todos los demás seres?

La inteligencia exige responsabilidad, conocer las consecuencias de los actos y el control de estos. Debemos cuidar el mundo porque tenemos capacidad para destruirlo. Y si no cuidamos el mundo habremos demostrado no merecer ni el conocimiento ni la inteligencia que se nos presupone.

Muchas veces las personas sueñan que son perseguidas y en su huida alzan el vuelo con sus perseguidores siguiéndoles los pasos. Nunca pueden ir demasiado lejos, la gran mayoría no puede atravesar océanos ni alcanzar otros continentes pues siempre hay algo que hace que despierten cuando están a punto de ser alcanzados y convertidos en presa.

Por eso quizá no pueden comprender al águila perseguida.

Saben, tal vez porque alguien les contó que algunas deben volar muy lejos solo para encontrar un único lugar donde anidar o comer.

Pero no experimentan esa sensación de enorme libertad que da volar entre las nubes únicamente con el silbido del viento rozando las alas.

No debe haber nada que lo iguale. ¡Volar vertiginosamente sobre las nubes en medio de una noche de luna llena colmada de estrellas y silencio! Silencio, porque las plumas amortiguan la fricción de las plumas contra el aire.

Sólo un alma libre puede comprender el mundo y el universo.

Por ese motivo deberíamos ser libres y humildes como el águila.

Una ciudad conmocionada y un enorme caos...

Las sirenas no cesaron de sonar en todo el día. Pedro sabía que tenía que reponerse al dolor de toda aquella sinrazón y realizar el encargo de su amigo.

Algo en su interior le animaba que pese a lo negro de aquellos días, el mundo aún tenía esperanzas.

Por esa razón, aquella mañana se vistió con su mejor traje para acudir a la estafeta de correos con la llave y el papel que aquel viejo le había entregado el otro día en el metro.

Podría ser que el buzón estuviese vacío o que el viejo estuviese realmente loco pero no perdía nada por intentarlo

–¿Apartado 906?

Pedro caminó con paso firme intentando enmascarar su miedo.

El empleado comía un bocadillo grasiento en esos momentos. Con gesto cansino, sin mostrar excesiva curiosidad alzó un dedo para indicar que se trataba del quinto buzón empezando por la izquierda.

Se dirigió allí con aplomo. Volvió varias veces la vista al encargado que le estaba mirando con descaro.

Las manos de Pedro temblaron ligeramente al introducir la llave en la cerradura. ¿Y si sospechaba algo? ¿Y si aquel

hombre se daba cuenta que no era la misma persona que día a día entraba allí a comprobar su correo? Por otra parte: ¿Y si la llave pertenecía a un buzón equivocado? ¿O simplemente los números de la poesía del viejo no significaban nada?

Se le escapó un suspiro de alivio cuando vio que se acoplaba perfectamente y giraba sin dificultad alguna.

Volvió a mirar al empleado, seguía comiendo su bocadillo y había vuelto la vista a su lectura.

Introdujo la mano dentro del buzón y extrajo un sobre. Rasgó con cuidado el papel y extrajo de él algo que parecía la fotocopia de un mapa antiguo. Guardó el sobre vacío sin ninguna inscripción en su bolsillo y dio la vuelta a la hoja para mirarla. En el reverso del mapa estaba la poesía que el viejo había escrito con el mismo trazo y mucho más limpia.

Pero todo era confuso. En el pie de la nota decía:

"Busca en el desierto de Nefud... Allí encontrarás a tu hombre".

Como si fuese un presagio de aquella noche fatídica, Pedro soñó con el mapamundi de hermosa policromía dibujado en la fotocopia. Solo que este mapa, estaba mucho más ampliado y se asemejaba a aquellos que un día hubieron de utilizar los marinos antiguos. Sobre él rezaba una inscripción en latín.

Esa noche soñó que ese mapa de bella policromía. Estaba en lo que parecía ser la trastienda de una tienda de libros.

Lo más sorprendente, es que allí, en aquella oscuridad, sobre una mesa de madera de roble a rebosar de papeles, descansaba un águila gris hermosísima. Era tan real que no necesitaba tocarla para sentir en sus dedos el suave contacto de sus plumas.

El silencio era perturbador. ¿Qué hacía allí parada? ¿Aguardaba algo? ¿Trataba de transmitirle algún mensaje venido desde el mundo de los espíritus?

Los antepasados de Pedro creían en esas cosas...

Lo que más sorprendía sin duda, es que le acompañase últimamente a todas partes y no solo en sus sueños, también en la boca del metro, en su habitación, posada en los carteles publicitarios y en muchas, muchas otras zonas de la ciudad.

De pronto aquella águila surgida de su mundo onírico se había materializado para seguirle donde quiera que fuese.

Ese, era el principal motivo por el que desde entonces, dejaba su ventana abierta al gran Espíritu, para facilitarle la entrada.

# XV

*"La vida no se puede comprar con dinero".*

Bob Marley

Maletín en mano, se disponía a coger un taxi que le llevase a la estación de autobuses. Preocupado por los acontecimientos del 11 de septiembre, solo le bullía una idea en la cabeza, volver a casa cuanto antes y olvidar la búsqueda del hijo de Cristóbal y el mensaje sin sentido que había hallado en un apartado de correos proporcionado por un viejo loco en el Metro.

Una vez se hubo acomodado en el asiento de atrás, comentó con el taxista su experiencia durante aquel aciago día aunque no le dio demasiados detalles sobre el anciano indigente, el águila y los motivos de su estancia en NY.

De pronto se produjo un embotellamiento en una intersección frente a un semáforo. Aún había bastante distancia de seguridad entre un coche y otro pero el taxista, frenó bruscamente provocando con su reacción una avalancha de cláxones e insultos.

–¿Qué te pasa negrata? –Le increpó un gordo ejecutivo sacando la cabeza por la ventanilla– ¿Es que te dieron el carné en una rifa?

–¡Será capullo! –Indignado, el taxista sacó un dedo por la ventanilla e hizo con él un gesto tan obsceno que Pedro no podría repetir–. ¡Claro que sé conducir. – Gritó por la

ventanilla–. Y todo tipo de vehículos incluso ambulancias, para que lo sepas chalado. ¿Has conducido tú alguna ambulancia en tu puta vida? ¡Será cabrón el tipo!

–¿Qué pasa? –Se sobresaltó Pedro en el asiento de atrás, que por un momento se había quedado transpuesto– ¿Por qué discuten ustedes dos?

El taxista, un hombre negro con aires de rastafari giró la cabeza y le fulminó con la mirada. Sin dejar de mascar chicle señaló cabreado unos coches más atrás reflejados en el espejo retrovisor:

–Hermano. Me da igual lo que diga ese gordo. ¿Ha visto ese Chevrolet Corvette color negro? Pues si mi vista no me engaña creo que nos sigue. Así que dígame que hago: paro y les da usted los buenos días como el hombre educado que es o por el contrario sacamos rápidamente de aquí nuestros culos. Usted elige, caballero.

–¡Dígamelo usted! –tragó saliva asustado– ¿Qué haría en mi caso?

–¡Ah, vaya! ¡Sabía que este no iba a ser un día tranquilo parra mi! –Llevó una mano a la guantera para extraer una cinta de música y lanzó un suspiro de alivio: –¡El cliente siempre tiene la razón! ¡Sí señor! ¡Así que brother abróchese el cinturón y disfrute con el bueno de Bob porque la función va a dar comienzo!

El semáforo se abrió para ellos. El taxista aceleró con la misma brusquedad con que minutos antes había frenado y derrapó seguido muy de cerca por el misterioso Chevrolet Corvette. Durante la persecución, se produjeron varios derrapes y choques, pero ningún atropello, solo algunos puestos callejeros resultaron dañados aunque no, de forma importante.

Aquel hombre era un peligro en la carretera. Pedro ya no sabía si es que era que conducía francamente mal o por el contrario estaba ante un experto en rallyes. Temía morir.

–¿De veras conducía usted ambulancias? –Alzó la voz para poder ser oído a través de la música y volvió atrás la cabeza para ver al Chevrolet Corvette que no les seguía muy de lejos.

Tarareando una canción del rey del Reague y sin soltar las manos del volante torció la cabeza para mirarle y esbozó una enorme sonrisa digna de un anuncio dentífrico.

–¿Está loco hermano? –Rió con sorna– ¿Usted ve a un negrata como yo conduciendo ambulancias? ¡No hermano! ¡No! ¡Me crié en el Bronx y por eso soy un experto en fugas! ¿Quiere saber a que me dedicaba antes de ser taxista? Mi especialidad era robar coches y entablar carreras con los polis. ¡Qué tiempos aquellos! ¿Eh? Ahora lo he dejado y se puede decir que soy un hombre completamente reformado. Jesús me condujo por el buen camino. Es buenísima la música ¿Eh, brother?

Pedro se sintió algo incómodo y se retrepó en su asiento acobardado. Se aclaró la garganta y señaló la carretera:

–¡Sí! ¡Sí! ¡Muy buena la música! Está usted más loco que una cabra pero vuelva la vista adelante o nos la vamos a pegar contra esa furgoneta.

–¡Bueno! –Aminoró la velocidad y dejó que el vehículo que venía detrás le adelantase–. Parece que los hemos despistado. Buscaré un sitio para aparcar. Baje por ahí. –Abrió la ventanilla del coche y señaló con un dedo– todo recto hasta la calle principal y justo enfrente hallará su estación de autobuses. No se fíe de nadie ni tan siquiera de mí. Hoy en día nadie es lo que aparenta. Son tiempos difíciles para todos. –¿Vamos? le alentó.

Le abrió la puerta para que bajara ante un cruce de calles.

Pedro abrió su cartera con la intención de pagar el viaje. No había extraído un billete de su cartera cuando oyó que el taxista le decía:

–A propósito. También le mentí. Tampoco soy taxista y ni conduzco ambulancias ni soy un ladrón de coches. ¡Cuídese amigo! ¡Que tenga un buen día!

Pedro se quedó de un palmo de narices viendo como el coche se perdía a una velocidad de vértigo al doblar una esquina. Aún regurgitaba las patatas y el bistec que había tomado horas antes en el hotel y le temblaban las piernas. Ahora más que nunca sabía que debía abandonar aquella ciudad como fuera porque había en ella un peligro en ciernes.

Si había algo en el mundo que quisiera más en aquellos instantes era saberse fuera de aquel embrollo junto a su esposa y su hija. No sabía quienes podían ser los hombres que le perseguían y tampoco quería quedarse demasiado tiempo a averiguarlo pues era evidente que no tenían buenas intenciones. ¿Por qué le seguían? ¿Tal vez tenía algo que ver con su maletín?

Estaba maldiciendo el día en que tomó aquel vuelo para abandonar su vida feliz y sencilla, cuando de pronto, una tienda de libros antiguos reclamó su atención. Aferró con más fuerza su dinero y se detuvo ante el escaparate. La tienda se llamaba The Liberty of the Wizard. El cristal estaba medio roto a consecuencia de las piedras de algún gamberro o un intento de hurto. Aún así algunos libros se habían salvado del expolio. Leía los títulos con curiosidad cuando vio cruzar la sombra del águila por el cristal. Al volverse, la calle permanecía vacía, a excepción de unos niños que jugaban al fondo de uno de los callejones laterales y una anciana cargada de bolsas de la compra que acababa de entrar con muchas prisas en un portal.

–¡Márchate! ¡Márchate rápido! –Suplicó una y otra vez una voz que no parecía humana de la garganta del águila.

Hizo caso omiso al mensaje pues pensó que no iba dirigido a él, sino a alguno de los niños que había visto jugar al fondo del callejón incluso, a la viejecita que acababa de entrar cubierta de bolsas. Volvió la vista al escaparate roto y continuó observando los libros pero esta vez, un hálito frío recorrió su cuello y la visión del águila le paralizó.

–¡Demasiado tarde, te lo advertí! ¡Demasiado tarde! –Clamó la voz gélida– ¡Ahora van a por ti! ¡Adiós!

Cuando quiso volverse, tres hombres corpulentos de traje gris aparecieron uno a cada lado y le sujetaron fuertemente de los brazos, un tercero, le golpea con la culata de la pistola haciendo que sus piernas se doblasen como si fuesen de goma. Cayó al suelo sin conocimiento.

Despertó con un fuerte dolor de cabeza y una gran sequedad de boca como si tuviese resaca. ¿Quién había apagado la luz? ¿Dónde se encontraba?

Todo estaba oscuro.

Lo habían sentado en una silla. El maletín con el dinero, había desaparecido y aquel lugar tan lóbrego parecía un sótano. Intentó llevarse una mano a las sienes doloridas para descubrir con horror que había sido atado de pies y manos. Quiso gritar pero solo se oyó a sí mismo en la oscuridad emitiendo un agudo chillido similar al de un roedor a través de la boca enmudecida con cinta aislante. ¡Tengo que pensar! ¡Tengo que pensar! –Se dijo a punto de perder la cordura.

Se impulsó dando pequeños saltos y balanceándose suavemente al principio, para coger luego más fuerza hasta conseguir abatir la silla. El impacto contra el suelo fue tremendo. Si antes le dolía la cabeza, a toda su retahíla de desdichas venía a unirse la sensación de haberse roto una costilla y algunos dientes.

De pronto se encendió un foco de luz blanca cegadora y tres hombres, cruzaron silenciosos la sala, dos de ellos vestidos de civiles y uno de militar. En aquella habitación, no había más mobiliario que la silla que en aquellos momentos, aparecía con él, volcada en el suelo.

–¡Levántele soldado! Ordenó inmediatamente un hombre vestido con un traje militar lleno de galones y condecoraciones–. Y de paso quítele la mordaza para que pueda responder a algunas de nuestras preguntas.

El soldado, se cuadró ante su superior y se dispuso a levantar a la silla y a su ocupante. Una vez lo hubo conseguido, arrancó sin la menor consideración la cinta

adhesiva que le cubría la boca. Pedro contuvo un grito de dolor y al ver salir al soldado, preguntó sin resuello:

–¿Estoy detenido? ¿Pero qué he hecho, por el amor de Dios?

Como una bestia enjaulada, el que parecía un general se paseó de un lado a otro dirigiendo una mirada dubitativa a su acompañante. Este último, muy alto, le recordaba a Pedro al actor que había visto en la película "Bailando con lobos" y cuyo nombre no podía recordar ahora. Vestía un traje de Armani y por la expresión de su rostro bien podría decirse que no estaba de acuerdo con las tácticas de su socio. Pero estaba allí y eso no le hacía menos culpable.

–¡Bien! –Empezó a decir el hombre lleno de condecoraciones–. Empecemos por presentarnos. Mi nombre es general O´Flaherty y este que ve aquí es el señor W. Por supuesto no son nuestros nombres verdaderos, especialmente el suyo –dijo dirigiéndose a W– pero es lo único que necesita saber de nosotros. ¿Y usted es...?

Pedro frunció los labios y musitó su verdadero nombre navajo.

Aquello debió sacar de quicio a O´Flaherty que comenzó a abofetearlo sin sentido bajo la atenta mirada del señor W.

–¿Es necesario esto?–Le recriminó el señor W con gesto de repugnancia al ver la sangre y añadió–. No he venido aquí para ver como mata a golpes en la cara ante mis ojos al mensajero, general O´Flaherty.

Un poco incómodo, el que se llamaba W, le mostró su sonrisa más amable al tiempo que le soltaba las manos y le tendía un pañuelo de papel para limpiarse las heridas.

En ese momento, Pedro pensó en lanzarse contra él, pero le retuvo ver que todos llevaban armas. Sus posibilidades de salir con vida eran nulas.

–¡Está bien! ¡Vamos a ser claros de una vez señor –como se llame!– Está usted en una instalación militar secreta.

Nadie sabe de su permanencia aquí así que no está sujeto al amparo de ninguna legislación. Por tanto, mi amigo el general, podría volarle los sesos ahora mismo y nadie se enteraría. Tan solo le pido una cosa. Solo una y es que me diga su verdadero nombre. No ese absurdo nombre de piel roja, sino su verdadero nombre, el nombre por el que todos le conocen.

Ahora Pedro sí comenzó a sentir verdadero pánico.

–Mi… ¿Mi verdadero nombre? –Titubeó angustiado.

–¡Sí! –Casi gritó el general–. Águila gris no es ningún nombre. Hable de una vez, maldito juro que le…

W hizo un gesto con la mano pidiéndole al general un poco de sensatez y menos violencia.

–¡Ya se lo he dicho maldita sea! Ese es mi verdadero nombre navajo! Me lo cambié hace años por Pedro. ¡Pedro Vargas Rovira! Esos son los apellidos que me dieron mis padres adoptivos. Mi verdadera madre murió en el parto, ella no era navaja. Viví con mi abuelo y mi padre hasta que mi padre fue nombrado para ir a filas. Al morir ambos, pasé por distintos correccionales y hogares de acogida hasta que finalmente la familia Vargas–Rovira me aceptó como su hijo. Mi verdadero nombre es Águila gris aunque todos me llaman Pedro, Pedro Vargas ¿Qué más quieren saber de mí, cerdos desgraciados?

–¿A que vino a Nueva York? –Demandó W que se parecía al actor de bailando con lobos arrodillándose a su lado y apoyando sus codos sobre las piernas de Pedro– ¿Negocios? ¿Placer? ¡Vamos! ¡Hable! ¡No se cohíba!

Pedro le miró brevemente y luego se volvió hacia el general. Aguantó la presión sin pestañear. Aún no sabía que pretendían aquellos dos pero diría cuanto quisiesen oír si con ello lograba salvar su pellejo.

Al cabo de unos segundos se atrevió a decir:

–Un buen amigo mío que estaba muy enfermo me pidió que buscara a su hijo en la ciudad. Quería despedirse de él

pero no fue posible pues murió antes que yo pudiese cumplir su deseo. Por ese motivo, regresaba a casa cuando ustedes me apresaron. ¡Yo no sé lo que buscan pero prometo que no tengo nada que ver con eso! ¡Haré todo cuanto me pidan! ¡No le hablaré a nadie de la tortura a la que me han sometido ni les mentaré este lugar!

–¿Y el maletín? –Escupió el general– ¿Para que quería el maletín? ¡Hable! ¡Escoria!

Pedro no supo muy bien que decir. En realidad ni él mismo lo sabía. Había tomado un dinero al que no le veía ninguna utilidad ya que no había logrado dar con el paradero del hijo de Cristóbal.

–O´Flaherty –Intercedió suavemente W, el doble de Kevin Kostner, dirigiendo una mirada lastimosa. ¿No cree que se está pasando con su métodos? ¿Por qué no somos un poco más civilizados y...?

–¡Cállese W! –Le contradijo el general sin dejar que éste acabase la frase–. A estas horas tenemos un grupo de fanáticos islámicos autores de uno de los mayores desastres de la historia y la amenaza del ántrax viviendo en cada esquina. Este hombre vino a la ciudad por razones francamente sospechosas. Sacó una ingente cantidad de dinero de una sucursal bancaria probablemente para pagar a alguno de esos terroristas que destruyeron el World Trade Centre. Y por otro lado están los seguidores de esa secta a la que usted busca. ¿Cree que podemos dormir tranquilos hasta que esta situación no se resuelva?

Aunque no le gustasen sus métodos, W tenía que reconocer a su pesar, que el general tenía razón.

–Dudo que este hombre tenga alguna conexión con el grupo islámico ni con ese grupo sectario: los adramitas. –Aseveró observando a Pedro con mayor interés–. Dígame Señor Vargas ¿Qué sabe usted de los Adramitas? ¿Ha oído hablar alguna vez de ellos?

Confuso, lo negó. Aunque le mataran a golpes nunca podría decir donde había oído tal nombre.

–¿La Arabia Feliz? –Le ayudó el Señor W levemente esperanzado– ¿Le sugiere algo? Le pido por favor que se muestre colaborador. Es la única forma de que yo pueda ayudarle a salir con vida de aquí.

Pedro negó una vez más. No le sonaban ni los adramitas ni la Arabia feliz. ¿Qué diablos pretendían de él? ¿Qué mintiera?

–No lo sé. –Respondió con un hilo de voz–. No sé lo que son los adramitas, ni la Arabia Feliz, pero no sé por qué presiento que va a contármelo.

–¡Bien! –Se resignó el señor W encendiendo un cigarrillo–. En efecto, voy a contarle una historia. Escúchela atentamente porque de no ser así me veré obligado a dejarle a solas con el general y me imagino que usted no querrá eso. ¿Verdad, muchachote?

Le dio unas palmadas en la espalda.

Pedro miró aterrorizado al general sin saber que decir.

–En el Corán. –Empezó W– se habla de una ciudad llamada Ubar. Para que usted me entienda, se trata de una especie de Atlántida del desierto. Cuenta la leyenda que los habitantes de Ubar contradijeron al profeta enviado por Dios y que éste indignado envió un viento gélido que sepultó a sus gentes por toda la eternidad bajo capas y capas de arena. Esa ciudad se caracteriza por su brillo y este detalle ha coincidido con la aparición actual de unas misteriosas luces en el desierto del Nefud.

Pedro se sobresaltó con las recientes palabras escritas en el mapamundi repiqueteando aún en sus oídos: “Busca una caravana en el desierto del Nefud allí encontrarás a tu hombre”.

Preso del nerviosismo se llevó la mano a su bolsillo para comprobar con terror que la llave y la fotocopia del mapa habían desaparecido.

Ajeno a sus cavilaciones el señor W continuaba hablando.

–Remontándonos al tiempo, señor Pedro Rovira, le diré que hubo un arqueólogo llamado Clap que descubrió unas ruinas en el Sur de la península Arábiga. Su hallazgo, sin duda fue importante aunque, nosotros, es decir, mi organización y yo, teníamos fundadas sospechas de que de ningún modo aquellas ruinas pertenecían a esa Arabia Feliz que Berthan Thomas nombraba en sus libros.

–¿Y por qué me cuenta todo esto, nazi hijo de puta? –Pegó una patada al aire y escupió un cuajaron de sangre– ¿Qué me importa a mí esa majadería de ese tal Berthan Thomas ni esa Arabia Feliz?

–¡Debería interesarle! –Apuntó W– ¡Así que mantenga la boca cerrada y sin insultos y déjeme continuar!– ¡Bien! Se preguntará porque mi organización y yo comenzamos a sospechar que la ciudad hallada en el Sur de Arabia no era sino una burda copia de la ciudad que buscábamos.

Hace muchos años la organización para la que trabajo, más concretamente mi abuelo, un alto jefe del ejército, seguía en sus pesquisas a un campamento Nómada. Se trataba de saber la verdad que podía encontrarse tras una leyenda.

Por entonces, yo aún ni había nacido pero, con el paso de los años, me hice eco de la noticia, y empecé a seguir la tradición familiar de aquella infructuosa búsqueda hasta la pista de una secta neoyorquina que se hacían llamar a sí mismos los adramitas, legítimos descendientes del pueblo de Ad, o la Atlántida de las arenas, como usted prefiera llamarla, en otras palabras, los descendientes legítimos de aquella ciudad mítica, el pueblo de Ubar.

El logotipo de su organización era un extraño símbolo que curiosamente se correspondía a los grabados hallados en algunas piedras en ese campamento nómada.

Para descifrar el misterio, utilizamos a uno de nuestros infiltrados en la NASA con intención de financiar la beca postgrado de unos jóvenes geólogos.

Ellos, han descubierto algo sorprendente.

Los símbolos en las piedras del campamento, las tablillas en el fondo marino y la investigación de los geólogos, parecen converger en un punto común.

Pero todo se torció de repente.

Una mujer que trabajaba para nosotros nos traicionó y falsificó esas piezas. La habíamos utilizado para que nos llevase hacia los Adramitas. Teníamos sospechas de que existían como organización pero no sabíamos donde se escondían. Pretendíamos tentarla para que robase las piezas haciéndole creer que ella las había descubierto, en realidad, dicho descubrimientos ya se había producido hacia un año antes en un lugar muy distinto del que luego aparecieron. Nuestro principal objetivo era localizar a los Adramitas e investigar si ellos podían averiguar el contenido de los mensajes grabados en aquellas delgadas láminas de metal, cual era su utilidad, que ventajas podíamos obtener de éstas. Lo único claro para nosotros a través de las investigaciones que habíamos practicado es que aquellas piezas eran engranajes de algo mucho mayor. Tal vez una máquina. Nosotros debíamos encontrar esa máquina.

–Yo no sé nada de sus condenadas piezas. –Se revolvió Pedro en su asiento.

–Yo tampoco –respondió W–. Esta mujer de quien le hablo, nos engañó. Falsificó las piezas y nos pegó el cambiazo. Desapareció un buen día con las verdaderas. Necesitamos saber a donde fue, a quien vio. ¡Sabemos que ella no murió en aquella explosión! ¡Su cadáver nunca apareció!...

–¡Déjeme en paz! –Gimió Pedro– ¡Se equivocan de persona! ¡Yo no sé nada! ¡Soy inocente!

–Bien. –Continúo W ignorando lo que Pedro había dicho–. Registramos exhaustivamente el motel en que se alojaba la mujer y no pudimos encontrar el mínimo rastro de esas valiosísimas piezas de las que le hablo. La investigación nos llevó a una vieja trastienda, lugar de reunión del grupo

“los adramitas”. Allí, en el contestador, la mujer había dejado horas antes un mensaje que advertía a un tal Wilson, de la intención de uno de sus miembros de traicionarles un tal Edward Mc Pherson, apodado “el profesor”.

Sospechamos que alguien de la propia organización pudo haber salvado la vida de esa traidora pues como le digo, en el lugar de la deflagración solo se encontró el cadáver del profesor.

Lo cierto. –Continuó diciendo– es que seguimos investigando y ¡EUREKA! Aunque no encontramos a la chica nos topamos con el señor mendigo, uno de los máximos jefes de los Adramitas, el amigo a quien ella llamaba cariñosamente Wilson y a quien había puesto sobre aviso de nuestras pretensiones.

–¿El mendigo del metro? –Arqueó las cejas perplejo.

–¡Ha dado usted en el clavo! ¡Sí, el mendigo del metro, así es como es conocido en su círculo! ¿Lo conocen?

–Pero ustedes están locos. ¡Ese pobre viejo estaba muerto! ¡Yo le vi morir ante mí!

–Ha dicho usted bien, lo vio. Solo se le paró el corazón durante unos segundos, los suficientes para que nosotros llegásemos y le reanimásemos para así poder sonsacarle la dirección del apartado postal que le había dado a un tal Pedro Vargas Rovira. Al parecer el nombre del que ellos llamaban el mensajero le fue proporcionado al mendigo por un tal Cristóbal Fuentes Salgado el máximo cabecilla de la organización, un hombre escurridizo como un pez. Usted era ese mensajero. Usted entró en un banco y recogió una suma de dinero a nombre de esa persona. Todas las pistas nos conducían a usted.

Pedro asintió con un gesto de mudo terror. Sí, Cristóbal era su amigo. Había asistido a su funeral, en la carta él le pedía que buscase a su hijo.

Sí, señor Pedro Rovira ese el verdadero nombre de ese terrorista a quien durante tantos años ha llamado su amigo.

Tengo entendido que asistió a su entierro y que por encargo suyo, está buscando a su hijo.

No es demasiado importante. Lo que importa es que seguimos sin saber la ubicación de la ciudad y para qué servirán esas tablillas. ¿Usted sabe algo que pueda sernos de utilidad sobre ese vehículo– bomba?

– No. –Dijo Pedro desfallecido–. Les he dicho una y mil veces que no. ¡No sé cómo tengo que decírselo!

–Aunque es un vehículo, se trata de una bomba –Recalcó W–. Una bomba muy poderosa que no sabemos cómo se utiliza. Tenemos que encontrar su ubicación antes de que estalle. Si la encuentra alguien antes que nosotros y la activa, podría provocar una hecatombe nuclear que reduciría nuestro mundo a cenizas. ¿Comprende usted el alcance de nuestra responsabilidad?

Al ver que Pedro seguía sin decir nada continuó:

–Sospechamos que la mujer que nos robó las piezas verdaderas y nos dio el cambiazo sobrevivió a la explosión como le digo. Necesitamos saber por favor, el paradero de esa mujer.

–Dígame Señor W –Le espetó Pedro de repente– ¿Y que le hace pensar que los adramitas tienen en su poder un arma tan poderosa? ¿Qué relación puede haber entre ellos y el atentado del 11 de septiembre para decidir que también ellos son unos terroristas?

–¡Sin duda ninguna! –Reconoció W–. De hecho no creo que los adramitas tengan ninguna implicación en este asunto. Nuestras sospechas se centran en un grupo que se llama Al Qaeda.

–Pero usted ha llamado a mi amigo terrorista y que yo sepa, era un buen hombre incapaz de hacerle daño a una mosca.

–Tiene razón. –Admitió W–. Quizá me he excedido con los términos. Pero imagine que los Adramitas tienen esa bomba tan potente y quieran desembarazarse de ella dado el acoso

al que se ven sometidos. Imagínese que caiga en las manos de los mismos que han provocado este caos del World Trade Center y échese a temblar de lo que cualquier país árabe descontento podría hacer con una bomba como esa.

–¿Y que pinto yo en esto? Les he dicho todo cuanto sé. Mi actuación en caso que la hubiera, ha acabado aquí. Ya no les sirvo de nada. ¡Déjenme libre! ¡Yo no sé nada de la Arabia feliz, ni la bomba, ni de sus malditos adramitas, ni de Al Qaeda!

–¡Usted es una pieza importante en este ajedrez y no se hable más! –Intervino el general O´Flaherty apartando a W hacia un lado para agarrar el respaldo de la silla–. ¡Soldado saque al reo de su silla y llévele al coche!

–Sus deseos son órdenes. –Obedeció el soldado que miraba la escena sin pestañear.

Procedieron a vendarle los ojos además de amordazarle y reforzaron las cuerdas de sus muñecas atándolas a la espalda con unas bridas de plástico, similares a las que se usan para atar cables. Después le arrojaron prácticamente al asiento trasero del Chevrolet Corvette aparcado en el fondo del callejón, el mismo Chevrolet que le había seguido en todo momento y del que aquel misterioso taxista negro pretendía salvarle.

Mientras esto sucedía W y el general O´Flaherty quedaban hablando en la nave:

–¿Qué opina general O´Flaherty de todo esto? Parece que no sabe nada. ¿Estaremos en un error al retenerle?

–¿Está loco Señor W? ¿Y permitir que cuente todo lo que sabe? ¡No! ¡Por el amor de Dios! Si no tiene nada que ver no podemos permitirle que vaya largando todo este asunto por ahí y si lo tiene, con mayor motivo debemos esperar que los otros sepan que lo tenemos y muevan ficha. ¡Ahora me voy, mi mujer me espera en casa con una deliciosa tarta de calabaza! Me agradaría que viniese a compartirla con nosotros. Le advierto que es exquisita.

–No gracias –declinó su invitación con una sonrisa–. Tal vez en otra ocasión.

El coche en que iba Pedro, se dirigió bordeando Central Park, atravesó la 7th y 8th avenida y al llegar a la 9th enfiló por lo que parecía ser un túnel que conducía la estatal 495.

Pedro, cegado por la venda no pudo ver el recorrido que hacía el vehículo. Una hora después, cuando se la quitaron y pudo ver, tampoco supo a ciencia cierta donde estaba. Solo que tenían enfrente el rio Hudson donde aguardaba un pequeño hidroavión.

Le dieron un poco de agua y volvieron a sumirle en la oscuridad.

Estaba tan agotado que quedó profundamente dormido…

Cuando despertó, no podía precisar a donde le habían llevado, aunque esta vez, intuía que era un sitio amplio y lleno de luz, aunque vacío, parecía una nave industrial. Alguien encapuchado, le ató una bolsa de tela en la cabeza anudada con una soga al cuello en la que únicamente había una abertura para la boca. Tras aquella abertura le dieron a comer un rancho maloliente y de peor sabor sin responder a ninguna de sus preguntas. Pedro que odiaba la violencia desde niño desconocía las razones de aquella tortura. No tenía ninguna culpa del horrible atentado que había sacudido la ciudad y nada que ver con aquella secta de los adramitas. ¿Por qué no le dejaban libre entonces?

Durante muchos días permaneció allí, a oscuras, cegado por aquella tela de saco que habían colocado sobre su cabeza y que solo le permitía ver sombras. Agradecía cada segundo de luz que había disfrutado durante toda su vida y del que ahora le habían privado. Últimamente, le arrojaban la comida como un perro y él tenía que tantearla en la oscuridad. Solo escuchaba sus pensamientos y los latidos acelerados de su corazón. En esos momentos, Pedro, deseaba desde lo más profundo de su alma que la muerte se apiadase de él.

Comenzó a volverse loco. Comenzó a pensar que él tenía la culpa en los atentados del 11 de septiembre, por no haber hecho lo necesario, por no haber hablado con Cristóbal antes de morir y conocer de su propia boca que no había ningún hijo en el mundo a quien buscar que todo era una farsa. Ya nunca podría encontrar una caravana en el desierto de Nefud. Había caído en la trampa como un insecto cae en la red de una araña ¡Cristóbal! ¡El pacifista!– rió con sorna– aquel con el que hubiese cruzado media América en moto por dar una oportunidad a la paz.

Los días pasaron y un día dejó de luchar. Le trasladaron a una celda más oscura y le quitaron el saco de la cabeza, eso al menos le produjo un poco de alivio. Pasaron los días, los meses, tal vez los años. Abandonó su aspecto no podía ser de otra forma y ahora parecía un Robinsón barbudo que se consolaba soñando con ser un pingüino en la Antártida. Ese paisaje blanco y helado que había visto velado en sus sueños, junto al recuerdo de su hija y su esposa Myriam, las únicas cosas que le mantenían con vida. Y más que nunca, ahora, echaba de menos todas las pequeñas cosas que no había valorado cuando aún estaba a tiempo y que había perdido en su viaje:

El corazón de un niño ya no era nada para él que había perdido su propia inocencia, la sabiduría de un anciano que tenía la culpa de su penosa situación y el amor de un amigo que le había traicionado.

El mundo, la vida en general, se había convertido en una auténtica mierda.

Nadie hizo durante aquel encierro ni una sola pregunta, ni una queja y eso era lo más doloroso de todo. Le proporcionaban comida, un caldero oxidado para hacer sus necesidades y de vez en cuando, entraban a asearle y cambiarle de ropa. Últimamente ni eso. Le dejaban morir de una forma inmisericorde como si fuese el animal más rastrero del mundo. Estaba en los huesos.

¡Dios santo! ¡Que triste, solo y desvalido estaba!

La maldad habita en el corazón de los hombres. Ahora lo sabía.

Atado como un perro a su cadena, escribió con su propia sangre y sus heces en las paredes de su celda que hay personas que odian tanto que darían su vida por no ser privadas de su ira. Hay otras en cambio, a las que no les importan sus semejantes cuyas vidas les parecen menos insignificantes que un triste dólar. ¡El poder! ¡El maldito poder!

La pena de muerte elevada a la máxima potencia que lleva al cadalso a veces a seres inocentes. Pueblos enteros masacrados en nombre de Dios. ¡Qué ironía! ¡Malditos fanáticos! ¡El hombre creyéndose dueño de la vida y la muerte, señor de la creación con potestad para dar y quitar a su antojo!

Y ahora él, ingenuo mexicano condenado, como aquel viejo del metro insistía en llamarle, se detestaba a si mismo con todo su ser. Él, que jamás haría daño a sabiendas, involucrado en un asunto que tal vez había sesgado muchas vidas estaba pagando todo el daño que había hecho y solo esperaba que alguien le librase de ese remordimiento pues ya no podía con semejante carga... Él, culpable de un horrible atentado sin saberlo y. ¿los adramitas? ¿Quiénes eran? Debían tener alguna relación con la matanza. Porque si no: ¿Por qué no venían a buscarle el Coronel O´Flaherty y Sr. W, Bailando con lobos? ¿Por qué se habían olvidado de él de aquella manera? ¿Por qué no le daban el tiro de gracia?

Una mujer encapuchada entró corriendo en la celda y llamó a gritos a dos de sus compañeros. Le quitaron el cuchillo de las manos que había arrebatado en el descuido a uno de los guardias se apresuraron a taponar la hemorragia y marcaron el número de un médico.

Tras recibir una enorme reprimenda por parte del Señor W por permitir que hubiese entrado a la celda un arma blanca, sus modales fueron un poco más amables, pero solo un poco.

A partir de ese día, Pedro ya no volvió a ser el mismo. El tiempo no transcurría. En un cuarto sumido en la oscuridad es fácil perder la noción de su paso.

Ya había olvidado incluso como se llamaba, en que año había nacido su hija o el día más feliz de su vida: cuando se había casado con Myriam.

Ni siquiera la imagen de aquellos pingüinos en aquel lugar desolado conseguía avivar su esperanza.

“Verás una estrella en la lejanía y después un enjambre de ellas. Al final será un mundo hermoso pero no exento de peligros. En ese lugar estamos nosotros. Mira en tu corazón, será como un faro que guíe tus pasos en medio de la oscuridad.

Pero la luz de aquella estrella se había ido apagando poco a poco.

La única pregunta que a veces cobraba algún sentido en medio de la oscuridad que se había cernido era: ¿Por qué? ¿Por qué él? ¿Por qué aún le dejaban seguir viviendo?

En el polo, cuando acaba el invierno, las pocas horas de escasa claridad que quedan se van reduciendo, hasta llegar a noches que duran el día entero, la temperatura baja bruscamente y toda traza de agua, incluido el mismo mar se hiela, los días-noche son fríos y aterradores y la única forma de luz, si uno tiene suerte, es el brillo de las estrellas en los pocos momentos en los que el cielo permanece despejado.

Cuando llega el verano, el día se hace más y más largo, los atardeceres se van retrasando y amanece cada vez más temprano hasta que llega un momento en que durante todo el día el Sol permanece sobre el horizonte en un permanente amanecer que recorre todo el horizonte durante todo el día.

Para una persona alejada del Circulo Polar es difícil de imaginar esas diferencias tan extremas. Durante el verano, te encuentras que no existe la noche y hace un calor que es mas propio de climas cálidos, o en contraste, durante el invierno un frío infernal, sin día, y unas diferencias ilógicas a como es el día y la noche en zonas de la tierra mas cálidas.

Alt y Pit estaban allí sobre el glaciar y contemplaban las verdes aguas del extenso mar dudando si zambullirse en ellas.

Guardaban silencio y parecían apenados, ni siquiera la idea de un chapuzón conseguía apartar de su mente todos los problemas.

Pit se volvió tambaleante hacia su amigo con la preocupación reflejada en sus pequeños ojos.

–¿Crees que lo conseguirá Alt?

Alt tardó un poco en responder como si estuviese mascullando la respuesta. ¿Qué debía decirle? ¿Qué sí? Si lo hiciera, mentiría. Sinceramente, no tenía ninguna esperanza de que Pedro saliera de ésta, pero no se atrevía a decírselo. Tampoco podía ser catastrofista y soltar cuanto le rondase la cabeza como hacía Pit. Alt era de la idea de que nada es imposible a no ser que se fracase después de haberlo intentado una y otra vez con todas las fuerzas. Se decantó por ser sincero, no tenía otra escapatoria.

–No lo sé. Son tiempos difíciles Pit. Se matan hermanos contra hermanos y esto no ha hecho sino empezar. Los humanos son capaces de lo más hermoso y también de lo más aborrecible.

–Lo sé– Profirió Pit en un tono de fastidio– Otros lo intentaron antes que Pedro y gracias a algunos de ellos como Ghandi, Jesucristo y otros tantos, se ha despertado la conciencia dormida de la humanidad. A algunos de esos los conocí. ¡Pero mataron al mensajero Alt! ¡Siempre matan al mensajero!

–No lo han matado aún, amigo mío. –Corrigió Alt con lástima al ver sus lágrimas y percibir su sentimiento de impotencia–. Digamos que Pedro continúa vivo, solo que lo tienen adormecido. Por eso, no debes darte por vencido.

–Tal vez sea el momento de despertarle– Reflexionó Pit con un semblante triste que reflejaba toda su ansiedad– ¿No te parece Alt?

–Aún debemos esperar. Todo lleva su tiempo. La conciencia de la humanidad está saliendo de su letargo. Fíjate que muchos se levantan con una sola voz en todo el mundo para repudiar el odio que impregna toda la humanidad.

Lo que decía Alt era sensato pero para Pit los humanos más humildes siempre acababan sometidos a los más fuertes y al final, el odio macerado de los perdedores se volvía siempre contra los opresores convertidos por azares de la vida en oprimidos, víctimas y verdugos siempre habían dado origen a todas las guerras. Nadie rompía la cadena. La raza humana por lo general era vengativa. No había conocido a una especie tan beligerante como aquella.

–¡Los fuertes siempre se imponen a los humildes Pit! –Suspiró Alt ignorante de sus pensamientos–. ¿Recuerdas la historia del dogo y el colibrí?

Pit la conocía, por supuesto, era una de sus historias favoritas, pero estaba tan triste que no quería que Alt se la recordase.

–Tienes razón. –Cambió de tema–. La fealdad interior siempre es más visible que la hermosura. Hacen falta muchos hombres para salvar al mundo sin embargo, es irónico que baste solamente uno para destruirlo. Al final. –Dijo Alt impregnado también por el pesimismo de Pit– me pregunto si vale la pena poner en peligro a la humanidad para salvar a un solo hombre…

La respuesta de Alt pareció tocar una fibra sensible en Pit. Se balanceó un poco al avanzar hacia delante sin levantar sus pies del suelo y le rozó con su pico con simpatía:

–Aunque en la Tierra hubiese una catástrofe y tan solo quedase un único hombre al que salvar lo intentaría, recuerda que tan solo por uno de ellos merece que mi especie salve a la Tierra.

¿No Salvarías tu a la Tierra tan solo por que existió en ella un Jesús o un Gandi o Luther King?

O por vosotros mis amigos del alma, si no fuese por ellos lo haría por vosotros.

En eso pienso cuando lo doy todo por perdido porque a veces, se escapa a mi compresión porque el humilde sufre

sin que absolutamente nada pase, ni nadie se esfuerce por remediarlo. Es muy grande la responsabilidad de los hombres. Se les dio el don de transformar el mundo.

Ellos son sus únicos dueños y los únicos responsables de convertirlo en un vergel o en un infierno. Creo que se han decantado por lo último.

Basta ver en que han convertido el ecosistema y cómo os amenazan a vosotros los pingüinos y no se dan cuenta que, a pesar de que vosotros sois insignificantes para ellos, se están infringiendo un daño irreparable hacia si mismos. Aún así tengo esperanzas de que cambien y se den cuenta de su error.

–Pero algunos son egoístas y desalmados Pit–. Contestó Alt ofuscado. Al principio había intentado darle ánimos a su amigo y ahora que había caído en el mismo derrotismo que él notaba que este recuperaba sus esperanzas–¡De veras que no merecen un don así los humanos! Si han decidido destruirse a sí mismos, al mundo que les cobija y a los seres que lo habitan por creerlos menos importantes: ¿Qué podemos hacer nosotros?

–¡Yo no sé que va a pasar. –Confesó Pit–. Estoy muy triste. Siempre lloro de emoción cuando las grandes multitudes salen a las calles para oponerse a las guerras pero también he llorado de rabia y dolor cuando he visto que nadie ha podido impedir que otro nuevo conflicto comience.

Alt le comprendía. Los humanos no tenían valor para hacer valer sus sentimientos. Normalmente hacían como que la cosa no iba con ellos. Veían los desastres de la guerra en la tele y devoraban su comida pero, como el conflicto les caía muy lejos no temían nunca que la sangre les salpicase.

Los humanos, veían como la capa de hielo en la Antártida se derretía cada año, se daba caza indiscriminada a especies protegidas y se devastaban bosques intencionadamente.

–Se quedan impasibles como hace dos mil años lo hicieron ¿Verdad Pit? –Dijo mirando su reflejo en el agua–. Dejan que maten al niño que juega, a la mujer que padece la

violencia, a la madre cariñosa y sufridora y al anciano sabio. Matan también al que se opone a la muerte dando todo lo mejor que posee: Su propia vida a favor de los otros ¡Ah los humanos Pit! ¡Los humanos! ¡Son difíciles de comprender! Mientras que unos son maravillosos, otros son tan ruines que no te extrañe, que acaben incluso con todas las cosas buenas que poseen, incluida la Tierra y nosotros.

–No pueden controlar sus propios demonios Alt. ¡Dejémoslo así! Tal vez debamos decirle a la Tierra que no puede ser salvada aunque eso me llena de dolor. Hoy he hablado con ella, ha llorado junto a mí y me ha dicho esperanzada que todos llevamos el mal y el bien dentro de nosotros y que solo las almas juiciosas no dejan salir ese mal de un modo intencionado.

–Y: ¿Cuándo la Tierra te ha dicho que debemos pasar la noche de la Era y de las Estrellas, tú le has dicho que eso va a ser imposible? –Preguntó Alt.

–La he visto con tanto dolor que no me he atrevido a decírselo. Esperemos a ver lo que ocurre. Tal vez suceda un milagro, tal vez podamos salvarle.

Alt y Pit guardaron silencio mientras el pálido Sol lloraba sobre el horizonte.

Lejos de allí en el espacio, la Tierra parecía una lágrima azul suspendida en el oscuro manto estrellado de la noche.

# MYRIAM

# XVI

*"A veces hay que estropear un poquito*
*el cuadro para poder terminarlo".*

Eugène Delacroix.

Myriam estaba muy preocupada, las noticias que le llegaban de la embajada no eran para menos. Por si fuera poco, hacía tiempo que veía un coche aparcado a la puerta de su casa vigilando todos sus movimientos con algo que no pudo distinguir muy bien pero que a ella, le parecieron unos prismáticos. Había llamado a la policía innumerables veces quejándose del extraño que rondaba el vecindario pero éste, siempre se las ingeniaba para desaparecer cuando aparecía el coche patrulla. La paranoia que sentía le había hecho llevar a Laurita a casa de los abuelos donde sabía, estaría segura. Y en aquel momento realizaba una llamada a través de una cabina. Tenía la impresión de que le estaban realizando un seguimiento policial aunque, aún no comprendía porqué. A veces, pensaba que hasta las fuerzas del orden podían estar implicadas. Sospechaba que todo tenía que ver con Pedro, su marido.

–Siento ser tan grosero, pero usted llama cada día a nuestra embajada y yo no ceso de repetirle que su marido ha desaparecido. –Le cortó la voz agria de un funcionario joven al otro lado del teléfono.

El que decía esto, pareció sentir un poco de lástima al escucharla llorar.

–¡Oiga, señora, tranquilícese! ¡Lo siento mucho de veras! Créame que si algo estuviese en mi mano para paliar

su desconsuelo lo haría pero no es así. Todos los días recibimos llamadas de gente que busca a los suyos y entre eso y nuestro trabajo, no damos abasto. Comprenderá que mi misión es decirle lo que ocurre: que no tenemos ninguna noticia de su esposo en esta embajada pero que de ningún modo nos pagan para que le repitamos la misma cosa de una forma obsesiva día tras día y a la misma hora cuando tenemos tanto trabajo. Supongo que se hará cargo.

Era increíble la frialdad y la calma con que aquel hombre joven podía decir esa frase.

–¿Desaparecidodo? –Tartamudeó un poco arrastrando las últimas sílabas. Aunque aquella respuesta se repetía todos los días algo dentro de ella se negaba a creerla. Le habían salido unas grandes ojeras producto del insomnio de aquellos días. Pero eso no es posible. –Balbució– ¡No es posible que una persona desaparezca de la faz de la tierra de la noche a la mañana así como así sin dejar el más mínimo rastro. ¡Ustedes tienen, que digo tienen, deben ayudarme!

El funcionario desde el otro lado del teléfono le indicó que conocía lugares llenos de salas enteras con fotografías de personas desaparecidas...

–Le asombraría la cantidad de personas que desaparecen todos los días. –Dijo muy cabreado–. Algunos aparecen con el tiempo y a otros, no llega a encontrárselos nunca. Pero si le consuela de algo, las autoridades no han encontrado su cadáver eso, significa que puede estar vivo. ¿Se ha parado a pensar que tal vez la ha abandonado?

El funcionario sintió un poco de remordimiento por lo que acababa de decir. Esperó oírla llorar otra vez desde el otro lado.

–¿Y ustedes? –Myriam se secó las narices enrojecidas por el llanto, a punto de sangrar– ¿Ustedes se van a quedar de brazos cruzados sin hacer nada? ¿Es que no van a buscar a mi marido?

Se hizo un silencio que representaba una negativa desde el otro lado.

En aquel momento, Myriam supo que ya no debía atosigar más a aquellas personas con sus llamadas.

–¡Lo siento, señora, hemos hecho cuanto hemos podido! –Dijo a punto de colgar sin que Myriam contase con ello– ¡Vamos! ¡Quédese tranquila! El asunto ha pasado a ser competencia de la INTERPOL.

Myriam dejó descolgado el teléfono y salió llorando de la cabina sin ver la gente, ni los coches que cruzaban la carretera a toda velocidad. De pronto, se asustó al sentir el frenazo y el ruido de un claxon. Quedó paralizada en medio de la carretera.

Asustada y algo desorientada se volvió hacia el conductor que muy nervioso, había abierto la ventanilla y en esos momentos le prodigaba toda serie de insultos.

Comprendió que la reacción era fruto del nerviosismo de quien había estado a punto de atropellarla. Consciente de que ella había sido la única que tenía la culpa, le pidió perdón al conductor y echó a correr hacia el parque en busca de un banco donde llorar sin ser molestada.

¿Qué le había pasado a Pedro? La última conversación que había mantenido con él por teléfono fue en aquella ocasión, tras el incidente del 11 de septiembre y en ella, nada hacía presagiar los turbios asuntos en que anduviese metido.

Recuperado el sosiego e incapaz de soportarlo más tiempo tomó un autobús de regreso a casa. Cuando llegó, se llevó las manos a los hombros desnudos, ya que llevaba únicamente una camiseta de tirantes. Tenía frío.

La casa estaba gélida desde que Laurita y Pedro no estaban. Gélida, más que nunca.

Ese mismo día, a la noche, el jefe de Pedro le llamó muy enfadado preguntando por el motivo de las faltas de asistencia de su empleado. Le dijo a Myriam que aquella situación no podía prolongarse por más tiempo y que se veía

en la necesidad de poner fin a su contrato. Como tantas veces, Myriam volvió a suplicar que lo mantuviese en plantilla pues probablemente le había ocurrido alguna desgracia. En esta ocasión, no logró ablandar el corazón del empresario y terminó rompiendo a llorar inútilmente.

Aquellas lágrimas de la mujer de quien desde antaño había sido su empleado debieron de conmoverle porque finalmente en un inusitado gesto de amabilidad, se ofreció a costearle el viaje a NY en avión para que buscase a su marido y le pusiera al corriente que de no aparecer dentro de un mes tomaría represalias laborales contra él. Lo hacía, porque consideraba a Pedro como un hijo. Si no lograba dar con él o rehusaba su ofrecimiento de volver, pedía a Myriam que le rembolsase todo el dinero que le había prestado. Ella, rehusó su ofrecimiento aunque valoró la amabilidad de aquel gesto.

Ante el temor a que el teléfono estuviese intervenido, después de pensar mucho en la oferta del jefe de Pedro, volvió a salir a la calle en busca de una cabina telefónica distinta a la que había utilizado cuando llamaba a la embajada. Se percató que lo hacía a muy altas horas de la madrugada y que nadie la seguía. Llamó al jefe de Pedro que lanzó un exabrupto por ser despertado de aquella manera a aquellas horas intempestivas. El jefe le dijo que pasara por su casa al día siguiente a recoger el dinero que ya le había ofrecido.

Ya habían pasado tres meses sin recibir noticias y el tráfico aéreo se había normalizado, aunque aún eran muchas las personas a las que el miedo a un atentado disuadía de tomar un vuelo.

Esa noche, el día antes de partir, con las maletas preparadas cerca de la puerta y sabiendo que Laurita estaba segura en casa de sus abuelos, Myriam, con la persiana abierta de la ventana, calló rendida de sueño mientras miraba como la luz de la luna llena se colaba a través de las blancas cortinas.

No podía precisar cuanto tiempo había dormido cuando un golpe seco le hizo dar un salto en la cama y girarse hacia la ventana.

Allí claramente perfilado en el alfeizar se podía ver una figura humana, con un pelo rizado estilo afro cuyos mechones al viento parecían tentáculos que cobraban vida, como una hidra. Junto a esta siniestra sombra había también la de un pájaro grande, podía tratarse de un águila.

No se atrevió a decir nada a nadie, paralizada por la visión de aquel gigante con el miedo más atroz que había sentido.

Una y otra vez se decía a si misma que aquello debía de ser una pesadilla, pero la imagen no se iba, permanecía allí ante ella como una señal, un mensaje...

Con el paso del tiempo, comprendería muy bien el significado de aquella visión, pues aquella persona sería una más de las que tejerían el destino de Pedro, su marido. Pero ahora, contemplándola no podía experimentar otra cosa que un terror profundo a lo desconocido ya que era imposible, que el hombre apoyado en el alfeizar junto a un águila fuese un gigante o estuviese subido a una enorme escalera que alcanzase el tercer piso de aquel edificio.

Aquella noche, alargó la mano a la luz de la mesilla para encender la luz de la habitación y observó que estaba sola. Allí no quedaba el menor rastro del hombre con cabellos de hidra*. Aún así, ya no podía conciliar el sueño.

Algo en su interior le decía que debía actuar con prontitud.

El aeropuerto estaba casi vacío. Había muy pocas personas, la mayoría en viajes de negocio o empresa.

Myriam encaminó sus pasos a la cafetería. Era muy moderna y tenía mucha luz. Se fijó que un ejecutivo con traje gris perla tecleaba velozmente en un portátil, debía

---

* Hidra: personaje mitológico griego. Era una serpiente acuática con varias cabezas que moraba en las profundidades de un lago.

ser un informe o algo por el estilo sobre algo que parecía simple a juzgar por la rapidez de sus dedos.

Sobre la barra un hombre de mediana edad discutía con una chica joven de unos 25 años más o menos. Ella era alta, de tez morena, con el pelo liso negro azabache llegándole hasta la cintura y una nariz aguileña en un óvalo de rostro perfecto. Abrió los labios carnosos de un carmín rabioso y replicó algo al hombre que de pronto calló. Por su aspecto parecía egipcia y llevaba en el brazo izquierdo más arriba del codo un brazalete dorado con unos dibujos en negro. Oyó que su acompañante no había cesado de llamarla Rina, un nombre que para nada iba con su aspecto.

La joven se dirigió a los servicios para volver mas tarde con un pañuelo cubriéndose la frente y los ojos.

Al pasar cerca de la mesa de Myriam, Rina tropezó con una silla y fue a caer de bruces derramando todo el café sobre la mesa y produciéndose un profundo tajo en la frente que sangraba con profusión.

En un momento se formó un pequeño charco rojo en el suelo. Todavía mareada, apoyó un delgado codo en el suelo y tendida de lado, se cubrió la herida con el pañuelo al revés como si nada.

– ¿Se encuentra usted bien? –Se agachó Myriam junto a ella olvidando su traje pringado de café.

–¡Sí! ¡Sí! –Le restó importancia y sonrió– ¡Ya estoy mejor! ¡Gracias! ¡Vaya! Lo siento por su traje! ¡Como la he puesto!

–No se preocupe– Dijo Myriam– Ahora lo único que importa es usted. La acompañaré al botiquín para que puedan curarla ¡Apóyese en mí! ¡Le ayudaré a levantarse!

Un vigilante se acercaba en ese momento a ellas dando largas zancadas.

– ¿Necesitan ayuda? –Se interesó mirando a una y a otra.

–Sí. –Hizo a Myriam un amago de sonrisa– ¡Por favor, Iván!: ¿nos puedes acompañar al botiquín más cercano para que me puedan curar y la señora se quede más tranquila?

El empleado miró el pañuelo ensangrentado que la joven se llevaba a la sien y movió negativamente la cabeza como si aquello no le gustase en absoluto.

–¡Por supuesto! ¡Síganme! –Echó a correr mientras decía entre jadeos: –¿A dónde se dirigen ustedes dos?

–La chica no sé. –Contestó Myriam–. Yo, me dirijo a Nueva York.

–No se preocupe por el avión se retrasará unos minutos hasta que ustedes dos terminen. –Dijo el apuesto vigilante de cabellos rubios con un ligero acento ruso.

Dio instrucciones por su móvil y al poco las pantallas avisaban de un retraso en el vuelo a NY.

Siguieron a Iván a través de un pasillo hasta una puerta en que figuraba el anagrama de la asistencia médica. Myriam se preguntaba que hacía allí, aunque su conciencia no le permitía abandonar a la chica.

Allí un medico le puso tres puntos de sutura en la ceja derecha y le dio un comprimido para el dolor.

Una vez el sanitario hubo acabado, Iván, el vigilante, volvió de regreso con ellas hacia la puerta de embarque y cruzó por la zona de control en dirección a la pista.

Se despidió de ambas mujeres a unos cincuenta metros del avión y les deseó un buen viaje para regresar a su puesto…

–Perdóneme por todo esto. –Se disculpó la mujer cogiéndola del brazo–. Usted ha sido la única persona que se ha preocupado por mí en esa cafetería cuando me caí. Me siento muy agradecida con usted y por eso quiero decirle que tenga mucho cuidado, la vigilan. Estamos tratando de encontrar donde retienen a su marido. Cuando llegue

a NY vaya a Central Park, cámbiese de ropa, a ser posible que sea ropa deportiva y siga el camino más próximo a las calles desde el Sur al Norte. Encontrará allí un puesto de periódicos con revistas de Nature formando una cruz y en su centro una revista de Scientific American, pídale al vendedor un ejemplar del Washington Post. No lo abra, léalo una vez esté en su habitación. Sea prudente y no decida en que hotel alojarse hasta el ultimo momento, le sugiero que de vueltas por la ciudad y escoja uno al azar.

Lo dijo todo de un tirón sin detenerse casi a respirar. Al acabar parecía exhausta. Cuando Myriam quiso contestarle, la muchacha del brazalete egipcio, Rina, se alejaba corriendo dejándola sola ante la puerta de embarque.

Le tocó sentarse en el avión junto al ejecutivo que manejaba el portátil y que había visto fugazmente cuando se dirigía a la cafetería del aeropuerto.

No le quedaban muchas ganas de entablar conversación con él, así que contestó a sus preguntas con monosílabos pues, pretendía ser cortés sin darle demasiada conversación.

Ciertamente desde el incidente del aeropuerto con aquella mujer egipcia ya no se fiaba absolutamente de nadie.

Por otra parte, había algo en su compañero de asiento que no le inspiraba demasiada confianza.

Vestía de una forma impecable, y sus ademanes eran excesivamente educados rallando a veces el ridículo, intentaba mostrarse a todas luces amable y luego estaba aquella insistencia suya en conocer todos los detalles del incidente en la cafetería que al parecer había observado desde lejos y su relación con la muchacha del brazalete egipcio…

–Parecía una mujer muy curiosa. Yo que usted no me fiaría ni un pelo de nadie ni sobre todo de esa mujer sea lo que sea que ha debido decirle. –Dijo sin venir a cuento y sin que Myriam le hubiese preguntado por su opinión.

No le contestó, habló de múltiples temas con él pero siempre evitó sus preguntas. A veces, con disimulo, le veía mirar su peculiar reloj, completamente negro y sin cierres. Unas rallas amarillas discontinuas lo bordeaban completamente acentuando su forma. A juzgar por su aspecto hubiese pasado por una extraña pulsera de no ser porque de vez en cuando las manillas horarias en un rojo intenso surgía del fondo negro como por encantamiento. Myriam no había visto un reloj semejante en toda su vida.

El apuesto hombre, vestido con un traje de sastre gris perla, se aflojó la corbata. Abrió su cinturón de seguridad y tambaleante, guardó el ordenador portátil junto a su equipaje, un ordenador que Myriam no recordó haberle visto coger cuando bajó del avión.

Volvió a sentarse junto a ella, y bebió un sorbo del Martini que hacía unos instantes había pedido a una azafata.

Miró el paisaje por la ventanilla. Un sudor frío le perló la frente cuando empezó a presentarse:

–Lo siento, llevo una hora hablando y aún no le he dicho mi nombre. Me llamo Andrew, Andrew Kelly y si hablo por los codos es para aliviar la tensión que siento. Me da pánico volar. ¿Comprende?

# XVII

*"¿Quieres decirme, por favor,*
*que camino debo tomar para salir de aquí?*
*–Eso depende mucho de a dónde quieres ir –respondió el Gato.*
*–Poco me preocupa a dónde ir –dijo Alicia.*
*–Entonces, poco importa el camino que tomes –replicó el Gato".*

*Alicia en el País de las Maravillas*. Lewis Carrol

NEW YORK 8:00 AM. HOTEL PLAZA

Aquella mañana Andrew Kelly se había levantado temprano. Ya había dado tres vueltas en su coche de alquiler a Central Park cuando lo dejó en los aparcamientos del Hotel Plaza. Eran muchos los hotelitos baratos que había pero como no esperaba quedarse mucho tiempo tras la misión que se le había encomendado, prefirió gastar un poco más en aquella lujosa habitación de la planta 9, bastante amplia, quizá excesiva para él solo, con unas vistas impresionantes.

No había sido la primera vez que visitaba la isla y se alojaba en este hotel– toda una institución en la hostelería de NYC– a Andrew le gustaba recorrer sus calles cuando aún estaban vacías. Era una experiencia, sin duda, fascinante que le proporcionaba energía para toda la mañana.

Andrew era un joven moreno de unos 28 años de edad, pelo negro azabache, profundos ojos verdes, nariz roma.

En aquel momento, había cambiado la vestimenta que llevaba en el avión y la había sustituido por una camisa azul a

juego con unos vaqueros gastados que le daban un look entre elegante e informal. Lo único que conservaba de su traje de ejecutivo era la chaqueta de sastre gris perla que llevaba puesta.

Pero aún así no estaba cómodo de aquella guisa y por eso iba a cambiarse de ropa por segunda vez, en aquel preciso momento.

Se dirigió a la recepción a recoger su llave y dirigió su rumbo con paso rápido hacia los ascensores.

Con el mayor sigilo posible, abrió la puerta de su habitación y buscó con los ojos la mesita de noche. Sobre ella, aún continuaba, tal y como la había dejado antes de su paseo matinal, la edición de bolsillo de El Silmarillon de J.R. Tolkien que había comprado en el aeropuerto. El libro, seguía abierto por una página concreta y mostraba un texto remarcado en amarillo con uno de esos rotuladores anchos fosforescentes que se usan para destacar notas a modo de guía.

Se acercó a el y volvió a releer el fragmento con los ojos empañados por las lágrimas, deleitándose en cada palabra:

“Elwë se le acercó y le tomó la mano, y enseguida un hechizo operó en él, de modo que así permanecieron los dos mientras las estrellas que giraban por encima de ellos medían los largos años y los árboles de Nan Elmoth se volvieron altos y oscuros antes de que ninguno pronunciara una palabra”.

Aquel párrafo le encantaba, le hacía recordar el cariño que pueden sentir las personas.

Con rapidez, volvió a dejar el libro en su lugar y corrió a darse un baño rápido, luego, se afeitó, se puso un chándal gris y unas zapatillas deportivas y retiró de la puerta el cartel «NO MOLESTAR» y lo cambió por un «LIMPIAR POR FAVOR».

Cuando se dirigía al ascensor con paso ligero llegó un anciano matrimonio oriental que le dedicó una tímida sonrisa, a la que a su vez correspondió.

De camino a la planta baja, no mantuvieron ninguna conversación.

Al abrirse las puertas, incómodo por ese silencio que produce siempre estar en un ascensor con desconocidos, se despidió con rapidez y aligeró el paso hasta el mostrador.

Allí, el encargado de turno en la recepción, le comunicó que no tenía ningún aviso para él pero sí una nota de la agencia de viajes que le anunciaba la confirmación de su vuelo para tres días más tarde.

Guardó el resguardo en su bolsillo, le dio las gracias al recepcionista y salió al vestíbulo de un gusto exquisito, uno de los mejores de NYC.

Poco después estaba cruzando Olmsted Way y se dirigía al parque en dirección Este hacia el cruce que une la calle 59–60 con la Quinta Avenida donde cogió el metro.

Él era de una ciudad pequeña, un pueblo comparado con las grandes urbes de la costa del este, con sus escasos 100.000 habitantes. Su ciudad no tenía metro. Cuentan que en su día un tranvía atravesó sus calles pero de éste, ya no quedaba el más mínimo vestigio.

Así que cuando alguna vez tenía ocasión de visitar una ciudad como New York, una de sus aficiones era sacar un ticket y dedicarse a viajar sin rumbo por el subsuelo para observar con placer las idas y venidas de sus gentes.

En silencio imaginaba sus vidas con las que compartía un único instante solitario y fugaz.

Tomó un asiento cercano a la salida del vagón, debajo de un rótulo que señalaba el trayecto del tren, pero no se molestó en mirar los destinos.

Una anciana, quizá nonagenaria, subió en una estación casi vacía. Andrew la observó con disimulo para no inquietarla. Su traje azul y su sombrero gris le daban un aire elegante pero al mirar sus zapatillas azules con aquellos pompones de un rabioso color naranja, sintió una

ola de comprensión y piedad. Algo tenía que haber dejado de funcionar en su mente. Cortésmente, se volvió hacia ella y le preguntó:

–¿Adonde se dirige señora?

Tuvo que repetir varias veces la pregunta pues la anciana al parecer no oía bien. Cuando comprendió lo que Andrew le preguntaba quedó un momento pensativa como dudando de sus intenciones luego, dio una descripción bastante precisa de una salida del metro cinco estaciones más atrás, así que éste, se atrevió a decirle si no se habría equivocado de destino aunque rehusó hacer el más mínimo comentario sobre sus zapatillas. Lo cierto, es que la situación le recordaba a aquellas pesadillas que de niño tenía en las que salía a la calle para descubrirse ante unas calles concurridas sin pantalones ni zapatos.

Era una sensación ridícula y espantosa que le hizo compadecerse de la viejecita feliz por lo que decidió dejarla en su ignorancia.

Unos chicos discutían sobre quien sería el mejor pitcher de la liga. Llevaban libros de texto así que supuso que serían estudiantes, uno de ellos, el menos interesado en la discusión, tenía unas enormes ojeras que le hicieron intuir que probablemente la noche anterior había estado de fiesta o dedicado al estudio. Sin duda hoy tendría un examen, pero a juzgar por la discusión de sus amigos sobre el deporte, la importancia para ellos sería mínima.

Un poco mas lejos, un hombre de mediana edad, llevaba una carpeta de piel sujeta entre las piernas que Andrew adivinó llena de papeles importantes. Leía un periódico en la sección de economía, posiblemente su trabajo versase sobre ese mismo sector.

Al final del vagón una pareja se besaba con una pasión desbordada abstraída totalmente del mundo.

Veinte minutos después sus compañeros de viaje eran totalmente distintos.

Le resultaba agradable y a la vez sorprendente la variedad de personas, razas, constituciones, gustos, la rica diversidad de seres humanos que bullen como hormigas todas las mañanas camino a sus quehaceres cotidianos. ¡Que diferentes y a la vez tan similares, iguales en sus aspiraciones y sufrimientos, juntos en un mundo que ajeno a ellos continúa girando!

Una hora después ya había cedido su asiento cuatro veces, la primera a una mujer hispana con una enorme barriga, otra vez a un muchacho con una pierna escayolada, pasando por una ancianita de aspecto débil y un hombre de mediana edad agobiado en exceso debido a su cantidad de bolsas de compra llenas de latas de conservas y zumos de frutas sin azúcar.

Así es que estaba de pie cuando vio entrar al fondo del vagón a una persona que le resultaba familiar Era muy alto, iba vestido con una gabardina caqui y a pesar de haber asientos libres rehusó sentarse a su lado.

No se acercó a él directamente aunque le miró y apartó rápidamente la vista para dirigirla a una pareja joven que acababa de sentarse en uno de los asientos laterales. El ángulo de visión impedía a la extraña pareja ver a Andrew y al otro hombre. Los señalados habían entrado en la anterior estación y hasta entonces Andrew no había notado nada extraño ni reparado en su presencia. Ahora, en aquella muchacha teñida de rubio platino, recordaba vagamente a la del brazalete egipcio que había protagonizado aquel percance en la cafetería del aeropuerto.

Andrew bajó la vista cuando le pareció que la pareja le devolvía desafiante la mirada con una sonrisa burlona dibujada en los labios. Aunque, la pareja, realmente, todavía no le había visto.

Al cruzarse, observó que su conocido, el de la gabardina caqui, cerraba el puño izquierdo mostrando un reloj negro también sin manillas y extendía los dedos de su mano derecha con la palma abierta reposando en su muslo.

Este gesto le puso en alerta pues significaba que estaba en peligro y debía abandonar el vagón rápidamente. Así que cuando llegó a la siguiente estación que coincidía con un cambio de vías, Andrew salió confundiéndose con el resto de los viajeros y se lanzó en una carrera desenfrenada.

En ese momento, recibió un mensaje en su móvil informándole de que de algún modo, aquella gentuza había descubierto el lugar donde Andrew pensaba reunirse accidentalmente con Myriam.

Era hora punta, probablemente la mayoría de la gente se dirigía a su trabajo. Hizo dos cambios más allá de vía hasta percatarse que nadie le seguía y luego rebuscó en su bolsillo un pequeño mapa del metro para localizar la salida más próxima a Central Park.

Allí era donde debía encontrar a la desconocida. No había podido sonsacarle nada durante su viaje en el avión pero Andrew conocedor de la verdad, tenía que disuadirle de acudir al puesto de revistas pues todo formaba parte de un complot. Pero antes, debía hacer algo así que se dirigió a un Ciber Café.

Se había desprendido de su portátil en el aeropuerto para confundirlos y no dejar ninguna pista.

Halló un Ciber bastante aceptable a muy pocos pasos de allí y solicitó al empleado que le trajera un café con leche bien cargado que colocó sobre la mesa.

En la parte inferior, una pantalla, un teclado y un ratón estaban protegidos por un cristal.

Encendió el ordenador en un botón situado justamente bajo su café.

Cuando el sistema terminó de arrancar a los pocos segundos introdujo la dirección de un conocido portal Web.

Luego su nombre de usuario y su clave de acceso para acceder mas tarde a su correo.

En él no había otra cosa que basura publicitaria.

Sacó de su chándal un pequeño disco, uno de esos de bolsillo que se introducen en el puerto USB del ordenador e inmediatamente accedió a un programa de encriptación muy bueno, diseñado por un experto de su grupo, el hombre de la gabardina caqui al que había reconocido poco antes en el metro y que le había advertido del seguimiento de los dos matones.

¡Y Voilá! ¡Ahí estaba el fichero!

Suspiró aliviado y comenzó a teclear con rapidez:

¡Nos han descubierto!

Ruego estiméis activar el plan de protección máxima para salvar a Myriam ya que es probable que no podamos salvar al hombre que vende las revistas en el puesto en que habíamos concertado el encuentro. Un mensaje de móvil en el metro me ha puesto al corriente de sus planes. Usad la contingencia de evasión 7. Intentaré huir, aunque es muy probable que no lo consiga. Las tablillas no han aparecido. Tened precaución máxima y desconfiad de todo posible infiltrado.

Alicia encontrará al conejito que busca en el País de las Maravillas.

Activó el programa de encriptación y codificó el mensaje.

Luego cogió el archivo de 500000 caracteres codificado y lo envió.

LONDRES 9:00 HORAS

Los ordenadores del proyecto Echelon redirigían todos los correos electrónicos procedentes o destinatarios a la ciudad de New York. Cuando descubrían un correo sin codificar, lo dejaban de procesar pero si lo que veían era un texto extraño o encriptado, entonces, lo pasaban a un centro especial de procesado donde era traducido mediante un ordenador Cray última generación.

Si el resultado resultaba infructuoso los pocos mensajes que llegaban a este nivel eran redirigidos a un pueblecito de Escocia.

Allí escondido en la montaña se hallaba un ordenador cuántico, cuyo funcionamiento y existencia había sido ocultado al mundo pero no a cargos importantes de la política, el gobierno y la economía de Londres y Washington.

El artilugio en cuestión consistía en un líquido entre dos láminas de cristal. Su aspecto bien podría parecer un vidrio de ventana común de no ser por las múltiples láminas plásticas con hilos que lo conectaban a un ordenador corriente de sobremesa.

El funcionamiento consistía en introducir el código a descifrar en los hilos que conducían al sándwich de cristal, una vez allí un electrodo ponía las moléculas del líquido en un estado quántico indeterminado haciendo que desde otro electrodo el líquido explorase todas las combinaciones lógicas posibles de forma simultánea con el fin de ofrecer una cadena de resultados, cuya coherencia era analizada por una red semántica almacenada en una memoria holográfica situada bajo el ordenador cuántico.

El sistema no tardó en descubrir el mensaje donde los métodos tradicionales de buscar factorización por números primos habían fallado.

Un cargo del ejército descolgó alarmado el teléfono y marcó un número.

–Tenemos un código alfa. Notifíquelo al jefe.

–Enseguida, contestó con rapidez una mujer al otro lado.

Unos segundos después se oyó otra voz apremiante.

–Envíemelo por Fax por favor.

### New York 9:15

El teléfono del general O´Flaherty sonaba insistentemente.

Lo descolgó y contestó malhumorado.

– ¿Puedo saber que es lo que pasa?

Tenemos un código alfa procedente de su ciudad señor, hemos localizado el mensaje cerca de Central Park, le enviaré la situación exacta de la fuente con un mapa por Fax. Es posible que la fuente aún siga estando en dicha conexión. Le hemos avisado a usted por que tenemos una alerta.

[Myriam–tablillas–ENCRIPTACION++] code
(–28ALPHA–NYC.)

–Muy bien. Gracias por la información. Hecho un manojo de nervios, colgó el teléfono.

Salió de su despacho y se dirigió como una exhalación a la pareja que charlaba amigablemente al lado de la máquina de café del pasillo.

–¡Rina e Iván! –Bramó con la cara desencajada por la ira– ¡Acudan a mi despacho de forma inmediata!

Salió disparado en dirección a su despacho seguido por los dos mencionados, muy nerviosos.

–¡No acepto más fallos! –Les advirtió golpeando la mesa con su puño una vez estos hubieron entrado en su despacho– ¡Me ocuparé personalmente de ustedes! ¡Lo juro! ¡Juro que haré que pasen sus últimos días en una lóbrega prisión de Siberia! ¡Él les ha visto en el metro! No solo no han encontrado las tablillas sino que han sido tan ineptos que han abandonado su seguimiento. Ahora ya es muy tarde para rectificar. ¡Tendrán que deshacerse de él antes que sea demasiado tarde y apresar a la chica! ¡Se dirige al Central Park a la estatua de Alicia! Puede que aún esa mujer, Myriam no esté sobre aviso y podamos pillarles a ambos. Pero: ¿Qué hacen ahí parados? ¡Vamos! ¡Corran!

Les extendió un mapa de Central Park y el monumento de Alicia en el País de las Maravillas rodeado por un círculo rojo.

– Está sentado justamente aquí en este preciso momento. Quiero que envíen a los agentes más próximos a la zona– Se volvió a mirar con furia al hombre y a la mujer con la ceja partida para apuntar– y esta vez no toleraré fallo alguno.

Hacía un día hermoso y Andrew estaba feliz ya que había conseguido llegar a tiempo y alertar a uno de los suyos para que avisase a Myriam del peligro que corría.

Ahora, estaba sentado en el banco, con los ojos azules muy abiertos posados en algún punto indeterminado del parque. No se movía. Parecía uno de tantos artistas urbanos que emplean la mímica para sacar dinero a los turistas.

Alguien depositó un billete bastante grande en su caja de cartón pero Andrew no se conmovió. Parecía que estuviese hecho de cera.

Por su lado pasó un deportista que se sentó a recuperar el aliento y un chucho impertinente le orinó en los pantalones.

Más tarde, una pareja de enamorados robó el contenido de la caja de cartón y echó a correr entre los árboles. Al huir, tropezaron con un hombre de negocios que enfrascado en su lectura, tomó asiento a su lado.

El hombre del periódico, hubiese jurado que Andrew era un mimo de no ser por su chándal y sus deportivas y la ausencia de maquillaje en su rostro. Aunque pensó, que hoy en día los artistas eran bastante raros. Solo al cabo de un tiempo le preocupó el aspecto cristalino de sus ojos y comenzó a especular con que estuviese drogado.

–¡Eh amigo! ¿Se encuentra bien?

Ya iba a marcharse cuando Andrew reaccionó derrumbándose en sus rodillas y el hombre dio un fuerte alarido incapaz de tocarlo por miedo al Sida y a la jeringuilla que veía clavada en su cuello.

Al poco tiempo, una muchedumbre curiosa se reunió alrededor de ambos y alguien marcó desde un teléfono móvil pidiendo una ambulancia.

Cuando llegó al hospital Andrew ya había fallecido.

El periódico al día siguiente, anunciaría a grandes titulares que un hombre joven, sin familia, había sido encontrado muerto por sobredosis sentado en un banco del parque al lado de la estatua de Alicia.

Recién llegada al aeropuerto, Myriam había tomado su bolsa de viaje, que no era muy grande, con el propósito de no facturarla como equipaje, luego, se había dirigido con paso firme a la parada de taxis donde escogió el primero de los que se mostraban disponibles.

–¿Dónde la llevo señora?

–¿Cuanto puede conducir por 200$?– Había sido su sorprendente pregunta.

El taxista se había girado a mirarla con incredulidad.

–Bueno, aquí tiene el taxímetro, es una petición curiosa señora. Desde que llevo en el servicio he recibido peticiones extrañas pero ninguna como la suya.

Había arrancado el coche y conducía sin rumbo.

–Sospecho que me siguen. –Le había confiado ella–. Un hombre estuvo alertándome en el avión. En principio no le creí porque me resultó tan sospechoso como todos pero ahora, estoy totalmente segura.

–Vivimos en una época difícil en la que reina la paranoia. –Contestó el taxista– no niego que tenga que haber vigilancia para tener seguridad pero no se han de traspasar ciertos límites.

–Estoy totalmente de acuerdo. –Convino.

Myriam estaba sacando del bolso su pequeña polvera para retocarse el carmín de los labios cuando el taxista empezó a decir mirándola sin soltar el volante.

–Le seré sincero. Estoy aquí para ayudarla. Andrew Kelly, se comunicó conmigo a través de un Ciber. Me dijo que esperaba encontrarse con usted en Central Park

con cualquier excusa pero que ellos habían descubierto que el encuentro se realizaría allí. Tengo entendido que una mujer en el aeropuerto, con excusa de un accidente le indicó que debía dirigirse allí. La mujer en realidad no es egipcia, aunque por su aspecto lo parece sino rusa. Ella se llama Rina y trabaja para quienes tienen apresado a su marido, planeaban encontrarlos juntos, es decir a Andrew y a usted. Por eso, no hemos tenido otra alternativa que protegerla.

Hizo una pausa para darle tiempo a digerir los hechos. Cuando hubo parado de hablar, observó tras el espejo del coche que la barra de carmín y el espejo se le habían caído y que estaba mirando el reloj que él tenía en la muñeca: Un reloj con manecillas negras.

Un semáforo rojo les impidió el paso, pero tras ellos en su dirección, la calle estaba vacía, en la otra una ambulancia, y dos coches se cruzaron y prosiguieron su camino sin detener su marcha.

Esperó mientras el semáforo se abría y prosiguió hablando.

–Su marido corre un gran peligro, ha sido secuestrado por gente poderosa, gente que mueve los hilos del poder desde la sombra, ellos están en todas partes, en las grandes empresas, en el gobierno…

–¿Dónde está mi marido? –Acertó a balbucear–. ¿Dónde se encuentra?

–Usted, se estará preguntando: Su marido ¿Por qué? Para ellos, él no significa nada. Su error fue haberse convertido en el mejor amigo de nuestro líder: Cristóbal Fuentes Salgado. ¿Conocía al viejo?

–Sí, claro. –Acertó a decir Myriam– Cristóbal. Nuestro viejito. ¡El pobre, murió de un accidente! Asistimos a su funeral e hicimos una limpieza en su casa. Fue entonces cuando encontramos la carta escrita de su puño y letra en la que pedía a Pedro que buscase a su hijo.

–No fue un accidente. –Respondió tajante confirmando sus peores temores–. Ellos le mataron. Sus asesinos, no es la primera vez que lo intentan.

–Pero, si como ustedes decían Cristóbal pertenecía a esa organización tan poderosa de la que era su líder: ¿Como dejaron que acabase sus días de un modo tan deplorable?

–Le contesto con otra pregunta, si me lo permite: ¿Cómo es que ustedes siendo sus mejores amigos no supieron de él hasta el mismo día de su muerte?

–Siempre estaba navegando. –Se justificó Myriam–. Aunque tenía una hermosa casa con todo lujo de comodidades, el barco era su verdadera casa. Ignorábamos que últimamente tenía una residencia fija. Supongo que lo hizo porque ya no podía salir a la mar y no quería preocuparnos. Nosotros no nos enteramos hasta que murió que la ruina le había llevado a perder su lujosa casa y que sus últimos días habían transcurrido en un chamizo.

–Pues, con su respuesta acaba de contestar a la pregunta que acaba de formularme. Nosotros nunca conocimos la residencia de Cristóbal. Lo imaginábamos navegando también, él era muy reservado con respecto a su intimidad. Hacía tiempo que dejamos de saber de él y comenzamos a preocuparnos pues ya no asistía a las reuniones y su teléfono estaba continuamente comunicando. Cuando dimos con él, ya no había nada que hacer aunque sospechábamos de la identidad de sus asesinos así que intentamos poner sobre aviso a su marido para que abandonase el país y se dirigiese al desierto donde nuestra gente podría protegerle y ayudarle, desgraciadamente Pedro fue apresado. ¡Mire, Myriam! Desde el momento que Cristóbal murió todo ha ido de mal en peor. Nos han perseguido como perros, y han destruido los locales en que nos reuníamos. Pretenden desarticular la organización, debilitarnos…

Myriam le miró con la boca abierta, incapaz de hacer o decir nada.

Escúcheme Myriam. –Habló con voz atropellada como si fuese mucha la información que tuviese que darle y

no contase con demasiado tiempo– ¡Se lo suplico! No puedo aconsejarle sobre nosotros mismos, algunos solo ansiamos el poder y tal vez no estemos preparados para la responsabilidad que ello conlleva. Alguien dijo alguna vez: Confía en el humilde y puro de corazón por que él no te traicionará. Pienso que la madre naturaleza elige siempre a sus guardianes y si su marido es uno de ellos, nosotros, debemos velar por protegerle con nuestra propia vida.

Pareció reflexionar y al cabo de unos instantes dijo:

¿Sabe que anoche tuve un sueño en el que estaba en un valle oscuro al abrigo del viento rodeado completamente de pingüinos?

Myriam que no comprendía del todo lo que el hombre trataba de decirle, abrió desmesuradamente los ojos cuando éste pronunció el nombre de esas aves.

–¡Ah! ¿Sí? –Dijo volviendo a la realidad.

–Sí. –Repitió él–. Y uno de ellos me dijo:

–Cuando tus compañeros te indiquen que ayudes a la mujer, dile a ella que su marido se liberará de sus captores y que no tema, dile que busque el águila pues ella le conducirá hasta Abdel, hijo de Najn al dim, sirviente del protector.

–Bien. –Detuvo el coche y se volvió hacia ella para tenderle una mano sin soltar el volante–. Ahora le sugiero que si tiene móvil se deshaga de él, no use tarjetas de crédito, no llame por teléfono y por favor tíñase el pelo.

Al decir esto abrió la ventanilla de Myriam y la guantera del coche y extrajo de ella un pequeño móvil con la apariencia de un portátil de minúsculas proporciones junto a una caja de tinte color caoba.

Use este móvil, es también un portátil. –Le dijo–. Se conecta a Internet gracias a un programa muy ingenioso que se ayuda de la telefonía móvil. Ellos lo verán como un mensaje de voz pero no podrán saber que esconde el envío

de datos, usted podrá enviar mensajes pero ellos no podrán averiguar su procedencia, cada vez que envíe algo creerán que la llamada procede de varios sitios a la vez, sitios distintos en lugares diferentes del mundo con aleatorios números de teléfono que impedirán rastrear su origen. Si intentan descubrirla, antes que lo logren el programa que contiene este portátil lo captará y la alertará. En ese caso, deshágase de él y huya lo más lejos que pueda.

¡Tome! –Extrajo también un fajo de billetes de 500$ muy voluminoso, luego, levantó la mano hacia el parasol y tomó de él un pasaporte y un carné de identidad falsos.

Myriam los observó con detenimiento, no podría distinguir la diferencia con el suyo excepto por que la persona de la foto se parecía ella, pero se llamaba de un modo distinto…

Así que a partir de ahora, se llamaba Luisa González Ruiz y debía de encontrarse con un hombre llamado Abdel en Petra.

–Pero. –Quiso saber– ¿Cómo será ese hombre? ¿Como le reconoceré?

–Vive en algún lugar del desierto del Nefud. Es lo único que sé por el momento.

Acabó de tenderle el carné y el pasaporte falso y sonrió al decirle que encontraría a Abdel gracias al águila en la Tumba de la Urna en Petra. Luego, le pidió que preguntase si había alguna anulación con destino a Londres ya que siempre quedaba alguna plaza a un módico precio.

–Ahora la llevaré de regreso al aeropuerto de nuevo. –Siguió diciendo–. Reserve un vuelo de Londres a Egipto. Yo calculo, que su avión saldrá dentro de tres horas más o menos. Recuerde, busque a Abdel en la tumba de la Urna. Usted es nuestra única esperanza.

El taxista negro se llevó una mano sobre el corazón para despedirse una vez que ella hubo bajado del coche.

–Gracias por todo lo que ha hecho por mi marido y por mí. –Le estrechó la mano enérgicamente– ¡Confío en que algún día volvamos a vernos y pueda devolverle el inmenso favor que nos ha hecho!

El taxista tragó saliva y la miró con bondad. Por un instante, su pelo le recordó a Myriam la sombra de aquel hombre cuyos mechones de pelo se parecían a una hidra y que había visto en su habitación acompañado del águila.

La imagen real de aquel coloso, lejos de darle miedo como en aquella ocasión en su habitación, le transmitía ahora una sensación de calma agradable. Entonces, el taxista dijo:

"Hace tiempo, yo llevé a su marido en este mismo taxi. Le encantaba la música del bueno de Bob. Ese detalle, bastaría para que yo le llevase hasta los últimos confines del mundo y del universo".

# XVIII

*"Si no puedes convencerlos, confúndelos"*

Ley de Murphy

–No creo que sirva de mucho General, ya hemos oído todo cuanto tenían que decir. El mejicano niega que el mendigo le haya dado nada y el mendigo se dejaría matar antes que decirnos ni una sola palabra.

¿Qué porque el mexicano no puede decirnos nada interesante? Pues porque el pobre desgraciado está loco. ¡Debemos dejarlo en libertad antes que sea demasiado tarde! ¡No creo que diga nada!

–A mí ese tipo no me la mete doblada. –Arguyó el general–. Sé que sabe algo, solo tenemos que presionarle un poco más. Veremos lo que dice cuando apresemos a su mujer.

–¡Loco! –Gritó W–. Eso es en lo que usted y yo, general le hemos convertido. Hace poco ese pobre hombre se ha autolesionado. Ni siquiera sé porque seguimos manteniéndole en nuestras instalaciones. Aún en el caso de dejarle en libertad no diría nada coherente, lo sé. En cuanto al mendigo, se niega a decirnos como funciona la pieza que le hemos confiscado y nos oculta el paradero de las otras dos. Me temo que este asunto se nos está yendo de las manos.

–Es posible, Señor W, pero me gustaría intentar algo mas, me gustaría poner nuevamente la tablilla en manos

del viejo y ver como reacciona, tal vez entendamos que significa este galimatías. Le pido que guarde la calma. Últimamente se pone usted demasiado nervioso y amenaza con poner en peligro nuestra operación. Vamos a probar lo que hace el mendigo con esa pieza. Luego, si no resulta, le pegamos un tiro y asunto arreglado.

–Para usted es fácil decir eso general. Pero de acuerdo, está bien.

–Pues si es así pongámonos manos a la obra señor W. Finjamos no presionarlos demasiado y dejémosle al mendigo lo que le confiscamos para ver si el otro, a pesar de su locura se sincera.

W le miró dubitativo y el general se encogió de hombros.

–¡Vamos! ¡Tranquilícese! –Le dijo– ¿Qué tenemos que perder si no funciona?

Pedro sintió pasos en el piso superior que le hicieron volver a la realidad.

Inmediatamente, la puerta al fondo de la sala se abrió y Pedro pudo ver la silueta de un anciano que era introducido en la celda a empujones. Lo tiraron sobre el enlosado de piedra sin ningún miramiento.

–¡Malditos y miserables! ¡Eso es lo que sois! –Clamó el anciano desdentado alzando al aire un pequeño y ridículo puño crispado.

Lanzó un cuajaron de sangre que manchó su barba y el empedrado del suelo antes de levantarse y caminar torpemente hacia la figura de Pedro acuclillado. Cuando estuvo a su misma altura se agachó a su lado y murmuró en su oído.

–Pshiii, no hagas ruido, que nos están escuchando. Esos reptiles tienen micrófonos por todas partes.

Pedro le miró con ojos de loco y comenzó a arrascarse la larga cabellera como un mono despiojándose.

–¿Abuelo, también usted se siente espiado? –le preguntó.

–Sí. –El anciano golpeó amistosamente su hombro mirándole con lástima– ¡Pobre criatura! –Exclamó– ¿Qué te han hecho esos desalmados? Esa raza de víboras asesinas nunca descansa. Espero que no les hayas dicho lo del apartado postal. De otro modo, me pondrías en un grave aprieto.

–Rompí el papel después de salir de la estafeta. –Luchó desesperadamente por rescatar de sus recuerdos–. Creo que me lo comí pero no estoy seguro. Ellos me preguntaron cientos de veces sobre el contenido de esa fotocopia pero yo no me acordaba. ¡Ah! ¡Dios! –Se arrancó un mechón del pelo con rabia sin sentir el menor dolor–. No sé cuanto tiempo llevo aquí. –Se puso a trazar círculos invisibles con su dedo sobre la fría piedra del suelo y comenzó a canturrear algo ininteligible.

El hombre le miró con suspicacia. Conocía las tácticas de tortura que empleaba esa gentuza. Pedro Vargas Rovira estaba loco de atar, no era extraño que les hubiese proporcionado a sus captores, los domicilios de sus seres más queridos, el número de sus carnés de identidad, la seguridad social y si hacía falta inclusive, los datos de su cuenta bancaria…

–Está bien. –Asintió–. Me imagino lo que ha sucedido. Es como si lo estuviese viendo. Creo que te han robado el papel y la llave del apartado de correos. ¡Estamos perdidos!

–Creo que me estaba volviendo loco en esta soledad –ignoró lo que le decía mirándole como un animalillo acorralado– al menos ahora, podré hablar con alguien casi tan loco como yo.

–¡Ja Já! Malditos bichos, se morirán de rabia cuando descubran su error.

Pedro le miró con los ojos desorbitados.

–¿Que error abuelo? ¡No le comprendo!

–¡Esto!

Sacó del bolso de su pantalón una diminuta pieza metálica color azulado en la que se podían ver unas microscópicas muescas que formaban unos extraños dibujos y golpeó a Pedro con ella en la mejilla.

–Me la han dado para observar lo que hago con ella. Tú ¿Que crees que es esto, mexicano?

Pedro se volvió para protestar. Estaba harto de que aquel viejo le llamase continuamente mexicano. Pensaba que tal vez había algo en su aspecto que le inducía a llamarle de aquella manera o que simplemente lo hacía por fastidiarle. Estaba a punto de contradecirle cuando aquella cosa volvió a reclamar su interés. Se la quitó de las manos como si se tratase de una piedra preciosa y la observó por todas sus facetas con mucho mas interés.

Finalmente, denotando muy poco interés se la devolvió.

El viejo entre tanto, le miró con lastima. Aquel muchacho había perdido definitivamente la razón.

–Bueno: ¿Qué te parece?

–Es un simple trozo de metal azul. –Se encogió Pedro de hombros–. No sé de qué puede servir ante una puerta blindada.

–Otra vez te equivocas mexicano. Te lo dije en el metro la última vez que nos vimos. El universo conspira: ¿Recuerdas? Yo se lo que significa este minúsculo trozo de metal azul.

–Bueno, abuelo, y ¿que cree usted que es? –Dijo Pedro persiguiendo con sus manos el vuelo de una mosca invisible.

–Un vehículo. –Replicó con vehemencia.

–Esta usted más chiflado que yo, viejo. –Rompió a reír–. Al menos mi estancia va a ser a partir de ahora menos aburrida con usted.

–¿No lo crees? –Le miró de soslayo– ¡Extiende tu mano jovenzuelo y mira!

Cogió la mano de Pedro casi a la fuerza y colocó sobre ella el trozo de metal suspendido por un extremo.

La parte superior se tornó de un color rosa y dorado al mismo tiempo que iluminó la negrura de la sala con su bonita luz.

–En realidad es un vehículo y una llave. –Le explicó el anciano.

La giró dos veces en sentido contrario a las agujas del reloj y luego retiró su mano.

La tablilla quedó allí suspendida como una lámpara que carece de hilos de sustentación.

Luego, empezaron a surgir de ella algo parecido a pequeñas pompas de jabón que iban creciendo y realizando giros cada vez más vertiginosos sobre si mismas…

De repente, estaban rodeados de esferas transparentes de múltiples colores iluminadas por la tablilla azulada que se había puesto a girar cada vez mas rápido hasta que solo vieron a la madre de todas las esferas: una inmensa burbuja que parecía haber venido a su encuentro surgida de la nada atrayéndolas a todas hacia si.

–¡Ay bah! –Silbó Pedro impresionado–¿Qué estupefaciente me han echado en la comida?

–¡Deja de decir tonterías y observa! –Dijo el viejo ofuscado.

El general y cuatro militares cargados de armamento pesado irrumpieron en ese momento en la celda en medio de alaridos.

Frente a ellos, dos hombres encerrados en una esfera de un aspecto acuoso y a la vez, de textura tan dura y cortante como un diamante reían, señalándolos.

–Disparen. –Ordenó el general O´Flaherty– ¡Maldita sea! ¡Disparen! No quiero que ninguno de esos dos salga vivo de esta habitación.

Los militares no pararon de escupir fuego a través del perfecto y enorme boquete circular que la burbuja había abierto en el barracón, pero algo sorprendente ocurrió, cuando las balas impactaban contra la cambiante superficie acuosa se transformaban en brillante fuego para caer extintas al suelo como si una mano mágica les hubiese robado toda la energía cinética.

Estaban en un edificio de 200 metros de largo por 50 de ancho y una altura de casi 15 m. En la parte superior, un enorme portón metálico pintado de amarillo eléctrico, destacaba contra el gris pálido de la fachada carente de ventanas en las que apenas había una hilera de ventanucos situados a uno de los lados del portón.

Era una zona apenas habitada de algún lugar cercano al río Hudson al abrigo de unas colinas que le proporcionaban cierto aire de intimidad y reserva. Por ese motivo, aquella noche de tormenta, los relámpagos amortiguaron el ruido del intenso tiroteo, además, la zona era considerada militar y las maniobras en la región eran bastante frecuentes.

Pedro y el mendigo estaban dentro de la esfera de mayor tamaño, cuando las otras dos, más pequeñas, perforaron el suelo como si alguien las hubiese apuntalado desde el otro lado, para, luego reaccionando como imanes, salir catapultadas hacia adelante.

Poco a poco, y ante el estupor de sus secuestradores la esfera con Pedro y el Mendigo dentro, avanzó inexorable hacia el muro en el cual se había creado el inmenso boquete a su paso y desapareció como si se hubiese desintegrado.

–Por fin sabemos lo que era la tablilla: un pequeño vehículo de la gran nave nodriza. ¡Maldita sea, general! ¿Cómo he podido hacerle caso?

W cruzó los brazos y miró impotente el enorme agujero que las burbujas habían creado en la pared.

–Sí. –Protestó impotente–. Lástima que hayamos tenido que descubrirlo de esta manera. Esto, no hace mas que complicarnos las cosas.

Pedro y el mendigo flotaban ingrávidos sobre un mar de nubes iluminadas por la luna, mientras los relámpagos y los truenos rozaban la esfera sin dañar su estructura, como si algo los repeliese.

La visión de la burbuja en aquella tormenta era diáfana y desde el interior apenas había distorsión.

–¿Cómo lo supo? –Indagó Pedro mientras hacía resbalar la yema de su dedo por la frágil y al mismo tiempo resistente estructura transparente.

–Fue por casualidad. –Le explicó el hombre–. Mi nombre es Wilson–, me llaman "el mendigo". Le estrechó la mano con afabilidad–. Conocí las tablillas por primera vez en La Habana gracias a una vieja amiga. Estaba analizando una de ellas y la alcé para observarla con detalle a contraluz pero al girarla y bajar mi brazo con ella, se resistió quedándose fuertemente adherida en el aire y de pronto me vi envuelto por su estructura. Han cometido un grave error al dejárnosla pero me alegro porque eso ha facilitado nuestra fuga. –Rió de una forma tan estruendosa que acabó contagiando a Pedro.

A mucha distancia en el suelo el General O´Flaherty y sus hombres veían con impotencia perderse su objetivo. Con el entrecejo fruncido O´Flaherty, había tomado una drástica decisión.

Ahora si que estaba decidido a acabar con aquel campamento en el desierto a cualquier precio.

# XIX

*"Cuando estés fuera de casa, no vuelvas la vista atrás,*
*pues las Erinias siguen tus pasos"*

Pitágoras de Samos

El viaje en avión resultó tedioso. Se encontraba profundamente cansada y agobiada por las preocupaciones. Si a esto se sumaba lo incomodo de su asiento en segunda clase, todo resultaba un suplicio.

Se preguntaba que diablos hacía viajando desde América a Inglaterra. ¿A quien esperaba allí? ¿Qué pista se le revelaría para encontrar a Pedro?

Cuando se acercó al WC y se miró al espejo se dio cuenta de lo mucho que había envejecido. De la noche a la mañana, su hermosa y distinguida frente aparecía surcada por profundas arrugas. El aspecto era tan caótico que incluso ella misma se asustó.

No acababa de adaptarse a la tremenda tensión y depresión que sufría.

Eran casi las 8 de la mañana cuando llegó a Londres, cogió un taxi y le preguntó al conductor sobre un hotel cercano al aeropuerto.

Entregó su falsificado carné en la recepción del hotel y subió a su habitación. En la llave el 557 indicaba que su habitación se encontraba en el ala izquierda al fondo de un pasillo que se le antojó interminable.

No deshizo el equipaje, llamó por el teléfono a recepción y dejó aviso de que la llamasen a las 7 de la tarde. Inmediatamente después, corrió hacia la bañera y vertió bajo el grifo una considerable dosis de gel de baño para crear una espuma abundante. Sumergida en ella, se quedó dormida.

Habían pasado dos largas horas cuando el frío del agua la despertó.

Salió apresuradamente de la bañera, se secó con energía y corrió a refugiarse bajo la manta nórdica que cubría su cama.

Volvió a quedarse profundamente dormida y tuvo unos sueños muy agradables hasta que nuevamente volvió a sentir aquella voz que retumbaba en su cerebro:

–¡¡Despierta!!

–¿Es esto un sueño? ¿Quién eres? –Se incorporó en la cama dando un salto.

La habitación estaba vacía.

Ya había comenzado a tranquilizarse pensando que había tenido una horrible pesadilla cuando reparó en algo, que antes había mirado con total naturalidad sin percibirlo.

Había un águila posada en el alfeizar de la ventana y no era una sombra. Era extraño que un animal tan bello y salvaje hubiese llegado hasta allí, posado como si nada, tan lejos de los valles y las montañas que serían su sustento. Por un momento, pensó que debía moverse muy despacio para que no asustar al animal ya que, de lo contrario, entraría revoloteando en la habitación y sería mucho más difícil expulsarla.

Se movió sigilosamente y descubrió que el águila permanecía tranquila, estudiando todos y cada uno de sus movimientos con vivido interés. Le miraba, como si su presencia humana, resultase para ella lo más natural.

Recordó un clásico de Alfred Hitchcock llamado “The birds” en el cual la actriz Tippi Hedren se ve atacada por una bandada de pájaros enloquecidos.

Estaba planteándose la posibilidad de llamar a recepción para alertar de su presencia cuando el águila abrió el pico para hablarle. La voz que salía de la garganta de aquel animal no era una voz humana, aún así todo cuanto decía, aunque extraño, resultaba claramente inteligible:

–Tu tiempo termina sino te das prisa. ¡Despierta!

–Pero, si ya desperté. –La miró con extrañeza– ¡Debo estar volviéndome loca, las águilas no hablan!

–¡Tú lo has dicho! –Replicó el águila–. Efectivamente las águilas no hablamos por eso te digo que debes despertar de tu sueño. Tu única opción es adelantarte a quienes te persiguen.

– Pero: ¿Quién me persigue? ¿Por que? No lo comprendo. ¡Comienzo a hartarme de todo esto!

–Aquella que retiene a tu marido. ¡¡¡Date prisa, despierta!!!

Despertó con la misma sensación horrible de estar ahogándose en un río. Esta vez si que se había dormido de verdad. Había soñado que estaba despierta y había visto un águila, pero ni el ave rapaz, ni su propia imagen temerosa caminando descalza para no alertarla mientras dudaba si avisaba a recepción había sido real. Todo había sido una gran fantasía.

Miró el reloj. Aún no eran las cinco de la tarde y su billete de avión para El Cairo era para las 9 de la tarde, no obstante, sentía pavor a no despertar a tiempo si volvía a dormirse. No había ni rastro del águila en su habitación, seguía vacía y pulcra como siempre, la ventana estaba cerrada, la cama deshecha y su maleta sin deshacer. La visión de aquella águila le había provocado escalofríos. Decidió que ya no podía continuar allí por temor a que la pesadilla se repitiese así que prefirió esperar en la cafetería del aeropuerto y hacer tiempo.

Bajó en el ascensor y una vez fuera, descendió corriendo, con su pequeño equipaje de mano, las escasas escaleras que

le separaban de la recepción. Pagó su estancia con parte del dinero que le había dejado aquel extraño taxista en Nueva York y a la pregunta del empleado sobre si la habitación y el trato habían sido correctos respondió que no tenía la más mínima queja de el trato y la habitación, habían sido inmejorables, lo que ocurría es que temía perder el avión si se dormía, y por eso, había decidido marcharse antes al aeropuerto.

El empleado había dicho que ella había dado aviso de que la despertaran, que si ese era el problema: el miedo a quedarse dormida no era necesario que se fuera.

Myriam había insistido al empleado que no se preocupara diciéndole que si realmente quería hacer algo por ella, le enviase un taxi a recogerla al hotel.

El taxi finalmente la dejó frente al aeropuerto. Myriam, se propuso comprar algo de ropa en una boutique cercana pensando que un mejor aspecto la haría pasar más desapercibida y elevaría su baja autoestima.

Ya en la barra de la cafetería pidió un café solo, muy cargado.

–¿Se encuentra usted bien, señora…?

El hombre maduro y atractivo que la miraba tras el mostrador peinaba canas, parecía una de esas personas con las que no cuesta sincerarse, aunque ella, no estaba de muy buen humor para entablar una conversación.

–Luisa. –Se identificó secamente–. Me llamo Luisa y sí, estoy un poco cansada, gracias.

De poco había servido su azaroso esfuerzo en cambiar de aspecto, no había conseguido mejorar su agrio carácter. Al ver la expresión de tristeza del camarero se apiadó de él y le dijo:

–He tenido un mal día, perdóneme no hay nada que un poco de descanso no pueda cambiar.

–Se va de viaje Luisa. –Adivinó él apretando el filtro de café. Depositó junto a la taza unas galletas y un pequeño

vaso de zumo de naranja y añadió–. Y sospecho por la preocupación que se nota en su bonito rostro, que no es un viaje de placer el que la trae aquí, más bien parece como si huyera de algo o de alguien.

Pensó en decirle que eso a él no le interesaba, pero luego de mirar su bondadosa cara y sus ojos francos, frunció el ceño y encendió un cigarrillo.

–Sí, me dirijo a Egipto y sospecha muy bien, no es un viaje de placer.

Caballerosamente, el camarero, algo entrado en carnes, se apresuró a proporcionarle fuego de su mechero.

–¿Negocios? –preguntó escuetamente.

Al aspirar el humo del cigarrillo se produjo un pliegue en sus labios pintados de carmín.

–¡Ajá! –Respondió.

–¡Ojala todo vaya sobre ruedas! Se lo deseo con toda mi alma. ¿Está suficientemente templado el café o quiere que le sirva un poco de leche fría para que no se demore?

–Todo está perfecto gracias. –Lanzó al aire una voluta de humo azul.

El camarero sonrió y acudió a atender a otro cliente. Myriam pensó que aquel apacible hombre era una persona observadora y agradable. Quedaba ya poca gente que se preocupase por los demás cuando no había obligación. Se arrepentía de haber sido tan hosca y grosera.

Por un momento se distrajo mirando la marea humana.

Luego, dejó sobre una pequeña bandeja de plástico el suficiente dinero para pagar su consumición y se dirigió al puesto de información más cercano.

Entretanto, el camarero que no le había quitado el ojo de encima desde el primer momento en que la vio, marcaba nervioso un número de teléfono:

–¿Aló? –Sonó una voz al otro lado.

–Se dirige a Egipto. –Dijo lo suficientemente alto para ser oído sin despertar sospechas–. Se ha teñido el pelo de rojo. También se ha cambiado el nombre. Ahora dice llamarse Luisa…

–¿Y los apellidos?

–No me ha dado tiempo a intimar más con ella. –Respondió en un tono avinagrado–. Estaba muy reacia a sincerarse, no insistí para no importunarla. ¡Le dejo! Creo que ya se marcha…

–¡Aún no! ¡Espere! A usted ya le ha visto y si ve que la sigue puede alarmarse. Llame a Jones que anda por ahí cerca y dígale que no la pierda de vista. Quiero que se entere de todas las personas con quien se cite, quiero saber hasta la marca de champú que utiliza y no quiero ningún fallo. ¿Me oye?

–Así se hará, señor. –Colgó el teléfono sin rechistar.

–¡Por favor! –Myriam se hacía paso a empujones– ¡Por favor! ¿Podrían indicarme si el avión al Cairo sale con retraso?

El dependiente tecleó con agilidad sobre el Terminal y después guardó silencio. Volvió a observar nuevamente la pantalla mirando bien cada línea de información y levantó la vista para sonreír.

–No está previsto ningún retraso para hoy. Si lo desea puede facturar su equipaje en la G7.

–Gracias, es usted muy amable.

Pensó decirle que no tenía más que un bolso de viaje que había comprado en la boutique del aeropuerto pero llegó a la conclusión que al empleado no le interesaría en absoluto este dato así que se dirigió a la puerta de embarque que aparecía en los monitores y se sentó a esperar en uno de los bancos.

Dentro de su bolsa guardaba el extraño móvil cuya tapa delantera se abría convirtiéndose en un pequeño portátil. Ardía en deseos de llamar a su hija y decirle que estaba bien pero estimó que aún no era el momento, todavía no, tenía miedo que alguien la viese, la Terminal estaba atestada de gente.

No podía regresar a casa pues los secuestradores de su marido le seguían la pista y cuanto más tardase en llamar a Laurita, más tiempo podría preservarla del peligro.

Debía ir al Cairo tal y como el taxista le había indicado y desde allí a Petra a la tumba de la Urna.

El destino le avocaba a una búsqueda forzosa. Y ella temía que hiciese lo que hiciese, siempre perdería.

Un águila puede sobrevolar grandes extensiones sin que apenas se perciba el movimiento de sus alas, puede encontrar atajos aunque no sobrevolar océanos. Eso no sucede con Águila gris porque ella es mitad realidad y mitad sueño y ya se sabe que en los sueños, todo es posible. En el libro de Zohar se habla de la división del mundo que consta de dos partes de las cuales una es visible, y la otra invisible, a veces, lo visible no es sino el reflejo de lo invisible.

En el sueño, Águila gris podía hacer cuanto le viniese en gana pero el mundo real tenía sus propias reglas.

Llevaba varios días sin comer y se posó en un pequeño árbol cuando de pronto, unos críos, comenzaron a arrojarle piedras. Así que alzó el vuelo como buenamente pudo y se posó en lo alto de una casa donde la presencia de un gato no le dejó ni un minuto de alivio. Entonces, bajó a la fuente y ni con esas…

El grupo de pequeños gamberros al descubrirla se acercaba a ella blandiendo sus piedras.

Águila gris remontó el vuelo y huyó de ellos. Emitió un agudo graznido y buscó cobijo en los escarpados acantilados.

La desesperación de huir de las piedras de aquellos pequeños y el miedo a morir contra los riscos, hizo que su cuerpo, movido por un resorte cambiase de decúbito supino a la posición de sentada en un santiamén.

La tensión que había impreso en cada músculo de su cuerpo le produjo un intenso dolor. Con los ojos muy abiertos y el pelo y la cara cubiertos por un baño de sudor, lanzó un agudo chillido que alertó al pequeño equipo médico.

–¡Cálmate! –Dijo el doctor materializado al borde de su cama.

–¡Todo estalló! –Gritó fuera de sí–. ¡Yo era un águila! Intentaba reunirlos a todos. ¡Unos niños me atacaron con sus piedras! ¡Me escapé!

El hombre maduro vestido con una bata de una blancura impecable, dejó que se desahogase y continuase diciendo una serie de palabras incongruentes. Finalmente, cuando pasó el ataque de histeria, recobrada la calma, la dejó que se palpase el cuerpo y comprobase que todo estaba en su sitio.

Lídice comprobó que no solo no le faltaba nada sino que había aparecido algo nuevo. Sobre su cuello, destacando sobre su camisón blanco, pendía el medallón con el águila azul que ella recordaba haber despreciado y dejado sobre la hierba. ¿Por qué volvía a estar en su cuello otra vez? ¿Donde estaba ella? ¿Qué le había pasado?

–¿Quién ha traído esto? –Balbució señalando el medallón.

–¡Tranquilízate! Estás aquí porque Wilson te trajo. –Dijo el doctor–. La organización cubre todos los gastos médicos.

La voz del médico era pausada y sumamente relajante. Palpó su frente para comprobar su fiebre e indicó a una de sus enfermeras que le suministrase un sedante en el suero.

Mientras la enfermera lo preparaba, comenzó a golpear la pierna de Lídice con un pequeño martillo metálico.

–¿Te duele? –Inquirió.

–No. –Confesó ella visiblemente preocupada.

–¿Y aquí? –Insistió más arriba.

–¡No, tampoco!

La mirada del doctor reflejaba preocupación.

–Tengo que decirte algo Lídice. –Apoyó una mano en su hombro como si lo que tuviese que comunicarle fuese sumamente grave–. Te hemos practicado muchas curas pero ha llegado un momento, en que es muy posible que no podamos salvarte la pierna. Por eso, para evitarlo, tenemos que operarte. Lo íbamos a hacer de todos modos sin tu permiso, pero ahora que estás despierta me agradaría que me facilitases tu consentimiento por escrito.

–¿Y si no lo hago que pasará?

–Serás una lisiada durante toda tu vida de todos modos, pero al menos salvarás tu pierna.

Lídice volvió a tumbarse y miró al techo asustada, mientras el médico a quien la enfermera había proporcionado la jeringuilla, palpaba las venas de su brazo y daba unos pequeños golpecitos a la aguja para extraer el líquido sobrante.

Apretó los ojos para evadir el dolor, pero no pudo evitar la lágrima que en aquellos momentos se deslizaba por su mejilla y mojaba sus labios contraídos. Miró los ojos del doctor, inmensos y marrones a través de las gafas de montura negra y asintió.

Antes que ella volviese al reino de los sueños el médico le dijo:

–¡Un poco de morfina te sentará bien! Has estado mucho tiempo en coma, Lídice. ¡Bienvenida al mundo de los vivos!

# SIRVIENTE DEL PROTECTOR

# XX

*"Dios creó el desierto para que el hombre pudiese ver las palmeras".*

*"El alquimista" de* Paulo Coelho
Desierto de Nefud. Península Arábiga

"Mi nombre es Abdel Hâfer, nombre que en tu lengua significa Sirviente del protector, tengo treinta y dos años, amo el desierto más que a nada en el mundo y soy un incansable devorador de libros".

El hecho de vivir aquí no me hace un bárbaro pues siempre tuve inquietudes y le di gran importancia a mis sueños.

Yo soñé.

Soñé con un valle en la Antártida donde en la larga noche del invierno se reúnen los pingüinos a pasar la época de la oscuridad. Todos se dirigen a ese valle cuando el invierno alcanza su máximo rigor.

Últimamente mis sueños son un tanto caóticos.

Aunque vivo en el desierto a veces me desplazo a poblaciones importantes y aprovecho la ocasión para comprar o intercambiar libros.

Realmente, me interesan todos los temas. Los engulló con avidez. Hablo perfectamente inglés, español, francés y también algo de alemán, aunque de forma muy básica. Esta fluidez de idiomas me ha sido dada desde la niñez, pues vivir aquí, en esta soledad, me hace soñar con diferentes gentes y lugares del mundo.

Hace apenas un año que volví aquí, al lugar en que nací. Mi vida en el desierto es dura, pero no exenta de encantos, sobre todo cuando contemplo en estas frías noches el cielo azul índigo sobre un mar de interminables dunas rosadas.

A pesar de toda la monotonía de este paisaje casi lunar, nada aquí es perdurable.

Lo mejor de todo, es la lejanía con la civilización. No hay contaminación, ni ruidos, solo la extrema belleza de lo simple y no mancillado por el hombre.

A veces, bajo este calor sofocante, después de haber recorrido las principales ciudades de occidente, llego a la conclusión de que la gente no es mala por naturaleza sino que son la desidia y avaricia de este mundo, ajeno al individuo, las que hacen aflorar lo peor de sus mentes.

El desierto es un buen lugar para encontrarse con uno mismo, recargar la energía agotada y comprender que somos parte de un complicado engranaje.

Piensa un poco: Yo soy un granito de arena en el desierto pero lo pequeño hace lo grande y sin la minúscula arena ¿Qué sería del desierto?

Yo soy una estrella en un cielo infinito pero sin el Sol, me apagaría y el mundo dejaría de existir…

Así pues, no importa donde hayas nacido ni cual sea tu origen porque de todas formas aún a pesar tuyo, ya formas parte de este complicado engranaje de la vida.

Si me preguntasen que amo de las ciudades les diría que las amo sin más, no para asentarme en ellas. Me encanta conocerlas, aunque nunca he sentido el deseo de echar raíces. Allí, la individualidad no existe, te dejas arrastrar por el mundo, la sociedad, las circunstancias y acabas convirtiéndote en un esclavo del sistema… solo cuando regresas y te enfrentas a ti mismo aquí, en la soledad del desierto, dilucidas todas las cuestiones y tu actitud ante la vida.

Algunas especies en otras partes del mundo pero, sobre todo en África, marcan sus territorios e imponen sus límites a otros iguales. La especie humana debería haber aprendido a desterrar esa idea porque en el horizonte se encuentra nuestra única esperanza. El tesoro que buscas subyace allí enterrado, donde nace el arco iris, donde nuestra especie ha de comenzar la búsqueda".

Abdel, pensaba esto y protegía el rostro del fuerte viento del Simún cuando se topó con una flor. Era un extraño sitio para una planta tan delicada, posiblemente al día siguiente se agotaría la poca agua que la sostenía y estaría muerta al amanecer.

La vida es tan fugaz a veces que casi no la percibimos.

Se agachó y tomó la delicada flor por su frágil tallo para no dañarla y con su enorme y morena mano la introdujo en una pequeña bolsa de lino. Pensaba dejarla tres kilómetros más allá donde sabía que habría agua.

En el desierto el agua es síntoma de vida y el mayor tesoro con que uno puede toparse.

–¡Es hermoso el atardecer! –Caviló con la mirada perdida en el infinito–. Aquí donde la soledad del alma se respira, cuando la noche cae y las estrellas te envuelven con su resplandor de plata.

Había que levantar la cabeza pero mirando al Este, alto en el cielo, a unos 80 grados, casi en la vertical se veía majestuosa la estrella Sirio con su titilante y hermoso cambio de colores, destacando sobre un cielo azul que empezaba a hacerse negro por el Oeste.

Abdel imaginaba que hermoso espectáculo sería un cielo con dos soles: Una gigante roja y una enana azul virando juntas en un abrazo final donde lo nuevo y lo viejo se unirían en la relatividad de las eras estelares.

Tal vez, en mil millones de años, el cielo que veía ahora no se parecería en nada a este, si es que el mundo

tal y como él lo concebía, continuaba existiendo cuando él hubiese muerto.

El universo es un hermoso lugar cuando uno está dispuesto a mirar y dejarse conducir.

A Sirviente del Protector le encantaba estar al acecho, cada noche, mientras buscaba estrellas fugaces.

Las contaba.

Anhelaba encontrar una, tan solo un fragmento. Tal vez aparecería en el sitio más insospechado y tendría bastante parecido con alguna de esas piedras refulgentes que con frecuencia veía durante sus paseos y que no encajaba con el ocre de la arena.

# XXI

*"Una amistad noble es una obra maestra a dúo"*

Paul Charles Bourget

A través del pañuelo palestino con el que se protegía el rostro, divisó los vivos colores de las jaimas. Con la garganta seca y los pies llagados, avanzó lentamente hacia ellas. A veces se convencía del inútil sacrificio que suponían aquellos largos paseos a pie por el desierto pero una enorme desazón le embargaba si no cumplía con su rutina diaria.

Al contrario de las gentes del campamento a Abdel le encantaba caminar. Había renunciado hacía tiempo a la idea de aposentarse y crear una familia. Tampoco tenía más ganado que el que su padre criaba. Su espíritu nómada le impedía estar quieto en alguna parte, lo consideraba una pérdida de tiempo que no podía permitirse.

Pero si algo hacia Abdel, mejor que nadie, era construir pozos.

Gracias a sus estudios en países europeos había logrado crear un sistema de regadío y una laguna artificial que servía de alivio a sus gentes y daba de beber al ganado. Al menos, era la única cosa positiva que había sacado en limpio de su larga estancia por occidente.

Las mujeres trabajaban en un bullicioso frenesí amasando el pan, despiojando a sus hijos y trayendo agua de un lado a otro. Algunos mocosos recogían boñigas del

suelo y las llevaban a los hombres para abonar la tierra, otros se arremolinaban imprudentemente alrededor de las faldas de sus madres, haciendo que estas tropezasen y derramasen el contenido precioso de sus garrafones.

Los viejos sentados en el exterior de las tiendas aparentaban estar más tranquilos. Con una mano tapando sus ojos, se protegían de los últimos rayos del sol y contemplaban como los más jóvenes resguardaban al ganado de la fría noche que se avecinaba.

La vida seguía su aparente curso y eso era lo más inquietante. Cuando comenzaba a percibir esta sensación, Abdel se planteaba que debía mudar de lugar. Se sentía nervioso, como si algo le ahogase, como si todo aquello por lo que hubiese vivido y luchado perdiese progresivamente su valor. Entonces sus noches se plagaban de extraños e indescifrables mensajes como el que había tenido la pasada noche: Un hombre que huía entre una multitud aterrada dejando el cadáver de un viejo recostado en un muro junto a un águila enorme...

Durante todo ese tiempo en que había permanecido en la casa de su padre había tenido esas pesadillas. En ellas, podía sentir el dolor y la desolación de unas personas a quienes no conocía. Solía decirse a sí mismo para tranquilizarse que aquello no era real y que desaparecería en el momento en que moviese lentamente los dedos de sus manos y pies y abriese lentamente los ojos.

Y cuando lo hacía, volvía a él, la sensación ensordecedora que produce una detonación, la imagen del pequeño montón de plumas ensangrentadas sobre la nieve y el dolor que oprimía el corazón de un pobre viejo hasta hacerlo estallar.

Era una fantasía conformada de imágenes muy reales. Decidió que no quería pensar en ello pues no era agradable.

Bordeó el camino lleno de palmeras y olivos que conducía a la laguna artificial de la cual era el artífice. La laguna

estaba casi seca en aquella época del año. Del interior de las jaimas le llegaba la voz melodiosa de Karima.

Aquella tarde parecía más contenta que de costumbre. Hacía tiempo que no la oía cantar de aquella forma. Retiró la tela, y pasó al interior con seguridad.

–As salamu 'aléikum Abdel. –Se giró sorprendida, mientras doblaba una pieza de ropa. *(Que la paz sea contigo).

Soltó la pieza y corrió a estrecharle entre sus brazos con el mismo cariño con que abrazaba a su hijo. Al instante, se retiró como si hubiese hecho algo incorrecto.

–Wa 'aléikumus salam Karima (y que sea contigo también). –Se sonrojó–. Pasaba por aquí y te oí cantar. Entonces recordé que hoy nos toca leer juntos ese libro que tanto te gusta.

Ella le miró, tenía un aspecto extraño, con sus pantalones tejanos, vestigios de la moda que había traído de Europa junto aquel pañuelo a modo de turbante de sus vacaciones en Palestina y la camisa sin botones propia de las gentes de su pueblo.

Era muy alto, de extremidades delgadas y grandes. Sus ojos negros, poblados de largas pestañas la miraron, consumido por el agotamiento.

–"Los nómadas, mis hermanos, van a beber a la Osa Mayor" "Caravana de palabras*" –Recitó ella con entusiasmo. ¡Como me gusta ese poema! Me gustaría tanto leer tan bien como tú, Abdel.

–Haces muchos progresos. –Le besó afectuosamente las blancas manos...

Le pareció ver a través de la negra rejilla que tapaba su cara, como sus ojos brillaban de una forma que no había visto jamás. Llegó al cabo de un rato a la conclusión, de que todo era un efecto de su imaginación. Jamás había podido

---

* "Caravana de palabras" poema de Abdourahman Awaberi.

contemplar el rostro de aquella mujer tras la tupida seda bordada tras la que se escondía.

Imaginó que sus ojos, mansos como las aguas de un lago, podían ser negros como la noche, o del azul más oscuro. Lo que más le gustaba era conversar con ella. Había algo en aquella mujer que la hacía fascinante y diferente del resto de las mujeres que él había conocido a lo largo del mundo.

Karima le preparó un vaso de leche que acompañó de un plato lleno de almendras regadas con miel... Para ella, aquel vaso lleno de leche fresca junto con las almendras y los dátiles suponían la mayor ofrenda con que podía agasajarle. Él se hallaba comprometido en la tarea de enseñarle a leer y solía compartir charlas con ella acerca de diferentes aspectos de la vida. Nadie más que ellos dos, sabía lo que hacían y no querían compartir con nadie su secreto.

–¡Tienes que marcharte rápido antes que alguien nos vea! Tal vez leamos mañana al anochecer, sabio Abdel, pero hoy estoy cansada –le tendió su vaso con elegancia–. Pero antes –dijo– ¡Vamos siéntate conmigo y bebe tu leche! Mi esposo Târek y mi hijo llegarán cualquier día de estos y nuestras largas veladas se acabarán. Han estado algún tiempo fuera, como sabes llevando nuestro ganado al mercado. ¡Tengo tantas ganas de ver a mi hombrecito!

Aquellas palabras de Karima le enternecieron profundamente. El hombrecito al que se refería era su hijo, le daba miedo verle crecer a pasos agigantados, tenía pavor a que dejase de quererla.

Sin querer, Abdel evocó a Fátima. No es que la situación de su amiga Karima se pareciera ni mucho menos a la de aquella mujer que conoció hacía dos años y que había trastocado todo su mundo. Pero había algo en ambas que las unía, tal vez el vínculo fuese el sufrimiento.

Hacía como unos dos años Abdel había partido a Europa en busca de un mundo mejor, pero la avaricia de las personas y el capitalismo ciego le dio tanto asco que

intentó regresar nuevamente con su padre y hermanos pese a que disponía de un permiso de trabajo.

Se hallaba en Algeciras y aguardaba un barco que saldría al amanecer. Aquella noche, paseando por la playa de la Lanzada vio algo. En principio, creyó que podía tratarse de un oscuro amasijo de redes pero le inquietó el tamaño del bulto. Cegado por la oscuridad, tardó un poco en acostumbrarse y percibir los contornos del cuerpo humano hecho un ovillo con el que sus pies habían tropezado. Había muy poca luz…

Desfallecida, flaca y deteriorada, aquel deshecho humano abrió sus deslumbrantes ojos oscuros y algo se le removió dentro del alma.

Guardaba unas chocolatinas que había comprado para el viaje y quiso ofrecérselas. Ella, estaba tan débil que apenas si podía masticarlas.

–¿Cómo te llamas? –Le preguntó.

Ella, le miró en silencio como si hubiese visto un espectro y no comprendiese lo que quería decirle. Probó a hacerlo en francés:

–Tu t´appelles comment?

–Fátima. –Respondió con un hilo de voz. Aidez-moi s´il vous plait! Vous êtes un bon home.

Abdel intentó convencerla de que en un hospital estaría mucho mejor. Al oír la palabra hospital, se revolvió como una fiera.

Intentó tranquilizarla y le pidió encarecidamente que le contase su historia.

Ella, así se la relató.

*“Me llamo Fátima. Vivía a las afueras de Casa Blanca, en una casucha destartalada. Tuve tres hijos de los cuales dos, murieron de hambre.*

*Siempre soñé con una vida digna, un trabajo, una escuela para mi único hijo, el único que me quedaba, por*

*eso, había convencido a mi marido para cruzar conmigo el estrecho en una chalana de dos remos.*

*Para pagar nuestro billete, habíamos entregado hasta la última de nuestras propias pertenencias.*

*Lo teníamos planeado. Entraríamos como ilegales y una vez dentro del país saldaríamos nuestra deuda trabajando en lo que fuese. De esa forma, podríamos traer con el tiempo al pequeño que habíamos dejado atrás, al cuidado de los abuelos.*

*Una tempestad hizo que perdiésemos el rumbo dejando muy lejos la costa.*

*Iban cinco personas más en nuestra patera: tres adultos y dos niños y mi marido y yo. Durante el trayecto los comestibles se agotaron y nos vimos obligados a beber el agua del mar y nuestra propia orina para evitar la deshidratación. Parecía que pronto íbamos a alcanzar la orilla pero aquella noche, el estado de la mar empeoró y la barca se hizo astillas contra las olas.*

Fátima rompió a llorar al evocar el momento en que su marido y los cuatro restantes morían engullidos por el mas. Sin saber que hacer, Abdel, la estrechó entre sus brazos y acarició su corto y rizado cabello para sosegarla.

Escuchar su relato le sobrecogía.

La imaginó nadando y nadando hasta que reventada de cansancio se abandonó a lamuerte.

Aquella noche, que Abdel la encontró en la playa de la Lanzada, ella no era más que un despojo. Días más tarde, sintió que el coraje renacería en su interior. El coraje de una mujer que a pesar de todo, no se rendía y que repetía con las pocas fuerzas que le quedaban que los europeos se lo debían. Y que de vivir mil vidas, volvería a intentarlo.

Pero en aquel momento, lo único que pudo hacer por ella era tranquilizarla diciendo que no llamaría a la policía. Utilizó su chaqueta y más tarde su propio cuerpo para

evitar que muriese de hipotermia, aquella fría noche, ante su negativa y su pánico a ver a un médico.

Esa noche, la peor de todas, sintió que Fátima se le moría en los brazos.

La reanimó desesperadamente, le dijo lo mucho que la quería, aunque acababa de conocerla e intentó por todos los medios mantenerla despierta.

Así la consoló diciendo que ambos eran pobres y que no necesitaban dinero. Solo les bastaba la inmensidad del cielo, un lugar donde caminar y algo que llevarse a la boca.

También le habló de su familia a la que nunca le faltó lo necesario para vivir dignamente. El resto del tiempo, solo dijo tonterías para mantenerla despierta.

Necesitaba que Fátima tuviese los ojos abiertos hasta la llegada del sol.

Abdel, solo sentía asco, rabia, y dolor hacia la avaricia de este mundo, obsesionado por el dinero y un muy dudable bienestar social.

Para él, un hombre era rico, cuando sentía crecer a su alrededor la vida y la alegría y eso era incompatible con el ansia de poder o riqueza que ofrecía un mundo artificial en el que se negaba el derecho al trabajo y la solidaridad con personas de razas distintas.

El amanecer llegó finalmente y los sorprendió abrazados sobre la húmeda y fría arena, con los pies mojados por las pequeñas olas que lamían la orilla.

Fátima pareció revivir un poco y apoyada en su hombro, se dejó conducir hasta la Línea, convencida por Abdel de que debía relatar a las autoridades los hechos. Abdel daba por sentado que Alá obraría alguna especie de milagro para mantenerla a su lado.

Fueron dos días intensos, y felices en el que la única nota de amargura fue ver en el periódico los cadáveres que

la marea había arrastrado a la playa, muy cerca de donde ellos se habían conocido aquella noche.

Aún debían pasar una semana más juntos, antes que ella la repatriaran a su país y ya nunca mas la vio.

Abdel se sentó en el suelo y apuró el cuenco de leche. El blanco y fresco líquido actuó como un bálsamo en su garganta seca. Estaba fría y realmente deliciosa. Miró los dátiles y las almendras y no pudo resistirse a su dulzura, por un instante, olvidaba el dolor que sentía en los pies. Ahora, lo que más le dolía era el corazón al evocar a Fátima, su amor a punto de morir.

–¡Mira como los tienes! –Se compadeció Karima arrodillándose a su lado. Examinó los desnudos y grandes pies de Abdel y preguntó si le permitía curárselos.

–No es necesario. –Declinó su ofrecimiento y apartó con suavidad sus suaves manos lejos de él asegurando que él mismo podía curarlos sin su ayuda.

–¡Pero sangran! –Insistió ella contrariada–. No sé porque te gusta tanto dar esos largos paseos. El desierto es un lugar peligroso, incluso para ti valiente Abdel. ¿Acaso no temes a los halcones?

–Soy un solitario y no temo a nadie que no sea yo mismo. –Refunfuñó como única respuesta.

Karima guardó silencio un poco avergonzada y tomó asiento a su lado.

Al cabo de unos instantes la oyó decir con voz cantarina:

–Como todos los años se aproxima la caravana. Supongo que te gustará unirte a ellos. ¡Ojala también yo pudiera hacerlo pero mis obligaciones y mi condición de mujer me lo impiden! Tú eres un hombre, eres además joven y sin ataduras, un viajero incansable por naturaleza. ¡Esta es tu oportunidad Abdel! ¡Aprovéchala y vete de aquí!

–He recorrido medio mundo, pero ahora me encuentro muy a gusto aquí –jugueteó con una almendra del plato.

No le dijo que tenía pensado hacer su equipaje en breve y marcharse a Venecia. Nunca había estado en esa ciudad. Había visto fotos de sus canales y le habían encantado. Petra era otra posibilidad. Guardó silencio y pareció pensar lo que iba a decir a continuación.

–Karima hay algo que me ronda la cabeza. –Escupió finalmente– ¿Tú nunca has soñado con otra vida mejor? Me refiero a que eres una mujer inteligente y bella. Últimamente has hecho muchos progresos con los libros y sin embargo aún no acabo de entender tu sumisión. No quiero ofenderte, no. Es porque te aprecio que pienso que deberías hacerte valer un poco más. Podrías viajar, ponerte pantalones como las mujeres occidentales, ir a la universidad... No sé... Odio pensar como entierras tu inteligencia en este lugar.

Era consciente de que la estaba ofendiendo, pero no le gustaba verla así. Le sorprendió que la mujer rompiese a reír. Era agradable oírla. Tenía una risa contagiosa tan musical como el tintineo de las monedas en las pulseras rodeaban sus tobillos. Ella hacía que las cosas más nimias fueran importantes.

Esperó pacientemente que recuperase la calma y le preguntó confuso:

–¿Cuál es la causa de que te rías así? ¿Es que he dicho algo gracioso?

–De eso se trata Abdel. –Se levantó y recogió de sus manos el cuenco de leche vacío y lo llevó hacia el lavabo–. Tú estás acostumbrado a tratar con mujeres occidentales y a veces pareces olvidarte de las dificultades que atravesamos las mujeres de aquí. Yo me rió porque pretendes hacer de mí, alguien que nunca lograré ser. Me educaron para servir a mi marido y mis hijos y siendo muy niña me prometieron al que hoy es mi esposo. Tuve que aprender a amarlo y no fue fácil, pero ese era mi destino y yo lo acepté. ¿Realmente has pasado tanto tiempo fuera que no sabes como funcionan las cosas aquí?

–Pero ese velo y ese vestido que te cubre de pies a cabeza. –Titubeó asqueado–. No todas las mujeres lo usan.

He visto algunas que han progresado y únicamente se cubren con un simple pañuelo y la gran mayoría, llevan al descubierto su cara. Sí, ya sé que tú eres distinta. ¡Perdona si te ofendo, nada más lejos de mi intención! Pero a veces imagino como será tu rostro y sospecho que debe ser muy hermoso sin la barrera de ese trozo de tela.

–Tienes mucha imaginación Abdel. –Replicó con tristeza–. Pero olvidas que yo no soy como el resto de las mujeres de aquí. Soy la excepción.

Karima alzó con sutileza la lona de la tienda para que Abdel pudiera salir. Éste, todavía sentado, comprendió de inmediato el gesto y se apresuró a levantarse. Contempló a través de la lona azul de la tienda que la noche había llegado y que el cielo estaba cuajado de estrellas. El aire gélido impregnado con aroma a té verde helado y dulces de hojaldre, le azotó el rostro con placer aunque, también con crudeza al recordarle todo el hambre que sentía.

–Gracias por la dulzura de los dátiles y las almendras. –Se disculpó y bajó tímidamente la cabeza antes de atravesar el umbral–. Mañana si quieres aún podemos leer juntos si todavía no estás enfadada conmigo.

–¡Espera! –gritó ella viéndole partir y al instante se asustó del volumen de su propia voz–. ¡Espera Abdel! Antes que vayas a dormir a tu tienda quería decirte que hay algo mucho peor que este velo que me cubre de pies a cabeza. Al fin y al cabo esto solo es un trozo de tela.

–¿Qué es? –Quiso saber él.

–El velo de las palabras, los sentimientos, las ideas. –Respondió con la voz quebrada–. Ese es el velo que nunca me permiten quitarme y ese, es sin duda el peor de todos velo.

# XXII

*"Continuamos siendo imperfectos, peligrosos y terribles,*
*y también maravillosos y fantásticos.*
*Pero estamos aprendiendo a cambiar".*

Ray Bradbury

Diana y Jhon, iban camino a las montañas con intención de analizar unas fallas de origen terciario.

Diana era geóloga, John analista informático y Ángela su guía.

Jhon y Diana habían encontrado a Ángela a través de un anuncio. Necesitaban a alguien que hablase un inglés fluido, francés y a ser posible, algunos dialectos de la zona. Ángela, cumplía todos esos requisitos.

Diana y Jhon eran licenciados en Hardvard, su tesis había versado sobre el análisis de fallas tectónicas mediante un algoritmo de su invención.

El trabajo consistía en aplicar métodos de redes neuronales a análisis de fotografías en la banda de rayos X y la luz visible, cruzando estas, con redes entrenadas junto a datos magnéticos y eléctricos del terreno.

Básicamente, el sistema consistía en clavar unas picas de metal a intervalos regulares en el suelo y medir sobre ellas la conductividad de una pica con todas las demás.

Luego introducían datos de intensidad de campo magnético.

Todos estos datos entraban en un modelo neuronal al que entrenaban cruzando los datos con fotografías aéreas o de satélite y resultados reales.

Después de un cierto entrenamiento, la red conseguía predecir el relieve electromagnético de un terreno y acertaba en la gran mayoría de los casos.

La clave de su éxito era la forma de entrenar esa red con datos reales procedentes de diversos terrenos y la captura de estos.

Para el proyecto habían presentado varios ejemplos que se pudieron verificar en la mayoría de los casos. Algunos de los ejemplos que presentaron no pudieron ser ratificados por tener que hacer las verificaciones sobre un país distinto al de origen.

Fue entonces, cuando la NASA se interesó especialmente por una parte de su trabajo en una zona cercana a la ciudad de Petra.

Lo más espectacular de su trabajo fue descubrir al introducir las fotos de satélite de esa parte del mundo en su programa, que aparecía el cauce de un antiguo río en pleno desierto y unas enigmáticas estructuras regulares que curiosamente, respondían a patrones geométricos. Lo más sorprendente, era el origen terciario de toda la zona, unas construcciones semejantes no tenían cabida más que en la era de los dinosaurios.

Parecía un contrasentido, pero su método probado multitud de veces presentaba pocos errores. Los casos de error se corregían al añadir datos de mediciones reales sobre el terreno. Todo les resultaba muy sencillo.

En fin, gracias al interés de la NASA les concedieron una beca de postgrado y autorización por parte de las autoridades locales parar completar los datos del satélite con datos reales.

Así que allí estaban los tres cuando al bajar una duna, una piedra destrozó el eje del motor.

Desesperados, solicitaron ayuda a través del móvil dando su posición por los dos GPS que llevaban.

La noticia de una caravana que transitaba cerca de ellos en dirección Este-Oeste tres kilómetros al Sur de su posición, les tranquilizó. Pero debió elegir otro trazado distinto porque no vieron aparecer a nadie en disposición de ayudarles.

El campamento más cercano distaba de ellos a nada menos que 80 kilómetros al Este. Era inaccesible y se necesitarían al menos tres días de arduo camino a pie, sin agua, y bajo un cielo abrasador para alcanzarlo.

Las posibilidades de afrontar el viaje hasta allí eran mínimas pues no estaban demasiado acostumbrados a la dureza de aquel clima ni al cariz que habían tomado los acontecimientos.

Como americanos estaban resentidos con los árabes después de los atentados de Nueva York, pero cuando se encontraron con Hosni, el hermano de Abdel, vieron en sus ojos la luz de la salvación.

–Alá esté con vosotros. –Saludó en un perfecto inglés–. Hemos recibido una petición de ayuda y aquí estamos. Nos dirigimos a la casa de mi padre. Podéis cargar en aquellos camellos todo cuanto necesitéis pero el jeep– Señaló el vehículo– ha de quedar aquí hasta que vengan a buscarlo quienes deban repararlo.

–¡Yo no quiero separarme de mi jeep! –Hizo pucheros Jhon–. Aquí tengo todos mis apuntes.

–O eso o morir. –Le dio a elegir Hosni mirándole de reojo.

Al ver que Jhon se había decantado por la supervivencia continuó diciendo:

–Enviaremos a un mecánico con las piezas rotas, no os preocupéis, lo arreglará y os lo enviará de regreso. Debéis tan solo esperar algunos días y todo quedará listo.

–Gracias por todo. –Se dirigió a Hosni la maravillada Ángela–. Su inglés es perfecto. Estoy asombradísima. ¿Cómo han dicho que se llaman ustedes tres?

–Mi nombre es Hosni, viajo en compañía de mi padre Najm al Dim y mi amigo Bashar. Podéis uniros a nosotros. Seréis bien recibidos por mi gente entretanto se soluciona el problema de vuestro vehículo. Por cierto, me siento halagado, tú también hablas muy bien mi idioma.

–Otra vez mil gracias –repitió alegremente Ángela a quien Hosni le resultaba sumamente atractivo. –Perdonen nuestra descortesía por no habernos presentado antes. Me llamo Ángela y estos son John y Diana. Intentaba guiarlos hacia la excavación en que trabajan cuando nuestro jeep se averió. ¡Que Alá sea con vosotros! ¡Gracias!

Se acercó renqueando hacia él. Una vez a su altura miró con desconfianza su camello y finalmente le estrechó la mano. Hosni se fijó que tenía unas bonitas y bronceadas piernas bajo aquellos pantalones cortos, pero una fea cicatriz le recorría la pierna izquierda, desde el tobillo hasta la rótula.

–Alá sea con vosotros –la imitaron John y Diana mirándose el uno al otro preocupados por su mala pronunciación.

–Íbamos de camino a Petra cuando una piedra nos rompió el palier. –Siguió la jovencita de tez pálida y cabellos recogidos en un moño apretado–. Intentamos repararlo para que pudiesen llegar a su excavación pero no fue posible. Ellos deben ir allí para continuar recogiendo datos en relación a su trabajo. Esta mañana hemos visto de lejos a tres hombres armados en aquella colina. Pasamos mucho miedo. ¿Verdad Diana?

La pelirroja Diana, menos parlanchina que su amiga, restregó nerviosamente las manos y le dirigió a su compañero una mirada cómplice.

–¡Halcones! –Interrumpió de pronto el anciano padre de Hosni olisqueando el aire como si presintiese su presencia

cerca–. Y a propósito. –Se dirigió hacia ella– ¿Usted y yo no nos conocemos de algo, verdad joven, su rostro me resulta muy familiar.

–Creo que no señor. –Pareció ruborizarse y dijo en tono de broma–. Si le hubiese conocido, no me olvidaría fácilmente de su cara.

Hosni miró con recelo a su padre que arrugó el ceño y a la chica enseguida mudó su mueca de desconfianza por una abierta y franca sonrisa.

–Dispongo únicamente de tres camellos. –Les explicó–. Mi padre es muy anciano y no consentiría de ninguna manera que bajase de su montura. Por tanto, os presto el mío para que subáis dos de vosotros, junto con el de repuesto para llevar la carga. Uno de vosotros, en cambio, tendrá que caminar a pie con Bashar y conmigo.

Ayudó a cargar tres maletas, dos mochilas y algunos aparatos electrónicos desde el jeep y las sujetó firmemente a las dos jorobas del dromedario. Luego, ayudó a montar a las chicas e invitó al muchacho a seguirle caminando.

El americano, vestía pantalón caqui a la altura de la rodilla, una camiseta dos tallas mayor que él y una gorra con la visera ladeada. Se metió las manos en el bolsillo y le siguió mascullando algo ininteligible.

Entre tanto, el disco solar se ocultaba en el horizonte. Hosni agarró las cinchas del animal y se dirigió a las chicas para ofrecerles su cantimplora:

–Viajaremos toda la noche para evitar el calor y llegar al amanecer. Tomad esta agua y usadla con mesura.

Y a propósito. –Aludió a los Halcones– esos hombres que decís os espiaban, van armados. Son beduinos, pero no precisamente de los buenos. Comercian con todo aquello que se pone en su camino pero no son peligrosos si se les evita. Así que ruego que os mantengáis en alerta al menos dos de vosotros ya que yo, no podré estar todo el tiempo

cuidándoos. Bashar y yo iremos al final del camino por si las cosas se ponen demasiado feas.

Abdel no había recibido noticias de su padre y su hermano desde hacía casi un año y ahora la carta que tenía entre sus manos le comunicaba que en uno o dos días estarían de regreso para celebrar juntos la Fiesta del Sacrificio.

–"Hemos estado en la Meca en la Fiesta del Sacrificio y el viaje ha merecido la pena, ahora vamos a celebrar nuestra particular fiesta junto a nuestro pueblo. ¡Abdel hijo mío! Tengo muchas cosas que contarte pero lo haré más calmado a mi regreso".

Abdel casi podía ver la morena y rugosa mano de Najm al Dîn, su padre, surcada por gruesas venas escribiendo con trazos temblorosos aquellas líneas bajo la amarillenta luz de una vela.

–"Nunca he visto reunida tanta gente en mi dilatada vida –continuaba la carta–. Nos empujábamos los unos a los otros intentando besar el cubo sagrado. Al fin, tu hermano Hosni, me sostuvo y pude besar con devoción la piedra con los versos bordados del profeta. En ese momento, apunto de ser sepultado por las masas, recé por ti. Recé porque el demonio occidental nunca te tiente y te impida ver tu verdadero camino. Pienso que mi suplica será atendida pues Alá es grande y misericordioso".

La carta temblaba en las manos de Abdel y un sol de justicia empapaba su frente. Mientras pensaba –no temas por mi, padre.

Cayó sobre su regazo en un intento de protegerse los ojos de la claridad matinal. A esa hora comenzaba la actividad frenética del campamento. Contempló ensimismado el ir y venir de las mujeres que tendían al sol vistosas sedas teñidas por ellas mismas y a sus pequeños hijos que ascendían el camino polvoriento arrastrando cabras escuálidas y desobedientes.

Resultaba agradable escuchar sus griteríos y risas, tomar en su mano un puñado de arena abrasadora y dejar que los

minúsculos gránulos frotasen suavemente los pliegues de su piel para deslizarse lentamente hasta vaciarla.

Dejarse ir.

Dejarse ir con el tiempo detenido…

Se levantó con pesadez como si cada movimiento fuese una tortura y reparó ahora en el grupo de hombres que hacía beber a sus camellos del pequeño manantial.

Uno de ellos había abandonado sus quehaceres y apuntaba el cielo muy alterado. Movido por la curiosidad, Abdel dirigía también la mirada hacia los otros que habían empezado a señalar el cielo.

–¿has visto lo mismo que yo? –Gritaba uno.

–¡Bendito sea Alá que todo lo puede!

Sus miradas resplandecían de alegría. Inmediatamente se pusieron a saltar y brincar como locos alertando a todos con sus gritos.

Abdel sintió sobre su piel las primeras gotas de lluvia.

Estuvo lloviendo todo el día…

Las gentes salían de sus tiendas llenas de alborozo para festejar el prodigio.

Al amanecer el lago artificial, antes casi seco, estaba cubierto y a su alrededor arbustos y cactus habían sido sustituidos por una hierba alta y esponjosa.

Abdel lamentó no haber tenido en ese momento su cámara fotográfica a mano.

La naturaleza nos enseña a ver el mundo con los ojos del alma por eso sorprende que los días más grises produzcan las fotos más bonitas y alegres. Puede ser que no veamos lo que tenemos ahí delante o que, de alguna forma estemos ciegos.

En los bordes del camino, a la llegada de la lluvia, las plantas que habían dormido bajo las arenas brotaban

ahora con una furia asombrosa porque aquella era una oportunidad única, tal vez la única que se produciría en todo el año.

Un maravilloso espectáculo aparecía cuando dirigía su mirada al oeste de aquella hermosa mañana.

Sobre unas nubes oscuras se veían tres arco iris superpuestos, el central con unos colores muy vivos, el interior tenue pero aun visible y el que estaba más afuera apenas perceptible.

Era un espectáculo realmente hermoso, tres arco iris bañaban las dunas con las primeras luces de la mañana.

Abdel se arrodilló en la arena para llorar emocionado y de sus ojos, brotaron lágrimas que a su vez, tal vez ayudaron a dar un poco más de vida al desierto.

Fue entonces cuando comprendió que pese a las miserias que todos llevamos dentro, la esperanza de un mundo sin odio es posible si aún somos capaces de conmovernos por unas simples gotas de lluvia, pues no estamos solos en el universo, la vida, la alegría y la esperanza, pueden brotar allí donde nadie se lo espera.

# XXIII

*"La paciencia es un árbol de raíz amarga*
*pero de frutos muy dulces"*

Proverbio Persa

Como cada mañana, cuando aún no había salido el sol, salió temprano hacia las dunas y caminó con decisión hacia el amanecer.

Le gustaba reconocer los alrededores aunque solo y de noche como habitualmente hacía, entrañaba sus riesgos.

Aún estaba oscuro en aquella parte del desierto y había pocos sitios donde pudiera tropezar.

Las estrellas son lo más hermoso que un nómada posee, nada se les puede comparar y además son para ti sólo. Este pensamiento le provocó una cálida sonrisa.

Le encantaba mirar hacia la Constelación de Orión y sentía una enorme atracción por Rigel.

Pero, sin duda, lo que mas le gustaba era seguir el rastro de las tres estrellas del cinturón de Orión para buscar a su predilecta: Sirio. Los brillos multicolores de esta estrella le habían cautivado desde niño y aún ejercían sobre él la misma fascinación.

Pensaba absorto en lo que había leído sobre Sirio en los libros: una estrella que en realidad son dos, una gigante roja y una enana blanca, la juventud y la ancianidad unidas.

Fue entonces cuando le sorprendieron unas extrañas luces multicolores que se desplazaban en un movimiento zigzagueante sobre las dunas para reaparecer minutos más tarde en otro lugar distinto. Jamás había visto un espectáculo semejante.

Dominado por su miedo acuciante pero a la vez con suma curiosidad, se dirigió a lo que parecía un enjambre de luciérnagas que revoleteaba de forma errática.

Cuando pudo acercarse lo suficiente, las luces empezaron a virar de un tono azul a un malva muy vivo. Cada vez más numerosas avanzaron implacables hacia él convertidas en una nube amenazadora.

De repente perdió el control de todo.

El enjambre de luces se aproximaba cada vez más y él no podía escapar pues el miedo apuntalaba sus pies en el suelo.

Rodeado ya por la nube azul vibrante como el color del cielo en el medio día, la multitud de puntos vertiginosos se había convertido en una masa compacta alrededor de todo su cuerpo.

En ese momento de angustia, miedo, sensación de calor y mareo, el cuerpo azulado de Abdel cayó desplomado en la arena.

No podía precisar cuanto tiempo había pasado, pero extrañamente aún era de noche y había más oscuridad que cuando había salido del campamento. Arrastraba agonizante los pies mirando sorprendido al cielo. Ninguna de las estrellas parecía estar en su sitio, era como si alguien las hubiese descolocado. Achacó esta sensación al intenso dolor de cabeza que sentía.

Como pudo, y procurando no hacer demasiado ruido, se dejó caer pesadamente sobre la alfombra persa que tapizaba el suelo de su tienda.

Su cuerpo entumecido no notó el dolor del golpe, se incorporó un poco para medio cerrar la cremallera y se arrastró hasta alcanzar su saco de dormir.

Estaba terriblemente cansado, con la misma sensación de padecer una fuerte resaca, aún ni habiendo probado ni una sola gota de alcohol pero, si en aquel momento se hubiese fijado un poco, se habría dado cuenta que el reloj extrañamente marcaba las tres y cuarto de la madrugada.

Después de olvidar ese detalle sobre la hora que marcaba el reloj, quedó pesadamente dormido.

A la mañana siguiente, le sobresaltó el gran alboroto que había afuera. Restregó sus ojos y se vio a si mismo fuera del saco, vestido y calzado, tumbado de costado muy cerca de la entrada de la tienda. La cremallera no estaba bien cerrada. Retiró con la mano la loneta para ver lo que ocurría.

–¿Qué te ha pasado?

Tras la lona surgió la rubicunda cara de Almudena, su hermana. –Hace tres días que te esperamos. No hemos podido levantar el campamento por tu culpa creyendo que te había ocurrido alguna desgracia.

–Seguimos tus huellas por las dunas. –Corroboró su versión Hakin apareciendo a su lado, ambos con los rostros muy pegados– pero las perdimos. Perdimos tus huellas. Hubo un fuerte viento todo el día. Teníamos que levantar el campamento y dirigirnos rápido hacia el norte. Pero tu desaparición nos puso muy nerviosos.

–No lo sé. No sé que me pasó. –Dirigió una mirada aturdida a su hermana y su cuñado– vi unas extrañas luces al amanecer y me desplomé, no sé que pudo ser, me resulta muy raro que hayan pasado tres días si cuando regresé aún era noche cerrada. ¿Estáis seguros? ¿Tres días habéis dicho?

Almudena y Hakin asintieron en silencio y le miraron con extrañeza.

Quedó confuso un momento, sumido en sus propios pensamientos para decir finalmente:

–No entiendo nada. Salí a dar un paseo por que no podía dormir y de pronto, esas luces extrañas se me echaron

encima, solo recuerdo que estaba terriblemente cansado y que me dormí hasta ahora que os veo ante mí.

–Tenemos que levantar el campamento Abdel y dirigirnos al norte –le apremió Hakin casi con desesperación–. Hemos perdido mucho tiempo buscándote. Tu padre y tu hermano llegarán mañana de su viaje a la Meca. Almudena y yo llevamos dos días de retraso con la caravana no queríamos marcharnos sin saber que te había pasado.

–Celebraremos aquí la Fiesta del Sacrificio. –Se resignó Almudena–. No nos queda más remedio después de la faena que nos has hecho.

–¡Debíamos haber ido al norte con esa caravana, Abdel! –Protestó Hakin visiblemente enfadado también– ¿No lo entiendes? Espero que se te ocurra una explicación que darnos mucho mejor que esa, la de esas luces.

# XXIV

*"Créeme en tu corazón brilla la estrella de tu destino"*

Friedrich Schiller

Tres días...

Había estado ausente tres días.

Durante toda la tarde pensó en que podía haber sucedido en ese lapso de tiempo donde había perdido nada más y nada menos que esos tres días siguiendo con la mirada la evolución de unas extrañas luces hasta que finalmente éstas, habían formado un bloque en torno a él y le habían dejado desmayado en el suelo sin recordar nada de cuanto había pasado. Antes que le aprisionaran, recordó que el mundo se había puesto a virar y virar hasta que mareado, había caído postrado de rodillas pero también, algo más... Algo que su selectiva memoria había borrado y que ahora se le mostraba con total nitidez.

Después de caer en un sueño profundo tras desmayarse, Abdel había despertado incomodado por un fuerte dolor, posiblemente, a consecuencia de la caída o la piedra que tenía bajo su columna.

Con un gemido de dolor sin recordar más detalle que el de estar incomprensiblemente en el suelo, tumbado boca arriba había levantado un poco la pelvis y doblado dolorosamente su brazo tras la espalda para arrancar la piedra.

La había tenido ante sus ojos.

Era una piedra circular vista desde arriba y en perfecta elipse al mirarla de perfil.

No tenía nada en particular, había visto cientos de ellas así en las playas del norte de España cuando vendía alfombras por los veranos para poder subsistir y pagar sus estudios aunque tenía que reconocer que en aquella zona desértica no era muy usual encontrarlas.

Parecía bonita, muy bonita aunque para un nómada que carga con lo necesario en su camello: ¿Que puede significar una piedra gris, de suave textura, si no algo para coleccionar?

Dolorosamente se puso en pie y como pudo impulsó su brazo por debajo de la cintura y la lanzó lejos.

La piedra dio cuatro brincos sobre la arena oscura y regresó finalmente a su mano como un bumerang.

Entonces, la sorpresa desencajó su cara.

Decidió que realizaría la misma operación para cerciorarse de la certeza del prodigio. La piedra, se elevó al segundo salto y se detuvo dos metros frente a su nariz, luego, desafiando todas las leyes de la gravedad dibujó un círculo perfecto en torno suyo antes de volver dócilmente a su mano.

–Esto es lo que me faltaba después de lo de las luces –Había pensado aterrado –Tengo que deshacerme de ella como sea, no quiero más sorpresas desagradables.

Cogió la piedra con esa intención y descubrió que al tacto se volvía casi invisible.

Ahora, parecía que había desaparecido y jugaba con él.

Dispuesto a terminar con todo, se dirigió a las dunas y cavó un hoyo lo suficientemente profundo con la mano que le quedaba libre para depositar la piedra y cubrirla con el resto de la arena que había retirado.

Una vez finalizada su labor, había regresado contento a la tienda, feliz por haberse liberado del liviano peso de la piedra mas, no había avanzado diez metros cuando reapareció como surgida de la nada flotando desafiante a tan solo un metro de sus ojos.

Estaba completamente quieta. Suspendida en el aire por un hilo invisible.

Quiso tocarla y al hacerlo se tornó completamente blanca como si hubiese perdido su energía.

No pudo resistir la tentación de repetir el gesto, en torno a ella, se formaban halos multicolores en círculos concéntricos que oscilaban desde un azul oscuro a un violeta fosforescente en la zona de contacto.

Las irisaciones aparecían y desaparecían cada vez que él la tocaba.

–Es realmente preciosa. –Había reconocido en voz alta.

De pronto, se había percatado del silencio que le rodeaba y del extraño murmullo tranquilo y sosegado que parecía emerger de la piedra. Era un sonido imaginado tal vez, ¿Su misión? ¡No lo sabía! A veces parecía el murmullo de las olas, otras, el ruido de varios cristales entrechocando los unos con los otros, sonidos distintos que se encadenaban hasta formar una música hermosísima y extraña nada parecida a ninguna música de la tierra.

En esa intensa paz, una voz como dicha a su "yo interno" le decía sin palabras:

–¡Es inútil que intentes deshacerte de mí! ¡Estaré siempre a tu lado intentando protegerte! No le digas a nadie que existo porque nadie me verá excepto tú. Nada de lo que pueda hacer el hombre destruirá nuestra alianza. Se te ha dado este don por que tu alma es pura y generosa. ¡No lo olvides nunca! En su momento sabrás tu cometido.

# XXV

*"La muerte está tan segura de alcanzarte*
*que te deja toda una vida de ventaja"*

Anónimo

De camino al campamento Târek los vio varias veces, siempre al anochecer. Eran tres, se mantenían inmóviles, a la espera, rígidos como gárgolas, desde su otero particular para partir después, lentamente, pacíficamente de una forma tal que parecía que solo quisiesen delatar su presencia. Él había conducido su todo terreno a toda velocidad guiado por el pánico. ¡Y quien no teme a los halcones, los señores del desierto! No llevaba nada de valor que pudiese importarles. ¡Bueno sí! El dinero que había sacado de la venta de sus cabras. Si ellos se lo robaban, obtendrían una buena suma y si eso le añadíamos el valor del vehículo entonces, estaba perdido.

Rezó en silencio para evitar que nada de eso ocurriera porque aquel dinero suponía mucho tiempo de trabajo y esfuerzo, alimentos y medicinas no solo para él sino también para los suyos. Si ellos se lo robaban todo, no tendría oportunidad de volver al mercado pues éste, se hallaba a mucha distancia. No tendría suficiente ganado sano para restablecerse y recuperarse de la pérdida. Sería un desastre para su pequeña economía familiar que repercutiría en todo su círculo. Por eso, mirando a los halcones pensaba que prefería antes la muerte que dejarse arrebatar tan solo uno de aquellos gastados billetes.

Si no fuera porque iba acompañado…

Lo extraño era que aún no habían actuado. ¿Qué intenciones tenían? Su hijo Omar se mordía una de las mangas de su camisa. Solía hacer esto, cuando sentía miedo. Ahora, temblaba muerto de frío y nerviosismo. Sonrió al pensar que a pesar de su corta edad era un niño inteligente que había escuchado muchas historias sobre ellos aunque no estaba muy seguro de la reacción que tendría. En aquellos momentos hubiese querido abrazarle pero la situación requería que ambos fuesen valientes.

Lo peor de todo era que no llevaban armas con ellos para defenderse de tal imprevisto. ¡Que incauto había sido! En cambio "ellos" si que iban armados y lo estaban hasta los dientes.

Târek continuó conduciendo muy deprisa con la intención de perderlos de vista pero ellos, de un modo u otro –él no sabía como– siempre se las ingeniaban para alcanzarle

Eso sucedió la primera noche. La segunda, dos más se añadieron al grupo.

Y la tercera ya eran dieciséis.

Quince halcones y su jefe.

Incapaz de seguir huyendo por más tiempo y bloqueado por el miedo, detuvo su vehículo y aguardó. Sabía que sus intenciones no podían ser buenas y que cualquier movimiento en falso por su parte y por Omar supondría la muerte de ambos.

Aguardó que ellos diesen el primer paso. En aquella partida de ajedrez, sus contrincantes no se hicieron esperar y avanzaron sigilosamente hasta rodearles por completo.

Todo el mundo sabe que los camellos han sido sustituidos por los rápidos y cómodos vehículos y que solo algunos habitantes del desierto, continúan utilizándolos guiados por una especie de sentimentalismo.

Estos, iban montados sobre camellos y dromedarios, la noche muy clara azotaba sus mantos y les confería un aspecto fantasmagórico. El cabecilla, que sostenía en sus manos un fusil Kalasmikov, hizo virar su bestia en torno al jeep con objeto de amedrentar a Târek. Se trataba de un hombre enjuto, de porte regio, pómulos marcados, nariz aguileña y una discreta perilla. Conforme se movía, los demás le imitaban con la misma veneración con que se adora a un dios.

Târek oía a su aterrorizado hijo que había comenzado a rezar en voz alta…

Exasperado, le dio un codazo y le pidió que guardase silencio. Vociferó al viento que querían de él: ¿Su dinero? ¿Su jeep? Todo cuanto pidiesen se lo concedería a cambio de que no dañasen al niño.

El terror le asaltó al pensar que pudiese caer en sus garras. Aún a pesar de vivir en estos tiempos difíciles aunque civilizados, tenía la convicción que los mercados clandestinos de esclavos aún existían y no soportaba la idea de que su hijo cayese en sus garras.

– ¡Al niño no! –Lo protegió con sus brazos– ¡Matadme a mí! ¡Pero al niño no le hagáis nada!

Saqr Ibn Abbas, jefe de los halcones, esgrimió una sonrisa ladina y le miró con ojos astutos. Le dijo que ya bastaba de histerismo pues realmente no tenía ninguna intención de matar a nadie, más bien al contrario. De hecho, Alá le había puesto en su camino para duplicar todo el dinero que había ganado con su venta y solo le pedía a cambio un insignificante favor.

Tenía que vigilar si alguien extraño llegaba al campamento o si estando ya en él, mostraba una conducta sospechosa.

Târek, no quiso aclarar más detalles y de todos modos poco importaba. Lo más apremiante era salvar su pellejo y haría cuanto ellos le pidiesen.

Aquella vez se produjo la primera entrega de dinero a cambio de nada. Después, vinieron otras...

Habían pasado algunos días desde que aquello había pasado. Ahora volvía pero esta vez sin Omar hacia un lugar apartado más allá de las colinas donde se levantaban las oscuras carpas de los halcones. Podía escuchar el crepitar de las llamas de una hoguera. Al aproximarse, le descubrió únicamente sentado, con las piernas entrecruzadas. En el momento en que le vio alejó la vista de la visión embrujadora del fuego y se frotó vigorosamente las manos.

–¿Traes noticias? –Inquirió.

–Efectivamente. –Dijo Târek desde la altura sin bajarse del camello–. Se llama Abdel, todos le respetan pero a mí no me la da. Podría decirse, que es un tipo bastante sospechoso.

–¿Sólo por eso? –Ladró Saqr Ibn Abbas– ¿Sólo porque te parece raro?

–No es solo por eso. –Se disculpó nerviosamente. Todos, quien más y quien menos nos conocemos aquí. Ese Abdel del que te hablo desapareció durante tres días sin que nadie supiera adonde. Mi mujer comentó en alguna ocasión que tenía que incorporarse con su hermana y su cuñado a una caravana de sal. ¡Pero no lo hizo! Su hermana y su cuñado habían levantado el campamento con esta idea cuando él se esfumó y reapareció tres días más tarde fingiendo estar muy desorientado. A consecuencia de esto sus familiares están muy enfadados...

–Lo que me dices no me resulta de gran ayuda ¿Y alguien más? ¿Algún viejo occidental? ¿Un hombre con aspecto de piel roja? ¿Acaso una mujer que haya despertado tus sospechas? Intentó el Halcón acariciando la giba del camello de su confidente.

–No. Nadie más. Ten en cuenta que he llegado hace tan solo cuatro días así que no he tenido demasiado tiempo de ponerme el corriente de todo lo que pasa por aquí.

Extendió la mano y esperó a que el otro depositara sobre ella el fajo de billetes. Era consciente de la enorme injusticia que cometía al acusar a aquel hombre al que odiaba solo porque alguien le había dicho que había tenido un pequeño escarceo con su mujer.

Cuando quiso aferrar los billetes Saqr Ibn Abbas retiró el dinero con rapidez y observó la reacción en su rostro. Éste, miró sin pestañear su mano antes llena de dinero, ahora llena de aire.

–Cuando vengas a mí –le fulminó con la mirada antes de volver a depositar en su mano los billetes–. Hazlo de un modo humilde. Póstrate ante mi, tu jeque, sin mirar mis ojos y ten la delicadeza de bajar de tu montura para poder entablar conmigo una conversación digna. De lo contrario. –Hizo un gesto significativo con su mano alrededor de su cuello para indicarle que le encantaría cercenar su cuello.

–Así será mi jeque. –Tembló Târek y bajó avergonzado la cabeza…

–¡Ahora vete! –Hizo un gesto despreciativo con su mano y le volvió la espalda no sin antes añadir–. Y reza por que no me hayas mentido.

# XXVI

*"Existe, en verdad, un magnetismo, o bien una electricidad del amor, que se comunica por el solo contacto de las yemas de los dedos".*

Abate Galiano (Diplomático y economista de origen italiano)

Hakin y Almudena, ayudados por Abdel, habían desarrollado el trabajo a la perfección y a la hora y media escasa, sus tiendas estaban levantadas y los animales descansaban en el manantial mordisqueando la tierna hierba que crecía bajo las palmeras.

Su intención era pasar el día celebrando la fiesta del sacrificio y partir de ahí, encaminarse al encuentro de la caravana a la que no habían podido incorporarse. Aún quedaban muchos por llegar y siempre quedaba el consuelo de que Najn al Dim y su hijo menor Hosni, decidieran acompañarles. Así pues la demora habría servido para añadir al grupo dos nuevos acompañantes.

Todo estaba preparado para la gran fiesta.

Ataviados ellos con sus mejores ropas, cubiertas de afeites y pintadas las manos y pies de henna de ellas, recorrían apresuradamente los caminos polvorientos sin dejar de trabajar: portando agua, cepillando el ganado, cuidando de cada mínimo detalle. Aquí flores aromáticas, allá guirnaldas de colores hechas por los críos. Todos, desde el más viejo al más joven participaban en el evento de una forma lúdica y cordial.

Ensimismado en aquel ambiente festivo alguien le tapó los ojos y oyó una voz almibarada que decía tras él:

–Abdel ¿qué es un sueño?

Cuando quiso girarse lleno de sobresalto descubrió que no había nadie a su espalda.

–¿Será la voz producto de mi imaginación? –Le siguió el juego diciendo en voz alta– ¡Tal vez sí! Así que voy a olvidarla.

Minutos después, la voz sonó otra vez, en esta ocasión, a su lado y entonces la vio, con los ojos azules muy abiertos, el pelo rubio estropajoso y la nariz llena de mocos.

–¿Qué haces aquí Alika? –Le revolvió traviesamente el pelo– ¿Por qué no estás jugando con los otros?

Ella bajó sus redondos ojos poblados de largas pestañas rubias y tomó en sus manitas sucias un puñado de ardiente arena. Parecía avergonzada cuando alzó la mirada otra vez.

Se solidarizó con la pequeña y guardó silencio mientras le tendía un pañuelo húmedo para que pudiese limpiar el sudor de su carita. Luego murmuró:

–La gente se devana los sesos intentando encontrar un significado a algo tan simple como son los sueños, y tú: ¿Por qué me lo preguntas?

–Porque Sharie. –Empezó a decir– me dice que no debo volver a hablar con el pájaro pez, porque puede ser muy peligroso.

Abdel cayó en la cuenta que Sharie era la partera de todas las mujeres del campamento. Tenía ascendencia jordana y ella y su marido, tras haber trabajado en un hospital americano, se habían hecho cargo de la criatura tras el fallecimiento de la madre, en el parto. Hacía tiempo que el marido de Sharie había muerto y aunque ella, cuidaba que a Alika no le faltasen alimentos, educación ni médicos cuando estaba enferma, no conseguía suplir algo que necesitan los niños por encima de cualquier otra cosa: El cariño.

–¿Qué pájaro pez? –Miró sus ojos de un hermosísimo azul índigo.

–¡Pues el pájaro pez de mis sueños, tonto! –Puso un mohín de disgusto–. Es pequeñito como yo y tiene una piedra de colores muy vivos.

La alusión a la piedra hizo que Abdel diese un salto. Decidió que no debía inquietarse. Los niños son dados a tener amigos imaginarios e inventarse absurdas historias sobre todo cuando están aburridos.

–Veo que no me haces ni caso. –Protestó Alika dispuesta a partir– ¡Eres un tonto! ¡Y yo no debí hablarte de esto jamás!

–¡No! ¡No es eso Alika! –La retuvo aferrando con firmeza su brazo–. Solo que no sé que decirte sobre ese rey de los sueños ¿Le ves muy a menudo?

–¡No! ¡Sólo una vez! –repuso ella tajante llevándose las manos sucias a su vestido.

–¿y que te dice ese rey? ¡Vamos a ver!

–Pues… Me dice que te diga que debes hacer caso a todas las señales que veas y que te de esto.

Le tendió un papel arrugado en el que había hecho un inocente dibujo. Abdel lo miró desde diferentes ángulos, parecía representar a un pájaro, pero no era un pájaro cualquiera como los que a menudo solían verse por allí. Tenía cierta similitud con un pingüino, lo que era más increíble, es que la niña no podía haber visto un pájaro así, salvo en uno de los escasos libros de texto.

–Lo he hecho yo. ¿Te gusta? –Buscó la aprobación en sus ojos–. Creo que no volveré a verle a pesar de lo que Sharie me dice porque parece que el mensaje es solo para ti.

–No estés triste Alika. –Besó su cabecita–. Has cumplido tu cometido. Ya puedes irte, me quedo con el dibujo. ¡Gracias!

–¡Abdel! ¡Abdel! Gritó mientras se perdía camino abajo –¿Crees que esto será una señal?

Antes que pudiese responderle Alika ya había desaparecido de su campo de visión.

Abdel se había quedado solo, con el extraño pájaro mirándole a través del sucio y raído papel.

Parecía como si hablase a través del papel y dijera:

Haz caso a todas las señales. Ahora ¿Me ves?

Ese mismo día Alika volvió a acercarse sigilosamente por la espalda y le tapó los ojos con sus manos diminutas. En esta ocasión Abdel, al que había cogido desprevenido, dio un salto y gritó.

–¿Sabes quien soy? –Demandó pletórica de alegría.

–Pues no, déjame pensar –le siguió el juego– ¿Eres Alijha? ¿Aisha? ¿Zulima? ¿Tal vez la princesa sherezade?

–Soy la noche, soy la hermana del pájaro pez. –Canturreó ella divertida.

Ella soltó sus manos y Abdel giró sobre si mismo para mirarla.

–Tú también tienes esos extraños sueños, ¿verdad?

–Si. –Tomó asiento a su lado, con las manitas entrelazadas, la barbilla alta y la espalda recta, parecía una damisela. Luego, como si la pregunta fuese de lo más natural del mundo añadió– pero Sharie me dice que no les haga caso a mis sueños, lo que pasa es que no puedo dejar de tenerlos. La noche en que ellos me dijeron que hiciera el dibujo, me contaron un cuento y me hablaron de una niña en un país lejano que se moría de tristeza. Abdel: ¿Puede alguien, realmente, morir así de tristeza?

Abdel asintió. Viendo la alegría de aquellos niños de su pueblo que apenas sí tenían un trozo de pan que llevarse a la boca y comparándola con la de otros rodeados de toda clase de comodidades, podía entender a que se refería Alika cuando aludía a una niña desconocida que moría de tristeza. La depresión en los países occidentales era el pan nuestro de cada día y atacaba incluso a los niños.

Se interesó por su historia:

– ¿Ellos? ¿Un cuento?

– Sí, me dijeron que tú lo entenderías Abdel. ¿Sabes que es un biólogo?

–Pues… Me pones en un compromiso Alika. Supongo que es un hombre que busca bichitos raros para saber cuantas formas de vida distintas pueblan la tierra.

–Debe ser bonito eso. –Admitió con una extraña mueca– pero el cuento que me contaron era malo.

–¿Malo? –Inquirió dubitativo.

–Sí, malo. Porque las cosas no han parecido cambiar demasiado desde entonces. Verás, deja que te lo cuente:

Y Alika comenzó a hablar sin parar mientras Abdel, arrobado por la historia cerraba sus ojos intentando visualizar los decorados del cuento.

Había una isla que tenía un pajarito llamado dogo. –Empezó Alika con su vocecita.

El Sr. Biólogo buscaba desde hacía años un pájaro como aquel pues, lo sabía único y quería capturarlo para venderlo a un señor muy feo que tenía encerrados a muchos animalitos en jaulas y cogía el dinero de la gente que iba a verlos.

Pues resulta que el señor dogo era único, no había ya más como él bajo las nubes.

Una tarde al entrar en la selva el señor Biólogo se lo encontró frente a frente y maravillado por la hermosura de sus plumas, se dispuso a capturarlo.

Entonces enfurecido el Sr.Dogo se enfrentó al Sr. Biólogo y le desafió como nunca antes había hecho.

–¿Por qué insistes en perseguirme? –Dijo Alika con una voz finísima para imitar al Dogo.

Los gestos de la niña hicieron que Abdel se riera. Hacía mucho que no se reía de aquella manera, tomó aire y la dejó continuar.

–El Sr. Biólogo se sorprendió muchísimo de este arranque de ira del dogo ya que nunca en su vida había oído hablar a un pájaro. Tal vez algún loro a lo más, quizá a alguna cacatúa, pero ni aún así lo hacían tan bien.

–Por que solo existes tú en el mundo y no hay nadie como tú. –Le explicó– y como eres único me forraré de dinero en cuanto te venda.

–Todos somos únicos. –Voló el dogo alrededor de él–. No sé por que piensas tú que yo merezco un trato especial, así que si a ti nadie te persigue ¿Por qué tu me persigues a mi?

Aquella pregunta hizo reflexionar al biólogo que no quería darse por vencido.

–Te lo he dicho pájaro estúpido. –Dijo Alika con la voz ronca para imitar al Biólogo–. Me ofrecerán mucho oro por ti porque no hay nadie que se te parezca. Además me he tenido que esforzar mucho para encontrarte.

–Mira, Señor Biólogo no puedes ir por ahí pavoneándote y haciendo todo cuanto se te antoje. Todos los seres merecen tener una vida tranquila y sin sobresaltos.

–Bueno tal vez. –Admitió el biólogo– pero yo viviré como un rey si te atrapo.

–Si me atrapas tu mismo sufrirás tarde o temprano.

A medida que Alika contaba su historia. Abdel imaginó al Dogo que tras unos segundos callado, arremetía con fuerza…

–¿No sabes que has de respetar la vida y no destruirla por mero placer?

–Pero yo no te quiero destruir, solo atraparte–. Y le arrancó una pluma al pajarito que acababa de posarse en su hombro.

–¡Auhh! –Chilló. ¡me haces daño!

–Pero si me atrapas, este bosque y otros muchos desaparecerán ¿No lo ves?

¡No comprendo por que! –Gritó el biólogo perdiendo la paciencia. Qué importa que este bosque tenga un dogo menos, por otra parte nadie vio uno por aquí desde hace siglos.

Y el biólogo, continuó Alika, se sacó una pequeña libreta y una lupa del bolso de su camisa, junto con una caja con lápices de colores que también había traído. Utilizó la lupa para mirar detenidamente los colores del pajarito y luego, traspasó todo aquello que había visto con sus lápices al papel. Extrañamente, el dogo que parecía encantado de que lo retratasen, se quedó quieto.

Pero no pudo hacer lo mismo con su lengua.

–Pues aun que no me creas no se puede ir por la vida así como vas tú avasallando. ¿Acaso no sabes por que existen las flores? ¿Te gustan, verdad? ¿A que son muy bonitas?

–Pues si– Reconoció el Señor biólogo rascando su barba pensativo– ¡Vaya pájaro más insoportable que eres! Confieso que me gustan las flores, te doy la razón, pero no sé que tiene que ver eso con el asunto con el asunto que debatimos.

–Pues eso mismo debió pensar el cocodrilo cuando encontró al colibrí.

El biólogo parecía a punto de estallar en cólera.

–¡No me digas! –Exclamó con ironía–. Debo estar muy loco para estar aquí hablando con un pájaro como tú –y le lanzó una mirada despreciativa–. Sin duda me forraré por una especie tan rara que además habla como una cotorra.

Al pajarito, no pareció ofenderle la comparación. Pero el Biólogo se había sentido intrigado por la pregunta que anteriormente le había hecho.

–¿Y dime, que es eso que dices que pasó entre el cocodrilo y el colibrí?

Dogo feliz porque había despertado su curiosidad, comenzó hablar de una forma lenta y pausada como si el biólogo fuese un niño.

En ese punto de la historia, Abdel imaginó un tiempo en que las plantas vivían tristes y solas…

La tierra en aquella parte del mundo era como ellas. No conocía las flores y el desierto rodeaba todo lo que no era agua. Era muy rara aquella aridez por que la tierra era fértil sin embargo, no paraba de llover.

En la Tierra solo habitaban reptiles, ocurrió que uno de ellos hastiado de comer carne decidió que ya estaba bien, que a partir de aquel día cambiaría su dieta por mosquitos y no comería otra cosa.

Así que poco a poco, además de sus hábitos empezó también a cambiar sus costumbres y una cosa llevo a la otra.

Su cuerpo también se transformó para cambiar las relucientes escamas por plumas y las extremidades por alas. Así, que un día hastiado también de la tierra firme, emprendió el vuelo hacia el cielo.

Pasaron muchos años y un día llegó una pareja de su misma especie al bosque triste y las ramas se poblaron de pájaros como él que intentaban alegrar el bosque con sus trinos.

Y una de aquellas parejas tuvo cuatro huevos o más pero uno de ellos, nació raro: y ese fue el origen del dogo.

Dio un salto como si acabase de despertar de un sueño y miró los relucientes ojos de la niña plantados ante él hablándole con pasión.

Y el Sr. Biólogo, querido Abdel, escuchó con mucho interés porque quería saber como acababa la historia.

–¿Y como acababa? –Preguntó Abdel.

–Pues… –Continuó Alika– sus padres pensaron que no merecía vivir porque era feo y raro, así que cuando ya empezaban a nacer los poyuelos decidieron por unanimidad romper el cascarón y evitar que el mundo fuese testigo de un engendro semejante.

–¡Que horror! –Gimió Abdel embebido por la historia y preocupado por el pequeño engendro– ¿Y nadie le salvó?

Alika dijo que sí con su cabecita.

–Ocurrió que una ramita se desprendió de un árbol que observaba la escena con tanta suerte (a veces es sorprendente que cosas así sucedan) bueno, con tanta suerte para el engendro, que el huevo se rompió y lo arrojó fuera del cascarón, lejos, perdido entre la hojarasca del bosque.

El pajarito rodó, rodó y rodó bajo las hojas, solo y desvalido en un mundo lleno de ruidos horribles y seres que continuamente se perseguían los unos a los otros para devorarse.

Hubiese muerto de no ser nuevamente por el árbol que desprendió una de sus ramas y mirándole con dulzura se apiadó de él recogiéndole del suelo.

Alika interrumpió su historia. Por un momento Abdel, se sintió triste de volver a la realidad pero esa pequeña interrupción solo había sido para recordarle a Abdel, que no existían flores en aquella parte del mundo, ni flores ni nada que se les pareciese. Pero es que el desierto era un vergel hace muchos años.

Y así fue señor biólogo. –Terminó el dogo– como aquél árbol conmovido por la fragilidad de aquel bicho diminuto hizo todo lo posible para moverse y salvarle. Y sabrás que eso es muy difícil para un árbol ¿No?

El Señor Biólogo asintió. Y Abdel pensó que realmente debía ser una labor difícil, por no decir imposible.

Ambos, escucharon a través de la espesura que el pajarito dogo, escondido a sus ojos les decía:

–Y así fue como el árbol, cambió uno de sus brotes por una flor, concretamente una camelia y le dejó alimentarse de su néctar.

Desde entonces árbol y pájaro fueron amigos inseparables.

Abdel, cerró los ojos imaginando los sonidos de la selva, el verde esmeralda de la vegetación, los colores vistosos de los pájaros tropicales y sus extraños trinos, tan placenteros a los oídos y al espíritu.

Imaginó nuevamente el hábitat del pequeño engendro. Aceptado por el árbol, los demás árboles le imitaron, incluso los hierbajos y las malezas florecieron de sana envidia...

Había nacido una nueva especie.

A los pocos días el bosque triste se tornaría en un mar de flores, cada cual compitiendo en tanta belleza que es imposible que exista o haya existido un lugar así, en toda la tierra.

Alika, tenía una manita extendida como si sostuviese algo, mientras utilizaba la otra para acariciar ese algo invisible.

–El pajarito era muy, muy pequeñito. –Se echó a reír a carcajadas como una loca– tal vez el más pequeño de todos los pájaros que han existido.

Y resultó que creció y se volvió tan hermoso como el bosque en que vivía. Pero. –Aquí mudó su expresión feliz y la cambió por una de miedo y preocupación– resultó que un día que bajaba a beber fue visto por un cocodrilo y pese a él ser tan enorme y el pajarito tan diminuto, decidió que sería un insulto a su inteligencia y sus dotes de cazador dejar pasar un plato como aquel tan fácil de devorar.

Confiado el pajarito, por que el cocodrilo parecía un tronco flotando a la deriva, no se asustó. ¿Cómo podría tener miedo a un ser que había dejado crecer una camelia para alimentarle? ¿Qué mal podía esperarse de un árbol?

Cuando el cocodrilo que se había disfrazado de árbol para cazar, se dispuso a cerrar sus enormes fauces sobre la indefensa presa, resulta que el árbol. –Interrumpió su historia par hacerle cosquillas a Abdel en la barriga–. Pues resulta que el árbol –continuó– se deshizo nuevamente de una de sus ramas para salvar al pajarito del cocodrilo y rebotó sobre una roca que fue a parar en la boca del bicho, como una palanca, justo cuando estaba a punto de comérselo.

Abdel casi escuchó la voz antigua del árbol que bramaba al cocodrilo que no podía comérselo.

–Ese bocado te está vetado.

–¿Pero porqué? –Se revolvía el otro sin comprender nada, luchando con fiereza por sacarse el palo de la boca.

–Pues por que las flores y la hermosura del bosque han aparecido gracias a él. Si te lo comes el bosque volverá a ser triste y mi vida y la tuya se desvanecerán como el humo.

El cocodrilo. –Hizo Alika una mueca llevándose las manos a la boca y los ojos para parecer fea– que es muy feo pero un animal razonable entendió las razones del árbol.

–Creo en vosotros los árboles que sois seres de paz y habéis dado sustento y cobijo a la vida desde que el mundo es mundo y jamás ser alguno ha sufrido por vuestra causa. Si fuese el consejo de cualquier otro ser, me lo zamparía de un solo bocado pero viniendo de ti un árbol tan antiguo casi dudo…

–Puedes entonces quitarte la rama y frotarte contra mi cuerpo –Cedió el árbol con benevolencia.

El biólogo que había escuchado atentamente la historia del dogo interrumpió a este para preguntarle por la suerte del colibrí. Abdel, estaba tan preocupado como él. Necesitaba que Alika acabase con su sufrimiento y le dijese que el pajarito se había salvado.

–Pues pasó. –Respondió el dogo para ambos– que sus padres tuvieron otro extraño huevo que por remordimiento esta vez cuidaron y al poco hubo muchos más colibríes descendientes del dogo, el pájaro raro que dieron alegría al bosque y se alimentaron del néctar de las flores y extendieron su polen por todos los rincones de la tierra para llenarlos de vida y hermosura.

Ocurrió que desde entonces el cocodrilo hizo promesa de no comerse más pájaros pequeños (bueno, al menos no tan pequeño como el pequeño colibrí).

Y es por esto. –Finalizó– que vemos algunas veces que existe una rara amistad entre cocodrilos y pájaros pequeños, amistad que los pájaros agradecen limpiando las bocas de

los cocodrilos de los restos de comida y que estos a su vez corresponden respetando sus vidas pues gracias a ellos han conocido el misterio de las flores.

Abdel y el biólogo suspiraron. Abdel al lado de Alika con la vista perdida en algún punto del infinito desierto y el biólogo sentado en una piedra, mirando al dogo con los codos apoyados en las piernas aferrando su pensativa mandíbula.

–Es una hermosa historia. –Suspiraron al unísono.

Pero de pronto, el biólogo, arrepentido de su debilidad, se puso en pie, recompuso su ropa y se arrancó una lágrima con rabia. Luego, alzó la red de cazar mariposas con intención de atrapar nuevamente al dogo mientras se justificaba diciendo– pero no sé que tiene que ver eso con nosotros dos.

–Pues la tiene, ya que has de respetar mi vida y mi libertad aunque te pese. –Gimió el dogo escapando por los pelos de la red– por que si no lo haces, no merecerás ni tan siquiera la tuya. ¡Y porque tal vez aquello que destruyas hoy sea algo irreparable mañana! ¡No existirán colibríes!

El biólogo después de un momento de silenciosa reflexión bajó la red y dio media vuelta.

Cuando caminaba hacia abajo, camuflándose con la espesura, con su gorro de explorador y sus pantalones cortos, a la altura de la rodilla, refunfuñó para sí, maldiciendo haber dejado pasar una oportunidad como aquella.

De pronto, se había puesto a llover como no recordaba y caía la noche así que el Sr. Biólogo corrió a refugiarse tras un gran árbol de tronco nudoso.

Allí quedó dormido durante largo tiempo.

Y sabes lo que pasó, Abdel? –Susurró Alika.

–¿Qué? –Respondió él dando un brinco. La historia le había dejado tan ensimismado que casi tenía tanto sueño como el biólogo.

–Pues que cuando despertó pudo recordar fugazmente algunos fragmentos del sueño. ¿Que sería aquello con que había soñado? ¿Los llamaban pingüinos?

Dejó sus reflexiones aparte por que sentía algo al contacto de sus pies desnudos, resultó que un lecho de hojas le cubría. Era como si el árbol se hubiese desprendido de sus ramas para protegerle de la intemperie al igual que había proporcionado la flor de la camelia al colibrí para que se alimentase. La flor que descansaba en su regazo era blanca y se parecía mucho a una camelia.

Volvió la vista al verde cielo. No pudo recordar que árbol era aquel que lo había cobijado de la lluvia y el viento, pero estaba seguro de que no era un árbol de camelias, eso lo sabía y a la vez, resultaba aún más sorprendente. ¿Cómo había llegado hasta allí aquella flor? ¿Sería un recuerdo del pájaro al que había dejado escapar? ¿Existiría un pacto de amistad y cooperación entre los árboles y todos los seres vivos que pueblan la tierra?

En resumidas cuentas, cuando bajó al poblado el biólogo ya había olvidado la idea de cazar al único ejemplar de dogo, en su cara en cambio, brillaba una hermosa sonrisa, casi tan hermosa como la flor cuya fragancia adornaba su solapa, que él parecía aspirar embelesado.

Desde entonces se dedicó a estudiar pingüinos. Los catalogaba pero nunca los cazaba.

Y eso. –Finalizó Alika– es toda la historia. La historia de lo que le pasa al pájaro pez de mis sueños. No es como nosotros, es raro pero gracias a él, tú y yo le debemos estar aquí.

–Me gusta. –Sonrió Abdel– ¡En serio! ¡Me gusta mucho! Pero me parece una historia demasiado elaborada para ser ideada por una niña tan pequeña como tú ¿Quién te la ha contado?

–Ya te lo he dicho, me la ha contado el pájaro pez– Respondió con vehemencia.

–El pájaro pez. –Resopló Abdel llevándole la corriente– ¡Vaya misterio el del pajarraco! ¡Sigo sin creérmelo alguien te lo ha contado! ¡Dime quien!

–Eso es. –Dijo Alika–. El pájaro pez. A mí también me gusta su cuento, pero soy muy pequeña y no acabo de entender su total significado. ¿Puedes decírmelo tú?

Intentó buscar que decirle de modo que ella lo comprendiera.

–Pues supongo, que todos los seres son únicos y necesarios, hasta el feo cocodrilo. Por eso, debemos respetarlos a todos y luchar por un mundo justo en el que todos tengamos cabida.

–Comprendo. –Asintió ella con su cabecita.

–Tu también eres única Alika. –Le dedicó una franca sonrisa–. Si nos faltara tu alegría el desierto sería un lugar insoportable donde vivir. ¡Vamos! ¡Corre! ¡Vete a jugar con tus amigos y deja de inventarte historias!

Alika se alejó cantando camino abajo. Era una canción dulce, triste y singularmente hermosa, que decía así:

"Confiado el pajarito,
Por que el cocodrilo parecía un tronco
Que flotaba a la deriva
No se asustó
Ya que la flor de la camelia
Era una dulzura de la vida"

Jamás oyó una canción semejante. Se preguntaba de donde sacaría todo aquella niña.

# XXVII

*"El corazón en paz*
*ve una fiesta en todas las aldeas"*

Proverbio hindú

La tan deseada caravana pasó. Karima había visto a Abdel después de tres días de ausencia en compañía de su familia. Había mantenido una breve conversación con Almudena, su hermana, estaba muy enfadada con él porque por su culpa todos sus planes se habían ido al traste. Por un momento, temió al cruzarse con él que le propondría otro día de lectura, por eso apretó el paso y siguió su camino fingiendo que no le veía más por el miedo de causarle a él algún problema que por lo que a ella le pudiese pasar. Con Târek, la situación no estaba para locuras...

Mientras doblaba la ropa en un canastillo de mimbre reparó en el libro dedicado que Abdel le había regalado. Era un libro de poemas, debía haber sido leído muchas veces pues tenía las hojas amarillentas y la cubierta cuarteada. No recordaba que ese fuera su sitio correcto pero debía guardarlo antes que el monstruo despertase. Desde que había llegado andaba irascible y no quería que aquella menudencia se convirtiese en un nuevo motivo de discordia.

Escondió el libro tras las cajas de cartón donde guardaba los víveres y las especias. En la calle había mucho trajín. Las gentes deambulaban de arriba a abajo preparando los cuchillos y calderos que recogerían más tarde la sangre caliente de los corderos sacrificados. Aquel iba a ser un día sin duda memorable.

La sorprendió un ruido en la parte trasera de la tienda. Era Târek que se desperezaba y seguidamente, la insultaba por no tener a mano sus sandalias.

Insultos.

Eso había hecho desde que días atrás regresara al hogar junto a su hijo adolescente. No es que antes tuviese un buen carácter pero desde que había vuelto las cosas apenas habían mejorado. Karima sospechaba que se debía al consumo de bebida.

Antes de ponerse el velo que la cubría de pies a cabeza, contempló durante unos instantes los hematomas de su mejilla y sus párpados entumecidos por los golpes. La noche anterior Tarek había reprobado sus coqueteos con los hombres cuando ella no hacía más que cocinar, lavar la ropa, y traer y llevar agua de un lado a otro.

Una y mil veces le repitió que para ella no había más hombre que él pero no quiso atender a razones y se puso muy violento.

Siempre lo hacía cuando bebía…

Sintió que él se ponía a su espalda para contemplar la imagen del rostro que la noche anterior había golpeado con una saña feroz.

En sus ojos había una expresión de culpa que retornaba a él cuando estaba sereno.

–Dicen por ahí, que andas viéndote con el hijo de Najn Al Din y que te está llenando la cabeza de cosas absurdas.

Al decir esto rozó sutilmente su mejilla con la mano dejando un ligero surco con su uña sobre su sonrosada piel. –Sabes que no me gusta que leas esos libros. Te lo he dicho una y mil veces. Tú tienes la culpa de todo lo que te sucede.

Karima hizo un enorme esfuerzo por ignorarle y continuó cepillando su larga cabellera. Lo hizo de un modo enérgico, como si quisiese arrancársela de cuajo. Luego, depositó

el cepillo en su lugar e hizo un cuenco con sus manos se echó un poco de agua a la cara. Realizar este gesto alivió un poco el dolor que sentía en el párpado hinchado. Se puso lentamente el traje oscuro y se volvió a mirarle con una tranquilidad pasmosa.

–¿Quién te lo ha dicho?

–El viejo Rashîd. –Contestó él sin apartar la mirada de la imagen de su mujer reflejada en el espejo– No se habla de otra cosa aquí. Ayer estuvimos bebiendo juntos hasta bien entrada la mañana. Me dijo que en mi ausencia, las visitas de ese hombre a nuestra tienda fueron continuas. ¡Que te regala libros en una palabra! Sabes que me gusta que cuides de tu familia y no des que hablar. ¡Constantemente me pones en ridículo!

–¿Y de veras prefieres creer a ese viejo borracho y metomentodo en lugar de a tu esposa? –Le recriminó ella.

Târek quedó callado. Era la primera vez que ella se le enfrentaba de un modo tan valiente y no tenía ningún argumento que darle. Tomó asiento en el suelo y dejó con cobardía que ella le sirviera una humeante infusión de granos de café. Servía las bebidas como ninguna mujer que antes había conocido y eso le honraba. Pero no aceptaría de ninguna manera que se sublevase. Tenía que demostrar quien tenía el mando en aquel hogar antes que perdiese totalmente su autoridad.

–¿Dónde está Omar? –Cambió de tema lanzando un bufido...

–¿Omar? Ha venido esa niña pequeña a buscarle. Alika, creo que se llama. Están ahí abajo los dos, cerca del lago jugando con una espada de madera que él mismo se ha construido.

–¡Dile que venga inmediatamente! ¡Quiero hablar con mi hijo!

–¿Para que? ¡Déjale jugar! ¿No ves que todavía es un chiquillo?

Cuando Abdel la vio pasar cabizbaja aquella mañana supo que algo se rompía en su interior. La había visto muy temprano cargando canastos llenos de comestibles y ropa sucia y ayudando a las mujeres con los nudos de una alfombra, después en el lago en busca del joven Omar. Se preguntaba cual había sido su error con ella, porque pasaba por su lado como si no le conociese.

Era un día tórrido como tantos otros. Abdel jugaba a contemplar cuanto le rodeaba antes de cerrar definitivamente los ojos como si quisiera atesorar aquel lugar en su memoria. Una vez sumido en esta oscuridad intencionada, intentaba revivir el paisaje y las gentes tal y como era minutos antes cuando sus ojos estaban abiertos: El aire denso que distorsionaba las dunas lejanas, la multitud abigarrada que discurría en todas direcciones y la hierba de los pastizales, de un color verde muy claro. A sus oídos llegaba un leve chapoteo de agua entremezclado con el griterío de los críos. Era la primera vez que se podían bañar allí después de tiempo. Todo gracias a la reciente y copiosa lluvia que había caído.

Se preguntó que sentiría una persona ciega. Que distinguiría al mundo que percibían los videntes y el mundo de la oscuridad total ¿Acaso habría alguna diferencia? Aunque sin duda, las personas ciegas de nacimiento no podrían evocar el mundo real y tangible con la misma percepción con que él lo hacía ahora ¿O sí? Pero ¿Y sus otros sentidos? ¿Estarían más desarrollados? ¿Cómo sería el mundo sin ver? ¿Cómo serían los sueños de un ciego?

No corría el aire.

Las mejillas le ardían y los labios estaban resecos y cuarteados por el viento. En ese momento, abrió los ojos y el estallido de luz le cegó tanto que tuvo que protegerse la vista. Tardó un poco en habituarse a aquella incómoda claridad, cuando vio a través del turbulento aire caliente, que un pequeño grupo de personas ascendía el camino.

Aquella imagen quedaría grabada por siempre en su retina.

Una figura esbelta de porte elegante, caminaba a pie y a la vanguardia del grupo. Todos le llamaban Bashar, aunque nunca supieron su verdadero nombre pues, el maasai que había cruzado a pie el istmo de Suez, era parco en palabras. Desde su aparición, hacía ya algunos años, acompañaba a Hosni y especialmente a su padre como si con este último, tuviese una especie de deuda pendiente. Bashar era admirado por unos y temido por otros, su mirada, daba tanto miedo que tan solo Najn al Dim era capaz de sostenerla.

Tras él iban su hermano y su padre junto a un extranjero y dos chicas.

Desde otra perspectiva Diana, la joven geóloga, no vio a Abdel en la lejanía porque no podía apartar sus ojos de Bashar. ¡Era extraordinario! ¿Qué haría un maasai tan lejos de casa? ¡Ojala pudiera tocar aunque solo fuese un músculo de aquella reliquia viviente! ¿Y fotografiarse a su lado? ¡Eso sería estupendo! ¿Qué dirían sus amigos de Ohio cuando viesen la instantánea? El apuesto Hosni que pareció adivinar sus intenciones, tapó con su mano el objetivo.

–Guárdala y déjale tranquilo, pelirroja, tu mirada le incomoda. Bashar daría la vida por ti si te considerase su amiga pero, presiento que no le caes simpática.

Entre tanto Ángela, que en todo el trayecto no había abierto la boca se volvió hacia Hosni con voz extenuada:

–Me temo Hosni que necesitaremos ayuda para bajarnos de este bicho cuando dejéis de discutir por esa dichosa foto. Me duelen las posaderas hasta lo indecible. Diana: ¿Podrías dejar de complicar las cosas para que él nos eche una mano? ¡Me siento una verdadera inútil, no puedo dominar este camello!

Hosni dejó de mirar a la incauta Diana y se dispuso a ayudarlas. Sujetó con fuerza las cinchas del animal y le acarició el hocico. Pronunció después, unas palabras comprensibles solo para la bestia. A su orden, ésta se arrodilló

hasta tocar el suelo, momento que Hosni aprovechó para tenderles la mano. Una vez a salvo, Diana respiró aliviada y guardó su cámara…

En aquel instante, la figura de un hombre con los brazos extendidos, bajaba el camino corriendo hacia ellos.

–¡Hosni! ¡Hermano! ¡No contaba con vosotros! –Le estrechó entre sus brazos llorando de emoción.

–Llegamos ayer por la mañana desde Medina, en el tren del Hejaz. –Dijo Hosni casi ahogado por sus fuertes brazos.

–¡Pero si dijisteis que estabais en la Meca, grandísimo bribón!

–Te engañamos, venimos de Medina.

–Pero: ¿Porqué? –Titubeó– ¿Por qué lo habéis hecho?

–Porque así no contarías tan pronto con nosotros, Abdel.

–¿Y como no me habéis avisado? –Le reprochó dándole una fuerte palmada en la espalda– ¿Sabéis? ¡El teléfono existe!

–¡Es cierto! Pero como ya te dije, queríamos daros una sorpresa.

Abdel señaló los camellos.

–¿Cómo los habéis conseguido?

–Ya sabes, Abdullah, el viejo camellero, amigo de papá, él nos los prestó. Tú sabes lo antiguo que es. Ya casi nadie usa camellos aquí excepto él, nosotros, y los Halcones. –Al decir esto su voz se ensombreció pero volvió a recobrar el optimismo mientras tomaba a su hermano por el hombro para avanzar hacia delante–. Dime: ¿Cómo te va?

Abdel, rió a carcajadas, se soltó y como un loco corrió a abrazar a su padre, luego, hizo a Bashar una reverencia. Cuando llegó a los extranjeros, se detuvo ante ellos y únicamente les dirigió una sonrisa. Entonces, reparó que la joven pelirroja de tez lechosa huía del maasai.

–¿Qué le pasa? –Le preguntó a Hosni– ¿Es que es tímida o qué?

Najm al Dim intervino en la conversación entre divertido y sarcástico:

–¡Lo siento, hijo! Teme que nuestro amigo Bashar le seccione la yugular mientras duerme, por eso no se atreve a acercarse.

Abdel rió roncamente:

–Pero: ¿Quién le ha dicho tal tontería?

–Tu hermano Hosni, ya sabes lo bromista que es. –Hizo un gesto entre despectivo y divertido con la mano mientras se bajaba de su camello para atarlo a una estaca.

Abdel dirigió a su hermano una mirada reprobatoria y este le devolvió una sonrisa taimada. Pero quiso redimirse y al instante se volvió a la encantadora joven pelirroja atrayéndola hacia él.

–Lamento haberte asustado hermosa dama de cabellos de fuego. Mi sentido del humor, un tanto peculiar, solo es entendido por mi padre y hermano. Bien, para tu tranquilidad te diré que Bashar no necesita un puñal para matarte pues no lo haría amparándose en la noche. No es el estilo de los hombres maasais. De ser esa su intención, te clavaría su lanza en pleno día.

–Pues acabas de tranquilizarme. –Respondió Diana con un hilo de voz separando a Hosni suavemente de ella–. ¡Menos mal! –Dijo–. Porque que importa que te corten el cuello con un puñal, te estrangulen y después te inserten en una lanza, si total el resultado es el mismo y la alevosía con que se haga depende de la cantidad de luz. Y no sé de que os reís vosotros dos. –Se volvió hecha un basilisco hacia John y Ángela–. La verdad que no me hace nada de gracia.

John pasó un brazo por encima de su hombro y se alejó con ella del grupo caminando en zigzag por las dunas.

Mientras, Abdel, se volvía a Hosni para preguntarle:

–¿Y estos, quienes son?

–¡Ah! –Les miró Hosni sin mucho interés–. Pues, unos turistas. Al parecer su jeep se averió. Los encontramos y nos dio pena de ellos así que nos los trajimos.

Ángela les seguía a pocos pasos maravillada con los preludios de la fiesta. De pronto una apabullante multitud de niños sucios y desarrapados les rodeaba reclamando caramelos mientras, los mayores, se apartaban prudentemente con una mezcla de curiosidad y recelo. Ángela pidió un poco de agua a Hosni porque la suya se había acabado y la escupió asqueada.

Estaba caliente.

Hasta el agua del charco más putrefacto tendría mejor sabor que aquel caldo aunque al menos, si servía para enjuagarse la boca. Tarde o temprano beberían. Porque se suponía que allí debía haber agua. Y aquel lugar era bonito con sus olivos y pequeñas palmeras...

Después de todo habían tenido suerte y quien sabe si no habrían muerto de inanición bajo el sol abrasador de no ser por la hospitalidad de aquellas gentes. Además habían prometido conseguir las piezas que faltaban para reparar su jeep. Eso suponía que tendrían que quedarse algunos días más en su compañía.

Pero por un momento, Ángela olvidó lo que le había traído a aquella parte de Arabia y se dejó llevar por el entusiasmo de aquel mundo lleno de colores y aromas.

# XXVIII

*"Lo mejor es salir de la vida*
*como de una fiesta, ni sediento, ni bebido".*

Aristóteles

Llegó la tarde. El Sol, dueño y señor de la tierra abrasó las arenas y adormeció a gentes y bestias. Atados bajo los olivos los corderos aliviaban su calor y su sed. Tan solo bajo las amables copas de los árboles y la frescura cercana del agua, los animales conseguían dormir un sueño placentero en el que la sombra de la muerte no planeaba. Ángela les hacía compañía porque acababa de tener lugar una opípara comida de la que se había escabullido. La comida era a base de pollo relleno de trigo, seguida de postre consistente en hojaldre relleno de yogur, todo acompañado por infusiones varias que había, prácticamente engullido.

Ella no tenía hambre. Había comido lo mínimo pues tenía malas digestiones.

Una figura ascendía por el camino bordeando la laguna artificial. Era un hombre delgado de aspecto fibroso, esbelto como un felino, alto y fuerte como una montaña. Alrededor suyo gravitaba un halo de moscas que jamás tocaban su negra piel como si temiesen su contacto. Traía a África en sus ojos.

Lentamente, se despojó de la lanza y el hermoso escudo refulgió sobre la hierba, a la vez que tendía a su lado sus vestiduras color cobre. Exhibió de espaldas a Ángela un

escultural y desnudo cuerpo de ébano. A continuación se internó en el agua con los brazos extendidos como un Cristo negro dispuesto a volver a caminar sobre las aguas y tanto el líquido elemento, como las moscas, parecieron volver a eludirlo.

Estuvo algún tiempo así, con los relucientes hombros quemados por el sol, bañados por diminutas y relucientes gotitas de agua. Por último, se decidió a salir y comenzó a embadurnar cada centímetro de su cuerpo con el barro de la orilla.

–¡Lo hace para protegerse de los insectos! –Le explicó una agradable voz a su lado.

Ángela se sobresaltó. Al girarse, contempló sorprendida que un hombre joven y apuesto se hallaba sentado a su lado. Silencioso como un felino, no le había sentido venir. Se extrañaba que el recién llegado no estuviese en su tienda, como todos los demás, haciendo la digestión, resguardado del calor.

–Así los insectos también le respetan ¿Y qué haces tú aquí que no estás con los otros?

–Han decidido irse a dormir. –Ángela sintió un agudo dolor en la pierna y la estiró. Pareció que por un momento, aquel simple gesto le aplacaba el dolor–. Yo he comido demasiado y temo que el calor me revuelva el estómago ¿Y tú?

Le dirigió una mirada resplandeciente.

–¿Qué le pasó tu pierna? –Señaló la fea cicatriz.

–¡Ah, eso! –La miró sin darle importancia–. Cuando era pequeña, mi madre me llevaba a ver a mi tío en Florida. Él tiene un pequeño rancho allí y es dueño de un par de caballos. Joya era mi preferido, él que mi tío acostumbraba a montar. Era un caballo blanco fuerte y vigoroso, pero bastante reacio a ser montado por otra persona que no fuese su dueño. Yo tenía quince años y adoraba aquel

caballo. En cierta ocasión, desobedecí a mi tío y monté a Joya sufriendo un gravísimo accidente. Desde entonces, acarreó con las consecuencias de aquella errónea decisión.

Dejó escapar una risa llena de amargura.

Abdel sonrió y comenzó a juguetear con una brizna de hierba seca dirigiendo sus ojos al mismo lugar donde estaban los suyos. Mientras el maasai continuaba su metódica ceremonia, él volvió su sereno rostro hacia Ángela que en aquellos momentos, apartaba un mechón castaño de su cara y le dirigía una mirada azul y melancólica.

–Yo estoy aquí porque me siento triste. –Se confesó a la mujer sin saber muy por qué lo hacia–. He decepcionado a mi mejor amiga. Con ella tenía una amistad sincera. Compartíamos lecturas. Bueno. –Hizo un inciso–. En realidad, no sé porque te cuento esto.

–No importa. Me gusta escucharte. –Le animó Ángela y estiró un poco más su pierna ayudándose de sus dos manos para arrastrarla. Viendo que él la miraba con aspecto un poco preocupado frunció el ceño y dijo– ¡Vamos! ¡No te preocupes, no me duele! ¡Continua!

–Bueno, yo le enseñaba a leer pero desde que su marido llegó, ella me esquiva como si tuviese la peste.

–¿La quieres mucho? –Soltó de repente…

Abdel asintió.

–Tal vez su marido también la quiere y por eso tiene celos de ti. Claro que: ¿Tú la quieres solo como tu amiga, verdad?

–¡Eso no es cierto! –Estalló en cólera–. Su marido no la quiere. Nunca la quiso. Hace años que la conozco y siempre la he visto sufrir por su violencia.

Quedó un poco callado, avergonzado de su propia reacción.

Ajena a su vergüenza, Ángela preguntó:

–¿Tu amiga sabe qué sientes por ella?

–¿A que te refieres? –Preguntó con la mirada sombría.

–A que estás enamorado.

Hizo un gesto negativo con la cabeza y murmuró.

–Debería no importarme que la mate a golpes. Al fin y al cabo, ella es solo de su propiedad.

–Pero tú no lo ves así, como de su propiedad –se explicó–. Quiero decir, que ella te importa…

Ángela se sentía incómoda al ahondar en un asunto tan doloroso para aquel amable desconocido pero no veía otra forma de ayudarle.

–Pero… –Siguió diciendo y se encogió de hombros dubitativa– ¿Por qué no se rebela? ¿El Corán no dice que una mujer tiene derecho a casarse con quien ella desee y romper su vínculo matrimonial si su marido no la respeta?

–Así es –clavó en ella una mirada fiera cargada de dolor–. Es una gran verdad, pero no aplicable a la gente de los pueblos. En lugares remotos como este se dan unas interpretaciones muy particulares de la religión. Karima podría ser lapidada si ese indeseable buscase unos cuantos testigos y convenciese al consejo de ancianos. En cuanto al Corán. –Dijo con ironía– también prohíbe el abuso de las bebidas alcohólicas y las armas. –Le recriminó–. Pero eso no es culpa nuestra, fuisteis los extranjeros quienes trajisteis todas estas cosas aquí.

–Lo siento mucho Abdel. –Acarició su hombro para consolarle–. Tal vez ella no sepa romper ese círculo de horror en el que está inmersa por lo que sería un error que tú también le negases tu amistad porque probablemente va a necesitarla. Por otra parte, tu intromisión podría suponer su muerte por lo que no sé yo si seré la más indicada para decirte que a pesar de todo el dolor que te cause, debes mantenerte al margen hasta que todo esto pase sin negarle tu amistad, claro está.

–Un poco de tiempo. –Refunfuño él y arrojó con rabia una diminuta piedra al agua–. Un poco de tiempo. –Repitió mirando la onda expansiva que había producido el guijarro–. Eso es precisamente algo que me falla. ¡El tiempo! Pronto me iré a Europa. Cuando vuelva, quizás Karima no exista. ¿Y a ti que te pasa?

Ángela se ruborizó ligeramente y arrojó una piedra más lejos de lo que Abdel lo había hecho.

–Estaba pensando en el milagro de la vida, Abdel ¿Sabías que compartimos más de un 90% del código genético con algunas bacterias?

La pregunta le dejó tan perplejo que no supo que decir.

–Perdona. –Dijo. Y el rubor tiñó las mejillas de aquel pálido rostro–. Siempre hago lo mismo. Divagar y divagar como si estuviese dando una charla en una prestigiosa universidad y supiese bien de lo que estoy hablando. No me hagas caso, solo digo tonterías.

–No en absoluto. –Le animó a continuar–. Cualquier cosa que me digas distraerá mi atención del dolor que siento y es la mínima atención que puedo dispensarte después de haber escuchado toda mi retahíla de desdichas.

–No estás obligado. –Le advirtió Ángela.

–Lo sé. Pero si no me interesase cuanto dices ya me habría marchado.

Aquello, animó a Ángela a continuar.

–Pues... –Dudó sin saber como empezar–. Antes que tú llegases, pensaba en como la vida puede mantenerse en estado latente. Hace tiempo leí una interesante noticia en una revista científica que decía que unos científicos rusos habían hallado en un glaciar un mamut en muy buen estado. Ellos dijeron ante las cámaras que la carne estaba tan bien conservada que incluso se podía comer. Así que me preguntaba si no sería posible que un ser venido de otro planeta y aterrizado en el nuestro por un accidente o

voluntad propia, mantuviese su vida en suspenso. Pienso que ese ser, nunca envejecería. Bastaría con que tuviese un metabolismo adaptado o que contase con un traje especial y tendría el secreto de la eterna juventud. ¿No crees, Abdel?

–No entiendo muy bien de que me hablas. –Dijo Abdel arqueando las cejas–. Pero me esforzaré en comprenderlo si me das más detalles.

–¡Bien! Tú sabes que pueden congelarse cuerpos para mantener las funciones vitales. De hecho, muchos ricachones tienen pólizas de seguros para congelar sus cuerpos una vez mueran, con la esperanza de resucitarlos a la vida cuando la ciencia avance lo suficiente. El problema es que no ha sido posible, devolver a ninguno de estos cuerpos a la vida. Se debe a que los cristales de hielo rompen las células, es una consecuencia del agua que está contenida en nuestros tejidos. Pero. –Se le iluminaron los ojos al decir–. Si existiese un ser con un metabolismo especial, un traje, o algo parecido, podría hibernar en nuestro planeta durante años o siglos. De hecho, si me apuras hay pruebas al respecto.

Sonrió al ver su cara de incredulidad…

–¡En serio! –Le pegó un codazo y rompió a reír con una encantadora risa de niña–. Yo misma he visto como compañeros míos introducían ranas en un frigorífico y después las sacaban a los dos o tres días duras como piedras. El corazón de la rana volvía a latir al descongelarse. Si juntas todo esto: un metabolismo diferente, una tecnología perteneciente a una civilización muy avanzada capaz de conseguir temperaturas cercanas al cero absoluto e hibernar para resucitar un cuerpo varios miles de años en un medio donde la temperatura del aire esté siempre por debajo de –50 ºC en hielo permanente tendremos…

Se interrumpió para decir:

–¡Ah, vaya lo siento! ¡Creo que voy demasiado rápido y no me sigues!

Abdel sonrió.

–¡Descansa! –Le dijo tranquilamente– ¡Te vas ahogar!

Ella volvió a reír. Había tomado una pequeña rama y estaba haciendo unos dibujos abstractos en la arena.

Demostró interés por lo que ella decía.

–¿Y como se supone que conseguirían esa temperatura tan baja, para evitar que el agua contenida en las células no rompa los tejidos?

–¡Bueno! La temperatura más baja lograda. –Siguió ella– se conseguiría haciendo que los átomos entrasen en un recinto en el que unos láseres los empujasen. La materia en esas condiciones se pondría en un estado muy peculiar. A ese estado, lo llaman el "condensado de Bosse-Einstein". ¿Has oído alguna vez hablar de él? Hallarás mucha información en Internet si te interesa el tema.

–Olvidas que soy pobre y carezco de tu inteligencia y tus medios. –Bromeó–. La última vez que toqué un ordenador fue hace algo más de un año. No, aquí no tenemos esas tecnologías y yo prefiero los libros...

–¡Ya será para menos! –Sonrió– ¡Bueno! No se puede definir en que posición está la materia así, ni como se mueve, es decir está en un estado incierto como si pudiese ocupar a la vez dos sitios distintos aunque la simple observación del fenómeno rompe el encanto.

–¿Y un ser así, según tú con tu condensado de Bosse-Einstein o como se diga, crees que podría vivir tanto tiempo como esos mamut que los científicos encontraron congelados?

– Sí. –Reflexionó un poco enfadada de que Abdel lo pusiera en duda–. Un ser así tendría dos claras ventajas sobre nosotros. Podría viajar en el tiempo y el espacio pues tendría capacidad para modificar la estructura de sus células. Recuerda que dicen que Matusalén vivió la friolera de 900 años. Tal vez Matusalén podría ser uno de esos seres de los que te hablo. Uno de esos visitantes de las estrellas.

Sonrió y comenzó a escribir una fórmula en la arena con el palo que tenía en la mano utilizándolo como un improvisado lápiz.

Haz estas cuentas. –Garabateó con rapidez.

–Dímelo con tus palabras. –Suplicó Abdel desesperanzado mirando las fórmulas en la arena.

–¡Bien! –Dejó de mirarle y volvió la vista a lo que había escrito y lo señaló con la vara– bastaría que yo viajase durante un año a la velocidad de la luz para que tú en la tierra, fueses historia para mí, ya que entre tú y yo, habría transcurrido la friolera de un millón de años. Tú en la Tierra y yo, allá arriba en el espacio viajando. ¿No es verdaderamente sorprendente?

Se limitó a asentir.

Esto lo dedujo un tal Lorez, continuó garabateando otra fórmula.

Por ello. –Acabó diciendo–. No sería descabellado el que en época de los dinos yo visite la tierra, me vaya a dar un viaje por la galaxia y cuando al cabo de tres años regrese, descubra que aquí en la Tierra, ha habido una hecatombe y la vida ha dejado de existir.

–Eso sería lo normal. –Bromeó Abdel– ¡Yo lo hago muy a menudo! Me refiero a eso de vagar por las estrellas.

–¡No bromees Abdel! –Le dio un codazo amistoso– ¡Es algo muy serio! Es algo más que un viaje en el espacio, lo es también en el tiempo. Es posible, que ellos hayan encontrado túneles o agujeros de gusano para llegar aquí u otros lugares, serían estos, lugares peligrosos y desconocidos, posiblemente lugares sin retorno.

Cada vez estaba más acalorada. Le salió una risita nerviosa que demostraba su incomodidad.

–Ahora mismo he vuelto a comportarme como si fuese una profesora y estuviese hablando con mis colegas de la facultad. Soy incorregible.

–¿Profesora de la facultad? no sabía que lo eras.

–Sí, claro que lo fui hace unos años.

–¡No! ¡No! –La disculpó él– No te preocupes por nada. Me encanta aunque hablas de cosas que quizás no entiendo muy bien. Yo, solo soy un sencillo hombre del desierto especialista en construir pozos y sistemas de regadío. Pero, de veras que te creo. He visto nacer flores en los sitios más inhóspitos de este desierto así que: ¿Cómo no creer que un ser así podría sobrevivir entre nosotros en esas condiciones? Y a propósito –Se volvió hacia ella– ¿En serio solo eres una simple guía al servicio de esos dos tontorrones?

Ángela asintió y sonrió al pensar en Diana y en Jhon.

–Sí claro que sí. Ellos son unos genios en su materia, yo les ayudo con mis escasos conocimientos. ¿Por qué lo preguntas?

–No Por nada. –Dijo Abdel–. Solo porque me parecías tan distinta a ellos… En cuanto a tu forma de ser.

En mitad de la noche, Ángela que tenía el sueño ligero despertó sobresaltada por el fuerte ruido de la ventisca. Con los ojos muy abiertos y la manta a la altura de los ojos, protegida como cuando era una niña, esperó que el ruido cesase.

Parecía que era así, aunque algo le decía que no podía fiarse del todo. Le hubiera gustado ser un tronco pesado como lo eran aquellos dos, durmiendo a pierna suelta. En ese mismo momento se arrepentía de no haber tomado su somnífero. Ahora, era muy tarde y no podía ponerse a rebuscar entre la pila de ropas para encontrar el tubo de pastillas. Temía despertarlos aunque, estaba convencida que de haber estallado una bomba, no se habrían enterado.

De pronto en aquel breve y bendito silencio escuchó un leve crujido. En principio, lo achacó a alguna liebre del desierto o pequeño roedor rebuscando entre los cubos de desperdicios. Más tarde, viendo que el sonido se repetía y movida por la curiosidad, abrió ligeramente la cremallera y miró a través de la pequeña rendija.

El aire gélido le enfrió la nariz. Venía cargado de olor a canela como si alguien hacía escasos minutos hubiese estado preparando una infusión con esta especia. Pero era tarde, y no se veía ninguna luz encendida.

En ese momento, el viento, rompió su tregua de silencio y comenzó a mecer violentamente las copas de las palmeras y los olivos cercanos a la laguna.

Fue cuando miraba en esa dirección cuando vio en la lejanía una sombra furtiva que corría a toda prisa. Ángela, que aún estaba dormida, esforzó la vista para ver mejor.

Pero no vio ni oyó nada más.

Sólo el viento ensañándose a lo lejos con lo árboles como si quisiese arrancarlos de cuajo.

Cerró cuidadosamente la cremallera y regresó al cálido refugio de su saco de dormir. Esta vez durmió profundamente

toda la noche y de un solo tirón, convencida, de que lo que había visto, no había sido otra cosa que producto de su imaginación.

La escena volvió a repetirse otra noche.

En aquella en especial, el viento no soplaba aunque hacía mucho frío, como era habitual. Ángela volvió a despertarse. Pasó cuidadosamente por encima de la durmiente Diana que roncaba a pierna suelta, hecha un ovillo al lado de Jhon.

Durante un breve instante, Diana se movió un poco, bostezó y musitó en sueños algo incomprensible.

Ángela aguantó la respiración, al cabo de un tiempo respiró aliviada. Diana, acababa de girarse dejándole el camino libre para alcanzar el extremo opuesto de la tienda donde había una pila de ropa.

Cogió del montón un jersey de lana gruesa con la intención de ponérselo y regresar a su saco cuando volvió a oír el característico crujido que la había despertado noche tras noche.

Esta vez no pudo resistirse a la curiosidad y regresó sobre sus pasos con sumo cuidado. Abrió la cremallera y de nuevo, apareció la sombra que corría camino abajo y buscaba cobijo entre los olivos.

¿Quién sería aquel extraño o extraña que repetiría la misma maniobra noche tras noche? Ángela no lo sabía pero estaba dispuesta a averiguarlo.

Aquella noche discurría tranquila pero Ángela no quería dormirse. Había estado casi todo el tiempo tomando café intentando no ceder al sueño. Como la sombra le llevaba mucho espacio de ventaja, Ángela se las había ingeniado para llegar antes al lago y en mitad de la noche titiritaba de frío agazapada tras una duna temiendo morir de hipotermia.

Consultó su reloj y se tapó con las mantas que llevaba. Eran las tres en punto de la madrugada.

Sobre esa hora, la extraña figura avanzaba sistemáticamente por el camino y se internaba en las inmediaciones del lago, muy cerca del agua.

Desde su otero particular podía ver las altas palmeras y parte de la superficie acuosa y oscura del lago que ya empezaba a secarse, pero nada más.

Temía dormirse y perderse el momento que había motivado su presencia allí o lo que aún era peor, que la persona que suscitaba sus sospechas hubiese decidido tomar otro camino y la sorprendiese por la retaguardia.

Con alivio, vio que aquel extraño, un hombre muy alto y enjuto, aparecía por el camino tal y como ella esperaba. Pero, no había dado cuatro pasos cuando se detuvo en seco como si estuviese aturdido, confuso y dudase hacia adonde debía dirigirse.

Ángela contuvo la respiración temerosa de que los latidos de su agitado corazón le delatasen.

Entonces fue, cuando un rayo de luna lo iluminó.

Ángela pudo ver claramente el color de su vestimenta. Se trataba de un manto color ocre que mecido al viento envolvía su cuerpo oscuro y que de no llevarlo, habría mimetizado perfectamente al desconocido con la noche. La blancura del globo ocular y sus dientes, le daban un aspecto fantasmal junto aquel hueco de tela que parecía solo ocupado por el aire.

El maasai dirigió una mirada fiera a la duna donde Ángela estaba escondida y ésta reprimió con su mano un grito de terror al creerse descubierta.

Afortunadamente, el maasai no la había visto y volvió la vista al frente y hundió su lanza en la arena inspeccionando el lugar.

Era como si estuviese esperando la llegada de alguien. Pero: ¿Quién era?

Era evidente que se trataba de aquel hombre vestido con ropajes níveos que al verlo, avanzaba a su encuentro.

Aquello no gustó mucho a Ángela pues por sus ropas se parecía a los beduinos que la habían asustado a ella y a los dos geólogos cuando su jeep se averió...

El maasai no avanzó ni un solo paso. Se mantuvo en pie, sin moverse apenas y sin dejar de mirar al recién llegado dejando que fuese este último quien se aproximase.

A continuación, se produjo una acalorada discusión entre ellos que duró apenas unos segundos. Ángela no pudo oír lo que ambos decían no tanto por la lengua utilizada sino por el ruido del viento, pero sí vio que el maasai era el más alterado mientras que el de blanco, lo único que hacía era escuchar y apretar los puños.

Poco después, el beduino partía en dirección a una palmera donde había dejado atado a su dromedario y se alejaba galopando a gran velocidad.

El maasai en un principio, tomó el camino inverso hacia las tiendas del campamento. Luego, se arrepintió y decidió perderse en el desierto.

Libre e indomable como un animal salvaje, corría libre como el aire...

# XXIX

*"Cada cosa tiene su belleza, pero no todos pueden verla".*

Confucio.

Durante las muchas noches que las luces condujeron a los niños al túmulo, siempre habían ido a parar a la misma sala azul.

El niño extranjero no tardó en hacerse amigo de ellos. Tenía su misma estatura y hablaba su mismo idioma, aunque de una forma muy tosca. Sin embargo, era sorprendente la rapidez con que lo había asimilado. Era como si dominase a la perfección algún tipo de dialecto antiguo que el aislamiento y el encierro le habían impedido practicar así, que hasta donde la comprensión del lenguaje no llegaba, los niños empleaban gestos y símbolos para hacerle entender lo que querían.

El lugar donde vivía era mágico. En él, Alí y Najn podían tener todo cuanto deseasen, los alimentos más sabrosos, los juguetes que más anhelaban, todos sus sueños se materializaban para ellos en un abrir y cerrar de ojos de aquel extraño niño que habían encontrado en el túmulo.

Luego, cuando se cansaban de jugar o bien porque el pequeño extranjero así lo estimaba, hacía que la nave desprendiese un extraño gas que les dejaba adormecidos y les conducía lejos de allí, a un lugar donde el enjambre de luces azules les guiaría a sus casas al despertar.

Ellos llamaban cariñosamente al enjambre "las lamparitas de la noche" y les gustaba verse protegidos por su luz.

Cada regreso al templo de gigantescas escaleras de mármol era un motivo de fiesta y de alegría para ellos. Todos los días, aprendían algo nuevo del lejano lugar de donde provenía el extranjero pues él, les mostraba imágenes reales, no como las del cine, que mostraban la inmensidad del universo y les ayudaba a comprender quienes eran ellos y cual era su lugar en la gran obra de Alá.

Un día Alí a sus espaldas cometió el grave error, de rozar con su mano el sedoso y largo cabello del extranjero y este se volvió hacia él mostrando una hilera de incisivos sangrantes.

Nunca más volvió a repetir aquel acto.

Días más tarde cuando Najn vino a buscarle a su tienda para jugar, unos familiares que flanqueaban la entrada le impidieron el paso y Aisha, la hermana mayor de Ali, le salió al paso sacándole a empujones lejos de allí.

–No puedes entrar ahí… Mi hermano Alí está muy enfermo, hoy no puede salir a jugar contigo.

–¿Pero qué es lo que le pasa? –Había balbuceado Najn al Dim sin comprender nada.

Ante la repentina ira de Aisha, enterró su cara entre sus faldas y rompió a llorar sin consuelo.

El llanto del pequeño pareció compadecerla. Se agachó a su lado y retiró un mechón de su carita para verle los ojos:

–Mi hermano tiene leucemia Najn. No es culpa tuya. Ya la padecía mucho antes que mi familia y yo viniésemos aquí. Le sometimos a diversos tratamientos y conseguimos que la enfermedad se estancara pero parece que empeoró. Él está muy débil y no puede salir a jugar. ¿Lo entiendes?

Najn enmudeció, Aisha dio media vuelta y volvió a entrar en la tienda.

Se quedó allí solo, frente a su umbral, con un camión de plástico en las manos entornando los ojos cubiertos por

unas largas pestañas. Días más tarde, vería como los mayores sacaban el cuerpo de su amigo Alí envuelto en un lienzo blanco para llevarlo a una remota zona del desierto.

Najn siempre culpó al extranjero de su muerte. Aunque, con el tiempo, se dio cuenta de lo injusto que había sido.

Durante muchas noches rondó la zona y arrojó piedras al túmulo. Oyó como él lloraba desconsoladamente y no se inmutó.

No sintió la más mínima compasión por él. Su amigo Alí había muerto por su culpa. Todo había sido después de que rozara su largo cabello impregnado de quien sabe cuantas sustancias venenosas. Nada de lo que Aisha, la hermana de Alí le hubiese dicho, le habría convencido.

Pero Najn le culpaba y, se prometió a si mismo que no hablaría a nadie de las lamparitas del desierto, las grandes escaleras de mármol y el templo enterrado bajo las arenas.

Ahora, próximo a acabar sus días, cuando solo era un pobre viejo sentía que había llegado el momento de hablar con su hijo y contárselo todo.

Arrojó mil piedras con toda su saña contra el túmulo. El extranjero, no podía comprender lo que éste le decía pero no se atrevía a salir pues había mucho odio y desprecio en el tono de voz de aquel, que antaño había sido su amigo.

El pequeño extranjero, se dejó caer sobre el suelo y lloró amargamente. Fue entonces, cuando sintió una mano fría de reptil adulto que mesaba sus cabellos de niño con ternura.

Al volverse, vio a su hermano mayor el hombre-pez que siempre se había mantenido al margen y nunca había querido intervenir en su amistad con los dos pequeños humanos.

El adulto hombre-pez también lloraba. No decía nada. Sus ojos lo decían todo por sí mismos. Nunca había confiado en los terrestres, nunca le habían parecido buenos y sabía que tarde o temprano esto sucedería.

Una de las cosas que más inquietaba a Najn al Dim era saber que sus hijos tenían algún problema. A este desasosiego venía a unirse la necesidad del anciano por revelar una verdad que durante mucho tiempo había silenciado.

–No ocurre nada padre. Es solo que estoy un poco cansado, me gustaría cambiar de aires, tal vez me vaya con Almudena y Hakin al encuentro de esa caravana. –Dijo Abdel mientras preparaba los calderos que recogerían la sangre de los corderos cuando se celebrase la fiesta.

–¿Y después qué? –Preguntó Najn al Dim.

–Después me iré a Europa y creo que pasaré bastante tiempo allí.

Najn al Dim se sentó derrotado y miró a su hijo con una profunda tristeza.

–Hijo, tengo que contarte algo. Sé que no es el momento apropiado para hacer esto pero necesito que tú lo sepas. Hay tantas cosas que comprender... tantas cosas que nosotros ignoramos...

–La quise con toda mi alma y fracasé. –Estalló Abdel pegándole una patada al caldero y arrojándolo al fondo de la tienda. Miró con indiferencia el estropicio–. Ella le prefirió a él, dijo con los ojos llenos de lágrimas. –Prefirió a ese bruto que no sabe más que maltratar su cuerpo y su alma.

A Najn al Dim le costó unos escasos minutos comprender que la cabeza y el corazón de su hijo estaban muy lejos de allí y que por mucho que él se esforzase no conseguiría que oyese lo que había venido a decirle.

Caminó hacia él dispuesto calmarle y en su rostro se reflejó la desesperación. No lo había conseguido. Su hijo, de espaldas con los puños crispados lloraba como un crío.

–Te veré más tarde. –Le dio unas palmaditas consoladoras en el hombro.

Unas horas más tarde comenzaría la fiesta. Cada familia iría a la laguna a recoger sus corderos. Después los llevarían

a un pequeño recinto donde Najn Al Dim, de espaldas a la Meca asestaría un tajazo en la yugular de los animales para darles una muerte rápida. Esta operación se hacía uno por uno de modo que ninguno de los corderos pudiese ver la muerte que le deparaba al otro. Luego vendría otro corte en las patas del animal para inflarlo de aire y desollarlo. Las mujeres traerían sus calderos y procederían a limpiar la sangre de un modo escrupuloso una vez esta, se derramase.

El ambiente era festivo y cordial aunque entre todas aquellas gentes, no divisaba a Karima.

Los americanos contemplaban horrorizados la escena de la matanza de estos pobres animales y se juraban a si mismos que a su regreso, se harían vegetarianos. Sin embargo cuando las carnes les fueron ofrecidas en pinchitos a la parrilla, se olvidaron de los truculentos detalles de la fiesta.

Todos parecían felices, en chanzas, abrazos y risas.

Pero no estaba Karima.

Abdel pasó un plato lleno de macarrones con yogur a los extranjeros, un poco incómodos por la ausencia de cuchillos y tenedores aunque ansiosos por degustar los exquisitos platos en que el cordero se presentaba guisado, asado y condimentado en todas sus formas.

Ocupado en otras cosas que nada tenían que ver con la gastronomía, Abdel paseó indolente su mirada por las mesas llenas de platos con dulces, en busca de Karima pero continuó sin verla. Tarek estaba sentado dos mesas más atrás y comía como un puerco sin parar de reír.

Parecía absolutamente tranquilo y despreocupado.

Parecía que la ausencia de su mujer no le importase y le dedicó desde allí a Abdel una sonrisa socarrona.

# XXX

*Todo aquel que encuentra la belleza y no la mira,*
*pronto será pobre.*

Proverbio africano

Cuando más distraído estaba buscando con la mirada a Karima, vio que su padre, Najn al Dim acababa de sentarse a su lado... Después de todo el trajín de la fiesta, aquella, era la única oportunidad que habían tenido para hablar a solas. Abdel lo notó muy tenso, como si algo le preocupase.

–¡Abdel, tengo que contarte algo!

–Después de la cena padre. –Le Interrumpió él sin apartar la vista de los invitados– estoy buscando a alguien que es muy importante para mí.

–Pero esto sí que es importante. Insistió.

Fue en ese momento cuando Abdel sintió que alguien le tiraba de la manga. En principio pensó que era su padre, pero al volverse, vio que los ojos de un niño, apenas adolescente le miraban aterrados. Al mismo tiempo, Târek le dirigía una mirada retadora desde el otro lado de la mesa.

Cogió al niño y lo apartó del resto de la gente.

–¿Qué te pasa?– Preguntó.

–¡Debes venir Abdel! ¡Es urgente! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! –Rompió a llorar con histerismo– ¡Ayúdame yo no sé que le pasa!

–Es mi madre. –Se explicó enjuagando las lágrimas y continuó tirando de la manga de la túnica de Abdel–. Está en el suelo y no se mueve. ¡Creo que está muerta!

–¡Vamos! –Le apremió Abdel poniéndose en camino.

Le siguió hasta la tienda de Karima. En ella reinaba una total oscuridad. Su cuerpo yacía inmóvil tendido de costado.

–¡Vuelve a la fiesta! –Le ordenó al niño con suavidad agachándose al lado de la mujer–. Haz como si nada ocurriera y dile a tu padre cuando te pregunte que me buscabas porque has perdido tu espada de madera en la laguna y que en estos momentos te estoy ayudando a encontrarla. ¿Has entendido bien lo que debes decir, Omar? –Le vapuleó con suavidad.

El niño hizo un leve asentimiento de cabeza arrancándose las lágrimas con la manga de su chilaba, luego, miró lleno de horror el cuerpo tendido en el suelo de su madre y se escapó.

A solas con ella en el suelo, la llamó suavemente:

–¡Karima! ¡Háblame! ¡Dime algo! Si no puedes, aprieta mi mano. Estoy aquí a tu lado. No te dejaré sola en este trance.

Ella apretó sin fuerzas la mano de Abdel. A su lado había un libro roto junto un montón de especias derramadas, era el mismo libro que un día él le había regalado. Aún recordaba la dedicatoria.

–Mi amistad infinita. –Había leído ella con suavidad– ¡Abdel! –Gimió devolviéndole a la realidad– ¡Vete por favor! ¡Yo soy como ese libro roto! ¡Déjame morir en paz!

Nunca pensó en hacer aquello que ahora estaba haciendo pero la despojó de aquel velo negro que cubría su rostro y por primera vez, vio su hermosura a la luz del crepúsculo. Aquel desgraciado, se había despachado a conciencia, Karima tenía un párpado tan hinchado que apenas podía mirarlo. Le dolía la espalda y decía que no podía moverse.

Dejó a Karima tendida en el suelo y corrió al dormitorio para regresar con unas cuantas mantas que utilizó para envolverla. La tomó en brazos como a una niña pequeña, y se dirigió a la parte trasera de la tienda donde descansaban los camellos. Obligó a uno de ellos a sentarse y subió con dificultad a la mujer en su grupa subiendo él a continuación.

–¿Dónde vamos? –Alzó Karima la cabeza aturdida contemplando con el ojo sano la noche plagada de estrellas–. Me duelen las costillas y el estómago. Tarek encontró el libro que tú me regalaste y la emprendió a golpes conmigo.

–Lo sé ¡Calla! Lo sé. –Susurró dulcemente en su oído–. Los nómadas mis hermanos van a beber a la osa mayor y es ahí adonde te llevo ahora.

Abdel se sentía iracundo.

–¿Cómo puede haber personas tan ruines que maltratan a sí a otras? ¿Cómo están tan ciegos que no pueden ver la hermosura de un corazón sincero?

Pensaba en protegerla, que nadie le volviese a ponerle jamás una mano encima, ni cubriese la belleza de su rostro con más velos. No sabía como conseguirlo pero algo en su interior le repetía que debía alejarse de allí sin explicaciones y a toda prisa.

Así estuvieron vagando sin rumbo fijo hasta que una hora después ya no se divisaba más luz en la lejanía que la solitaria luz de una estrella.

Se encontró de pronto con la mirada interrogante de Karima un poco más recuperada, que hizo un esfuerzo para levantar la mano y apuntar al frente.

–¿Qué es eso Abdel?

Abdel se percató de aquel extraño fenómeno que acababa de acontecer y la tranquilizó. De repente, el desierto se había llenado de luces.

–No te asustes– Repuso viendo como el enjambre luminoso se acercaba a ellos cada vez más– No nos harán

daño, lo sé, de alguna forma esas las luces están ahí para protegernos...

–¿Y tú cómo lo sabes? –Abrió a duras penas su párpado hinchado y dejó caer pesadamente la cabeza hacia atrás sobre la espalda de Abdel.

–Porque es una piedra que encontré en las dunas y desde entonces me acompaña. –Metió una mano en el bolsillo de su túnica y se la mostró–. Ella, la piedra crea las luces y guía al enjambre, pero se oculta a la mirada de todos y si tú la ves, es porque ella así lo desea. No me pertenece a mí, al igual que esas luces. Solo se pertenecen a sí mismas aunque pienso, que de alguna forma, nos ayudarán.

Vieron que las luces se hacían cada vez más numerosas y Abdel, volvió a recordar su experiencia de aquellos tres días perdidos. Esta vez, no lo había soñado, aquel lugar era algo verdaderamente real.

La piedra se mantuvo ingrávida frente a los ojos de Abdel seguidas muy de cerca por las luces que se habían detenido como si esperasen una orden de ésta.

La volvió a guardar en su bolsillo. Inmediatamente, las luces azuladas les rodearon, compactándose con sus cuerpos hasta crear una energía uniforme y cegadora.

La intensa luz azulada dañó sus ojos. Abdel y Karima perdieron la noción del tiempo y el espacio. Era como volver a los orígenes del claustro materno. No sentían nada, absolutamente nada, salvo una sensación de ingravidez placentera. Esa percepción duró muy poco, pero el suficiente tiempo para pensar que darían cuanto tenían y cuanto eran por permanecer aunque solo fuese un segundo más en aquel estado.

Aparecieron por arte de magia en un lugar extraño, tendidos en el suelo y rodeados por aquella intensa luz azul que brotaba de las paredes, de un color muy parecido al de las pequeñas luces que les habían rodeado. Solos, en una amplia sala llena de hermosas columnas azul turquesa con inscripciones jeroglíficas en oro.

Las paredes y las columnas tenían otra particularidad: Cuando se las tocaba parecían doblarse. Era, como si estuviesen hechas de un material ligero y endeble que recobraba su estructura original cuando la presión cesaba. La estancia entera se combaba hasta tomar la forma de una esfera donde crecían plantas extrañas y hermosísimas que no parecían precisar del agua y la luz para crecer.

–No temáis. –Les envolvió una voz al fondo de la sala.

Era una voz extraña, hueca, metálica, como una grabación que se propagaba de modo circular por toda la estancia.

–¿Tú eres el que Alika y yo vemos en nuestros sueños? –Gritó Abdel a la voz.

Se hizo un silencio incómodo.

–¿Por qué no sales a la luz para que podamos verte? –Dijo Abdel sin darse por vencido– ¿Acaso es que eres un sueño?

–¿Y quien puede saber cual es la diferencia? –Bramó la voz a su izquierda– ¿No podríamos ser nosotros acaso el sueño de Alá?

–¿Pero no eres un ser vivo? ¿Qué puedes ser? ¿Por qué no te muestras?

–¡Claro que soy un ser vivo! Araña una de las paredes y lo verás.

Abdel obedeció sus órdenes y comprobó perplejo que en el surco invisible que había hecho con su uña sobre una de aquellas columnas extrañamente blandas, brotaba un líquido rojo y espeso parecido a la sangre.

–¿Lo ves? –Le confirmó la voz– ¿Todavía crees que soy una simple máquina? Soy una nave, pero tengo vida. Si me hieren sangro como tú, soy capaz de experimentar la emoción, la belleza y el dolor de los seres que me tripularon. Tengo capacidad de recordar.

–Si es así por que no te muestras. –Insistió Abdel desconfiado.

–Porque te he dicho que no soy un ser vivo sino más bien un vehículo. Aunque si quieres. –Hizo un lapsus para decir–. Puedo mostrarte la imagen de uno de los seres que me habitó.

Karima sintió a su lado un torbellino de aire cálido que la acariciaba.

–Triste es, que quien da vida y tanto amor sea correspondida con ese odio inhumano. –Canturreó la voz haciéndola levitar.

Aterrorizada, miró a Abdel buscando su ayuda al ver que sus pies se habían elevado unos escasos centímetros del suelo.

–No temas. –Le calmó la voz–. No te volverán a hacer daño jamás y yo menos que nadie. Te quedarás aquí conmigo donde te protegeré y nada te faltará.

–¡No puedo! –Gimió Karima aún flotando–. Mi hijito no podría soportarlo.

–No te preocupes por eso. –La consoló la voz–. Si vuelves a ese lugar morirás. En cambio, si permaneces aquí conmigo vivirás y tu hijo estará contigo en tus sueños siempre que ambos lo deseéis…

–¿Cómo puedes saber lo que yo estoy sufriendo? –Demandó karima enfadada–. Solo eres una maldita máquina.

–¿Qué cómo puedo saberlo, me preguntas?

Había algo divertido en el tono de aquella extraña pregunta.

– Porque el tiempo y el espacio no tienen secretos para mí. No puedo revelar más sin alterar vuestra libertad ya que os sentiríais esclavos del destino. Y: ¿Quién desea leer una historia empezando por el final?

Parecía que estaban algo mareados pero en seguida, se dieron cuenta que verdaderamente los dos levitaban cuando la ligera bruma que ascendía del suelo se disipó

bajo sus pies. Fue en ese momento cuando la sensación de volver al claustro materno se repitió para Abdel que sintió el eco de aquella voz que se alejaba.

–¡Abdel! –Resonó la voz llena de bondad–. He estado muy solo durante muchos años. Ahora mi soledad llega a su fin. Has de reunir a los guardianes de la tierra. Esta nave que soy encierra poderes que ningún ser humano soñó jamás pero es un arma increíblemente poderosa para vosotros. Nunca se dejará utilizar contra vuestra propia especie.

Cuando comprendáis que incluso el más odioso de vosotros merece una segunda oportunidad, entonces comprenderéis que no estáis solos, que nunca lo estuvisteis y que aquello por lo que tanto habéis sufrido carece de importancia. En ese momento, seréis dueños de vuestro destino y podréis evitar la catástrofe.

–¿Pero que catástrofe ocurrirá? –Preguntó Abdel sumamente asustado.

–Será peor que cualquier guerra en vuestro mundo– Le informó la voz con un tono sombrío– Será el fin de vuestra especie–. Tras parecer que observaba su reacción añadió– Tiene que ver con la vida de las estrellas, cuando muera el Sol si antes no destruís el mundo por vosotros mismos, la muerte del Sol renovará el ciclo de la vida.

–¿Cómo será? –Titubeó Abdel.

–Las estrellas, consumen su hidrógeno y lo transforman en helio gracias a la fusión nuclear. Cuando consumen el hidrógeno se acaba la fuerza que hace que la estrella no se hunda por su propia gravedad. Esta regla general ocurre cada diez mil millones de años. Vuestro sol solo tiene unos cinco mil. ¿Sabes lo que eso significa Abdel?

–No comprendo– Se mostró confuso.

–Hemos descubierto. –Continuó la voz– que el fin del Sol está muy cercano debido a una rara distribución de sus capas internas y que solo modificando el campo magnético

de su núcleo podremos evitar el desastre. La solución ideal, sería crear un puente hacia otra dimensión o universo.

–¿Y como podrías impedirlo? –Replicó Abdel.

–Existe una solución arriesgada pero es una solución imposible. Podría deformar el espacio tiempo, pero lo mas probable sería que se formase una singularidad, lo que vosotros conocéis como un agujero negro, esto causaría vuestra destrucción igualmente y mi propia destrucción.

Es una solución que no puedo emplear por que fui construida para preservar la vida no para aniquilarla.

La raza que me construyó quizá ya conozca la forma de evitar esta catástrofe que os espera.

Pero no puedo emprender el viaje por si sola.

Ni tan siquiera con mi navegante que aún vive. Necesito de vuestra ayuda.

Desencadeno fuerzas que podrían destruir vuestro mundo, por eso no poseo el control para emprender el viaje.

Solo la voluntad decidida de dos navegantes, dos seres de mi mundo. Aunque hay otra alternativa.

Pareció que guardase silencio para coger fuerzas para proseguir.

–Cada navegante puede ser reemplazado en el control por tres pobladores de vuestro mundo, así está escrito en mi código al que no puedo alterar ni engañar. Lo hicieron así para seguridad de los mundos que visitamos.

Necesito vuestra ayuda, tres pobladores con el alma limpia, amates de la vida como yo.

Solo con sus ADN y la voluntad de todos me pondrá en marcha.

Puedo alcanzar la velocidad de la luz pero no superarla.

Puedo viajar en el espacio y el tiempo, pero solo en el fluir natural, no tengo permitido ir hacia atrás en el tiempo

pués las paradojas tienen consecuencias imprevisibles, yo debo impulsarme en el espacio-tiempo ordinario.

Modificando el vector de crecimiento del tiempo con respecto al espacio exterior puedo desplazarme en la dirección de la diferencia de vectores, a fin de cuentas el movimiento slo es la diferencia de crecimiento del tiempo entre dos puntos (dt^2–dt´^2=ds^2.).

Dicho de otra forma, dos objetos se desplazan si y solo si el tiempo de uno respecto al otro no transcurren en la misma proporción.

Hizo una pausa, y prosiguió con una voz tristísima:

–Sí, ya sé que no me comprendes. Lo que intento decirte es que mientras estáis entretenidos en mataros los unos a los otros, luchando por conseguir la tecnología que os permitirá fabricar nuevas bombas, el Sol, vuestro Sol, se prepara para su muerte. Vuestro fin es irremediable y será sin previo aviso. Yo puedo ayudaros a reparar vuestra estrella pero no puedo reparar la ira que envenena vuestros corazones. Os habreis destruido a vosotros mismos antes de que tenga una oportunidad para salvaros.

Al ver como la mirada de Abdel se ensombrecía al pensar en Karima, la nave habló como si adivinase sus pensamientos:

–La nave que soy es médica. ¡No temas! Pues curaré aquellas heridas visibles que ella tenga y también aquellas que su corazón oculta a los demás. Se queda en paz conmigo. Volverás a verla en un día no muy lejano…

Aunque ya no oía aquella voz metálica bajó la cabeza en un gesto de asentimiento. Cuando volvió a levantarla se encontró que estaba solo, tendido en la arena fría a tan solo dos pasos del camello. Karima había desaparecido. Era como si el desierto se la hubiese tragado. Metió la mano en el bolsillo para cerciorarse de que todo era real y solo encontró la tersura y frialdad de aquella piedra.

Cuando entró en la tienda de las reuniones llevaba en su mano una espada de madera mojada. Apenas había transcurrido media hora.

El hijo de Karima salió a su encuentro veloz con una sonrisa triunfal que intentaba disimular la tristeza de sus ojos.

–¡Que bien que la has encontrado! –Se abrazó a él e intentó abarcarlo con sus pequeños brazos. Enterró el rostro en la túnica de Abdel y lloró en silencio durante unos instantes sin que le viese nadie.

Abdel, se agachó y susurró algo en los oídos del niño.

–Tú mamá está bien. –Le dijo.

–Sí. –Aseguró–. Está donde nadie puede dañarla. Esta noche y cuando amanezca, la buscarán pero no la encontrarán. Solo tú y yo sabemos que está a salvo en un lugar del que no puedo hablarte. Toma esta piedra–. Se la dio rápidamente haciendo que el niño cerrase su puño fuertemente en torno a ella–No es una piedra cualquiera. Te doy un tesoro que protegería con mi vida en nombre de la amistad que me une a tu madre. No hables a nadie de ella, verás que es una rareza, pero por ella ambos estaréis siempre unidos y podréis comunicaros siempre que ambos lo deseéis.

–¿Qué hablas?– Gritó Târek aproximándose.

–Nada. –Abdel se levantó y le dirigió una mirada imperturbable.

Omar ya había cogido la piedra y la había escondido en su bolsillo. Por alguna razón, sabía que esa piedra era un regalo de un amigo a otro y que Abdel se la daba en nombre de la amistad que le profesaba tanto a él como a su madre.

Sentía no poder compartir aquel tesoro con su padre. Solo lo haría si algún día, él comprendía el dolor que había causado y rectificaba de su actitud, entonces podría devolverle toda la belleza que su corazón había menospreciado.

El niño asintió, dirigió una mirada cómplice a Abdel y otra temerosa hacia su padre. Finalmente, se perdió con

la cabeza gacha entre toda aquella multitud. En una mano llevaba la espada, la otra, acariciaba la piedra del bolsillo.

Su textura fría y suave le recordó la dulce presencia de su madre e hizo que algo de su soledad se mitigase.

Amaneció un nuevo día.

Almudena que miraba a su hermano con tristeza, no veía el momento de despedirse de él.

–La caravana nos espera. –Se impacientó Hakin mirándoles a ambos– ¿Has decidido quedarte o vienes definitivamente con nosotros?

Abdel, puso una mano sobre su corazón. Con aquel gesto pretendía decirles que se quedaba pero que les llevaría siempre dentro de su corazón.

La cara estupefacta de Almudena hizo que se explicase.

–La situación ha empeorado. Sabéis lo mucho que me gustaría acompañaros, pero no puedo dejar a mi padre y hermano aquí.

–Lo comprendemos. –Admitió Almudena finalmente– Ellos han decidido quedarse también para apoyarte. Temen por ti, temen que algo te suceda. Ni siquiera sé si nosotros cometemos un error al marcharnos y dejaros solos con ellos– Señaló a Tarek el marido de Karima, a lo lejos.

–Partid con la caravana. –Aferró las cinchas del camello y le acarició el cuello. El animal resopló y apartó la cara–. Todo está bien hermanita. Nada me ocurrirá, se cuidar de mí.

Pero Almudena no estaba del todo de acuerdo. El día anterior por la mañana, todos en el campamento se habían puesto a buscar a la desaparecida Karima.

Todos menos el pequeño Omar, se extrañaron del extraño comportamiento de Abdel que tampoco quiso colaborar en la búsqueda de la mujer y cuyo comportamiento provocó las iras y recelos de un grupo que de algún modo sospechaba que él había tenido algo que ver en todo aquel asunto.

–No os ayudaré a buscarla para entregarla a este bruto. –Se había llevado una mano al tajo que Târek le había infringido en la mejilla con su cuchillo.

–Devuélveme a mi mujer, secuestrador infame. –Se revolvía Târek reducido por dos hombres quienes le habían obligado a tirar el arma.

A unos pasos estaban unos hierros de marcar animales, con arrojo, Târek se liberó de los hombres que le aprisionaban y se abalanzó sobre uno de aquellos hierros. Habría matado a Abdel si la fuerte y enorme mano de Najn al Din no hubiese detenido el avance del hierro con su mano en alto.

La presión que sintió el viejo al detener el avance de aquel hierro, fue muy fuerte, pero consiguió que Târek lo soltase y se arrodillase gimiendo de dolor mirando su mano.

–Nadie empleará la violencia en mi presencia. –Sentenció mirándolo con desprecio–. Para hacer una acusación han de existir pruebas, e incluso si se dispone de ellas hay que tratar al reo con el máximo respeto. ¡Nadie mejor que uno mismo comprende el porqué de sus actos! ¡No sea que el culpable sea la víctima y la víctima el verdugo!

Dicho esto, arrojó el hierro contra la pared con una fuerza impropia de un anciano y se alejó con los puños crispados.

Almudena y Hakin no eran los únicos a los que los acontecimientos habían alertado. Dada la encendida situación que se respiraba en el ambiente, los geólogos, habían decidido que partirían aquella misma mañana. Desgraciadamente, su jeep, continuaba averiado pero Hosni les había proporcionado otro y ahora, pensaban utilizarlo antes que estallase el polvorín.

Jhon se golpeó la frente con la mano como si hubiese olvidado algo.

–¡Mierda! –Exclamó de repente.

–¿Qué te pasa Jhon? –Diana soltó el volante del jeep y miró hacia el asiento trasero donde su amigo iba sentado…

–No encuentro todas mis notas. –Dijo desesperado levantando la marabunta de papeles y objetos para mirar debajo–. He rebuscado por todos sitios. Sin duda han debido caerse en algún sitio cercano al lugar donde el palier se nos rompió. Debo regresar allí, Diana, no puedo ir a la excavación sin mi cuaderno. Supongo que lo comprendéis. ¡Marchaos sin mí! ¡Ya os alcanzaré!

Diana pareció contrariada.

–¿Y ahora te das cuenta de que has perdido tus apuntes? ¡Maldita sea, Jhon! No te comprendo. Hace unos minutos estabas muerto de miedo por salir de aquí y ahora sin embargo decides quedarte por un estúpido cuaderno de notas. ¿Es que no tienes miedo de esos salvajes?

Un escalofrío recorrió la espalda de Diana al recordar el día en que conoció a Bashar, el maasai. Las palabras de Hosni aún repiqueteaban en sus oídos.

"Bashar no necesita un puñal para matarte pues no lo haría ni en la impunidad de la noche. No es el estilo de los hombres maasais. De ser esa su intención, sería con su lanza o sus propias manos y lo haría a plena luz del día"

Aquel insensato de Jhon, no sabía a lo que se exponía quedándose allí. Las cosas no habían salido tal y como ellos habían previsto...

–No te preocupes Di. –La tranquilizó él–. Esta gente no es tan mala como tú piensas. Me quedaré aquí un día más, luego recogeré las notas que me falten y tal vez para entonces nuestro jeep ya esté preparado y podré alcanzaros. No pasará nada, en serio. Esta gente es buena y además será solo durante uno o dos días. Lo prometo.

Diana miró a Jhon y Ángela con un mohín de disgusto. Finalmente acabó cediendo.

Ángela que les observaba a ambos, se encogió de hombros con una sonrisa como si aquella conversación también resultase divertida para ella.

–Ahora mismo, Jhon me acaba de recordar que también yo tengo que despedirme de alguien. –Abrió la puerta del jeep y le siguió agarrándose a su brazo–. Pero a diferencia de él yo solo tardaré unos minutos ¿Podrías esperar por mi Di? ¡Yo sí que voy a volver!

Ángela levantó la tela de la tienda de Najn al Dim y pasó al interior. El viejo apenas se inmutó, parecía que la estuviese esperando desde siglos.

–Te conozco, sé que te conozco. –La señaló con un dedo amenazador–. Sí, jovencita, te conozco a pesar de que el primer día en que nos encontramos tú no cesaste de negarme.

–Lo sé. –Se sentó a su lado en un cojín y se sirvió con parsimonia un poco del té que Najn al Dim estaba tomando en aquellos momentos. Lejos de enfadarse el viejo, por las confianzas que se estaba tomando, le dirigió una sonrisa benevolente.

– Yo sé que usted me reconoció en aquella ocasión y le doy las gracias por no delatarme. –Posó la tetera sobre el suelo y se llevó la taza de té a la boca. Por un momento, cerró los ojos embriagada por el olor y el sabor de la infusión.

–Bien. –Continuó–. He venido a despedirme y darle las gracias por su hospitalidad. Nunca olvidaré todo lo que ha hecho por mí.

–Ha sido un placer para mí. –Asintió Najn al Dim con la mirada serena y las manos entrelazadas–. Mi amigo Wilson, el mendigo ha cuidado bien de ti. No supe apreciar tu oferta aquel día en que nos reunimos en Nueva York. Desconfiaba de ti Lídice Tavares. Luego, cuando nos pusiste sobre aviso a través de Wilson, sobre las argucias del profesor y el general reaccioné. Le dije a Wilson que te defendiese de ellos aunque –señaló la fea cicatriz que recorría su pierna– creo que llegué demasiado tarde.

–¡No importa! Veo que se acuerda de cómo me llamo–Apartó ella la vista para fijarla en su fea cicatriz–. Sí, estuve al borde de la muerte. Pero como me temía lo que iba a ocurrir le dejé a

Wilson las verdaderas piezas en el hostal en que me alojaba y me llevé a la fábrica abandonada las falsas.

Le dije a Wilson que guardase una de ellas a buen recaudo y la llevase siempre consigo por si se hallaba en apuros. Wilson había descubierto que una sola de aquellas tablillas servía para llamar a las otras.

El viejo la miró como si no la entendiese del todo.

Lo que ahora le pido. –Clavó sus uñas en su brazo– es que confíe ciegamente en mí como no lo hizo al principio. Las tablillas ahora son un todo. Se han convertido en una burbuja que transporta a Pedro y a Wilson probablemente al lugar en que se ubica la nave. No me pregunte por que lo sé. En mis sueños, aún continúo viéndoles en esa burbuja y se me revelan muchas de sus peripecias.

Desde que estuve en coma. –Tocó el amuleto que pendía de su cuello–. No hago más que soñar que tengo la visión y la capacidad de volar de un águila y puedo ver cuanto les sucede a las personas que de un modo u otro están o estarán ligadas a mí. El problema, es que no veo la ubicación de la nave.

–¿Y que te hace pensar que yo puedo decírtelo?

–¡Vamos! –Perdió la paciencia–. No me haga perder el tiempo como aquella vez que me entrevisté con usted en aquella librería inmunda de Nueva York. El general pronto tendrá la certeza de donde me oculto. Necesito que saque a toda su gente de aquí y que me de todos los detalles de ese lugar que conoció en la niñez, aunque estos, le resulten nimios.

–Desalojar a mi gente de aquí va a resultar una tarea complicada. –Encendió una pipa de agua y se tomó su tiempo en lanzar unas bocanadas de humo–. En cuanto a la segunda cuestión…

Najn al Dim sonrió con dulzura y tomó sus manos entre las suyas como si se tratase de su propia hija. Luego las soltó suavemente y abandonó su pipa para dirigirse a una pequeño mueble de madera oscura lleno de cajones, un

mueble pequeño que había adquirido años atrás en una de sus peregrinaciones a Medina, la otra ciudad santa.

Sacó de uno de los cajones un trozo de piel curtida de cordero sobre el que había elaborado un minucioso mapa de Arabia y señaló un punto con un dedo envejecido.

–Tendréis que entrar por aquí para llegar a la casa de las mil y un habitaciones. –Y luego siguió con el dedo un trazado que conducía hacia otro lugar más alejado y dijo–. Después de caminar a través de este pasadizo, llegareis a la nave.

Se lo tendió remordido, por los desperfectos que la bomba había causado en su joven cuerpo. La sonrisa de ella pareció resarcirle.

–No sabes cuanto me alegro que estés viva. En cierta manera me siento responsable de lo que te pasó proque no cogí tus tablillas. –Dijo a punto de llorar.

Almudena y Hakin se preparaban para partir. Pero antes, aún tuvieron que presenciar la dura escena en que Târek intentaba marcar con los hierros a su familiar.

Subida al camello, la joven se inclinó para besar tiernamente la frente de su hermano y rememoró su frase favorita.

–Los nómadas mis hermanos van a beber a la osa mayor. No me digas nada. –Le puso un dedo sobre sus labios para silenciarlos–. Sé que esa es la causa por la que te quedas: No quieres huir, lo haces por Karima… ¡Prométeme que cuidarás de ti y de nuestra familia!

Abdel asintió y quedó allí en silencio viendo como ellos dos se alejaban trotando a todo galope por el camino polvoriento.

Cuando estaban a punto de desaparecer de su vista echó a correr tratando inútilmente de alcanzarlos, pidiéndoles con urgencia que aguardasen.

# XXXI

*"Es más fácil, apoderarse del comandante en jefe de un ejército, que despojar a un miserable de su libertad".*

Confucio.

Por el lento camino que conducía a las tiendas de los Halcones, caminaba Saqr Ibn Abbas como un alma en pena. Apenas había salido el sol pero el calor era tan asfixiante que apenas sí podía dar un solo paso sin fatigarse. La piel de Saqr Ibn Abbas era demasiado pálida y se quemaba con suma facilidad, se lo debía al origen occidental de su abuela. Es por eso por lo que maldecía al desierto y evocaba con nostalgia su propio palacio donde el agua jugaba en las fuentes y los árboles le ofrecían sombra y frescura.

Todo quedaba muy lejos. Ante él, solo tenía un paisaje yermo, monótono que le hacía añorar la exuberancia de su hermoso jardín. Odiaba el desierto con toda su alma, a pesar de ser el lugar en que había nacido. Esperaba que todo acabase cuanto antes para volver a su cómoda vida en algún lugar del Golfo Pérsico donde vivía con un amplio elenco de ex esposas e hijos junto a su última y favorita esposa Leila.

Saqr Ibn Abbas se protegía los ojos del sol de la mañana que era el que más le hería.

Se dirigió a su tienda con intención de ponerse unas gafas de sol. Una vez las encontró, se las guardó en el bolsillo y cogió una botella de plástico llena de agua. Aquel brebaje hirviente abrasó su gaznate y le hizo escupir repugnado.

Caminaba con la mente puesta en los acontecimientos del día cuando, recordó de repente que tenía algo pendiente. Su mirada se posó ahora en el extraño artilugio que estaba posado encima de la mesa de madera. Pensó enervado que nunca podría comprender aquellos inventos del diablo.

–¡Gashan! –Llamó prácticamente a gritos. Al ver que el susodicho no respondía aumentó aún más el tono de su voz– ¡Gashan!

Gashan, era su mano derecha y el único que podía ayudarle en aquella ardua tarea.

Apareció con prontitud, jadeante por el esfuerzo de la carrera y se postró ante su jeque con reverencia:

–¿qué ocurre señor?

–¡Déjate de tonterías, tenemos que ponernos en contacto con el Señor W! –Miró con desconfianza el objeto que había sobre la mesa y preguntó– ¿como demonios se enciende este trasto?

Gashan, diligente, se acercó al ordenador portátil y lo encendió a la fuente de alimentación. Sobre el monitor una video–cámara inició en un abrir y cerrar de ojos el programa de video conferencia.

A través del monitor Saqr Ibn Abbas distinguió la conocida figura del señor W: pero parecía más agotado, envejecido, y preocupado que de costumbre. La conexión era lenta, muy lenta y el sonido llegaba antes que la imagen.

–Hola. –Saludó el hombre que vestía un elegante traje gris a juego con sus ojos –¿Qué noticias tienes para mí Halcón?

–Tenemos a su hombre. –El jefe de los halcones tocó la pantalla con un dedo y una uña muy sucia, maravillado de que un lugar tan pequeño pudiese albergar a un hombre tan grande como aquel–. Su nombre es Sirviente del Protector –Prosiguió– ¿Puede ser esa la persona que buscan?

–Puede ser–. Cruzó las piernas y reclinó su asiento hacia atrás para sentirse más cómodo. Encendió un cigarrillo sin dejar de mirar al monitor. –Nosotros esperábamos la llegada de un mejicano o una mujer pero debemos tener abiertas todas las líneas de investigación. Dígame: ¿Qué hace tan particular a ese "Sirviente del Protector"?– Acercó amenazadoramente su cara como si la pantalla no fuese una barrera física entre ambos.

–Nuestro infiltrado ha dicho que Abdel Hâfer, o sirviente del protector como mejor quiera llamarle, desapareció durante 3 días sin que nadie pudiese averiguar hacia adonde había ido. Asimismo debemos confirmar la llegada de esos tres geólogos al campamento: 2 mujeres y un hombre aunque no creo que este último detalle pueda interesarle. ¿Por qué le preocupan tanto esos adramitas?

–Los geólogos no me importan. –Protestó W–. Ellos están de nuestro lado. En cuanto a ese hombre del que me habla, tres días, no son suficiente motivo para sospechar de él a no ser que su comportamiento sea ciertamente sospechoso.

Durante toda la conversación había encendido dos cigarrillos. Ahora, se disponía a fumar un puro. Rompió con sus dientes la parte de abajo y escupió los restos de tabaco. Luego, lo encendió con un viejo mechero de gasolina y su cara se relajó al succionar el humo.

Saqr Ibn Abbas se fijó en que W a pesar de tener unas manos con una pulcra manicura, tenía los dedos amarillentos llenos de restos de nicotina.

–En cuanto a los adramitas. –Continúo diciendo W ajeno a los pensamientos del árabe– pensamos que podría tratarse de un grupo terrorista pero a ti eso, no te incumbe Halcón. No te pagamos para que te comportes como una vieja chismosa. ¿Sabes si ha aparecido alguna extranjera en el campamento con una importante tara física?

–La guía de los geólogos cojea de un pie. –Repasó en su memoria–. Tal vez usted se refiera a ella.

–¿Cómo? –Se llevó W una mano a la oreja como si no oyese bien.

–Digo que la guía de los geólogos cojea. Aunque no sé porque le cuento esto. En realidad no me pagan para que me comporte como una vieja chismosa. ¿No es cierto?

Saqr Ibn Abbas comenzaba a sentirse humillado por el tono de superioridad del americano, pero no dijo nada. Aún estaba pendiente el dinero que éste había de entregarle y eso hacía que a menudo se viese obligado a tragarse su orgullo. Una vez el pago se hubiese efectuado en la cuenta bancaria que había estipulado, veríamos quien se arrodillaba ante quien.

W palidecía por momentos.

–No quiero que hable con nadie sobre la cojera de esa chica. –Dijo– ¿Me oye? ¡Con nadie!

–Creo que al general le gustaría mucho saber la predilección que tiene hacia ella. ¿Tan importante le resulta esa joven? ¡Dígame! ¿De qué se trata?

–¡Oiga! –Le miró con ojos plomizos–. Es necesario que calle sobre este punto. Le pagaré lo que estime por su silencio. No quiero que el general sepa de su existencia. ¿Me oye?

Saqr Ibn Abbas le miró con curiosidad. Aquel hombre W, se comportaba de una forma realmente extraña. Por un lado parecía al lado del general, por el otro pretendía ocultarle información. Había algo que no le cuadraba.

–Está bien –Accedió–. Le diré a Gashan que se ponga en contacto con usted después de nuestra conferencia y ultime la transferencia en pago a digamos “mi silencio” sobre la joven lisiada.

–Sigamos con Sirviente del protector. –Continúo W entrelazando sus manos. Había recobrado la compostura y se le veía mucho más sereno.

–Esta mañana. –Empezó Saqr Ibn Abbasr– nuestro contacto vino y dijo que su mujer había desaparecido. Resulta que, mientras todos se habían puesto a buscarla, el tal Sirviente del Protector, se mantuvo cruzado de brazos como si su desaparición no le importase lo más mínimo. Mi contacto asegura que Sirviente del Protector está directamente implicado en el asunto de su desaparición.

–Te pago por que me des pruebas fiables –W que comenzaba a enervarse, destrozó con furia el puro en el cenicero al apagarlo–. Y hasta ahora la información que me has dado no me sirve de nada. ¿Qué puede importarme a mi la desaparición de una mujer y la presencia de un tipo extraño como Abdel Hâfer que decide desaparecer durante tres días? –Supongo que no habrás malgastado el dinero que te di pagando a ese inepto que tienes como tú confidente...

–¿Qué tal si nos calmamos un poco? –Propuso Saqr Ibn Abbas un poco enojado. Estoy empezando a pensar en lo mucho que se alegraría el general si le hablase de esa mujer que usted y yo sabemos.

– Está bien –aplacó W de repente–. Reconozco que me he excedido. Pero usted consigue sacarme de quicio. Le pido por favor que abrevie y omita cualquier mención a esa muchacha, incluido a mi mismo. A partir de este momento será como si ella no existiese. ¿De acuerdo?

–¡Bien! Me he gastado hasta el último dólar que me ha dado en mi confidente. –Se rascó la barba pensativo. ¡Lo recuperaremos todo y muy pronto! Lamento no tener muchas más cosas que decirle. Por si le sirve de consuelo, le diré que tampoco me fío mucho de mi fuente pero he encontrado otra mucho más fiable.

–¿De quien se trata? –Inclinó W su cara hacia la cámara.

–De alguien que trabaja para usted y el general. Aún no puedo adelantarle nada solamente que esta última fuente, desconfía mucho más del padre que de Sirviente del Protector.

–¿El padre de quien ha dicho?

–El padre de Abdel Hâfer se llama Najn al Dim. ¿Su nombre le suena de algo?

–¿Qué has dicho? –Le taladró W con la mirada.

–No le oigo bien. –Replicó el jefe de los Halcones llevándose una mano a la oreja.

–¿Cómo has dicho que se llama el padre de ese hombre? ¡Repíteme su nombre! ¡Por favor!

–Najn Al Dim. –Repitió Saqr ibn Abbas– ¿Ve como todos los caminos conducen a Roma? Najn al Dim y Abdel Hâfer. ¡Todo es muy sencillo!

–Así que aquí tenemos escondido a uno de los líderes adramitas en este campamento. –Caviló el Señor W con preocupación–. Supongo que el general está al corriente de esto, si no me equivoco.

–¡Perdón! –Carraspeó Saqr Ibn Abbas manchando la pantalla con el halo de su respiración–. No le oigo muy bien. El sonido es horroroso. ¿Decía algo?

–¡Nada! –Se excusó el Señor W despertando a la realidad–. Quiero que haga una cosa. ¡Por favor! ¡Ingénienselas cuando anochezca para entrar en la tienda de ese Najn al DIm sin causar el menor daño posible! El general está perdiendo la paciencia y me presiona cada vez más. Sea lo que sea lo que encuentren en esa tienda, les pido que no lo manipulen. Simplemente infórmenme de lo que vean. De momento solo les puedo decir que se trata de un documento antiguo impregnado con un poderosísimo veneno, creemos que de origen extraterrestre. Ante todo. –Recordó–. No quiero que dañen a nadie y en especial a la chica.

–El general ya está de camino. Me ha llamado esta misma mañana. –Le informó Saqr ibn Abbas–. Llegará por la noche y supongo que pronto, tendremos el placer de recibir también su visita señor W y a propósito, ¿Qué me puede decir de esa joven que tanto le preocupa?

–También nos interesa. Bueno. –Se corrigió W– Especialmente a mi, usted ya me entiende. ¿Sigue estando en el campamento?

Saqr Ibn Abbas esbozó una ladina sonrisa.

–No –dijo al cabo de un rato–. Se marchó esta misma mañana en el jeep con los geólogos –¿Cree que puede ser ella? ¿Qué salvó su vida escapando de la explosión de la fábrica?

–Veo que conoces la historia. –Le clavó sus impenetrables ojos grises.

–El general no ha escatimado detalles. –Se encogió de hombros Saqr Ibn Abbas. Él aún no lo sabe. Incluso yo tenía mis dudas que fuese ella. Pero usted con sus temores, no ha hecho sino confirmármelo.

W se vio obligado nuevamente a amenazarle.

–Si me entero que a esa chica le rozan un solo pelo antes que acabe la operación no le ingresaré ni un mísero dólar en esa cuenta de las Barbados.

–Mi silencio vale muy caro. ¡Quédese tranquilo! –Se rascó la pequeña barba afilada y volvió a preguntar– ¿De veras cree que sobrevivió, es decir, que es ella?

–Lo dudo. –Negó con la cabeza– en ese coche había dinamita suficiente para volar un edificio de tres plantas aunque no descarto que lo hubiese conseguido. Por eso quiero estar seguro de que es ella antes de actuar y entregársela yo mismo al General, no quiero equivocarme y matar a una inocente. Haga que sus hombres sigan ese jeep adonde quiera que vaya y manténganme al corriente. Y ahora, dígame cual es el adelanto que debo hacer en su cuenta. Páseme como siempre con el bueno de Gashan.

Saqr Ibn Abbas quiso replicar algo pero se alejó en busca de su mano derecha. Finalmente, lo encontró en el exterior fumando un cigarrillo. Musitó una cifra en su oído. Gashan asintió y le siguió hacia adentro. Saqr Ibn Abbas observó

como se sentaba ante el Señor W y comenzaban a entablar una conversación acerca de cifras y cosas incomprensibles.

Decidió dejarles solos. Pero antes, se volvió durante un segundo para mirar el monitor. Aún se preguntaba como aquel artilugio diminuto, invento del demonio, podía albergar a una persona tan grande como aquel americano.

Era algo que jamás comprendería.

# XXXII

*"Como la carroña*
*que se disputan las águilas grises,*
*así me despojan*
*de mis pastos".*

Hawad, poeta targui moderno

Los reunió en torno al fuego. Según él, el americano "alto", quería que entrase en el campamento, se apropiase del veneno y causase las mínimas bajas posibles pero el general, que acababa de llegar aquella noche y tenía otros planes. Había ordenado a Saqr Ibn Abbas arrasarlo todo y no dejar ni un solo superviviente...

Se producía un conflicto de a quien de los dos debía obedecer: Si al hombre con quien había mantenido una conversación a través de la video cámara o al alto cargo del ejército que dormía ahora plácidamente en una de sus tiendas y que había prometido duplicar el pago del americano.

La decisión estaba clara. El dinero mandaba.

Les dijo a los hombres enjutos que escuchaban su arenga reunidos en círculo en torno al fuego que pagaría hasta el último dólar a sus familias, en el caso improbable de que alguno muriese.

Llenos de cansancio y angustia, los hombres de Saqr Ibn Abbas sospechaban después de haber conocido al general, que las manos de aquel hombre rudo, de modales aburguesados no iban a mancharse como las de ellos.

Por otro lado el misterioso objeto les infundía un miedo indescriptible. Pensaban en la recompensa nada desdeñable que les había prometido su jefe el Halcón pero no podían ocultar su temor a la infección.

Utilizaban ropas oscuras para camuflarse con la oscuridad, parecía ya como si formasen parte de ella, como si el fuego que avivaba sus rostros fuese solo un vestigio de la poca humanidad que pronto perderían aquella misma noche.

En breve, cuando se alejasen del fuego, ellos y la noche, serían uno, y entonces, ya no habría forma de distinguir a los unos de la otra, la oscuridad habría vencido su eterna batalla contra los hombres.

A una orden de Saqr Ibn Abbas los hombres comenzaron a cargar en las grupas de sus camellos toda su artillería pesada: fusiles kalasmikov, cimitarras, cuchillos y algunas granadas de mano.

Los jinetes iban ocupando ceremoniosamente uno a uno sus puestos al lado de su jeque.

Abdullah, los miraba a todos ellos, ayudándoles en la tarea de recoger las armas del suelo con sus bracitos desnudos erizados de frío.

Su cabello liso y revuelto le daba un aspecto de pillo. Escuchó la pasión del discurso de Saqr Ibn Abbas que en aquellos momentos, les incitaba a convertirse en mártires de su pueblo a cambio de liberar al mundo de la amenaza de una bomba, proeza por la que serían recompensados con el paraíso y sus familias obtendrían una pensión vitalicia.

–¡Coge el arma del suelo, Abdullah! –Le empujó su hermano Shafik obligándole a apartar los ojos del Halcón y continuar con la tarea.

Shafik era muy fuerte y muy alto. Abdullah le admiraba con orgullo. Cuando creciese quería ser como él. El empujón que le propinó fue tan fuerte que Abdullah estuvo a punto de perder el equilibrio. Miró a su hermano de una forma como nunca había hecho. Sentía temor.

Su hermano, se arrodilló a su lado y le insufló un poco de seguridad susurrándole al oído –¡Ayúdanos a recoger las armas! ¡Solo tienes que hacer eso!– Acuérdate de mamá y el pequeño Fâris, así podremos darles una vida más digna.

Él, se acordó de mamá y el pequeño Fâris, aún un bebé. Sabía que Safhik tenía razón pero no podía evitar el sentir miedo. Cuchicheó a su vez en su oído mirando las oscuras lomas:

–Pero morirás Shafik.

–¡Coge ese fusil Abdullah! –Se lo colocó él mismo en los brazos, encrespado.

Abdullah rompió a llorar, y lo dejó caer al suelo de un modo desobediente. Le transmitió a su hermano mayor sus dudas sobre el veneno extraterrestre y la existencia del paraíso que Saqr Ibn Abbas les prometía con vehemencia. Abdullah era un niño. Pero sabía que Shafik iba a matar a gente, gente inocente.

–¿Por qué no nos escapamos? –Propuso y añadió al cabo de unos segundos– ¡Tenemos que avisar a esas pobres gentes de que morirán!

Con el semblante enmudecido y el pánico en sus grandes ojos marrones, Shafik quedó rígido viendo como el jeque se aproximaba a ellos con largas zancadas alertado por la discusión.

–Ahora sí que nos la hemos cargado Abdullah– Musitó de rodillas cogiendo el arma del suelo y ofreciéndosela al niño en un desesperado intento de que entrase en razón.

–¿Qué está pasando aquí? ¡Sube a tu camello Shafik! –amonestó Saqr Ibn Abbas una vez los tuvo delante–. El tiempo apremia y no podemos estar todo el tiempo esperándote. Actuaremos esta misma noche.

Luego se dirigió al pequeño Abdullah y le revolvió aún más el cabello rizado para decir:

–¡Tú! ¡Vendrás con nosotros también renacuajo!

–Pero. –Titubeó Shafik con ojos suplicantes. Él es un niño, mi jeque. Lo mejor es que se quede aquí y nos avise si hay algún problema. Yo respondo de él.

–¿Acaso te he pedido que me contradigas? –Le fulminó con la mirada y dirigiéndose a Abdullah le dijo– ¡Dame eso!

Extendió las manos para que el muchacho le entregase una cimitarra que había en el suelo. Abdullah se agachó a recogerla. Sintió en sus manos el frío contacto del acero y la hoja afilada del arma. Tuvo un escalofrío pero se la tendió con pulso tembloroso.

Con una sonrisa ladina, Saqr Ibn Abbas se la arrebató bruscamente.

Entonces de forma imprevisible, Abdullah echó a correr mientras, Saqr Ibn Abbas, lanzaba al aire un aullido de rabia y una ráfaga de disparos.

Shafik vio impotente como su jefe se subía al camello e iniciaba la persecución de su hermano. Angustiado, rezó ardientemente por que la oscuridad le diese cobijo y le protegiese de su furia.

Todo estaba muy oscuro, pero Abdullah corría y corría ignorante de los gritos y el silbido de las balas.

Ya veía las luces del campamento a lo lejos, podía huir a cualquier otra parte, pues conocía el desierto como la palma de su mano pero no era solo su vida la que estaba en peligro. ¡Debía avisar a aquellas gentes! ¡Saqr Ibn Abbas iba a por ellos!

Al pensar en mamá y en Fâris, en la cara del pícaro se reflejó el terror. Sintió un escalofrío que le hizo estremecerse oculto tras aquella duna y pensó en cuantas mamás y Fâris habría en un lugar, como aquel que veía a lo lejos y que el jefe de los Halcones pretendía arrasar.

Abdullah gritó, pero el viento soplaba con demasiada fuerza acallando su voz.

Decidió que debía correr un poco si quería alcanzar las tiendas. Ya se había puesto en pie, cuando de pronto, sintió la frialdad de una hoja de acero en la garganta.

En el campamento, todos dormían. Najn Al Dim creyó escuchar el grito horroroso de un niño y se asomó, pero solo vio oscuridad. Al oír la fuerza con que el viento soplaba, volvió a entrar en la tienda y continuó con su lectura a la luz del candil de un grueso libro que había adquirido en un zoco hacía cosa de un mes. El libro se llamaba "la literatura árabe en la época de los Omeyas". La lectura era de carácter obligado, sobre todo al anochecer, ya que padecía de insomnio desde hacía años. Esa noche estaba cada vez más concentrado en la lectura, cuando comenzó a sentir resquemor en los ojos expuestos durante el día al Sol, el viento y la arena del desierto.

Con la visión cada vez más borrosa, a punto de entregarse en brazos de Morfeo, le despertó el crujido de unos pasos que venían del exterior y se aproximaban lentamente hacia él.

Instintivamente, tomó un afilado cuchillo de cocina de un cajón. A través de la tela de lona vio la alargada sombra de un hombre.

Se preguntó quien rondaría a aquellas horas intempestivas. En un principio, pensó en Hosni, pero no era él, a juzgar por los ronquidos que venían de la tienda contigua. Recordaba los acontecimientos que se habían producido durante el día con motivo de la búsqueda de Karima, la amiga de su hijo. El marido de ésta, le acusaba de haberla secuestrado.

Apagó la luz del candil y se mantuvo alerta en la oscuridad sin soltar el cuchillo, silencioso como un felino pero tan temeroso como lo puede estar un viejo al que las fuerzas y los reflejos comienzan a fallar.

En ese mismo instante, alguien atravesó el umbral e hizo que dejase caer el arma sobre su regazo. Impresionado, lanzó un suspiro de alivio y sonrió.

–¿Otra vez tú? Pero: ¿Qué haces aquí?

La persona que acaba de irrumpir en la tienda le miró con ojos compasivos, pero sin previo aviso, se abalanzó sobre él y le derribó.

–Perdóneme por lo que voy a hacer. –Le inmovilizó las manos–. Le juro que no es nada personal, viejo.

Las manos del asesino se ciñeron sobre su cuello hasta que la tez de Najn al Dim adquirió un tono violáceo. Mantuvo un débil forcejeo con su agresor pugnando por arrebatarle el cuchillo, pero el otro, era mucho más alto y corpulento que él.

Durante la lucha, Najn al Dim dio una patada al candil. Al caer sobre la lona, la tela comenzó a incendiarse e hincharse por el calor de la deflagración hasta quedar reducida a unos cuantos jirones y trozos de carbón.

El asesino, que parecía ignorar que su vida también corría peligro, no cejó en su empeño. Tras derribar varias cosas al suelo, ambos se revolcaron y patalearon. Najn al Dim le araño la cara y recibió el impacto de una patada que le tiró de espaldas. Finalmente quedó tendido a merced de su asesino, totalmente desvalido con las manos del hombre formando una garra sobre su cuello. El asesino no le soltó hasta sentir los últimos estertores del viejo. Lo dejó en el suelo desmadejado, como una ridícula marioneta.

El campamento era un infierno. A aquellas horas, la tienda de Najn al Dim parcialmente no existía, consumida por las llamas. Los restos, habían sido inspeccionados meticulosamente sin que hubiesen encontrado el menor vestigio del veneno que buscaban.

Los hombres morían bajo el ardor del fuego, los fusiles y las granadas, las gargantas de los jóvenes eran seccionadas mientras dormían, las mujeres violadas y las tiendas arrasadas impunemente.

De un lado a otro las madres corrían temerosas arrastrando a los niños más pequeños, mientras, los halcones terminaban de desvalijarlo todo.

Târek, Omar y Alika escondidos entre un grupo de cadáveres contemplaban con horror la carnicería humana.

Llegó un momento, en que se hizo el silencio. Ya no había nada que arrasar o matar. Los halcones, se disponían a recoger su motín de guerra, convencidos que no quedaba ninguna parte por registrar en busca del veneno extraterrestre.

Târek tapó la pequeña boca de Alika con su mano y reprimió su grito de miedo…

Ya subidos en los camellos y dispuestos a partir, Saqr Ibn Abbas se detuvo como si de pronto, hubiese escuchado entre los muertos el grito acallado de Alika.

–¡Escuchad! –Les hizo una seña a sus hombres con la mano– ¿No habéis oído eso?

Shafik, con las manos y la cara ensangrentada se volvió inquieto hacia su jeque y le habló con la cabeza gacha sin atreverse a mirarle a los ojos.

–¿Qué ha sido de mi hermano, señor? ¿Lo ha encontrado?

Pareció a punto de llorar con la pregunta pero al cabo de un rato, recuperó la compostura.

–¡Escapó! –Respondió el Halcón con toda la sangre fría de que fue capaz y añadió– ¡Deberías tomar recuento de ese pequeño rebelde! Ha estado a punto de echarlo todo a perder.

Shafik asintió y se retiró obedientemente, aunque había algo en el tono de Saqr ibn Abbas que le inspiraba temor. Decidió que a la vuelta rastrearía cada rincón del desierto. Dentro de él, aún latía la esperanza de encontrar a Abdullah.

Fue Omar, quien sin previo aviso, recogió su espada de madera y la mantuvo en alto mientras escapaba de su escondrijo entre los cadáveres.

Horrorizado Târek, que no había podido prever la reacción de su hijo, contemplaba impotente la escena sin

saber de que modo defenderlo sin poner en peligro a la pequeña Alika cuyos ojos parecían decir– ¡Por favor, no vayas allí! ¡No me abandones o también a mi me matarán!

–¡Asesinos! ¡Asesinos! –blandió al aire su ridícula espada echando a correr tras ellos abandonando el escondite en el que estaba con Alika.

Shâfik al lado del jeque contempló al niño con tristeza pues tenía más o menos la misma edad que su hermano Abdullah.

Târek entre tanto, escondido tras los cadáveres, gemía en silencio y solo acertaba a murmurar:

–No Omar. No lo hagas. Ven aquí, hijo. ¡Regresa conmigo!

–Vuelve Omar –musitaba la niña con el mismo fervor.

Pero Omar no oía a ninguno de los dos.

Saqr Ibn Abbas, bajó de su camello.

Se dedicó a ridiculizar y zarandear al pequeño como si se tratase de un ridículo títere. Eso provocó las risas de todos sus hombres excepto de Shâfik que en aquellos momentos miraba la escena como si no fuese real.

Târek, entretanto, se consolaba pensando que eso sería todo lo que haría el halcón con su hijo. Imaginó que después de zarandearlo lo arrojaría al suelo sin más, se reiría y después se iría, humillandolo también a él.

Pero imprevisiblemente, después de todo tipo de risas y mofas, sacó una daga de su cinturón y la hundió con saña en el corazón del niño.

Fue en ese preciso instante cuando Shâfik, supo que su jefe no tenía alma y que podía haber asesinado a Abdullah con la misma sangre fría con que había matado a aquel pequeño. Se volvió de espaldas al Halcón y comenzó a vomitar.

–¿Qué te pasa a ti? –Se volvió Saqr Ibn Abbas hacia él–. No me digas que después de haber matado tanto, no soportas la visión de la sangre.

Con el rostro pálido y visiblemente afectado por la muerte del niño, Shafik miró su cuerpecito tendido en el suelo y solo acertó a balbucear.

–Lo siento señor. Solo ha sido una ligera indisposición. Ya me encuentro mucho mejor.

–Así me gusta. –Respondió Saqr Ibn Abbas limpiando la sangre de su daga con la tela de su camisa.

Entre tanto, Târek ahogaba sus gritos de dolor por no gritar.

Le habían arrebatado su don más preciado, su hijo y él no podía hacer otra cosa que ver alejarse impasible a su asesino…

La culpa la tenía aquella niña de redondos ojos azules y cara sucia, aquella niña de enmarañado pelo rubio que le agarraba con su manita y le miraba como diciendo: –¡Por favor no te enfrentes a ellos! ¡Por favor no vayas allí! ¡No me abandones! ¡Ahora tú eres la única esperanza de salvarme!

Dejaron tumbado sobre la fría arena su pequeño cuerpo ensangrentado y se fueron. Impotente el padre miraba el cadaver de su hijo.

Consciente de que aquellos desalmados ya estaban muy lejos Târek agarró la mano de la pequeña y corrió sin resuello hacia él, Al tomarle en brazos, se manchó con la sangre del pequeño. Le estrechó contra su cuerpo como cuando solía acunarle para que se quedase dormido. Le cubrió todo el rostro con besos y lágrimas.

–Yo tuve, la culpa. Yo tuve la culpa. –Decía una y otra vez con la mirada ida y el movimiento oscilante de los locos.

Ajeno a su dolor, Alika había introducido una mano en uno de los bolsillos de la túnica del cadáver y había extraído de allí una extraña piedra…

–Él quería darte esto. –Sollozó mientras intentaba inútilmente abarcar la cintura de Târek con sus bracitos–. Me contó la historia esta tarde en la laguna cuando

construíamos su espada de madera. Me dijo que tenía un tesoro que guardaba en su bolsillo y que si algún día tú recapacitabas y acababas queriéndole, él te devolvería toda la belleza que tu corazón había menospreciado. Creo que se refería a esta piedra. ¡Tómala!

El rudo hombre se secó la cara con la manga de su camisa y cogió la piedra con un exquisito mimo. La observó a través de sus lágrimas y luego, la depositó a su lado y la olvidó para abrazar a la pobre criatura.

Una pequeña piedra ensangrentada nunca podría devolverle a su amado hijo. No había consuelo para él.

Poco a poco se fue haciendo de día, la arena se volvió insoportablemente caliente y el sol libró una dura batalla con las sombras que invadían poco el poco el campamento con su luz ambarina.

A medida que el Sol ganaba la batalla a la oscuridad, se escuchó el lamento desgarrador, inhumano y absolutamente estéril de Târek sobre las dunas.

No podía precisar cuanto tiempo había llorado en silencio. Pero lo cierto es que sus ojos estaban ya secos y su mirada reflejaba principios de locura y una desolación inmensa. Alika seguía abrazada a su cintura, a la cintura de aquel hombre derrumbado en el suelo que acunaba el cadáver de su hijito. Temía que si él la soltaba, caería en el mismo pozo de locura en que éste se había zambullido. Ambos pensaban que era un sueño, un sueño horroroso del que de un momento a otro despertarían.

Cuando Târek volvió a reparar en la piedra, la miró con unos ojos distintos, aquella era una piedra vulgar, como tantas otras, aunque una piedra amada por su hijo.

Con el paso de los años recordaría que aquel fue el momento en que decidió dejar el alcohol. Había sido un estúpido al hacer tratos con aquellas víboras. Era algo que jamás se perdonaría. Lo que más lamentaba era que su hijo no pudiese conocer la decisión que ya había tomado.

Y recordó entonces las frases de su pequeño la noche que su madre desapareció:

–Papá, no volverás a ver a mamá hasta que aprendas el valor del amor.

–Papá, ojala dejases de beber y nos quisieses un poco más.

Y también su patética imagen riendo a carcajadas mientras vaciaba en su estómago la botella de aguardiente barato.

Volvió sus ojos al inerte cuerpo de su hijo como si fuese él quien aún continuase hablándole.

–¡Es inútil, después de esta matanza! –Gimió–. Daría lo que fuera, dejaría de beber, me convertiría en el padre que tu quisieses que fuese si tú regresases del mundo de los muertos y te quedases conmigo. ¿Porqué he sido tan estúpido? ¿Por qué?

Buscó un lugar bajo entre las colinas, llevaba en su mano a Alika y en su regazo a su hijo muerto. Las lágrimas apenas le dejaban observar el árido paisaje que se desdibujaba con el atardecer.

Escarbó sobre la arena hasta que sus manos ensangrentadas formaron un pequeño pozo donde depositó con ternura el el cuerpo inerte de su hijo y sobre su pecho desnudo depositó la piedra que antes Alika le había dado.

Fue en ese momento, a punto de claudicar cuando sucedió algo extraordinario.

Un halo de luz roja los envolvió a los tres. La luz era tan roja que Târek pensó que sus ojos se habían llenado de sangre luego, vio como su hijo comenzaba a moverse lentamente, abría los ojos y se incorporaba con dificultad.

De pronto, la luz se convirtió en un remolino. Tal vez, fuese responsable de estos prodigios la extraña piedra que pertenecía a su hijo y que Alika había sacado de su túnica manchada de sangre.

Extrañamente, no estaban solos en aquella claridad. Karima avanzaba hacia ellos con un vestido vaporoso y una resplandeciente sonrisa. El cabello liso y oscuro le caía suelto sobre los hombros. Sus ojos azul oscuro resultaban más bellos que nunca.

Tal vez esté muerto– pensó Târek embelesado ante el hermoso rostro de su esposa– Pero agradezco al cielo la oportunidad de lamentarme aquí en el paraíso, por todo el mal que te he causado a ti y también a nuestro hijo.

–¡Calla! –Le dijo ella– ¡Y sígueme a través de esta hermosa luz!

“Si pudieses cambiar el mundo. Dime: ¿Que cambiarias Abdel? Si tu pasado fuese distinto al que es hoy y nada de lo que ahora quieres, existiese: Dime Abdel: ¿Que cambiarias tú?

¡Ah! ¡Iluso! Si conocieses tu futuro, te sentirías tremendamente mal si no pudieses cambiarlo. Solo la incertidumbre nos hace libres y lo único que parece cierto es el inexorable pasado.

Pero tú Abdel Hâfer, sirviente del protector, sabes que la vida crece al borde del caos y que el orden puro es estéril. ¡Tú, no te rindes! ¡Así que camina! ¡Vuelve a casa! ¡No te rindas! ¡Camina!

Una voz que tal vez procedía de su cerebro, se dirigía a él en estos términos.

Demasiado cansado para seguir la caravana que buscaban Almudena y Hakin, se dio cuenta al subir aquella loma, que no podía seguir acompañándoles.

Lo había decidido. Aunque tal vez era algo equivocado.

Almudena le contempló con tristeza. Se había hecho de día y el sol abrasaba las cintas de sus sandalias de cuero, éstas, se habían adherido a sus castigados pies y tenía bajo ellas unas feas marcas rojizas producidas por las quemaduras.

Almudena, ordenó a su camello reclinarse y bajó de él. Los dos hombres la miraron sin saber que pretendía hacer, de pronto, empezó a colocar la carga de su camello en la de Hakin y se libró de algunas cosas inútiles que no servían sino para entorpecer su camino.

–¡No puedes seguir caminando mientras nosotros vamos cómodamente sentados, Abdel! –Siguió cargando los bultos sin mirarle.

Abdel se sorprendió de que ella dijese eso. Dirigió una mirada a Hakin en espera que éste contradijese a su hermana pero éste, no hizo otra cosa que encogerse de hombros.

–¿Por qué lo haces? –Preguntó molesto al ver que ella no se detenía–. No es necesario que hagas esto por mi. Además, regreso al campamento. He decidido que no quiero tomar esa caravana y que me urge más saber lo que le ha pasado a papá y a Hosni ¡No he debido dejarles solos! ¡He sido un cobarde! Aún no me explico como he podido dejarles solos con todo lo que se avecinaba. Supongo que fue por que en el fondo estaba cagado de miedo. Me he portado como un niño. ¡Vamos! No te preocupes por mí y vuelve a tu camello. Sé regresar a pie. No me pasará nada.

Ella, puso un dedo sobre sus labios y le ordenó callar, señaló las marcas de sus sandalias y a continuación, siguió distribuyendo la carga con lentitud. Cuando hubo terminado se limpió las manos en su vestido y se acercó a Abdel para darle un beso en la frente. Luego, corrió a subirse en el camello de Hakin y le hizo una seña con la mano.

Abdel la miró, tenía una hermosa mancha azulada en la frente parecida una luna. Aquella mañana, su cara resplandecía de hermosura.

–Suerte hermano. –Le dijo llevándose la mano derecha al corazón en un gesto que parecía ser de despedida.

Abdel sintió que las lágrimas le arrasaban las mejillas. Nunca un nómada pronuncia la palabra adiós, y es que es una palabra maldita para todos aquellos a quienes el desierto separa, y viven con la esperanza de unirse algún día.

Por eso Abdel les dio la espalda para evitar verles marchar y que le viesen llorar.

Cuando ya no les veía en el horizonte, subió al camello y comprobó con tristeza que Almudena, le había dejado parte de su agua. Aquel gesto le sobrecogió, pues temía que la provisión del preciado líquido no fuese suficiente para el duro trayecto al que ella y Hakin estaban a punto de enfrentarse.

Desgraciadamente, ya estaban demasiado lejos para devolvérsela y por mucho que corriese, no les alcanzaría.

Continuó su duro avance bajo el sol. Tras algunas horas de viaje, en la lontananza, divisó el camino que conducía al campamento. Dejó el camello atado a una estaca y subió lentamente bordeando la laguna que él había ayudado a construir.

El silencio era sobrecogedor solo se escuchaba un zumbido que Abdel tardó en identificar como zumbido de las moscas.

A esa hora del día los niños solían descender la cuesta para buscar la frescura del agua, un poco más abundante tras las recientes lluvias.

Ahora no se oía nada y el silencio asustaba.

Los animales de carga permanecían atados a los árboles asfixiados de calor. En la arena marcas de neumáticos, no demasiado recientes, posiblemente de aquella misma noche habían sido borradas a conciencia, aunque en algunos tramos aún permanecían visibles. Parecía que los geólogos habían decidido marcharse a toda prisa. Pero: ¿A dónde?

Un ejército de moscas le rodeó y Abdel tuvo un mal presentimiento. Hacía calor, pero nunca se había visto rodeado por tantos insectos. Luego vino el olor rancio de la sangre, el olor a podredumbre de la carne muerta y seca cocinándose al sol.

Se protegió la boca y la nariz para evitar el vómito y finalmente las vio.

Vio las lonas de las tiendas rasgadas por las cimitarras, la tierra quemada y los ojos vacuos de los muertos. Algunos no habían tenido siquiera tiempo a reaccionar. Por las expresiones de muda sorpresa, podían haber estado dormidos cuando la muerte les sorprendió.

Los que habían intentado alertar del peligro o huido en busca de algún lugar seguro, habían encontrado la misma muerte a manos de sus verdugos.

Inmediatamente pensó en los geólogos y en su precipitada huida en la noche. Quizás ellos fuesen los causantes de

aquella matanza aunque más bien sospechaba de Târek y sus hombres, aunque enseguida los descartó a todos cuando vio los casquillos arrojados por todos lados del campamento.

Pertenecían a fusiles Kalasmikov y él sabía quienes aún utilizaban aquellas armas.

–¡Halcones! –Escupió furioso.

Corrió como un poseso a la tienda de su hermano. No existía. Al menos unos pocos jirones sostenían la estructura.

–¡Hosni! –Clamó desesperado– Hosni. ¿Estás ahí?

No se oía nada salvo el continuo zumbido de las moscas. Se armó de valor y entró. En un rincón halló el cuerpo de su hermano, yacía de costado en posición fetal como si la muerte le hubiese sorprendido mientras dormía…

Al acercarse vio su sien ensangrentada, y pensó que había sido uno de esos afortunados a los que la muerte obsequia con un fin dulce.

Sin ceder al llanto abandonó la tienda de Hosni y se dirigió a la de su padre que era contigua y estaba mucho más quemada. Encontró a Najm al Dim que yacía boca arriba, con el rostro cianótico y el cuerpo horriblemente contraído, tenía los ojos desmesuradamente abiertos, y las manos crispadas. En torno a su cuello había unas extrañas marcas parecidas a dedos.

–¡Así que fue estrangulado! –dedujo Abdel e imaginó la lenta agonía que tuvo que sufrir.

Ya estaba a punto de marcharse cuando algo le hizo volver sobre sus pasos y examinar el cadáver. Las manos de su padre estaban cerradas en forma de garra y aprisionaban algo entre los dedos. Se agachó y tiró de aquella cosa con fuerza para examinarla. Era un pequeño trozo de tela color ocre.

Acarició el cano cabello de su padre y le cerró los ojos con suavidad. Utilizó un trozo de su camisa para atarle la mandíbula y cayó al suelo horrorizado.

¿Qué había ocurrido allí? ¿Por qué no se había quedado para defenderlos en lugar de seguir a su hermana y su cuñado?

Él tenía la culpa. Era él quien tenía que haber muerto en lugar de ellos. Pero la venganza se servía en plato frío y él aguardaría su oportunidad. Aún no sabía como iba a hacerlo pero aquellos halcones desalmados y Bashar, el maasai pagarían por todo el dolor de aquella tierra quemada.

Salió al sol. Se enjugó las lágrimas y se sentó en el suelo. Observó la arena teñida de rojo y el trozo de tela ocre del manto de Bashar, el maasai.

Cerca de su pie, emergió un escorpión. Sabía que cuando estos se ven agredidos se clavan a sí mismos su propio aguijón provocándose la muerte.

Él no sería tan cobarde como aquel escorpión. Devolvería muerte con muerte y sufrimiento con sufrimiento. La ley del Talión se le antojaba ahora como una bendita solución…

Pero lo que más le dolía era Bashar. ¿Por qué él? ¿Si su padre siempre le había tratado como a un hijo?

Apartó al escorpión con la suela derretida de su sandalia y observó como éste era engullido bajo una capa de brillante y abrasadora arena. Fue al removerla, cuando la piedra emergió marcada por unos deditos ensangrentados.

Al mismo tiempo, Abdel sintió aquella misteriosa voz que le decía:

–Abdel. Toma la piedra y olvida la venganza.¡Vamos! ¡Ven con nosotros! ¡Coge la piedra!

¿De quien era aquella estúpida voz que le hablaba en aquellos términos? ¿Cuándo ni el mismo Allah tenía poder para aplacar aquella furia que sentía?

Tuvo la tentación de arrojar la piedra muy lejos tal y como había hecho con el escorpión pero esta le atraía de una forma irresistible. Era la misma piedra que le había transportado al mundo del hombre pez, el mundo que

había protegido a su amiga Karima, la misma que en su día había regalado al pequeño Omar en prueba de la amistad que profesaba a su madre y la misma que ahora volvía a sus manos por alguna extraña razón.

Pero: ¿Dónde estaba Omar? ¿Qué había pasado con él? ¿Qué había pasado con Alika?

Abdel la tomó en sus manos y la alzó frente a sus ojos, luego la guardó en el bolsillo. Acababa de dar dos o tres pasos cuando al dirigir su mirada al suelo observó algo semienterrado en la arena.

Sus bordes relucientes sobresalían.

Tiró de un extremo y derramó suavemente la diminuta montaña de arena que cubría el objeto.

Era una fotografía en sepia. Debía tratarse de una foto abandonada en su huida por los geólogos. Se trataba de una ciudad llena de columnas.

La ciudad que se le reveló, excavada en la roca, no era otra que Petra, la ciudad de sus sueños. Y aquello que se veía concretamente, era la Tumba de la Urna.

Abdel acarició la piedra y sintió que el mundo giraba convertido en un torbellino sepia igual al de la foto. Cerró los ojos por un instante y se sintió mareado. No era una situación desagradable, al contrario, se trataba de algo mágico que le trasladaba al único lugar al que siempre había soñado ir cuando era niño.

Era ese lugar de la fotografía: Petra, la ciudad rosa.

# XXXIII

*"Que tus caminos,*
*que tus viajes,*
*te dejen un nuevo amigo en cada destino"*

Proverbio berebere

Quizás lo soñé. No lo sé. Puede que deseara viajar allí de una forma instintiva y mi subconsciente me traicionó. El día que vi aquella foto de Petra, semienterrada en la arena y teñida por la sangre, fue, como si algo me golpease. Era extraño, parecía que aquella hubiese sido mi morada durante muchos, muchos siglos...

Yo, Abdel, hijo del difunto Najm al Dim, observaba como se movía la turista de cabellos rojos ante la Tumba de la Urna. Desde mi otero particular podía seguir cada uno de sus pasos, podía observar como ella se retiraba un mechón de la cara, se detenía y tomaba notas en un pequeño cuaderno. Vi que a su lado, había un hombre cuyo rostro me resultaba familiar por algún motivo, como si le conociese de otra vida. Su amigo no se separaba de ella, pero mostraba más interés por las explicaciones del guía.

Supe que era ella con quien debía reunirme. Aunque era la primera vez que la conocía, sospeché que su pelo debía ser de otro color pues, el que llevaba ahora, parecía demasiado artificial y que usaba gafas para ocultarse.

Yo, les podía mirar a los dos y al resto de la gente, sin temor a incomodarlos.

De repente, dejó de escribir en un pequeño cuaderno y observó fascinada el vuelo del águila que planeaba por la montaña y se dirigía rauda hacia mi.

Al principio, ella se asustó, creyó que el ave rapaz pretendía atacarla. Cuando volaba al ras tan solo a cinco pasos de ella, descendió en picado y la olvidó para dirigirse adonde yo la aguardaba arrodillado.

Dio unos pequeños saltos el águila, hasta llegar hasta mí y comió mansamente de un cuenco en el que yo había dejado a propósito un poco de comida.

En ese momento, fingí no percatarme ni mostrar temor ante su proximidad. Ni siquiera moví un solo dedo cuando esta emprendió nuevamente el vuelo y me dejó nuevamente solo para buscar refugio en algún lugar de la ciudad rosada.

La mujer de cabellos rojos que había sido eclipsada por el vuelo de la rapaz, se había alejado del grupo y venía hacia mí seguida por el hombre. En aquel momento tuve la conciencia de estar con ambos a solas, ya que el grupo de turistas había desaparecido por completo.

Yo, que aún tenía el recuerdo reciente de la matanza de los míos, recordaba haber guardado segundos antes la piedra en mi bolsillo una piedra que ahora no estaba.

Lo único que me hacía dudar de cuanto veía era la meridiana claridad de las imágenes y que los sueños, por muy reales que estos nos parezcan, presentan generalmente algún elemento que resultaba una distorsión. Extrañamente en éste, todo parecía perfectamente lógico y real tanto, que daba miedo.

–Perdóneme. –Se dirigió a mi con timidez– ¿Habla usted inglés? ¿Comprende lo que yo le digo?

–No hace falta que se esfuerce. Sí –la invité a acercarse–. Hablo inglés perfectamente.

Le miré el cabello. Era bonito y sedoso de un color rojo como la sangre. Ella se dio cuenta que la observaba, sonrió y se quitó las gafas mostrando una mirada limpia.

–Tengo el presentimiento de que su nombre es Sirviente del Protector, no sé porque. Se lo he dicho a Ramón. A ambos nos parece cosa de brujas. Yo nunca he creído demasiado en estas cosas hasta hace muy poco. En Nueva York un hombre me dijo que debía encontrarle aquí frente a la Tumba de la Urna. La única persona que veo por aquí de estas características es usted. Necesito que nos diga donde se encuentra mi marido.

La mujer parecía desesperada. El hombre de piel morena y pelo negro que la acompañaba sonrió también y me miró aguardando también la respuesta.

–Perdone. –Continuó–. No pretendo incomodarle, me marcharé por donde he venido si usted no sabe nada de lo que le hablo. Y por la forma en que me mira supongo que debe ser así.

No me hice de rogar.

–Así es. –Asentí sin demostrar sorpresa–. Me llamo Abdel y si han llegado hasta mi es porque quizás tenemos amigos en común.

–Cierto, Abdel –Me miró ella sin pestañear–. En realidad he venido para pedirle ayuda. Este es Ramón. –Presentó a su acompañante y dijo a modo aclaratorio–. Es un amigo al que le debo mucho. Él me ha ayudado a llegar hasta aquí.

–Si puedo hacerlo, no dude que lo haré, madeimoselle –Le besé la mano.

–Mi nombre es Myriam. –Sonrió–. El hombre a quien ambos buscamos es Pedro, mi marido. Gente muy poderosa lo retiene. Quieren algo, algo que sospecho que usted conoce bien aunque presiento que si lo consiguen le matarán.

–Es una extraña historia Myriam. –Les sostuve a ambos la mirada– permitidme que os hable con familiaridad ya que ninguno de los dos a partir de ahora, me seréis ajenos.

Me reincorporé lentamente y recogí cuidadosamente la pequeña alfombra en que me hallaba postrado. Sabía

que lo que iba a decir resultaría complicado y tal vez no lo entendiesen. Aún así, debía asumir el riesgo.

–Tu marido y yo somos guardianes de la tierra, nos necesitamos los unos a los otros o este mundo hermoso morirá. No, no creas que me volví loco si te digo esto. Cuando conozcas todos los detalles de esta historia lo comprenderás todo.

–No sé que podemos hacer. –Rompió a llorar avergonzándose de su debilidad–. En NYC un taxista me dijo que le encontraría siguiendo el vuelo de un águila, no un águila cualquiera, sino esta, creo, la que se ha acercado a comer de su cuenco. Yo pensé que la gente se estaba poniendo chalada o que tal vez era yo la que perdía los papeles. ¡Dígame! ¿Qué puede hacer por mi marido? ¿Dónde se encuentra él? ¡Por favor!

–Aún no lo sé –respondí con sinceridad–. Pero mientras no puedan encontrar lo que buscan no le matarán y eso es probablemente lo que ya ha sucedido. Es decir, que no lo han encontrado.

Aquel hombre llamado Ramón, se dirigió a mí por primera vez:

–Pero… ¿Como puede saberlo, Abdel? A veces dudo si esta conversación está sucediendo en tiempo real. Si usted y yo no somos más que personajes de un sueño…

–A mí me ha pasado varias veces. –Reconocí sintiendo simpatía de pronto hacia él–. Nada parece real pero esta vez debeis creerme. Encontré en el desierto una piedra con facultades mágicas como las lámparas maravillosas de los cuentos. La piedra encierra un lugar hermoso, un micro universo. Una amiga mía ha sido protegida por su luz pero no todos podemos ir a ese lugar. Cuando se ponga en marcha, todos los navegantes donde quiera que nos hallemos seremos arrastrados por su fuerza. El marido de Myrian también porque nada puede impedírselo, al menos, nada humano.

–Me llenan tanto de esperanza sus palabras. –Se secó las lágrimas–. Pero siento mucha pena por Pedro, no sé como está, ni si me añora. A veces me pregunto si sus captores le tratan bien...

–Lo mejor que podemos hacer es frustrar sus planes. –Me puse en pie dispuesto a marchar–. Hay una mujer que ha conseguido lo que nosotros necesitamos. Ha robado las tablillas para nosotros y ahora, en este mismo momento se dirige al lugar donde duerme la nave desde hace milenios para despertarla.

Myriam y Ramón movieron confusos la cabeza como si no entendiesen o no quisiesen entender lo que les estaba diciendo.

–¿De que nave hablas? –Balbuceó.

Ignoré sus dudas y simplemente respondí que tan solo faltaban ellos dos para activarla.

La mujer que seguía sin comprender nada, esbozó una enorme sonrisa y me miró con una gran preocupación. Por un momento pensé que me tomaban por loco. Para tranquilizarlos. –No sé si lo conseguí–. Les dije que si me acompañaban de vuelta al desierto les contaría una historia.

Salimos de Petra en silencio, únicamente con mis camellos. En la afueras, en una pequeña casucha con un cobertizo de tela roída por mil años al Sol un viejo dormitaba frente a tres de sus bestias.

Me dirigí a él en un dialecto árabe y el viejo, solícito, se incorporó enseguida.

–¿Qué ha hablado con ese viejo? –Me preguntó Ramón que no entendía el idioma y mucho menos las lenguas locales.

–Le he dicho que le regalo los camellos que llevamos a condición que retorne con ellos cuando nos lleve a las montañas y he rogado que vele por ellos, fieles y serviles animales.

Y así fue como la extraña mujer de cabellos rojos como el fuego y su acompañante me siguieron en aquella dura caminata bajo un Sol de justicia.

Recuerdo, que no cruzamos ninguna palabra durante el trayecto y que el viejo camellero nos respetó eso.

Estuvimos vagando toda la noche y parte del día siguiente hasta llegar a un inmenso pedregal.

Yo bajé del camello y les ayudé a ellos a hacer lo propio. Liberamos a los animales de su carga y luego, le entregué al viejo los ronzales de mis bestias. Volví a repetirle que las cuidara bien. El viejo se despidió de nosotros con una generosa sonrisa.

Una vez a solas en aquel pedregal, aproveché el momento para montar mi tienda campaña, sentarme al lado de Myriam y Ramón y contarles largo y tendido lo que estaba aconteciendo.

# XXXIV

*"Por increíbles caminos e innumerables fatigas*
*me he abierto camino hacia el castillo más allá*
*de la ciudad de los goblins para recuperar al niño.*
*Que me has robado.*
*Porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya*
*y mi reino igual de grande, no tienes poder sobre mi".*

Del film Dentro del Laberinto

Abdel venía preparado para relatarles su historia, cuando Myriam y Ramón le sorprendieron con las suyas.

El cielo fue oscureciendo y finalmente solo brillaba la majestuosa luna que jugaba a proyectar sombras chinescas sobre las dunas azules.

Prendió una cerilla e hizo una fogata con arbustos secos y algunas de las maderas que había traído en su voluminosa mochila.

También sacó unas gruesas mantas y té para los recién llegados.

Su intención era cederles el puesto en la tienda de campaña y quedarse él al calor de la hoguera. Como no quería morir de hipotermia, confiaba en que el fuego no se extinguiese a lo largo de aquella noche que intuía larga.

La luz del fuego proyectaba tonos rojizos sobre el hermoso rostro de Myriam y confería un aspecto aún más apesadumbrado a Ramón.

Ella hablaba y hablaba, y movía las manos sin cesar. Al hablar se le hinchaban las venas del cuello y la frente. Parecía una mujer inteligente, fuerte, enérgica pero él no la escuchaba. En realidad solo estaba absorto en sus ojos. Le fascinaban. Redondos y enormes, dorados como la miel, recordaban en algo a la luz amortiguada del Sol al filtrarse a través de las copas de los árboles tiñendo todo el espacio de rojo.

–Gracias. –Dijo agradecida entre toses–. Dígame Abdel: ¿Alguna vez ha estado en Egipto?

Abdel calibró la respuesta. No, nunca había estado en Egipto. Solo había visto las pirámides a través de los libros de texto. Era irónico teniendo en cuenta que había recorrido medio mundo. Pero no, extrañamente Egipto nunca había entrado dentro de sus itinerarios al igual que el lugar en donde ahora se encontraban. Sintió un poco de vergüenza al confesarlo.

–No, claro ¿Porque me lo preguntas?

–Yo sí pero al igual que usted no he tenido tiempo para ver nada. Desde que dejé Nuevo México y me fui a Nueva York en busca de mi marido me he pasado todo el tiempo huyendo de todo el mundo. Y a veces creo que se trataba de enemigos invisibles.

Rió con ironía y acercó sus manos al fuego para entrar en calor.

–Créeme Miriam. –Repuso él con seriedad–. Esos enemigos de los que me hablas no eran tan invisibles. Yo diría que son bastante tangibles y hasta donde conozco, muy peligrosos.

En fin. –Continuó–. Cuando estuve en Nueva York se desplegó un enorme dispositivo para protegerme. ¡Ambos debemos ser muy importantes para que medio mundo se empeñe en acabar con nuestras vidas y al mismo tiempo, otros se encarguen de impedírselo!

Ramón la miró y asintió corroborando sus palabras. Tenía la barba crecida y había adelgazado en extremo. Las

grandes ojeras que surcaban su rostro evidenciaban que lo estaba pasando verdaderamente mal.

–Sí, claro que sí. –Estuvo de acuerdo Abdel.

–Bueno, lo cierto es que allí en Nueva York contacté con un taxista en apariencia, digo en apariencia porque resultó ser un agente especial. Sí, ya sabe, una especie de James Bond con aires de Bob Marley.

El comentario hizo que Abdel estallase en carcajadas imaginando el aspecto del agente disfrazado de taxista y además de rastafari. Myriam era agradable, hacía mucho tiempo que alguien no le hacía reír de aquella manera. Ella se contagió también de su risa. Por un momento parecía que los dos fueran ya viejos amigos.

–¡Bueno! Lo cierto es que hice todo cuanto me dijo ese hombre. Tomé un vuelo a Londres y créame. –Volvió a reír– tampoco tuve tiempo de ver la ciudad. ¡Es mi sino! Fue llegar, encerrarme en mi hotel y volver a salir para tomar un vuelo que me llevaría a otro hotel distinto esta vez en Luxor. Al menos he podido ver las pirámides desde la ventana.

–¡Lástima de viaje! –Clavó Abdel la vista en el fuego–. Espero que cuando puedas reunirte con tu marido podáis planear juntos una escapada, en otras circunstancias claro…

–¡Sí! ¡Ojala! ¡Que diosito le oiga! Por favor: ¿Puede acercarme mi bolso? Necesito el móvil para llamar a mi hija.

–Como no. –Se lo entregó diligente.

La vio marcar el número con rapidez y sonrió con tristeza al ver que sus lágrimas de emoción, daban paso a una risa nerviosa cuando escuchó la voz que surgía del otro lado del cable.

Pero de repente, Abdel tuvo un acceso de pánico, se levantó hacia Myriam y le arrebató el teléfono de una forma violenta.

–¡Apaga eso! –Chilló como un energúmeno–. Ellos tienen dispositivos de búsqueda. Pueden saber donde

estas, chantajear a la persona con quien hablas o poner en peligro su seguridad y la de tu hija...

Ramón, medio adormilado por el aguardiente y el calor del fuego se volvió hacia ambos sobresaltado.

Miriam esbozó una sonrisa y recuperó suavemente el teléfono de las manos de Abdel.

–¡Démelo suplicó! No se preocupe. –Resopló una vez lo tuvo en sus manos–. Ellos no pueden hacerlo con este teléfono.

–¿y que tiene de especial? –Quiso saber.

Miriam marcó nuevamente el número y se lo tendió. Dubitativo, volvió a cogerlo y se limitó a escuchar con atención. Al otro lado de la línea solo se oía silencio.

El teléfono empezó a sonar cuatro veces pero nadie descolgó el auricular. Al quinto pitido, sonó una voz infantil que decía alegremente.

–Hola. Soy Laura. Este es el contestador de los Rovira. No estamos en casa. Pero si quieres dejar tu mensaje gustosamente te llamamos. ¡Tráeme regalos! ¡Gracias!

–¿Lo ves? –Apagó el teléfono y volvió a guardárselo en el bolso. Es solamente un contestador automático. Me gusta oir su voz

Para tranquilizarle aún más continuó diciendo:

Mi hija y mis padres están lejos de su influencia. El móvil está conectado a un portátil que desvía las llamadas de modo que nunca podrán saber desde donde las hago.

Abdel arqueó las cejas Y miró a Ramón. Éste asintió para corroborar su versión.

–Cuando conocí lo que planeaban el general y los suyos. –Empezó Ramón a hablar por vez primera– me dispuse a seguir los pasos de Myriam –la señaló–. En Luxor, le tenían reservada una sorpresa en la habitación que había reservado: Habían puesto cientos de escorpiones bajo su cama.

Ramón recordó aquel terrible día y se estremeció. Los gritos de Myriam pidiendo auxilio aún resonaban en sus tímpanos.

–Afortunadamente. –Continuó–. Yo que seguía sus pasos y había elegido una habitación contigua a la suya, desperté alertado por sus gritos y me dispuse a rescatarla. Le conté quien era y por qué la seguía. Desde entonces estamos juntos en esto. Ella quiere encontrar a Pedro su marido y yo. –Quedó pensativo antes de responder– a una mujer llamada Lídice Tavares. Y ambos sabemos, que donde esté uno, encontraremos al otro.

Y el desconocido, comenzó a relatarle a Abdel su historia de amor. Habló sin parar de la expedición de la Bella Hispania y del delfín Astarté, habló también de algo referente a un amuleto con forma de águila que había pertenecido a su familia y que al parecer, aquella mujer le había robado.

–Tiempo después del accidente en la vieja fábrica. –Prosiguió visiblemente emocionado–. Investigué las causas que llevaban a esa gentuza a atentar continuamente contra Lídice Tavares. Ella había desaparecido del lugar de la explosión. Viva o muerta, alguien se había ocupado de borrar su rastro. Me infiltré en su odiosa organización para buscarla e incluso. –Admitió avergonzado–. Apliqué con algunas personas algunos de sus sucios métodos. Supe que el general y un tal señor W estaban metidos hasta el cuello en todo el asunto. Cuando supe la historia de Myriam, me dispuse a ayudarla y al mismo tiempo proteger la vida de sus familiares a quienes conduje hasta un pueblecito de Canadá donde viven ahora ocultos del mundo.

–Pero Ramón no ha podido saber donde esconden a Pedro. –Continuó esperanzada Myriam–. Tal vez usted Abdel, tenga la clave de su paradero...

–Lo verás dentro de muy poco. –Lanzó al fuego una pequeña astilla y observó como se quemaba.

Myriam dejó escapar un largo suspiro y rompió a llorar presa del histerismo de aquellos últimos días, Ramón la rodeó con el brazo y dijo algo para consolarla.

Abdel, se alejó silenciosamente, pero no demasiado por si ambos necesitaban ayuda.

Después de un rato, Ramón le gritó a lo lejos:

¿Y en cuanto a ella? ¿Vive? Porque si vive, creo que ha tenido que sufrir un daño físico importante. Cuando quise salvarla, allí en aquella vieja fábrica abandonada, me encontré que alguien se me había adelantado. Creo que allí, había alguien más, oculto tras la espesura. Pero nunca supe quien.

–La conozco y sí. La detonación la ha afectado bastante. Cojea bastante y tiene una fea cicatriz que le recorre desde la pierna a la cadera. Pero, parece una chica feliz a pesar de todo.

Abdel regresó en dirección hacia la tienda.

–Lo siento, no es muy grande, tendréis que dormir un poco apretujados pero tenéis un saco cada uno para taparos.

–¿Y tú? –Señaló Ramón la hoguera que parecía a punto de extinguirse.

–¡Echaré más leña! –dijo–. No os preocupéis por mí.

Después que el torbellino de luz le transportara a la ciudad de Petra, Abdel volvió a tener aquellos sueños. En principio, llegó a pensar de sí mismo que había enloquecido porque: ¿Cómo era posible que aquel torbellino de luces volviese a conducirle a tan larga distancia? ¿Había la piedra operado con él una extraña magia?

La cuestión es que, en breve tiempo, Abdel se había acostumbrado a Petra, se había acostumbrado a recorrer sus intrincados caminos como si desde niño los conociese como la palma de su mano.

Así habían transcurrido los días hasta que encontró a Myriam y Ramón, fue esa misma noche, cuando ellos le

habían contado su historia, cuando el espíritu del águila volvió a revelársele.

En sus anteriores sueños, el águila le guiaba, y él podía ver a través de sus ojos. Había volado por encima de mares y bosques, ríos caudalosos y montañas heladas también, por cielos azules y despejados tormentas y crepúsculos hermosísimos, el águila, buscaba siempre el camino a través del cielo, guiándose por ese extraordinario sentido de la orientación que poseen todas las rapaces... y finalmente había dejado de comunicarse con él como si hubiese muerto.

Abdel se había hecho esa pregunta cientos de veces. ¿Por qué el águila había dejado de soñar con él o viceversa? ¿Por qué ya no podía ver a través de sus ojos? ¿Quién o qué era ese águila de sus sueños y que significado tenía?

Al día siguiente, volvió a tener un sueño bastante raro, entre otras cosas, porque eran imágenes de un acontecimiento pasado. La llegada de una mujer extraña al campamento, una mujer con cicatrices, increíblemente inteligente para ser solo una guía de aquellos geólogos tontorrones. Una mujer con unos ojos bellos como un águila.

Por un momento, en el sueño, la imagen del águila y de la mujer, se fundían en una sola. Y Abdel comprendió entonces, porque había dejado de soñar con ella.

Recordó la historia de Ramón, evocó la explosión en la fábrica y vio a Lídice Tavares tendida en la cama de un hospital. La vio en coma y se dio cuenta, que el espíritu del águila solo funcionaba con ella cuando dormía.

Esa era la razón. Se comunicaba con todos a través de sus sueños. Por eso al despertar de su coma, Abdel pareció que dejaba de recibir sus mensajes.

Ahora había vuelto a verla ante la Tumba de Urna y había guiado los pasos de Ramón y Myriam hasta donde él estaba.

Pero ya no había vuelto a verla en sus sueños.

Y aquello no podía significar otra cosa, que el fin la chica pudo haber muerto.

“Hoy que la tragedia, el dolor y la rabia ha llamado a nuestra puerta quiero decirte una vez más que sigo amando la vida que a pesar de todo, nada me hará desistir de esa idea.

Nadie puede imaginar jamás, cual es el precio de una vida, cuantos sueños y esperanzas se rompen cuando una simple vida desaparece, cuantas ilusiones se pierden, cuanta sinrazón y caos se siembran.

Por eso, hoy más que nunca: ¡Por favor! ¡Basta de odio!”

Abdel despertó con las primeras luces del día y la impresión de haber oído estas palabras en sus sueños.

La hoguera se había extinguido hacía tiempo. Tiritando de frío, abrió su saco y entró en la tienda donde Myriam dormía profundamente. No la molestó. De espaldas a ella, Ramón también dormía pero al contrario que esta, parecía agitado como si hubiese tenido una pesadilla.

Abdel se esforzó en abrir los ojos y asimilar su nueva situación.

Estaba ante un paraje yermo y solitario, cubierto por una infinita sucesión de dunas que a la luz del amanecer refulgían de un color rojo sangre. Cualquiera que hubiera visto esta imagen por la tele o en la fotografía de algún libro pensaría que se parecía en algo a un paisaje marciano.

Andel no pensaba en nada. Solo miraba la neblina de un color apagado y gris inundándolo todo y contrastando con aquel amanecer carmesí.

No sabía como habían llegado hasta allí, pero no era el mismo lugar en que habían acampado. Era como si una fuerza extraña o algo sobrenatural hubiese tele transportado la hoguera, la tienda y sus ocupantes hacia aquel lugar, sin que ninguno de ellos se hubiese enterado.

Se levantó con lentitud y caminó en dirección a unas secas y retorcidas raíces, las colocó entre un círculo de piedras con el fin de protegerlas del viento, luego sacó de entre sus ropas una diminuta jarra de bronce y la frotó contra su ropa.

En su interior, vertió unas hierbas y parte del agua de su jubón.

Al poco un hilillo de humo blanco brotó de la diminuta jarra de latón dorado.

Luego, regresó a la tienda en que Myriam y Ramón dormían, les despertó con suavidad, señalando las lejanas montañas cubiertas por la bruma.

–Tenemos que ir a aquel valle. –Señaló

–¿A dónde? –preguntaron al unísono restregando sus ojos y mirando a través de la cremallera que había abierto Abdel tras la que se colaba la luz del amanecer.

–El águila de mis sueños. Toda mi vida he soñado con este lugar y este momento. Siempre he visto que el águila me conducía hacia este sitio, como aquella vez que me guío a Petra para que me encontrase con vosotros. He soñado con un lugar así toda mi vida y aunque parezca increíble, conozco cada piedra de ese lugar. Anoche soñé con tu marido, llevaba barba, no como en la foto que me enseñaste el otro día. Parecía muy desmejorado, iba en compañía de un anciano y de un ser que no era humano.

–¡Por favor, cuéntame cada detalle de tu sueño! –Le imploró Myriam–. Por mínimo que sea.

–¡Bien! –Empezó–. Esta noche entraremos en una sala enorme con columnas azules y allí estará ese ser del que os hablo. Nos veremos para hacer algo importante aunque aún no sé lo que es.

Abdel dio por terminada la conversación y se agachó para recoger sus cosas. Les tendió a ambos sus mochilas y no olvidó coger su jubón de agua y la bolsa de cuero negro.

Durante todo el día caminaron sin tregua.

No había mucho calor ya que el día era apagado y gris cosa que agradecieron con un excelente buen humor.

El valle no se mostró ante ellos hasta el atardecer, cuando llegaron a una región inhóspita, extremadamente árida, sin ninguna traza de vegetación ni de agua.

Sobre el fondo del pequeño valle se divisaba un suave montículo de arena blanca rodeado por unas dunas vertiginosas, resultaba un poco chocante el color de la arena dorada de ese lugar cuando el resto era de color rojizo. Parecía como si desde siglos un permanente remolino hubiese capturado para si aquella parte distinta del desierto.

Era un contraste bastante extraño que presagiaba con su anormalidad oscuros misterios.

Abdel recordó los relatos de su padre cuando despertaba sobresaltado por las pesadillas:

¡Papa, no puedo dormir!

¡Duerme hijo, que ya es muy tarde!

–Siempre tengo la misma pesadilla. Te veo en el desierto, caminas con otro niño y de repente vas y te tragan las dunas. El niño intenta salvarte pero también se cae. Entonces, tu cara se transforma en la mía y soy yo y no tú quien está en ese foso.

–¿Y como es ese lugar hijo mío?

–Pues… estamos en una gran sala con columnas azules y yo tengo un cometido que no llevo a cabo por alguna razón, me deprimo pensando que puede ser pero no averiguo por que estoy ahí, mucha gente va a sufrir por mi culpa. Luego, me despierto empapado de sudor y pienso que he dejado pasar algo por alto. No sería preocupante si ese sueño no se me repitiese cada noche.

–No tengas miedo hijo mío. Yo creo que los sueños a veces nos avisan del futuro. Nosotros, no sabemos lo que acontecerá mañana, y hay mucho que podemos hacer hoy, cada día, para que ese futuro sea diferente. Cuando llegue tu hora sabrás que hacer. Confío en ti por que eres mi sangre.

–Pero hay montañas a lo lejos. –Insistía Abdel tapándose con la sábana hasta la nariz– y también una suave y redondeada colina blanca. Entonces, ese niño y yo, nos caemos en esa sala azul.

Abdel se abrazó a su padre con fuerza y cariño.

–Hay un ser que no es humano también. No quería decírtelo pero me da mucho miedo. Está parado como una horrible aparición, con sus ojos rojos escudriñando el alma de las personas ¿Crees que puede ser un djinn?

Najn al Dim secó con su grande mano, de un solo movimiento, las lágrimas que empañaban las mejillas de su hijo y terminó de taparle. Le dio una linterna para que la metiese bajo la manta y no tuviese miedo.

–No, no creo que sea un Djinn. –Le dijo– ¿Sabes? Te contaré un secreto, yo he tenido sueños como los tuyos cuando era niño y aunque hice promesa de no revelarlos a nadie, hoy voy a contártelos a ti. –Le acarició la frente con ternura y tomó aire para decir–. Ese lugar y ese ser, existen Abel. Yo los he visto, son reales y ese ser de ojos rojos es más inofensivo que un perro escuálido. No te hará nada si tú no comprometes su seguridad.

Abdel recordaba las palabras que le había dicho su padre cuando era un niño. Ahora, ante aquel paisaje yermo, desértico, casi lunar, vio claramente su papel en la vida. Estaba en su destino al pisar un lugar como aquel.

Volvió los ojos a su particular lámpara de Aladino y sacó de su mochila un pequeño cuenco de madera y tomó asiento en una roca del camino.

–Ya casi hemos llegado. –Se sintió desfallecer–. Nos quedan aún cuatro horas de sol. Nos daremos un pequeño respiro antes de entrar en las dunas. No quiero que sintáis miedo cuando lo hagamos.

Vertió una escasa ración de agua en la pequeña lámpara y con unas raíces que había guardado en su mochila preparó un pequeño fuego como antes lo había hecho.

Mientras se calentaba el agua alzó los ojos para mirar a Miriam y le preguntó:

–¿Así que tienes una hija?

–Si –asintió ella, sentada cerca de la mochila y los bultos, con la mirada profundamente triste perdida en el horizonte.

–Está muy enferma y vive en Méjico–Averiguó él– no me digas como lo sé. Una niña de mi pueblo llamada Alika me lo contó. Me dijo que ella se moría de tristeza pero sé que se curará, ella es muy fuerte…

–¿Cómo podía saber esa niña de la depresión de mi hija? –Le miró perpleja.

Él se encogió de hombros y dijo muy serio como temiendo que la mujer no le creyese.

–Me dijo que se lo había contado un hombre-pez en el desierto. Yo no sé que tipo de ser es ese y me da miedo solo de pensarlo pero presiento, que dentro de poco, tendremos el gusto o el horror de conocerlo.

Hizo un gesto de fastidio y añadió

–No creas que me siento orgulloso de ello. Últimamente tengo premoniciones, son como destellos, ráfagas de luz. El futuro se me presenta como algo horroroso. Daría lo que fuera por no ver ciertas cosas.

–Mi marido también tenía esas ráfagas.

Myrian intentó no imaginar a que se refería Abdel cuando hablaba del hombre pez.

–Pero: ¿Porqué? –Titubeó– ¿Por qué no te sientes orgulloso?

Abdel se sintió un poco incómodo. Le propuso cambiar de tema:

–¿Quieres un poco de té?

–No. –Repuso ella–. Claro que no. Pero gracias.

–¿Y tú Ramón?

Ramón miró la reluciente tetera de Abdel y pareció dudar:

–¡Bueno, sí! Un poco –dijo finalmente.

–¿Por qué no consideras un don el conocer el futuro Abdel? –Myrian retomó el hilo de la conversación.

–Por que conocer lo que depara el futuro, implica que no podré cambiar aquello que no me gusta. –Continuó Abdel en respuesta a la pregunta de Myrian–. El futuro se me presenta como algo dolorosamente inexorable.

–¿Pero por qué crees que no podrás cambiar algo que ocurrirá en el futuro? ¡Eso es absurdo! Podemos hacer lo que nos plazca hoy pero en el futuro recogeremos todo aquello que hemos sembrado.

Aquellas palabras de Myrian terminaron de enfurecerle.

–¿Por que? ¿Por que? –Dijo casi gritando– ¡Pues te diré porqué! Porque es algo que no nos compete. Si te fuese dado ese don ahora y vieses toda tu vida pasar ante ti, dime, ¿Cambiarías un solo hecho de ella si las cosas dejasen de ser como son? El amor y cariño de tu niña y tu marido dependen de cosas que parece que no tienen ninguna importancia.

Myriam, arrepentida de sus dudas le miró con tristeza pero hizo un gesto con sus manos alentándole a explicarse.

–Imagina que un día decides comprar un periódico en la esquina de tu calle. –Empezó Abdel– lo lees y te diriges al cine donde se espera a que conozcas el que será tu futuro marido y padre de tu hija, pero cambias de criterio y en lugar de eso, decides pensar que las noticias no son tan importantes como para emplear tu tiempo en ir a comprar un ridículo periódico. ¿Te das cuenta Myriam? La historia depende de las cosas pequeñas, jamás podremos imaginar cuanto depende de nuestros pequeños actos. Por eso a mi no me gusta conocer que ha de pasar. Si pudiese evitar lo doloroso para mí: ¿Podría ocasionar un daño mayor a otras personas o a mis seres queridos? Si

pudiese cambiar mi futuro o mi pasado y perdiese el amor de todos aquellos a quienes amo ¿Lo haría? Probablemente no, lo dejaría todo como está, pero sentiría la tristeza de no tener libertad, atado sin poder hacer nada, viendo pasar mi vida como una película. Tal vez se nos ha dado el don de desconocer el futuro para hacernos seres libres en nuestro día a día.

Miriam reflexionó en aquello que Abdel le decía. En realidad, conocer el futuro y no poder interferir en él, era algo cruel y ella, no admitió que tampoco quería tener ese don para sí. Miró a Ramón, por su expresión le pareció que él era de la misma idea.

–Si lo que amas depende de que dejes las cosas ser como son. –Continuó Abdel– no harías nada para cambiarlas, por eso pienso que debemos aceptar nuestro pasado y no intentar cambiarlo. Es preferible también desconocer lo que nos depara el futuro. Nuestra ignorancia del mañana nos hará libres hoy, en este momento presente, libres para decidir como será nuestra vida, la vida de todos nosotros.

–Tal vez tengas razón Abdel, no lo sé. –Caviló confusa.

Continuaron avanzando en silencio.

–Tenemos que ir hacia allí abajo. –Señaló unos montículos.

Diana y Ángela avanzaban en el jeep a toda velocidad. Durante el trayecto, Diana no dejaba de pensar en su amigo Jhon y en lo incauto que había sido decidiendo quedarse en el campamento. La situación se había vuelto insostenible y Diana tenía miedo que el polvorín estallase en cualquier momento Jhon, le había tranquilizado, le había prometido que en breve, cuando tuviese resuelto el problema de sus "apuntes" se reuniría con ellas en la excavación.

Rompió a llorar sin soltar el volante. Rememoró en un segundo todos los buenos momentos pasados con Jhon: la convivencia con él en aquel piso compartido que más que piso parecía un cuartucho, los encuentros en la universidad, sus salidas nocturnas en compañía de amigos, las obras de

teatro que presenciaron juntos, la primera vez que ambos comenzaron a realizar aquello que llamaban “el trabajo”.

Si algo le pasaba a Jhon: ¿Qué sería de ella? ¿Por qué no había hecho nada para impedirle quedarse en un lugar como aquel teniendo en cuenta el cariz que tomaban los acontecimientos?

Ángela, tremendamente preocupada por su estado de ánimo, detuvo el jeep y le pidió que ocupase el asiento del acompañante y la dejase conducir a ella.

–No te preocupes Di. –La tranquilizó–. Presiento que Jhon sabrá arreglárselas muy bien, sin nosotras. No creo que le haya pasado nada, seguro que no.

–¿Qué dices? –Le increpó de pronto golpeando furiosa el volante–. Jhon está en peligro y nosotras somos unas estúpidas, unas cobardes que no han perdido la posibilidad de correr como ratas abandonando un barco. Jhon en cambio, ha sido tan valiente y tan…

–¡Basta, Diana! ¡Basta! ¡Deja de auto compadecerte! No hemos sido cobardes, sino inteligentes. No hay ninguna inteligencia en ser valientes cuando lo que se trata es de salvar la vida. De habernos quedado nos habrían matado. Estoy totalmente segura.

–¿Y entonces, Jhon? –Enterró el rostro en sus manos para que ella no le viese llorar.

–¿Entonces qué?

–¿Qué será de Jhon ahora? –Lanzó un grito desgarrado a través de sus dedos.

Ángela, no sabía si abofetearla o abrazarla para calmar su histeria.

–Te he dicho que sabrá arreglárselas sin nosotras. Es un hombre con muchos recursos. ¡No te preocupes!

Anochecía. La impresionante puesta de sol arrancaba pinceladas de color a las dunas que variaban del rojo al

negro, hasta difuminarse con el amarillo anaranjado del cielo.

A lo lejos, el sol como una gigantesca perla blanca parecía querer enterrarse en la arena.

Diana dormía con un sueño ligero. Se había trasladado al asiento trasero del jeep y de cuando en cuando abría los ojos asustada por el fuerte traqueteo del vehículo.

Ángela en cambio, conducía con los ojos azules puestos en el hermosísimo firmamento.

Por un momento, pareció rescatarla la realidad y torció la cabeza pesarosa hacia el asiento de atrás donde dormía su amiga. Al igual que ella pensó: ¿Qué le pasaría a Jhon en aquellos instantes? ¿Estaría bien y a salvo? ¿Por qué tampoco podía quitárselo de la cabeza? ¿Habían cometido un error, tal y como dijo Diana, al no convencerlo para que se fuese con ellas?

Todas esas preguntas se agolpaban en su cabeza y Ángela no tenía respuesta. Lo único que sabía, era que tenía que partir lejos, muy lejos de allí y poner a salvo a la durmiente Di.

No tenía tiempo de detenerse, lo más fácil, hubiera sido escabullirse con su jeep y dejar a Diana abandonada a su suerte. Pero, consideraba, que aquello era una canallada indigna de ella. Por tanto, debía conducirla junto a sus compañeros a la excavación aunque eso supusiese retardar su objetivo de encontrar la nave enterrada.

Otra opción, sería que su amiga le acompañase hasta allí, aunque eso supondría tener que confiarle el secreto de la nave.

No podía hacerlo.

La llevaba a Petra, a una cercana excavación en las montañas. Si Jhon no hubiese decidido quedarse a recuperar sus apuntes, haría lo mismo por él.

Pero ahora, era demasiado tarde para él.

Un extraño ruido del motor, la despertó de sus cavilaciones. El jeep tuvo un extraño traqueteo, las ruedas se revolucionaron en extremo al girar y el motor se detuvo.

Ángela, enfurecida volvió a encenderlo, aceleró y tras varios intentos en los que casi había recuperado un poco de esperanza, comprobó que el vehículo apenas se había movido un poco. El motivo es que estaba hundido en un bancal de arena.

–¡Mierda! –Gritó al borde del llanto golpeando con su puño el volante– ¡Mierda! ¡Mierda!

–¿Qué pasa? –Se despertó Diana abriendo bruscamente los ojos.

–Nos hemos quedado atascadas en la arena. Una de las dos va a tener que bajarse a empujar.

Ángela fue la primera que lo hizo. Fue inútil, luego, le cedió el relevo a Diana y por un momento, pareció que ésta lo conseguiría después de haberse roto una uña cuando apartaba con sus manos la arena que cubría las ruedas traseras. Pero el jeep, retrocedió y dio al traste con sus ilusiones.

Era imposible moverlo, a menos, que otro vehículo lo remolcase.

–¡Donde está el Walquie talkie! –Gimió Diana caminando de un lado al otro al borde de la desesperación–. ¡Ya es completamente de noche y no se ve nada!! ¡Tenemos que comunicarnos por radio! ¿Me oyes Ángela? ¡Tiene que haber alguien en nuestra misma frecuencia!

Ángela, con los brazos cruzados miró al vehículo incapaz de decir nada. Sabía que el Walquie talkie estaba dentro de la guantera y Diana, no debería haberlo preguntado de haber estado más serena. Ángela tenía que idear algo para calmarla pero no se le ocurría nada. Era preciso que nadie supiese localizar el jeep.

Lo más desesperante de todo es que no sabía como impedírselo sin levantar sospechas.

Con una mano, rozó el forro interior de seda de su chaqueta y sintió una ligera tranquilidad. Mientras estuviese allí cosido, el mapa que Najn al Dim le había dado, todo estaría bien.

–¿Me oyes o que? –Le vociferó Diana con violencia– ¡Dame el maldito walky-talky, estúpida!

–¿Para que lo quieres? –Le increpó Ángela– ¡No puedo dártelo! ¡Descubrirán donde estamos y nos matarán, porque sin el mapa no somos nada! Me oyes ¿Nada?

Se dio cuenta que acababa de dejarse conducir también por la histeria y palideció. Segundos después, se postró en la arena y con las manos, compungida, se tapó el rostro.

Diana, se arrodilló a su lado sobre la gélida arena y pasó un brazo por encima de su hombro para tranquilizarla.

Le parecía que oscurecía a pasos agigantados y sintió frío.

–¿De que mapa me hablas? –Le dijo– ¡No tenemos mucho tiempo para andarnos con tonterías! ¡Vamos a morir, Ángela!

Silenciosamente, Ángela, que había decidido que su amiga tenía razón, se dirigió al vehículo y abrió la guantera.

–¡Toma! –Se lo arrojó– ¡Haz esa maldita llamada!

Diana lo tomó en sus manos con un gesto de avaricia. Se puso en pie y de espaldas a ella lanzó un SOS indicando su localización.

Una vez hubo acabado, encaminó sus pasos a la solitaria Ángela que se había vuelto a sentar sobre el suelo y contemplaba la recién venida noche como si estuviese ida.

–¡Toma! –Se lo devolvió.

Ángela hizo un gesto de rechazo.

–¡No me lo des, guárdalo tú! –Le espetó en tono agrio.

–¡Esta bien! ¡Me ocuparé de guardarlo otra vez. Dime: ¿Por qué tenías tanto miedo de que pidiese auxilio?

Ángela guardó silencio y al cabo de unos instantes respondió con el ceño fruncido.

–Por nada. ¡Yo no tenía miedo! ¡Es solo que creí que no funcionaría! Tenía miedo que nuestra llamada fuese interceptada por alguien que lejos de facilitarnos las cosas, las complicara.

–¿Qué no funcionaría el qué?

–Déjalo Diana. –Fue su sola respuesta.

La pelirroja contempló los ojos de su amiga con gran desconfianza. Sabía que mentía. Ni siquiera sabía hasta donde ella misma estaba dispuesta a seguir para sonsacarle el secreto.

–Cuando estábamos hablando sobre el walky-talky. –Le levantó la barbilla para escrutar sus ojos– y sobre si lanzar o no una señal de ayuda, tú dijiste algo sobre un mapa. ¿No es cierto?

–¿En serio?

En su pregunta había un ligero tono de cinismo.

–Sí, en serio. Tú dijiste algo sobre un mapa. ¡No me niegues lo que yo he oído!

–No lo recuerdo. –Mintió Ángela– ¿Qué te parece si vamos a dormir? ¡Ya es muy tarde y parece que hasta que nos encuentren va a pasar algún tiempo!

–Está bien. –Se dio por vencida–. Pero a mi no me engañas. Tú has dicho algo sobre un mapa y yo lo he oído perfectamente. Espero que por el bien de ambas me lo cuentes antes de que amanezca.

–Tengo mucho sueño Diana. –Se excusó bostezando–. Mañana hablamos ¿vale?

–Sí, sí. Mañana. Por supuesto que hablaremos y será largo y tendido...

De pronto, mientras caminaban por aquellos montículos que Abdel había dicho, el suelo se hizo blando y sin un punto de apoyo, Los tres fueron engullidos por como en un inmenso reloj de arena.

Myriam y Ramón gritaron mientras caían pensando en la muerte inminente que les aguardaba.

Minutos después de bajar una suave pendiente, cayeron estrepitosamente los unos sobre los otros en un lecho blando.

La luz, desde allí les llegaba amortiguada.

Tardaron un poco en acostumbrar su vista a aquella luz tan débil y descendieron lentamente del montículo de arena frío y húmedo.

No sabían donde estaban, solo que seguían en un lugar cercano a las ruinas de Petra.

Todo estaba muy oscuro y desde algún lugar, se escuchaba el gorgojeo del agua, cosa muy extraña pues acababan de estar instantes antes en pleno desierto.

Ramón aferró la mano de Myriam y esta a su vez, aferró la de Abdel. Con la palma de la otra mano, rozó la superficie de aquella pared desigual, y llena de aristas. Cegada por la oscuridad, rascó un poco la pared con su uña y se la llevó a la boca, descubrió que la pared tenía un gusto similar al de la arcilla. Allí, se entremezclaban zonas cubiertas de piedra y otras con algo suave y húmedo que tardaron un poco en identificar pero que resultaron ser líquenes.

Se hallaban en una cueva, de eso, no cabía duda.

El miedo, hizo Myriam imprimiese más fuerza a la mano de Abdel que avanzaba delante de ellos dos. Debían caminar muy despacio para evitar caerse. Entonces, Myriam recordó que llevaba una caja de cerillas en el bolso del pantalón junto a la cajetilla de tabaco. Hacía unos días se había planteado la idea de dejar de fumar. Ahora, estaba contenta de no haber tomado esa decisión.

–¡Abdel! –Dijo sin resuello– ¡Abdel espera, no camines tan rápido! ¡Tengo un fósforo!

Abdel esperó que lo encendiera. Guardaron la tenue luz de la cerilla con sus manos para evitar que se apagase. Poco a poco la luz iluminó tenuemente una impresionante bóveda llena de estalactitas, estalagmitas y concreciones excéntricas de una enorme belleza. Aquel lugar, probablemente, había permanecido oculto a la mirada del hombre, durante siglos.

Myriam contempló maravillada el lugar y señaló una de ellas.

–¡Parece de hielo o de cristal! –La caverna devolvió el eco de su voz.

–Más bien mineral que hielo. –Corrigió Abdel y le pidió que bajase la voz para evitar un posible derrumbe.

Continuaron caminando a la luz de la cerilla que no tardó en apagarse por el vaho de la respiración.

–¡Mierda! –Maldijo Myriam–. Y era la única que me quedaba.

Al avanzar unos pasos notaron que sus zapatos chapoteaban en agua, al principio el nivel no fue preocupante, pero más tarde el agua que les cubría las rodillas los arrastró con violencia en medio de aquella oscuridad.

Escuchaban el ruido que producían las tumultuosas aguas y luchaban desesperadamente por encontrar un punto de apoyo al que aferrarse.

–¡Parece el cauce de un río subterráneo! gritó Ramón a duras penas dejándose flotar. Myriam hundió la cabeza bajo el agua, y la sacó después lanzando un gemido de alivio.

–¡Está tan fría que corta! –Dijo con la respiración entrecortada.

En ese momento, sintió que una fuerte mano tiraba de ella y la arrastraba hacia fuera.

Consiguió ponerse en pie y se abrazó a Abdel con todas sus fuerzas llorando de miedo.

El río subterráneo discurría a un lado y ellos estaban en la orilla.

Abdel se arremangó la manga de la camisa a la altura del codo y hundió un poco el cuerpo en el agua, le tendió su mano a Ramón para ayudarle a salir.

–¡Mirad! –Exclamaron Ángela y Ramón una vez a salvo señalando la pared rocosa.

Sobre las paredes, había unos símbolos fosforescentes. No se parecían a ninguna pintura rupestre, ni a nada que antes habían visto en la Tierra. Podrían ser símbolos pertenecientes a una especie de alfabeto desconocido.

–¡No sé lo que significa! –Les dijo Abdel–. Lo que sí es seguro es que indican un camino seco, lejos del agua así, que tendremos que seguirlo.

–Sí. –Estuvo de acuerdo Myriam–. Pero: ¿Cómo es posible que exista un lugar así bajo el desierto?

–No lo sé. –Contesto Abdel evocando las leyendas que había oído–. Tal vez esta sea la casa de las Mil habitaciones. En la tradición de mi pueblo, sus entradas se encuentran en diferentes lugares del mundo y sus inmensos pasadizos recorren la Tierra como una serpiente enorme.

Poco a poco, después de horas caminando, a través de aquellos fríos pasadizos de roca iluminados por los símbolos fosforescentes, las paredes se hicieron metálicas y lisas y los contornos se volvieron más nítidos. Pudieron ver que habían abandonado la cueva subterránea pero la transición había sido muy suave. Caminaron hasta el final de aquel pasillo del que emergía una luz azul hermosísima y descubrieron boquiabiertos que habían entrado en una sala enorme, llena de gigantescas columnas que podrían haber soportado con su peso toda la magnificencia del desierto.

Cerca de ellos, se hallaba otra pila gigantesca de arena, similar a la que habían caído.

A pesar de todo, el suelo era de arena seca, la misma que habían visto a la luz del día pero que bajo aquella luz mostraba un aspecto fosforescente azul pálido.

Myriam y Ramón no cabían en sí de asombro, pero no por el lugar en sí, sino por la tranquilidad que les transmitía el rostro de Abdel, cuyas facciones no denotaban ni sorpresa ni preocupación al vagar por aquellos extraños habitáculos bajo las arenas ardientes del desierto.

–¿Qué es este lugar? –Quisieron saber– ¿Adonde vamos?

–¡Seguidme! –les alentó abdel.

Se pusieron a vagar sin lo que parecía un rumbo fijo tras él.

El tiempo fue transcurriendo lentamente y sus pies comenzaron a resentirse. Viendo que Abdel no demostraba cansancio, Myriam rompió su mutismo y se atrevió a preguntar:

–¿Caminamos sin rumbo fijo o realmente sabes a donde nos dirigimos?

–No lo sé. –Dijo sin dejar de andar–. He soñado que recorría este camino muchas veces pero no conozco la salida. En mis sueños te veo abrazada a tu marido y junto a él se halla un pequeño y extraño ser digamos "no humano". Cuando le veas, es importante que no te asustes porque él es el pájaro pez.

Myriam tuvo un temblor involuntario al pensar en ese ser.

–¡No debes temerle! –La tranquilizó y miró desolado la inmensa sala–. Se ve que aquí también hay otros pasillos, parece un complejo laberinto. La persona o el ser que construyó esto, quería facilitar el camino a los suyos pero también confundir a los intrusos. Nosotros somos precisamente eso, intrusos y hemos de andar con cuidado. Así que no nos separemos.

Pasaron a un pasillo y luego otro y otro más. No hallaron nada sino enormes columnas azuladas llenas de símbolos en estancias secas.

Myriam pensó en la advertencia de Abdel y cada vez que doblaban un recodo del camino, o se encontraban ante una encrucijada volvía a temblar. Solo Dios sabía que podía ocultarse tras aquellos misteriosos pasadizos azules, tal vez habitaciones inundadas o expuestas a grandes radiaciones, lugares que conducían a otros lejanos, en la Tierra, puertas a remotos planetas del Universo, pasillos sin oxígeno llenos de escorpiones o paredes que desprendían ácidos y gases solo aptos a los pulmones y órganos de seres muy distintos a los que pueblan la Tierra.

La sola idea de cruzar uno de aquellos pasillos y la impotencia de no poder descifrar lo que decían los ideogramas de las columnas, le llenaba de inquietud y terror. Pero cada vez que pasaban de una habitación a otra, no sucedía nada de aquellas terribles visiones con las que Myriam se adelantaba a su futuro.

De cuando en cuando, entre todas aquellas columnas, aparecían círculos y extraños símbolos en dorados relieves que se asimilaban a triángulos equiláteros perfectos, espigas de trigo, soles...

Myriam se detuvo y Ramón que iba detrás, lo hizo con ella. Se quitó un pequeño guijarro que se le había metido en el zapato en algún momento del viaje y suspiró.

–¡No puedo caminar más! ¡Lo siento! ¡Estoy agotada!

Abdel les miró a los dos y dijo al cabo de unos segundos:

–Descansemos un poco antes de seguir.

El sueño vino al encuentro de águila y águila soñó. Soñó que volaba a través del desierto sobre un cielo azul y despejado de nubes, sin desfallecer de sed y cansancio porque una fuerza sobrenatural la impulsaba y hacía que se sintiese fuerte, pletórica y llena de vida. Águila, se dejó conducir por esa fuerza y permitió que ésta batiese sus enormes alas y la guiase con su radar invisible.

Rauda, planeó el lago, rozó el agua con sus garras en un intento suicida y tras tomar un impulso, remontó el vuelo majestuosa.

Cuando ya había llegado a la altura de las tiendas, el cielo, del azul claro más hermoso, se oscureció, a medida que daba paso a una masa informe de nubes negras.

Águila gris, no tardó en darse cuenta que no eran nubes, sino moscas, y al ver que estas, se abalanzaban sobre ella, se revolvió asqueada y batió las alas vigorosamente en un intento de apartarlas.

–¡Comida! –Pensó de un modo visceral.

Apartó con su pico varios de aquellos insectos voladores y luchó con ellos por la posesión de un pedazo de carne pútrida y descolorida. Entonces, se dio cuenta, que no valía la pena, porque las moscas, habían formado un inmenso tapiz que cubría todo el suelo.

Águila gris, retornó a su forma y tomó conciencia de lo que verdaderamente sucedía. Pensó en Jhon, pensó en las pobres gentes que habían muerto en aquel lugar de una forma tan brutal y en lugar de un graznido, dejó escapar de su garganta un grito desgarrador y prolongado que reflejaba todo el terror que sentía.

La carne por la que luchaba con las moscas, era carne humana. Y aquello, era el campamento donde había conducido a los geólogos. Había vuelto con sus sueños a él.

Tal vez ese trozo de carne que pretendía comerse, pertenecía a Jhon, su amigo.

–Ángela ¿Qué te ocurre?

–¡Estaban muertos! –Gritó aún aturdida– ¡Todos! ¡Todos muertos! ¡Había sangre y trozos de carne desparramados por todas partes!

Diana sentada junto ella con el pelo revuelto y la cara llena de pecas, le miraba asustada.

–¡Tranquilízate, Ángela! –Le calmó–. Tenías una horrible pesadilla. Creí que debía despertarte.

Al abrir los ojos, Ángela sintió que un frío repentino le recorría todo el cuerpo a la vez que sentía un horroroso

dolor como si toda la sangre se hubiese agolpado en su cerebro. Quiso palparse la cabeza pero fue inútil hasta entonces, no había tenido conciencia de haber sido atada de pies y manos, pero ahora que pretendía inútilmente tocarse la cabeza, lo sabía. También le habían vendado los ojos, eso explicaba la oscuridad. Recordó que la noche anterior había tenido una horrible pesadilla y que había sido socorrida por Diana en el momento justo en que su corazón estaba a punto de paralizarse por el terror. No recordaba nada más, excepto que se había quedado dormida y soñó con el campamento.

Se arrastró como buenamente pudo llorando por el intenso dolor que recorría su cadera y rodilla. Consiguió desplazarse un poco hacia la izquierda pero el esfuerzo fue infinitamente grandioso entonces, se topó con un bulto grande. Lo golpeó un poco con las piernas pero ni se movió, ni tan siquiera protestó. Por un momento, tuvo verdadero terror a que la persona que estaba de espaldas a ella estuviese muerta.

Sintió unas incontenibles ganas de gritar. La refrenó pensar, que ningún sonido se escaparía de su boca vendada y que aún debía ahorrar sus energías y emplearlas en saber donde estaba y que había pasado para que acabase así. Aún así, la situación era tremendamente angustiosa por lo que resultaba imposible mantener la mente clara y los nervios templados.

Lo primero que se le pasó por la cabeza es que debían haberle administrado una droga bastante fuerte mientras dormía, pues sus recuerdos de lo ocurrido el día anterior eran muy vagos, casi nulos.

Incluso, era posible que llevase varios días en aquella situación y no lo recordase por estar inconsciente.

Golpeó repetidamente con las piernas el bulto que tenía a su espalda, pero éste, continuó sin moverse.

Poco después, una puerta se abría y alguien con pasos sigilosos se agachaba a su lado. Sintió su aliento cálido en la cara cuando le decía:

–¡Tranquilízate, no te dolerá!

Ángela vio una posibilidad al ver que el desconocido, liberaba las manos que anteriormente llevaba atadas a la espalda. Comenzó a dar golpes a ciegas. El hombre, le inmovilizó un brazo. Ella, apretó ojos y dientes al sentir que le ponía una goma en el brazo y palpaba con dos dedos calientes las venas.

Efectivamente, fue un segundo y apenas le dolió.

Quedó dormida con el recuerdo de un día de sol en el parque. Ella tenía nueve años. Hacia un hermoso y soleado día. Estaban en un inmenso campo lleno de niños que lanzaban al aire sus hermosas cometas de colores. Su padre, estaba sentado sobre una enorme toalla en la hierba, a su lado había restos de comida. Con la cámara en mano, su padre sonreía y grababa su alocada carrera en pos del regalo de cumpleaños: Lucki, un inquieto mastín alemán, aún cachorro, de color fuego y ojos bobalicones.

# XXXV

*"Como sabes si la Tierra no es más*
*que el infierno de otro planeta?"*

Aldoux Huxley

La burbuja se elevó verticalmente hacia el cielo como si la impulsase un fuerte chorro propulsor, dio un violento giro en un ángulo recto, casi perfecto y flotó en busca de la costa.

A lo lejos se divisaban las luces de la ciudad de New York.

Protegidos en su transparente cascarón, los fugitivos tuvieron la impresión de ser peces nadando en una pecera de cristal, transparente.

Una extraña combinación de fragilidad y dureza.

A veces, la burbuja aceleraba pero ellos no sentían la aceleración ni sus bruscos movimientos.

Poco a poco, las apagadas y lejanas luces de la ciudad fueron dando paso a miríadas de estrellas.

Una bruma lechosa, apenas perceptible de un azul cenital lo inundó todo.

Cuando llegó aquella anaranjada y calida luz tan cegadora que les impedía observar el entorno exterior, se dieron cuenta de la agradable ingravidez que les proporcionaba la burbuja.

Luego, sus ojos, poco a poco se adaptaron al nuevo lugar y la nueva situación.

Tenían la sensación de vivir en un lugar mágico.

Dentro, la burbuja, reproducía un mundo maravilloso y extraño, a la vez, su superficie sujeta a una desconocida fricción y tensión superficial oscilaba ligeramente como la perturbación que produce una hoja caída en el agua de un estanque.

Poco a poco los reflejos desaparecieron y se vieron flotando en aquel extraño paraje.

Pero decididamente, no era real.

Una imagen tridimensional de algún remoto lugar, tal vez.

El mendigo y Pedro con ojos desorbitados por el asombro, contuvieron la respiración por temor a que el sueño se desvaneciese.

La primera cosa que pensaron, es que si alguna vez existió un paraíso, tuvo que ser así.

Wilson, el mendigo, extendió su mano y atravesó con un dedo la etérea y frágil capa transparente de la burbuja.

–¿Qué haces? –Se asustó al verlo el mexicano–. Su estructura podría romperse y precipitarnos al océano.

–Aún no lo sé. –Dudó Wilson– ¡Pero mira lo que pasa!

Se produjo un hecho insólito.

La burbuja no se rompió. Sobre su dedo anular e índice derecho la imagen que los envolvía desapareció como si una tinta negra al alquitrán, la hubiese contaminado.

Y luego, sobre el oscuro círculo, empezaron a dibujarse formas extrañas.

El mundo que habían visto, poco a poco se diluyó ante ellos como la pintura de una extraña acuarela. A lo lejos, sobre la imagen holográfica de aquel cielo nocturno, una luna hermosa orbitaba alrededor de un planeta azul.

–¡Por favor, no la toques, Wilson! –Casi gritó Pedro aterrorizado saliendo de su limbo.

Obediente, el mendigo, retiró su mano de la burbuja y al hacerlo, la imagen desapareció y mostró nuevamente el nocturno cielo de Nueva York.

–¿Que maravilla, fue ese mundo que vimos, mexicano? –Meditó Wilson con la voz ronca, medio convencido que la imagen no había sido más que una mera ilusión.

La curiosidad había hecho mella en ambos, pero sobre todo en Pedro.

Esta vez, fue él quien imitó el gesto que segundos antes su compañero había protagonizado.

Ante ellos –al introducir Pedro su dedo en la burbuja– apareció esta vez, un césped azul recién cortado de aspecto aterciopelado el tapiz azul, conformaba un mar de colinas que se extendían hasta unas imponentes montañas nevadas.

Más allá de aquellas montañas, las aguas rosadas de un extraño mar, lamían una orilla de arenas finísimas muy blancas.

Era de noche, pero una noche clara del mismo color rosado que las aguas, era continuamente atravesada por estrellas fugaces.

El espectáculo era hermoso. Parecía un lugar vivo, rebosante de bulliciosa vida.

Y allí, en aquel extraño lugar, reuniones de pequeños seres con movimientos oscilantes, portaban de un lado a otro algo parecido a globos de distintos colores depositándolos suavemente a la sombra de árboles de hojas plateadas.

Acudían a su encuentro, otros, multicolores, venidos de las aguas, la tierra o el cielo, compitiendo todos en belleza.

Pájaros exóticos de colores vibrantes compartían su espacio con insectos similares a libélulas y mariposas de un tamaño extraordinario…

En varias hileras de la playa, unos extraños bloques redondeados de piedra, encajaban con precisión los unos

en los otros: Enormes megalitos que Pedro y Wilson "el mendigo" identificaron como viviendas.

No había en aquel extraño mundo ningún ser que aparentase ser perseguido o maltratado. Nada que no estuviese embebido por aquella hermosura.

Incluso el Sol que dormía, parecía celebrar aquel estallido de vida.

Sólo que aquello no era el Sol ni aquel lugar era la Tierra, aunque su aspecto les hubiese confundido en un principio.

La noche pasó y llegó el día. El radiante Sol iluminó todos los lugares de aquel mundo extraordinario.

De pronto, una gran mancha empezó a cubrir gran parte de la superficie de la estrella hasta cegar su luz y en los inocentes ojos de aquellos seres se reflejó un mudo terror.

Pedro y Wilson, gritaron a su vez, se desgañitaron en su intento de alertarles de la inminente desgracia que sobre ellos se cernía. No parecieron oír o tal vez no tenían otro sitio a donde marcharse. Huían presos del miedo sin salir de su mundo, aquel mundo que se desmoronaba, de forma desorganizada aplastándose los unos a los otros.

Era como estar viendo una horrible película.

–¡Dios mío! Hay que avisarles. –Vapuleó Pedro al mendigo–. Grite conmigo viejo. Mi voz no es lo suficientemente fuerte para hacerlo yo sólo.

–¡No podemos! –Se rindió el mendigo. Se dejó caer al suelo con una expresión de derrota–. Intuyo que esto ya ha ocurrido antes. Algo me dice, que presenciamos un acontecimiento pasado, es como una especie de aviso.

Pedro lloró horrorizado. No podía comprenderlo. ¿Cómo era posible que un mundo tan bello se resignase a morir de aquella manera sin oponer resistencia?

Callaron de repente.

–¡Allí! –Le señaló Wilson.

La imagen de una nave monstruosa partía del planeta lejos de la hecatombe.

–¡Es una especie de película! –Exclamó el mendigo comprendiéndolo todo–. Pretenden avisarnos de algo. ¿Lo ves mexicano? Quieren que sepamos que algunos de ellos pudieron escaparse, y que a nuestro planeta le puede pasar lo mismo.

–¿Pero y los otros? ¿Por qué se quedaron? ¿Por qué decidieron quedarse y morir? ¿O es que no les avisaron también?

El mendigo se aferró a los bordes de la burbuja con los pies y las manos muy abiertos y meditó sobre la pregunta. Dijo al cabo de un rato:

–Tal vez, pensaron que la situación no era tan grave o sintieron pena por que debían abandonar su hogar. Si en la Tierra se produjese una catástrofe de esta magnitud y yo tuviese familia –caviló el mendigo–. Supongo que yo también me resistiría a abandonar mi hogar si no me las puedo llevar.

Contrariado por la poca resistencia que habían opuesto aquellos seres a su trágico final, Pedro desvió la mirada del mendigo y la fijó en aquel planeta que a pasos agigantados se tornaba de un rojo sanguinolento.

En un momento, la vida había quedado arrasada y el cielo se llenó de cenizas.

Ningún ser sobrevivió aquello.

Fue la noche eterna para los Wanik al Ore.

Cuando Pedro retiró la mano de sus ojos y volvió a mirar, reinaba una quietud y oscuridad espeluznante.

Se abrazó al mendigo y ambos sollozaron como niños. Finalmente, el mendigo, avergonzado de su debilidad, empujó a Pedro muy enfadado y se limpió el estropeado traje supuestamente manchado por sus lágrimas. Pedro se atrevió a preguntarle en voz baja.

–¿Nos espera a nosotros también este horrible final? ¡Aquel planeta era como nuestra Tierra y su Sol se parecía al nuestro!

Le miró con ojos astutos antes de contestar:

–¡No quieren que nos pase lo mismo que a ellos! No encuentro otra explicación a esta película.

Se apercibieron, que la burbuja ya no flotaba en el aire, sino que se balanceaba suavemente sobre las tranquilas aguas del mar.

A lo lejos, vieron las luces de un barco a tanta distancia que era imposible que la tripulación les hubiera visto flotando en la burbuja.

Las imágenes horrorosas de la muerte de aquel mundo habían desaparecido sin dejar rastro.

Sólo quedaba el mar y la burbuja flotando mansamente en él.

Ellos se encaminaban al Este, hacia un amanecer que se negaba a nacer.

# XXXVI

*"Ni siquiera Dios puede cambiar el pasado"*

Agaton

Cuando más confiados estaban y habían olvidado lo que era la aceleración, la burbuja, se encargó de recordárselo.

Ahora era tan grande que a veces, sujetaban la mandíbula con las manos para evitar que se les desencajase incluso, sus ojos, mantenían una dura batalla por salir o quedarse dentro de las cuencas.

A veces temían desintegrarse.

Demasiado ocupados temiendo morir, no se habían dado cuenta que la burbuja se había detenido bruscamente ante un paraje yermo, cubierto por las nieves.

Cuando parecía que no iban a ponerse en movimiento más, su habitáculo, al igual que una inmensa pompa de jabón, planeó lentamente, rebotó con suavidad sobre las frías aguas de un glaciar y arrancó en Pedro y Wilson, un grito de terror por miedo a que se rompiera.

Finalmente, dejó de moverse para dejarles sobrecogidos y apabullados ante un grupo de desconcertados pingüinos.

Hacía un frío horroroso en aquel lugar.

Entretanto Pit y Alt, en el agua, su elemento, nadaban como delfines. Alt se sumergió durante unos instantes y buceó en busca de Pit pero no le vio a pesar de sus intentos por mantener los ojos abiertos bajo el agua. Al cabo de un

rato Pit, impulsado como un torpedo caía estrepitosamente a su lado. Alt rió e inició una competición con él luchando por alcanzar la orilla. Finalmente se dejaron caer sin aliento sobre la placa de hielo.

Se sacudieron la humedad y contemplaron a lo lejos a los dos humanos metidos dentro de la burbuja, con sus frentes apoyadas en esta para poder ver mejor.

Pit, les dirigió una apenada sonrisa desde la lejanía.

Tenía asumido que alguna vez tendría que vivir una situación como aquella. La visión de la burbuja empañaba un poco la felicidad que sentía.

–Este es el final Alt. –Le rozó amigablemente con la aleta–. Quiero darte las gracias por tu amistad, por cuidar de mi durante todo este tiempo.

Alt, el pingüino emperador. Dio unos pasos torpes, esquió un poco y se dejó caer de una forma aparatosa de una forma intencionada, para arrancar a su amigo una sonrisa.

Conseguido su objetivo, escondió la cabecita bajo el cuerpo como si con este gesto pudiera aislarse de la tristeza que producía su pérdida. Se balanceó suavemente y terminó empujando con un movimiento grotesco de su ala a Pit, contra las olas.

–¡Anda! –¡Peguémonos un último baño otra vez! ¿Habrá aguas como estas en el lugar adonde vas?

El lugar adonde Pit se dirigía no tenía ni un lejano parecido con este, ni tampoco sus pobladores.

Ajena a los pensamientos, la burbuja esperaba detenida a cincuenta pasos del grupo de aves ensordecedoras preservando del frío a Pedro y el Mendigo.

Observaron boquiabiertos como los dos pingüinos volvían a sumergirse en el agua. Pero Pedro, sin duda, el más impresionado, porque había visto un pájaro como aquel, cientos de veces en sus sueños.

–¿Pingüinos? ¿Eran pingüinos quienes hicieron aquella maravilla que la burbuja nos mostró? –Logró balbucir ante la visión de la piel resbaladiza y brillante de aquellos simpáticos pájaros a lo lejos.

Fijó más su atención. De lejos, el que se acercaba más al habitáculo de la burbuja, parecía un enorme pingüino pero ahora que lo tenía más cerca no encontró con estas aves y el extraño ninguna similitud. Aquello que le confería ese raro aspecto tan parecido al de un pingüino era... –Pedro dudó, y llegó a la conclusión de que parecía un traje, un extraño traje que se adhería al contorno de su cuerpo ofreciéndole el aspecto de un simpático pingüino emperador desde lejos.

–¿De que te extrañas? –Pasó un pie a través de la superficie transparente de la burbuja y después hizo lo mismo con el resto del cuerpo. Una vez metido dentro, se volvió hacia Pedro y preguntó– ¿Acaso creéis que sois únicos? ¿Qué sois superiores y que todo lo inteligente tiene que ser forzosamente parecido a vosotros? ¡Pues aquí me tenéis! –Extendió sus aletas y se frotó el voluminoso vientre muy orgulloso de su aspecto–. Yo, os aseguro que vivir entre estos pingüinos a los que vosotros consideráis inferiores, me ha reportado mayores beneficios que conocer vuestras ciudades.

Aquel ser extremadamente agraviado y dolorido despertó la curiosidad de los dos hombres.

Callaron unos segundos y le dejaron que continuase despidiéndose de su amigo el pingüino de verdad, a quien no cesaba de hacer señas para que diese media vuelta y corriese a integrarse con el resto del grupo.

El pingüino emperador, se hallaba inmovilizado cerca del agua, sin dejar de mirar a Pit. Era el último homenaje que rendía a su amigo y no partiría hasta que la burbuja se alejase en el cielo.

Pit, volvió a hacerle señas para que se fuera. Pero fue inútil. Una inmensa lágrima cayó de sus ojos y mojó los zapatos del mendigo.

–Discúlpanos por nuestra ignorancia –Intervino éste rompiendo el hielo e ignorando la frialdad de aquella lágrima que empapaba sus calcetines– ¿Adonde se supone que vamos?

Pit, se hizo un hueco entre los dos y meditó su respuesta. Alzó la cabeza para mirar aquellas dos altas figuras.

–Al desierto, en dirección Sur, a eso que llamáis la frontera. Creo que es un país llamado Jordania. Para nuestra especie, no existen líneas. No me agradan vuestras razones para dividir vuestro mundo pero entiendo, que debo utilizar vuestra propia terminología y vuestros mapas si quiero ser comprendido.

–Tú... –Balbuceó Pedro como si no se atreviese a formular la pregunta– ¿Tú vivías en ese mundo que un día nos mostró la burbuja?

Pit entornó los ojos y asintió con tristeza.

–Vuestro mundo no será el mismo si yo no os ayudo ya visteis lo que le pasó al mío. ¿Verdad? Por eso me quede aquí y no me fui col los mios.

–Sí –Recordó Pedro sintiendo escalofríos–. La esfera nos lo mostró –¿Cuándo ocurrirá eso aproximadamente en nuestro planeta?

–Tal vez en cien, ciento cincuenta años más o menos. –Especuló Pit–. No lo sé con certeza, aún existe otro peligro mucho más inminente: La nave. Si la encuentran y activan antes que lleguemos nosotros, explotará antes que el Sol y el resultado será el mismo.

–Pero para entonces. –Protestó Pedro– nosotros habremos muerto y la explosión del Sol, no podrá importarnos.

–¡No seas bestia, mexicano! –Le amonestó el mendigo dándole un codazo–. Se refiere a la nave. Tenemos que encontrar la nave por que si la activan antes que nosotros el Apocalipsis se adelantará.

Pareció ofendido por la encendida defensa que Wilson prodigaba a aquel ser, pero reconoció que no había sido su intención herirle.

–Sí –¡En serio!– Siguió diciendo– Pero dentro de ciento cincuenta años que puede importarme lo que sea del mundo.

Pit giró su cabeza y le miró con curiosidad.

–Tienes razón. –Le dijo–. Tú no lo verás pero, seguro que le tocará a algún descendiente tuyo. Aunque... Tal y como están las cosas puede que no sea necesario que pasen ciento cincuenta años. Si consiguen apropiarse de la nave, como te digo, el desastre nuclear se producirá en un solo segundo y te afectara a ti y a todos los tuyos.

Aquellas palabras hicieron enmudecer a los dos hombres. Pedro clavó en él sus ojos oscuros con una mirada severa y fue el primero en hablar:

–Si eres tú el responsable de la liberación de mí y de éste –Señaló a Wilson–. Yo, te lo agradezco. Pero, no sabemos de qué nave nos hablas.

–Yo sí. –Le interrumpió Wilson para su sorpresa.

–¿Qué dices viejo? –Se volvió sorprendido Pedro hacia él– ¿Cómo que tú sí?

–¡Que yo sí sé de lo que habla, mexicano! ¡Y deja de hablar! No he parado de oír tus quejas y lloriqueos durante todo el camino.

–¡Lamento interrumpiros! –Se disculpó Pit–. Nosotros estábamos en condiciones de evitar la muerte de nuestra estrella si nuestra tecnología avanzaba un poco más. Poniéndonos en lo peor podían ser mil años, sabíamos que eso era posible. Alertamos a todo el mundo que debían evacuar el planeta y buscar un nuevo hogar. Pero como el peligro no era inminente, la gran mayoría decidió ignorar la voz de alerta, o simplemente no querían abandonar su hogar.

La voz de Pit se quebró de pronto como si estuviese a punto de romper a llorar.

–En la huida dejamos a todos los nuestros, perdimos las plantas, los peces, los animales... La esfera os ha mostrado que incluso había seres como vosotros que convivían a

nuestro lado pacíficamente. Para nosotros, incluso una mínima brizna de hierba constituía un tesoro. Cada vida era preciosa e irremplazable...

–Nos hablas de una forma que no nos hace albergar muchas esperanzas sobre nuestro propio futuro –Le pareció a Wilson– ¡Algo podremos hacer, digo yo, para salvarnos!

–¡Quiero que me aclares eso de la nave, mendigo! –Le increpó Pedro golpeando con sus puños las solapas de su traje.

–Más tarde, mexicano –dijo bajándole las manos–. Más tarde te lo explicaré, te lo prometo y ahora tranquilízate y déjame hablar él, te lo suplico...

Pit ignorando el frente que se había abierto entre ambos, señaló con un diminuto dedo un lugar perdido en la inmensidad del firmamento.

–Debemos viajar allí. –Señaló un punto en el claro cielo–. He esperado este momento entre vosotros. Os he visto crecer, amaros, destruiros... ¡Sois como mis hijos! Y ahora, debo intervenir por vez primera para ayudaros. ¡Que ironía! ¿Verdad? A pesar de todos vuestros conocimientos y toda vuestra tecnología continuáis siendo unos niños estúpidos e ignorantes, y yo también os necesito para marcharme.

El mendigo se zafó del vapuleo de Pedro que continuaba insistiendo en saber la respuesta a la pregunta que le había lanzado.

–Pero: ¿Por qué nosotros? ¿Por qué dices que te necesitamos?

Pit caviló durante unos instantes.

–Porque estoy cansado y quiero regresar junto a los míos. He llegado al final del trayecto y quiero hacer algo por vosotros antes de irme ya que nunca volveré a veros. La nave, por otra parte, es un arma de doble filo, puede salvar y puede matar. Ella, altera la estructura de eso que llamáis espacio y tiempo. Deforma su geometría para desplazarse.

Pero es muy peligrosa si se manipula incorrectamente. No dispone de armas porque ella misma es un arma. Sería capaz de reducir a polvo todo vuestro mundo y hacer que se consumiera antes en su propia materia.

–¿Serías capaz de hacer estallar la nave y destruir la Tierra simplemente para vengarte de ese estúpido general?– Mal interpretó Pedro que sentía estupor y no daba crédito a cuanto oía.

–No– Le aclaró Pit– solo digo que si ellos se apoderan de la nave antes que yo, cuando el general intente abrirla, instintivamente se defenderá y destruirá la Tierra con ella. ¡Hasta ahí llega su poder!

Agachó su pequeña cabecita de ave y reptil como si estuviera nuevamente cavilando y al sacudir su pico pareció querer desprenderse de él. Mientras desplazaba hacia atrás las dos pequeñas alitas como si se preparase para echar a volar, alzó un bellísimo rostro extraño hacia ellos.

–Mi nave tiene inteligencia propia. En su interior, esconde mecanismos muy sofisticados de seguridad incluso para los de mi propia especie. Son el resultado de miles, millones de años de evolución tecnológica. Su seguridad es inviolable, inaccesible, incluso a ella misma, ya que, una vez puesta en marcha no puede desactivarse. En definidas cuentas, siente, piensa y actúa como cualquiera de nosotros pero es testaruda y no sabe dar marcha atrás cuando se siente amenazada como un animal acorralado.

–¿Y que hará la nave si se siente atacada cuando la encuentren antes que nosotros? –Rompieron a decir Pedro y Wilson, casi al unísono.

–Ya os lo he dicho. Se defenderá. –Dijo Pit–. Y la explosión acelerará el proceso de la muerte que ya habéis iniciado. Vosotros mismos.

# XXXVII

*"Es una verdad absoluta*
*que la verdad es relativa".*

Ander Maurois

–¡Hola, Lídice! ¿Puedes oírme?

–Síiiiii –Abrió los ojos con dificultad y sintió la lengua hinchada y un sabor pastoso.

Aquella voz grave le hería en los oídos y le provocaba náuseas y palpitaciones. ¿A quien pertenecía aquella voz que llamaba a Lídice? ¿La conocía?

Todo estaba borroso. Aquel desconocido no le llamaba Ángela. Lo peor de todo es que ella respondía a su insistencia de llamarle Lídice. No se había percatado del peligro. Su situación actual le impedía fingir.

Respondió varias veces a sus preguntas con monosílabos. Su saliva tenía un regusto medicamentoso.

Sintió que la persona que tenía delante se percataba del enorme esfuerzo que imprimía en cada uno de sus gestos. Cuando desfallecía, la reanimaba con pequeños golpecitos en la cara. Junto a esta persona, otra le humedecía el rostro a pequeños intervalos de tiempo.

–¿Puedes oírme? –Repitió la voz esta vez en un tono menos agresivo–. Necesito saberlo. Me conformo con que me hagas un gesto, aprieta mi mano si entiendes lo que te digo.

Ángela, Lídice o lo que quiera que fuese ella en aquellos momentos, hizo un esfuerzo sobrehumano al levantar la mano que cayó nuevamente, como muerta, encima de sus piernas.

–¡Diana! –Fue lo único que acertó a decir mirando al hombre con los ojos vidriosos.

–¿Qué? –se acercó a ella para oírla mejor.

–¡Diana! –Repitió en un murmullo casi imperceptible–. ¿Cómo está? ¿Cómo está ella?

El hombre, ordenó marcharse a la otra persona que le acompañaba y una vez hubo cerrado la puerta, se acercó un poco más, le cerró los ojos con suavidad y posó una mano tranquilizadora sobre su hombro.

–¡Cálmate Lídice! –Le recomendó con una voz que sonó tremendamente familiar–. Ella está bien y tú en cambio, si te alteras, puedes provocarte un paro cardiaco. –Ahora debes dormir, mi dulce niña.

–¡Diana! –Clamó sin fuerza antes de caer nuevamente rendida al mundo de las sombras.

–¡Abre los ojos! ¡Ábrelos! ¡Vamos!

Aquellas palabras sonaban a una sesión de hipnosis en un show televisivo que había visto pero, en este caso, la protagonista era ella y no resultaba divertido.

De nuevo aquella voz tan imperiosa, tan familiar, tan…de W.

–¿Qué tal te encuentras hoy Lídice? –Preguntó.

Abrió esta vez los ojos con mayor facilidad y miró en derredor. Estaba en una habitación cuyas paredes, techo y suelo eran de piedra o algún material que se le parecía. En muchos aspectos se asemejaba a uno de esos bunker que había visto en alguna película, con cristales biselados que no permitían ver el otro lado.

El único mobiliario, era la silla que ocupaba ella y junto a esta, la figura borrosa de un hombre de cabellos rubios cuyo rostro desdibujado le era familiar. Ahora, lo vio con mayor

claridad, reconocía aquel traje de Armani y el olor de su tabaco de pipa, aunque no podía ver muy bien sus facciones quizá, por los efectos de la droga que le habían inoculado.

–Yo no me llamo Lídice sino Ángela, creo que se equivoca de persona. –Musitó sin fuerzas.

El esfuerzo que le produjo decirlo hizo que se doblase de dolor.

–No, tú no te llamas Ángela. Además antes me has dicho tu verdadero nombre. Te has metido tanto en el papel que ya no recuerdas ni como te llamas. Te llamas Lídice Tavares. Tienes ascendencia cubana pero nunca has vivido en Cuba. Hasta hace poco, ejercías de guía de unos geólogos, aunque esa tampoco fuera tu profesión, hablas varios idiomas, sabes embaucar a la gente y yo diría que eres un tanto… ¿Testaruda?

–¡W! –Exclamó–. ¿W eres tú? ¡Ayúdame! ¡Ayúdame a salir de aquí!

Lídice reprimió todas las sensaciones contradictorias. Deseaba decirle donde había estado todo aquel tiempo, había sido un buen jefe para ella. Pero que hacía con aquella gentuza: ¿Trabajaba para ellos?

Enmudeció de repente.

W giró la silla con el respaldo hacia sí mismo, y se sentó con las piernas muy separadas, los brazos y la barbilla apoyadas en el cabecero.

–¿Y bien? –Distendió el rostro– ¡Ahorremos tiempo, yo también me alegro de verte pero! ¿Dónde está el mapa, Lídice?

–¿Qué mapa? –Dijo sin entender nada.

W pareció turbado ante su mirada, pero volvió a contraatacar.

–Tú sabes de que mapa te hablo y porqué estás aquí, sentada ante mí, completamente drogada y con los pies atados a una silla.

–¡El mapa! –Dejó pesadamente caer su cabeza contra el respaldo– ¿Qué mapa?

– Cuando Dios vuelva a congregar a su pueblo… entonces dará a conocer el paradero de estas cosas, aparecerá su gloria, y asimismo la nube» (2Mac.2:8–9)…

W, citó la Biblia y añadió. –La columna de fuego alcanzará los tres kilómetros de altura visibles durante el día y la noche y será vista desde Israel, Jordania y todas las televisiones del mundo entero… ¡Vayamos al grano! Tú pareces tener la clave de todo esto que anuncia la Biblia. Yo sólo, quiero compartir contigo ese misterio.

–Entonces. –Empezó Lídice– ¡Sáqueme de aquí!

–¡No puedo! –Dijo W con lástima.

–Usted me utilizó. Me dio aquel trabajo en aquella expedición marina, con el único objetivo de que yo le condujese hacia los adramitas. Pero no contaba con que yo iba a jugar mis propias cartas.

W se levantó de la silla y se dirigió al extremo de la habitación para vaciar los restos de tabaco de su pipa en un cenicero en el suelo. Una vez realizó esta labor de forma ceremoniosa, extrajo un pañuelo del bolsillo del pantalón y limpió cuidadosamente la madera y la empuñadura de marfil de la pipa antes de guardarla en un estuche.

Se dirigió nuevamente hacia Lídice con las manos metidas en los bolsos del pantalón. Tenía un aspecto informal, inusual en él. Al cabo de unos segundos extrajo de su camisa un extraño objeto de forma cuadrada del tamaño de una pequeña calculadora.

Apretó uno de los diminutos botones y dijo:

–Si lo que quieres saber es si yo trabajo para ellos, la respuesta es que no eres una chica muy lista. Ya deberías saberlo…

–Entonces: ¿La respuesta es sí?

W guardó silencio y esgrimió una cínica sonrisa.

De pronto, el cristal biselado se volvió transparente, y mostró una habitación contigua de similares características a aquella donde estaban.

Allí también había dos sillas, una de ellas la había ocupado un hombre negro, de una altura descomunal. El hombre sangraba por la comisura de los labios y parecía bajo los mismos efectos de la droga que le habían inoculado a ella. No tardó en reconocerle, era Bashar, el maasai, junto a él, el general, se hallaba con la mano extendida al parecer dispuesto a golpearle A su lado, Saqr Ibn Abbas, el jefe de los halcones y una mujer alta, de cabellos pelirrojos llenos de bucles, vestida con un traje sastre del mismo color que su pelo, se giraron hacia W y alzaron la mano para saludarle.

–¡No puedo creerlo! ¿Es realmente ella? –La miró de reojo con desprecio– ¡Dígame que no lo es!

–¿Diana? –W correspondió al saludo de la mujer y dijo en un tono bajo aunque suficientemente inteligible:

–Me temo que sí. Estuviste todo el tiempo junto a ellos y no descubriste que trabajaban para el general ¡Es una lástima! No eres tan inteligente como yo había creído.

–¿Qué hace ella aquí? –Preguntó, y la rabia hizo que sus brazos se tensasen tanto, que por un momento, pareció que iban a romper las correas de cuero que la ataban a la silla.

–Su trabajo consiste en sonsacarle información a ese pobre desgraciado de la silla. –Señaló a Bashar–. Cuando acaben con él, seguirán contigo. A ti te reservan para el final. Eres su postre más apetecible. Pero yo puedo evitarlo.

–Creía que Bashar trabajaba para ellos. –Apretó con rabia los dientes.

–¿Cómo? –Preguntó W que no le había oído suficientemente bien.

– Digo que creí que Bashar estaba con ellos. Le vi aquella noche bajar a la laguna y encontrarse con aquel beduino de ahí –señaló a Saqr Ibn Abbas.

–No le señales. –Le aconsejó W bajando su dedo–. Saqr Ibn Abbas, no creo que sepa mucho de todo este asunto. Él, solamente es la marioneta del coronel.

Lídice reflexionó unos instantes antes de decir:

–Si Bashar es inocente, entonces debemos actuar rápido. Pero si no sabía lo que se traían los otros entre manos: ¿porque noche tras noche se dejaba ver con ese miserable beduino?

–¿Discutían no es cierto? –Adivinó W.

–¡sí! ¿Cómo lo sabe?

–Bashar solo trataba de prevenir al beduino que dejase en paz vuestro campamento.

–¿Cómo? Prevenirle sobre qué. No le comprendo.

–Prevenirle de que debía dejar de hostigarles. El masai parece un hombre noble, valiente, sumamente fiero, pero ninguno de esos valores son tan fuertes como para actuar contra esa calaña. Seguramente, le prevenía que de persistir con su actitud, él mismo se vería obligado a actuar. Lamentablemente Bashar no pudo evitar que el campamento fuera arrasado. Y yo tampoco.

–Pero: ¿Qué dice? ¿El campamento arrasado?

–Sí ¿No lo sabías?

Lídice negó con la cabeza.

–Tal vez lo soñé pero creí que no era real.

–Bashar no quería alertar a nadie si no era necesario. Pensaba que la situación no se le iría de las manos y los beduinos escucharían su orden de dejar en paz el campamento. Le creo. He tenido la oportunidad de interrogarle.

Lídice se puso en pie todo lo que pudieron permitirle sus pies atados, dio un salto en su silla y la arrastró un poco hacia delante. Se volvió a sentar y clavó sus ojos llenos de miedo en la mirada serena de su interlocutor.

–¡No puedo creer lo que acaba de decir! ¿Qué le ocurrió al campamento? –Sin querer le vino el recuerdo del incidente en el que se habían visto involucrados: Najn al Dim, su hijo y el esposo de aquella muchacha, llamada Karima, según creía. También recordó inmediatamente a Jhon, que se había quedado a recoger unos apuntes.

–¿Dónde está Jhon? –Acertó a decir.

–Claro. –Dijo W, tú tampoco sabes esto. –Fue el mismo día que os marchasteis… Murieron todos: Mujeres, niños, ancianos… ¡Todo! ¡Todo arrasado! Intenté evitarlo. Había medio convencido a los halcones de que entrasen en el campamento y robasen el mapa sin más, y se fuesen. Pero no me hicieron caso. Ahora, han puesto al general sobre aviso de que yo sabía de tu llegada y ocultaba tu identidad. Por tanto, para evitar más problemas tengo que torturarte.

–Pero: ¿Y Jhon? –Balbució– ¿Dónde está él?

–No te preocupes por Jhon. Te digo que era uno de sus agentes. Fue una suerte que Bashar le matase. Ese es el motivo por el que el masai está en la celda de al lado.

–Pero entonces. –Empezó Lídice– ¿Todo eso de la excavación era…?

–Sí. –Respondió W–. Era una farsa. A ellos también les creamos una falsa identidad y lo hicieron tan bien que casi se la creyeron. No existe ninguna excavación en Petra a la que supuestamente debieran dirigirse. Ninguno de ellos es geólogo. Aunque ciertamente, sí existe una investigación patrocinada por la NASA a dos geólogos que aseguran haber visto a través de fotografías de satélite, las ruinas de una extraña ciudad y la existencia de el cauce de un río muy profundo.

Una mirada del general y un guiño de la joven del traje sastre rojo que había empezado a gesticular sin dejar de mirarlos a ambos, le puso sobre aviso.

–Tengo que dejarte. –Murmuró–. Ellos comienzan a sospechar. Sé que no te fías del todo de mí, pero es cuanto

puedo ofrecerte. Dime con rapidez donde guardas el mapa, después no tendré ninguna oportunidad de ayudarte.

Lídice tragó saliva al decir:

–¡No sé! Debería haber hecho algo excepcional como en las películas, algo así como destruir el mapa y grabar su imagen en mi cabeza, tatuármelo en algún sitio donde nadie pudiese verlo, incluso romperlo en mil pedazos y tragarme sus cachitos. Pero lo cierto es que no he tenido tiempo. La verdad es más bien bastante mediocre. Llevo el mapa cosido al forro de mi camisa.

W sonrió.

–¡Quítate la camisa entonces!

–¿Está loco? –Casi grito Lídice.

–¡Baja el tono! ¿No ves que pueden oírnos?

–Está bien. –Obedeció–. Pero: ¿No tiene una solución mejor? No puedo darle el mapa. Tienen muchos medios a su alcance, se plantarán en un santiamén en ese lugar e interceptarán la nave. No puedo permitir que eso ocurra.

–No, será así. Hazme caso. Voy a quitarte las esposas y te voy a apuntar con mi revolver. Cuando tus manos estén libres quiero que te despojes de toda tu ropa, absolutamente de toda y quiero que grites tan alto como puedan oírte.

–¿Y que se supone que debo decir? –Preguntó.

–No sé –Dudó–. Lo que se te ocurra. ¡Improvisa! –Entretanto, yo saldré de aquí con tu ropa, y me desharé de ella, esconderé tu camisa, y pondré el mapa a salvo. ¿Has entendido?

Lídice asintió.

–¡Ahora como quien no quiere la cosa voy a abrir los micrófonos! –Avisó a Lídice.

Lentamente W caminó hasta ponerse a su lado. Sacó una pistola y le encañonó la cabeza.

–Pero: ¿Qué está haciendo viejo chiflado? –Actuó Lídice gritando como si estuviese muerta de miedo.

–Veremos si el frío puede hacer que hables escoria. ¡Quítate toda la ropa que traes!

–Pero. ¿Se ha creído que esto está fuera de sus leyes? ¿Acaso estamos en Guantánamo? ¡Usted no puede pedirme eso! ¿Pretende aplicarme las mismas torturas que a sus presos terroristas? ¡Quiero un abogado! ¡Ustedes no pueden tratarme así!

–Seguro que sí. Ya vas a ver. –Le liberó totalmente de las cuerdas que aún la sujetaban en las sillas y la encañonó con su revolver.

–Está bien. Está bien. –Suplicó Lídice.

Se quitó rápidamente la camisa y se la tendió. Luego, se deshizo lentamente del resto de sus ropas. Quedó en cuclillas completamente desnuda.

W recogió la banqueta y la ropa con una mano y siguió apuntándole con el revolver mientras esbozaba una sonrisa siniestra al grupo de personas que le miraban desde el otro lado del cristal.

–¡Ándate con cuidado! –Levantó un dedo amenazador antes de cerrar y añadió–. Tú aún no me conoces todavía.

# XXXVIII

*"Los verdaderos actores son esa raza indomable*
*que representa los anhelos y fantasmas*
*del inconsciente colectivo".*

Ana Diosdado.

Se hizo de día y la bruma persistía como la mañana anterior.

Cuando pudieron darse cuenta que estaban solos y habían sido abandonados por su alado compañero se miraron el uno al otro con un temor contenido.

Aún pasarían algunas horas hasta que la burbuja, empezó a desintegrarse al mismo tiempo que la niebla. Una vez eso hubo sucedido, verían que se hallaban en un lugar carente de Sol, envuelto por lúgubres nubes que presagiaban tristeza.

Al recobrar la compostura, despiertos aunque creyendo que vivían un sueño, observaron aquel lugar.

Era evidente que ya no estaban con los pingüinos.

A su derecha, un caminito se internaba en un frondoso bosque, pero a su izquierda, todo era neblina. La neblina ocultaba cualquier cosa que hubiera más allá de las altas hierbas que invadían el camino. La maleza, daba a este camino un aire tenebroso y amenazador.

Se decantaron tras una breve discusión por internarse en el bosque puesto que, era más probable que encontrasen

alguna casa o persona que pudiera orientarles a cerca del lugar en que se hallaban.

A los lados, grandes y majestuosos castañales invadían un poco el camino empedrado.

Aquel lugar parecía sacado de otra época.

Era curioso ver que todo estaba despejado de las hojas y erizos de las castañas propias de la época. Se veía un sendero limpio, pese a que más allá de este, todo estaba cubierto de hojas. Las piedras en el camino, estaban cubiertas por una alfombra de moho verdoso, decididamente, aquel camino no había sido transitado en mucho tiempo, pese a que algo extraño lo conservaba impoluto de hojas y rastrojos.

El camino se iba angostando y se perdía en la arboleda.

Ya habían perdido la noción del tiempo y se hallaban muy cansados cuando de pronto en un claro, volvió a aparecer el empedrado que ascendía ahora a través de una pequeña colina y describía una curva con pronunciada pendiente a la derecha.

Al acercarse a la vereda, ésta, si cabe, se les antojó aún mas extraña. A Pedro, le resultaron remotamente conocidas aquellas rechonchas estatuas de los flancos, pues le recordaban a los dibujos que encantaban a su hija, ¿Pokemon, se llamaban? , ¡Que curioso!, pensó.

Tenían forma de grandes y rechonchos gorriones blancos. Sus expresiones alegres y sus ojos brillantes de cristal azul, denotaban una sutil inteligencia.

El mendigo se detuvo a unos veinte pasos delante de éste mientras contemplaba perplejo como las estatuas se integraban en una sucesión de rocas níveas que poco a poco perdían su contorno hasta difuminarse en la blancura del fondo del paisaje.

En ese momento, el desaparecido Pit, venía caminando a su encuentro con aire desenfadado.

–¿Dónde has estado? –Le recriminó Pedro–. Creí que nos habías dejado solos.

–Estaba inspeccionando este lugar y despidiéndome de mis amigos. –Se disculpó Pit secamente.

La vista era maravillosa, pero esa no era la razón por la que se habían quedado parados, petrificados ante aquel extraño paisaje como si formasen también parte del mismo.

No. Era aquel extraño hombrecillo de piedra, allí mirándoles fijamente desde su lecho de piedra. Llamaba la atención, porque no era como los rechonchos y alegres gorriones sino algo más parecido a un enorme trasgo de los bosques con su casaca roja, sus botas marrones y el candil de petróleo que solían sostener éstos entre sus manos. Su mirada maliciosa perseguía todos sus movimientos donde quiera que fuesen.

Pedro había tenido tiempo de comprobarlo cuando caminaba y la estatua, por un extraño y maravilloso efecto óptico, le seguía clavando los cristalinos ojos verdes daba igual la dirección que tomase.

Decididamente, daba la impresión de estar vivo, ¿Se trataba de una pura apariencia? ¿O era real?

Dejó de cavilar y llamó a Wilson. Ambos, abandonaron a Pit por un momento, y volvieron sobre sus pasos para contemplar la estatua del trasgo más detenidamente. Descubrieron con sorpresa que cada vez que se acercaban a él, su encanto se deshacía y les dejaba con un palmo de narices.

El escultor que había hecho aquello tenía que ser alguien muy especial.

Olvidaron la enigmática figura y fijaron la mirada en la roca. Había sido tallada de tal forma que presentaba un aspecto cambiante desde el camino, como si reflejase una escena únicamente para ser vista desde el angosto sendero de piedra. Quien quiera que hubiese hecho aquella maravilla, había pensado en cada ángulo intencionadamente, ocultando las formas que habían de verse al desplazarse, al igual que un holograma esculpido en la roca.

Mirando las extrañas esculturas, a Pedro, le vinieron a la mente las leyendas de su pueblo.

Cuando Pedro aún vivía con el abuelo en la reserva, recordaba como le gustaba aislarse del mundo. Su abuelo, asiduo a internarse a través de la montaña y sus grutas, también buscaba en el desierto lugares, donde la vida apenas era un susurro en el viento.

Pedro, le acompañaba en algunas de sus correrías y durante días, se las arreglaba para subsistir con las comidas que preparaban en la reserva y que siempre quería compartir con su abuelo, pese a las negativas del viejo.

A pesar que su abuelo, siempre rechazaba su comida, algunas veces cedía a la tentación de probar los alimentos que Pedro había traído. Normalmente, lo que hacía era rebuscar bajo las piedras lo justo para subsistir: Un hierbajo, una hormiga, y sorprendentemente, siempre lo encontraba.

–¿Ves lo poco que necesita un hombre para vivir? – Le decía.

Pedro, ponía cara de asco viéndole comer aquellas cosas tan horribles.

Acompañaba al abuelo durante horas, allí sentado en la colina con la vista perdida en la inmensidad del cielo nocturno, De alguna manera, el abuelo conseguía que su respiración se volviese tan imperceptible que a veces Pedro, pensaba que había dejado de existir. Casi nunca respondía a las preguntas de su nieto y, cuando regresaba de su trance, le hablaba a Pedro de los hermosos ojos del Gran Creador artífice de la vida.

Durante una de aquellas excursiones nocturnas, Pedro, al lado del abuelo, vio como una estrella fugaz cambiaba su rumbo y describía una extraña parábola en el cielo, para a continuación, aparecer, retroceder en línea recta, quedar suspendida en el cielo y finalmente, realizar un bucle imposible y terminar desvaneciéndose en la oscuridad nocturna.

Así fue como Pedro, se contagió con la misma fascinación que sentía su abuelo por el cielo.

Durante toda su vida, Pedro había leído revistas de astronomía y engullido todas las noticias que salían en el periódico relacionadas con las estrellas recordando aquella bella etapa de su infancia. Y ahora, ya adulto, sabía, que ni las estrellas ni ningún vehículo terrestre, podía realizar las complicadas cabriolas que había visto realizar a aquellas luces.

Hace mucho tiempo, su abuelo le contó que él, su nieto, también tenía "El don" porque únicamente los dos podían ver aquella estrella fugaz que realizaba aquellas extrañas acrobacias y que algún día vendría en busca de los dos.

Él, le creyó pues en aquella época, había tenido los mismos sueños que el viejo, sueños que al alcanzar la edad adulta, se desvanecieron como aquella misma estrella fugaz.

Porque sin embargo, había una etapa en su vida en la que Pedro había sido inmensamente feliz, y era aquella en que se veía muy niño corriendo a trompicones intentando alcanzar al abuelo, que con paso rápido se internaba en la montaña...

Cuando aún vivía el abuelo...

El recuerdo más vivido que tenía de él fue un día, en que le halló allí en lo alto, sentado con su viejo sombrero de plumas y las piernas cruzadas, las manos plegadas sobre el pecho formando una cruz , vestido con el traje de ceremonias. El abuelo había hecho un dibujo con arena similar a los realizados en la nación navajo, solo que con mucho colorido. Parecía representar un paisaje celeste. Con los años Pedro, nunca logró descifrarlo.

Nunca había visto al abuelo así, ataviado de aquella manera, vestido como las gentes antiguas de su pueblo. Su visión resultaba imponente.

–Hace muchos años. –Rompió a decir señalando el cielo con un dedo como si obviase la presencia del niño–. Nuestra tribu tenía unos protectores, unos pequeños seres

que vinieron de allí arriba. –Señaló el cielo–. Nuestros protectores, nos hicieron sentirnos orgullosos de nosotros mismos y amantes de la paz. En pago a su enorme generosidad con nosotros, les construimos una enorme casa, bajo tierra con mil habitaciones, e intrincados pasillos. Para llegar a la casa, había que ir hacía un bosque y hallar una pista bajo tierra que conectaba a su vez con otros laberintos que unían a los distintos pueblos vecinos que nos visitaban y con quienes compartíamos riquezas y víveres. Pero nosotros, sabíamos que otros pueblos, lejanos al nuestro, en distintos confines de la Tierra, habían construido las mismas entradas a la morada de nuestros dioses...

Nuestro pueblo, era feliz, inmensamente feliz, convivíamos en armonía ajenos a los problemas hasta que apareció la sequía.

Pedro escuchó al abuelo en silencio. Hacía una noche preciosa. Hacía calor, el cielo estaba cubierto de miles de estrellas y el viento azotaba las coníferas arrastrando su embriagador aroma. Pedro escuchó embelesado el ruido que producía el viento al golpear los árboles, un viento cargado de aroma a madera y orquídeas silvestres.

Creo Pedro. –Continuó el abuelo raspando con su navaja un trozo de madera– que esta no fue la principal causa de que ellos nos abandonaran. Yo creo, que la principal razón fue que empezamos a ofrecer sacrificios humanos a sus dioses, y martirizamos a nuestros enemigos.

Pedro recordaba haber hecho una mueca de profundo asco cuando su abuelo le contó esto y pasó a mencionar los detalles truculentos de la muerte de las víctimas sacrificadas en las montañas. Su abuelo, parecía muy triste.

–Pero no utilizamos solamente la sangre de nuestros enemigos sino la nuestra propia. Al final, esclavizamos a nuestras propias gentes, probablemente influidos por las esferas de poder y los sacerdotes que en aquel entonces, habían empezado a enzarzarse en sus guerras feudales.

Continuó arrojando virutas de madera y dando forma a la pieza con su cuchillo.

–La gente ya no se sentía segura. –Continuó diciendo– huían de esos lugares en los que la civilización había florecido. Los pocos que quedamos, consideramos las pirámides y las ciudades como sitios malditos llenos de abominación.

Pero aún así aguardábamos el regreso de nuestros Dioses. Por eso, cuando los españoles nos encontraron, los confundimos con ellos, aunque para entonces, nuestra extinción como pueblo ya estaba en marcha.

Con el tiempo, la guerra y la selva, acabarían el trabajo que unos y otros habían empezado sepultándonos en el olvido.

Le tendió a Pedro lo que había hecho con la navaja. Este lanzó una exclamación al ver el búho que el abuelo había depositado entre sus manos. Éste, desde allí le miró a través de sus ojos de madera.

–Pero el espíritu, nunca abandonó estas colinas y algunos aún guardamos su secreto bajo la Tierra: Un sueño repetido a través de miles de años, una puerta con un símbolo de dos triángulos azules superpuesto, el mayor sobre el pequeño, rodeados ambos por un halo violáceo e inscritos en un Sol rojo como el cuadro de arena que ves a mis pies.

Era extraño, porque se trataba del sueño que había perseguido a Pedro desde que tenía uso de razón. En su pueblo, los niños que tenían estos sueños y conocimientos, eran seres privilegiados. Cuando estos niños alcanzaban la ancianidad pasaban a convertirse en chamanes. Sin embargo, en la época actual a esos mismos niños, más tarde hombres serían tratados de dementes y mentirosos por los hombres blancos y por su propia tribu.

Dos días más tarde, el abuelo murió.

Aquel traje ceremonial que nunca había usado hasta aquel momento y aquel cuadro con arena de colores fueron una premonición de lo que pasaría.

Le enterraron en la colina en cumplimiento de su última voluntad: con el mismo traje de ceremonia, el mismo sombrero de plumas y su hermosa y reluciente hacha, tal y como él le había visto vestido aquella noche en la montaña.

Era, como si hubiera esperado a contarle aquella historia para morirse en paz.

Con el tiempo, lejos de la reserva, el niño olvidaría sus sueños recurrentes.

Pero no ahora, frente aquellos extraños pájaros de ojos vidriosos.

Por alguna razón, aún resonaban las palabras del abuelo. Y ahora, más que nunca, tenía la firme creencia de que allí, ante sus narices, existía la entrada a la casa de las mil habitaciones.

Contempló absorto el pequeño pájaro parecido a uno de esos Pokemon con los que su hija jugaba y por un momento vislumbró algo.

–¡Maldita sea! –Aporreó Pit las paredes de la cueva–. No sé como abrirla. ¡No puedo recordarlo!

Pedro hizo a un lado al pingüino mientras le decía.

–¡Déjame a mí! ¡Creo que yo sí sé como se hace!

Sin saber muy bien que hacía, se dirigió a uno de los gorriones –el más grande de todos y el único que parecía tener aquellos símbolos. un triángulo apuntando a un Sol.

La imagen de aquel símbolo tallado en la piedra, no era exactamente tal y como recordaba en el sueño, su cerebro tal vez asoció al triángulo, pero el Sol, no tenía cabida en sus recuerdos, ni siquiera estaba inscrito en un círculo como en el dibujo del abuelo.

Y sin embargo, sus dedos, se movían ágiles, con una destreza que incluso a él mismo le sorprendía, porque algo le

decía que aquella puerta, era muy parecida a la puerta de su sueño. La misma con que su abuelo también había soñado. ¿Y tal vez su padre? Pedro no lo sabía, pero hasta era posible...

Tocó con las yemas de sus dedos las incisiones del triángulo en la piedra, hizo un giro con la muñeca y desplazó un triángulo sobre otro, para finalmente, desplazar a ambos hasta conformar el símbolo que recordaba. Entonces se produjo un extraño crujido y las piezas encajaron las unas sobre las otras.

–¡No puedo creerlo! –Abrió Pit desmesuradamente los ojos– ¡Ni siquiera yo sabía como se abría! ¿Cómo has podido saberlo tú?

–¡No lo sé! –Se encogió de hombros todavía sorprendido.

Ante ellos, en aquel enorme pájaro de ojos cristalizados adherido a la roca, se había abierto por encantamiento una puerta.

–¡Parece un pasadizo a algún lugar! –Se asomó Pedro mirando temeroso el interior.

–¿Qué hacemos? –sugirió Wilson– ¿Entramos o qué?

Sin esperar la respuesta, se adelantó a sus amigos. Dubitativos los otros le siguieron avanzando en fila india muy pegados a la pared sin perder el contacto de sus manos contra la frialdad de la piedra.

El sitio, estaba fresco y oscuro. De la roca, surgía una especie de moho y en algún lugar, se oía repiqueteo del agua y aleteos de murciélagos entremezclados con sus pasos...

Pit, Wilson y Pedro caminaron en medio de aquella oscuridad durante un tiempo indeterminado, algunas veces de pie, otras a gatas, por miedo a resbalar y caer al fondo. Cada galería conducía a otra y así sucesivamente, hasta que finalmente, en aquel laberinto, apareció una tenue luz, parecida a la emitida por una estrella lejana.

Allí, sobre un saliente rocoso, parecía que flotase en el aire una pequeña luciérnaga...

Sin saber porque. –Pedro que se sentía como si otra persona le hubiese poseído, se acercó a la pequeña luciérnaga y la tomó entre sus manos. Entonces, la gruta se iluminó tenuemente y les dejó sobrecogidos.

Lo que ellos creyeron en principio que era una gruta, no lo era.

Es verdad que las paredes continuaban siendo rocosas, cubiertas por aquel extraño liquen, pero el habitáculo, tenía una forma perfectamente cuadrada. En el suelo, los trazados geométricos se repetían hasta la locura como un circuito integrado o la maqueta de una enorme y compleja ciudad.

Estaban en el interior de una máquina enorme. Ahora lo sabían.

Pedro señaló la luciérnaga.

–Estoy sorprendido de que tú solo hayas sido capaz de abrir la puerta pero dime. –Señaló Pit–: ¿Qué es este animal que da luz?

–Es un transmisor. –Dijo Pedro sin saber muy bien lo que esta palabra quería decir y añadió–. O mejor dicho, lo fue, ahora solo es una luciérnaga.

Pit, le arrebató con delicadeza "el transmisor", entrecerró los ojos para tocarlo y sentir su energía si aún la tenía y podía contener un mensaje oculto dentro.

–¡Nada! –Exclamó al borde del llanto–. No percibo ninguna señal. Tienes razón en su tiempo fue un transmisor pero ahora no es más que un pequeño insecto y yo no percibo nada que me hable de lo que ellos pudieron grabarle antes de partir. Dime. –Se volvió a Pedro para preguntar:–¿Cómo lo supiste? ¿Cómo supiste que el gorrión era una puerta estelar?

–¿Una puerta estelar? –Les interrumpió Wilson mirándolos a ambos.

–Sí. –Les aclaró Pit–. Pero su alcance es muy limitado. Llega hasta la luna, no más allá.

Pedro, se tomó unos segundos para responder:

–Lo soñé. Mi abuelo también compartía este sueño. No creo que eso aclare mucho ¿Verdad?

Cuando Pit y Pedro quisieron darse cuenta, Wilson, el mendigo, les había dejado solos y avanzaba solo, en una acelerada carrera hacia la abertura en la roca mirando la gruta, emborrachado de excitación.

–¡Venid! ¡Dejad de darle a la lengua y seguidme! –Les apremió y oyó su voz retumbar contra las paredes pero no dejó que su mano perdiese el contacto con roca. Su voz retumbaba metálica con un eco apagado.

Pit asintió y conminó a Pedro a seguir a Wilson a través del suelo húmedo y embarrado.

De pronto, la pared del fondo, desapareció por encantamiento en aquella negrura insondable.

Siguieron los pasos acelerados de Wilson. Le siguieron como su última esperanza a través de la enorme y negra abertura.

Al avanzar, la negrura fue sustituida por una tenue neblina y poco a poco, esta, también se disipó.

¿Qué es la muerte? Tembló Lídice en la oscuridad. ¿Será esto que siento ahora? ¿Esta oscuridad? ¿Este frío? ¿Por qué no dejo de existir y me desintegro en este mismo instante? ¿Por qué mis pulmones y mi corazón se empeñan en seguir funcionando?

Lídice se hacia estas preguntas, aterida de frío en una esquina de la celda, con el regusto de la sangre en la boca.

Hacía días que repetían la misma cruel ceremonia. W, entraba, la golpeaba a la vista de los otros cerdos, que aguardaban detrás de la otra celda, tras el cristal biselado. Luego de propinarle una brutal paliza cerraba la puerta y se iba.

Lídice sollozaba, sabía por boca de W que Bashar, había muerto hacia dos días por las brutales palizas del general. Quería gritar con todas sus fuerzas para que W le dijese que sentido tenía someterla también a ella aquel trato inhumano cuando ya tenían el mapa en su poder. Pero no le daba tiempo a pronunciar ni una sola palabra sobre el mapa sin que antes, su mano se estampara contra sus mejillas y acallase cualquier cosa que ella quisiese decir.

W, había incumplido el trato. Le había engañado. Le había incitado a comunicarle donde estaba el mapa a cambio de su libertad. Y su libertad jamás se había producido. A cambio, recibía una brutal paliza día si, día no.

¡Que mejor solución que la muerte! ¿Por qué W no había acabado con ella aquella misma mañana? ¿Por qué la había dejado con el último aliento de vida? No había nada en la celda con lo que pudiese atentar contra su propia vida. Solo su cuerpo desnudo. El pensamiento le arrancó una risa de loca.

¡Vida! ¡Que horrible palabra!

De algún recóndito lugar, le llegaba el sonido incesante y tortuoso goteo. Eso era extraño, pues no había humedad por ninguna parte ya que se hallaban en algún lugar bajo tierra en el interior del desierto.

Al principio, pensó que alguien había olvidado un grifo abierto. Pero eso no era probable.

Se arrastró como pudo y aferró con sus manos su pierna tullida para moverla en sintonía con su cuerpo. El dolor le arrancó nuevamente más lágrimas de dolor.

De pronto, la puerta chirrió y una luz blanca y cegadora procedente del exterior entró en la celda. Se tapó los ojos, asustada. Poco a poco intentó que su vista se acostumbrase a la recién venida claridad.

Ante ella, un hombre joven, apuesto de unos treinta años, vestido de blanco al modo de los beduinos, avanzó hacia ella con una manta y un rifle en las manos.

–¿Quién eres? –Gimió aterrada temiendo que la tortura no hubiese acabado.

–Shafik. –Le tendió una mano amable para ayudarle a levantarse.

El recién llegado la contempló con timidez y lástima viendo como, inútilmente, intentaba cubrirse el pecho y las partes pudendas con las manos. Puso una manta de lana cálida y suave sobre sus hombros y se volvió de espaldas.

–No sé quien eres. –Rompió a llorar–. Pero gracias.

Shafik se dio la vuelta y señaló la puerta entreabierta desde la que emanaba la luz.

–He llenado una bañera con agua caliente –le comunicó– Junto a ella encontrarás una toalla y algunas ropas de hombre. También he conseguido un pequeño botiquín para que termines de curarte las heridas que tengas.

–¿Por qué lo haces? –Le miró con ojos llorosos–. Yo te he visto antes. Tú trabajabas para el jefe de los halcones ¿Dónde? ¿Dónde están ellos? –Miró a su alrededor extrañada por el silencio que reinaba.

–No lo sé, dijo Shafik. Esta mañana vi que se ponían en marcha de un modo precipitado. Yo no quise seguirles. El hombre alto. –Dedujo Lídice que se refería a W–. Salió después de los otros y abrió tu celda. Aún no entiendo el

motivo. Supongo que al conseguir lo que querían ya no te necesitaban y menos, medio muerta, así que te dejaban libre para ahorrarse el sucio trabajo de matarte.

–¿De veras son tan crueles?

–Tú no sabes cuanto. –Respondió el hombre. Aunque creo que lo sabes.

–Yo tampoco lo entiendo. –Se apoyó pesadamente en su hombro sintiendo la calidez de la lana–. Pero sigo sin saber quien eres.

Shafik quedó callado un instante.

–Te ayudaré a llegar al baño. He preparado una banqueta para que puedas sentarte. ¡Vayamos allí y te lo contaré todo!

Obediente, se dejó conducir por Shafik hasta el baño. Allí le esperaba una gran bañera llena de agua caliente, una toalla, y una pequeña banqueta sobre la que descansaba la ropa de hombre que él le había dicho.

–Siento que no haya jabón. Es un lujo aquí. –Se disculpó y apartó la ropa para ponerla en el suelo– ¡Compláceme y siéntate, por favor!

La ayudó a sentarse. Lídice, recostó su espalda y le miró ansiosa.

–Tenía un hermano. –Empezó Shafik y al decirlo sus ojos oscuros se volvieron tremendamente tristes–. Se llamaba Abdullah, tenía once años. Vivíamos felices con nuestra madre moviéndonos de un lugar a otro. Un día Saqr Ibn Abbas, el jefe de los halcones llegó a nuestra gente y comenzó a contar maravillas del paraíso y. Abdullah y yo le creímos. Nos dejamos tentar por el futuro que nos ofrecía a nosotros y nuestras familias. Tan solo teníamos que ofrecerle nuestras vidas, era, un mínimo precio a pagar por todo cuanto íbamos a conseguir para los nuestros.

–¿Qué le pasó a tu hermano Abdullah? Preguntó Lídice sospechando a donde Shafik quería ir a parar.

–¿Qué le pasó? –Repitió Shafik–. Pues lo peor que le puede pasar a un niño. Me siguió. En su afán por imitar a su hermano mayor acabó sirviendo al mismo mequetrefe desalmado al que yo servía.

–¡Claro! –Asintió Lídice–. Ahora lo comprendo. Me ayudas porque quieres vengarte de Saqr Ibn Abbas por la muerte de tu hermano. Porque tu hermano murió ¿Es eso lo que intentas decirme?

Shafik movió la cabeza afirmativamente sin dejar de mirarla.

–Abdullah sabía lo que íbamos a hacer con aquel campamento al que nos encaminábamos con Saqr Ibn Abbas. Sabía que pretendíamos apoderarnos de un extraño mapa. El jefe nos había dicho que tuviésemos cuidado pues estaba impregnado de un veneno extraterrestre. Teníamos orden de arrasarlo todo, acabar con toda forma de vida y buscar el mapa.

Yo, estaba convencido del crimen que iba a hacer pero Abdullah solo era un niño y sintió terror.

Salió corriendo con la intención de prevenir a aquellos desgraciados. En ese momento, algo se removió en mi interior. Intenté detenerlo pero era de noche y estaba muy oscuro. Aún pasaron varios días hasta que localicé su cuerpo en el desierto. Su asesino había llevado su cadáver lejos para que yo no pudiera encontrarle. Había cercenado la garganta de un niño de tan solo once años. –Se tapó el rostro horrorizado.

Lídice no pudo contenerse y lloró con él.

–Aún así. –Le echó en cara–. Continuaste trabajando para el hombre que había matado a tu hermano.

–Sí. –Se puso en pie y se limpió las lágrimas con rabia– pero eso tiene solución. Vamos, aséate y cúrate. No tenemos mucho tiempo. Sé adonde se dirigen. Le haré probar el mismo paraíso que le prometió a mi hermano Abdullah.

Lentamente, caminó hacia la puerta, y la cerró tras de sí.

Ya sola, metió un dedo en el agua para comprobar la temperatura.

–¡Está templada! –Pensó–. He de apresurarme antes que se enfríe.

Ante sus ojos, la frágil esfera, similar a una enorme pompa de jabón, se había fragmentado en tres burbujas más, siendo la de Pit, la más pequeña. En su forma original, la esfera, era tal alta como cuatro cuerpos y Pedro, adivinó que era la misma que les había conducido a través del Polo y les había guiado hasta la entrada de aquel misterioso pasadizo. Pero: ¿Cómo era posible que hubiese entrado allí, en el interior de la gruta junto a ellos? ¿Por qué les había envuelto de aquella forma? ¿Es que quizás intentaba protegerles de algo?

Era un misterio.

El suelo bajo sus pies, se había vuelto polvoriento pero apenas lo pisaban ya que la fragmentada burbuja les protegía haciéndoles levitar. Una fuerza les impelía, amenazaba a veces con desparramarse, pero nunca lo hacía y siempre se adaptaba a sus ocupantes.

Extrañado, Wilson el mendigo, que se había visto engullido involuntariamente por ella preguntó a Pit por el extraño fenómeno.

–¿Cómo lo hacéis?

–¿De que me hablas, Wilson? –Farfulló Pit intentando mantener el equilibrio.

–Me refiero al campo de gravedad –Gritó con los brazos y piernas abiertos girando sobre sí mismo como un grabado de Leonardo Da Vinci e intentando aferrarse a sus bordes.

–Es sencillo. –Rebotó Pit y gritó para hacerse oír. Modificamos el tiempo. Donde veis el borde de la burbuja, se fuerza a que la materia permanezca confinada en su interior, por eso, no se escapa el aire y podemos respirar en esta cámara. Si la burbuja no existiera, moriríais por la descompresión antes de asfixiaros. Las tablillas juntas son un vehículo, eso ya lo habéis visto in situ. Sabéis que una sola sirve para llamarlas a todas, pero con cada una por separado también es posible viajar.

–Estoy a punto de vomitar –intervino Pedro haciendo entrechocar su burbuja con la de los otros ¿es que corremos algún peligro sin ellas?

–Pues… –Dudó–. Evidentemente sí, ya que estamos en la Luna. Lo hemos hecho a partir del mismo instante en que hemos cruzado el umbral de esta habitación.

–¿La luna? –Casi gritaron Pedro y Wilson sin dar crédito a lo que oían.

Efectivamente, Pit, señaló una imagen a su espalda tan solo a unos metros de él. Era como si alguien hubiese introducido una puerta en una pared tan negra como la noche: una imagen fotográfica perfecta.

–La Tierra está al otro lado. – Les comunicó sonriendo–. Es una pena que no podáis verla. Ahora mismo, estamos en la cara oculta del satélite. Siempre muestra la misma cara porque tarda en girar sobre sí misma el mismo tiempo que emplea en dar la vuelta alrededor de la Tierra. Esta cara en la que estamos, no se puede ver desde allí.

–¿Cuándo dejará de dar vueltas este trasto? –Se llevó Pedro una mano al estómago a punto de vomitar.

–¡Ya! –Dijo Pit.

–¿Cómo que ya? –Gritó el Mendigo sin entender nada.

–¡Vamos, imitadme a mí! –Pit saltó fuera de la burbuja y caminó por aquel paisaje lunar con toda tranquilidad.

Se dirigió a unas grisáceas colinas. Temerosos Pedro y el mendigo se miraron como si dudasen si deberían hacerle o no caso.

A través de sus respectivas burbujas pudieron divisar un Sol tenue, mucho menos brillante que el suelo, de modo que podían mirar al Astro Rey sin deslumbrarse.

Tomaron una decisión y de un salto, salieron de sus respectivas burbujas.

–¡Dios mío! ¡No puedo respirar! –Cayó Pedro postrado de rodillas con la cara congestionada mientras miraba al mendigo que parecía estar en las mismas condiciones.

–¡Vamos muchachos! –Se acercó Pit a ellos–. Dejad de hacer aspavientos. La burbuja no solo os ha protegido, sino que os ha impregnado de una invisible sustancia que os permite respirar. ¡Vamos! ¡No pasa nada, son solo nervios! ¡Poneos en pie y tranquilizaos! ¡Podéis respirar con normalidad!

–¿Pero cómo vamos a poder respirar? –Pensó Pedro y se llevó las manos a la garganta a punto de morir de asfixia.

–¿Dónde vamos? –Preguntó exhausto Wilson, acostumbrando sus pulmones a la nueva situación.

–Buscamos la ciudad. –Replicó Pit.

Pedro y Wilson con la respiración un poco más normalizada, abrieron mucho los ojos pero no dejaron de caminar a través de la cara oculta de la luna siguiendo al pingüino.

–¿Una ciudad aquí? –Esta vez fue Pedro el que pareció sorprendido.

–Sí, Pedro. –Respondió Pit–. Mis compañeros la construyeron aquí antes de marcharse hace cincuenta mil años.

–¡Sorprendente! – Manifestó. Pero los astronautas: ¿No deberían haber conocido este hecho cuando pisaron por vez primera la Luna?

–¿Acaso crees que no lo hicieron? –Replicó esta vez el mendigo–. Nosotros y los rusos enviamos aquí misiones tripuladas y robots para explorar el satélite. Fueron misiones secretas de acuerdo mutuo y el resultado se ocultó a la opinión pública. Yo, aquí donde me ves, participé en alguna de esas misiones. Al regreso a la Tierra, nos amenazaron para que no desvelásemos nada de lo que habíamos visto. Incluso, nos sometieron a pruebas y detectores constantes. Hace mucho que renegué de sus métodos y no me siento por tanto obligado a continuar con sus normas, sobre todo, cuando han intentado matarme y privarme de mi libertad.

Pit escuchaba boquiabierto la conversación que sus dos amigos mantenían. Ya que aquel hecho que relataba Wilson le resultaba desconocido.

–¡No me digas eso, mendigo! Si el hombre ha llegado hasta aquí. –Dijo desconfiado y temeroso–. Tal vez hayan destruido aquello que venimos a buscar.

En lo alto de una colina se divisaba lo que antaño fue algo parecido a un gigantesco pabellón de casi dos kilómetros de lado, todo derruido, formando un amasijo hasta donde se perdía la vista. En algunos sitios, aún conservaba lo que habían sido grandes portones cuadrados de casi diez pisos de altura.

–¡Todo destruido! –Gimió Pit sin consuelo– ¡Todo! ¡Todo destruido!

Pedro y Wilson miraron las ruinas y sintieron por vez primera una inmensa lástima por él. No acababa de asumir la realidad. Sentía odio. Efectivamente su raza no podía tener un sentimiento así. Pero que otra cosa podía hacer sino odiar a aquella raza que destruía hasta la más mínima esperanza. Sintieron que Pit el pájaro pez quería morir en aquel instante y su tristeza les contagió. Ellos también murieron un poco en aquel momento contemplando aquellas ruinas.

–¿Qué tal si buscamos un poco más allá? –Sugirió Wilson para animarle simplemente, por decir algo.

Pit le miró y levantó la aleta que tenía como mano para señalar algo a duras penas.

Continuó dando desolado vueltas y más vueltas, hasta que finalmente se detuvo y les dijo.

–¡Está todo destruido! ¡El transmisor tampoco existe! Aquí hay una radiación muy elevada y debemos marcharnos cuanto antes hacia la burbuja. ¿Sabéis lo que esto significa?

Pedro y Wilson le miraron con tristeza esperando que él les desvelase el misterio…

–Significa que los vuestros, bombardearon este lugar en la cara oculta de la Luna. No lo hicieron una sino repetidas

veces, lo que explica las ruinas. Es un milagro que aún queden algunos vestigios en pie de la hermosa ciudad que mis gentes construyeron ¡Pero el transmisor no existe! Y ya no me queda ninguna pista de adonde se dirigieron.

Los tres guardaron silencio y apoyaron sus manos sobre los pequeños hombros de Pit para hacerle sentir que comprendían su tristeza. Lejos de apreciar este gesto, Pit rechazó su compasión y se revolvió diciendo:

–Los humanos sois unos seres despreciables, pero ni vosotros podéis prescindir de mi ni yo de vosotros. Lamentablemente nos necesitamos los unos a los otros así que regresemos. Tal vez desde la nave podamos hacer algo que nos permita olvidarnos de que destruís todo cuando os rodea.

Ninguno de ellos volvió a decirle nada durante todo el camino de regreso. Nunca habían visto en nadie llorar con un dolor tan desgarrador. Estaban profundamente avergonzados.

# XXXIX

*"El amor consuela como*
*el resplandor del Sol después de la lluvia"*

William Shakespeare

Avanzaron sin rumbo fijo, anegados por la fiebre, el agotamiento y la sed. Se habían perdido. Era algo que costaba reconocer y que nunca habían pensado que iba a sucederles, pero en efecto, así era. Abrazada a Hakin, con una fe ciega, hacía un enorme esfuerzo por no caer de la montura, Almudena, vio el resplandor de las dunas rojizas con los primeros rayos del sol y tuvo conciencia de que tampoco Hakin, se sabía el camino. Lo peor de todo, era que las reservas de agua se agotaban, pues parte de ellas, habían ido con Abdel de regreso al campamento.

Era doloroso llegar a la conclusión que ahora solo eran un hombre y una mujer a lomos de un camello, indefensos y temerosos a merced del desierto. Sumida en estos pensamientos terribles cerró sus ojos y se abrazó con más fuerza a su cintura.

Hakin, que también había llegado a la misma conclusión que ella aunque no quería reconocerlo, quiso proferir alguna frase de aliento, pero enmudeció. Hacía días que intentaba mitigar la preocupación de su esposa y ya no le quedaban más argumentos. Durante todos aquellos días se había aferrado a la débil esperanza de divisar en la arena una mínima pista que evidenciara el paso de una caravana. Pero la noche anterior, una tormenta de arena de débil intensidad había echado por tierra todas sus esperanzas.

Una bocanada de arena le vino en aquel instante a la boca. Escupió con asco y se protegió nuevamente el rostro con el pañuelo rojo al tiempo que sentía que el sol le abrasaba los párpados. Abrió penosamente los ojos y fijó su mirada en un punto distante e indefinido.

Al principio, pensó, que no podía tratarse de otra cosa que de un espejismo fruto de la fatiga. Por eso, se pellizcó la mano para cerciorarse que no era un sueño.

A duras penas logró balbucear el nombre de su mujer…

Ella reaccionó a su llamada con un leve movimiento de cabeza intentando inútilmente abrir los ojos.

–¿Eh? –Preguntó.

–Almudena repitió él preso de la inquietud.

Esta vez, ella reaccionó sobresaltada y se obligó a incorporarse.

–¿Qué pasa Hakin?

–Que te has quedado dormida. –Le amonestó–. Debes estar más atenta. Podríamos estar siendo atacados en estos momentos.

–Sí. –Admitió frotándose los ojos con energía–. Estaba rendida, y me he quedado dormida pero ha sido solo un momento. Pensaba en mi hermano Abdel y en la tristeza que vi en sus ojos el día que nos despedimos de él y yo le di parte de nuestra agua.

Sus palabras sonaban a modo de disculpa. Hakin las ignoró pues el detalle de haberle dado toda su agua no había sido del todo de su agrado. Señaló con un dedo las lomas.

–¡Mira eso! –Exclamó– ¿Qué crees que es?

Ella esforzó la vista e intentó fijarla en aquella dirección.

–¿Podría ser obra de los Halcones? –Pregunto entre confusa y asustada.

–No lo creo. –Negó Hakin. Suelen ser muy cuidadosos y rara vez dejan señuelos por donde pasan. Conocen el desierto como los dedos de sus manos. Esto no tiene ningún sentido.

Prendido del único arbusto que veían desde largo tiempo, pendía una tela azul celeste, fina y delicada desgarrada por el viento.

–¿Es entonces lo que creo que es? –Buscó la respuesta en sus ojos.

–Parece simplemente un pañuelo de mujer. –Dijo Almudena sin más–. No creo nadie lo haya dejado para que sigamos su rastro. El viento ha podido arrastrar ese trozo de seda a mucha distancia y traerlo hasta aquí.

–Y también es posible. –Especuló Hakin– que nuestra caravana no esté tan lejos como creímos en un principio y que efectivamente sea un rastro que nos dejan a los rezagados.

–Puede ser. –Prosiguió Almudena con un poco de desconfianza–. Aunque, no sé...

Calló de pronto y se llevó un dedo a la boca suplicando silencio– ¡Calla Hakin! ¡Escucha!

Obediente, Hakin hizo aminorar la marcha a su camello hasta detenerse completamente.

Bajaron de él en silencio y caminaron llevando sus riendas.

Hakin aguzó sus oídos. A parte del silbido del viento y el ruido que hacía su bestia al resoplar no se oía nada que pareciese anormal.

¿O tal vez no había prestado suficiente atención?

Desde el sur llegaba un extraño sonido.

Parecía un canto.

Escucharon con atención.

La bellísima canción hablaba del mar, y hacía soñar con él a quien lo escuchaba. Era un canto bellísimo.

Fue al ascender la colina cuando finalmente los vio. No eran muchos: apenas diez. La mayoría iban en su montura y solo unos pocos marchaban a pie. Sin duda los que caminaban eran esclavos. La carga salina debía ir bien distribuida en camellos y mulas, dispuesta a ser intercambiada por mijo, especias y té una vez alcanzasen el mercado más próximo.

La dueña de aquella portentosa garganta, una mujer negra ataviada con ropas níveas, montaba una yegua blanca. De pronto, al divisar a los dos intrusos enmudeció y fusil en alto, efectúo dos disparos al aire a modo de aviso.

–¿Quiénes sois?– Gritó no sin antes hacer el sonido ululante que hacen las mujeres nómadas dando aviso.

Hakin alzó su arma de modo que pudiese verla y después, la arrojó tan lejos como pudo conminando a Almudena a imitarle.

–Venimos en son de paz –gritó para hacerse oír a través del viento –¡Buscábamos una caravana pero me temo que no es esta!– Echó una rápida ojeada y vio que no había cargamento salino por ningún lugar.

¿Adonde habría partido la otra caravana?

¿Quiénes serían aquellas gentes?

La mujer hizo un gesto y les conminó a acercarse con las manos en alto, sin dejar de apuntarles con su arma. Hakin y Almudena obedecieron la orden y arrastraron del ronzal a sus famélicas bestias.

Una vez estuvieron a su misma altura permitieron que les registrase. Satisfecha con la inspección realizada se apoderó de las pocas y pequeñas armas que portaban y no habían arrojado y les invitó a seguirla.

–¿Venís de muy lejos? –Se llevó una mano a los ojos para protegerse del sol y utilizó la que le quedaba libre

para agarrar el rifle y las cinchas del camello de los recién llegados.

Ambos se dirigieron una mirada cómplice. Fue Almudena la primera en hablar y acariciar la daga bajo la ropa que había salido bien parada del registro.

–De un campamento lejos de aquí. Nos hemos perdido buscando una caravana de sal. Pero ahora que lo veo, creo que no hemos hecho más que caminar en círculo.

Conocí a alguien que vivía en un campamento así. –Les confesó la mujer y su mirada fiera pareció ablandarse hasta hacerle parecer una niña. Mas luego, recobró la compostura y añadió con la mirada hosca–. Pero de eso hace mucho tiempo...

Almudena guardó silencio y contempló la comitiva mientras caminaban. La mayoría eran hombres fuertes y sanos. Parecían cansados. Los esclavos iban delante, en silencio.

Aunque había algo extraño en ellos. Podían haberse marchado en cualquier momento. Nada se lo impedía ya que no tenían ningún tipo de atadura.

Almudena sabía que muchos mercaderes de sal en la antigüedad, traían esclavos junto a su cargamento, esclavos que tras largos años de cautiverio, desarrollaban tal dependencia de sus amos que aún siéndoles concedida la libertad, jamás les abandonaban.

El desierto era un lugar inhóspito y extraño. Un amo proporcionaba protección, seguridad y a veces los mercaderes podían otorgar todo eso.

Porque nada explicaba que aquellos hombres no quisiesen fugarse a no ser que tuviesen un trato digno.

Almudena, nunca había visto esclavos pero sospechaba, que estos podían serlo.

A medida que avanzaban, la orogenia del terreno se iba transformando y daba paso del más árido desierto a

amplias zonas de pedregales en las que brotaba un poco de vegetación.

Ese detalle no pasó desapercibido a Hakin que en aquel momento miraba sorprendido a la mujer armada con el rifle y aguardaba que ella despejase sus dudas.

–¿A dónde vamos? –Rompió a decir caminando a su lado.

La mujer mantuvo la vista al frente mientras respondía con la voz grave una frase que un amigo le había citado un día, sacada de un libro:

–¡A las montañas, mis hermanos nómadas! ¡Allí nos dirigimos!

Mirando a los esclavos, tan solo había dos que caminaban con relativa dificultad, y uno de ellos, el más débil se apoyaba pesadamente en el otro.

Los esclavos tenían muy intrigada a Almudena. Con el paso de los días acabó por descubrir que los que ella creía esclavos no eran tales, sino gentes liberadas del yugo de la esclavitud de un tal Saqr Ibn Abbas cuyo imperio extendía sus tentáculos a través del ancho y vasto desierto.

También supo que los dos beduinos que avanzaban con gran dificultad animándose a continuar el uno al otro eran una pareja. La mujer cojeaba y estaba muy delgada y el hombre, vestía las vestimentas de los halcones.

Cierta mañana, al quitarse el turbante y el velo que la cubrían, exhibió a la luz del sol una melena color castaño de aspecto estropeado.

Fue solo al mirarle a los ojos cuando supo que aquella mujer había sido conocida por ella en algún momento del pasado aunque aún no acertaba a descubrir como y en que momento, el encuentro, se había producido.

Se alejó silenciosamente de Hakin y siguió sus pasos.

–¿Usted es por casualidad...?

–¿La conozco? –Continuó la tarea de colocarse el turbante sobre la cabeza y volvió hacia ella sus enormes ojos azules.

El hombre que continuamente la acompañaba, se detuvo y le preguntó.

–¿Quién es?

Almudena dirigió una mirada despectiva llena de asco al hombre, odiaba a los halcones, tanto como el momento que la había traído allí, alejada de todos sus seres queridos. Aún no comprendía como un hombre así podía estar caminando entre ellos.

–¡Está bien Shafik! –Le hizo un gesto con la mano para que se quedase tranquilo–. Creo que sí que la conozco.

–¡Claro que nos conocemos Almudena! –Se volvió sorprendentemente hacia ella y la cogió de ambas manos–. Siento todo lo que ocurrió. Siento la muerte de toda tu familia. Ese Saqr Ibn Abbas no merece vivir. Juro que vengaremos sus muertes. Juro que…

–¿Pero que dices insensata? –Reaccionó Almudena soltándose de sus manos. Utilizó el canto de su mano para proporcionarle un fuerte golpe en la mejilla.

La agredida, bajó la cabeza como si estuviese avergonzada y se palpó la zona con dolor.

Almudena, la miró con los ojos muy abiertos. Ni siquiera sabía porque había hecho eso. No solía tener reacciones tan violentas. Pero: ¿Por qué le había ofrecido sus condolencias por la muerte de su familia?

Entonces cayó en la cuenta que la mujer conocía su nombre y eso le inquietó más aún. En ese momento, palideció y se dejó caer sentada en la arena conmocionada por lo que acababa de decirle.

–¿Tú eres Ángela, la guía de los geólogos? –Preguntó. ¿Aquella que llegó con mi padre y mis hermanos en espera

de arreglar su jeep y marcharse a una excavación en Petra, donde trabajaban?

–La misma que viste y calza. –Asintió Lídice–. Pero mi nombre no es Ángela, aunque eso debo explicártelo más tarde ya que es una larga historia.

–¿Qué haces con ese perro del desierto? –Señaló despreciativa a Shafik.

Lídice le dirigió la mirada y vio que caminaba unos metros mas adelante.

–Shafik, me ayudó en un momento de dificultad. –Dijo– No le juzgues por sus vestiduras de Halcón. Él también es una víctima de Saqr Ibn Abbas.

–No tengo tiempo ni ganas de conocer tu historia ni la de él. –Dijo Almudena con la mirada perdida–. Juro que te mataré con mis propias manos si me entero de que lo que acabas de decir no es cierto. Es más. –Gritó– Creo que mientes y lo haré ahora mismo –Se lanzó sobre ella empuñando una daga afilada que había pasado desapercibida al registro de armas practicado por Fátima, con la intención de clavársela en el corazón.

Al sentir el ruido que venía por detrás, Shafik y Fátima corrieron en su auxilio, se abalanzaron sobre Almudena y la redujeron en un santiamén. La muchacha, cayó boca a bajo con el peso de Fátima sobre su espalda, la cabeza ladeada y una mano estirada sosteniendo la daga.

Fátima le dobló un brazo, lo llevó hacia su espalda, agarró fuertemente su cabellera y le encañonó la sien.

Hakin, el esposo de Almudena, corría en ese momento como un loco intentando evitar la tragedia.

–¿Qué pasa aquí? –Dijo Fátima con la respiración entrecortada por la carrera sin apartar el rifle de su cabeza.

Almudena, postrada en el suelo alzó los ojos al sol y tensó el puño alrededor de la empuñadura de su daga como si quisiese destrozarla.

–Ha dicho que toda mi familia estaba muerta. –Escupió.

–¡Suelta la daga! –Le ordenó–. No quiero hacerte daño.

–¡No lo haré! –Protestó Almudena–. ¡Voy a acabar con esa miserable! ¡Déjame!

–Te he dicho que sueltes la daga o te volaré la cabeza. Lídice tiene razón. Tu familia ha muerto. Tu y tú esposo sois los únicos que quedáis. Esperábamos el momento para poder decíroslo, era una cuestión muy delicada.

–No. No puede ser. –Soltó Almudena la daga con un alarido de dolor– ¿Cómo? ¿Cómo ha sido?

–¿Me crees ahora? –Dijo Fátima.

–¡No lo sé! –Negó entre lágrimas.

La ayudó a levantarse y recomponer su vestido sin dejar de apuntarla con su rifle. Le dio una patada a la daga y la lanzó lejos de allí.

–Me encargo de ayudar a los desfavorecidos y a todas las víctimas de Saqr Ibn Abbas. Conocí a ese horrible hombre en Marruecos. Pertenecía a una mafia organizada que se ocupaba de proporcionar billetes para ir a Europa en una patera. Mi marido y yo pagamos nuestro pasaje–. Se le nubló la voz al recobrar la escena– él murió ahogado y yo, en cambio viví para ser deportada a Casablanca. En ese intermedio conocí a tu hermano Abdel. Nunca podré agradecerle bastante todo cuanto hizo.

–Sí, sí –Replicó Almudena y saludó a Hakin que acababa de llegar y las miraba a ambas con un temblor en las manos. –Pero que tiene que ver todo eso con ella y con la muerte de toda mi familia–. Apuntó a Lídice para decirlo.

–Nada y todo según se mire. –Dijo Fátima descansando el rifle– Shafik, como tu hermano Abdel, es un amigo, pero un amigo de la infancia, su madre lo llevaba a veranear a Casa Blanca y allí nos conocimos siendo unos niños. Cuando llegué aquí, tras los pasos de Saqr Ibn Abbas le encontré de nuevo, pero no rememoramos nuestra vieja amistad,

con dolor y rabia me habló de la muerte de Abdullah, su hermano menor y me confesó que los Halcones tenían a una joven retenida.

Comprobamos sorprendidos que sus captores no habían dejado la puerta cerrada con lo que no tuvimos que forzar ninguna cerradura. Supongo que creyeron que la chica estaba tan débil que ni siquiera tendría fuerzas para escaparse– Señaló a Lídice que estaba sentada en la arena y se llevaba las manos al esternón intentando recuperar la normalidad de su respiración.

La dejó que digiriese los acontecimientos poco a poco.

–¡Pero no puede ser! –Sollozó Almudena al cabo de unos segundos– ¡No puede ser! ¡Mi hermano Abdel! ¡Mi hermano Hosni! ¡Mi padre! ¡Pobre Bashar! ¡Mi maasai! ¿Él también? –Por un momento, le miró como una niña esperanzada y anheló que Fátima no le contase entre las víctimas del asesino.

–Sí. –Asintió y le dijo lo que ella no quería oír–. Bashar también, Encontramos su cadáver tendido en una celda en un avanzado estado de descomposición. Le mataron a palizas. Pero antes de ello– Sostuvo la barbilla de Almudena para que le mirase fijamente– Antes de ello, Bashar, se llevó por delante al asesino de tu padre y también el de tu hermano Hosni.

Almudena horrorizada, no quería escuchar más. Corrió hacia Hakin y ahogó en él su llanto.

Pensaba en Bashar. Le veía jugar a su lado en el amor que su padre les había inculcado. El esquelético niño había aprendido a decir la primera palabra en su idioma gracias a ella: Familia. Desde entonces, no había parado de decirla, mientras comía, mientras jugaba, mientras corría a algún lugar indeterminado del desierto para perderse y luego regresar.

Veía su imagen a través de los años pasando de ser un muchacho desnutrido y triste, superviviente de una

matanza entre etnias, a un hombre que crecía fuerte y valiente al lado de quienes le habían acogido, alto como una jirafa, poderoso como un león.

Tendría los bondadosos y fieros ojos de Bashar clavados en su mente por toda la eternidad. Él que había sido como su hermano y que había defendido a muerte a quienes no eran de su sangre.

Familia. –Pensaba Almudena.

A través de sus ropajes níveos, la negra mano de Fátima hizo una seña a Shafik y Lídice para que se alejasen y la dejasen llorar a solas.

El llanto, para quienes están hartos de sufrir, es como la lluvia en el desierto, seca, y es un don escaso tremendamente purificador...

# PIT

# XL

*"La esperanza vieja*
*es la más dura de perder"*

Elizabeth Barreth Bro

Hacía mucho... mucho tiempo que Pit no tenía identidad y había perdido su verdadero origen.

En lo mas profundo de su ser, sabía que la única posibilidad de poder soportar el paso implacable de los eones era no sentirse solo.

Por eso cuando vio a su hermano destrozado por la pérdida de Alí, el pequeño humano, se sentó a su lado en la gigantesca escalinata. En ese momento, del globo ocular de su hermano pequeño, brotó una enorme lágrima verdosa. Levantó su apéndice nasal como si oliese a sus amigos en el aire y dejó caer pesadamente la cabeza exhalando un suspiro.

No vendrían. Ni hoy, ni mañana, ni nunca. –Pensó desolado.

Entristecido por verle llorar Pit le pasó un brazo amigablemente por el hombro.

–¡No quiero volver a verte llorar por esos humanos! ¡Tu no tuviste la culpa! –Se refirió a la leucemia de Ali–. Luego, como si estuviese pensando lo que iba a decir, bajó la cabeza y dijo al borde del llanto. –Ya nunca más estaremos solos. Voy a abandonar el refugio. Voy a buscar la forma de

volver a casa o en caso contrario, conseguir el antídoto que nos permita salir de este agujero.

Su pequeño hermano, le abrazó temeroso con toda la fuerza que fue capaz de imprimir en ese abrazo.

–¿Pero como vas a sobrevivir allí afuera sin el antídoto? –Preguntó temeroso, imaginando un mundo lleno de monstruos.

Pit sonrió cuando dijo:

–¿Te acuerdas de la casa de las Mil habitaciones?

Y así fue como Pit se lanzó a aquella aventura y vagó por la casa de las mil y una habitaciones en busca del mar. Antes de eso, tuvo que recorrer infinidad de pasillos. Su olfato captó la presencia de un río subterráneo y no cejó hasta encontrarlo. Se dejó arrastrar por sus gélidas aguas… Como Pit, había estado tanto tiempo dormido, apenas recordaba la salida de la casa que los humanos habían levantado en honor a su pueblo.

Recordó su historia a través de las distintas inscripciones fosforescentes grabadas en las columnas, desde que su pueblo, huyó de la hecatombe hasta que partieron sin él y su hermano y quedaron en aquel inhóspito planeta.

Sentía una tristeza infinita al recordar el trayecto. En su mundo todos habían muerto. Todos aquellos a quienes un día había amado.

Y ahora estaba solo. ¡Que extraña palabra!

Él, que procedía de un lugar donde la soledad no existía, donde bastaba un pensamiento, un deseo, una simple mirada, para tener cerca a los seres queridos.

Cuando comenzó el viaje, nada presagiaba lo que más tarde ocurriría. Partieron lejos, antes que la estrella hiciese implosión.

Al volver la vista atrás y presenciar la imagen de su hogar cuna destruido, lloraron sin consuelo.

Una enorme pantalla plana tan fina como el papel les mostró un holograma, una imagen multicolor en tres dimensiones por las dos caras, parecía haber brotado de la nada, flotando en el aire, estaba claro que era infinitamente mas avanzado que una pantalla de plasma, la imagen se extendió por todas partes dándoles una incomoda sensación de ingravidez, unas imágenes en falso color aparecieron de pronto y les mostraron las coordenadas de todo el universo conocido por ellos. Si daban un rodeo y evitaban los pueblos primitivos y beligerantes, llegarían a algún lugar desconocido en sus mapas. Tal vez un nuevo planeta habitado por nuevas especies, un nuevo hogar calentado por otra estrella parecida a la que había destruido su mundo.

Días y noches eran iguales. La negrura de aquel cielo solo era mitigada por el brillo de las galaxias que dejaban atrás.

Cuando se veían obligados a repostar en algún planeta de paso y tomar de él aquello que necesitaban: materias primas, hidrógeno líquido que transformarían más tarde en agua y bacterias y proteínas, se sentían tan expoliadores y mezquinos como los mismos vecinos a quienes en otro tiempo criticaron. Jamás pensaron sufrir una humillación semejante.

La destrucción de su mundo les había hecho retroceder mil años atrás, cuando aún eran unos depredadores. Toda su inteligencia de antaño, todo su gusto refinado por la belleza, así como su bondad, y exquisito respeto hacia el resto de las especies estaban desapareciendo para convertirse en alimañas.

Para colmo de sus males, un extraño microorganismo había entrado en la nave y estaba matándolos a todos de una forma lenta y horrorosa. Algunos de los tripulantes no sobrevivieron a la plaga y comenzaron a tener brotes de locura. Al final, hubo que tomar medidas drásticas y abandonar en el espacio a los enfermos para evitar el contagio. Fue algo terrible.

Así era el oscuro panorama que se abría ante ellos cuando alcanzaron la Tierra.

Los supervivientes, tomaron tierra, como científicos que eran y aunaron sus esfuerzos para comprender el extraordinario milagro de la vida que tenían ante sí. La atmósfera originaria del nuevo mundo que habían encontrado, era un infierno de metano. Sus estudios fueron desde la primera ameba a los grandes reptiles dueños del suelo firme, el agua y el cielo.

Sufrieron el recalentamiento del planeta, el frío glacial y finalmente, vieron aparecer al gran mono. Entre tantos crearon una ciudad en la luna.

El afán científico de Pit, pues su hermano aún era muy pequeño en aquel entonces, le llevaba a descubrir si aquellos seres mantendrían su agresividad con el transcurso del tiempo o acabarían por convertirse en la especie pacífica que fue un día.

La compañera de Pit no entendió muy bien su postura. Pit la respetó porque la amaba y no quería exponer su vida, pero también, porque pensaba que la decisión de quedarse junto a su hermano en aquella indómita Tierra únicamente a él pertenecía.

Durante muchos, muchos siglos durmieron para preservar sus longevas vidas. Sin duda, no eran inmortales, a lo más podían alcanzar la edad de algunas viejas tortugas de la Tierra. Pero sus conocimientos médicos y científicos, así como del Tiempo y el espacio, les permitían alargar sus vidas a través de enormes periodos de Tiempo, en los que el corazón era un leve, casi inexistente latido. En los breves periodos que estaban despiertos, confraternizaron con los pueblos más antiguos de la Tierra y les enseñaron algunas cosas que propiciaron su evolución, los humanos a cambio, para proteger sus vidas y en espera del regreso de los dioses, construyeron una casa bajo la tierra con entradas en distintos lugares del mundo.

Pero los humanos de ahora, ya no eran como aquellos otros hombres...

Pasó mucho tiempo, y la ciudad quedó sepultada por mil capas de arena y olvido.

La vida de la especie de Pit era muy longeva. Aunque ellos pasaban mucho tiempo en estado de hibernación y breves espacios despiertos, tenían en su contra la soledad y la tristeza.

Durante los breves espacios que Pit y su hermano permanecían en vigilia, veían como los seres que amaban se morían. Pit había aprendido a insensibilizarse contra la muerte pero comprendía, que su hermano, aún era muy pequeño para sufrir así.

Ahora, el recuerdo de sus lágrimas, era la única linterna que le guiaba a través de los oscuros recodos de la casa de las mil y una habitaciones buscando desesperadamente la salida.

De nada servía que Pit le dijese a su pequeño hermano, que desde el primer momento en que Najn al Dim había entrado en la nave seguido de Alí, que Pit había percibido en este último una rara enfermedad que mermaba sus glóbulos rojos. Tenía Leucemia.

Nada podía calmar el dolor de su pequeño hermano por la muerte de Alí salvo salir y recuperar las tablillas que contenían el conocimiento de los antiguos para poder largarse de aquel odioso planeta. Pit tenía que aprender el funcionamiento de la nave, algo que había olvidado.

Y un día salió de la oscuridad de la gruta y arrastró su cuerpecillo por la arena hasta alcanzar las espumosas y pequeñas olas de la orilla.

Era de noche.

Por un momento pensó que la horrorosa atmósfera de la Tierra lo mataría por asfixia, descompresión, o cualquier otra cosa. Luego, se dio cuenta que solo era algo psicológico.

La atmósfera de la Tierra no producía ningún daño en su organismo. Todo lo que habían tenido él y su hermano

era miedo, miedo a morir. Podían respirar fuera igual que los humanos, se habían adaptado.

Pensó en él, frágil y desamparado, en algún lugar muy lejano de la casa de las mil y una habitaciones y se echó a llorar.

Durante tantos años, habían estado allí enterrados por temor a propagar el virus, temor a respirar, temor a ver la luz del día, al fin y al cabo temor, a vivir.

Y ahora, tumbado panza arriba en la oscuridad de la noche, sintiendo la fría y mojada arena bajo la espalda, Pit oía por vez primera el mágico vaivén de las olas y contemplaba fascinado la brillante, y blanca perla de la luna, suspendida como si quisiese caer sobre él bañándole con una luz de un blanco anacarado.

Pero se veía incapacitado de encontrar las tablillas.

Pudo superar su miedo al virus humano pero no pudo luchar contra su cólera. El hombre en si mismo representaba una enfermedad. Odiaba su debilidad, su odio, su miseria...

Había fracasado. Definitivamente.

En su largo peregrinar, siempre utilizando el mar para desplazarse, llegó a un continente helado, en el corazón mismo de la soledad y buscó un lugar adecuado en el que poder morir, aconsejado por unas ballenas que había conocido durante la travesía.

Su único deseo era la rendición. Pit deseaba la muerte más que nada en el mundo, sabía que no había cabida para su especie en aquella tierra hostil y por eso anhelaba encontrar un lugar frío, en el que pudiese tenderse y dejar que la muerte se apiadase de él.

Con mucho cuidado, como si estuviese realizando una ceremonia que exigiese de toda su concentración, se introdujo en su traje capaz de fundir el hielo y una vez dentro, adquirir la temperatura del cuerpo, de modo que pudiese dormir, hasta que el Astro Rey le sorprendiese con

su explosión y la vida de él y su hermano, junto con toda la vida de aquel planeta se redujesen a polvo.

Aunque Pit, siempre había percibido desde la enorme distancia que les separaba que su hermano menor había muerto, ya que había dejado de recibir sus mensajes telepáticos. Ahora, sabía que definitivamente estaba sólo...

Por eso ahora, mirando con los vidriosos ojos a la muerte a través de la fina y azul capa de hielo, experimentaba una extraña sensación al oír la dulce voz de su amada.

–Recuerda Pit. Nada vive en vano. –La muerte no es el final de la travesía, solo un momento en la vida de cada ser. Observa tu vida desde el lugar en el que todo es un continuo y veras que nada es inútil. Todo guarda un propósito, incluso, esta separación nuestra...

–¡No te vayas! –Suplicó embelesado y olvidó el enorme dolor que sentía por dentro ante la imagen de ella, tan bonita– ¡Por favor! ¡He decidido morirme aquí en este desierto blanco! ¡No me dejes solo! ¡Tengo miedo a la soledad!

La imagen se deshizo suavemente de su abrazo y le besó en la frente con ternura.

–Cuando ya no halla más luz en este mundo congelado que has elegido como tu ataúd, recuerda que siempre la ha habido en el nuestro y así serás más fuerte para afrontar ese momento, pues nuestro amor te ayudará.

Pit, había intentado estrecharla entre sus brazos pero la imagen, se había desvanecido a su contacto. A través de la capa de hielo veía borrosamente la superficie. Cerró los ojos. Ahora, volvía a estar solo y la oscuridad, su amiga, le rodeaba por todas partes.

Había hecho voto de proteger aquel mundo para enseñárselo algún día. Habría sido su regalo si un día volvían a verse: Un mundo distinto al que habían nacido ellos dos, donde el Sol no volvía a morir y arrasaba la vida. Un mundo en el que había pensado que ambos podrían vivir eternamente felices.

–Pica ahí. –Dijo la voz.

–¿Ahí? –Contestó dubitativa la otra voz.

–No, tonto, ahí.

El sonido del extraño repiqueteo y las extrañas voces, llegaba amortiguado a sus oídos como un sueño. Pit no le dio importancia. Sabía que no debía hacer excesivo caso de las imágenes ni los sonidos que proyectaba su cerebro.

Eran un efecto de la muerte inducida por el veneno que inyectaba su traje.

–Tiene mal aspecto. ¿Verdad? ¿Crees que está...? –No se atrevió a terminar la frase con temor.

–¡Ah sí! –Exclamó el otro. Puede que sí. Pero si no sigues picando nunca lo sabremos.

A través de la capa de hielo, los vidriosos ojos de Pit percibieron dos sombras una más grande, y otra un poco más pequeña.

¿Quiénes eran aquellos dos intrusos que interrumpían su sueño? Había viajado al otro extremo del mundo para no ser molestado.

El golpe fuerte y el horroroso sonido que producían los cristales de hielo al romperse le provocaron un auténtico pavor. Cuando vio que el pico de una de aquellas aves, –porque ahora sabía que eran exactamente eso–, había perforado su habitáculo sintió furor. En ese momento, una cantidad considerable de agua descongelada le cayó encima de la cara y gimió...

Aquellos dos, pidieron ayuda a otros muchos y entre todos tiraron de su traje con sus picos y le fueron sacando poco a poco a la superficie.

–¿Crees que nos ve? –Acercó el pingüino más pequeño su cara descaradamente hacia Pit.

– Creo que sí. –Dudó el otro–. Llama a todo el mundo, necesita calor y cariño para recuperarse.

–¡Tus deseos son órdenes Alt! –Se echó a correr con un extraño balanceo.

Cuando llega la época de cortejo. Las hembras de pingüinos recorren mucha distancia en busca de sus amantes. Una vez eligen a quienes entregar su amor, emprenden un largo viaje de regreso dejando al cuidado del macho elegido del único huevo fruto de su amor. Enamorados de por vida, los papas pingüinos incuban el huevo por encima de sus patas para evitar que su frágil estructura se rompa al golpearse contra la capa de hielo. Durante ese tiempo, en que aguardan el regreso de su enamorada no prueban ningún alimento.

Y así pasó durante un tiempo infinito hasta que la mala suerte hizo que recobrase sus funciones vitales y mirase el color del cielo que confería a las aguas del mar un extraño tono verdoso.

Algún error se había producido en el dispositivo de inyección del traje pues, el veneno no había hecho el efecto previsto y había despertado antes de tiempo.

Entonces, descubrió a los hermosos pingüinos que le habían ayudado a deshacerse de su cápsula aunque en aquel momento, se incorporó para mirarles horrorizado, temeroso y lleno de odio.

Temió por un instante que aquellos diminutos pájaros le destrozasen con sus picos con la misma violencia con que ya lo habían intentado otras especies de la Tierra. Sin embargo, se sorprendió al ver que formaban un círculo en torno a él y le proporcionaban calor con sus cuerpecitos.

–¿Por qué lloras? –Le lanzó un guiño una coqueta hembra de pingüino.

Pit la miró y siguió llorando con desconsuelo. ¿Por qué no acababan con él? ¿No comprendían que lo peor que le podía haber pasado era despertar allí, entre ellos?

–¡Destrozadme! –Les gritó con ojos de loco moribundo– ¡No quiero vivir! ¡No me defenderé de vuestros picos!

¿Que más necesitáis para acabar conmigo? Quería buscar la ciudad en la luna por si quedaba alguien allí y erré mi camino.

Los extraños seres que no comprendían a aquel tipo tan extraño al que habían salvado y que les había interrumpido en plena ceremonia de cortejo, fingieron no escucharle y se prodigaron con él en arrumacos y caricias. Por cada lágrima derramada de Pit, ellos la suplían con una mirada cálida llena de bondad, y gracias a ellos, Pit se recuperó e hizo las paces con la vida, la ternura, el cariño y la magia de las cosas sencillas.

Y también descubrió que aquellas criaturas eran inmunes al virus de la ira que había visto propagarse por toda la Tierra. Sin quererlo Pit había encontrado el antídoto que le permitía relacionarse con aquellos seres, ese antídoto poderoso se llamaba amor.

Oculto en aquel paisaje blanco y rodeado de sus amigos, se dejó llevar por la situación y jamás se arrepintió de la decisión que tomó aquel día.

Y Pit pensó, mientras sentía el cariño que aquellos seres le prodigaban que si un pulpo podía simular a una serpiente, un insecto palo a una rama y un león a una pradera, entonces: ¿Por qué no había de parecerse él a un pingüino aunque solo fuera de lejos?

–Cuéntame lo que sucedió.

Uno, como le había llamado en un principio por ponerle un nombre, le miraba asustado. Ahora, ese Uno, se llamaba Alt y había pasado a ser su mejor amigo.

Alt sabía escuchar y a veces, le bastaba una leve mirada para transmitir a Pit todo aquello que pensaba.

En aquella ocasión, le miró y sin decir nada, le contó que hacía mucho tiempo, cuando sus antiguos partieron dejándolos solos en el desierto, se dirigieron a Malta y de allí a algún lugar remoto de las estrellas.

Como durante todo aquel tiempo Pit y su hermano habían permanecido dormidos, no supieron nunca que los antiguos pobladores de la tierra, robaron las tablillas que su pueblo había dejado a los rezagados, por si en algún momento, decidían seguirles.

El templo en Malta en honor a la madre tierra fue saqueado y más tarde olvidado.

Las tablillas robadas del templo, le fueron entregadas a una reina en Mesopotamia a cambio de una ciudad. Pero la reina maléfica nunca las devolvió a sus legítimos propietarios, ni tampoco, les otorgó la ciudad que ellos pedían a cambio, lo que provocó que el pueblo iniciase una cruenta revolución. Asustados, unos sacerdotes, entraron en el templo de la diosa madre y se adueñaron de las tablillas para ponerlas a buen recaudo antes que las destrozaran las hordas del pueblo.

Hombres y mujeres de la tierra, durante muchas épocas de la historia las codiciaron y mancharon de sangre inocente. Y ahora, Pit tenía que buscar el modo de recuperarlas.

–¿Y como dices que os hacéis llamar? –Preguntaba Alt sin saber muy bien porque hacía esa pregunta, suponía que era porque le gustaba oír de su boca aquel nombre tan bonito y musical.

–Los Wanik al Ore. –Resopló Pit un poco cansado de repetirlo–. Nos llamamos así por que esta expresión en la lengua de mi pueblo significa los portadores de vida.

Pit había guardado silencio y se había puesto muy serio. En efecto, esa había sido su cultura.

Su mundo había evolucionado en un punto en el que la depredación dejó de existir y dio paso a seres amantes de todo lo vivo.

No habían sido los únicos seres inteligentes en su planeta los únicos que habían seguido su pasos, la armonía había creado un sistema de increíble belleza.

–Los humanos. –Rezongó Pit al cabo de unos momentos–. Jamás podréis entender como un mundo pudo progresar a los niveles que lo hizo el mío. Podíamos hablar todas las lenguas del planeta, desde un insecto palo al lenguaje de un árbol, pasando por las piedras, los mamíferos y todas las aves pequeñas, también los peces..

–Ya. –Protestó Alt, a quien le encantaba apartarse del resto del grupo de pingüinos para entablar conversación con él–. Pero yo no soy humano. No olvides que soy un pingüino. Aunque mirándote bien. –Le echó una irónica mirada de arriba abajo–. Creo que tu larga estancia aquí te ha convertido también en uno de los nuestros.

Pit río ante la ocurrencia de Alt e hizo saltar unas gotas de agua fría con su aleta para mojarle.

En ese momento, Alt rió también. Al cabo de un rato, quedó muy serio, como si algo le preocupase y dijo:

–Sé que aborreces a los humanos y que no te importaría que este mundo desapareciese siempre y cuando tú estuvieses muy lejos en esa nave. Pero dime Pit: ¿Nos recordarás a nosotros cuando el Sol estalle? ¿Recordarás a tus amigos los simpáticos y cariñosos pingüinos?

Se enfrentó a Pit enfadado y no le dio tiempo a que replicase.

–¡Este mundo no es propiedad de los humanos! ¿Juzgarás a este mundo solo por ellos? Te mostramos a nuestra madre la Tierra, este mundo es en si mismo un ser vivo.

Como tantas otras veces Pit comprendió lo que Alt quería decir.

Ese día Pit soñó profundamente, a su alrededor los pingüinos lo arropaban en una piña como tantas otras veces, arropado por la soledad del mundo, acariciado por el viento gélido que cubría sus cabezas.

Uno a uno se turnaban gravitando a su alrededor protegiéndole del frío mientras él soñaba en mundo mejor y guardaba este recuerdo en su corazón.

# XLI

*"El desierto es un océano de sólida superficie"*

Napoleón

La puerta del jeep se abrió. Una pesada bota, pisó la arena y a continuación, W descendió protegiéndose con el pañuelo de la calima que había dejado la tormenta. Estaba en aquel lugar cercano a Petra, donde supuestamente estaría la invisible nave. Se llevó una mano al bolsillo del pantalón y confirmó que su mapa seguía allí. Delante de él, caminaban Saqr Ibn Abbas y el general, hablando de sus cosas. W sabía que estaban recelosos por su actuación con la muchacha.

La idea de dejarla medio muerta, no había sido la más acertada a pesar que él insistía que en la situación en que la había dejado, no tendría ni una mínima posibilidad.

Cuando ya no podían caminar mas, o alguien se encontraba lo bastante enfermo como para no poder avanzar ni un solo paso, se turnaban para ceder sus camellos.

En la lontananza, no se divisaba más que arena y polvo, el aire tórrido, creaba una cortina que hacía a sus mentes cansadas elucubrar.

A veces, corrían desesperados al encuentro de lo que ellos creían el espejo de un lago, o una alta palmera.

Fátima, les advertía que solo era un efecto del calor pero, ellos nunca oían.

Su desesperación les hacia correr enloquecidos en pos de aquellos espejismos hasta que, finalmente, caían rendidos llorando de impotencia.

Cuando eso sucedía, los ojos de Fátima se ensombrecían también.

La desesperación de aquellos hombres y mujeres por encontrar agua, le hacia recordarse así misma, en el pasado, luchando por salvar su vida en un bote de maderas carcomidas a merced del mar.

Sentía odio, rabia. Ardía en deseos de encontrarse cara a cara con el hombre que había propiciado todas aquellas calamidades, el responsable de los horrores de todas aquellas gentes, el Señor del Desierto, la persona con suficiente poder para comprar y venderlo todo, incluidas sus propias vidas: Saqr Ibn Abbas, el Halcón.

Junto a ella, Shafik acompañaba el triste avance de Lídice Tavares que apenas levantaba los ojos del suelo seguida muy de cerca por Almudena y su esposo, hundidos en su tragedia familiar.

Fátima pensó en Abdel y una lágrima resbaló por su negra mejilla. Acarició el cuello de su camello para insuflarle a la bestia un poco de la tranquilidad que ella carecía.

De pronto, unos gritos mezcla de histerismo y emoción del hombre que precedía la comitiva le hicieron despertar.

El hombre, se había arrojado al suelo y tomaba un puñado de arena entre sus manos.

–Misericordioso Allah. ¡Mirad! ¡Ahí están las montañas!

De camino a las montañas, oscureció. A su encuentro, un grupo de misteriosas luces, surgidas de la nada, empezaron a guiarles. Los hombres aterrorizados, aferraron sus armas con fuerza dispuestos a disparar a las entidades azules si en algún momento resultaba que eran dañinas.

Incluso la valiente Fátima sintió miedo y apretó el arma contra su cuerpo.

Pero después de un rato, de verlas danzar ante ellos, comprendieron que eran una especie de señal, un grupo de estrellas, luces o lo que quiera que fuese, cuyo único propósito parecía ser conducirles a algún lugar cercano a la ciudad rosa como un día la estrella de Belén guió a los tres magos.

Al amanecer se desvanecían y al anochecer volvían.

Así estuvieron días y días jugando con ellos, hasta que finalmente, se detuvieron inmóviles en un lugar.

Montaron allí su campamento, temerosos de la cercanía de un grupo de beduinos. Más tarde descubrirían que en aquel lugar operaba una rara energía que les protegía del exterior y les hacía invisibles.

Aquel viento, que soplaba en aquella zona, era capaz de destrozar vehículos y mutilar cuerpos.

Eso, les daba una clara ventaja sobre el general y les otorgaba el don de la invisibilidad.

Enfurecidos, O´Flaherty y sus hombres, no cabían en sí de cólera ya que, tenían a sus enemigos frente a sus propias narices pero no podían actuar, pues carecían del tiempo y la tecnología suficiente para burlar aquel escudo de aire caliente.

Tenían también el mapa que les había conducido hasta allí, pero no les servía de nada en aquellos momentos.

Lo único que podían hacer era esperar que alguna de las personas de aquel campamento invisible, cometiese un mínimo error que les permitiese actuar.

A esas horas, aquella zona del desierto había pasado a convertirse en un espectacular campo de maniobras.

Llegados a este punto, Lídice sentía desesperación. Todos comenzaban a inquietarse. Se preguntaban porque no depositaba de una vez por todas aquellas piezas tan extrañas en sus ejes azules.

Vivir en el espacio reducido creado por la burbuja no era desagradable, aunque todos deseaban volver a la normalidad de sus vidas incluida Lídice, que lo anhelaba más que nadie.

Fátima en cambio, solo anhelaba el momento en que daría muerte a Saqr Ibn Abbas pues no podía apartar de su pensamiento la imagen de la patera destrozada por las olas y las desgraciadas historias que había oído de boca de todos aquellos miserables que la acompañaban.

A Shafik le movían los mismos motivos: Vengar la muerte de Abdullah.

Apesadumbrada por el dolor de todos ellos, Lídice les echó un vistazo. Algo había pasado en sus vidas y ninguno de ellos volvería a ser quien había sido. Alika, la pequeña huérfana, había encontrado en Karima, Târek y Omar, una familia sustituta.

Lídice sonrió, eso era lo mejor de todo cuanto había pasado.

Târek la llevaba de la mano. Hacía meses que no probaba la bebida. Se le veía reformado, cariñoso con los niños y respetuoso con su esposa. Parecía que no era ni la sombra del hombre que aquel día, postrado ante el ensangrentado cadáver de su hijo, había tomado entre sus manos la piedra.

En el desierto, la nave se preparaba para partir pero no podía volver al menos sin un guía y tres tripulantes.

Nunca le preocupó demasiado pues en un principio no tenía todavía intención de marcharse a menos que se lo hubiesen pedido.

Ella tenía su propia inteligencia y respondía a los patrones que sus creadores habían grabado en su núcleo lógico.

Sabía que no había ninguna posibilidad de acceder a él sin cumplir con los patrones.

Además incluso si obviaba esta cuestión a todas luces imposible, sabia que el mayor impedimento, si cabe la comparación entre imposibles, era pura emotividad.

Había razones para que las cosas fuesen así.

Era mucho lo que estaba en juego.

Los creadores de la nave no permitirían que un uso erróneo de su tecnología pudiese destruir un mundo por eso la nave, era pura protección…

De pronto, una niebla densa que partía del suelo había invadido el pasillo de la casa de las mil y un habitaciones. Sin saber como, había llegado a aquel sitio que le resultaba tan familiar, Abdel llamó a Ramón y Myriam pero estos parecían haber desaparecido en algún recodo del laberinto.

Estaba otra vez sólo.

La niebla se disipó poco a poco y dio paso a una de esas imágenes espectaculares donde el suelo de un azul metálico se confunde con la línea del horizonte.

Lo curioso de aquel mundo es que no tenía cielo, sino una copia del suelo mas clara que se repetía una y otra vez en una sucesión infinita.

De cuando en cuando una isla de esferas en composición policroma e irregular flotaba bajo su cabeza.

Las había de todos los tamaños las más grandes, eran las que más estáticas se mantenían.

Unas giraban en trayectorias elípticas que bien podían simular pequeños sistemas planetarios de no ser, porque todas tenían en común su monocromía.

Las más curiosas eran las pequeñas.

Deambulaban de un sistema a otro, la mayor parte del tiempo zigzagueando en el suelo, como pequeños insectos en un aparente e inútil fragor.

Al principio, evitó tan singulares criaturas hasta que empezó a darse cuenta que el rechazo era mutuo.

Continuó andando y el escenario fue continuamente transformándose con él.

El suelo parecía ahora a la superficie de un circuito integrado, alguna vez tuvo ocasión de observar uno parecido, con uno de esos microscopios de juguete que tan populares se hicieron en la década de los 80.

Mirándolo bajo este punto de vista, se asemejaba a un ordenador del tamaño del mundo aunque resulte inconcebible encontrar algo semejante en la Tierra.

Estaba claro que alguna inteligencia había creado aquellas estructuras infinitas con algún fin.

Pero Abdel no sabía cual.

Erró sin rumbo por aquel extraño paisaje de un orden caótico con la extraña sensación de sentirse solo.

Estaba sólo, en efecto, nada humano le esperaba en ninguna parte hasta donde alcanzaba su vista la infinitud de aquel mundo.

Estaba también preocupado y también triste.

Por que no sabía nada de sus compañeros y amigos.

Aun que de alguna forma presentía que no tenía nada que temer en un lugar como aquel.

Si alguna vez el hombre evolucionaba en la dirección de la técnica viviría sin duda en un mundo semejante, un mundo de máquinas, estéril y sin vida, no adecuado para los humanos, a menos que la evolución discurriese en ese sentido.

Concentrado en tan lúgubres pensamientos, comenzó por oír aquel extraño sonido que encadenaba sílabas, palabras, frases y formaba una música maravillosa que emergía de todas partes. Y vio que los circuitos integrados comenzaban a transformarse y creaban imágenes asombrosas.

Y no solo imágenes, también sensaciones.

Recordaba la canción.

La había escuchado en España, en la época en que conoció a Fátima cuando iba en su coche de segunda mano camino a La Línea.

Aquel año había estado en Córdoba y había vuelto maravillado ante lo que dos pueblos distintos pueden hacer por una misma idea.

La mezquita era una joya, una muestra de dos culturas que han logrado respetarse recíprocamente, una oda a la belleza y las esperanzas que unen a las buenas personas.

Aquel, se dijo Abdel contemplándola, era un trabajo de artesanos, no de dirigentes, gentes humildes y sencillas agrupadas por la tarea de construir algo bello en honor a su Dios, el dios de ambas culturas.

Y Abdel se preguntaba ahora donde estaba la diferencia que abocaba a los humanos a la guerra y la destrucción que continuamente había visto en su peregrinar a lo largo y ancho del mundo.

La canción evocó recuerdos y le trajo calma, algo que quizás precisaba en aquellos momentos para no sentirse tan solo en aquel extraño lugar.

La voz, se fue apagando poco a poco y con ella se fue fraguando la oscuridad.

Cuando esta empezó a disiparse al cabo de unos segundos, dio paso a un cielo de un azul intensísimo en el que no se veía ningún sol.

Le evocaba algo aquel lugar. Pero no sabía que era.

Era un sitio conocido, tal vez los jardines de La Alambra, aunque no se atrevía a poner la mano en el fuego entre otras cosas, porque se hallaba en la más absoluta soledad, caminando a través de pasadizos bajo la tierra. Pero aquel lugar, desbordaba demasiada vida vegetal para sostenerse sin el calor y la luz del Sol y el paisaje se repetía en una infinitud absurda, como un mundo plano, copia de si mismo.

Tardó un poco en darse cuenta que, la casa de las mil y una habitaciones jugaba con él. Le gustaba distorsionar la realidad y crear laberintos virtuales pues tenía capacidad para recrear miles de mundos dentro de ella.

Los circuitos integrados desaparecían cada vez que él doblaba un recodo de aquellos azulados pasillos. Sobre el suelo en que antes habían aparecido se levantaba ahora una hierba tierna y esponjosa. La hierba que tapizaba el camino estaba salpicada de flores. Se veían jardines, eso era lo más asombros, llenos de flores fragantes de colores eléctricos y texturas suaves.

Rodeado de hermosas fuentes, se levantaba un palacio gigantesco en aquel mundo subterráneo, sostenido por colosales columnas y escaleras.

Todo aquel lugar era inconcebible, bajo el desierto. Parecía una hermosa oda al agua y la naturaleza aunque todo era tan descomunal, que solo podía haber sido construido para morada de gigantes.

Cuando más absorto estaba en su contemplación, oyó una voz de mujer a su lado que le decía.

–¡Bienvenido Abdel! Has llegado al corazón de la nave.

Cuando se giró para observar a la propietaria de la voz creyendo que se trataba de Myriam y sin entender porque esta, le decía algo tan extraño, vio que la muchacha y Ramón dormían muy cerca el uno sobre el otro.

Se frotaron los ojos y miraron aturdidos a todos lados mientras Abdel, veía a la propietaria de la voz que descendía a duras penas las enormes escaleras llevando de la mano a dos pequeños.

Sus vestiduras blancas flotaban movidas por un extraño viento. Abdel sintió un pálpito al corazón cuando corría hacia ella.

–¡Karima! Ha sido como despertar de un sueño. No sé como hemos llegado aquí. ¿Qué lugar es este?

–Es. –Empezó ella–. Donde convergen todos los caminos de la casa de las mil y un habitaciones y donde se halla el corazón de la nave dispuesta para partir.

Abdel la estrechó entre sus brazos, pero su sonrisa se congeló cuando vio que tras ella, un hombre comenzaba a descender las escaleras.

–¡Alika! ¡Omar! –Alertó a los niños sintiendo una enorme opresión en el pecho– ¡Corred junto a nosotros y alejaos de ese miserable!

Karima hizo un gesto con la mano intentando detener el posible ataque de Abdel a su marido.

–Sólo ha venido a tenderte la mano. –Le dijo–. Târek ya no es el que era, ha cambiado. Ahora es un buen padre y también un buen esposo.

–¡Pero esas personas nunca cambian! –Gimió Abdel mirándolo con desconfianza y odio.

–Esta vez sí. –Le tranquilizó Karima–. Ha dejado de beber y me lo ha prometido. No es como otras veces, se que es verdad por que he visto el dolor en su propia alma.

El hombre asintió en silencio. Observó a Abdel con la inocencia reflejada en sus ojos pero se encontró con su pétreo rostro.

–Espero que sea verdad, por tu bien. –Le señaló con un dedo el lugar donde guardaba su daga.

Ignorando ese detalle Târek se le adelantó y le tendió su mano, quedó con ella suspendida en el aire sin que el otro hiciese el menor gesto que indicase que iba a estrechársela.

–No te daré la mano. –Y aclaró–. Jamás. Recuerda este día como el día en que yo perdoné tu vida y no lo olvides porque si algún día vuelves a ponerle la mano encima a esta mujer. –Señaló a Karima–. No dudes que te mataré, con la misma sangre fría con que mataría a una rata.

–Târek. –Le pidió Karima a punto de perder los nervios–. Déjanos solos y llévate contigo a los dos niños. Hace mucho tiempo que no veo a mi amigo. Necesito hablar con él a solas. ¿Lo comprendes? Después apuntó a la pareja que yacía en el suelo y añadió. –Llévatelos también a ellos, supongo que querrán reencontrarse con los recién llegados. Han pasado muchas penalidades para llegar hasta aquí.

Obediente, Târek, ayudó a la pareja a levantarse y tomó a los dos niños de la mano. Los cinco, ascendieron las enormes escaleras y desparecieron tras el umbral de una puerta de la que emergía una luz portentosa.

Abdel y Karima quedaron solos, sentados en las enormes escalinatas.

–¡Bueno! –Suspiró Abdel tras unos minutos de mirarse el uno al otro sin decir nada– ¿Cómo he llegado aquí? ¿Quiénes son esos otros?

–Has tardado un poco. –Se explicó Karima. Aunque su tono no parecía un reproche, sino más bien una simple afirmación.

–La piedra me dijo que debía buscar a Miriam la esposa de Pedro. –Se disculpó él–. No se porque pero ella sabia que estaba sobre sus pasos. Me da pena esa mujer, la pobre no para de llorar.

Karima sonrió:

–Sus penas están a punto de acabar, su esposo Pedro y un hombre muy viejo acaban de llegar junto al pájaro pez. Todos estáis aquí, aunque habéis utilizado distintas entradas para alcanzar el corazón de la nave. –Los ojos de Karima se llenaron de ilusión cuando dijo– ¿Sabías que también está tu amiga Fátima?

–¿A que te refieres cuando dices que estamos en el corazón de la nave? –Quiso saber Abdel para cerciorarse.

–El corazón de la nave. –Empezó Karima–. Es el lugar en que están ubicados los ejes en los que debemos insertar esas piezas para que la nave despegue. Más tarde, te enseñaré donde están.

–¿Fátima? –Preguntó con los ojos muy abiertos al darse cuenta de lo que Karima había dicho. ¿Pero que hace ella aquí? ¿Cómo llegó?

–Es una larga historia. –Le explicó Karima–. Supongo que también te alegrará la noticia de saber que hemos

encontrado a Almudena y Hakin, ellos también se mueren por abrazarte.

–Es extraño. –Dijo Abdel–. Es como si hubiese estado soñando. Un día Miriam, Ramón y yo nos dejamos caer por unos montículos y aparecimos aquí en la casa de las mil y una habitaciones. Seguimos el trazado de caminos de una forma instintiva, sin saber que nos iba a conducir a este lugar. Yo no sabía por donde les guiaba, ni porque ellos tenían una fe tan ciega en mí. Ahora, me da miedo pensar que podríamos haber muerto.

–Sí, es cierto. Pero no lo hicisteis. –Sonrió Karima–. A mí y a todos nos sucede lo mismo. En mi caso utilizaron el sueño para que el viaje no fuese demasiado traumático, aunque reconozco que vosotros os tocó la peor parte.

Abdel dejó de escucharla y fijó su atención en los extraños ejes de metal azul que sobresalían del suelo.

–¿Eso es el corazón de la nave? –Señaló.

–Exacto. –Respondió Karima.

–¿Y la guía está también con vosotros? –Se interesó Abdel.

Karima volvió a asentir.

–Sí, por supuesto. Lídice ha estado aquí esperando vuestra llegada y el momento de ponerlo todo en su lugar.

–Me alegro. –Le acarició el largo cabello castaño y sonrió–. Tienes los ojos de un azul tan oscuro como me imaginaba. Me alegro que tú y los niños estéis bien y a salvo.

–La nave me ha tratado de un modo inmejorable. –Le devolvió la sonrisa y se puso en pie.

Abdel contempló su hermoso rostro, sin velo y sintió ganas de llorar por la emoción que le embargaba.

El rostro de ella, irradiaba una serenidad y alegría como nunca antes había visto.

Durante todo el tiempo, Karima le fue narrando sin parar como en realidad estaban dentro de una especie de zona escudo.

Le contó a Abdel que fuera de esta zona, el general y los suyos se apostaban en espera de utilizar sus armas.

El lugar donde Abdel y ella se encontraban estaba bajo tierra, mostraba al final de las escaleras una enorme puerta –la misma en que Târek y los niños habían desaparecido– que conducía al exterior. Sin embargo, aquel templo subterráneo, aquellos jardines, no eran más que ruinas, una mera reproducción de cómo había sido aquella ciudad en tiempos de su máximo gloria.

–Ellos, construyeron esta hermosura en honor a nosotros. –Prosiguió su historia–. Pero no, no hubo profetas tal y como cuenta la Biblia que condenaran esta ciudad y los seres que vivían en ella bajo capas y capas de arena. Tampoco, dioses iracundos nos castigaron por nuestra soberbia ocultándola a nuestros ojos. ¡No, Abdel! Por extraño que parezca fuimos nosotros.

Extendió una mano con el dorso y apuntó al suelo del que surgió la imagen de un estanque de enormes dimensiones tan hermoso, que apetecía zambullirse en sus aguas.

–¿Cómo lo haces? –Preguntó Abdel maravillado.

–Es simple. –Sonrió–. Aquí abajo, funciona como tirar un guijarro al agua y lo que vemos es la honda expansiva. Podemos engañarnos con la ilusión de tener agua suficiente hasta que seamos viejos y comer todas las frutas que aguante nuestro estómago. Todos nuestros deseos serán realidad al igual que una gigantesca lámpara de Aladino. Sin embargo, fuera de aquí, la gente muere y siente hambre y sabe que los beduinos nos dispararán y matarán como perros una vez logren burlar el escudo. Pero aquí abajo, Abdel puedes percibir la belleza ¿Puedes? ¿Puedes sentirla?

–Si. –Recorrió Abdel el lugar con la mirada–. Tienes razón. Me recuerda la lámpara de Aladino suponiendo

que exista y sea algo más que el cuento que nos contaban cuando éramos niños.

Quedó en silencio e intentó encajar en su mente todo cuanto veía y oía.

Ajena a su necesidad de inspeccionar el lugar, Karima continuaba sin descanso.

–Supe por Omar, que el día de la fiesta del sacrificio tu padre intentaba decirte algo y que tú no le escuchaste. Me considero responsable de que eso ocurriese pues fue el día en que Târek me golpeó. Lo que tu padre, trataba de decirte es que siendo niño conoció a una de las personas que vivía aquí, en esta casa. Renegó de él durante toda su vida porque le culpaba injustamente de la muerte de un amigo. Afligido por esto, ese ser o lo que quieras llamarlo, murió. Pero su esencia quedó impregnada en el espíritu de todo esto. Ahora, es una especie de máquina que vive a través de estos pasadizos y es la responsable de todas estas hermosas visiones.

Al decir esto, de las altas columnas surgió un anciano. Abdel no le conocía aún pero en aquel preciso momento, tuvo el fuerte presentimiento que estaría ligado a su futuro.

Se sentó en el medio de ellos y con toda naturalidad, se inmiscuyó en la conversación que mantenían.

–Te preguntarás porque la imagen de ese ser que viste aquel día cuando intentabas rescatar a Karima de los golpes de Târek, era una máquina. Murió mucho, muchísimo tiempo atrás de que se produjese su encuentro contigo. Digamos. –Hizo una pausa– que la nave lo utiliza para que la conversación con nosotros no sea tan fría. Sin embargo, la facilidad con que parece mantener conversaciones a tiempo real, es algo que se escapa de nuestra lógica y conocimientos. Para nosotros, aún resulta muy complicado comprender la idea de individuo.

Pero piénsalo bien muchacho. –Dijo con encendida pasión–. Piensa que somos una sociedad organizada de

células, una colonia. No podemos reproducirnos sin perder una parte de nuestros genes, necesitamos complementarnos con otro ser de nuestra misma especie para formar todo el conjunto genético de una nueva vida.

Y no todos los organismos funcionan así.

Abdel le miró a los ojos. El anciano hablaba con vehemencia.

–La conciencia y la identidad como seres únicos que somos, vienen de la memoria que nos hace unirnos al medio que nos rodea pero también, a nuestra conciencia del "yo", lo que somos, lo que sentimos, lo que nos hace ser.

Abrió mucho los ojos y elevó las manos al cielo juntando sus palmas luego, las dejó caer a los lados en un gesto de encendida admiración del lugar.

–Es. –Tartamudeó un poco–. Es maravilloso ¿Nunca has pensado que nuestro cuerpo es únicamente un vehículo? ¿Qué lo que importa verdaderamente es lo que subyace dentro? Pues yo pienso que si se pudiese mantener eso en una persona, aunque se destruyese su cuerpo, es decir, su memoria, su propia conciencia, independiente de donde tú la llevases, una máquina, un ser vivo, pura energía, cualquier cosa que tú te imagines Abdel, tendría la sensación de estar vivo. Eso es lo que sucede con el espíritu del ser que vive bajo estos pasadizos.

–¿A dónde quiere llegar, anciano? –Le miró con cara de pocos amigos.

–A explicarte que ellos han conseguido exactamente eso. Reproducir la imagen del ser que vio tu padre en el túmulo y que hoy funciona como una especie de navegador virtual de la nave y todo este lugar. Ya sabes, que existen perros virtuales, amigos virtuales y un largo etcétera. Pero nadie, excepto ellos han conseguido imprimir sentimientos a esas imágenes…

–No sé porqué. –Dijo Abdel dubitativo–. Pero tengo la idea que usted trata de decirme que lo que vio mi padre aquel día no era un ser real sino un fantasma o una especie de robot.

El mendigo movió la cabeza negativamente un poco ofuscado.

–No, lo que trato de decirte es que cuando tu padre lo conoció aún vivía. Ahora su memoria ha transcendido y se ha apoderado de todo. Se trata de un complejo programa de un ordenador muy especial. El programa puede funcionar en otros ordenadores y ser consciente de si mismo y sus limitaciones, pero un programa no es algo que se pueda tocar. Puedes escribir su código, grabarlo en un CD o enviarlo por el aire, aunque eso, solo son medios y el medio no es el programa aunque lo contenga.

Pero antes. –Abrió el mendigo su mano y le mostró unos minúsculos granos de arena–. Permite que me remonte al principio de toda esta historia.

–¿Qué crees que es? –Clavó en él sus inmensos ojos azules y esperó.

–Pues está claro –Replicó Abdel mirándole como si se hubiese vuelto chalado– solo es arena, granos de arena.

–¡Craso error! –Siguió diciendo el mendigo–. Imagina un mundo del tamaño de una duna en el que fuese posible que al recorrer la mitad de la trayectoria las cosas se redujesen a la mitad, y al recorrer la mitad de lo que falta para llegar al borde, ocurriese exactamente lo mismo. Como en la fábula del arquero Zenón nunca se llegaría al límite. ¿No es cierto?

–No lo sé. –Le confesó Abdel–. No conozco esa fábula. Me habla de cosas demasiado técnicas y yo solo soy un sencillo hombre del desierto cuya misión era construir pozos de agua y poco más.

–No importa. –Continuó diciendo el mendigo–. Sé que en eso, eres un fenómeno. Pero lo que realmente quiero es que comprendas que los Pájaros Peces son así. Ellos crearon todo esto que persiguen el general y sus secuaces.

–¿Pero, porque? –Preguntó Abdel– ¿Qué es lo que quieren?

–Es evidente. –Señaló la magnificencia del lugar–. En los confines del tiempo, cuando la humanidad aún no había aparecido sobre la tierra, sus creadores hicieron este universo en miniatura tanto, como el minúsculo grano de arena que te mostré. Comprendieron las razones del origen de las cosas, pero sobre todo comprendieron el espacio y el tiempo y la forma de alterar la materia. Esos mundos, les permitían viajar en múltiples dimensiones, aunque pronto, comprendieron que este conocimiento les daba un inmenso poder y responsabilidad. Cuando su hogar cuna se destruyó al morir su sol, su inmensa soledad les obligó a buscar un nuevo refugio y es ahí cuando nosotros aparecemos.

–¿Nosotros? –Se asombró Abdel.

–Sí nosotros –continuó Karima con la historia del mendigo–. Se marcharon huyendo del horror y la destrucción de su mundo y se toparon con el nuestro. Sin embargo, fue aquí, en nuestro planeta, cuando descubrieron la obra de una inteligencia superior a la suya, –nosotros diríamos que vieron en ella la mano de Alá–. La misma que los había creado también a ellos y les había hecho comprender que no eran unos seres únicos. Tú bien sabes Abdel, que la vida nace también en el borde del caos.

El mendigo se puso en pie y alzó la cabeza para observar las interminables columnas y la descomunal altura de la puerta.

–Fuera de aquí está el mundo real –Señaló la deslumbrante luz–. Y no nos queda mucho tiempo.

Abdel quedó solo. Reflexionó sobre las palabras de sus amigos. Pensó en la raza humana y la comparó con el resto de los otros seres vivos. Habíamos sido débiles en apariencia pero nuestra inteligencia había suplido nuestra insuficiente fuerza física. Esa inteligencia, había hecho posible que pudiésemos doblegar a seres mucho más corpulentos y fuertes que nosotros y también mucho más débiles.

Sin duda, ese detalle tuvo que impresionar mucho a esas gentes venidas de las estrellas al ver como la vida se abría

paso violentamente como las hojas que brotan por todas las esquinas tras el inclemente invierno.

Sin embargo, tuvo que ser duro no conseguir transferir la belleza y el respeto que ellos habían aprendido, a los nuevos seres herederos de aquel caos.

–Debieron considerarnos sus hijos, por eso no nos doblegaron. –Reflexionó Abdel–. Nos dejaron a nuestro libre albedrío para darles la posibilidad de descubrir también, sus propios orígenes y compartir con nosotros el inmenso cariño y amistad que nos procesaban.

En esto, pensaba Abdel, cuando de repente, se materializó a su lado un extraño ser, de la altura de un pequeño niño. De lejos, se parecía a un pingüino, sin embargo, no lo era. Pensó en todo lo que le habían contado el mendigo y Karima sobre el extraño espíritu que vagaba por aquel lugar y la mención por parte de Alika, de un extraño pájaro pez. Comprobó que todo ello era cierto, cuando pasó su imagen a través del ser aprovechando el momento en que este, se acercó y descubrió que estaba hecha de luz.

Sin abrir los labios, ni emitir sonido alguno, su hermosa voz llegó a Abdel a través de su cerebro, le habló de los ideales que les habían empujado a seguir buscando. Sus conocimientos de este mundo, para ser más precisos, del Sistema Solar, les alertaba que después de 5000 millones de años, el Sol seguiría los mismos derroteros que su mundo, el nuestro, se plegaría al igual que el suyo, aplastado por su propio peso y aceleraría su proceso de muerte por una rara composición del núcleo. Por lo visto, es algo que ocurre en uno de cada millón de soles similares. Solo una intervención momentos antes de ocurrir el suceso, podía evitarlo y ellos, no estaban dispuestos a revivir nuevamente una catástrofe como aquella.

–¿Tu mundo estalló a consecuencia del Sol? –Preguntó Abdel asombrado de cuanto veía y oía.

La cara hermosísima de aquel ser, asintió.

Continúo contándole que aún no disponían de la tecnología colosal que se necesitaría para evitar la muerte de nuestro Sol pero se hallaban muy cercanos a lograrlo. Había bastante ilusión impresa en su mirada. Lucharían al menos, por volver a la naturaleza de los muchos soles similares al nuestro, darnos una prorroga de otros 5000 millones de años y tener la esperanza que para entonces los seres de este planeta, aprenderíamos a ser dueños del futuro y emprenderíamos el mismo camino de superación que ellos, creadores de la nave, ya habían recorrido.

Muy a pesar suyo, con el tiempo. –El pequeño ser bajo la cabeza y mostró decepción y tristeza en su mirada– comenzaron a llegar a la conclusión que quizás no habían elegido a los animales más apropiados para adueñarse de aquel mundo tan parecido al suyo. La raza humana le había decepcionado.

–¿Y eso porque? –Alzó Abdel la vista al pequeño ser–. No somos tan odiosos, después de todo.

– Debido a las guerras y el odio. –Le dijo sin palabras.

Abdel comprendió que aquellos sentimientos negativos fueran minando las esperanzas que habían posado sobre nosotros. Pero, aún cabía la forma de corregir el rumbo errado.

–Quedamos dos guardianes. –Acarició la cara de Abdel con su diminuta mano. Luego, cuanto más impresionado estaba este por la caricia de aquel ser todo hecho de luz dijo.

–Yo morí. Mi hermano, vagó a través de la Tierra intentado comprenderos. Al final encontró unos pingüinos en el Polo. Por extraño que parezca, aquellos pequeños pájaros restablecieron su fe hacia todas las criaturas de la Tierra. Yo, en cambio, me quedé aquí en la casa de las mil y una habitaciones y lo estaré por toda la eternidad para acogeros.

–Yo morí. –Repitió una y otra vez el eco antes que desapareciese la hermosa imagen– pero me convertí en otra cosa.

Abdel, tardó un poco en comprender lo ocurrido. Estaba solo y seguía sentado en aquella fría escalera de mármol. Las últimas palabras que aquel extraño y hermosísimo ser había pronunciado, resonaban en su mente. Pero no habían sonado tristes, sino plenas de alegría, como si interpretase que la muerte no era más que un paso, el renacer a otra cosa.

Se levantó lentamente y miró las escaleras gigantescas y la puerta de la que emergía una luz tan brillante como la de una estrella.

Hizo un enorme esfuerzo por subirlas y alcanzar la cumbre.

Cuando estuvo cerca del umbral, dio un paso y pasó a través de esa luz.

Fue un instante de alegría tan intensa que pareció que a todos iba a estallarles el corazón. Myrian encontró a Pedro, Ramón a Lídice y Fátima a aquel amigo que le había salvado de morir en la playa cuando la patera en que viajaba se hundió. También Almudena y Hakin encontraron a un familiar al que creían muerto, el único que les quedaba.

Baste decir, que fue el momento más hermoso e irrepetible que nunca tuvieron en sus vidas.

Pero sin duda, ese sería un día inolvidable para Pedro. Quizás el único al que aún le aguardaba una gran sorpresa.

Mientras Pedro achuchaba a Myriam entre risas y acariciaba su nuca, pletórico de alegría, se fijó en la geóloga y la joya que llevaba colgada al cuello. Nunca se la había visto antes. La joya era un águila plateada sobre un fondo azul, que pendía de un cordón de cuero y destacaba sobre la blancura de su piel.

De pronto, sin saber por qué, recordó, aquella nota que había encontrado en el segundo sobre que Cristóbal le dejó a su muerte.

Se deshizo con suavidad y cariño de su amada Myriam y metió la mano en el bolsillo de la camisa en busca de la nota.

Sacó el papel arrugado y al leerlo volvió a oír emocionado la bronca voz de su amigo:

–"Un día le regalé a su madre una joya. Representaba un águila plateada enmarcada en un círculo azul, con un cordón de cuero. Presiento, que si mi hijo vive, tal vez aún la conserve. Te dejo todo cuanto tengo. ¡Úsalo para encontrar a mi hijo!".

Caminó con la nota en la mano hacia Lídice y la separó del abrazo de Ramón, tomándola por los hombros.

–Así que tú, eres la hija de Cristóbal. –Le mostró la nota sin dejar de mirarla.

Lídice, sin comprender su extraña reacción, tomó la nota de sus manos y la leyó a continuación. Al acabar, le preguntó a Pedro quien era Cristóbal. Él, le dio una descripción con todo lujo de detalles y bastante ajustada de como era y pensaba su amigo. Cuando dijo la palabra "adramitas", Lídice, le interrumpió para decirle muy asombrada que ella, les había conocido y que tenía que presentarle a un hombre llamado Abdel.

A través de la larga conversación que mantuvieron, acabó identificando a Cristóbal, como aquel simpático hombrecillo de ojos azules, miembro de la organización al que habían visto Wilson y ella antes de citarse con Najn al Dim. El Mendigo, que acababa de unirse a ellos en aquel momento, por que había escuchado la conversación que mantenían, confirmó que también le conocía y sabía la historia de que Cristóbal, tenía un hijo perdido por el mundo a quien buscaba desde hacía algún tiempo.

Wilson y Pedro se miraron entre ellos y luego, a Lídice.

Ella, se disculpó entre risas.

–Me temo que no soy yo a quien buscáis. Tal vez debáis preguntarle a la persona a quien yo robé este medallón. –Dijo señalando la joya y apuntó con un dedo a Ramón a lo lejos, que saludaba efusivamente a un grupo de personas.

Le pidió que si podía quitárselo del cuello y prestárselo durante un segundo. La sonriente muchacha, cuyo pelo volvía a ser rubio y crespo se lo tendió y exhibió una enorme y luminosa sonrisa.

Pedro, partió con la nota de Cristóbal y el medallón en la mano.

Al cabo de unos instantes, apartados de todos, mantenían una tranquila conversación ambos. Ramón no apartaba los ojos de Pedro mientras éste le hablaba, tomaba la nota de sus manos y leía con suma atención. Después acariciaba los contornos del águila grabada en la joya que Pedro sostenía ante sus ojos.

Ramón, le relató entonces, que su madre, le había dado a luz en un hospital de Canadá y que nunca había podido conocer la identidad de su padre, aunque siempre, había sospechado que era americano.

Le contó que al morir, nada más nacer él, una extraordinaria mujer llamada Yala, le había cuidado. Pero como ella, una mujer de espíritu aventurero no podía hacerse cargo de un niño tan pequeño, le había enviado con la familia de su madre.

Al hacerse mayor, había demostrado un amor al mar, que quizá le venía de sangre, enrolándose como marinero y más tarde, capitán. Y allí en aquel barco, había conocido a Lídice, la mujer que le había robado el corazón y la joya.

Pedro le escuchó con atención, y pensó en todas las similitudes que tenía con aquel hombre de bondadosos ojos oscuros: nació sin saber quien era su padre, fue criado por la familia de uno de sus progenitores y ambos eran mestizos.

Pensó, que si algún día, regresaba a Nueva York, convencería a Ramón –aunque tenía la idea de que eso no le costaría mucho– para que juntos llevasen unas flores a la tumba de Cristóbal su respectivo padre y amigo.

Aunque no vio que Ramón, llorase por Cristóbal, cosa muy comprensible, pues había pasado toda su vida sin

saber de su existencia, Pedro, se comprometió en la tarea de transmitirle su recuerdo a través de todas las cartas, fotos y juguetes que él había atesorado cuando aún tenía esperanzas de encontrarle con vida. Tenía la impresión que a través de todos aquellos objetos y recuerdos, cuando Ramón tuviese entre sus manos aquellos juguetes, amaría profundamente la memoria de Cristóbal.

Recordó aquellas frases de la carta en que el viejo le decía:

Y: ¡Ojala tenga una mínima parte de tu corazón! Te quise como si fueses él, pero ahora, te echaré profundamente de menos.

Ya se iba a ir, cuando Ramón le detuvo y volvió a poner en su mano el medallón.

Enlazó la cintura de Lídice que en aquel momento se acercaba a él y le dijo a Pedro:

–Gracias pero yo ya tengo todo cuanto quería. Recuerde que aún tenemos un encuentro pendiente cuando regrese de su largo viaje.

Había empezado a anochecer, cuando los pequeños Alika y Omar huidos de sus tiendas y corrieron al encuentro de Pit, el hombre pez, que había salido a dar un paseo por las inmediaciones del improvisado campamento.

Pit, volvía a recordar la muerte de su hermano menor, al recorrer nuevamente los pasadizos de la ciudad subterránea.

Sumido estaba en esta pena, cuando los niños, tomaron asiento ingrávidos flotando alrededor de los ejes dejándole en el medio y observaron como este divagaba con la mirada perdida en algún punto del desierto.

Sin volver la vista hacia los dos niños pero consciente de que estos se hallaban sentados, muy cerca de él, murmuró.

–Sé que estáis aquí, justo delante de mí flotando como un tigre que acecha a su presa y sé que eso os desquicia.

–¿A quien te refieres? –Preguntó Alika asustada pensando al principio que se refería a ellos y luego, esforzándose en ver lo que el hombre-pez decía que veía en la infinitud de aquel inmenso paraje de arena.

–Al general. –Murmuró Pit echando por tierra las sospechas de Alika y acariciando su larga cabellera–. Sé que está ahí, frente a nosotros aunque no podamos vernos y que esperan a que alguno de nosotros de un paso y salga de la frontera del escudo de arena. Ahí afuera somos vulnerables. Mientras estemos aquí adentro nada malo podrá sucedernos.

Alika inclinó el cuerpo hacia delante y dirigió a Omar una mirada cómplice. El niño, pareció dudar unos instantes, luego, se armó de valor y dijo:

–Alika y yo hemos pensado que queremos ir contigo a ese lugar tan bonito donde vives.

El hombre-pez miró con perplejidad a ambos niños y negó con la cabeza.

–No, lo siento. –Dijo–. No puedo permitirlo –Sois muy pequeños. No sé si vuestro organismo y vuestra mente están capacitados para hacer un viaje tan largo.

–Pero... –Protestó Omar.

–Pero, nada. –Le interrumpió el hombre-pez–. No lo permitiré.

–Déjame hablar a mí. –Pidió Alika a un contrariado Omar–. Llevamos muchos días aquí encerrados esperándoos. Durante todo este tiempo, los sentimientos se han aplacado. Ya no existe una necesidad imperiosa de conocer el lugar de donde provienes tú, hombre-pez. Somos prisioneros de esta burbuja y lo único que deseamos es salir de aquí con vida.

El hombre-pez miró a la niña con una infinita tristeza.

–¿Pero no comprendéis que de nada sirve que os salvéis del general y los suyos? ¿Qué no habrá una segunda oportunidad si estalla vuestro planeta? La única forma de conseguirlo es viniendo conmigo.

–De eso se trata. –Dijo Alika frotando el brazo del hombre-pez para consolarlo–. Si nosotros, Omar y yo, nos ponemos de ejemplo, dudo que el corazón de algún mayor no se conmueva y no decida cambiarse por nosotros dos para seguirte. ¿Comprendes hombre-pez? Tu nave necesita tres tripulantes. Tres tripulantes que tengan fe.

–Sí. –Asintió el hombre pez eclipsado ante el rojo crepúsculo–. Tal vez tengáis razón pero tengo miedo por vosotros dos. Tengo miedo de que nadie quiera ocupar vuestro lugar en la nave. Que en el fondo, acabe venciéndoles la cobardía.

–No te preocupes. –Habló Omar por primera vez–. Es algo de lo que Alika y yo estamos muy seguros. Ya tienes a dos, pero te conseguiremos al que queda y nos sustituirá a Alika y a mí. Alguien con la suficiente fe para movernos a todos y poner en marcha tu nave.

# XLII

*"Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo"*
Arquímedes

Reunidos ante el corazón de la nave, Lídice extrajo con cuidado una a una las piezas de su envoltura de lino y las colocó con sumo cuidado en el lugar que ocupaban en el suelo. Después que los tripulantes tomaron asiento en sus respectivos lugares, hizo lo propio con el resto de las piezas y les dijo adiós con lágrimas en los ojos mientras aguardaba pacientemente que estos, girasen las piezas sobre sus ejes.

Pero Pit, no lo hizo inmediatamente. Antes, quería saber si los tripulantes de la nave estaban convencidos del importantísimo paso que iban a dar en el futuro ya que no habría marcha atrás. No quería arrastrarlos a su mundo sin que antes no estuviesen plenamente convencidos que lo que iban a hacer era importante para ellos, pues ya no volverían a la Tierra durante muchos, muchos años y para entonces las personas y el mundo, tal y como lo concebían, no sería el mismo.

A Pedro le complació saber que tal vez ese mismo día, antes de partir, Myriam había recibido una llamada de los abuelos en la que le comunicaba que un milagro había operado en Laurita, que desde hacía días volvía a comer y jugar y volvía a ser la misma niña bonita y alegre de siempre. Para ellos, el viaje sería muy corto, apenas seis meses más o menos.

Pedro, pensaba en este detalle con cierto temor pues cuando él regresase continuaría teniendo la misma edad:

30 años, en cambio Laurita, su hija, tendría ocho más de los que ahora él tenía, es decir, 38.

Parecía algo inaudito, pero el riesgo de viajar a velocidades próximas a la luz, conllevaba paradojas como la que Einstein definió con el nombre de los hermanos gemelos y vino a decir que si una persona viaja muy rápido a la velocidad de la luz, verá su reloj pasar las horas sin observar ningún cambio mientras que la otra que espera en la Tierra, tampoco no advertirá grandes cambios que pasa nada en su reloj.

Sin embargo sus relojes irán a diferente velocidad, el que viaja regresará en un año de su reloj para descubrir que su hermano gemelo es ya viejo. Ninguno apreciará nada extraño por que su apreciación del mundo va en sincronía con su propio reloj, pero al regresar juntos se podrá observar que sus propios relojes y su vida han ido a velocidades distintas.

Entonces: ¿Cuál es la diferencia?

La diferencia será que si se pudieseis ver a la vez ambos relojes, observareis que uno se mueve más deprisa que el otro y la diferencia aumentaría en proporción a la velocidad.

En resumidas cuentas, si los cuatro navegantes accedían a ir al mundo del hombre–pez, debían renunciar a muchas cosas y el sacrificio mayor sería renunciar a un tiempo muy valioso con sus seres queridos y perderse sus buenos y malos momentos.

¿Y en cuanto a la Tierra?

¡Quien sabe que acontecimientos encontrarían a su vuelta! ¡Cuantos familiares y amigos descansarían bajo tierra! ¡Cuantos acontecimientos históricos habrían cambiado la vida del planeta!

Myriam se había mostrado entristecida al ver que él tendría que partir nuevamente. Discutió, en un principio, no había realizado un viaje tan largo para volver a perder a su marido.

Había mantenido con ella una conversación durante horas, finalmente, ella se había dejado caer derrumbada, llorando sin consuelo.

Viendo sus rostros sombríos, el hombre pez, casi sintió lástima. Les animó diciendo que el encuentro en el futuro era posible y que el tiempo no habría pasado en balde si lograban su objetivo.

La razón por la que solo unos pocos habían sido "Los elegidos" se debía a que la nave por seguridad, no podía activarse sin un determinado número de tripulantes, ya que necesitaba el código genético de un número determinado de seres inteligentes y de común acuerdo. Su poder era tal, que podría destruir ambos mundos.

Así que allí estaban en aquel profundo foso.

Eran cuatro pero hacían por tres. Alika y Omar sentados en cuclillas con sus espaldas unidas entre ambos adultos en pie.

La juventud y la ancianidad formando una especie de pirámide humana.

El viejo vagabundo, que no tenia nada que perder, y al que su mentalidad de científico le hacia ver mas allá, soñaba con visitar un planeta desconocido. Pedro, indeciso, unía las palmas de sus manos a las de éste. Bajo ellos, los dos niños sentados mirándose atemorizados.

Alrededor de ellos, los 3 extraños ejes de un metal azulado con las diminutas tablillas encajadas en estos.

Pedro movió un poco sus piernas entumecidas y echó un vistazo a su alrededor para preguntarle:

–¿Y qué se supone que hemos de hacer para accionarla? Todo está dispuesto tal y como tú dijiste: Nosotros, las tablillas... Pero la nave sigue sin moverse ni un ápice. Estamos esperando que nos des una orden.

–Por supuesto que falta algo –dijo– Falta algo que es absolutamente imprescindible para moverla. Sin eso, no podréis viajar a mi mundo ni tampoco yo podré salvar el vuestro.

Pedro se preguntaba que podía ser eso tan importante. Lo había arriesgado todo para llegar a aquel momento: su casa, su familia, su integridad física y moral, todo a cambio de aquel enorme foso de arena que seguramente, estaría viéndose en todas las televisiones del mundo.

Al hombre pez se le nublaron los ojos cuando dijo:

–Os falta la fe.

Inició un movimiento circular con su pequeña mano de reptil, que de lejos parecía la negra ala de un pájaro y acarició una esfera de luz blanca. La esfera rebotó varias veces en su mano y se convirtió en una imagen tridimensional que fue in crescendo. Extasiados, la miraron todos.

Se reflejaba una imagen con total nitidez. Era una manifestación multitudinaria.

Grandes pancartas conminaban a los grandes gobernantes a frenar una guerra que aún no se había producido en ese país pero que segaba las vidas de cientos de seres en otras partes del mundo. Hombres y mujeres de toda índole y condición, caminaban juntos en silenciosa comitiva.

Por doquier rostros de impotencia, miedo y tristeza...

Su misión era impedir el bombardeo de una ciudad. La muerte de miles de seres que podían ser los hermanos o los padres de cualquiera de aquellas personas que esperaban allí.

Una imagen al fin y al cabo que presagiaba esperanza: La fe de la gente que mueve montañas.

Pero...

¿Qué era aquello? ¿Qué estaba pasando?

La imagen había cambiado por completo y se había tornado en una imagen horrenda, como si en un abrir y cerrar de ojos, hubiesen ido a aterrizar al fondo del conflicto.

Edificios caídos, cuerpos sepultados por escombros, cascotes y vigas de hierro. Una madre derrumbada en el suelo y en sus brazos el cadáver mutilado de su hijo. La

mujer se movía hacia atrás y hacia delante, sin descanso, con el movimiento oscilante de los locos a la vez que suplicaba a gritos a un dios inclemente.

Mientras el mundo se volvía oscuro. La negrura se apoderaba de todo, los gritos se tornaban alaridos y las carreras, avalanchas.

Unos metros más allá una ambulancia, volcaba al chocar contra un grupo de vehículos aparcados y causaba un nuevo desastre. A pocos metros de aquel lugar, varios hombres cara a la pared, eran ejecutados.

Uno, dos, tres...

Tres disparos en la cabeza.

El último de la fila había caído como un ridículo muñeco de trapo aún movía los pies en el suelo. El soldado entrenado para no sentir clemencia, le dio el tiro de gracia. Fue misericordioso en todo caso.

Los hospitales no daban abasto a recibir a tantos heridos. El suero, las vendas, se agotaban, no había camas suficientes.

El ala derecha del hospital estaba ensangrentada y parcialmente destruida por un bombardeo que había acontecido la noche anterior.

En una de las camas yacía un muchacho, de cabellos dorados como el trigo. Hablaba un torpe inglés. Sus heridas eran superficiales pero su risa era contagiosa. Nadie había conseguido sonsacarle su verdadero nombre, excepto que decía llamarse Giuseppe y que era italiano, y que reía a la vez que lloraba.

Las cárceles estaban atestadas de prisioneros. Una madre gritaba muerta de dolor con su hija pequeña en brazos mientras corría al hospital más cercano. La niña debía tener apenas ocho años, se había enfrentado a un tanque con una piedra y el soldado le había pegado un tiro en la cabeza.

Su madre, apenas se había percatado que ya se había desangrado, su máxima preocupación era encontrar a

alguien que la llevase en coche al hospital más cercano para que la vieran los médicos.

Los edificios eran asaltados sin orden de registro, se destruían propiedades privadas, los museos se expoliaban.

Por doquier se alzaba el horror de las fosas comunes llenas de las víctimas del tirano desaparecido y ejércitos de hombres y mujeres, pero sobre todo de hombres, se alzaban enfurecidos clamando consignas religiosas mientras portaban sobre sus hombros ataúdes cubiertos con negros crespones.

Aquello era difícilmente soportable para Pedro cuyo encierro le había impedido ver los resultados del conflicto. Para el mendigo en cambio, no eran nada nuevo pues la televisión había emitido cientos de veces imágenes de la guerra como aquellas.

Aún así estaba impresionado. Nunca había visto aquellas escenas con tanta nitidez. Era, como si algo, les hubiese tele transportado a los distintos lugares donde esto acontecía.

Pero Pedro aún no había visto lo suficiente.

Ahora tenían ante sí la imagen de una estación de tren. Pedro sabía que era Atocha en Madrid, lo sabía porque hacia unos años había visitado su hermoso jardín botánico en compañía de Myriam.

La estación se hallaba impactada por una enorme explosión. Los cadáveres yacían esparcidos por las vías junto al sonido siniestro de las llamadas a los móviles de las víctimas por parte de familiares y amigos.

Alika y Omar veían estas escenas con horror y se tapaban los ojos sollozando, imágenes demasiado fuertes para dos niños.

El hombre pez se dirigió a los adultos con una esfera de luz blanca suspendida en cada mano.

–Ya es suficiente –les dijo–. Esto es el pasado. Pero imaginad por un momento que el dolor pudiese condensarse en esta burbuja de luz, imaginad que toda ella estuviese

llena del dolor contenido de toda esta pobre gente que como cada mañana se dirigían a sus puestos de trabajo. Más aún, imaginad que esta burbuja pudiese condensar todo el dolor de vuestro mundo. Que me decís ahora: ¿Si el dolor pudiese condensarse y hacerse sólido, aún así estaríais preparados para soportarlo o reventaríais la burbuja?

Pareció cambiar de opinión.

No quiero que seáis capaces de ello. –Les envolvió con un halo azul sin esperar su respuesta–. No quiero que seáis inmunes al dolor. Mi mundo se destruyó y yo solo pretendo que toméis conciencia de que algo así puede sucederle al vuestro, si vosotros mismos no frenáis vuestra violencia, seréis historia para cuando vuestro Sol estalle.

La burbuja fue haciéndose más y más grande hasta envolver a la pirámide humana. Al corazón de la pirámide, sin embargo lo ignoró. Era como si estuviese programada para obedecer al hombre-pez y este ya había estimado que Alika y Omar no eran inmunes a la visión del sufrimiento de sus semejantes y por tanto no podían ir con él.

Pit, el hombre-pez, había observado la reacción de Pedro y aún le quedaba por ver la del mendigo.

Aquel gesto de envolverle con la luz de la esfera tuvo una rápida respuesta.

El mendigo acabó agazapado en cuclillas con la cabeza metida entre las piernas. Se la agarró con ambas manos temiendo que fuese a estallar por los aires. El dolor era tan insoportable que Pedro no quería mirar. Mantenía aún los ojos cerrados cuando dijo entre lágrimas:

–Lo siento, de verdad que lo siento. Pero yo no tengo fe en nuestra especie. ¡No tengo fe!

Cuatro cortinas de arena, altas como un edificio de ocho o nueve pisos impedían el acceso al enorme foso que había surgido por arte de magia ante las atónitas miradas de los beduinos y el ejército.

Fuera, de la nave, los demás se congregaban expectantes.

En general el ambiente que se respiraba era de entusiasmo y nerviosismo a pesar de la preocupación por la suerte de las personas que se habían mostrado voluntarias para accionar la nave. Los beduinos, en cambio, se mostraban temerosos. Tras numerosos intentos de acceder al recinto, solo habían conseguido ser repelidos por vientos racheados provocados artificialmente al antojo de aquella misteriosa entidad, que utilizaba el viento como un arma inteligente alrededor de aquellas inmediaciones.

Era algo inaudito que a pesar de su fragilidad, la arena no cediese al peso de la gravedad y sin embargo crease aquel escudo infranqueable de arena.

Aquello haría ganar tiempo al Pit, el hombre–pez y a los navegantes. Târek aferró con fuerza la mano de Karima y le susurró que estuviera tranquila pero ella se echó a llorar de repente.

No había tenido que hacer caso a aquellos dos niños. No eran más que eso niños. Su estancia con Alika le había hecho ver a la huérfana como su propia hija. Aun a pesar de la insistencia de ambos por permitirles viajar con aquel extraño ser, que no era de su planeta y posiblemente era peligroso, ella no debía haber accedido.

Si algo le pasaba a Omar, ella no viviría lo suficiente para lamentarlo.

Los beduinos apuntaban nerviosamente con sus fusiles el lejano foso. Nunca en su vida habían visto una cosa tal. ¿Qué podía producir aquella extraña tormenta de arena? ¿A que se estaban enfrentando?

Un hombre de piel cetrina habló por radio y comunicó a los otros que muy pronto llegarían los refuerzos. Karima, que oyó sus gritos, se echó a llorar desconsolada, presa del histerismo.

Le contó a Târek que había oído como gritaba que el apoyo no tardaría en venir y que sería desde el aire la única forma de acceder al foso burlando la protección del escudo de arena.

Así que los beduinos y el ejército tenían la intención de aniquilarlos desde el aire...

¿Cómo podían ser capaces de matar el corazón de un niño, el corazón que debía mover la nave?

El viento soplaba huracanado.

Abdel miró con tristeza como Karima y Târek entrelazaban sus manos y miraban con terror el velo de arena que los separaba de sus hijos.

Por vez primera los veía unidos en el duelo. Atrás quedaban los golpes, la incomprensión y el silencio. Ahora, Abdel solo veía una pareja que quería recuperar el tiempo perdido y que mostraba una gran preocupación y dolor ante lo que pudiese ocurrirle a sus pequeños. Confiaba en que Târek hubiese aprendido la lección y no volviese a maltratar nunca más a los suyos. Esperaba que el viento del desierto, donde quiera que fuese le hiciese llegar siempre ese mensaje y la promesa de Abdel de matarle si les causaba algún daño.

–Pero yo soy el amor de un amigo –quiso decir para sí en una plegaria dirigida a Pit, el hombre pez que involuntariamente sonó en voz alta–. Quiero que dejes partir a Alika porque la quiero como si fuera mi propia hija y también a Omar porque será la felicidad que nos guie en el futuro. Yo quiero que me lleves a mí y les dejes partir a ellos. Puedo ser el corazón de un niño si tú lo quieres. Puedo ser lo que tú quieras. No sé si en mi hay suficiente inocencia pero todo cuanto soy, será tuyo.

Abdel sabía que el hombre-pez jamás oiría este pensamiento dicho a viva voz. Sin embargo, los gritos de los beduinos le sobresaltaron ahora cuando más inmerso estaba en estos pensamientos y supo que tenía que reaccionar con prontitud.

De pronto, se había abierto una especie de puerta en aquella cortina de arena tras la que surgían dos niños pequeños temerosos, asidos de las manos.

¿Tal vez el hombre-pez había escuchado la muda plegaria de Abdel? ¿Podía aquello interpretarse como una invitación a entrar allí y ocupar el puesto que los dos niños habían dejado bacantes?

Sin pensarlo dos veces, el decidido Abdel avanzó con los brazos extendidos al cielo y atravesó corriendo la puerta que se había abierto en el muro de arena.

Ellos, los pingüinos en el Polo sabían que los navegantes habían ocupado sus puestos y que muy lejos de allí, a ellos, les correspondería hacer lo propio.

Alt pensó en su amigo Pit el hombre-pez, en algún lugar del desierto. Le deseo suerte desde lo más profundo de su alma. Se habían hecho muy amigos, si ahora alguien le preguntase que era Pit para él, respondería que un ser de su misma especie, no un extraterrestre.

Hacía frío, mucho frío en el Polo. El cielo se había vuelto negro, apenas iluminado por una sola estrella. Alt lloró amargamente por Pit pues sabía que nunca más volvería a verle ni compartir con él aquellas largas y absurdas veladas, aunque siempre divertidas.

Contempló la única estrella que brillaba esa noche en el cielo y se preguntó si allí estaría el destino de su amigo.

Luego, miró con ternura a sus otros congéneres. Los que habían dormido acaban de salir al exterior del círculo para prodigar calor a los más débiles y extenuados. Todos unidos en un circulo enorme y perfecto.

Un día, hace mucho tiempo, un moribundo Pit ocupaba el centro de aquel mismo círculo. Pero ahora no. Ahora Pit, se iba.

Era el momento: El fin de la era de la estrellas y de la oscuridad que habían preconizado. El esfuerzo que Pit había de hacer era muy grande y requería la máxima concentración de todos pues en su empeño podían morir.

Alt tenía que ayudarle.

Conminó a los demás a respirar tal y como Pit les había enseñado durante todos aquellos años, lenta y pausadamente pegados los unos a los otros con sus diminutos cuerpos rozándose, infundiéndose un calor leve, pero mínimo que impedía que muriesen congelados.

Respiraron una y otra vez. A medida que lo hacían el ritmo de sus respiraciones se ralentizó hasta que finalmente el rugido del viento se calmó y solo se oían las olas rompiendo contra el batiente y los acompasados latidos de sus pequeños y frágiles pingüinos.

En el centro Alt dirigía aquella silenciosa orquesta. Debía pensar como la Tierra, sufrir como la Tierra, llorar como ella. Escucharla, amarla... Pues Pit siempre le había dicho que ella era un enorme y hermoso animal vivo y que también era posible entender su lenguaje.

Así que pensó y su pensamiento junto al de aquellos pequeños seres se volvió uno y de un tamaño tan gigantesco como el globo terráqueo. En su mente, fue capaz de visualizar profundos valles llenos de bosques, caudalosos ríos de agua verde, montañas coronadas por nieves impoluta, impresionantes océanos, superficies desoladas de arena, edificios colosales, mareas humanas que discurrían como insectos en todas direcciones y formaban ciudades, países, continentes y finalmente, la tierra ingrávida como una burbuja suspendida en el vacío...

Aún tenía que esforzarse y acotar un lugar concreto, muy pequeño, más diminuto que un punto.

Alt se concentró en el desierto y vio el foso examinado atentamente por unos grandes aviones militares. En el suelo, un nutrido grupo de soldados y beduinos rodeaba a la nave con sus armas.

Alt, sabía que la nave no era amenazadora, pero que en su afán de protección, intentaría repeler con todo su ímpetu a quienes osasen atravesar la barrera que la protegía pudiendo originar una explosión capaz de destruir

la Tierra. Tuvo miedo por Pit. La nave no necesitaba esa protección ya que los navegantes no tenían intención de dañarla. Pero: ¿Y los que estaban fuera? ¿Y si se ponían nerviosos?

No había tiempo que perder.

Se concentró ahora en las personas que lejos, muy lejos estaban colocadas alrededor de las tablillas. Junto a él, muchos corazoncitos latieron al unísono y sintonizaron con los pensamientos de Pit, el hombre-pez que tenía apariencia de pingüino y que durante tanto tiempo, había convivido junto ellos y sido uno más.

El momento de sintonizar sus pensamientos con el de los navegantes, era el único detalle que faltaba.

Entonces, Alt se desplomó y perdió toda esperanza. Porque había oído una voz que decía entre lágrimas:

–Lo siento, de verdad que lo siento. Pero yo no tengo fe en nuestra especie. ¡No tengo fe!

Omar partía corriendo a abrazar a sus padres. Alika, en cambio, se estaba deteniendo ante Abdel unos segundos antes que éste atravesase la cortina de arena. Éste, se agachó ante ella para ponerse a su misma altura.

–¿Qué quieres, mi pequeña Alika?

Ella sonrió y retiró con ternura una lágrima que acababa de asomar en su mejilla.

–Eres como el dogo, Abdel. El pajarito de aquel cuento que te conté aquella vez. ¿Te acuerdas? Pero no puedes hacer nada por nosotros. Tú no sabes lo que pasa ahí adentro. –Señaló el enorme foso–. Hemos hecho todo cuanto pudimos por que la nave se activara pero no ha sido posible. Se mueve por los sentimientos. Pit dice que es como cualquiera de nosotros y que el dolor le resulta insoportable. Necesitamos a alguien que tenga la fe que a nosotros nos falta... El dolor y la tristeza que se respira resultarían insoportables incluso para un pajarito como el dogo.

–Quizás yo tenga esa fe.

–Sí es así. –Respondió Alika– yo quiero subir contigo.

Abdel le sonrió, le susurró algo en su oído. Inmediatamente, la niña le agarró por ambos brazos y le dirigió una mirada cristalina, llena de madurez como si de pronto hubiese envejecido muchos años.

–Soy huérfana –le dijo–. Tú eres como el padre que nunca he tenido. ¡Por favor Abdel! ¡No impidas que vaya contigo!

Intentó convencerla de que partiera a la carrera, lejos de allí pero fue inútil. La niña se aferraba a él de tal manera que para separarla tendría que hacer uso de su fuerza. Finalmente, la separó con suavidad y le tomó de la mano.

–Está bien. Tú ganas. ¡Vamos allá!

Ella sonrió y retiró con ternura una lágrima que acababa de asomar en su mejilla.

–Eres como el dogo, Abdel. El pajarito de aquel cuento que te conté aquella vez. ¿Te acuerdas? Pero no puedes hacer nada por nosotros. Tú no sabes lo que pasa ahí adentro.

–¡No, vete! –le dijo.

Pedro le sonrió, le susurró algo en su oído e intentó convencerla de que partiera a la carrera, lejos de allí. Al cabo de un instante, la vio enterrar el rostro en las faldas de Karima.

Abdel se detuvo un momento pensando en que debía hacer.

Finalmente, con las manos elevadas al cielo, sonriendo y dando las gracias por la oportunidad que Alá le brindaba. Se dirigió al orificio que se había abierto para él en aquel muro de arena y pasó a través de él.

En el interior, luchaba con un viento huracanado por levantar del suelo a Pedro y al vagabundo. A pesar de sus negativas, les obligó a formar nuevamente la pirámide

humana y ocupó el centro de aquella extraña figura. Luego, dirigió a Pit una mirada confiada y serena.

–CREO. –Dijo firmemente convencido.

Inmediatamente, las piezas metálicas sin necesidad de la intervención humana, giraron sobre si mismas sobre los ejes azules y se produjo una enorme detonación que hizo sangrar los oídos de todos los que estaban fuera del foso.

Muy lejos de allí los pingüinos también sentían el dolor de los tripulantes.

La nave se elevó majestuosa y dejó un cráter de arena gigantesco.

En los bordes de aquel cráter, la arena discurría con la misma suavidad que un reloj de arena dejando a la luz las ruinas de una ciudad enorme, perfectamente trazada en una estructura radial perfecta. En el centro, podía verse un triángulo equilátero perfecto donde estaba el lugar del que la nave había emergido.

Comenzaba el amanecer de un nuevo día para la especie humana.

Los beduinos cabalgaban fuera del lugar muertos de pánico.

En la ladera Este de la montaña un grupo de gentes uniformadas, protegía sus caras del golpe de arena y la mayoría, huía al Noreste hacia la cercana montaña. En el sur, dos helicópteros, levantaban pináculos de un humo negruzco.

Una batalla sin guerra.

El general O´Flaherty nunca había presenciado algo semejante. Se encaminó furioso con las manos entrelazadas en la espalda y contemplando los riscos, volvió la vista atrás impotente, convencido de que nada podía hacer para evitar la marcha del misterioso ingenio.

En ese momento que caminaba, furioso por la cobardía de sus hombres; sintió sobre su cuello la frialdad del acero y

observó con horror como Saqr Ibn Abbas caía derribado de su montura y le miraba desde el suelo con un arma sobre la garganta y la rodilla de un hombre clavada en sus costillas.

–¿Como? ¿Como habéis hecho para burlar el escudo y pillarnos desprevenidos? –le pregunto a la mujer negra que esgrimía con fuerza el cuchillo sobre su cuello.

Los pocos hombres de Saqr Ibn Abbas y el general no se atrevían a hacer el menor movimiento que pudiese precipitar la muerte de sus respectivos jefes. Al menos, eso fue lo que pensó O´Flaherty en un principio.

El cuchillo temblaba en las manos de Shafik. Tenía a su merced el cuello del asesino de su hermano y sin embargo, llegado el momento, se sentía incapaz de hacerlo pues a pesar de todo el odio acumulado nunca había matado a un hombre y dudaba si seria capaz.

Pero en ese momento, los cuellos de los dos peligraban.

Fátima soltó el cuchillo que apuntaba a W pero Shafir aun se veía incapaz.

Al pasar a su lado W, posó una mano en el hombro del muchacho, que sin soltar el cuchillo sollozaba como un niño asustado.

–Déjalo muchacho –le dijo– de veras, que no merece la pena matarlo.

–¿Que esta sucediendo? –gritó el general con la cabeza ladeada bajo la rodilla de Fátima–. Exijo que mis hombres y los suyos bajen las armas. No es una petición, señor W, es una orden. Ahora le tocaba el turno de rendir cuentas a la gente.

–Usted no esta en condiciones de exigir ninguna orden ya. –Replico éste–. Ahora soy yo quien esta el mando.

El general se sentía humillado, furioso. No podía seguirlos. Ni tenía medios para ello. Y aunque así fuera: ¿Merecía la pena correr ese riesgo? Al menos se irían y dejarían de ser un problema. Ya había apostado demasiado y había perdido.

Lo único que le quedaba al general O´Flaherty eran aquellas ruinas de la maldita ciudad de Ad, que emergían desde el fondo del infierno. Tal vez la gente que trabajaba para él lograría descubrir algo bajo sus pasadizos, algo que le dijese por insignificante que fuera, el lugar del que procedían aquellos seres que habían invadido su mundo y le habían dejado un legado en el subsuelo.

Pero un montón de ruinas no era nada a cambio de la tecnología que habían dejado escapar.

Aunque diese aviso a los cazas en aquel inmediato instante, nunca podrían igualar la velocidad de aquel ingenio volante. Aquel entupido de W se lo había impedido. Veríamos al llegar a casa quien tenía el poder, cuando el general le llevase ante un tribunal y le acusase de sublevación.

Pero el disco se iba. Su figura se recortaba insultante al girar sobre sí mismo sobre un cielo rojo, anaranjado y violeta. Representaba todo aquello que el general nunca podría tener: la tecnología, la belleza, el conocimiento de una civilización antigua, venida de las estrellas, la posibilidad de utilizar la tecnología inversa.

El disco irisado con una luz tan cegadora como la del propio Sol, partía hacia un mundo desconocido.

En el Polo, un enorme círculo de pingüinos a pesar del sufrimiento, continuaban dándose calor mientras repetían en sintonía con los navegantes la misma palabra.

–“Creo”.

En algún lugar lejos, en el desierto, alguien había pronunciado la palabra mágica y sonaba como una música celestial en sus picos.

Hermosa música.

La prueba palpable de que la magia existe.

Pit, recordó que hacía ya algún tiempo, cuando encontró a Alika en el desierto y le había contado el cuento del

pequeño dogo, le habló a su vez de la piedra blanca y su desesperación porque no la encontraba.

Le contó que estaba solo, que se sentía triste y que sin la piedra, él nunca podría regresar a su mundo.

Alika le había escuchado con muchísima atención y cuando él ya estaba a punto de marcharse le dijo:

–Yo vi una de esas.

En aquel momento, Abdel se había girado para mirarle sorprendido.

# XLIII

*"En los ojos de una bella*
*hay más de un misterio;*
*hay dos:*
*el dulce misterio de ella,*
*y el gran misterio de Dios".*

Amado Nervo

El enorme plato reflejó la luz del sol y arrojó destellos bermellón sobre las ropas de todos los que presenciaban el impresionante despegue de la nave espacial. En el gran silencio que siguió a la tormenta, solo se pudo oír el ruido de la arena que se deslizaba sobre el techo del vehículo y formaba remolinos ocres bajo él.

El disco se elevó sin producir sonido alguno, y se mantuvo quieto en un cielo plúmbeo que amenazaba con caer.

A cien metros del suelo, cambió de aspecto y deformó su estructura para volverse triangular, de un azul eléctrico y de pronto, más deprisa que cuando surgió de la arena, desapareció ante las miradas atónitas del general y sus secuaces.

Entre tanto en el interior, se había producido un enorme tornado.

Los navegantes ya no sentían nada, excepto los fuertes latidos de su corazón acelerado y el ruido de un único pensamiento grande como el universo al tiempo, que veían sus cuerpos hundirse en una superficie acuosa, grande y azul como el océano.

Era, como si de repente, sus miembros hubieran perdido sensibilidad. Les acompañaba también, una extraña sensación como si el mundo acabase de fragmentarse.

En unas centésimas de segundo todos dejaron de existir…

Abdel despertó sobresaltado al darse cuenta que una extraña sensación de ingravidez se había adueñado de él.

La nave flotaba en algún lugar indeterminado. Era de noche y por la luz que había en la nave, parecía que había luna llena, solo que en aquel cielo, no había ninguna luna, sino una miríada de estrellas en un cielo negro, como el carbón.

–Estoy solo. –Echó una mirada desolada a su alrededor– ¿Qué lugar tan especial es este? ¿Será que he muerto y estoy con el espíritu del águila?

–No estás solo. –Sonó de pronto una voz a su lado–. No estás solo. –Repitió–. Y nunca lo has estado.

Pudo percatarse de la realidad de esta afirmación al descubrir al diminuto ser que se hallaba a su lado que a su vez, contemplaba absorto el paisaje como en un gran cine sin asientos. Por la expresión de sorpresa en su rostro, parecía que también aquello era nuevo para él.

La nave no tenía ventanas y no las necesitaba.

Estaban en un medio, similar a un gel muy liviano y totalmente transparente en un ambiente sin gravedad. Probablemente este gel, serviría para protegerles de las aceleraciones. –Caviló Abdel–. Aunque no comprendía demasiado bien su función, ya que parecían estar totalmente aislados del exterior.

–Tengo tantas preguntas que hacerte que no sé por donde empezar. ¿Quién eres en realidad? ¿De donde procedes? ¿Por qué pareces un sueño?

El ser, que parecía no oírle, atravesó la nave de un lado a otro. Mirándolo Abdel, pensó que quizás no eran tan distintos como cabría esperar.

Echó una ojeada a su alrededor y vio que Pedro, tumbado en el suelo, se recomponía las arrugas de la túnica y el mendigo a su lado, se estiraba para desentumecer el cuerpo.

Recordó la vegetación, los enormes templos y las grandes escalinatas de mármol de la casa de las mil y una habitaciones. La ciudad que estaba enterrada en la arena.

En la nave, no había nada de todo aquello. El único recuerdo de la casa eran unas columnas azules que llevaban impresos unos símbolos grabados en oro, muy parecidos a aquellos, que ahora parecían relucir de un rojo rabioso, como si sus surcos hubiesen sido rellenados con lava incandescente. Una luz blanca y aséptica similar a la que se utiliza en los quirófanos inundaba aquel lugar vacío de mobiliario.

–Pero… ¿Hay más vida en el universo?– Preguntó en voz alta. En ese momento, al mirar al mendigo que observaba con la misma admiración el lugar, los ojos se le empañaron de lágrimas pues en realidad ambos, ya conocían la respuesta.

De pronto, descubrieron que Pit estaba a su lado diciendo:

–Sí, y cuanto más la conoces más la amas. Cuanto más observas en silencio el Universo más aprendes a amar todas las cosas que te rodean. No todos los seres que lo pueblan adquieren la misma sabiduría, el sentimiento y la humildad para proteger la vida, pero la vida es así: hermosa, salvaje, en ocasiones extremamente dura, maravillosa en sí misma…

–¿Cómo aprendiste a viajar por las estrellas? –Preguntó el mendigo movido por la curiosidad.

Es una bonita historia, mendigo, la de nuestra raza. –Contestó el ser.

Y entornó los ojos emocionado y le contó a los tres humanos que en su sistema solar había dos planetas enanos gemelos (Lo que nosotros llamamos puntos de Lagrange) De estos 5 puntos, en dos de ellos que configuraban lugares para órbitas estables, situados a 60 grados por delante y

por detrás del gran planeta, se hallaba un coloso gaseoso de las mismas características que Júpiter.

Su raza, siempre había tenido aptitudes para transmitir su pensamiento, era su forma natural de comunicarse y tenían necesidad de compartir con otros seres sus descubrimientos.

–En las matemáticas. –Continuó el ser emocionado–. Encontramos respuestas a muchas preguntas y un descubrimiento maravilloso en el campo de los números, nos reveló en su estructura fractal una parte de nuestro mundo y comprendimos que hay mensajes ocultos en la naturaleza y lo más sorprendente de todo: también una forma de viajar.

Nuestras razas se unieron y estuvimos viajando entre las estrellas durante muchos eones aunque siempre regresábamos a nuestro hogar. La tierra de los Wanik al Ore era un remanso de paz. Cuando estábamos lejos de ella, la echábamos profundamente de menos. Ella, ofrecía el contrapunto a nuestro espíritu aventurero.

Aquí, se detuvo un poco y pareció tomarse su tiempo para recordar.

Los Wanik al Ore. –Continuó– aprendimos a prolongar nuestra vida, utilizamos virus para regenerar nuestro código genético, remplazamos el final de los genes, ya sabéis, eso que llamáis telómeros. Al reparar estas cadenas situadas en los extremos del gen, hacíamos que las células pudieran dividirse sin perder la información genética generando siempre otras nuevas estructuras.

Pero no, amigos. No os equivoquéis al pensar que somos inmortales. Tampoco lo deseábamos. La soledad es una carga muy dura para cualquier ser.

El mendigo, más que ningún otro de los presentes, se hizo cargo de la soledad de su extraño anfitrión y le miró con dulzura. Admiraba enormemente su sabiduría. Sabía que el movimiento, no es más que una cuestión de tiempo y que aquel ser había controlado el tiempo para viajar a

cualquier sitio que se le antojase, deformando el espacio y el tiempo con el mínimo gasto de energía.

¡Lo admiraba!

Daría lo que fuese por que aquel extraño pingüino, o lo que quiera que fuese él, le transmitiese solo una mínima parte de sus conocimientos. El mendigo, había soñado con aquel encuentro durante toda su vida, siguiendo el legado que los dioses habían dejado a través de la humanidad.

Recordó que los incas la primera vez que vieron a los españoles les preguntaron si venían del cielo.

Wilson se había empapado de las lecturas bíblicas que hablaban de los carros de fuego, los viajes a las excavaciones egipcias y aztecas en busca de señales y las fotografías de las líneas de Nazca –que él aseguraba– representaban una enorme pista construida para ser vista desde arriba por posibles naves venidas del espacio.

Ahora, cuando sus días acababan, tenía ante sí la visión de un sueño y no podía parar de llorar. Aquel sabio ser, era la prueba palpable de que la vida en el universo era más común de lo que se había pensado, o lo que habían tratado de inculcar un montón de científicos corruptos al servicio de las conspiraciones fácticas.

Abdel, también escuchaba sorprendido y a la vez maravillado como a medida que el pequeño ser hablaba con ellos, se desplegaban imágenes tridimensionales que venían a dar fe de todas sus explicaciones. La realidad, era tan virtual, que realmente no pisaban el suelo de aquel mundo, sino que flotaban en él.

Hacia arriba, hacia abajo y a los lados, surgían las proyecciones de la nave.

–¿Y que pasó con vuestro mundo? –Preguntaron los tres mirando maravillados las imágenes.

–Nuestro mundo. –Se detuvo a pensar– pues, se extinguió cuando nuestro Sol murió, quizá aún podamos evitar que...

Quedó un rato en silencio y ocultó su pequeña cabeza contra el pecho, luego movió su pico una y otra vez como si quisiese con ello quitar una mancha inexistente en su plumaje y prosiguió su relato.

Cuando el Universo era joven abundaba la energía y todas las formas de materia eran muy simples, todo era muy homogéneo, no había otra clase de materia que inmensas nubes de hidrógeno por todas partes.

Las nubes se fueron condensando por su propia gravedad y comenzaron a formar gigantescos soles miles de veces mayores que vuestro Sol.

Una estrella. –Aclaró señalando el espacio– es como un crisol donde, por la fuerza de la gravedad, se van formando elementos cada vez mas pesados, y complejos tales como el helio, el oxígeno, el carbono, ...el cambio se produce, desprendiendo grandes cantidades de energía.

Esta, es la fuente de luz de las estrellas, y la causa por la que las estrellas no se derrumban por su propio peso.

Pit, les explicó que la parte exterior de las estrellas era una capa gaseosa, que a medida que aumenta la gravedad se comportaba como un líquido.

–Sin embargo, el núcleo interior es rígido. –Continuó– forma una sucesión de capas de distintos elementos como las capas de ¿Las cebollas? –Se detuvo sin saber si había utilizado bien el término.

El mendigo asintió con la cabeza y preguntó. –¿Son capas de distinta composición: oxigeno, carbono, silicio, hierro...?

–Exacto. –Continuó Pit–. Al igual que una cebolla renueva sus capas, la estrella se renueva lentamente siguiendo una sucesión de ciclos.

Las capas se van haciendo cada vez menos energéticas hasta que llegan a un umbral en el que se derrumban y cuando esto sucede la alteración llega a la superficie y provoca tormentas magnéticas tan intensas que forman las manchas solares.

Un enorme Sol acababa de aparecer ante los atónitos ojos de Abdel, Pedro y el Mendigo.

Al caer mas bajo. –Prosiguió– aumenta la fuerza de la gravedad, y la energía que impide que la estrella se colapse, impide que se hunda en su propio peso, hace que se renueve en cada ciclo.

El ciclo se repite de forma predecible dependiendo de la masa de la estrella, cuanto mayor es, el ciclo se acelera más.

Cuando no hay más combustible para transformar ya no hay nada que pare la fuerza de la gravedad.

La estrella empieza a volverse mas fría y aumenta de tamaño.

Las capas sólidas que retienen un núcleo con una presión cada vez mayor no pueden retener el aumento de presión.

Entonces las capas se rompen por todas partes de forma caótica. Hacen que los elementos más pesados se hundan pero esta vez de forma incontrolada y abrupta, a la vez que los elementos menos pesados que aún quedan en el núcleo se volatizan por el aumento incontrolado de la energía y toda la estrella estalla formando una nebulosa que se traga a todos sus planetas en su muerte.

Y ¡Bum! –Hizo Pit un gesto con las manos para describir la explosión.

Pedro, el mendigo y Abdel le miraron con una expresión sombría. Era la primera vez que se percataban del inmenso peligro que corrían las personas que habían dejado allí abajo.

–¡Es una paradoja que una nebulosa sea uno de los objetos del cielo mas bello y a la vez, sea la muerte de un Sol y sus planetas! –Concluyó–. A pesar de todo, amigos míos, no es muerte sino renovación, quizá por eso sea tan bello ya que sin la muerte de las primeras estrellas no hubiese sido posible el milagro de la vida.

Como la muerte de la fruta madura es necesaria para que la semilla viva. –Dijo Pit– y un nuevo árbol se una a la tierra en sus raíces, la estrella, también expande su semilla, y hace que donde antes había hidrógeno ahora halla también oxígeno y más tarde surja el agua, junto a otros elementos como el carbono, el hierro, el fósforo y el sodio así como todos los elementos que en mayor o menor proporción hacen posible la vida o le dan soporte.

–Entonces: –Preguntó Pedro asombrado– ¿Así es como sucede todo? ¿Se produce el desastre para dar paso a la vida?

Pit miró a Pedro y luego se volvió hacia el mendigo que le observaba con admiración casi sin parpadear. De los tres humanos, parecía ser el que más atención le prestaba. No era que los otros dos no lo hicieran en la misma medida, sino que por alguna extraña razón, sentía que para éste, todo cuanto decía era mucho más importante.

–Lo primero es lo simple. –Movió la cabeza de un lado a otro– más tarde, en el borde del caos, la vida surge y cada vez adopta la forma más evolucionada y compleja…

Los ojos del mendigo volvieron a posarse en los ojos de Pit. Hizo un esfuerzo por ver a través de ellos. Intentó, que el pequeño ser le transmitiese sin palabras aquello que atesoraba su mente. Quería saberlo todo, donde estaba su planeta, como eran los seres que vivían en él, cuanto tiempo les quedaba de vida a ellos, en la Tierra…

Como si oyera sus pensamientos, Pit le traspasó con la mirada. Y el mendigo oyó voces en su cabeza que le decían.

–No, no estás volviéndote loco, viejo. Soy yo quien te está hablando utilizando la telepatía. Si me preguntas cuanto tiempo os queda os diré que una estrella como vuestro Sol debería vivir durante 10 mil millones de años, ahora ella, estaría en la mitad de su vida. El problema, es que no todas las estrellas agotan su vida por igual.

El mendigo sabía eso. Sabía que al formarse la estrella de un núcleo gaseoso pero otras veces incluso de lo que

podría ser un asteroide o planeta, en muy raras ocasiones se formaba de un núcleo muy denso que más tarde condensaría una enorme nube de gas, no siempre el origen era el mismo aun que lo mas común era que se formase de la acumulación de de nubes de hidrógeno y elementos ligeros.

Una proporción muy pequeña de estas estrellas, mantenían en su interior un núcleo muy pequeño y denso y una esfera de gas a una enorme presión. Podría decirse que eran pequeños soles dentro de otros más grandes.

No es fácil ver la diferencia, pero dos estrellas se ven aparentemente iguales hasta que agotan la mitad de su combustible, es decir cuando llegado un punto, se ha transformado ya la mitad de su hidrógeno a helio.

En estas estrellas, tal vez una de cada millón de éstas como el Sol, la transición de las capas tendría unos puntos críticos, como las notas de una guitarra en los que entran en resonancia amplificando su efecto y llegaría un momento en el que la nota se volvería cada vez más fuerte y violenta.

–¡Así que eso es exactamente lo que le ha pasado a tu Sol! –Exclamó el mendigo horrorizado.

–Y acabará pasándole al nuestro si no hacemos nada por impedirlo. –Intervino Abdel sentándose en cuclillas en el suelo de la nave, interviniendo en la conversación.

Empezara un día con una mancha solar. –Empezó Pit a decir con la voz quebrada por el llanto–. Será una mancha como cualquier otra pero en dos años no se marchará, sino que aumentará de tamaño. En tres años abarcará todo un hemisferio del Sol. Podéis creerme puesto que esto yo ya lo he visto. Luego se oscurecerá, como si hubiese atardecido a pleno día.

Un gran fulgor en el cielo, dejará ciegos a todos quienes osen contemplar el fenómeno y ocho minutos y medio después la Tierra será un planeta arrasado por el Sol.

La única posibilidad que tenemos, es rodear en un campo de fuerza ese núcleo de vuestro Sol que tiene dos

Km., hacer simplemente que no esté ahí, colocarlo en otro lugar del tiempo y espacio y la resonancia no se producirá.

–Pero para ello. –Le interrumpió el mendigo–. Necesitaríamos introducir en el interior del Sol una deformación del espacio-tiempo de esos dos km. Situado exactamente en él.

Pit sonrió abiertamente para decir:

–Eso es lo que nosotros hemos hecho durante todo este tiempo. Deformar el espacio-tiempo. Mis iguales, conocen la técnica para hacerlo y tan solo uno de los motivos por el que nos quedamos en vuestro planeta, sabíamos que vuestro futuro estaba condenado sin nuestra ayuda, por eso yo me quede aquí y no me fui con los míos.

Se produjo un breve silencio tras el cual vaticinó.

–Habrá una prórroga de tres mil millones de años más, para entonces, habréis evolucionado y encontrado un lugar habitable en otro lugar de las estrellas.

–La nave nos ayudará. –Asintió Abdel con vehemencia.

Era increíble lo que aquellos pequeños seres podían hacer. La nave, se parecía a un buque flotante, en aquel mar oscuro donde navegaba, una porción del cielo se fue desplegando en vividos colores mientras Pit hablaba y hablaba. Y en aquellas holografías, tan pronto surgía un inmenso mar de estrellas, como desaparecían para formar una nube multicolor similar a unos fuegos artificiales. Y luego, aparecían grandes estructuras con infinidad de símbolos y diagramas mientras otras, se difuminaban en galaxias y conglomerados de estrellas.

Abdel se dio cuenta de que aquellas imágenes desplegadas, eran la historia de Pit, una historia anciana como el universo. A veces, los tres, embebidos por las palabras del pequeño ser, se imaginaban flotando en un fluido muy ligero que lejos de impedirles respirar, les producía una agradable sensación de frescura y fragancia de mil flores cuyos aromas

no podían precisar, pero que estaban seguros no pertenecían a flores de la Tierra, otras, veían colores extraños o sentían el ruido de cascadas de agua alrededor de ellos. Incluso, al cerrar los ojos, tenían la sensación de caer sobre ellos la tersura de mil pétalos de rosas y el sabor de algo que se parecía a miel pero que no lo era.

Aquello, dulce como la miel que les alimentaría durante todo el trayecto, bien podría ser el maná que Dios dejó caer en el desierto para alimentar a los hombres en el pasado.

Toda la historia que Pit les relataba, la vivían ellos con sus cinco sentidos. Y era algo maravilloso, inaudito...

No recordaron durante cuanto tiempo estuvieron así, pero a pesar de encontrarse aparentemente solos en el reducido mundo de la nave, sentían la protección de aquel pequeño ser como nunca la habían sentido.

Pero: ¿Hacia donde iban?

Tal vez a ninguna parte, como creyó el mendigo aunque en el fondo, él más que nadie confiaba en su pequeño y muy, muy viejo amigo.

Con el tiempo la enorme gravedad siempre vencía a la fuerza de transformación mientras ellos partían en la nave.

Y el espíritu del pequeño hermano de Pit, vivió eternamente en cada uno de los recovecos de la casa de las mil y un habitaciones.

Después de la partida de la nave, se enviaron ejércitos para combatirlo. Ejércitos que perecieron en su lucha con él a través de los enormes y desconocidos pasillos por el interior de la Tierra.

Se intentó una conversación más civilizada con los científicos, teólogos y filósofos, pero nada pudo sacarse en claro.

La extraña entidad que hacía tiempo había vivido en aquella ciudad, se negaba a abandonarla, se resistía como

un fantasma se resiste a abandonar los lugares y los seres que quiso en vida.

Su intención era quedarse para siempre en la Tierra, por que él, aun a pesar de su aspecto de niño, había sido más viejo que ella mientras su hermano Pit partía con su gente.

# XLIV

*¿Por qué el Universo se toma la molestia de existir?*
*¿Por qué hay algo en lugar de nada?*

Stephen Hawking

Alika se sentia sola en aquel bosque.

¿Sería un sueño?

En el horizonte, un halo de misteriosa luz, proyectaba sombras fantasmagóricas a través de pequeños claros, sin embargo no había una oscuridad completa en ningún lugar.

Alika sabia que aquel sitio no volvía a ser real. La nave jugaba una vez más con la distorsión de la realidad…

Al mirar hacia arriba se acordó que habían dejado atrás el enorme foso y las ráfagas de disparos.

–Tal vez vamos a ese sitio que dijo el hombre-pez. –Se consoló pensando. Aunque tenía miedo porque no sabía realmente que sitio era aquel…

Miró a todos lados y no vio ningún rastro de Abdel, Pedro y el Mendigo. Se estremeció al pensar que estaba solo. Esa sensación de pavor, duró poco. Pit, se desplazaba en su dirección muy lentamente y cuando Abdel lo advirtió a su lado vio que tras ambos se extendía una inmensa galaxia.

Pit se sentó en el borde de aquella imagen e invitó a Alika a hacer lo mismo. Declinó el ofrecimiento pues sentía vértigo. De repente, rompió a llorar.

–¿Por que lloras? –Fue lo único que se le ocurrió decir a Alika al ver su desconsuelo.

–Porque no encuentro a mis hermanos. –Respondió con impotencia mirando el negro precipicio de estrellas que se abría ante él.

–No llores, me tienes a mí y a todos los tripulantes. Ya se que no es lo mismo. pero sentimos afecto por ti y hemos decidido no dejarte solo en esta aventura.

Aquello no pareció ser de mucho consuelo.

Alika le tendió su mano. Él, dudó unos instantes, pero finalmente, la cogió con afecto.

–Tal vez no todo esté perdido, –sonrió Pit con tristeza– pero no se como podemos encontrar a mi gente. No hay ningún rastro, nada que me diga donde han ido, nada que pueda utilizar para encontrarlos.

–Tal vez la nave lo sepa. –Especuló Alika.

En el tono de su voz había una ligera esperanza.

Pit entornó los ojos.

–¡No! No hay nada en su memoria, ningún rastro ni llamada. Cuando me fui al Polo a vivir, la nave dejó de emitir y recibir señales.

–¿Qué fue lo que envió? –Se interesó Alika.

–Es muy complicado explicarlo. –Dijo Pit–. Pero digamos que era aun mensaje para nuestra nave ordenándole dormir y velar. Mis hermanos, pensaban que tal vez ella sola debía recabar ayuda en vuestro mundo, eligiendo entre vosotros, seres dignos capaces de evitar la catástrofe. Después, el mensaje se interrumpía de una forma abrupta diciéndole a la nave que no estaba sola y que en algún lugar nos encontraríamos aunque fuese después de mucho, mucho tiempo.

Alika contempló fascinada los destellos rojizos y azules de las estrellas.

–¿Qué quiere decir eso? –Preguntó sin saber muy bien por qué.

–Vosotros lo llamáis la búsqueda de Alá o de Dios. Para nosotros, es la inteligencia que existe en todas las cosas pues el azar no existe en el Universo. Hay una consciencia que lo llena todo.

–Yo creo en lo que dices. Pero: ¿Como demostrar lo que llevamos dentro del corazón?

–Sólo viviendo. –Le miró Pit con bondad– y haciendo que el mundo se llene de lo mejor que tenemos.

–Sí. –Sonrió Alika. Es posible–. Yo lo veo en cada pequeña cosa, en la vida, la amistad, los pequeños detalles….

Alika olvidó de pronto aquello de lo que estaban hablando, y dirigió una rápida mirada alrededor y clavó en Pit sus ojos angustiados:

–¿Dónde están nuestros amigos? Ya antes, me di cuenta que no estaban aquí. ¿Por qué estamos solos?

–Paciencia, querida amiga. Están descansando pero pronto vendrán. –Respondió él–. Aunque no sabía a ciencia cierta, como podía mantener la calma en aquel momento cuando todos se hallaban al borde de la desesperación.

Un halo de luz azul les envolvió y como una película que se acaba, Alika observó que se hallaban en una sala sin fin, en un fondo negro lleno de estrellas que vertiginosamente dejaban atrás. Al mismo tiempo, era como si el espacio de aquella sala, estuviese amplificado por imágenes de espejos repetidas que los mostraban a ellos mismos y a sus compañeros. –Ahora los veía– durmiendo en unas especie de capsulas.

–¿Yo dormiré ahí? –Preguntó a Pit.

Este asintió.

Tan ensimismada estaba en su contemplación, que no se dio cuenta que Pit acababa de sentarse en el suelo y tomaba entre sus manos su cabecita de reptil, para contemplar

desolado el oscuro firmamento donde la nave indicaba que había existido una estrella. Pero allí no había nada, salvo un espacio negro y vacío: los restos de una moribunda estrella.

–¡Nada! –Rompió a llorar.

Y su llanto pareció retumbar en toda la oscura bóveda celeste.

–¡Absolutamente nada! –Repitió.

–¡Ten esperanza!– dijo una voz a su lado.

–¿No tienes sueño? ¿Por qué no vas a dormir a la cápsula? –Le preguntó con voz lastimera olvidándose por un momento de sus propias preocupaciones.

–No. –Respondió Alika–. Me quedé dormida sobre el suelo de la nave un poco antes de partir pues no sabía que había esos habitáculos. –Señaló la estancia donde los demás estaban ingrávidos flotando– pero algo me despertó. Te estuve buscando. Me sentía sola y llena de miedo. Se que es impropio.

Pit, sonrió imaginando a Alika dormida sobre el suelo de la nave.

–No es impropio. –Se llevó una mano a su fina cabecita de pájaro– reptil.

–¿No es real el bosque que vi, verdad? –Clavó en él sus ojos oscuros.

–No, no es real –Le consoló Pit–. Es solo un sueño de la nave. Ella, también tiene sueños como nosotros… y los proyecta.

Pit, levantó el dedo índice hacia aquel cielo plagado de estrellas.

–Y: ¿Qué hay ahí afuera? –Miró Alika el negro firmamento con curiosidad.

–En estos momentos nada. –Fue su respuesta–. Nadie puede ayudarnos. Si los míos estuviesen cerca, lo sabría, pero presiento que no hay nada vivo en este lugar.

Pit, levantó la mano y apuntó a una sección del cielo que se iluminó con un halo violáceo.

La sección del cielo, se agrandó como si hubiesen viajado hasta allí de una forma instantánea dejando ver un par de estrellas: una brillante y azul, la otra más grande del color del fuego.

La nave, obedeció las coordenadas que Pit le mandaba y se dirigió en apariencia hacia ese lugar en un abrir y cerrar de ojos.

Una vez, hubieron dejado atrás la estrella azulada, la estrella roja aumentó de tamaño de tal modo que todo el horizonte se tornó del color de la sangre.

Alika se separó un poco de su amigo y se protegió la cara del resplandor.

–¡No temas! –Susurró–. Tan solo es una imagen. Aunque parezca que estamos frente a ella estamos demasiado lejos de alcanzarla.

La imagen del Sol rojo, volvió a empequeñecerse aunque aún seguía ocupando una parte importante del cielo.

–¿Y tus hermanos viven ahí? ¿En algún planeta de esa estrella? –le preguntó asombrada.

–Realmente, no estamos buscando planetas. ¡Mira!

Al igual que una inmensa fruta, el Sol se abrió y mostró generoso su interior. Pero parecía estar hueco y negro por dentro.

–¡Nada! –Exclamó Pit.

Alika frunció el ceño, jamás había soñado con nada mas absurdo.

–¿Nada? Pero: ¿Qué se supone que tenemos que ver en el interior de ese Sol? ¿No ves que nadie puede vivir ahí, bajo esas tórridas temperaturas? ¡Es imposible! Se abrasarían.

–¡No, no lo es! –Replicó Pit.

–¡Pero se quemarían! –Dijo Alika sin saber adonde Pit quería llegar– ¡Ahí dentro, hay un infierno de calor!

–No si puedes protegerte. –Le explicó Pit–. Pero ahora, no hay nadie allí, a pesar de que aún sigue transmitiendo señales.

En ese momento, Pit, levantó una piedra del suelo que se había materializado por arte de magia.

Cuando la elevó ante sus ojos, se puso blanca y comenzó a emitir destellos de colores después de unos segundos al contacto con sus dedos.

–¡Yo he visto una de esas! –Exclamó Alika casi a gritos.

–¿Qué?

Pit se giró como movido por un resorte y le miró sorprendido.

–¡Que la he visto! –Repitió Alika al borde de la desesperación.

–Es posible. –Dijo Pit–. Hay muchas como esta la Tierra. ¿Te gusta? ¡Es bonita! ¿Verdad?

–¡Abdel tiene una igual que la tuya!

–¡Bendita niña! ¡Si supieses que es realmente...!

Se acercaron al grupo que se estaba despertando.

¡Ya no es necesario perder toda la vida en el viaje! Podemos regresar para volver, no estamos aún muy lejos del Sistema Solar.

–¿Abandonamos el viaje? –Pedro se mostró sorprendido.

–¡No! No es necesario que todos vayamos, no ahora que se que mis hermanos han dejado un avatar. Podremos viajar más rápido que la luz.

–¡Abdel! ¡Cuéntanos sobre tu piedra mágica! –Alika le cogió de la mano y lo acercó a Pit.

Abdel asintió y le habló del día en que fue perseguido por las luces y amaneció inconsciente con la piedra bajo la espalda.

Les interrumpió el mendigo que acababa de materializarse por un pasillo con los brazos estirados, bostezando.

–¿De qué habláis porque decís que no hay nadie allí?

–Es evidente ¿No? –Pit se volvió a mirarle y señalo la estrella.

–Pero tu has dicho que es posible soportar ese calor si sabes como. –Replicó Alika.

–No me refiero al calor. De haber estado allí ellos habrían encontrado el modo de vivir en esta fulgurante y abrasadora estrella pero es evidente que esto es un mundo vacío en este momento.

–¿Cómo lo sabes? –Preguntaron al unísono.

–En un mundo vacío. –Respondió Pit– está contenida toda la historia, su historia, aunque a veces sea difícil leerla. Todo apunta a que mis iguales se dirigían allí y simplemente desaparecieron. ¡Esto es algo que no acierto a comprender! Pero que efectivamente fue así construyeron la ciudad en el Sol y se fueron.

–¿Y no hay nada en esta estrella que pueda decirte adonde se marcharon? –Preguntó Pedro que también salía de la cápsula y acababa de unirse a los otros dos, fascinado ante las imágenes del universo que veía a solo tres palmos del lugar de donde se hallaba posicionado.

–No– Miró con tristeza a sus tres amigos. –Simplemente me indica que vinieron en esta dirección pero que aquí se pierden sus huellas

–¿Y no podemos hacer nada?

–Me temo que no, Pedro. –Replicó al Mendigo algo enfadado no se sabe si con él o con la situación.

Abdel señalo la piedra que flotaba ante su nariz:

–¿Y todo eso te lo dice ella?

Pit se llevó la mano al esternón o donde parecía que este estuviese alojado y contuvo la risa.

–Sí. Ella me dice todo eso y mucho más. Me dice que esta estrella es un mundo vacío. Me habla de los lugares de la Tierra que ha explorado y de las gentes que ha visto o con las que ha establecido contacto. Ella, a pesar de su fragilidad es tan importante, que se comunica con las grandes máquinas que gobiernan el mundo.

–¿Y no te hablará de mi y de nuestro encuentro? –Especuló Abdel, recordando el dolor que la piedra le había producido.

–Esta no –dijo Pit– pero no es la única…

–¿Y porque no le preguntas a donde podemos ir?– Demandó Abdel ansioso.

–No sabrá que decir. Ya le pregunté por eso y no lo sabe.

–¡Pregúntale que les ocurrió a los tuyos! –Insistió Abdel–. Todo es muy extraño.

–El árabe tiene razón –Le apoyó el mendigo, quitándose su raído sombrero de paja–. No haremos este largo viaje para nada.

–Hay rastros de energía inusual en algunas partes. –Les confesó con un temblor de voz. Pero desaparecen sin que haya una causa que lo justifique.

–¿Rastros de energía inusual? –Repitió el mendigo– ¿Pero donde?

–No lo sé. –Dijo Pit confuso–. Aquí en todo este lugar creando un inmenso campo. Pero aparecen y desaparecen. Tal vez sea una estática o simplemente una perturbación de las máquinas que conservan este mundo interior aunque es muy extraño. Este mundo es muy estable…

El mendigo y Pedro se miraron sin comprender nada y pensaron tal vez, que aquel extraño pingüino había perdido la cabeza.

Ajeno a ellos. Pit, presionó ligeramente la piedra y una serie de líneas se formaron ante sus ojos desplegando una imagen multicolor de finas estructuras semitransparentes.

Dentro de aquel micro mundo una estrella pequeña, azul y brillante ocupaba casi todo el campo de visión. Alrededor de ella, había un pequeño arco iris y el suelo, antes nacarado, se tornaba iridiscente mientras el dibujo, se orientaba con la imagen tridimensional que proyectaba la piedra.

–¿Dónde están las anomalías? –Preguntó el mendigo sin entender nada.

–En todas partes. No puedo encontrar un patrón. –Murmuró Pit mirando con curiosidad la imagen por todos sus ángulos.

–Tal vez puedas mostrarlas si quitas todo lo que hay en la imagen, excepto ellas. ¿Sabes lo que quiero decir Pit?

Miró al mendigo agradablemente sorprendido.

–No había pensado en eso. –Hizo un giro de muñeca que provocó que la piedra comenzase a virar sobre sí misma.

–Con esta máquina que vosotros llamáis piedra podemos viajar hacia ese lugar pero tal vez el viaje tenga que ser mas largo.

Mientras él desplazaba la piedra, Wilson quedó callado y triste. Le parecía increíble que estuviesen a años luz de la tierra.

–Y ya no volveremos a nuestra época, ¿verdad? –Dijo de repente sintiendo nostalgia.

Pit levantó su cabecita de pájaro y cambio el gesto serio que tenía, se diría que sonreía ante la ingenuidad del científico.

–¿Crees que no es posible viajar tan rápido? –Rió roncamente.

–Si Alika no me hubiese contando que Abdel tenía "la piedra" diría que el viaje sería un imposible, pero tener el avatar me ha devuelto la esperanza, ¡bendita niña!

–Aún así no es posible viajar mas rápido que la luz. –Dijo con seguridad Wilson– Einstein demostró que viajar a la velocidad de la luz, supondría que la masa se volviese infinita y sencillamente sería imposible.

Pit se tomó su tiempo en responder, parecía estar sumido en pensamientos mas profundos.

–Se puede ir muy rápido si no eres impaciente, si intentas ir lo mas despacio que te sea posible. Recuerda vuestra fábula de la liebre y la tortuga, la liebre cree que es muy rápida pero no llega a la meta por que cree que nadie puede correr tan rápido como ella, se duerme ante su objetivo y la tortuga en su constancia y lentitud le adelanta y llega a la meta.

Wilson se sorprendía de que Pit conociese la fábula pero no sabía lo que Pit trataba de decir.

–Intento decir que estáis tan cegados creyendo que no hay salida que no intentáis nuevas ideas, rechazáis vuestra intuición de que cualquier cosa en la que creáis con fe y esperanza será posible. Se puede ir muy rápido intentando ir muy despacio, lo pequeño y lo grande esta interconectado, la realidad de lo que veis tiene la semilla en lo infinito.

–Esas palabras son sabias. –Estuvo de acuerdo el mendigo– nuestros matemáticos encuentran similitudes entre la grandeza del universo y lo muy pequeño. Cuando queremos entender las fuerzas que rigen el micro cosmos, el mundo de los átomos y lo muy pequeño, no tenemos otra opción que mirar al universo para intentar comprender. ¡Cuéntame! ¿Como lo hacéis vosotros, los de vuestra especie?

Pit se encogió de hombros.

–La luz, o los fotones, usa lo que quieras, son muy especiales, vosotros estáis empezando a ver como funciona, lo llamáis estados entrelazados, creo entender…

Hizo una pausa como si estuviese tratando de buscar algún concepto que fuese fácil de asimilar para aquel grupo de humanos.

Siguió hablando cada vez más emocionado.

–Yo lo llamaría una carta mágica, y te puedes trasladar así– Chasqueó los dedos como si ejecutase un truco de magia–. La inteligencia que creó el universo siempre creó una salida para que quien tenga fe y esperanza en si mismo pueda ir mas lejos, sin embargo, oculta la verdad al vanidoso y egoísta que solo espera obtener el poder y la valentía para reconocer que tan solo es una hormiga en un enjambre de estrellas, una mota de polvo en la inmensidad de una playa.

Se volvió hacia ellos y dijo en un tono quejumbroso.

–No somos más que actores de una obra de teatro infinita, cuando descubrimos lo pequeños que somos y lo que importamos a todo este universo que nos rodea, comprendemos que todas las cosas tienen su por qué y no estamos abandonados a nuestra suerte.

–Creo que tienes mucha razón en cuanto dices. –Insistió el mendigo– pero no acabo de entenderte, dime que significa eso de la carta mágica.

–La luz se comporta así. –Movió un dedo de su diminuta mano y al instante surgió un haz luminoso de pequeño tamaño– ¡Bien!, vosotros enviáis fotones a través de una ranura y luego con un prisma separáis el haz de luz en dos, la luz se puede manifestar como onda o partícula, en realidad es ambas cosas a la vez, todo cuanto hagáis por ver uno de los haces de luz para verlo de una forma, condicionará cómo observaréis el otro haz, sin importar cuan lejos estén el uno del otro.

El mendigo se rascó la barbilla, pensativo.

–Algo he leído al respecto, pero no acabo de entender como se puede usar para viajar.

–La luz es el sobre mágico. –Insistió Pit esperando que el mendigo comprendiese–. Se trata de enviar al espacio un sobre desde un origen común pero en dos direcciones Cuando en uno de los sitios distantes se abra el sobre, en el otro lugar, incluso aun que esté en el más remoto confín

del universo, el sobre también se abrirá simultáneamente, a pesar de que los separe una enormidad. Así se puede enviar información mas rápido que la luz, la materia, nosotros mismos, no somos otra cosa que información, es como vosotros diríais nuestra alma, pero somos algo por que estamos ligados al espacio aquí y ahora y nos hallamos embebidos en este lugar y este tiempo.

Pit levantó sus pequeñas manos como un perrito que espera su recompensa, luego las giró en un ademán de querer sujetar con ellas algún objeto invisible, con las palmas hacia arriba.

De un punto a medio metro encima de su cabeza apareció una minúscula estrella azulada que llenó la estancia con su halo violáceo intenso. Wilson, el Mendigo, pensó que era una representación tridimensional de un sol, probablemente del mundo de Pit.

–Nos basta saber cuando se abre y cierra el sobre y en ese punto los dos lugares del universo estarán interconectados como lo estuvieron en el principio de los tiempos.

La duda y el ansia de saber, seguían reflejándose en los ojos del Wilson, el mendigo.

Pit hizo un último esfuerzo.

–Viajamos por el espacio a velocidades próximas a las de la luz, por eso las leyes de la relatividad nos afectan y me ves como un ser tan viejo como la tierra, yo estuve en ella hace mucho tiempo para ti, en civilizaciones antiguas de miles de años y volvimos jóvenes en un mundo que envejecía más rápido que nosotros, un día viajando a velocidad próxima a la de la luz, llegamos a un mundo varios miles de años más viejo. Colocamos en otros mundos puertas estelares con el fin de burlar la relatividad. Para viajar casi instantáneamente como lo hacemos ahora, fue necesario colocar dos avatares en los dos puntos del universo, pero fue preciso llegar a ellos viajando más lento que la luz. Lo entiendes: ¿Verdad?

Cerró sus manitas y como si fuese un mago las volvió a abrir y apareció no una, sino dos piedras grises. Las piedras parecieron emitir un sonido parecido a una risita y jugando con él virando a su alrededor, saltando y acariciándole, como si estuvieran vivas.

–Lo que hace de especial a estos sobres –dijo Pit siguiendo su trayectoria con la mirada– es que toda la materia se comporta como un único átomo, o partícula, por que se retiene el tiempo y el espacio y se reduce la velocidad de todo cuanto lo contiene. Para ir rápido debemos no tener prisa, es una paradoja, ¿verdad?

–¿Un condensado Bose-Einstein? Llegó a la conclusión Wilson.

–Exacto. –Suspiró Pit y se sentó a su lado poniéndole en la mano las dos piedras.

Las piedras murmuraron algo en los oídos del mendigo y trazaron una trayectoria elíptica antes de descender suavemente y posarse sobre sus piernas.

Volvió el rostro arrugado para mirarlas casi, con afecto.

–Los avatares. –Continuó Pit, sumamente alegre de que al mendigo le gustasen las piedras– son campos espacio-temporales ligados por la luz, solo necesitan durante un instante orientarse a una fuente lumínica lejana donde se formen estados entrelazados, son los sobres mágicos de que te hablo.

–¿Esas piedras que me muestras. –Preguntó el mendigo sorprendido– son entonces avatares?

–Sí, Wilson. Yo creía que mi gente no había logrado aún la tecnología y lo daba todo por perdido.

Volvió a sonreír.

–¿Verdad que Alika es un cielo? –Se acordó de pronto de ella y añadió–. Fue ella quien encontró uno de los avatares perdido en el desierto y me lo dio.

–Si, es una niña encantadora. Reflexionó Abdel interviniendo en la conversación. –Espero que se encuentre bien, con Karima su nueva madre y Omar su nuevo hermanito.

– Si –dijo Pit–. Nos ha costado pero hemos encontrado un hogar para ella. Ella me acercó a la esperanza y tú me la devolviste. Cuando regrese del viaje volveré con Omar y karima.

Abdel se sintió sumamente halagado que Pit considerase que le había devuelto la esperanza.

–El problema es que no sabría a donde dirigir el avatar, por que no recibo comunicación del lugar donde nos dirigimos, pero tal vez exista alguna razón poderosa. Mi gente volvió a nuestro sistema solar y dejó algo en la estrella compañera de nuestro sol.

–¿Como lo sabes? –Preguntaron los tres al unísono.

–Antes no disponíamos de esta tecnología, me refiero a la capacidad para construir una ciudad en el interior de una estrella. Tuvieron que volver, es obvio.

–¿Quieres decir que esa estrella azul era vuestro sol?

Pit, habló de Sirio, un sistema binario de estrellas, la estrella Sirio es la mas hermosa y brillante del cielo con su brillo multicolor, su estrella compañera, es invisible a simple vista. Esta estrella compañera de Sirio era el Sol del hogar de Pit. Cuando se convirtió en una nova, la explosión destruyó la vida totalmente en todos los sistemas solares de Sirio y su estrella compañera. La radiación de la explosión llegó a la Tierra provocando una extinción masiva, dejaron arrasado el planeta entero, solo algunas formas de vida marina de las profundidades lograron sobrevivir a la intensa radiación.

La catástrofe había sido por lo visto muy grande y a pesar de ello, las formas de vida en la Tierra habían conseguido renacer de sus cenizas. La vida era bella y compleja y quedó arrasada en un instante. Solo bajo las profundidades del

mar, la vida se agazapó durante años para volver a nacer con más fuerza y explorar nuevas posibilidades. Pero ahora, el peligro volvía a cernirse sobre sus cabezas.

La explicación sorprendió al mendigo. ¿Así que la Tierra había sufrido una enorme explosión nuclear antes que apareciese sobre ella, el primer vestigio de vida?

¿Cómo serían los seres que la poblaban, si existían? ¿Se parecerían a ellos? ¿Tendrían su tecnología?

En respuesta a todas sus preguntas Pit asintió. Efectivamente habían existido seres muy parecidos a ellos antes que se produjese la atmósfera de metano y la aparición de la primera ameba. Sin embargo, la explosión había borrado todas las huellas de aquella extinta civilización.

Cuando Pit y los suyos alcanzaron el planeta, se sorprendieron por el enorme parecido con la muerte de su mundo y el estudio de los nuevos seres que comenzaban a surgir en medio de aquel caos.

Pit jugó con uno de los avatares mientras que le entregó el otro a Wilson que lo miró con curiosidad desde todos los ángulos.

Una vorágine de luces azules le envolvió de pronto, estaba en una burbuja similar a las que ya conocía pero sus paredes despedían un azul turquesa muy intenso aún, semitransparente por lo que continuaba viendo a Pit en una esfera similar a la suya, de un color esmeralda.

No se había dado cuenta hasta que miró al suelo en que se hallaban convertido en un gigantesco tablero de ajedrez de casillas azules y verdes. Un resplandor malva se dirigió hacia Pit y luego ascendió a lo alto de la nave de la nave.

La tenue luz descansaba en la cima de la burbuja.

Luego, Wilson apreció que su esfera se iba disipando cuando el suelo cambiaba bruscamente de color.

No le sorprendió ver que Pit ya no estaba frente a él si no detrás de él.

–¡Sorprendente! –Se maravilló Wilson–. Encerráis la materia en un campo espacio-temporal y la lleváis a un estado en el que ningún átomo, electrón o molécula se mueve para ligar esto a estados entrelazados de luz lejana.

–Para realizar la magia. –Contestó Pit levitando sobre ellos–. Cambiamos un estado por otro y sacamos al conejo de la chistera. No sería posible sin controlar el tiempo y el espacio localmente. Siempre que mi especie viaja, intercambiamos tiempo por espacio. Pero cuando el tiempo y el espacio dejan de tener sentido, entonces, las distancias ya no importan.

# XLV

*Los planetas pueden no ser el mejor lugar para buscar vida.*
*Son un buen lugar para originar la vida,*
*pero no para mantenerla.*

Freeman Dyson

Cuando el científico comentó lo familiar de la extraña neblina fosforescente que Pit hizo nacer sobre la nada, Pit hizo un gesto de asombro. ¿Qué extraña relación nos une con el mundo de los sueños? –Pensó.

Tal vez no sepamos distinguir ninguno de ambos.

–Un anciano, el corazón de un niño y un amigo –Repitió.

Pedro los miró fijamente sin atreverse a romper el silencio. No se atrevió a hablar pero su mirada vagaba triste del paisaje que veía ante él a sus compañeros de viaje y viceversa, de modo que todo parecía eterno para él.

–Este enjambre residual de energía no dice nada para mí, sin embargo tú me dices que te resulta familiar ¿Por qué? –Quiso saber Pit dirigiéndose a Wilson.

El mendigo, le dijo a Pit que le recordaba a una especie de patrón. En esa época en que se aburría en el laboratorio, había empezado a experimentar con figuras fractales y eso, le recordaba un lugar que podía estar en el conjunto de Julia. La imagen en tres dimensiones aparecía borrosa, como si la hubiesen realizado con volutas de humo.

El mendigo se dirigió a Pit en espera que este aclarase sus dudas.

Intuyendo lo que el mendigo quería decirle, Pit alargó su manita. Parecía que sostuviese una varita mágica. De pronto, en el aire, se había materializado un panel blanco.

El intentar coger la vara sus dedos se aferraron al aire y la vara se diluyó entre ellos hasta parecer que se esfumaba pese a ello, la parte que no tocaron sus dedos continuaba en el aire.

El mendigo no se sorprendió cuando vio que al mover Pit el brazo, una línea se proyectaba sobre la falsa pizarra.

Inmersos en su jerga científica Wilson y Pit, se quitaron el uno al otro la barita mágica sin mediar una palabra y compartieron sus conocimientos sobre aquel panel blanco. El mendigo estaba eufórico de alegría tal vez, por la conexión mental que mantenía y le ayudaba a comprender las explicaciones de científico, en esos breves periodos en que no era interrumpido por sus amigos.

–Probemos a marcar los extremos. –Dijo Pit con los ojos agrandado por el entusiasmo y–. Tal vez un filtro ¿Qué te parece?

El espectáculo impresionante y multicolor de una estructura en espiral de 30 metros de altura había aparecido sus ojos.

–Parecen conjuntos de Mandelbrot. –Reflexionó Wilson en voz alta– y esos azules de ahí son iguales que copos de nieve.

Pit le clavó los ojos

–Se anulan si juntamos los dos, mendigo. ¡Mira! Se puede extender a todo el conjunto.

Pit quedó un momento pensativo y luego dio un salto de alegría.

Se puso inmediatamente a dar palmadas como un loco.

–Un águila en un campo de estrellas, ¡mirad!

Todos alzaron la vista hacia arriba.

–¿Esos puntos verdes y azules que brillan que son? –Preguntó Abdel rápidamente mirando a los otros dos.

Pedro se unió tímidamente a la conversación que mantenían como si temiese romper el encanto.

–El azul lo llamáis Cygnus, pero el verde no se que es, ahí no hay nada. –Le dijo Pit

El mendigo con un dedo e indicó a Pit: –¿Puedes hacer la imagen más grande?

El solícito Pit abrió el cielo ante sus ojos.

La imagen, no debió ser muy agradable porque se sentó sobre el suelo de la nave y comenzó a llorar, esta vez, con una desesperación mucho mayor de la que le habían visto a través de todo el viaje.

–Sólo el negro vacío. –Repitió una y otra vez como si estuviese deseando morir– ¡Sólo el negro vacío!

–La inocencia de un niño, la sabiduría de un viejo y el amor de un amigo– Pedro avanzó un paso hacia ellos y continuó: –Pero aún nos faltaba algo. Un sacrificio.

Pedro que se había abierto el paso entre los tres y se le veía muy triste y preocupado.

Ante su inoportuna intervención, todos le dirigieron una mirada de asombro.

–¡Mi sacrificio!– Añadió Pedro con la mirada perdida en la inmensidad del vasto universo que se abría ante él.

Cuando dejó de llorar, dirigió su mirada hacia Pit y le dijo:

–He tenido un sueño recurrente toda mi vida, ahora comprendo que todo es realidad. Hay un espíritu. Es el alma del águila, que siempre ha estado ligado a mí, al igual que a Lídice y a Ramón. Ahora, soy yo, el único de los tres que está aquí en esta nave y me necesitáis para encontrar una salida. Pero– Se detuvo– únicamente yo he de pagar el precio de tal vez no volver a veros nunca, siempre he

estado temiendo esto. ¡Pit! –Le dijo con desesperación– ¡Tenemos que ir ahí, tu lo sabes mejor que yo!

Se sacó del bolso el medallón del águila. El mismo día que partieron. Ramón, el hijo de Cristóbal, se lo había regalado, tal y como un día hizo con Lídice diciéndole que tal vez lo necesitaría. El medallón se balanceó sobre su amarre de cuero y el águila plateada y azul pareció brillar más que de costumbre.

–¡No hay ningún avatar en ese lugar! –Se aventuró a decir como si un espíritu, verdaderamente le hubiese poseído y supiese de qué hablaba–. Si viajamos a la velocidad de la luz, cuando volvamos si es que lo hacemos, habrán transcurrido 30 años, pero para nosotros, solo habrá sido un mes.

Así que podremos regresar desde aquí en un relativo abrir y cerrar de ojos porque la puerta nos une a vuestro mundo por el avatar. –Aunque ahí–. Señaló el conjunto de Julia. –No haya nada.

– No sé muy bien lo que dices Pedro. Pero: ¿No es posible el viaje en el tiempo?, es una dimensión más. –Expresó Wilson su inquietud en voz alta.

–Es posible. –Intervino Pit con el semblante serio– por que va contra del orden de las cosas, no debemos cruzar ese umbral. Viajar hacia atrás rompe la relación que une a cada efecto con su causa y al hacerlo, las consecuencias serían impredecibles, debemos aceptar las cosas como son y construir nuestro futuro. ¿Cambiaríais algo de vuestro pasado si con ello vuestros seres queridos o todo lo que amáis desapareciese? Pienso que es un precio muy alto, pero no sé si estaremos dispuestos a aceptar lo que ello supone.

–Cuando vives de acuerdo a tus sueños, el universo entero conspira. –Evocó Pedro la frase que repetían él y Cristóbal.

Hizo una pausa y volvió a mostrarles el medallón que ahora, constituía su máxima esperanza.

–Tengo la sensación que es una especie de llave para abrir esa puerta y que únicamente yo debo sacrificarme. Que me dices Pit: ¿La abrimos juntos? ¿Y dejamos que todos regresen?

Pedro se dio la vuelta hacia Alika y se arrodilló en el suelo sin mediar palabra frente a ella.

–Sabes que me necesitáis. –Alika levantó con sus pequeñas manitas la cabeza de Pedro.

–Tengo la certeza de haber encontrado lo que siempre busqué, la esperanza para mi familia y mi mundo, se que aun que me duela la ausencia de los míos he de irme a lo desconocido si saber si podremos regresar. La nave nos necesita al menos a dos de nosotros y a Pit para funcionar, la razón está en este medallón.

Se levantó y le entregó a Pit el medallón que observó con los ojos muy abiertos y un aire de infinita incredulidad.

–Una probabilidad entre un infinito universo de probabilidades… –Musitó el mendigo al mismo tiempo ansioso por regresar a la Tierra y entristecido por no poder acompañarles en aquel último viaje.

Pit se volvió a mirar a Pedro y al medallón del águila que sostenía en sus manos y al ver la tristeza que reflejaban sus ojos le cogió de la mano, con ternura.

–Regresemos a la Tierra. –Dijo Pit.

El viaje con el avatar resultó sumamente curioso, habían dejado a sus amigos en la Tierra y Pedro, Pit y Alika volvieron a ver al raro gorrión de piedra. Cuando entraron en la ciudad abandonada en la selva, lo hicieron en silencio y los tres estaban muy tristes, la desolación de la Luna los deprimió aun más y casi sin darse cuenta los tres se adentraron en el mundo mas extraño e increíble que pudiesen imaginar.

# XLVI

*Quien salva una vida salva al mundo entero.*

El Talmud

Laura habría deseado con toda su alma no haber tenido razón en su exposición aquella tarde.

Se repetía una y otra vez que un triunfo así en su profesión era lo mismo que regalar una rosa a un condenado a muerte.

Sus colegas rechazaron su exposición y no les culpaba por ello, tal vez la ignorancia sea necesaria a veces, pero no se resignaba a seguir esforzándose por conocer la verdad de las cosas aunque fuese doloroso pues, pensaba que nacemos para conocernos a nosotros mismos y nuestra vida.

Solo por vivir y ver de lo que somos capaces, la vida tiene sentido, pese a que en ocasiones, no nos gusta la que vemos.

Hacía horas que había dado la charla ante un grupo numeroso de personas de la comunidad científica y ahora, reposaba en el sofá con los bucles de su hija dormida sobre sus rodillas.

En la televisión, las noticias hablaban de un condenado a muerte.

¡Que ironía, si supiesen que todos lo estaban, así, tal vez no pensarían tanto en aquellas menudencias!

Odiaba a su país aún a sabiendas que formaba parte de él, y la similitud de lo que le esperaba al mundo con la mirada perdida del condenado que veía en la tele la sumía aún más en la tristeza.

–¿Qué puede ser más importante que una vida?

Recordaba el coraje de su madre, y cuanto la quería. Una mujer trabajadora e incansable, siempre preocupada por sus cosas.

Ahora, su madre tenía un cáncer incurable, no sabía cuanto tiempo le quedaría pero querían pasarlo juntas aunque de todos modos, daba igual el tiempo que le quedase, nadie, absolutamente nadie sobreviviría a la tragedia que se avecinaba.

Lo más sorprendente, es que a su madre se la veía feliz, más feliz de lo que la había visto nunca.

–Pasaré los últimos días de ella. –Pensó Laura y su mirada se ensombreció–. Y también mis últimos días junto a mi pobre y pequeña Ágata.

Su padre había desaparecido cuando ella era una niña y jamás se creyó la extraña historia que su madre le relató cuando tenía tan solo nueve años. Pensó que las había abandonado.

Interrumpió sus pensamientos el presentador del telediario:

–El gobernador ha rechazado la petición de clemencia…

Laura volvió la vista a la imagen de un hombre de aspecto ajado y cara de retrasado que mostraba la televisión.

¡Quizá el mundo se merezca su fin! –Pensó mientras miraba la cara del hombre. Era el tiempo de no buscar razones, de devolver odio con más odio, dolor con más dolor…

Pensar que ya no existiría un futuro era algo que había aprendido a admitir sin resignación ni miedo.

Le hubiese gustado que las cosas fuesen distintas. Pero no lo eran. Faltaba muy poco para que la vida en la Tierra

desapareciese y aún el gobernador tenía ánimos para condenas a muerte.

Recordó con rabia los años de prisión de su madre, sin juicio, sin haber hecho nada malo, y le hirvió la sangre.

¡Pobrecita! ¡Bendita mujer que le dio la vida! Por eso pese a todo, la creyó.

Así fue como cuando pudo estudiar, se convirtió en la mejor de su campo, sabía que se lo debía a ella, a Myriam.

Como le hubiese gustado que no hubiese sucedido aquella maldita guerra.

Cuando su madre le contaba sobre aquel día que la gente se lanzó a la calle para intentar impedirla, ella conmovida, se había echado a llorar como una tonta.

¡Que hermoso aquel bosque de paraguas! –Le decía Myriam arropándola–. Era una tarde de lluvia y tan negra como la noche, pero aquella explosión multicolor de paraguas la hacía tan hermosa...

Aún a pesar del mal tiempo, las personas con alma, salían a la calle para luchar por un mundo sin odios luchando por no abandonar la esperanza.

¡Un bosque de paraguas de colores!

¿Por qué nos empecinamos en llevar a las personas a no encontrar salida a sus problemas y sus odios?

Lejos de preguntarnos el por que una persona llega a hacer cosas horribles por no ver la salida, no intentamos mirar el problema de una forma objetiva sin rencores ni odios.

Renunciar a la violencia.

Lo menos doloroso y lo más sencillo es responder con el odio cuando nos dañan.

Pero es un engaño y un callejón sin salida.

Por que quienes nos odian quizá lo hagan por el daño que ya les hemos hecho.

El odio conduce al odio una y otra vez. Es una cadena.

¿Quien parará el odio de su corazón dolorido?

¿Quién recordará aquel bosque de paraguas de colores?

¿Y a Pit? ¿Y a los pingüinos?

Ella estaba triste por eso. El conflicto de la guerra de Irak que conocieron sus padres, se perpetuaba y ahora amenazaba con acabar con la paz mundial mucho antes que el próximo estallido del Sol.

La histeria colectiva ante la idea de una guerra, movía a las personas a desvalijar los establecimientos comerciales para acumular reservas y romper todo cuando había y romper todo cuanto les salía al paso.

Era algo que ya se veía venir.

Laura, hubiese dado cualquier cosa por no tener razón.

Incluso dudó de si misma cuando sus colegas pusieron en duda sus teorías.

Se negó a rebatirlas o buscar argumentos adicionales que diesen fuerza a sus tesis aun que fuesen contra su propio prestigio, en todos los estrados en los que tuvo que hablar.

Les miró a todos, elegantemente vestidos con sus trajes caros, desde el atril donde debería debatir su exposición y pensó que aquel mundo loco no tenía solución.

Sin embargo no había contado todo lo que sabía en aquella conferencia que acababa de dar.

Un año, no más y la Tierra, sería engullida por el Sol.

La televisión, cambió su mensaje e hizo que Laura volviese a la realidad.

–Interrumpimos todas nuestras emisiones para darles una noticia de alcance mundial. –El presentador buscó la cámara que le ofrecía su perfil más atractivo y dijo:

–Como la comunidad científica sabe desde el 2004, el Sol como otras estrellas genera la música de las esferas, según

la cual los cuerpos celestes emiten sonidos armónicos. Estas notas musicales siguen un patrón que pone en evidencia la estructura interna del Sol según una teoría de la Doctora Laura Vargas.

Hoy se ha podido saber que los cálculos de la Doctora Laura Vargas son correctos. La Doctora ha expuesto recientemente a la comunidad científica una teoría ahora confirmada, mediante el conjunto de satélites circumpolares solares que han empezado esta semana a remitir sus datos a la Nasa. Su trabajo tan brillante ahora confirmado, ha llamado la atención de la Comunidad de científicos y se ha decidido una propuesta urgente de esta comunidad, dada la importancia del descubrimiento, nombrándola candidata a los renombrados premios Príncipe de Asturias de la Ciencia. La noticia nos ha sido facilitada por el presidente del prestigioso galardón esta misma mañana a una hora de conocerse los resultados de la Nasa, mientras se reunían para otros temas organizativos.

Ágata, que acababa de desperezarse al sentir al presentador del telediario, cogió con su manita la de su madre y preguntó:

–Mamá, ¿crees que el abuelo conseguirá que nos salvemos?

"No lo sé, es algo complicado" pensó.

–No pierdas la esperanza cariño. –Dijo acariciándole el cabello.

Laura, siempre había tratado de inculcarle a su hija, el cariño hacia el abuelito, cosa que había podido transmitir a través de fotografías y videos de antiguas vacaciones.

–Lo hecho mucho de menos. –Ágata suspiró y miró la claridad que se filtraba a través de las cortinas.

–Sí, yo también. –Musitó Laura y la atrajo hacia sí–. No he dejado de llorar por él desde que se marchó. Está en mis oraciones todos los días. Siempre he tenido la esperanza de que regrese con nosotras.

Miró la foto en el portarretratos de Myriam, su madre, que ya peinaba canos cabellos y otra en la que se veían los dos juntos abrazados, junto a Laura cuando tenía aproximadamente la edad de Ágata.

–¿Cuándo vendrá la abuela? –Musitó la niña.

Los ojos de Laura la estudiaron detenidamente mientras le tendía un peluche– ¡Vístete, le dijo! Iremos a verla nosotras. Iremos a los lagos de Saliencia en Somiedo, Asturias.

Lagos de Salienza. Asturias

Ágata caminaba cogida de la mano de las dos mujeres por una pradería entre montañas. Las tres, se aproximaban a la casa que Myriam había elegido como residencia permanente en Asturias para estar más cerca de su hija y su nieta. Ya habían dejado atrás los lagos y ahora, los riscos, las protegían del viento frío del deshielo.

Aún quedaba nieve en las praderías y pequeños arroyos murmuraban una canción solitaria, solo escuchada el cielo.

Laura estaba dándole vueltas a algo que le rondaba la cabeza desde hacia tiempo. Arrastró un poco a Ágata para que caminase más rápido y se giro hacia su madre dirigiéndole una mirada suplicante.

–¿De verdad que ocurrió todo eso que me contaste cuando era niña? Dime: ¿Qué fue del abuelo y de Pit? ¡Cuéntamelo otra vez!

Myriam, con el cabello recogido en un moño que le hacía aparentar más edad de la que tenía. Hacía 25 años que había visto por última vez a Pedro su marido, y había sido un duro golpe para ella. Ahora con 53 años nunca había perdido la alegría y la esperanza. Había en sus ojos algo, que denotaba inteligencia y en sus rasgos aún conservaba aquella belleza serena que siempre la había caracterizado.

–Se marcharon los dos en aquella nave, y Abdel y el mendigo regresaron al poco tiempo. No les volví a ver nunca

más, pero sé que Pit les dejó en el desierto junto con dos camellos que regaló a Abdel. No sé como pudo hacerlo, pero lo hizo. Ese pequeño ser tiene unos recursos increíbles.

Las dos, madre e hija caminaban con la vista fija al suelo inmersas en sus cavilaciones, mientras que Ágata en cambio, no podía pararse quieta, entretenida en correr, cortar flores o perseguir a los insectos.

–¿No perdiste el gusto por caminar por los senderos de montaña, verdad? –Preguntó Laura a Myriam ajena a la s carreras de su inquieta hija.

Myriam hizo un movimiento negativo con la cabeza y le miró con tristeza.

–No tanto como a tu padre le gustaba en México, pero caminar aquí en la soledad de las montañas me hace recordarlo y sentirlo más cerca de mi corazón.

–Pero: ¿Por qué tuvo él que dejarnos, no pudo ir otro o solo Pit? ¿De veras no es una historia y en realidad nos abandonó?

En la voz de Laura había un ligero reproche.

La miró. Ya no era la niña enferma que aguardaba a que llegase su padre y le durmiese con cuentos de la reserva. Ahora era una mujer sana e inteligente que se había echo a sí misma.

Myriam sonrió y se sintió infinitamente orgullosa de ella. –No pienses nunca eso.

–El águila era la clave, tu padre estaba unido al espíritu de esa ave extraña. Ni tan siquiera Pit podía solucionar el problema. Tu padre compartía sus sueños con el águila. Los chamanes de las tribus tienen a veces esas relaciones con el mundo de los espíritus, yo nunca creí mucho en ello pero acabé convencida de que una inteligencia está oculta en todas las cosas, una inteligencia de amor, que nos ayuda a aunar esfuerzos y valora nuestro sacrificio. La naturaleza tiene guardianes, tal vez sean los espíritus de

los antepasados que regresan para cuidarnos. Tu padre no nos abandonó. Él nos amaba.

Un joven alto, estaba allí, en pie sobre el risco y se llevaba una mano a la frente para otear el horizonte. Desde allí, pudieron ver sus manos grandes que sostenían unos prismáticos…

Era un poco más mayor que Laura, pero no acababa de mostrar su aspecto del todo a través del negro pasamontañas.

–Hola, bonita mañana. –Saludó Laura al pasar a su lado.

–¡Te conozco Laura Vargas!– Dijo el hombre.

–Me habrá visto en la tele. –Sonrió ella–. Soy casi famosa.

"Quien podrá ser" se preguntó. Pensaba que en ese recóndito paraje de Asturias, no habría mucha gente que pudiese recordar su rostro. En cambio, aquel hombre, detenido en aquel risco, parecía tener algo que le resultaba muy familiar. Tal vez eran sus ojos, aquellos ojos negros que miradan profundo.

Se detuvieron las tres y le miraron con atención.

Se quitó el pasamontañas y mostró un largo y lacio cabello negro y un rostro moreno de hermosas facciones con una nariz aguileña.

–¡No! ¡Dios mío! ¡No puede ser! –Dijo.

Laura, giró la cabeza y lo miró de arriba abajo sorprendidísima, luego miró a su madre, Myriam, esperando que esta se lo confirmase. Myriam asintió y les miró a ambos.

– Pero: ¿Es papá? ¡No puede ser!

–Si cariño. –La abrazó él confirmando sus dudas. En efecto, todas las noticias hablaban de ti. Regresé a nuestra antigua casa a buscaros y una de nuestras vecinas me dijo que hacía tiempo os habíais mudado a España. Le dije que era un familiar para no sorprenderla.

Se volvió a abrazar a las dos cogiendo a cada una por el hombro.

–Entonces, recordé el viejo sueño que tu madre y yo teníamos de tener una casa en los Lagos de Salienza, cuando una vez que veraneamos aquí antes de que tú nacieses, quedemos encantados del lugar y las gentes. Se me ocurrió que era el único sitio donde podía encontraros ya que todos los periódicos mencionaban a la famosa científica asturiana de adopción –se le escapó una risita de complicidad– y veo que no me equivoqué ¿Esta es mi nieta? –Señaló a la pequeña Ágata que en aquel momento estaba tendida sobre la hierba intentando cazar un saltamontes.

Laura asintió y fue en busca de la niña para presentársela.

En ese momento, Myriam se acercó y depositó un dulce beso en los labios de Pedro.

Ninguno de los tres se atrevía a decir nada, por miedo a despertar del sueño.

Sonriendo, Pedro rebuscó en su chaqueta de cuero y sacó de ella algo. Se lo entregó a Ágata que se puso a saltar de emoción mirándolo con los ojos muy abiertos.

–¡Que precioso! –Exclamó.

–¿Lo lograsteis? –Quiso saber Miriam tomándole del brazo y echando a caminar con él. ¡No has envejecido! mi amor por ti es lo que no ha envejecido.

Pedro ahogó una carcajada y susurró.

–Si y hoy tendremos una bonita aurora, amor.

De pronto, Myriam se había acordado de algo. Lo que quiera que fuese, la tenía muy preocupada.

Finalmente, decidió que tenía que saberlo.

–¿Qué fue de Pit?

–Pit continuó su viaje solo.

–¡Aunque me veas así de joven, te prometo que envejeceremos juntos!

Myriam no pudo evitar contener el llanto y se abrazó emocionada a su marido viendo a lo lejos como Laurita y Ágata emprendían una alocada carrera por la pradera.

–¿Qué harías tu todos estos años sin mi? –Le acarició la tersa mejilla.

–Sufrir mucho, ya te contaré cuando me dejes que respire.

–¿Como…?

–¿Como pudisteis conseguirlo?

–Es una larga historia. Con peligros y todo, pero ya veis que estoy bien, …Estamos bien. No seáis tan impacientes y dejarme disfrutar de este momento. –Dijo abrazándose a las tres.

El día crítico, un cielo azul y resplandeciente sorprendió a todos los habitantes del planeta.

Por que todo empezó en un amanecer extraño en Japón y muchos temieron por una nueva Hiroshima y Nagasaki por que el Sol se volvió rojo como la sangre y luego empezó a cambiar oscureciéndose en grandes manchas que abarcaron casi la mitad de su superficie, pero de pronto cuando todo se tiñó de un rojo sangre y todos el mundo esperaba la transformación y muerte del Sol en una estrella nova, todo volvió a la normalidad.

Todo el mundo comprendió que algo o alguien les habían dado una segunda oportunidad.

Los animales dejaron de guardar silencio y todo revivió en una alegría de la mejor de las primaveras.

Millones de mariposas monarcas, surgidas de todas partes se adueñaron de todo, en un estallido de júbilo y color.

Luego, todo volvería a la normalidad.

Aquel día se recordaría como el Día de la Fragilidad. El día que la palabra guerra dejaría de existir en los

diccionarios y las mentes de todas las personas que pueblan este maravilloso planeta Tierra estaban ansiosas de amar y proteger la vida.

Y ponían sus esperanzas en las estrellas, en ser algún día dignos para poder hablar de igual a igual con sus hermanos mayores.

Mientras todas las más bellas mariposas se adueñaban de la Tierra.

Imagina el viaje del profeta Elías hace unos 2300 años aproximadamente.

Cuando él viaja a la velocidad de la luz, el tiempo para sigue corriendo como siempre, no apreciará ninguna diferencia en su entorno dentro de la nave.

Podrá viajar a 2300 años luz de distancia y ver que su reloj solo ha contado un segundo.

Podría estar ahora, en año 2020, llegando a la constelación del Unicornio (Monoceros) para ver una civilización en la nebulosa conocida como la nebulosa del Rectángulo Rojo.

El podría permanecer en su tiempo viajando un mes o menos para regresar después.

Elías podría recorrer esos 2300 años luz de vuelta pero el tiempo en la Tierra será de 2300 años mas, es decir aun que él viajará durante un mes, él estará de vuelta en el año 4320 cumpliendo lo que en los textos bíblicos hablan de que regresará para el fin de los tiempos.

Estos datos supuestos son perfectamente posibles para viajes interestelares a velocidades próximas a la luz.

Aquí mostramos unas tablas que aportarán mas significado a este tipo de viajes:

**Viajando al 50% de la velocidad de la luz:**

| Años en el espacio | Años en la Tierra |
|---|---|
| 1 | 1,15 |
| 2 | 2,31 |
| 3 | 3,46 |
| 4 | 4,62 |
| 5 | 5,77 |
| 6 | 6,93 |
| 7 | 8,08 |
| 8 | 9,24 |
| 9 | 10,39 |
| 10 | 11,55 |
| 11 | 12,7 |
| 12 | 13,86 |
| 13 | 15,01 |
| 14 | 16,17 |
| 15 | 17,32 |
| 16 | 18,48 |
| 17 | 19,63 |
| 18 | 20,78 |
| 19 | 21,94 |
| 20 | 23,09 |

**Viajando al 99% de la velocidad de la luz:**

| Años en el espacio | Años en la Tierra |
|---|---|
| 1 | 7,09 |
| 2 | 14,18 |
| 3 | 21,27 |
| 4 | 28,36 |
| 5 | 35,44 |
| 6 | 42,53 |
| 7 | 49,62 |
| 8 | 56,71 |
| 9 | 63,8 |
| 10 | 70,89 |
| 11 | 77,98 |
| 12 | 85,07 |
| 13 | 92,15 |
| 14 | 99,24 |
| 15 | 106,33 |
| 16 | 113,42 |
| 17 | 120,51 |
| 18 | 127,6 |
| 19 | 134,69 |
| 20 | 141,78 |

**Viajando al 99,9999% de la velocidad de la luz:**

| Años en el espacio | Años en la Tierra |
|---|---|
| 1 | 70.711 |
| 2 | 141.421 |
| 3 | 212.132 |
| 4 | 282.843 |
| 5 | 353.553 |
| 6 | 424.264 |
| 7 | 494.975 |
| 8 | 565.685 |
| 9 | 636.396 |
| 10 | 707.107 |
| 11 | 777.817 |
| 12 | 848.528 |
| 13 | 919.239 |
| 14 | 989.949 |
| 15 | 1.060.660 |
| 16 | 1.131.371 |
| 17 | 1.202.081 |
| 18 | 1.272.792 |
| 19 | 1.343.503 |
| 20 | 1.414.214 |

Esta tabla te hará comprender las consecuencias de los viajes próximos a la velocidad de la luz.

Viajando por el espacio a la mitad de la velocidad de la luz en un viaje de 20 años en el espacio y luego regresarás pasado 23 años para los que queden en la Tierra.

Si viajas al 99,9999 % de la velocidad de la luz durante 20 años y regresas encontraras la Tierra con 14.142 años más vieja de cuando marchaste, la sociedad sin duda será muy diferente.

Si viajas al 99,99999999% durante 20 años.

Llegaras a la Tierra 1.414.214 años después.

En un viaje de 30 años podrás llagar a las estrellas de la galaxia de Andrómeda, si pudieses vivir en la nave durante ese tiempo, no necesitarás recurrir a hibernación, serás algo mas viejo pero en la Tierra habrá pasado casi dos millones de años.

Si pudieses viajar por el espacio a la velocidad de la luz incluso aun que fuese un segundo, cuando regreses podría haber pasado un tiempo infinito

Esta tabla está creada poniendo esta fórmula en las celdas:

tT : Tiempo en la Tierra

tE : Tiempo en el espacio-tempora

V : Velocidad de la nave respecto a la Tierra

C : Velocidad de la luz

$tT = tE / raiz(1 - V^2/C^2)$

Cuando se aproxima la velocidad a la de la luz el cociente $V^2/C^2$ se acerca a 1

La Raíz a 0, y el cociente se vuelve hacia un número infinito.

Eso explica que puedas ir de viaje regresando siendo solo un año más viejo y vivir dos épocas de la Tierra separadas por millones de años.

Incluso podrías hacer más de un viaje, por ejemplo:

Haber estado con los dinosaurios,

Viajar por el espacio

Regresar para ver como hicieron las pirámides los egipcios

Viajar por el espacio

Regresar para ver la primera guerra mundial.

Viajar por el espacio

Regresar mañana para ir al camping.

Por ejemplo.

Y todo ello en tan solo 30 días para ti.

El problema es que en cada viaje, verías cosas muy diferentes de la Tierra.

Y nada garantiza que pudieses viajar hacia atrás en el tiempo.

De ser posible esto último se producirían paradojas de las causas con los efectos.

Esta novela pretende abrir una reflexión en el lector desde el respeto a  la vida, animamos a que se cuestione las cosas, a que no de todo por hecho, a que piense que siempre puede haber un camino mejor para todos o para hacer las cosas, a que piense que aún hoy se puede amar y ser amado, que nuestra humanidad es lo que nos hace merecedores de ser humanos, que el mundo se llene de lo mejor de nosotros.

Aún nos queda mucho para comprender que significa lo que parece obvio, como la realidad misma de las cosas.

Que hace que el tiempo trascurra, por que se mueven las cosas, por que percibimos solo el pasado. Por que creemos que el pasado dejó de existir en vez de considerarlo tan real como el ahora.

Cual es la diferencia real entre el pasado y el futuro.

Hoy en día nos planteamos los viajes a Marte, y ya pensamos que los átomos ya no son indivisibles, buscamos cuerdas en múltiples dimensiones para explicar que es y que significa la materia.

Tal vez sea ahora cuando debamos de aprender que no hay sociedad sin personas.

De nada sirve una empresa sin que lo que produzca sea útil a la sociedad, por eso toda empresa nunca debe olvidar que la forman personas que sirven a personas, y que sin personas no hay beneficio y el dinero sin personas no tiene ningún sentido.

No somos los únicos seres vivos e inteligentes de este planeta ni del Universo.

El mayor don que tenemos es el de la vida y tendremos la sagrada obligación de velar por ella. Ser iteligentes y tener capacidad de decisión nos hace poseedores de una responsabilidad que no debemos ni podemos eludir.

De nada sirve la humanidad sin lo humano.